



OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

*La revolución
traicionada*
León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



La revolución traicionada

**Qué es y a dónde va
la Unión Soviética**

León Trotsky

1936

Obras Escogidas de León Trotsky**Edicions Internacionals Sedov**

Valencia, marzo de 2022, 2ª edición

germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov



Ponemos a disposición de los revolucionarios esta imprescindible obra de León Trotsky. Seguimos la versión publicada en 1977 por Fontamara, Barcelona, con versión al castellano que esta editorial atribuye al mismo Trotsky (siguiendo a la edición americana de Claridad de 1938); hemos contrastado con la edición de [les auteurs marxistes en langue française – Léon Trotsky del MIA](#) (*La révolution trahie*) que reproduce la traducción al francés desde el ruso de Victor Serge (publicada por la editorial Grasset en octubre de 1936, editor que fue el que propuso titular el libro *La revolución traicionada* frente al título de origen que pasó a subtítulo). Además de las correcciones ya hechas en 1977 por Fontamara, hemos realizado algunas más que se le escaparon a la editorial barcelonesa en su momento (traducción de palabras tan literalmente que no encuentran acepción en castellano y algunas sintácticas) y modernizado el uso de mayúsculas. Los materiales del anexo están tomados, o bien de nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#), o bien de otras fuentes, en cuyo caso se especifica la fuente en nota a pie de página.

Trotsky finalizó la redacción de esta obra el 4 de agosto de 1936, el 27 de agosto ya intercambiaba correspondencia con su hijo, [L. Sedov](#), sobre la publicación de *La revolución traicionada* como libro en sí, pues en principio los materiales estaban

destinados a ser publicados como introducción a la segunda edición norteamericana de la *Historia de la revolución rusa* que debía hacer el editor Simon & Schuster (aunque en carta a Sara Weber del 10 de septiembre de 1936 queda claro que deberá ser Doubleday Doran quien lo edite y como libro separado); tras bastantes tiras y aflojas entre Eastman y Trotsky, a causa del interés pecunario del primero en ampliar el texto y, por tanto, la traducción por la que cobraba generosamente para él y onerosamente para Trotsky, se publicó por primera vez en marzo de 1937 en inglés en la editorial de Nueva York Doubleday, Doran & Co.

En cuanto a la primera edición completa en España no podemos dejar de citar la referencia que a ella hace Sergi Rosés Cordovila en su extensa, detallada y exhaustiva obra *Bibliografía de les obres de o sobre Trotsky editades a Espanya*: “266. *La revolución traicionada: qué es y a dónde va la Unión Soviética*. 1ª ed. [Traducción de León Trotsky [sic]]. [Barcelona]: Fontamara, 1977...”, y lo hacemos más por el “[sic]” porque la edición Fontamara no nos ofrece información de la procedencia del material usado. En tan temprana fecha como 1938 (fíjese el lector en que Trotsky fechó el prólogo para la edición en español el 5 de agosto de 1937 según el Tomo VIII, Volumen 3 de los *Escritos*) la Editorial Claridad de Buenos Aires hizo su primera edición en castellano (subtitulando “versión castellana del autor”); en 1964 la hizo la Editorial Proceso, Buenos Aires, y en 1969 la Del Sol, México; se nos informa que existe una edición de El Yunque, Buenos Aires, pero hasta ahora no hemos podido confirmar fecha (¿1977?).

En cuanto a la certeza sobre la traducción de Trotsky al castellano, solo podemos apuntar algunas informaciones. Según Mateo Fossa Trotsky hablaba el castellano “bastante bien” cuando se entrevistó con él a mediados de 1938; el 13 de diciembre de 1937 Trotsky había ofrecido en castellano la introducción a su intervención a la rueda de prensa sobre el veredicto de la Comisión Dewey, de hecho Trotsky se había volcado en el castellano ya en marzo del mismo año (en carta a su hijo Sedov del 16 de enero de 1937 afirmaba su deseo de “estudiar seriamente el español...”) de forma que acabó leyendo por sí mismo la documentación sobre España, sin necesidad de traducción, antes de las jornadas de mayo... pero en las *Oeuvres* editadas por P. Broué se traduce desde el ruso (archivo Houghton Library) la introducción a la edición en castellano (Tomo 14, página 226, nota 1); Justo Liborio (Quebracho) publicó en 1936 su denuncia del estalinismo en la revista *Claridad* (que generó la Editorial Claridad); los *Writings* atribuyen la traducción a Andrés Nin en nota a pie de página a la publicación de la ‘introducción a la edición en español’ (ver en *Escritos, Tomo VIII, Volumen 3*, edición en español, *Writings 1936-1937*, página 44, formato pdf, nota a pie de página); Broué afirma en nota a pie de página del tomo 14 de las *Oeuvres*, página 83, que “parece cierto que estaba la correspondencia con Nin” entre los archivos robados por la Gepeu en la subsección del Instituto de Historia Social de París entre los días 6 y 8 de noviembre de 1936 (ver en *Cahiers du mouvement ouvrier*, nº 1, páginas 140-142 sobre los archivos L. Sedov recuperados para consulta en Moscú... tampoco aparece pista alguna a pesar de ser archivos con gran proporción de cuestiones editoriales), a lo que hay que añadir que, como señala Broué en el mismo tomo citado en nota a pie de la

página 187, la correspondencia recibida en Berlín a partir de 1931 fuese destruida de inmediato o se añadiese a la pérdida tras su muerte, buena parte de los archivos en ruso de los que Lev Sedov era depositario en París habían sido tan bien ocultados por éste que fue imposible recuperarlos tras su muerte en febrero de 1938; la Editorial Fontamara pone en su nota algún reparo a la autoría de Trotsky de esta traducción “... dado su escaso dominio del castellano en la fecha de la primera edición castellana, la traducción debe haber sido *revisada* más que realizada por él”; Nin fue el traductor de la *Historia de la revolución rusa*, editada por primera vez por la editorial Cénit de Madrid en 1931 (Primer Volumen) y 1932 (Segundo Volumen) (Tenga en cuenta el lector que esta obra nace como introducción a la *Historia de la revolución rusa*) y que la Editorial Cénit firmó un acuerdo (¿en 1931?) con Rieder para la versión y edición de las obras de Trotsky en español y en España; las *Oeuvres* de Trotsky publicadas por Broué no indican nada al respecto, sólo que el original del que traducen está en ruso; por otra parte, Victor Serge, que traducía la obra al francés, dominaba también el castellano; hemos sido incapaces de encontrar en las *Oeuvres* cualquier referencia en lo tocante a la traducción castellana. Por último tenemos el testimonio de Pepe Gutiérrez: “en realidad la traducción pertenecía a Juan Andrade que no la pudo editar en... mayo de 1937” (<http://www.anticapitalistas.org/spip.php?article30337>, consultado el 23 diciembre 2020); el mismo Pepe Gutiérrez tuvo la amabilidad de contestar a nuestras preguntas el 14 de enero pasado contándonos que, “a la hora de efectuar la edición en Fontamara, que había tenido antes problemas con otras traducciones, a uno del equipo se le ocurrió decir que la pusieramos a nombre de Trotsky a pesar

de la vehemente protesta de quienes creíamos con razón que el castellano de éste no daba para tanto ni mucho menos. Por aquel entonces Juan Andrade había regresado a Madrid con M^a Teresa García Banús. Tratando la cuestión me informaron que ellos la habían traducido de la versión francesa de Víctor Serge que había sido cuestionada por Trotsky [sin embargo, ver la calificación de la primera parte de dicha traducción en carta de Trotsky a Serge del 6 de septiembre de 1936 y su recomendación de añadir las notas de Serge para la versión francesa, a la inglesa y norteamericana, en carta a Sedov del 29 de noviembre del 36]. El libro se encontraba en trance para salir en la editorial Marxista, pero que el secuestro de Nin y todo lo demás no permitió seguir adelante”, el mismo Pepe Gutiérrez también nos informa que alguien de la editorial advirtió de la existencia de una edición americana. Hasta aquí lo que hemos sido capaces de averiguar, creemos que, con el testimonio de Pepe Gutiérrez, las cosas quedan bastante más claras; de todos modos, dejamos que el lector saque sus propias conclusiones y agradeceríamos cualquier nueva información. El mismo Trotsky no anuncia la edición del libro en versión castellana en enero de 1937, como se desprende claramente en sus declaraciones a la prensa mexicana de enero de 1937 (*Escritos, Tomo VIII, Volumen 1*, página 104 en el formato pdf).

No podemos dejar de señalar el alto contenido científico que tiene esta obra (inexplicablemente poco editada en castellano según el propio Sergi Rosés, comentario que compartimos) y que nos ha devuelto constantemente a la mente durante su edición a la obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (disponible en nuestra serie *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*) y la de *Karl Kautsky*

La revolución social (disponible en nuestro sello hermano *Alejandría Proletaria*), esto por una parte. Por otra, el lector debe tener en cuenta también el folleto de León Sedov *El libro rojo sobre los procesos de Moscú*, que, en la correspondencia del año 1936 (en particular durante los meses de agosto-noviembre) es el mismo Trotsky el que señala la complementariedad de ambas obras y la idoneidad de su difusión conjunta; pero hay más, están *Los crímenes de Stalin*, que Trotsky contextualiza asignando a la que tienes delante como ‘introducción teórica’ a ella en carta del 20 de febrero de 1937 (obra de inminente edición en estas mismas OELT-EIS). Para acabar señalamos *La lucha contra el fascismo* y, muy en particular, *En defensa del marxismo*, esta última por los desarrollos que contiene sobre el carácter de clase del estado obrero degenerado (ambas editadas en estas Obras Escogidas). Te remitimos a la cronología anexada a *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional* también publicada en este sello. Sea como sea, tienes ante ti una de las mejores obras para luchar contra la desmoralización actual del movimiento obrero. ‘Ni reír, ni llorar: comprender’. Esta obra te permitirá entender el proceso transitorio, que debía acabar o con el triunfo del socialismo o con el del capitalismo: se ha realizado la peor de las dos hipótesis y este libro te permitirá avanzar en la comprensión del proceso que degeneró al estado obrero hasta provocar la restauración del capitalismo y la destrucción de las conquistas de la revolución proletaria de 1917; te será, pues, de inestimable ayuda para enfrentar en pleno siglo XXI el dilema: socialismo o barbarie; dilema ante el que el imperialismo te coloca diariamente.

Índice

La revolución traicionada.....	9
Introducción a la edición en castellano.....	10
Objeto de este trabajo.....	12
I Lo obtenido.....	14
Los principales índices del desarrollo industrial.....	14
Apreciaciones comparativas de los resultados.....	15
Per cápita.....	19
II El desarrollo económico y los zigzags de la dirección.....	22
El “comunismo de guerra”, la “Nueva Política Económica” (la Nep), y la orientación hacia el campesinado acomodado.....	22
Viraje brusco: “El plan quinquenal en cuatro años” y la colectivización completa.....	27
III El socialismo y el estado.....	34
El régimen transitorio.....	34
Programa y realidad.....	36
El doble carácter del estado soviético.....	37
Gendarme e indigencia socializada.....	39
“La victoria completa del socialismo” y “la consolidación de la dictadura”.....	40
IV La lucha por el rendimiento del trabajo.....	43
El plan y el dinero.....	43
La inflación “socialista”.....	45
Rehabilitación del rublo.....	47
El movimiento de Stajanov.....	49
V El Termidor soviético.....	53
¿Por qué ha vencido Stalin?.....	53
La degeneración del partido bolchevique.....	56
Las causas sociales del <i>Termidor</i>	61
VI El aumento de la desigualdad y de los antagonismos sociales.....	66
Miseria, lujo, especulación.....	66
La diferenciación del proletariado.....	69
Contradicciones sociales de la aldea colectivizada.....	72
Fisonomía social de los medios dirigentes.....	75
VII La familia, la juventud, la cultura.....	79
Termidor en el hogar.....	79
La lucha contra la juventud.....	85
Nación y cultura.....	90
VIII La política exterior y el ejército.....	98
De la revolución mundial al <i>statu quo</i>	98
La Sociedad de Naciones y la Internacional Comunista.....	101
El Ejército Rojo y su doctrina.....	106
Liquidación de las milicias y restablecimiento de los grados.....	112
La URSS y la guerra.....	116
IX ¿Qué es la URSS?.....	121
Relaciones sociales.....	121
¿Capitalismo de estado?.....	126
¿Es la burocracia una clase dirigente?.....	127
El problema del carácter social de la URSS todavía no está resuelto por la historia.....	129
X La URSS en el espejo de la nueva constitución.....	132
El trabajo “según las capacidades” y la propiedad personal.....	132
Sóviets y democracia.....	133
Democracia y partido.....	136
XI ¿A dónde va la URSS?.....	140
El bonapartismo, régimen de crisis.....	140
La lucha de la burocracia contra el “enemigo de clase”.....	142

Una nueva revolución es ineludible.....	145
Apéndice	149
I “El socialismo en un solo país”.....	149
II Los “amigos” de la URSS	154
Anexos	158
La desocupación mundial y el plan quinquenal de la Unión Soviética. Carta a los obreros comunistas de Checoslovaquia.....	159
Los éxitos del socialismo y los peligros del aventurerismo	166
Stalin alcanza y sobrepasa.....	169
Algunos coeficientes relativos	170
¿Hemos entrado en la “etapa del socialismo”?.....	171
¿Cuatro o cinco años?.....	172
La URSS y el mercado mundial	175
Conclusiones	178
Entrevista concedida al Manchester Guardian	180
El plan quinquenal y el mundo.....	180
Estados Unidos descubre el mundo	183
Problemas del desarrollo de la URSS. Proyecto de tesis de la Oposición de Izquierda Internacional sobre la cuestión rusa.....	186
1. Las contradicciones económicas en el período de transición	186
2. El partido en el régimen de la dictadura.....	190
3. Peligros y posibilidades de una insurrección contrarrevolucionaria.....	196
4. La Oposición de Izquierda y la URSS	199
5. Conclusiones	203
¿Socialismo en un solo país?.....	207
El estado obrero, termidor y bonapartismo	241
Las controversias sobre el “termidor” en el pasado.....	241
El verdadero sentido del termidor	242
La caracterización marxista de la URSS.....	243
La dictadura del proletariado y la dictadura de la burocracia	244
Hay que revisar y corregir la analogía histórica.....	246
Termidorianos y jacobinos.....	247
Los diferentes roles de un estado burgués y de un estado obrero.....	250
La hipertrofia del centrismo burocrático en bonapartismo	251
Conclusión	252
Epílogo.....	253
Otra vez sobre la cuestión del bonapartismo. El bonapartismo burgués y el bonapartismo soviético	255
El carácter de clase del estado soviético	258
[Llegar a los verdaderos amigos de la URSS –Carta a Scheflo]	260
Los comunistas extranjeros corren peligro.....	261
“¿Cultura socialista?”	262
Bizantinismo.....	263
Una observación casual.....	264
Acerca de la sección soviética de la Cuarta Internacional	265
Los prisioneros revolucionarios de Stalin	270
Cómo funciona la fragua estalinista de mentiras.....	274
[La represión en la URSS]. Carta a Muste	276
[El artículo sobre la sección rusa]. Carta a R. Klement	277
La entrevista Stalin-Howard.....	278
El plan para exterminar a los bolcheviques-leninistas	284
“El punto sin retorno”. La orden de Stalin a Demian Bedni	285
Una vez más sobre la sección soviética	287
La nueva constitución de la URSS	289
Persecución política en la URSS	298

La Cuarta Internacional y la Unión Soviética	302
Una declaración a la prensa mexicana	307
Termidor y antisemitismo	309
Estalinismo y bolchevismo. Sobre las raíces históricas y teóricas de la Cuarta Internacional	316
La reacción contra el bolchevismo y el marxismo	316
¿“De vuelta al marxismo”?	317
¿Es el bolchevismo el responsable del estalinismo?.....	318
El pronóstico fundamental del bolchevismo	319
Estalinismo y “socialismo de estado”	321
Los “pecados” políticos del bolchevismo: origen del estalinismo	322
Problemas de teoría	323
El problema moral	324
Las tradiciones bolcheviques y la Cuarta Internacional.....	325
Correspondencia sobre la obra	327
[Una introducción que aumenta]. Carta a los editores Simon y Schuster	327
[El libro sobre la Unión Soviética]. Carta a L. Sedov	328
[Ediciones en curso]. Carta a L. Sedov	329
[Para una prepublicación]. Carta a Maxim Lieber.....	329
[Los derechos del traductor]. Carta a Maxim Lieber.....	330
[Diversas cuestiones sobre ediciones]. Carta a L. Sedov.....	331
[Para publicación en las revistas]. Carta a Maxim Lieber.....	332
[Ciertamente que sin acuerdo]. Carta a L. Sedov	332
[Problemas a propósito de la URSS]. Carta a L. Sedov.....	333
[Problemas personales]. Carta a Victor Serge	335
[Un asunto muy escandaloso]. Carta a R. Klement	336
[La introducción a la historia de la revolución]. Carta a Simon y Schuster	337
[Más sobre la prepublicación]. Carta a Maxim Lieber	338
[El libro sobre la URSS]. Carta a L. Sedov.....	339
[Un libro bastante grueso]. Carta a Simon y Schuster	339
[Por un nuevo contrato]. Carta a Simon y Schuster.....	340
[Condiciones inaceptables]. Carta a Simon y Schuster.....	341
[Para la edición norteamericana del libro sobre la URSS]. Carta a Sara Weber	342
[Hay que darle las gracias a Nikolaievsky]. Carta a L. Sedov	343
[El asunto Ferrat]. Carta a van Heijenoort	344
[La edición]. Carta a L. Sedov	344
[La edición en inglés]. Carta a Sara Weber.....	345
[Sobre la edición francesa]. Carta a Victor Serge	346
[La actitud de Eastman y las dificultades con los editores]. Carta a Sara Weber.....	347
[Urgencias]. Carta a L. Sedov	349
[Urgencias]. Carta a L. Sedov	349
[Informaciones y preguntas]. Carta a L. Sedov.....	350
[¿Cómo reacciona la opinión?]. Carta a Rosenthal	350
[Errores]. Carta a L. Sedov	351
[Los libros recibidos]. Carta a L. Sedov	352
[Cuestiones a solucionar]. Carta a L. Sedov	353
[Preparativos de un incierto viaje]. Carta a L. Sedov	354
[Informaciones e interrogantes]. Carta a L. Sedov	355
[Sobre la edición norteamericana]. Carta a H.E. Maule	357
[Cuestiones financieras]. Carta a W. Held (Epe).....	358
[Más sobre las ediciones]. Carta a Sara Weber	360
[El nuevo libro]. Carta a Harper & Brothers.....	360
Max Eastman, interprete	361
[La cuestión del agente literario]. Carta a H. E. Maule	361
[Recomendaciones]. Carta a L. Sedov.....	362

La revolución traicionada

**Qué es y a dónde va la
Unión Soviética**

Introducción a la edición en castellano

Este libro fue escrito cuando el poderío de la burocracia soviética parecía inquebrantable y su autoridad indiscutible. El peligro del fascismo alemán atraía naturalmente la simpatía de los medios democráticos de Europa y de América hacia los sóviets. Generales ingleses, franceses y checoslovacos participaban en las maniobras del Ejército Rojo y cantaban loas a oficiales, soldados y técnica. Estas alabanzas eran perfectamente merecidas. El nombre de los generales Yakir y Uborevich, comandantes de las divisiones militares de Ucrania y de la Rusia Blanca, era citado con respeto en las páginas de la prensa mundial. En el mariscal Tujachevsky se veía, con toda razón, al futuro generalísimo. En esos momentos, numerosos periodistas extranjeros de “izquierda” y no solamente del tipo de Duranty, sino también algunos perfectamente conscientes, escribían extasiados sobre la nueva constitución soviética como “la más democrática del mundo”.

Si este libro hubiera visto la luz inmediatamente después de ser escrito, muchas de sus conclusiones hubieran parecido paradójicas o, lo que es peor, dictadas por una pasión personal. Pero algunos, “azares” de la suerte del autor hicieron que apareciera en diversos países con un retraso considerable. Mientras tanto se desarrolló la serie de procesos de Moscú que sacudieron al mundo entero. Toda la vieja guardia bolchevique fue sometida al exterminio físico, fusilados los organizadores del partido, los participantes en la revolución de octubre, los edificadores del estado soviético, los dirigentes de la industria, los héroes de la guerra civil, los mejores generales del Ejército Rojo, entre ellos Tujachevsky, Yakir y Uborevich, de los que hablamos antes. En cada una de las diversas repúblicas de la Unión Soviética, en cada provincia, en cada región, la depuración fue sangrienta, no menos feroz que en Moscú, aunque más anónima. La preparación de las elecciones “más democráticas del mundo” va acompañada de fusilamientos en masa que barren de la tierra a la generación de la revolución. En realidad, nos encontramos en vísperas de uno de esos plebiscitos cuyo secreto conocen tan bien Hitler y Goebbels. Si Stalin tiene el 100% de los votos o “solamente” el 98'5%, no depende de la población, sino de las prescripciones dadas desde arriba a los agentes locales de la dictadura bonapartista. El futuro Reichstag de Moscú tendrá como misión, podemos predecirlo desde ahora, coronar el poder personal de Stalin bajo el nombre de presidente plenipotenciario, jefe vitalicio, cónsul inamovible o (¿quién sabe?) de emperador. En cualquier caso, los “amigos” extranjeros, demasiado celosos, que han cantado himnos a la “constitución” estalinista, corren el peligro de caer en una difícil situación. Les manifestamos de antemano nuestra compasión.

El exterminio de la generación revolucionaria y la depuración implacable entre la juventud, atestiguan la tensión terrible de las contradicciones entre la burocracia y el pueblo. En el presente libro hemos tratado de proporcionar un análisis social y político de esta contradicción antes de que apareciera tan violentamente a la luz pública. Las

Conclusiones que, hace más de un año, hubieran parecido paradójicas, se exhiben hoy ante los ojos de la humanidad en toda su trágica realidad.

*Algunos de los “amigos” oficiales, cuyo celo es pagado en rublos de buena ley y en divisas de otros países, tuvieron la imprudencia de reprochar al autor que su libro ayudaba al fascismo. ¡Cómo si las represiones sangrientas y las bribonadas judiciales no hubieran sido conocidas sin eso! Identificar la revolución de octubre y los pueblos de la URSS con la casta dirigente, es traicionar los intereses de los trabajadores y ayudar a la reacción. El que realmente quiera servir la causa de la emancipación de la humanidad, debe tener el valor de mirar la verdad de frente, por amarga que ésta sea. Este libro no dice sobre la Unión Soviética más que la **verdad**. Está impregnado de un espíritu de hostilidad implacable hacia la nueva casta de opresores y explotadores. Por eso, sirve a los verdaderos intereses de los trabajadores y a la causa del socialismo.*

El autor cuenta firmemente con la simpatía de los lectores reflexivos y sinceros de los países latinoamericanos.

L. Trotsky
México, septiembre de 1937

Objeto de este trabajo

El mundo burgués fingió en un principio que no observaba los éxitos económicos del régimen de los sóviets, es decir, la prueba experimental de la viabilidad de los métodos socialistas. Ante el ritmo, sin precedente en la historia, de su desarrollo industrial, los sabios economistas al servicio del capital tratan aún con frecuencia de guardar un profundo silencio, o se limitan a invocar “la explotación excesiva de los campesinos”. Dejan escapar, de este modo, una excelente oportunidad para explicarnos por qué la explotación de los campesinos en China, Japón o la India, por ejemplo, jamás ha provocado un desarrollo industrial que pueda compararse, siquiera de lejos, con el de la URSS.

Sin embargo, los hechos cumplen su objetivo. Las librerías de los países civilizados están invadidas por estudios consagrados a la URSS. Esto no tiene nada de asombroso: fenómenos semejantes no se producen con frecuencia. La literatura dictada por un odio ciego ocupa en esta producción un sitio cada vez menos importante; por el contrario, gran parte de las obras recientes está impregnada de una simpatía creciente, cuando no de admiración. Hay que felicitarse de la abundancia de obras prosoviéticas como de un índice de lo que ha mejorado la reputación del estado recién llegado. Por lo demás, es infinitamente más loable idealizar a la URSS que idealizar a la Italia fascista. Pero el lector buscaría vanamente en las páginas de estos libros una apreciación científica de lo que en realidad sucede en el país de la revolución de octubre.

Las obras de los “amigos de la URSS” se clasifican en tres categorías. El periodismo de los diletantes, el género descriptivo, el reportaje de “izquierdas” (más o menos) proporciona el mayor número de libros y de artículos. A su lado se colocan, aunque con mayores pretensiones, las obras del “comunismo” humanitario, lírico y pacifista. El tercer lugar lo ocupan las esquematizaciones económicas al viejo estilo alemán del socialismo de cátedra. Louis Fisher y Duranty son suficientemente conocidos como los representantes del primer tipo de autores. El difunto Barbusse y Romain Rolland son los que mejor representan la categoría de los “amigos humanitarios”: no es, por cierto, una casualidad que antes de llegar a Stalin, el uno haya escrito una *Vida de Jesús*, y el otro una *Vida de Gandhi*. En fin, el socialismo conservador y pedante ha encontrado en la infatigable pareja fabiana de los Webb sus representantes más autorizados.

Lo que une a estas tres categorías tan diferentes es su adoración de los hechos consumados y su inclinación hacia las generalizaciones tranquilizadoras. Todos estos autores no tienen la fuerza de rebelarse en contra de su propio capitalismo, lo que los inclina a apoyarse sobre una revolución extranjera, por lo demás, apaciguada. Antes de la revolución de octubre y muchos años después, ninguno de estos hombres, ninguno de sus padres espirituales se preguntaba seriamente por qué caminos podría llegar a este mundo el socialismo. Por esto mismo les es tan fácil aceptar como socialismo lo que sucede en la URSS. Esto les confiere un aspecto de hombres de progreso que están con su época, y también cierta firmeza moral, sin comprometerlos a nada. Su literatura contemplativa y optimista, nada destructiva, que coloca todos los errores en el pasado, ejerce sobre los nervios del lector una influencia tranquilizadora que les asegura un buen recibimiento. Así se forma insensiblemente una escuela internacional que

podemos llamar la del bolchevismo para uso de la burguesía ilustrada o, en un sentido más estrecho, la del socialismo para turistas radicales.

No tratamos de polemizar con las producciones de este género, pues no ofrecen ocasiones serias para la polémica. Los problemas terminan para ellas donde en realidad comienzan. El objeto del presente estudio es dar una justa apreciación de la realidad para comprenderla mejor. No nos detendremos ante los días ya transcurridos más que en la medida en que esto nos ayude a comprender el día de mañana. Nuestra exposición será crítica; todo el que se inclina ante los hechos consumados es incapaz de preparar el porvenir.

El desarrollo económico y cultural de la URSS ha pasado ya por varias fases sin alcanzar todavía (está muy lejos de ello) el equilibrio interno. Si se recuerda que la tarea del socialismo es la de crear una sociedad sin clases, fundada en la solidaridad y la satisfacción armoniosa de todas las necesidades, no existe aún, en este sentido fundamental, el menor socialismo en la URSS. Es cierto que las contradicciones de la sociedad soviética difieren profundamente, por su naturaleza, de las del capitalismo, pero no son menos ásperas. Se expresan por la desigualdad material y cultural, por la represión, por la formación de grupos políticos, por la lucha de las fracciones del partido. El régimen policíaco ahoga y deforma la lucha política sin eliminarla. Las ideas puestas en el índice ejercen a cada paso su influencia sobre la política del gobierno al que fecundan o contrarían. En estas condiciones, el análisis del desarrollo de la URSS no puede separarse un solo instante de las ideas y de los eslóganes bajo los cuales se desarrolla en aquel país una lucha política sofocada, pero apasionada. La historia se mezcla aquí con la política viva.

Los filisteos bien pensantes de “izquierda” repiten gustosos que hay que observar la mayor circunspección para criticar a la URSS con el objeto de no perjudicar la edificación del socialismo. Nosotros no creemos que el estado soviético sea tan frágil. Sus enemigos están mucho mejor enterados de lo que pasa en ella que sus amigos verdaderos, los obreros de todos los países. Los estados mayores de los estados imperialistas llevan una cuenta precisa del activo y del pasivo de la URSS, que no se basa únicamente en los informes publicados. Los enemigos pueden, por desgracia, aprovechar las debilidades del estado obrero, pero no podrían, en ningún caso, aprovechar la crítica de las tendencias de este estado que ellos mismos consideran como positivas. La hostilidad de la mayor parte de los “amigos” oficiales de la URSS hacia la crítica, disimula, en realidad, la ansiosa fragilidad de sus propias simpatías más que la fragilidad de la URSS misma. Alejemos, pues, con serenidad estas advertencias y estos temores. Los hechos deciden, no las ilusiones. Queremos mostrar un rostro, no una máscara.

León Trotsky
4 de agosto de 1936

P.S.- Este libro estaba terminado y acababa de enviarse a los editores en el momento en que se anunció el proceso de los “terroristas” de Moscú, que no pudo, por tanto, comentarse. Es de gran importancia subrayar que este trabajo explica, de antemano, el proceso de los “terroristas”, y hace aparecer su mística como una mistificación.

Septiembre de 1936

I Lo obtenido

Los principales índices del desarrollo industrial

La insignificancia de la burguesía rusa hizo que los objetivos democráticos de la Rusia atrasada, tales como la liquidación de la monarquía y de la opresión semifeudal de los campesinos, en cierto modo de la servidumbre, sólo pudieran alcanzarse por medio de la dictadura del proletariado. Pero una vez que hubo conquistado el poder, a la cabeza de las masas campesinas, el proletariado no pudo limitarse a las realizaciones democráticas. La revolución burguesa se confundió inmediatamente con la primera fase de la revolución socialista; y esto no se debió a razones fortuitas. La historia de las últimas décadas atestigua, con una fuerza particular, que, en las condiciones de la decadencia del capitalismo, los países atrasados no pueden alcanzar el nivel de las viejas metrópolis del capital. Colocadas en un callejón sin salida, las naciones más civilizadas cortan el camino a aquellas en proceso de civilización. Rusia entró en el camino de la revolución proletaria, no porque su economía fuera la más madura para la transformación socialista, sino porque esta economía ya no podía desarrollarse sobre bases capitalistas. La socialización de los medios de producción había llegado a ser la primera condición necesaria para sacar al país de la barbarie: tal es la ley del desarrollo combinado de los países atrasados. Llegado a la revolución como “el eslabón más débil de la cadena capitalista” (Lenin), el antiguo imperio de los zares tiene aún hoy, diecinueve años después, que “alcanzar y sobrepasar” (lo que quiere decir, alcanzar antes que cualquier otra cosa) a Europa y Norteamérica; en otras palabras, tiene que resolver los problemas de la producción y de la técnica que el capitalismo avanzado ha resuelto desde hace largo tiempo.

¿Podía ser de otra manera? La subversión de las viejas clases dominantes, lejos de resolver este problema no hizo más que plantearlo: elevarse de la barbarie a la cultura. Concentrando al mismo tiempo la propiedad y los medios de producción en manos del estado, la revolución permitió aplicar nuevos métodos económicos de una enorme eficacia. Solamente gracias a la dirección basada en un plan único se pudo reconstruir en poco tiempo lo que había destruido la guerra imperialista y la guerra civil, y crear nuevas empresas grandiosas, nuevas industrias, ramas enteras de industria.

La extremada lentitud de la revolución mundial, con la que contaban a corto plazo los jefes del partido bolchevique, no sólo suscitó enormes dificultades en la URSS, sino que puso de relieve sus recursos interiores y sus posibilidades excepcionalmente amplias. No es posible, sin embargo, hacer la justa apreciación de los resultados obtenidos (de su magnitud, así como de su insuficiencia) más que a escala internacional. El método que emplearemos es el de la interpretación histórica y sociológica y no el de la acumulación de las ilustraciones estadísticas. No obstante, tomaremos como punto de partida algunas de las cifras más importantes.

La amplitud de la industrialización de la URSS, en medio del estancamiento y de la decadencia de casi todo el universo capitalista, se desprende de los índices globales que presento a continuación. La producción industrial de Alemania sólo recupera su nivel gracias a la fiebre de los armamentos. En el mismo lapso, la producción de Gran Bretaña sólo aumentó, ayudada por el proteccionismo, del 3 al 4%. La producción

industrial de los Estados Unidos bajó cerca de un 25%; la de Francia, más del 30%. Japón, en su frenesí de armamentos y de bandidaje, se coloca, por su éxito, en el primer rango de los países capitalistas: su producción aumentó cerca de un 40%. Pero este índice excepcional palidece también ante la dinámica del desarrollo de la URSS, cuya producción industrial aumentó, en el mismo lapso de tiempo, 3,5 veces, lo que significa un aumento del 250%. En los diez últimos años (1925-1935), la industria pesada soviética ha aumentado su producción por más de diez. En el primer año del plan quinquenal, las inversiones de capitales se elevaron a 5.400 millones de rublos; en 1936, deben ser de 32.000 millones.

Si, dada la inestabilidad del rublo como unidad de medida, abandonamos las estimaciones financieras, otras, más indiscutibles, se nos imponen. En diciembre de 1913, la cuenca del Donetz produjo 2.275 toneladas de hulla; en diciembre de 1935, 7.125 toneladas. Durante los tres últimos años, la producción metalúrgica aumentó dos veces, la del acero y de los aceros laminados, cerca de 2,5 veces. En comparación con la preguerra, la extracción de naftas, hulla y mineral de hierro aumentó 3 o 3,5 veces. En 1920, cuando se decretó el primer plan de electrificación, el país tenía estaciones locales de una potencia total de 253.000 kilovatios. En 1935 ya había 95 estaciones locales con una potencia total de 4.345.000 kilovatios. En 1925, la URSS tenía el undécimo lugar en el mundo desde el punto de vista de la producción de energía eléctrica; en 1935, sólo era inferior a Alemania y a los Estados Unidos. En la extracción de hulla, la URSS pasó del décimo lugar al cuarto. En cuanto a la producción de acero, pasó del sexto al tercero. En la producción de tractores ocupa el primer lugar del mundo. Lo mismo sucede con la producción de azúcar.

Los inmensos resultados obtenidos por la industria, el comienzo prometedor de un florecimiento de la agricultura, el crecimiento extraordinario de las viejas ciudades industriales, la creación de otras nuevas, el rápido aumento del número de obreros, la elevación del nivel cultural y de las necesidades, son los resultados indiscutibles de la revolución de octubre en la que los profetas del viejo mundo creyeron ver la tumba de la civilización. Ya no hay necesidad de discutir con los señores economistas burgueses: el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no en las páginas de *El Capital*, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el del hierro, el cemento y la electricidad. Aun en el caso de que la URSS, por culpa de sus dirigentes, sucumbiera a los golpes del exterior (cosa que esperamos firmemente no ver) quedaría, como prenda del porvenir, el hecho indestructible de que la revolución proletaria fue lo único que permitió a un país atrasado obtener en menos de veinte años resultados sin precedentes en la historia.

Así se cierra, en el movimiento obrero, el debate con los reformistas. ¿Se puede comparar, por un instante, su agitación de ratones con la obra titánica de un pueblo que surgió a la nueva vida por la revolución? Si en 1918 la socialdemocracia alemana hubiera aprovechado el poder que los obreros le imponían para efectuar la revolución social y no para salvar al capitalismo, no es difícil concebir, basándose en el ejemplo ruso, qué invencible potencia económica sería actualmente la del bloque socialista de la Europa central y oriental y de una parte considerable de Asia. Los pueblos del mundo tendrán que pagar con nuevas guerras y nuevas revoluciones los crímenes históricos del reformismo.

Apreciaciones comparativas de los resultados

Los coeficientes dinámicos de la industria soviética no tienen precedentes. Pero no bastarán para resolver el problema ni hoy ni mañana. La URSS sube partiendo de un nivel espantosamente bajo, mientras que los países capitalistas, por el contrario,

descienden desde un nivel muy elevado. La relación de fuerzas actuales no está determinada por la dinámica del crecimiento, sino por la oposición de la potencia total de los dos adversarios, tal como se expresa con las reservas materiales, la técnica, la cultura, y ante todo con el rendimiento del trabajo humano. Tan pronto como abordamos el problema desde este ángulo estático, la situación cambia con gran desventaja para la URSS.

El problema planteado por Lenin, “¿quién triunfará?”, es el de la relación de las fuerzas entre la URSS y el proletariado revolucionario del mundo, por una parte, y las fuerzas interiores hostiles y el capitalismo mundial por la otra. Los éxitos económicos de la URSS le permiten afirmarse, progresar, armarse y, si esto es necesario, batirse en retirada, esperar y resistir. Pero en sí misma, la pregunta ¿quién triunfará?, no solamente en el sentido militar de la palabra, sino ante todo, en el sentido económico, se le plantea a la URSS a escala mundial. La intervención armada es peligrosa. La introducción de mercancías a bajo precio, viniendo tras los ejércitos capitalistas, sería infinitamente más peligrosa. La victoria del proletariado en un país de occidente conduciría, claro está, a un cambio radical de la relación de las fuerzas. Pero en tanto que la URSS permanece aislada; peor aún, en tanto que el proletariado europeo va de derrota en derrota y retrocede, la fuerza del régimen soviético se mide, en definitiva, por el rendimiento del trabajo que, en la producción de mercancías, se expresa por el precio de costo y el de venta. La diferencia entre los precios interiores y los del mercado mundial constituye uno de los índices más importantes de la relación de fuerzas. Ahora bien, le está prohibido a la estadística soviética tocar, ni siquiera levemente, este problema. Esto se debe a que, a pesar de su marasmo y su postración, el capitalismo posee aún una enorme superioridad en la técnica, la organización y la cultura del trabajo.

Se conoce de sobra el estado tradicionalmente atrasado de la agricultura soviética. En ninguna de sus ramas se han alcanzado éxitos que puedan compararse, ni lejanamente, a los obtenidos en la industria. “Estamos aún muy atrás [se quejaba Mólotov a finales de 1935] de los países capitalistas, en cuanto al rendimiento de nuestros cultivos de remolacha”. En 1934 se obtuvieron en la URSS 82 quintales por hectárea del producto antes citado; en 1935, Ucrania, en una cosecha excepcional, obtuvo 131 quintales. En Checoslovaquia y en Alemania, la hectárea produce cerca de 250 quintales; en Francia, más de 300. Los lamentos de Mólotov pueden extenderse, sin exageración, a todas las ramas de la agricultura, así se trate de cultivos técnicos o de cereales, y con mayor razón aún, a la cría de diversos animales. Cultivos alternados bien planificados, selección de simientes, empleo de abonos, tractores, un utillaje agrícola perfeccionado, la cría de ganado de raza, son cosas que preparan, en verdad, una inmensa revolución en la agricultura. Pero justamente en este dominio, que es uno de los más conservadores, es donde la revolución necesita más tiempo. Por el momento, el objetivo es, a pesar de la colectivización, aproximarse a los modelos superiores del occidente capitalista (con sus pequeñas granjas individuales).

La lucha para aumentar el rendimiento del trabajo en la industria se lleva a cabo por dos medios: la asimilación de la técnica avanzada y la mejor utilización de la mano de obra. La posibilidad de construir en pocos años vastas fábricas del tipo más moderno estaba asegurada, por una parte, por la alta técnica del occidente capitalista; por otra, por el régimen del plan. En este dominio asistimos a la asimilación de las conquistas ajenas. El hecho de que la industria soviética, y aun el equipo del Ejército Rojo, hayan mejorado con un ritmo acelerado, implica enormes ventajas potenciales. La economía no se ve obligada a arrastrar tras ella un utillaje anticuado, como en el caso de Francia o Inglaterra; el ejército no está obligado a usar los viejos armamentos. Pero este crecimiento febril tiene aspectos negativos: los diversos elementos de la economía no se

armonizan; los hombres están más atrasados que la técnica, la dirección no está a la altura de su tarea. Todo esto se expresa actualmente por los precios de costo elevadísimos en una producción de baja calidad.

“Nuestros pozos [escribe el dirigente de la industria del petróleo] disponen de la misma maquinaria que los pozos norteamericanos, pero la organización de la perforación es atrasada, los cuadros están insuficientemente cualificados”. “El gran número de accidentes se explica por la negligencia, la incapacidad y la insuficiencia de la vigilancia técnica”. Mólotov se queja de que: “estamos muy retrasados en la organización de los talleres de construcción. En ellos domina frecuentemente la rutina, y las herramientas y las máquinas se tratan de una manera escandalosa”. Encontramos estas confesiones en toda la prensa soviética. La técnica moderna está muy lejos de dar a la URSS los mismos resultados que en su patria capitalista.

Los éxitos globales de la industria pesada constituyen una conquista gigantesca. Sólo sobre estos cimientos se puede construir. Sin embargo, una economía moderna da pruebas de su eficacia en la construcción de detalles más finos que requiere una cultura técnica y general. A este respecto la URSS está, aún, muy atrás.

Los resultados más serios, no solamente cuantitativos, sino cualitativos, se han obtenido con toda seguridad en la industria militar; el ejército y la flota son la clientela de mayor influencia y la más exigente. Sin embargo, los dirigentes del departamento de guerra, incluido Vorochilov, no cesan de lamentarse en sus discursos públicos de “que no siempre estamos plenamente satisfechos de la calidad de la producción que ofrecéis al Ejército Rojo”. Se adivina sin gran trabajo la inquietud que ocultan estas prudentes palabras.

La construcción de máquinas (nos dice el jefe de la industria pesada en un informe oficial) “tiene que ser de buena calidad, lo que desgraciadamente no sucede...”. Y más adelante: “la máquina es cara en la URSS”. Como de costumbre, el informante se abstiene de proporcionar datos comparativos precisos con relación a la producción mundial.

El tractor es el orgullo de la industria soviética. Pero el coeficiente de utilización efectiva de estos implementos es muy bajo. Durante el último ejercicio económico, el 81% de los tractores tuvo que someterse a reparaciones importantes y muchas de estas máquinas se inutilizaron durante las labores del campo. Según ciertos cálculos, las estaciones de máquinas y tractores sólo cubrieron sus gastos con cosechas de 20 a 22 quintales de grano por hectárea. Ahora que el rendimiento medio por hectárea no alcanza la mitad de esa cifra, el estado se ve obligado a cubrir los déficits que se elevan a miles de millones.

La situación de los transportes automóbiles es aún peor. Un camión recorre en Norteamérica 60.000, 80.000 y hasta 100.000 kilómetros por año; en la URSS no recorre más que 20.000, es decir, tres o cuatro veces menos. De cada cien camiones, cincuentaicinco se encuentran en las carreteras; los restantes están en reparación o en espera de reparaciones. El costo de las reparaciones sobrepasa dos veces el costo total de la producción de nuevos camiones. No tiene, pues, nada de asombroso que, según la opinión de la Comisión Gubernamental de Control, “el transporte automóvil, por el precio de costo de su producción, sea una carga excepcionalmente pesada”.

El aumento de la capacidad de transporte de las vías férreas va acompañado, según el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, “de gran número de accidentes y de descarrilamientos”. La causa esencial no varía; es la mediocre cultura del trabajo heredada del pasado. La lucha por el conveniente mantenimiento de las vías férreas se transforma en una especie de empresa heroica, que hace que los guardagujas recompensados lean sus informes en el Kremlin ante los más altos representantes del

poder. A pesar del adelanto de los últimos años, el transporte marítimo está muy por debajo de los ferrocarriles. Se encuentran periódicamente en la prensa párrafos sobre el “trabajo deplorable de los transportes marítimos”, la calidad “inverosímilmente baja de las reparaciones en la flota”, etc.

En las ramas de la industria ligera, la situación es todavía menos favorable que en las de la pesada. Podemos formular para la industria soviética una ley bastante particular: los productos, por regla general, son tanto peores cuanto más cerca están del consumidor. En la industria textil, si creemos a *Pravda*, “el porcentaje de productos deficientes es deshonesto, el rendimiento flojo”, y “las bajas calidades son las que prevalecen”. Las quejas referentes a la mala calidad de los artículos de primera necesidad se dejan ver periódicamente en la prensa soviética: “la hojalatería es trabajada torpemente”; “los muebles son feos, mal ajustados, mal acabados”; “no es posible encontrar botones aceptables”; “los establecimientos de alimentación pública trabajan de una manera absolutamente lamentable”; etc., etc.

Caracterizar el éxito de la industrialización únicamente por los índices cuantitativos, es casi lo mismo que querer definir la anatomía de un hombre valiéndose de su estatura, sin indicar el perímetro torácico. Una estimación más justa de la dinámica de la economía soviética exige que, además del correctivo de calidad, recordemos siempre que los éxitos rápidos alcanzados en un dominio van acompañados por retrasos en los otros. La creación de vastas fábricas de automóviles se paga con la insuficiencia y el abandono de la red de carreteras. “El abandono de nuestras carreteras es extraordinario [atestigua *Izvestia*], no es posible ir a más de diez kilómetros por hora en una calzada tan importante como la de Moscú a Yaroslav”. El Presidente de la Comisión del Plan afirma que el país conserva aún las tradiciones de los “siglos sin carreteras”.

La economía municipal se encuentra en un estado análogo. En poco tiempo se crean nuevas ciudades industriales, mientras que decenas de las antiguas caen en el abandono más completo. Las capitales y las ciudades industriales crecen y se embellecen; surgen aquí y allá teatros y clubes costosos, pero la crisis de viviendas es intolerable; es ya una costumbre que nadie se ocupe de las viviendas. “Construimos mal y caro, el conjunto de viviendas se deteriora, y hacemos pocas y malas reformas” (*Izvestia*).

Estas desproporciones existen en toda la economía y son, en cierto modo, inevitables, puesto que ha sido y es necesario comenzar por los sectores más importantes. Hay que tener en cuenta, además, que el estado atrasado de ciertos sectores disminuye, en mucho, la eficacia del trabajo de otros. Si nos imaginamos una economía dirigida ideal, en la que se asegure la rapidez del ritmo de ciertas ramas, sino los mayores resultados para el conjunto de la economía, el coeficiente estadístico de crecimiento será menor durante el primer periodo, pero la economía toda, y el consumidor, ganarán con ello. En lo sucesivo, la dinámica general de la economía ganará también.

En la estadística oficial, la producción y la reparación de automóviles se suma para formar un total de producción industrial; desde el punto de vista de la eficacia económica, más valdría proceder por sustracción que por adición. Esta observación se refiere también a otras industrias. Por esto, todas las evaluaciones globales en rublos no tienen más que un valor relativo; no se sabe qué es el rublo y no siempre se sabe si se oculta detrás de él la fabricación o la reparación de una máquina. Si la producción global de la industria pesada, evaluada en rublos “estables” se ha sextuplicado con relación a lo que era antes de la guerra; la extracción de petróleo y de hulla, así como la producción de las fundiciones expresada en toneladas, sólo han aumentado tres veces y

media. La causa principal de esta discordancia es que la industria soviética ha creado nuevas ramas, desconocidas en tiempos de los zares. Pero hay que buscar una causa complementaria en la manipulación tendenciosa de las estadísticas. Ya sabemos que toda burocracia tiene la necesidad orgánica de maquillar la realidad.

Per cápita

El rendimiento individual medio del trabajo es aún muy bajo en la URSS. En la mejor fábrica metalúrgica, la producción de hierro colado y de acero por obrero es tres veces inferior al promedio de los Estados Unidos. La comparación de los promedios entre los dos países arrojaría probablemente una relación de uno a cinco o más baja. En estas condiciones, la afirmación de que los altos hornos de la URSS están mejor utilizados que los de los países capitalistas está, por el momento, desprovista de sentido; ya que la técnica no tiene más objeto que economizar el trabajo del hombre. En la industria forestal y en la de la construcción, la situación de las cosas es aún más desconsoladora que en la metalúrgica. Si cada trabajador en las canteras de los Estados Unidos extrae 5.000 toneladas al año, en la Unión Soviética son 500 toneladas, o sea diez veces menos. Unas diferencias tan notables, se explican más que por la insuficiente formación profesional de los obreros, por la mala organización del trabajo. La burocracia agujonea con toda su fuerza a los obreros, pero no sabe sacar un buen provecho de la mano de obra. La agricultura, no hay necesidad de decirlo, es la peor tratada a este respecto. Al débil rendimiento del trabajo, corresponde una débil renta nacional, y por lo tanto, un bajo nivel de vida de las masas populares.

Cuando se nos dice que la URSS alcanzará en 1936 el primer lugar en la producción industrial de Europa (éxito enorme en sí mismo) no solamente se olvida la calidad y el precio de costo, sino, además, el tamaño de la población. El nivel de desarrollo general del país, y más particularmente, la condición material de las masas no pueden determinarse, ni a grandes rasgos, más que dividiendo la producción entre el número de consumidores. Tratemos de efectuar esta simple operación aritmética.

El papel de los ferrocarriles en la economía, en la vida cultural, en la guerra, no necesita ser demostrado. La URSS dispone de 83.000 kilómetros de vías, contra 58.000 en Alemania, 63.000 en Francia, 417.000 en los Estados Unidos. Esto significa que en Alemania hay, por cada 10.000 habitantes, 8,5 kilómetros de vías; en Francia, 15,2 kilómetros; en los Estados Unidos, 33,1 kilómetros; en la URSS, 5 kilómetros. En cuanto a los ferrocarriles, la URSS sigue ocupando uno de los últimos lugares en el mundo civilizado. La flota mercante, que se ha triplicado durante los cinco últimos años, está actualmente casi a la misma altura que las de España y Dinamarca. Añadamos a esto la falta de carreteras. En 1935 la URSS produjo 0,6 automóviles por cada 1.000 habitantes; en 1934, Gran Bretaña produjo cerca de 8 por el mismo número de habitantes; Francia, 4,5; los Estados Unidos, 23 (por 36,5 en 1928).

Y la URSS tampoco supera, a pesar del estado extremadamente atrasado de los ferrocarriles y de sus transportes fluviales y automóviles, a Francia ni a Estados Unidos en cuanto a la proporción de caballos (1 caballo por 10-11 habitantes), siendo, además, muy inferior la calidad de sus bestias.

Los índices comparativos son desfavorables en la industria pesada, a pesar de que es la que ha alcanzado los éxitos más notables. La extracción de hulla fue, en 1935, de cerca de 0,7 toneladas por habitante; en Gran Bretaña se ha elevado a casi cinco toneladas; en los Estados Unidos, a cerca de 3 toneladas (contra 5,4 en 1913); en Alemania a cerca de 2. Acero: URSS cerca de 67 por habitante; Estados Unidos, cerca de 250. Las proporciones son análogas en fundición y en aceros laminados. Energía

eléctrica, 153 kilovatios/hora por cabeza en la URSS, en 1935; en Gran Bretaña, 443 (1934); en Francia, 363; en Alemania, 472.

Por regla general, los mismos índices son más bajos aún en la industria ligera. En 1935 se fabricaron menos de cincuenta centímetros de tejidos de lana por cabeza; ocho o diez veces menos que en los Estados Unidos o en Gran Bretaña. El paño sólo es accesible a los ciudadanos soviéticos privilegiados. Las masas tienen que contentarse con indianas fabricadas a razón de 16 metros por cabeza y empleadas, como en el antiguo régimen, hasta en invierno. La zapatería proporciona actualmente 0,5 pares de calzado por año y por habitante (en Alemania, más de un par; en Francia, 1,5 pares; en los Estados Unidos, cerca de 3 pares; y no tenemos en cuenta el índice de calidad, lo que agravaría la diferencia). Se puede admitir con toda seguridad, que el porcentaje de las personas que poseen varios pares de zapatos, es sensiblemente más elevado en los países capitalistas que en la URSS; por desgracia, la URSS ocupa aún uno de los primeros lugares en cuanto al porcentaje de los descalzos.

Las proporciones son las mismas y parcialmente más desventajosas en lo que se refiere a los productos alimenticios, a pesar de éxitos innegables obtenidos en los últimos años: las conservas, la elaboración de embutidos, el queso, por no hablar de pasteles y de dulces son, por el momento, inaccesibles a la gran mayoría de la población. La situación es igualmente mala en cuanto a los productos lácteos. En Francia y en los Estados Unidos hay, poco más o menos, una vaca por cada cinco habitantes; en Alemania, por cada seis; en la URSS por cada ocho; y dos vacas soviéticas cuentan por una desde el punto de vista de la producción de leche. Sólo en lo que se refiere a la producción de cereales, centeno sobre todo, y también patatas, la URSS, si se toma en cuenta el rendimiento por cabeza, sobrepasa sensiblemente a la mayor parte de los países de Europa y a los Estados Unidos. ¡Pero el pan de centeno y la patata, considerados como los principales alimentos de la población, constituye el índice clásico de la indigencia!

El consumo de papel es uno de los índices culturales más importantes. En 1935 se fabricaron en la URSS menos de cuatro kilos de papel por habitante; en los Estados Unidos más de 34 kilos (contra 48 kilos en 1928); en Alemania, más de 47 kilos. Si en los Estados Unidos hay por cada habitante doce lápices al año, en la URSS hay cerca de cuatro, y de tan mala calidad que su trabajo útil no es superior al de uno solo, al de dos, como mucho.

Los periódicos se quejan continuamente de que la falta de cartillas escolares, de papel y de lápices paraliza el trabajo escolar. Nada tiene de asombroso que la liquidación del analfabetismo, calculado para el décimo aniversario de la revolución de octubre, esté aún lejos de cumplirse.

Se puede comprender este problema inspirándose en consideraciones más generales. La renta nacional por habitante es sensiblemente inferior a la de los países occidentales; y como las inversiones en la producción absorben casi el 25-30%, es decir, una fracción incomparablemente mayor que en ninguna otra parte, el fondo de consumo de las masas populares tiene que ser muy inferior en relación con el de los países capitalistas avanzados.

Es cierto que no hay en la URSS clases poseedoras cuya prodigalidad tenga que ser compensada por el subconsumo de las masas populares. El peso de esta observación es, sin embargo, mucho menor de lo que parece a primera vista. La tara esencial del sistema capitalista no consiste en la prodigalidad de las clases poseedoras, por repugnante que sea en sí misma, sino en que, para garantizar su derecho al despilfarro, la burguesía mantiene la propiedad privada de los medios de producción y condena, así, a la economía, a la anarquía y a la disgregación. La burguesía detenta evidentemente el

monopolio del consumo de los artículos de lujo. Pero las masas trabajadoras la superan ampliamente en el consumo de artículos de primera necesidad. También veremos más adelante que si no hay clases en la URSS, en el sentido propio de la palabra, hay una capa dirigente privilegiadísima que se apropia de la parte del león en el consumo. Y si la URSS produce menos artículos de primera necesidad por habitante que los países capitalistas avanzados, esto significa que la condición material de las masas está a un nivel todavía inferior a la de los países capitalistas.

La responsabilidad de esta situación incumbe naturalmente al pasado sombrío de la URSS, a todo lo que nos legó de miseria y de ignorancia. No había otra salida hacia el progreso que la subversión del capitalismo. Basta para convencerse de ello con lanzar una mirada a los países bálticos y Polonia, que fueron antiguamente las partes más desarrolladas del imperio y que no salen del marasmo. El mérito imperecedero del régimen de los sóviets está en la lucha tan ruda, y generalmente eficaz, contra una barbarie secular. Pero la justa apreciación de los resultados es la primera condición de todo progreso futuro.

El régimen soviético atraviesa actualmente una fase preparatoria en la que importa, asimila, se apodera de las conquistas técnicas y culturales de occidente. Los coeficientes relativos de la producción y del consumo atestiguan que esta fase preparatoria está lejos de estar finalizada. Aun admitiendo la hipótesis poco probable de un marasmo completo del capitalismo, esta fase durará aun todo un periodo histórico. Tal es la primera conclusión de extremada importancia a la que llegamos y sobre la que insistiremos en el curso de este estudio.

II El desarrollo económico y los zigzags de la dirección

El “comunismo de guerra”, la “Nueva Política Económica” (la Nep), y la orientación hacia el campesinado acomodado

La curva del desarrollo de la economía soviética está lejos de ser regularmente ascendente. En los dieciocho años de historia del nuevo régimen se pueden distinguir netamente varias etapas señaladas por crisis agudas. Un breve resumen de la historia económica de la URSS, examinado junto con la política del gobierno, es tan necesario para el diagnóstico como para el pronóstico.

Los tres primeros años que siguieron a la revolución fueron de una guerra civil franca y encarnizada. La vida económica se subordinó por completo a las necesidades del frente. En presencia de una extremada escasez de los recursos, la vida cultural pasaba al segundo plano, caracterizada por la audaz amplitud del pensamiento, sobre todo el de Lenin. Es lo que se llama el periodo del “comunismo de guerra” (1918-1921), paralelo heroico del “socialismo de guerra” de los países capitalistas. Los objetivos económicos del poder de los sóviets se reducen principalmente a sostener las industrias de guerra y a aprovechar las raquílicas reservas existentes, para combatir y salvar del hambre a las poblaciones de las ciudades. El comunismo de guerra era, en el fondo, una reglamentación del consumo en una fortaleza sitiada.

Hay que reconocer, sin embargo, que sus intenciones primitivas fueron más amplias. El gobierno de los sóviets intentó y trató de obtener de la reglamentación una economía dirigida, tanto en el terreno del consumo como en el de la producción. En otras palabras, pensó en pasar poco a poco, sin modificación, del sistema de comunismo de guerra, al verdadero comunismo. El programa del partido bolchevique adoptado en 1919 decía: “En el terreno de la distribución, el poder de los sóviets perseverará inflexiblemente en la sustitución del comercio por un reparto de los productos organizado a escala nacional, sobre un plan de conjunto”.

Pero el conflicto se señalaba cada vez más entre la realidad y el programa del comunismo de guerra: la producción no cesaba de bajar y esto no se debía solamente a las consecuencias funestas de las hostilidades, sino también a la desaparición del estímulo del interés individual entre los productores. La ciudad pedía trigo y materias primas al campo, sin darle a cambio más que trozos de papel multicolor llamados dinero por una vieja costumbre. El mujik enterraba sus reservas y el gobierno enviaba destacamentos de obreros armados para que se apoderaran del grano. El mujik sembraba menos. La producción industrial de 1921, año que siguió al fin de la guerra civil, se elevó, en el mejor de los casos, a una quinta parte de lo que había sido antes de la guerra. La producción de acero cayó de 4,2 millones de toneladas a 183.000, o sea, 23 veces menos. La cosecha global cayó de 801 millones de quintales a 503 en 1922. Sobrevino un hambre espantosa. El comercio exterior se desmoronó de 2.900 millones de rublos a 30 millones. La ruina de las fuerzas productivas sobrepasa a todo lo que se conoce en la historia. El país, y junto con él, el poder, se encontraron al borde del abismo.

Las esperanzas utópicas del comunismo de guerra fueron posteriormente sometidas a una crítica extremadamente severa y justa en muchos conceptos. Sin

embargo, el error teórico cometido por el partido gobernante sería completamente inexplicable si se olvidara que todos los cálculos se basaban en esa época en una próxima victoria de la revolución en occidente. Se consideraba natural que el proletariado alemán victorioso, mediante un reembolso ulterior en productos alimenticios y materias primas, ayudaría a la Rusia soviética con máquinas y artículos manufacturados; y le proporcionaría también decenas de miles de obreros altamente cualificados, técnicos y organizadores. Es indudable que si la revolución social hubiese triunfado en Alemania (y la socialdemocracia fue lo único que impidió este triunfo) el desarrollo económico de la URSS, así como el de Alemania, hubiera proseguido a pasos de gigante, de tal modo que los destinos de Europa y del mundo entero se presentarían actualmente bajo un aspecto completamente favorable. Sin embargo, se puede decir con toda seguridad, que aun si se hubiera realizado esta feliz hipótesis, hubiese sido necesario renunciar al reparto de los productos y regresar a los métodos comerciales.

Lenin motivó la necesidad de restablecer el mercado para asegurar la existencia de millones de explotaciones campesinas aisladas y acostumbradas a definir por el comercio sus relaciones con el mundo circundante. La circulación de las mercancías debería constituir la soldadura entre los campesinos y la industria nacionalizada. La fórmula teórica de la soldadura es muy simple: la industria proporcionará al campo las mercancías necesarias, a tales precios que el estado pueda renunciar a la requisita de los productos de la agricultura.

El saneamiento de las relaciones económicas con el campo constituía, sin duda alguna, la tarea más urgente y más espinosa de la Nep. La experiencia demostró rápidamente que la industria misma, aun socializada, necesitaba métodos de cálculo monetario elaborados por el capitalismo. El plan no podía descansar sobre los simples datos de la inteligencia. El juego de la oferta y de la demanda siguió siendo, y lo será por largo tiempo, la base material indispensable y el correctivo salvador.

El mercado legalizado comenzó su obra con el concurso de un sistema monetario reorganizado. Desde 1923, gracias al primer impulso venido del campo, la industria se reanimó y dio pruebas enseguida de una intensa actividad. Basta indicar que la producción se dobló en 1922 y 1923 y alcanzó, en 1926, el nivel anterior a la guerra, lo que significa que se había quintuplicado desde 1921. Las cosechas aumentaron paralelamente, pero mucho más modestamente.

A partir del año crucial de 1923, las divergencias de opiniones sobre las relaciones entre la industria y la agricultura, divergencias que se habían manifestado antes, se agravaron en el partido dirigente. La industria sólo podía desarrollarse, en un país que había agotado sus reservas, tomando en empréstito a los campesinos cereales y materias primas. “Empréstitos forzados” demasiado considerables que sofocaban el estímulo al trabajo; los campesinos no creían en la felicidad futura y respondían a las requisas con la huelga de los sembradores. Empréstitos demasiado reducidos amenazaban con provocar el estancamiento: al no recibir productos industriales, los campesinos no trabajaban más que para la satisfacción de sus propias necesidades y volvían a antiguas fórmulas artesanales. Las divergencias de opiniones comenzaron en el partido con el problema de saber lo que había que tomar del campo para la industria, con el objeto de encaminarse hacia un equilibrio dinámico. El debate se complicó con los problemas referentes a la estructura social del campo.

En la primavera de 1923, el representante¹ de la Oposición de Izquierda (que, por lo demás, aún no llevaba ese nombre) al hablar al congreso del partido demostró el desnivel entre los precios de la agricultura y los de la industria por medio de un

¹ Se trata del mismo Trotsky. Ed. Fr.

diagrama inquietante². Este fenómeno recibió entonces el nombre de tijeras, que más tarde debía entrar en el vocabulario mundial. Si, decía el informante, la industria continúa retrasándose, y las tijeras siguen abriéndose cada vez más, la ruptura entre las ciudades y el campo será inevitable.

Los campesinos distinguían claramente entre la revolución agraria democrática realizada por los bolcheviques y la política de los mismos, tendente a dar una base al socialismo. La expropiación de los dominios privados y de los del estado aportaba a los campesinos más de 500 millones de rublos al año. Pero los campesinos perdían esta suma, y mucho más, con los elevados precios de la industria estatizada. De manera que el balance de las dos revoluciones, la democrática y la socialista, sólidamente unidas por el nudo de octubre, se saldaba para los cultivadores con una pérdida anual de varias centenas de millones de rublos; y la unión de las dos clases seguía siendo problemática.

El fraccionamiento de la agricultura, heredado del pasado, crecía con la revolución de octubre; el número de parcelas subió en los diez últimos años de 16 a 25 millones, lo que naturalmente aumentaba la tendencia de los campesinos a no satisfacer más que sus propias necesidades. Esta era una de las causas de la penuria de productos agrícolas.

La pequeña producción de mercancías crea inevitablemente explotadores. A medida que la agricultura se recuperaba, la diferenciación aumentaba en el seno de las masas campesinas; se seguía el antiguo camino del desarrollo fácil. El kulak (campesino rico) se enriquecía más rápidamente de lo que progresaba la agricultura. La política del gobierno, cuya consigna era: “hacia el campo”, se orientaba en realidad hacia los kulaks. El impuesto agrícola era mucho más pesado para los campesinos pobres que para los acomodados, los cuales, además, se aprovechaban del crédito del estado. Los excedentes de trigo, generalmente propiedad de los campesinos ricos, servían para esclavizar a los pobres y eran vendidos a precios especulativos a la pequeña burguesía de las ciudades. Bujarin, teórico en ese momento de la fracción dirigente, dirigía a los campesinos su famoso eslogan: “¡Enriqueceos!”. Esto significaba, en teoría, la asimilación progresiva de los kulaks por el socialismo. En la práctica, significó el enriquecimiento de la minoría en detrimento de la inmensa mayoría.

El gobierno, prisionero de su propia política, se vio obligado a retroceder paso a paso ante la pequeña burguesía rural. El empleo de mano de obra asalariada en la agricultura, y el alquiler de tierras, fueron legalizados en 1925. El campesinado se polarizaba entre el pequeño capitalista y el jornalero. Entre tanto, el estado, desprovisto de mercancías industriales, era eliminado del mercado rural. Como brotado de la tierra, surgía un intermediario entre el kulak y el pequeño patrón artesano. Hasta las mismas empresas estatalizadas tenían que recurrir, cada vez con mayor frecuencia, a los comerciantes, en busca de materias primas. Se advertía en todas partes la corriente ascendente del capitalismo. Todos los que reflexionaban podían convencerse fácilmente de que la transformación de las formas de propiedad, lejos de solucionar el problema del socialismo, no hacía más que plantearlo.

En 1925, mientras que la política de orientación hacia el kulak alcanzaba su punto álgido, Stalin comienza a preparar la desnacionalización de la tierra. A la pregunta de un periodista soviético: “¿No sería conveniente para la agricultura atribuir su parcela por diez años a cada cultivador?”, Stalin responde: “Y aun por cuarenta años”. El Comisario del Pueblo para la Agricultura en la República de Georgia, obrando por iniciativa de Stalin, presentó un proyecto de ley sobre la desnacionalización de la tierra. El objetivo era que el agricultor tuviera confianza en su propio porvenir. Ahora

² Ver en la serie *Trotsky inédito en internet y castellano* de Edicions Internacionals Sedov *Informe al Duodécimo Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia*.

bien, desde la primavera de 1926, cerca del 60% del trigo destinado al comercio estaba en manos de un 6% de los cultivadores. El estado carecía de granos para el comercio exterior y aun para las necesidades del país. La insignificancia de las exportaciones obligaba a renunciar a la importación de artículos manufacturados y a restringir al mínimo la de materias primas y máquinas.

Impidiendo la industrialización y perjudicando a la gran mayoría de campesinos, la política de orientación hacia el kulak reveló sin equivoco sus consecuencias políticas desde 1924-1926; al inspirar una confianza extraordinaria a la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, la condujo a apoderarse de numerosos sóviets locales; acrecentó su fuerza y la seguridad de la burocracia; aumentó su peso respecto a los obreros; provocó la supresión completa de toda democracia en el partido y en la sociedad soviética. El poder creciente del kulak atemorizó a dos miembros notables del grupo dirigente, Zinóviev y Kámenev, que eran también (lo que no es, por cierto, una casualidad) los presidentes de los sóviets de los dos centros industriales de mayor importancia, Leningrado y Moscú. Pero las provincias y, sobre todo, la burocracia estaban con Stalin. La política de ayuda al gran agricultor obtuvo la victoria. Zinóviev y Kámenev, seguidos por sus partidarios, se unieron en 1926 a la oposición de 1923 (llamada trotskysta).

Desde luego, la fracción dirigente jamás repudió “en principio” la colectivización de la agricultura, pero le asignaba un plazo de decenas de años. El futuro Comisario del Pueblo para la Agricultura, Yakovlev, escribía en 1927 que, si la transformación socialista del campo sólo podía llevarse a cabo por la colectivización, “no será, naturalmente, en uno, dos o tres años, y probablemente ni en diez...”. “Los *koljoses* (explotaciones colectivas) y las comunas”, escribía más adelante, “ciertamente no son, y no serán durante largo tiempo, más que islotes en medio de las parcelas...”. En efecto, en esa época solamente el 0,8% de las familias de los cultivadores formaban parte de las explotaciones colectivas.

En el partido, la lucha por la pretendida “línea general” se hizo patente en 1923 y revistió, a partir de 1926, una forma particularmente áspera y apasionada. En su vasta plataforma, que abarcaba todos los problemas de la economía y de la política, la Oposición escribía; “El partido debe rechazar victoriosamente todas las tendencias dirigidas a suprimir o socavar la nacionalización de la tierra, una de las bases principales de la dictadura del proletariado.”³ La Oposición alcanzó en este punto la victoria: los atentados directos a la nacionalización de la tierra cesaron. Pero no se trataba únicamente de la forma de la propiedad de la tierra.

“Al arrendamiento [decía además la plataforma de la Oposición] hay que oponerle el crecimiento más rápido de las comunidades agrícolas. Es esencial asignar sistemáticamente mayores cantidades de dinero de un año a otro a los agricultores pobres de las comunidades agrícolas. Toda la acción de las cooperativas debe estar penetrada de la necesidad de transformar la pequeña producción en gran producción colectiva”. Se consideraba obstinadamente como una utopía cualquier amplio programa de colectivización para un porvenir próximo. Durante la preparación del XV Congreso del partido, destinado a excluir a la Oposición, el futuro presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Mólotov, repitió: “No hay que dejarse engañar [¡!] en las condiciones presentes, por las ilusiones de los campesinos pobres sobre la colectivización de las grandes masas campesinas”. El calendario señalaba el final de 1927, y la fracción dirigente estaba muy lejos de concebir la política que iba a desarrollar el día siguiente en el campo.

³ Ver en estas mismas [Obras Escogidas](#) la [Plataforma de la Oposición Conjunta](#), página 23 formato pdf.

Estos mismos años (1923-1928) fueron los de la lucha de la coalición en el poder (Stalin, Mólotov, Ríkov, Tomsy y Bujarin; Zinóviev y Kámenev habían pasado a la Oposición a principios de 1926) contra los superindustrialistas partidarios del plan. El historiador futuro se asombrará al descubrir la malévolamente suspicacia hacia toda iniciativa económica audaz que dominaba en la mentalidad del gobierno del estado socialista. El ritmo de la industrialización se aceleraba empíricamente, según impulsos exteriores; todos los cálculos eran brutalmente rectificadas en el curso del trabajo, con un aumento extraordinario de los gastos generales. Cuando la Oposición exigió, a partir de 1923, la elaboración de un plan quinquenal, fue acogida con burlas al estilo del pequeño burgués que teme el “salto a lo desconocido”. En abril de 1927, Stalin afirmó todavía, en sesión plenaria del comité central, que comenzar la construcción de la gran central eléctrica del Dnieper sería para nosotros, así como para el mujik, comprarse un gramófono en lugar de una vaca. Este alado aforismo resumía todo un programa. No es superfluo recordar que toda la prensa burguesa del universo, seguida por la prensa socialista, hacía suyas con simpatías las acusaciones oficiales de romanticismo industrial dirigidas a la Oposición de Izquierda.

Mientras que el partido discutía ruidosamente, el campesino respondía a la falta de mercancías industriales con una huelga cada vez más testaruda; se abstenía de llevar su grano al mercado y de aumentar las siembras. La derecha (Ríkov, Tomsy, Bujarin), que marcaba el tono, exigía mayor libertad para las tendencias capitalistas del campo: aumentar el precio del trigo, aunque esta medida disminuyera el desarrollo de la industria. La única solución, con esta política de por medio, hubiera sido importar, a cambio de las materias primas entregadas por los agricultores para la exportación, artículos manufacturados. Así se hubiera hecho la soldadura entre la economía campesina y la industria socialista, en lugar de hacerla entre el campesino rico y el capitalismo mundial. Para esto, no valía la pena haber hecho la revolución de octubre.

“La aceleración de la industrialización [objetaba en la conferencia del partido de 1926 el representante de la Oposición⁴], particularmente por medio de una imposición mayor del kulak, proporcionará más mercancías, lo que permitirá disminuir los precios. Los obreros se beneficiarán, así como la mayor parte de los campesinos [...]. Girarnos hacia el campo no quiere decir que debamos volver la espalda a la industria; quiere decir que orientemos la industria hacia el campo, pues los campesinos no tienen ninguna necesidad de contemplar el rostro de un estado desprovisto de industria”.

Stalin, para respondernos, pulverizaba los “planes fantásticos de la Oposición”; la industria no debía “adelantarse demasiado, separándose de la agricultura y descuidando el ritmo de la acumulación en nuestro país”. Las decisiones del partido continuaban repitiendo las primitivas verdades de la adaptación pasiva a las necesidades de los agricultores enriquecidos. El XV Congreso del Partido Comunista Ruso, reunido en diciembre de 1927 para infligir una derrota definitiva a los superindustrialistas, lanzó una advertencia relativa al “peligro de invertir demasiados capitales en la gran edificación industrial”. La fracción dirigente aún no quería ver otros peligros. El año económico 1927-1928 veía cerrar el periodo llamado de reconstrucción, durante el cual la industria había trabajado sobre todo con el utillaje de antes de la revolución y la agricultura con su antiguo material. El progreso ulterior exigía una vasta edificación industrial; ya era imposible gobernar a tientas, sin plan.

Las posibilidades hipotéticas de la industrialización socialista habían sido analizadas por la Oposición desde 1923-25. La conclusión general a la que se había llegado era que, después de haber agotado las posibilidades ofrecidas por la maquinaria

⁴ Sigue siendo Trotsky. Ed. Fr.

heredada de la burguesía, la industria soviética podría, gracias a la acumulación socialista, alcanzar un crecimiento de un ritmo completamente inaccesible al capitalismo. Los jefes de fracción dirigente se burlaban abiertamente de los coeficientes de 15 a 18%, formulados prudentemente, como de la música fantástica de un porvenir desconocido. En esto consistía, entonces, la lucha contra el “trotskysmo”.

El primer esquema oficial del plan quinquenal, hecho al fin en 1927, fue de un espíritu irrisoriamente mezquino. El crecimiento de la producción industrial debía variar, siguiendo de año en año una curva decreciente, de un 9% a un 4%. ¡En cinco años, el consumo individual sólo debía aumentar un 12%! La inverosímil timidez de este concepto resalta con más claridad aún, con el hecho de que el presupuesto del estado no debía abarcar, al finalizar el periodo quinquenal, más que el 16% de la renta nacional, mientras que el presupuesto de la Rusia zarista, que no pensaba, ciertamente, en construir una sociedad socialista, absorbía el 18% de esta renta. No es superfluo añadir que, algunos años después, los autores de este plan, ingenieros y economistas, fueron severamente condenados por los tribunales como saboteadores que obedecían las directrices de una potencia extranjera. Si los acusados se hubieran atrevido, hubieran podido responder que su trabajo en la elaboración del plan se había cumplido en perfecto acuerdo con la “línea general” del buró político, del que recibían instrucciones.

La lucha de las tendencias se expresó en el lenguaje de las cifras. “Formular para el décimo aniversario de la revolución de octubre un plan tan mezquino, tan profundamente pesimista [decía la plataforma de la Oposición] es trabajar, en realidad, contra el socialismo”. Un año más tarde, el buró político sancionó un nuevo proyecto de plan quinquenal, según el cual el crecimiento medio anual de la producción debía ser del 9%. El desarrollo real mostraba una obstinada tendencia a aproximarse a los coeficientes de los superindustrialistas. Un año después, cuando la política del gobierno se modificó radicalmente, la Comisión del Plan decretó un tercer proyecto, cuya dinámica coincidía mucho más de lo que se hubiera podido prever con los pronósticos hipotéticos de la Oposición en 1925.

La historia verdadera de la política económica de la URSS es muy diferente, ya lo vemos, de la leyenda oficial. Deploremos que honorables autores, como los Webb, no se hayan dado cuenta de ello.

Viraje brusco: “El plan quinquenal en cuatro años” y la colectivización completa

La tergiversación ante las explotaciones campesinas individuales, la desconfianza ante los grandes planes, la defensa del desarrollo lento, el desdén por el problema internacional, tales son los elementos que, reunidos, formaron la teoría del socialismo en un solo país, formulada por Stalin por primera vez durante el otoño de 1924, después de la derrota del proletariado en Alemania. No precipitarnos en materia de industrialización, no disgustarnos con el mujik, no contar con la revolución mundial y, sobre todo, preservar al poder burocrático de toda crítica. La diferenciación de los campesinos sólo era una invención de la Oposición. El Yakovlev que ya hemos mencionado, licenció al Servicio Central de las Estadísticas, cuyos cuadros concedían al kulak un lugar mayor de lo que deseaba el poder. Mientras que los dirigentes prodigaban afirmaciones tranquilizadoras sobre la reabsorción de la escasez de mercancías, “el ritmo calmado del desarrollo” próximo, el almacenamiento más “uniforme” de los cereales, etc.; el kulak fortificado arrastró al campesino medio a seguirlo y negó a las ciudades su trigo. En enero de 1928, la clase obrera se encontró frente a un hambre inminente. La historia suele gastar bromas feroces. Precisamente el mismo mes en que los kulaks estrangulaban a la revolución, los representantes de la

Oposición de Izquierda eran encarcelados o enviados a Siberia por haber “sembrado el pánico” evocando el espectro del kulak.

El gobierno trató de presentar las cosas como si la huelga del trigo se debiera únicamente a la hostilidad del kulak (pero ¿de dónde había salido el kulak?) hacia el estado socialista; es decir, a móviles políticos de orden general. Pero el campesino acomodado es poco afecto a esta especie de “idealismo”. Si ocultaba su trigo, es porque le resultaba desventajoso venderlo. Por iguales razones lograba extender su influencia ampliamente entre el resto de los campesinos. Las medidas de represión resultaron manifiestamente insuficientes contra el sabotaje de los campesinos acomodados; había que cambiar de política. Incluso entonces vacilaron durante un tiempo.

Ríkov, que aún era jefe del gobierno, no era el único en declarar, en julio de 1928, que “el desarrollo de las explotaciones campesinas individuales [...] constituía la tarea más importante del partido”. Stalin le hacía eco: “Hay gentes [decía] que piensan que el cultivo de las parcelas individuales ha llegado a su fin y que ya no debe ser alentado [...]. Estas gentes no tienen nada en común con la línea general del partido”. Menos de un año después, la línea general del partido ya no tenía nada en común con estas palabras: El alba de la colectivización completa apuntaba en el horizonte.

La nueva orientación brotó de una sorda lucha en el seno del bloque gubernamental y se basó en medidas tan empíricas como las precedentes. “Los grupos de la derecha y del centro están unidos por su hostilidad común en contra de la Oposición, cuya exclusión precipitaría infaliblemente el conflicto entre ellos” (esta advertencia fue hecha en la plataforma de la Oposición). Esto es lo que sucedió. Los jefes del bloque gubernamental en vías de disgregación no quisieron, sin embargo, reconocer a ningún precio que este vaticinio de la Oposición se había cumplido como muchos otros. El 19 de octubre de 1928, Stalin aún declaraba: “Es tiempo de acabar con los murmullos sobre la existencia de una derecha con la que el buró político de nuestro comité central se muestra tolerante”. Los dos grupos sondeaban, entre tanto, a los burós del partido. El partido sofocado vivía de rumores confusos y de conjeturas. Pasaron algunos meses y la prensa oficial, con su acostumbrada imprudencia, declaró que el jefe del gobierno, Ríkov, “especulaba sobre las dificultades del poder de los sóviets”; que el dirigente de la Internacional Comunista, Bujarin, se había revelado como “agente de las influencias liberales burguesas”; que Tomsy, el presidente del Consejo Central de Sindicatos, no era más que un miserable tradeunionista. Los tres, Ríkov, Bujarin y Tomsy pertenecían al buró político. Si en la lucha anterior contra la Oposición de Izquierda se habían empleado armas tomadas del arsenal de la derecha, Bujarin podía ahora, sin faltar a la verdad, acusar a Stalin de utilizar contra la derecha fragmentos de la condenada plataforma de la Oposición de Izquierda.

De una u otra forma se dio el cambio. El eslogan: “¡Enriqueceos!”, y la teoría de la asimilación indolora del kulak por el socialismo, fueron reprobadas tardíamente, pero, por lo mismo, con gran energía. La industrialización se puso a la orden del día. La pasiva autosatisfacción fue reemplazada por un pánico impulsivo. La semiolvidada consigna de Lenin, “alcanzar y sobrepasar”, fue completada con estas palabras: “en el más breve plazo”. El plan quinquenal minimalista, ya aprobado en principio por el congreso del partido, cedió su lugar a un plan nuevo, cuyos elementos principales estaban tomados enteramente de la plataforma de la Oposición de Izquierda deshecha la víspera. El Dnieperstroy, comparado ayer con un gramófono, acaparó toda la atención.

Desde los primeros éxitos, se dio una nueva directiva: acabar la ejecución del plan quinquenal en cuatro años. Los empíricos, trastornados, llegaban a creer que ya todo les era posible. El oportunismo se transformó, como muchas veces ha sucedido en la historia, en su contrario, en espíritu de aventura. El buró político, dispuesto en 1923-

28 a acomodarse a la filosofía bujarinista del “paso de tortuga”, pasaba hoy fácilmente del 20 al 30% de crecimiento anual, tratando de hacer de todo éxito momentáneo una norma, y perdiendo de vista la interdependencia de las ramas de la economía. Los billetes impresos tapaban las brechas financieras del plan. Durante el primer periodo quinquenal, el papel moneda en circulación pasó de 1.700 millones de rublos a 5.500 millones, para alcanzar, a principios del segundo período, 8.400 millones. La burocracia no solamente se había sacudido el control de las masas, para las cuales, la industrialización a toda velocidad constituía una carga intolerable, sino que también se había emancipado del control automático del chervonetz⁵. El sistema financiero, sólido al principio de la Nep, de nuevo se quebrantó profundamente.

Pero los mayores peligros para el régimen, así como para el plan, surgieron del campo.

La población supo con estupor el 15 de febrero de 1928, por un editorial de *Pravda*, que los campos estaban muy lejos de tener el aspecto bajo el cual las autoridades los habían pintado hasta ese momento, y que tenían un fuerte parecido al cuadro que de ellos había trazado la Oposición excluida por el congreso. La prensa, que la víspera negaba literalmente la existencia del kulak, a una señal venida de arriba, lo descubría hoy no solamente en las aldeas, sino en el partido. Se supo que las células del partido estaban dirigidas frecuentemente por campesinos ricos, propietarios de maquinaria agrícola avanzada, quienes empleaban mano de obra asalariada, que ocultaban al gobierno cientos y miles de *puds* de grano, e implacablemente denunciaban la política “trotskysta”. Los periódicos rivalizaban en informaciones sensacionalistas sobre los kulaks secretarios de comités locales, que habían cerrado a los campesinos pobres y a los jornaleros las puertas del partido. Todos los viejos valores fueron derribados. Los signos más y menos se invertían.

Para alimentar a las ciudades, se necesitaba urgentemente tomar de los kulaks el pan cotidiano, lo que sólo podía hacerse por medio de la fuerza.

La expropiación de las reservas de cereales, y esto no solamente al kulak sino al campesino medio, fue calificada de “medida extraordinaria” en el lenguaje oficial. Esto significaba que el día de mañana se regresaría a las viejas rutinas. Pero el campo no creyó, y con razón, en las buenas palabras. La requisita forzada del trigo quitaba a los cultivadores acomodados todo deseo de extender las sementeras. El jornalero agrícola y el cultivador pobre se encontraban sin trabajo. La agricultura se encontraba de nuevo en un callejón sin salida y, junto con ella, el estado. Se necesitaba, a cualquier precio, transformar la “línea general”.

Stalin y Mólotov, sin dejar de atribuir el primer lugar a los cultivos parcelarios, subrayaron la necesidad de aumentar rápidamente las explotaciones agrícolas del estado (*sovjoses*) y las explotaciones colectivas de los campesinos (*koljoses*). Pero como la gravísima penuria de víveres no permitía renunciar a las expediciones militares a los campos, el programa de recuperación de los cultivos parcelarios se encontró suspendido en el vacío. Había que “deslizarse sobre la pendiente” de la colectivización. Las “medidas extraordinarias” adoptadas para adquirir trigo dieron lugar, sin que nadie se lo esperara, a un programa de “liquidación de los kulaks como clase”. Las órdenes contradictorias, más abundantes que las raciones de pan, pusieron en evidencia la ausencia de todo programa agrario, no sólo para cinco años, sino también para cinco meses.

Según el plan elaborado bajo el aguijón de la crisis de abastecimiento, la agricultura colectiva debía abarcar, al cabo del quinto año, cerca del 20% de las familias

⁵ Unidad monetaria provisional establecida sobre el precio del centeno. Ed. Fr.

campesinas. Este programa, cuyo aspecto grandioso se revela si se toma en cuenta que la colectivización había abarcado durante los diez años anteriores menos del uno por ciento de las familias, fue ampliamente sobrepasado a mediados del periodo quinquenal. En noviembre de 1929, Stalin, rompiendo con sus propias vacilaciones, anunció el fin de la agricultura parcelaria: “por aldeas enteras, por cantones, aun por cuarteles, los campesinos entran en los *koljoses*”. Yakovlev, quien dos años antes había demostrado que los *koljoses* durante largo tiempo no serían “más que oasis en medio de innumerables parcelas”, recibió, en calidad de comisario de agricultura, la misión de “liquidar a los campesinos ricos como clase” y de implantar la colectivización completa “en el plazo más breve”. En 1929, el número de familias que había entrado en los *koljoses* pasa de 1,7% a 3,9%, alcanza el 23,6% en 1930, 52,7% en 1931 y 61,5% en 1932.

Verdaderamente no se encontrará a nadie que repita el galimatías liberal de que la colectivización haya sido, por completo, fruto de la violencia. En la lucha por la tierra que necesitaban, los campesinos se rebelaban antiguamente en contra de los señores y, algunas veces, iban a colonizar regiones vírgenes en las que formaban sectas religiosas que compensaban al mujik de la falta de tierras con el vacío de los cielos. Después de la expropiación de los grandes dominios y de la fragmentación extrema de las parcelas, la reunión de éstas en cultivos más extensos había llegado a ser un asunto de vida o muerte para los campesinos, para la agricultura, para la sociedad entera.

Esta consideración histórica general no resolvía, sin embargo, el problema. Las posibilidades reales de la colectivización no estaban determinadas ni por la situación sin salida de los cultivadores, ni por la energía administrativa del gobierno; lo estaban, ante todo, por los recursos productivos dados, es decir, por la medida en que la industria podría proporcionar herramientas a la gran explotación agrícola. Estos datos materiales hacían falta; los *koljoses* fueron organizados frecuentemente con un utillaje que sólo convenían a las parcelas. En estas condiciones, la colectivización exageradamente apresurada se transformaba en una aventura.

El gobierno, sorprendido por la amplitud de su viraje, no pudo ni supo preparar en el sentido político su nueva evolución. Como los campesinos, las autoridades locales no sabían lo que se exigía de ellas. Los campesinos se exasperaron con los rumores de “confiscación” del ganado, lo que no estaba muy lejos de la verdad como se verá enseguida. La intención, que antaño se atribuía a la Oposición para caricaturizar sus planes, se realizaba: la burocracia “saqueaba los campos”. Para el campesino la colectivización fue, por lo pronto, una expropiación completa. No solamente se socializaban los caballos, las vacas, los corderos, los cerdos, sino hasta los polluelos. “Se expropiaba a los kulaks [un testigo ocular lo ha escrito en el extranjero] hasta botas de fieltro que arrebatan a los niños”. El resultado de todo esto fue que los campesinos vendieran en masa su ganado a bajo precio, o que lo sacrificaran para obtener carne y cuero.

En enero de 1930, Andreev, miembro del comité central, trazaba en el congreso de Moscú el siguiente cuadro de la colectivización: por una parte, el poderoso movimiento de colectivización que ha ganado al país entero “barrerá de su camino todos los obstáculos”; por otra, la venta que hicieron los campesinos, en vísperas de entrar en el *koljós*, con un espíritu brutal de lucro, de su equipo, del ganado y aun de las semillas, “adquiere proporciones francamente amenazadoras...” Por contradictorias que fuesen, estas dos afirmaciones definían justamente, desde dos puntos de vista opuestos, el carácter epidémico de la colectivización, medida desesperada. “La colectivización completa [escribía el observador crítico que ya hemos citado] ha sumido a la economía

en una miseria tal como no se había visto desde hacía largo tiempo; es como si una guerra de tres años se hubiera desencadenado allí”.

Con un solo gesto, la burocracia trató de sustituir a 25 millones de hogares campesinos aislados y egoístas, que ayer todavía eran los únicos motores de la agricultura (débiles como el jamelgo del mujik, pero motores a pesar de todo), por el mando de 200.000 consejos de administración de *koljoses*, desprovistos de medios técnicos, de conocimientos agrónomos y de apoyo por parte de los campesinos. Las consecuencias destructivas de esta aventura no tardaron en dejarse sentir, para durar años. La cosecha global de cereales, que había alcanzado en 1930, 835 millones de quintales, cayó en los dos años siguientes a menos de 700 millones. Esta diferencia no parece catastrófica en sí misma, pero significaba justamente la pérdida de la cantidad de trigo necesaria para las ciudades, antes de que éstas se habituasen a las raciones de hambre. Los cultivos técnicos estaban en peor situación. En vísperas de la colectivización, la producción de azúcar había alcanzado cerca de 109 millones de *puds* [el *pud* equivale a 16,38 kilos] para caer dos años más tarde, en plena colectivización, como consecuencia de la falta de remolacha, a 48 millones de *puds*, o sea, menos de la mitad. Pero el huracán más devastador fue el que azotó al ganado del campo. El número de caballos disminuyó un 55%; de 34,6 millones en 1929, a 15,6 en 1934; el ganado vacuno bajó de 30,7 millones a 19,5, o sea, un 40%; los cerdos un 55%; los corderos un 66%. Las pérdidas humanas [a consecuencia del hambre, el frío, las epidemias y la represión] por desdicha no han sido registradas con la misma exactitud que las del ganado, pero también se calculan por millones. La responsabilidad de todo esto no incumbe a la colectivización sino a los métodos ciegos, aventureros y violentos con los que se aplicó. La burocracia no había previsto nada. El estatuto mismo de los *koljoses*, que trataba de unir el interés individual del campesino con el interés colectivo, no se publicó sino después de que el campo fuera cruelmente asolado.

La precipitación de esta nueva política era un resultado de la necesidad de escapar a las consecuencias de la de 1923-28. La colectivización podía y debía, sin embargo, tener un ritmo más razonable y formas mejor calculadas. Dueña del poder y de la industria, la burocracia podía reglamentar la colectivización sin colocar al país al borde del abismo. Se podía y se debía adoptar un ritmo que correspondiera mejor a los recursos materiales y morales del país. “En condiciones internas e internacionales satisfactorias [escribía en 1930 el órgano de la Oposición de Izquierda en el extranjero], la situación material y técnica de la agricultura puede transformarse radicalmente en unos 10 o 15 años y asegurar a la colectivización una base en la producción. Pero durante los años que nos separan de esta situación, se puede derrocar varias veces al poder de los sóviets...”.

Esta advertencia no era exagerada: nunca el soplo de la muerte había estado tan cerca de la tierra de la revolución de octubre, como durante los años de la colectivización completa. El descontento, la inseguridad, la represión, desgarraban al país. Un sistema monetario desorganizado; la superposición de los precios máximos fijados por el estado, precios “convencionales” y precios de mercado libre; el paso de un simulacro de comercio entre el estado y los campesinos a impuestos en cereales, carne y leche; la lucha a muerte contra los robos innumerables del haber de los *koljoses* y la ocultación de estos robos; la movilización puramente militar del partido para combatir el sabotaje de los kulaks después de la “liquidación” de los mismos como clase; y al mismo tiempo, el regreso al sistema de cartillas de racionamiento y a las raciones de hambre, el restablecimiento, por fin, de los pasaportes interiores: todas estas medidas devolvían al país a la atmósfera de la guerra civil terminada hacía largo tiempo.

El abastecimiento de las fábricas de materias primas empeoraba de trimestre en trimestre. Las intolerables condiciones de existencia provocaban el desplazamiento de la mano de obra, las faltas de asistencia al trabajo, el descuido en el mismo, la ruptura de máquinas, el elevado porcentaje de las fabricaciones defectuosas, la mala calidad de los productos. El rendimiento medio del trabajo bajó un 11,7% en 1931. Según una confesión escapada a Mólotov, reproducida por toda la prensa soviética, la producción industrial sólo aumentó en 1933 el 8,5%, en lugar del 36% previsto por el plan. Es cierto que el mundo supo un poco después que el plan quinquenal había sido ejecutado en cuatro años y tres meses, lo que significaba solamente que el cinismo de la burocracia con respecto a las estadísticas y a la opinión pública no tiene límites. Pero esto no es lo más importante: la apuesta en esta operación no era el plan quinquenal, sino la suerte del régimen.

El régimen se sostuvo, mérito que hay que reconocerle, pues ha echado profundas raíces en el suelo popular. El mérito corresponde también a circunstancias exteriores favorables. En esos años de caos económico y de guerra civil en el campo, la URSS se encontró en realidad paralizada ante el enemigo exterior. El descontento de los campesinos se extendía al ejército. La inseguridad y la inestabilidad desmoralizaban a la burocracia y a los cuadros dirigentes. Una agresión por el oeste o por el este, podía ser de fatales consecuencias.

Felizmente, los primeros años de la crisis sumían al mundo capitalista en una expectativa desorientada. Nadie estaba listo para la guerra, nadie osaba arriesgarse. Por lo demás, ninguno de sus adversarios se daba cuenta claramente de la gravedad de las convulsiones que trastornaban al país de los sóviets bajo los rugidos de la música oficial en honor de la "línea general".

Por breve que sea, esperamos que nuestro resumen histórico muestre cuán lejos está del desarrollo real del estado obrero el cuadro idílico de una acumulación progresiva y continua de éxitos. Sacaremos más tarde, de un pasado rico en crisis, importantes indicaciones para el porvenir. El estudio histórico de la política económica del gobierno de los sóviets y de los zigzags de esta política, nos parece también necesario para destruir el fetichismo individualista que busca las causas de los éxitos reales o falsos en las cualidades extraordinarias de sus dirigentes y no en las condiciones de la propiedad socializada, creadas por la revolución.

Las ventajas objetivas del nuevo régimen social también encuentran naturalmente su expresión en los métodos de dirección; pero dichos métodos expresan igualmente, y no en menor medida, el estado atrasado en lo económico y lo cultural del país, y el ambiente pequeño burgués provinciano en el que se formaron sus cuadros dirigentes.

Se cometería uno de los más groseros errores deduciendo de esto que la política de los dirigentes soviéticos es un factor de tercer orden. No hay otro gobierno en el mundo que tenga en sus manos el destino del país en tal grado. Los éxitos y los fracasos de un capitalista dependen, aunque no enteramente, de sus cualidades personales. *Mutatis mutandis* [es decir, salvando las diferencias], el gobierno soviético se ha puesto, respecto al conjunto de la economía, en la situación del capitalista respecto a una empresa aislada. La centralización de la economía hace del poder un factor de enorme importancia. Justamente por esto, la política del gobierno no debe ser juzgada por balances sumarios, por las cifras desnudas de la estadística, sino de acuerdo con el papel específico de la previsión consciente y de la dirección planificada en la obtención de los resultados.

Los zigzags de la política gubernamental reflejan, al mismo tiempo, las contradicciones de la situación y la insuficiente capacidad de los dirigentes para

comprenderlas y aplicar medidas profilácticas. Los errores de estimación no se prestan fácilmente a estimaciones de contabilidad, pero la simple exposición esquemática de los zigzags permite deducir con seguridad que han impuesto a la economía soviética enormes gastos generales.

Sigue estando sin explicar, es cierto, sobre todo si se aborda la historia desde un punto de vista racionalista, cómo y por qué la fracción menos rica en ideas y más cargada de errores pudo vencer a los demás grupos y concentrar en sus manos un poder ilimitado. El análisis posterior nos dará la clave de este enigma. Veremos también cómo los métodos burocráticos del gobierno absoluto entran cada vez más en contradicción con las necesidades de la economía y de la cultura; y cómo, necesariamente, derivan de allí nuevas crisis nuevas sacudidas en el desarrollo de la URSS.

Pero antes de abordar el estudio del papel dual de la burocracia “socialista”, tendremos que responder a la siguiente pregunta: “¿Cuál es, pues, el balance general de lo obtenido?”. “¿El socialismo se ha realizado realmente?”. O, con mayor prudencia: ¿los éxitos económicos y culturales realizados nos inmunizan contra el peligro de una restauración capitalista, así como la sociedad burguesa por sus conquistas se encontró inmunizado, en cierta etapa, contra la restauración del feudalismo y de la servidumbre?

III El socialismo y el estado

El régimen transitorio

¿Es cierto, como lo afirman las autoridades oficiales, que el socialismo ya se ha realizado en la URSS? Si la respuesta es negativa, ¿puede decirse cuanto menos que los éxitos obtenidos garantizan la realización del socialismo en las fronteras nacionales, independientemente del curso de los acontecimientos en el resto del mundo? La apreciación crítica de los principales índices de la economía soviética debe darnos un punto de partida para buscar una respuesta justa. Pero no podemos pasar por alto una observación histórica preliminar.

El marxismo considera el desarrollo de la técnica como el resorte principal del progreso, y construye el programa comunista sobre la dinámica de las fuerzas de producción. Suponiendo que una catástrofe cósmica destruyera en un futuro más o menos próximo nuestro planeta, tendríamos que renunciar a la perspectiva del comunismo como a muchas otras cosas. Fuera de este peligro, poco probable por el momento, no tenemos la menor razón científica para fijar de antemano cualquier límite a nuestras posibilidades técnicas, industriales y culturales. El marxismo está profundamente penetrado del optimismo del progreso y esto basta, digámoslo de pasada, para oponerle irreductiblemente a la religión.

La base material del comunismo deberá consistir en un desarrollo tan alto del poder económico del hombre que el trabajo productivo, al dejar de ser una carga y un castigo, no necesite de ningún aguijón, y que el reparto de los bienes, en constante abundancia, no exija (como actualmente en una familia acomodada o en una pensión “conveniente” más control que el de la educación, el hábito, la opinión pública). Hablando francamente, es necesaria una gran dosis de estupidez para considerar como utópica una perspectiva a fin de cuentas tan modesta.

El capitalismo ha preparado las condiciones y las fuerzas de la revolución social: la técnica, la ciencia, el proletariado. Sin embargo, la sociedad comunista no puede suceder inmediatamente a la burguesa; la herencia cultural y material del pasado es demasiado insuficiente. En sus comienzos, el estado obrero aún no puede permitir a cada uno “trabajar según su capacidad”, o en otras palabras, lo que pueda y quiera; ni recompensar a cada uno “según sus necesidades”, independientemente del trabajo realizado. El interés del crecimiento de las fuerzas productivas obliga a recurrir a las normas habituales del salario, es decir, al reparto de bienes según la cantidad y la calidad del trabajo individual.

Marx llamaba a esta primera etapa de la nueva sociedad “la etapa inferior del comunismo”, a diferencia de la etapa superior en la que desaparece, al mismo tiempo que el último espectro de la necesidad, la desigualdad material. “Naturalmente que aún no hemos llegado al comunismo *completo*, [dice la actual doctrina soviética oficial], pero ya hemos realizado el socialismo, es decir, la *etapa inferior* del comunismo”. E invoca en su apoyo la supremacía de los trusts de estado en la industria, de los *koljoses* en la agricultura, de las empresas estatizadas y cooperativas en el comercio. A primera vista, la concordancia es completa con el esquema *a priori* (y por tanto, hipotético) de Marx. Pero, desde el punto de vista del marxismo, el problema no se refiere

precisamente a las simples formas de la propiedad, independientemente del rendimiento obtenido por el trabajo. En todo caso, Marx entendía por “etapa inferior del comunismo” la de una sociedad cuyo desarrollo económico fuera, desde un principio, *superior* al del capitalismo avanzado. En teoría, esta manera de plantear el problema es irreprochable, pues el comunismo, considerado a *escala mundial*, constituye, aun en su etapa inicial, en su punto de partida, un grado superior con relación a la sociedad burguesa. Marx esperaba, por otra parte, que los franceses comenzaran la revolución socialista, que los alemanes continuaran y que terminaran los ingleses. En cuanto a los rusos, quedaban en la lejana retaguardia. La realidad fue distinta. Tratar, por tanto, de aplicar mecánicamente al caso particular de la URSS en la fase actual de su evolución la concepción histórica universal de Marx, es caer bien pronto en inextricables contradicciones.

Rusia no era el eslabón más resistente, sino el más débil del capitalismo. La URSS actual no sobrepasa el nivel de la economía mundial; no hace más que alcanzar a los países capitalistas. Si la sociedad que debía formarse sobre la base de la socialización de las fuerzas productivas de los países más avanzados del capitalismo representaba para Marx la “etapa inferior del comunismo”, esta definición no se aplica seguramente a la URSS que sigue siendo, a ese respecto, mucho más pobre en cuanto a técnica, a bienes y a cultura que los países capitalistas. Es más exacto, pues, llamar al régimen soviético actual, con todas sus contradicciones, *transitorio* entre el capitalismo y el socialismo, o *preparatorio* al socialismo, y no *socialista*.

Esta preocupación por una justa terminología no implica ninguna pedantería. La fuerza y la estabilidad de los regímenes se miden, en último análisis, por el rendimiento relativo del trabajo. Una economía socialista, en vías de sobrepasar en el sentido técnico al capitalismo, tendría asegurado realmente un desarrollo socialista, en cierto modo automático, lo que desdichadamente no puede decirse de la economía soviética.

La mayor parte de los apologistas vulgares de la URSS, tal como sucede en la actualidad, están inclinados a razonar más o menos así: aun reconociendo que el régimen soviético actual todavía no es socialista, el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, sobre las bases actuales, debe, tarde o temprano, conducir al triunfo completo del socialismo. Sólo el factor tiempo es discutible. ¿Vale la pena hacer tanto ruido por eso? Por victorioso que parezca este razonamiento en realidad es muy superficial. El tiempo no es, de ninguna manera, un factor secundario cuando se trata de un proceso histórico: es infinitamente más peligroso confundir el presente con el futuro en política que en gramática. El desarrollo no consiste, como se lo representan los evolucionistas vulgares del género de los Webb, en la acumulación planificada y en la “mejora” constante de lo que es. Implica transformaciones de cantidad en calidad, crisis, saltos hacia adelante, retrocesos. Justamente porque la URSS aún no está en la primera etapa del socialismo, sistema equilibrado de producción y consumo, su desarrollo no es armonioso sino contradictorio. Las contradicciones económicas hacen nacer los antagonismos sociales que despliegan su propia lógica sin esperar el desarrollo de las fuerzas productivas. Acabamos de verlo en el problema del kulak, que no ha permitido dejarse “asimilar” por el socialismo y que ha exigido una revolución complementaria que los burócratas y sus ideólogos no se esperaban. ¿Consentirá la burocracia, en cuyas manos se concentra el poder y la riqueza, en dejarse asimilar por el socialismo? Nos permitimos dudarle, Sería imprudente, en todo caso, confiar en su palabra. ¿En qué sentido evolucionará durante los tres, cinco o diez años próximos el dinamismo de las contradicciones económicas y de los antagonismos sociales de la sociedad soviética? Aún no hay respuesta definitiva e indiscutible a esta pregunta. La solución depende de la lucha de las fuerzas vivas de la sociedad, no solamente a escala nacional, sino a

escala internacional. Cada nueva etapa nos impone, desde luego, el análisis concreto de las tendencias y de las relaciones reales, en su conexión y en su constante interdependencia. Veremos ahora la importancia de tal análisis en el caso del estado soviético.

Programa y realidad

Siguiendo a Marx y Engels, Lenin ve el primer rasgo distintivo de la revolución en que al expropiar a los explotadores suprime la necesidad de un aparato burocrático que domine a la sociedad y, sobre todo, de la policía y del ejército permanente. “El proletariado necesita del estado, todos los oportunistas lo repiten [escribía Lenin en 1917, dos o tres meses antes de la conquista del poder], pero olvidan añadir que el proletariado sólo necesita un estado agonizante; es decir, que comience inmediatamente a agonizar y que no pueda dejar de agonizar”. [*El estado y la revolución*]. En su tiempo, esta crítica fue dirigida en contra de los socialistas reformistas del tipo de los mencheviques rusos, de los fabianos ingleses, etc.; actualmente, se vuelve en contra de los idólatras soviéticos y de su culto por el estado burocrático que no tiene la menor intención de “agonizar”.

La burocracia es socialmente necesaria cada vez que se presentan antagonismos ásperos que hay que “atenuar”, “acomodar”, “reglamentar” (siempre en interés de los privilegiados y de los poseedores, y siempre en interés de la burocracia misma). El aparato burocrático se consolida y se perfecciona a través de todas las revoluciones burguesas por democráticas que sean. “Los funcionarios y el ejército permanente [escribe Lenin], son ‘parásitos’ en el cuerpo de la sociedad burguesa, parásitos engendrados por las contradicciones internas que desgarran a esta sociedad, pero son precisamente estos parásitos los que le tapan los poros”.

A partir de 1918, es decir, en el momento en que el partido tuvo que considerar la toma del poder como un problema práctico, Lenin trató incesantemente de eliminar a estos “parásitos”. Después de la subversión de las clases explotadoras (explica y demuestra en *El estado y la revolución*), el proletariado romperá la vieja máquina burocrática y formará su propio aparato de obreros y empleados, y para impedirles que se transformen en burócratas, tomará “medidas estudiadas en detalle por Marx y Engels: 1.- Elegibilidad y también revocabilidad en cualquier momento; 2.- Retribución no superior al salario de un obrero; 3.- Paso inmediato a una situación en la cual todos desempeñarán funciones de control y vigilancia, de tal forma que todos serán rotativamente ‘burócratas’ y, por lo mismo, nadie sería burócrata. Sería un error pensar que Lenin creía que esta obra iba a exigir decenas de años; no, es el primer paso: “se puede y se debe comenzar por ahí, haciendo la revolución proletaria”.

Las mismas audaces concepciones sobre el estado de la dictadura del proletariado encontraron, año y medio después de la toma del poder, su expresión acabada en el programa del partido bolchevique, y particularmente en los párrafos referentes al ejército. Un estado fuerte, pero sin mandarines; una fuerza armada, pero sin samuráis. La burocracia militar y civil no es un resultado de las necesidades de la defensa, sino de una transferencia de la división de la sociedad en clases en la organización de la defensa. El ejército no es más que un producto de las relaciones sociales. La lucha en contra de los peligros exteriores supone, en el estado obrero, claro está, una organización militar y técnica especializada que no será en ningún caso una casta privilegiada de oficiales. El programa bolchevique exige la sustitución del ejército permanente por la nación armada.

Desde su formación, el régimen de la dictadura del proletariado deja, así, de ser un “estado” en el viejo sentido de la palabra, es decir, una máquina hecha para mantener

en la obediencia a la mayoría del pueblo. Con las armas, la fuerza material pasa inmediatamente a las organizaciones de trabajadores tales como los sóviets. El estado, aparato burocrático, comienza a agonizar desde el primer día de la dictadura del proletariado. Esto es lo que dice el programa que hasta ahora no ha sido derogado. Cosa extraña, se creería oír una voz de ultratumba, salida del mausoleo...

Cualquiera que sea la interpretación que se dé a la naturaleza del estado soviético, una cosa es innegable: al terminar sus veinte primeros años está lejos de haber “agonizado”; ni siquiera ha comenzado a “agonizar”; peor aún, se ha transformado en una fuerza incontrolada que domina a las masas; el ejército, lejos de ser reemplazado por el pueblo armado, ha formado una casta de oficiales privilegiados en cuya cima han aparecido los mariscales, mientras que al pueblo que “ejerce armado la dictadura”, se le ha prohibido hasta la posesión de un arma blanca. La fantasía más exaltada difícilmente concebiría un contraste más vivo que el que existe entre el esquema del estado obrero de Marx-Engels-Lenin y el estado a cuya cabeza se haya Stalin actualmente. Mientras continúan reimprimiendo las obras de Lenin (censurándolas y mutilándoles, es cierto), los jefes actuales de la URSS y sus representantes ideológicos ni siquiera se preguntan cuáles son las causas de una separación tan flagrante entre el programa y la realidad. Tratemos de hacerlo nosotros en su lugar.

El doble carácter del estado soviético

La dictadura del proletariado es un puente entre la sociedad burguesa y la socialista. Su esencia misma le confiere un carácter temporal. El estado que realiza la dictadura tiene como tarea derivada, pero absolutamente primordial, la de preparar su propia abolición. El grado de ejecución de esta tarea “derivada” verifica en cierto sentido el éxito con que se ha llevado a cabo la idea básica: la construcción de una sociedad sin clases y sin contradicciones materiales. El burocratismo y la armonía social están en proporción inversa el uno de la otra.

Engels escribía en su célebre polémica contra Dühring: cuando desaparezcan, al mismo tiempo que el dominio de clases y la lucha por la existencia individual engendrada por la anarquía actual de la producción, los choques y los excesos que nacen de esta lucha, ya no habrá nada que reprimir, y la necesidad de una fuerza especial de represión no se hará sentir en el estado”. El filisteo cree en la eternidad del gendarme. En realidad, el gendarme dominará al hombre en tanto que éste no haya dominado suficientemente a la naturaleza. Para que el estado desaparezca, es necesario que desaparezcan “el dominio de clase y la lucha por la existencia individual”. Engels reúne estas dos condiciones en una sola: en la perspectiva de la sucesión de los regímenes sociales, unas decenas de años no cuentan mucho. Las generaciones que soportan la revolución sobre sus propias espaldas lo ven de otra manera. Es exacto que la lucha de todos contra todos nace de la anarquía capitalista. Pero la socialización de los medios de producción no suprime automáticamente “la lucha por la existencia individual”. Este es el eje del asunto.

El estado socialista, aun en Norteamérica sobre las bases del capitalismo más avanzado, no podría dar a cada uno lo necesario, y se vería obligado, por tanto, a incitar a todo el mundo a que produjera lo más posible. La función del excitador le corresponde naturalmente en estas condiciones y no puede dejar de recurrir, modificándolos y suavizándolos, a los métodos de retribución del trabajo elaborados por el capitalismo. En este sentido, Marx escribía en 1875 que el “derecho burgués [...] es inevitable en la primera fase de la sociedad comunista, bajo la forma que reviste al nacer de la sociedad capitalista después de prolongados dolores de parto. El derecho jamás puede elevarse

por encima del régimen económico y del desarrollo cultural condicionado por este régimen”.

Lenin, comentando estas líneas notables, añade: “El derecho burgués en materia de reparto de artículos de consumo corresponde naturalmente al estado burgués, pues el derecho no es nada sin un aparato de coerción que imponga sus normas. Resulta, pues, que el derecho burgués subsiste durante cierto tiempo en el seno del comunismo, y aún, que subsiste el estado burgués sin burguesía”.

Esta conclusión significativa, completamente ignorada por los actuales teóricos oficiales, tiene una importancia decisiva para la comprensión de la naturaleza del estado soviético de hoy o, más exactamente, para una primera aproximación en este sentido. El estado que se impone como tarea la transformación socialista de la sociedad, como se ve obligado a defender la desigualdad, es decir los privilegios de la minoría, sigue siendo, en cierta medida, un estado “burgués”, aunque sin burguesía. Estas palabras no implican alabanza ni censura; simplemente llaman a las cosas por su nombre.

Las normas burguesas de reparto, al precipitar el crecimiento del poder material, deben servir a fines socialistas. Pero el estado adquiere inmediatamente un doble carácter: socialista en la medida en que defiende la propiedad colectiva de los medios de producción; burgués en la medida en que el reparto de los bienes se lleva a cabo por medio de medidas capitalistas de valor, con todas las consecuencias que se derivan de este hecho. Una definición tan contradictoria asustará, probablemente, a los escolásticos y a los dogmáticos; no podemos hacer otra cosa que lamentarlo.

La fisonomía definitiva del estado obrero debe definirse por la relación cambiante entre sus tendencias burguesas y socialistas. La victoria de las últimas debe significar la supresión irrevocable del gendarme o, en otras palabras, la reabsorción del estado en una sociedad que se administre a sí misma. Esto basta para hacer resaltar la inmensa importancia del problema de la burocracia soviética, hecho y síntoma.

Justamente porque, debido a toda su formación intelectual, dio a la concepción de Marx su forma más acentuada, Lenin revela la fuente de las dificultades venideras, comprendiendo las suyas, aunque no haya tenido tiempo para llevar su análisis hasta el fondo. “El estado burgués sin burguesía” se reveló incompatible con una democracia soviética auténtica. La dualidad de las funciones del estado no podía dejar de manifestarse en su estructura. La experiencia ha demostrado que la teoría no había sabido prever con claridad suficiente: si “el estado de los obreros armados” responde plenamente a sus fines cuando se trata de defender la propiedad socializada en contra de la contrarrevolución, no sucede lo mismo cuando se trata de reglamentar la desigualdad en la esfera del consumo. Los que carecen de privilegios no se sienten inclinados a crearlos ni a defenderlos. La mayoría no puede mostrarse cuidadosa con los privilegios de la minoría. Para defender el “derecho burgués”, el estado obrero se ve obligado a formar un órgano del tipo “burgués”, o, dicho brevemente, se ve obligado a volver al gendarme, aunque dándole un nuevo uniforme.

Hemos dado, así, el primer paso hacia la comprensión de la contradicción fundamental entre el programa bolchevique y la realidad soviética. Si el estado, en lugar de agonizar, se hace cada vez más despótico; si los mandatarios de la clase obrera se burocratizan, si la burocracia se erige por encima de la sociedad renovada, no se debe a razones secundarias como las supervivencias psicológicas del pasado, etc.; se debe a la inflexible necesidad de formar y de sostener a una minoría privilegiada mientras no sea posible asegurar la igualdad real.

Las tendencias burocráticas que sofocan al movimiento obrero también deberán manifestarse por doquier después de la revolución proletaria. Pero es evidente que, mientras más pobre sea la sociedad nacida de la revolución, esta “ley” deberá

manifestarse más severamente, sin rodeos; y mientras más brutales sean las formas que debe revestir, el burocratismo será más peligroso para el desarrollo del socialismo. No son los “restos”, impotentes por sí mismos, de las antiguas clases dirigentes los que impiden, como lo declara la doctrina puramente policíaca de Stalin, que el estado soviético perezca, pues aunque se liberara de la burocracia parasitaria, permanecerían factores infinitamente más potentes, como la indigencia material, la falta de cultura general y el dominio consiguiente del “derecho burgués” en el terreno que interesa más directa y vivamente a todo hombre: el de su conservación personal.

Gendarme e indigencia socializada

El joven Marx escribía dos años antes de *El Manifiesto Comunista*: “... el desarrollo de las fuerzas productivas es prácticamente la primera condición absolutamente necesaria [del comunismo] por esta razón: que sin él sí se socializaría la indigencia y ésta haría resurgir la lucha por lo necesario, rebrotando, consecuentemente, todo el viejo caos...”. Esta idea no la desarrolló Marx en ninguna parte, y no se debió a una casualidad: no preveía la victoria de la revolución en un país atrasado. Tampoco Lenin se detuvo en ella, y tampoco esto se debió al azar: no preveía un aislamiento tan largo del estado soviético. Pero el texto que acabamos de citar, que no fue para Marx más que una suposición abstracta, un argumento por oposición, nos ofrece una clave teórica única para abordar las dificultades absolutamente concretas y los males del régimen soviético. Sobre el terreno histórico de la miseria, agravado por las devastaciones de la guerra imperialista y de la guerra civil, “la lucha por la existencia individual” lejos de desaparecer con la subversión de la burguesía, lejos de atenuarse en los años siguientes, revistió un encarnizamiento sin precedentes: ¿tenemos que recordar que en dos ocasiones se produjeron actos de canibalismo en ciertas regiones del país?

La distancia que separa a Rusia del occidente, no se mide verdaderamente sino hasta ahora. En las condiciones más favorables, es decir, en ausencia de convulsiones internas y de catástrofes exteriores, la URSS necesitaría varios lustros para asimilar completamente el acervo económico y educativo que ha sido, para los primogénitos del capitalismo, el fruto de siglos. La aplicación de métodos socialistas a tareas presocialistas es el meollo del actual trabajo económico y cultural de la URSS.

Es cierto que la URSS sobrepasa, actualmente, por sus fuerzas productivas, a los países más avanzados del tiempo de Marx. Pero, en primer lugar, en la competencia histórica de dos regímenes, no se trata tanto de niveles absolutos como de niveles relativos: la economía soviética se opone al capitalismo de Hitler, Baldwin y Roosevelt, no al de Bismarck, Palmerston y Abraham Lincoln. En segundo lugar, la amplitud misma de las necesidades del hombre se modifica radicalmente con el crecimiento de la técnica mundial: los contemporáneos de Marx no conocían el automóvil ni la radio, ni el avión. Una sociedad socialista sería inconcebible en nuestros tiempos sin el libre uso de todos esos bienes.

“El estadio inferior del comunismo”, para emplear el término de Marx, comienza en el nivel más avanzado al que ha llegado el capitalismo, y el programa real de los próximos periodos quinquenales de las repúblicas soviéticas consiste en “alcanzar a Europa y Norteamérica”. Para la creación de una red de gasolineras y de autopistas en la URSS se necesita mucho más tiempo y dinero que para importar de Norteamérica fábricas de automóviles listas e, incluso, para apropiarse de su técnica. ¿Cuántos años se necesitarán para ofrecerle a todo ciudadano la posibilidad de usar un automóvil en todas direcciones y sin encontrar dificultades para obtener gasolina? En la sociedad bárbara, el peatón y el caballero formaban dos clases. El automóvil no diferencia menos a la sociedad que el caballo de silla. Mientras que el modesto Ford continúe siendo el

privilegio de una minoría, todas las relaciones y todos los hábitos propios de la sociedad burguesa siguen en pie. Con ellos subsiste el estado, guardián de la desigualdad.

Partiendo únicamente de la teoría marxista de la dictadura del proletariado, Lenin no pudo, ni en su obra capital sobre el problema (*El estado y la revolución*), ni en el programa del partido, obtener sobre el carácter del estado todas las deducciones impuestas por la condición atrasada y el aislamiento del país. Al explicar la supervivencia de la burocracia por la inexperiencia administrativa de las masas y las dificultades nacidas de la guerra, el programa del partido prescribe medidas puramente políticas para vencer las “deformaciones burocráticas” (elegibilidad y revocabilidad en cualquier momento de todos los mandatarios, supresión de los privilegios materiales, control activo de las masas). Se pensaba que con estos medios, el funcionario cesaría de ser un jefe para transformarse en un simple agente técnico, por otra parte provisional, mientras que el estado poco a poco abandonaba la escena sin ruido.

Esta subestimación manifiesta de las dificultades se explica porque el programa se basaba enteramente y sin reservas en una perspectiva internacional. “La revolución de octubre ha realizado en Rusia la dictadura del proletariado [...]. La era de la revolución proletaria, comunista, universal, se ha abierto”. Estas son las primeras líneas del programa. Los autores de este documento no se asignaban como único fin “la edificación del socialismo en un solo país” (semejante idea no se le ocurría a nadie, y a Stalin menos que a nadie), y no se preguntaban qué carácter revestiría el estado soviético si tuviera que realizar solo, durante veinte años, las tareas económicas y culturales desde hacía largo tiempo realizadas por el capitalismo avanzado.

Sin embargo, la crisis revolucionaria de posguerra no produjo la victoria del socialismo en Europa: la socialdemocracia salvó a la burguesía. El periodo que para Lenin y sus compañeros de armas debía ser una corta “tregua” se convirtió en toda una época de la historia. La contradictoria estructura social de la URSS y el carácter ultra burocrático del estado soviético, son las consecuencias directas de esta singular “dificultad” histórica imprevista, que al mismo tiempo arrastró a los países capitalistas al fascismo o a la reacción prefascista.

Si la tentativa primitiva (crear un estado libre de burocracia) tropezó, en primer lugar, con la inexperiencia de las masas en materia de autoadministración, con la falta de trabajadores cualificados leales al socialismo, etc., no tardarían en dejarse sentir otras dificultades posteriores. La reducción del estado a funciones “de censo y de control”, mientras que las funciones coercitivas debían debilitarse sin cesar, como lo exigía el programa, suponía cierto bienestar. Esta condición necesaria faltaba. El socorro de occidente no llegaba. El poder de los sóviets democráticos resultaba molesto y aun intolerable cuando se trataba de servir a los grupos privilegiados más indispensables para la defensa, para la industria, para la técnica, para la ciencia. Una poderosa casta de especialistas del reparto se formó y fortificó gracias a la maniobra nada socialista de quitarle a diez personas para darle a una.

¿Cómo y por qué los inmensos progresos económicos de los últimos tiempos en lugar de suavizar la desigualdad la han agravado, aumentando más todavía la burocracia; cómo una “deformación” se ha transformado en un sistema de gobierno? Antes de responder a esta pregunta, escuchemos lo que los jefes más autorizados de la burocracia soviética dicen de su propio régimen.

“La victoria completa del socialismo” y “la consolidación de la dictadura”

La victoria completa del socialismo ha sido anunciada varias veces en la URSS y bajo una forma particularmente categórica, después de la “liquidación de los kulaks como clase”. El 30 de enero de 1931, *Pravda*, al comentar un discurso de Stalin,

escribía: “El segundo plan quinquenal liquidará los *últimos vestigios* de los elementos capitalistas en nuestra economía”. (Subrayado por nosotros). Desde este punto de vista, el estado debería desaparecer sin remedio en el mismo lapso de tiempo, pues ya nada hay que hacer donde los “*últimos vestigios* del capitalismo” han sido liquidados. “El poder de los sóviets [declara a este respecto el programa del partido bolchevique] reconoce francamente el ineludible carácter de clase de todo estado, en tanto que no haya desaparecido enteramente la división de la sociedad en clases, y con ella, toda autoridad gubernamental”. Pero tan pronto como algunos imprudentes teóricos moscovitas trataron de deducir de la liquidación de los “*últimos vestigios* del capitalismo” (admitida por ellos como una realidad) el fin del estado, la burocracia declaró sus teorías “contrarrevolucionarias”.

¿El error teórico de la burocracia consiste entonces en la premisa principal o en la deducción? En ambas. Respecto a las primeras declaraciones sobre la “victoria total”, la Oposición de Izquierda contestó: no puede limitarse a considerar las simples formas jurídico-sociales de las relaciones aún contradictorias y poco maduras de la agricultura, haciendo abstracción del criterio principal: el nivel alcanzado por las fuerzas productivas. Las formas jurídicas mismas tienen un contenido social que varía profundamente según el grado de desarrollo de la técnica: “El derecho no puede jamás elevarse sobre el régimen económico y el desarrollo cultural de la sociedad condicionada por este régimen” (Marx). Las formas soviéticas de la propiedad, basadas sobre las adquisiciones más recientes de la técnica norteamericana, y extendidas a todas las ramas de la economía, producirían el primer periodo del socialismo. Las formas soviéticas, ante el bajo rendimiento del trabajo, no significan más que un régimen transitorio cuyos destinos aún no han sido sopesados definitivamente por la historia.

En marzo de 1932 escribíamos: “¿No es monstruoso? El país no sale de la penuria de mercancías, el avituallamiento se interrumpe a cada instante, los niños carecen de leche y los oráculos oficiales proclaman que ‘el país ha entrado en el periodo socialista’. ¿Es posible comprometer más torpemente al socialismo?” Karl Radek, entonces unos de los publicistas en boga de los medios dirigentes soviéticos, replicaba a esta objeción en un número especial del *Berliner Tageblatt* dedicado a la URSS (mayo de 1932), en los términos siguientes, dignos de ser conservados para la posteridad: “La leche es el producto de la vaca, no socialismo; y se necesita realmente confundir el socialismo con la imagen del país en que corren ríos de leche para no comprender que un país puede elevarse a un grado superior de desarrollo sin que, momentáneamente, la situación material de las masas populares mejore sensiblemente”. Estas líneas fueron escritas en un momento en que el país era azotado por un hambre terrible.

El socialismo es el régimen de la producción planificada para la mejor satisfacción de las necesidades del hombre, sin lo cual no merece ese nombre. Si las vacas se declaran propiedad colectiva, pero si hay demasiado pocas o si su producto es insuficiente, comienzan los conflictos por la falta de leche: entre la ciudad y el campo, entre los koljoses y los cultivadores independientes, entre las diversas capas del proletariado, entre la burocracia y el conjunto de trabajadores. Y justamente a causa de la socialización de las vacas, los campesinos las sacrificaron en masa. Los conflictos sociales engendrados por la indigencia pueden, a su vez, hacer que se regrese a “todo el antiguo caos”. Tal fue el sentido de nuestra respuesta.

En su resolución del 20 de agosto de 1935, el VII Congreso de la Internacional Comunista certifica solemnemente que “la victoria definitiva e irrevocable del socialismo y la consolidación, en todos los aspectos, del estado de la dictadura del proletariado” son en la URSS el resultado de los éxitos de la industria nacionalizada, de la eliminación de los elementos capitalistas y de la liquidación de los kulaks como clase.

A pesar de su apariencia categórica, la afirmación de la Internacional Comunista es profundamente contradictoria: si el socialismo ha vencido “definitiva e irrevocablemente”, no como principio, sino como organización social viva, la nueva “consolidación de la dictadura” es un absurdo evidente. Inversamente, si la consolidación de la dictadura responde a las necesidades reales del régimen, es porque aún estamos lejos de la victoria del socialismo. Todo político capaz de pensar de un modo realista, para no hablar de los marxistas, debe comprender que la necesidad misma de “consolidar” la dictadura, es decir, la imposición gubernamental, no prueba el triunfo de una armonía social sin clases, sino el crecimiento de nuevos antagonismos sociales. ¿Cuál es su base? La penuria de los medios de existencia, resultado del bajo rendimiento del trabajo.

Lenin caracterizó un día al socialismo con estas palabras: “El poder de los sóviets más la electrificación”. Esta definición epigramática, cuya estrechez respondía a fines de propaganda, suponía, en todo caso, como punto de partida mínimo, el nivel capitalista (cuando menos) de electrificación. Pero todavía en la actualidad la URSS dispone por habitante de tres veces menos energía eléctrica que los países capitalistas avanzados. Teniendo en cuenta que mientras tanto los sóviets han cedido el lugar a un aparato independiente de las masas, no le queda a la Internacional Comunista más que proclamar que el socialismo es *el poder de la burocracia más una tercera parte de la electrificación capitalista*. Esta definición será de una exactitud fotográfica, pero el socialismo tiene poco sitio en ella.

En su discurso a los estajanovistas, en noviembre de 1935, Stalin, de acuerdo con el fin empírico de esta conferencia, declaró bruscamente: “¿Por qué el socialismo puede, debe vencer y vencerá al sistema capitalista? Porque puede y debe dar [...] un rendimiento más elevado del trabajo”. Refutando incidentalmente la resolución de la Internacional Comunista adoptada tres meses antes, así como sus propias declaraciones reiteradas sobre este asunto, Stalin habla esta vez de la “victoria” futura: el socialismo vencerá al sistema capitalista, cuando lo sobrepase en el rendimiento del trabajo. Vemos que no solamente los tiempos del verbo cambian con las circunstancias; los criterios sociales evolucionan también. Seguramente, para el ciudadano soviético no es fácil seguir “la línea general”.

En fin, el 1 de marzo de 1936, en su conversación con Roy Howard, Stalin ofrece una nueva definición del régimen soviético: “La organización social que hemos creado, llámese soviética o socialista, no está completamente terminada, pero en el fondo es una organización socialista de la sociedad”. Esta definición intencionalmente difusa, encierra casi tantas contradicciones como palabras. La organización social es calificada de “soviética socialista”. Pero los sóviets representan una forma de estado y el socialismo es un régimen social. Estos términos, lejos de ser idénticos, desde el punto de vista que nos ocupa, son opuestos: los sóviets deben desaparecer a medida que la organización social se haga socialista, así como los andamios se retiran cuando la construcción está terminada. Stalin introduce una corrección: “el socialismo no está completamente terminado”. ¿Qué quiere decir este “no completamente”? ¿Falta el 5% o el 75%? No lo dice, así como se abstiene de decirnos lo que hay que entender por el “fondo” de la organización socialista de la sociedad. ¿Las formas de la propiedad o la técnica? La oscuridad misma de esta definición significa un retroceso con relación a las fórmulas infinitamente más categóricas de 1931 y 1935. Un paso más en este camino y habría que reconocer que la raíz de toda organización social está en las fuerzas productivas, y que esta raíz soviética es justamente demasiado débil aún para la planta socialista y para la felicidad humana que es su coronación.

IV La lucha por el rendimiento del trabajo

El plan y el dinero

Hemos tratado de poner a prueba al régimen soviético desde el punto de vista del estado. Podemos hacer lo mismo desde el punto de vista de la circulación monetaria. Los dos problemas, el del estado y el del dinero, tienen diversos aspectos comunes, pues se reducen ambos, a fin de cuentas, al problema de problemas que es el rendimiento del trabajo. La imposición estatal y la imposición monetaria son una herencia de la sociedad dividida en clases, que no puede determinar las relaciones entre los hombres más que ayudándose de fetiches religiosos o laicos, a los que coloca bajo la protección del más temible de ellos, el estado (con un gran cuchillo entre los dientes). En la sociedad comunista, el estado y el dinero desaparecerán y su agonía progresiva debe comenzar en el régimen soviético. No se podrá hablar de victoria real del socialismo más que a partir del momento histórico en que el estado sólo lo sea a medias y en que el dinero comience a perder su poder mágico. Esto significará que el socialismo, liberándose de fetiches capitalistas, comenzará a establecer relaciones más límpidas, más libres y más dignas entre los hombres.

Los postulados de “abolición” del dinero, de “abolición” del salario, o de “eliminación” del estado y de la familia, característicos del anarquismo, sólo pueden presentar interés como modelos de pensamiento mecánico. El dinero no puede ser “abolido” arbitrariamente, no podrían ser “eliminados” el estado y la familia; tienen que agotar antes su misión histórica, perder su significado y desaparecer. El fetichismo y el dinero sólo recibirán el golpe de gracia cuando el crecimiento ininterrumpido de la riqueza social libre a los bípedos de la avaricia por cada minuto suplementario de trabajo y del miedo humillante por la magnitud de sus raciones. Al perder su poder para proporcionar felicidad y para hundir en el polvo, el dinero se reducirá a un cómodo medio de contabilidad para la estadística y para la planificación; después, es probable que ya no sea necesario ni aun para esto. Pero estos cuidados debemos dejarlos a nuestros bisnietos, que seguramente serán más inteligentes que nosotros.

La nacionalización de los medios de producción, del crédito, la presión de las cooperativas y del estado sobre el comercio interior, el monopolio del comercio exterior, la colectivización de la agricultura, la legislación sobre la herencia, imponen estrechos límites a la acumulación personal de dinero y dificultan la transformación del dinero en capital privado (usuario, comercial e industrial). Sin embargo, esta función del dinero, unida a la explotación no podrá ser liquidada al comienzo de la revolución proletaria, sino que será transferida, bajo un nuevo aspecto, al estado comerciante, banquero e industrial universal. Por lo demás, las funciones más elementales del dinero, *medida de valor, medio de circulación y de pago*, se conservarán y adquirirán, al mismo tiempo, un campo de acción más amplio que el que tuvieron en el régimen capitalista.

La planificación administrativa ha demostrado suficientemente su fuerza y, al mismo tiempo, sus limitaciones. Un plan económico concebido *a priori*, sobre todo en un país de 170 millones de habitantes y atrasado, que sufre las contradicciones entre el campo y la ciudad, no es un dogma inmutable sino una hipótesis de trabajo que debe ser verificada y transformada durante su ejecución. Se puede hasta enunciar esta regla:

mientras la dirección administrativa está más ajustada a un plan, más difícil es la situación de los dirigentes de la economía. Dos palancas deben servir para reglamentar y adaptar el plan: una palanca política, creada por la participación real de las masas en la dirección, lo que no se concibe sin democracia soviética; y una palanca *financiera* resultante de la verificación efectiva de los cálculos *a priori*, por medio de un equivalente general, lo que es imposible sin un sistema monetario estable.

El papel del dinero en la economía soviética, lejos de haber terminado, debe desarrollarse a fondo. La época transitoria entre el capitalismo y el socialismo, considerada en su conjunto, no exige la disminución de la circulación de mercancías, sino, por el contrario, su extremo desarrollo. Todas las ramas de la industria se transforman y crecen, se crean nuevas incesantemente, y todas deben determinar cuantitativa y cualitativamente sus situaciones recíprocas. La liquidación simultánea de la economía rural que producía para el consumo individual y el de la familia, significa la entrada en la circulación social, y por tanto, en la circulación monetaria, de toda la energía de trabajo que se dispersaba antes en los límites de una granja o de las paredes de una habitación. Por primera vez en la historia, todos los productos y todos los servicios pueden cambiarse unos por otros.

Por otra parte, el éxito de una edificación socialista no se concibe sin que el sistema planificado esté integrado por el interés personal inmediato, por el egoísmo del productor y del consumidor, factores que no pueden manifestarse útilmente si no disponen de ese medio habitual, seguro y flexible: el dinero. El aumento del rendimiento del trabajo y la mejora en la calidad de la producción son absolutamente imposibles sin un patrón de medida que penetre libremente en todos los poros de la economía, es decir, una firme unidad monetaria. Se desprende claramente de esto que en la economía transitoria, como en el régimen capitalista, la única moneda verdadera es la que se basa sobre el oro. Cualquier otra moneda no será más que un sucedáneo. Es verdad que el estado soviético es a la vez el dueño de la masa de mercancías y de los órganos de emisión; pero esto no altera el problema: las manipulaciones administrativas concernientes a los precios fijos de las mercancías no crean, de ninguna manera, una unidad monetaria estable ni la sustituyen para el comercio interior ni, con mucha más razón, para el comercio exterior.

Privado de una base propia, es decir, de una base-oro, el sistema monetario de la URSS, así como el de diversos países capitalistas, tiene forzosamente un carácter cerrado: el rublo no existe para el mercado mundial. Si la URSS puede soportar mucho mejor que Italia o Alemania las desventajas de un sistema de este género, es, en parte, gracias al monopolio del comercio exterior y, principalmente, gracias a las riquezas naturales del país que son lo único que le permite no ahogarse en las garras de la autarquía. Pero la tarea histórica no consiste en no ahogarse sino en crear, frente a las más altas adquisiciones del mercado mundial, una poderosa economía completamente racional que asegure el mejor empleo del tiempo y, por tanto, el desarrollo más elevado de la cultura.

La economía soviética es precisamente la que, atravesando incesantes revoluciones técnicas y experiencias grandiosas, tiene la mayor necesidad de una constante verificación por medio de una medida estable de valor. En teoría, es indudable que, si la URSS hubiera dispuesto de un rublo-oro, el resultado de los planes quinquenales hubiera sido infinitamente mejor que el obtenido hasta ahora. Pero no puede juzgarse sobre lo que no existe. Sin embargo, no hay que hacer de la necesidad virtud pues esto nos llevaría a nuevas pérdidas y a nuevos errores económicos.

La inflación “socialista”

La historia del sistema monetario soviético es, al mismo tiempo que la de las dificultades económicas, la de los éxitos y de los fracasos, la de los zigzags del pensamiento burocrático.

La restauración del rublo en 1922-24, en conexión con el paso a la Nep, está indisolublemente ligada a la restauración de las “normas del derecho burgués” en el terreno del reparto de los artículos de consumo. Cuando el gobierno se inclinaba en favor del cultivador, el *chervonet* fue objeto de sus atenciones. Por el contrario, todas las esclusas de la inflación fueron abiertas durante el primer periodo quinquenal. De 700 millones de rublos a comienzos de 1925, la suma total de las emisiones pasó, a comienzos de 1928, a la cifra relativamente modesta de 1.700 millones que casi igualó a la circulación de papel-moneda del Imperio Ruso en vísperas de la guerra, pero evidentemente sin la antigua base metálica. Más tarde, la curva de la inflación arroja de año en año estos saltos febriles: 2.000, 2.800, 4.300, 5.500, 8.400. La última cifra, 8.400 millones de rublos, se alcanzó al comenzar el año de 1933. En este punto comienzan años de reflexión y de retirada: 6.690, 7.700, 7.900 (1935).

El rublo de 1924, oficialmente cotizado a 13 francos, cayó en noviembre de 1935 a 3 francos, o sea más de cuatro veces; casi tanto como el franco francés después de la guerra. Ambas situaciones, la antigua y la nueva, son muy convencionales; la capacidad de compra del rublo, en precios mundiales, no llega probablemente a 1,5 francos. Pero la importancia de la devaluación muestra, sin embargo, cuál fue el descenso vertiginoso de las divisas soviéticas hasta 1934.

En lo más fuerte de su aventurerismo económico, Stalin prometió enviar a la Nep, es decir al mercado, “al diablo”. Toda la prensa habló, como en 1918, de la sustitución definitiva de la compraventa por un “reparto socialista directo”, cuya cartilla de racionamiento era el signo exterior. La inflación fue categóricamente negada como un fenómeno extraño, de manera general, al sistema soviético. “La estabilidad de la divisa soviética [decía Stalin en enero de 1933], está asegurada, ante todo, por las enormes cantidades de mercancías que el estado posee y que pone en circulación con precios fijos”. Aunque este enigmático aforismo no haya sido desarrollado ni comentado (y, en parte, por esto mismo), se convirtió en la ley fundamental de la teoría monetaria soviética o, más exactamente, de la inflación negada. El *chervonet* ya no era un equivalente general, no era más que la sombra general de una “enorme” cantidad de mercancías, cosa que le permitía alargarse y encogerse como toda sombra. Si esta doctrina consoladora tenía un sentido, no era más que éste: la moneda soviética había dejado de ser una moneda; ya no era medida de valor; los “precios estables” estaban fijados por el gobierno; el *chervonet* ya no era más que el signo convencional de la economía planificada, una especie de carta de reparto universal; en una palabra, el socialismo había vencido “definitivamente y sin retorno”.

Las ideas más utópicas del comunismo de guerra reaparecían sobre una base económica nueva, un poco más elevada es cierto, pero, ¡ay!, todavía completamente insuficiente para la liquidación del dinero. En los medios dirigentes prevalecía la opinión que la inflación no era de temer en una economía planificada. Era tanto como decir que una vía de agua no es peligrosa a bordo con tal de que se posea una brújula. En realidad, como la inflación monetaria conduce invariablemente a la del crédito, sustituye con valores reales y devora en el interior a la economía planificada.

Es inútil decir que la inflación significaba el cobro de un impuesto extremadamente pesado a las masas trabajadoras. En cuanto a sus ventajas para el socialismo, son más que dudosas. El aparato de la producción continuaba, es cierto, creciendo rápidamente, pero la eficiencia económica de las vastas empresas nuevamente

construidas era apreciada por medio de la estadística y no por medio de la economía. Dirigiendo el rublo, es decir, dándole arbitrariamente diversas capacidades de compra en las diversas capas de la población, la burocracia se privó de un instrumento indispensable para la medida objetiva de sus propios éxitos y fracasos. En ausencia de una contabilidad exacta, ausencia enmascarada en el papel por las combinaciones del “rublo convencional”, se llegaba, en realidad, a la pérdida del estímulo individual, al bajo rendimiento del trabajo y a una calidad aún más baja de las mercancías.

El mal adquirió, desde el primer periodo quinquenal, proporciones amenazadoras. En julio de 1931, Stalin formuló sus conocidas “seis condiciones”, cuyo objeto era disminuir los precios de costo. Estas “condiciones” (salario conforme al rendimiento individual del trabajo, cálculo del precio de costo, etc.), no tenían nada de nuevo: las “normas del derecho burgués” databan del comienzo de la Nep y habían sido desarrolladas en el XII Congreso del partido a principios de 1923. Stalin no tropezó con ellas sino hasta 1931, obligado por la eficacia decreciente de las inversiones en la industria. Durante los dos años siguientes casi no apareció artículo en la prensa soviética en el que no se invocara el poder salvador de las “condiciones”. Pero la inflación continuaba y las enfermedades que provocaba no se prestaban, naturalmente, al tratamiento. Las severas medidas de represión tomadas en contra de los saboteadores ya no daban resultados.

Actualmente parece casi inverosímil que la burocracia, a pesar de que ha declarado la guerra al “anonimato” y al “igualitarismo” en el trabajo, es decir, al trabajo medio pagado con un salario “medio” igual para todos, ha enviado “al diablo” a la Nep, o en otras palabras, a la evaluación monetaria de las mercancías, incluida la fuerza de trabajo. Restableciendo, por una parte, las “normas burguesas”, destruía, por otra, el único instrumento útil. La sustitución del comercio por los “almacenes reservados” y el caos de los precios, hacían necesariamente que desapareciera toda correspondencia entre el trabajo individual y el salario individual; suprimiendo así el estímulo del interés personal del obrero.

Las prescripciones más severas referentes a los cálculos económicos, la calidad de los productos, el precio de costo, el rendimiento del trabajo, se balanceaban en el vacío. Lo que no impedía, absolutamente, que los dirigentes imputaran todos los fracasos a la no aplicación intencionada de las seis recetas de Stalin. La alusión más prudente a la inflación se transformaba en un crimen. Las autoridades daban pruebas de la misma buena fe al acusar a veces a los maestros de escuela de descuidar las reglas de higiene, al mismo tiempo que les prohibían invocar la falta de jabón.

El problema de los destinos del *chervonet* había ocupado el primer lugar en la lucha de las fracciones del partido bolchevique. La plataforma de la Oposición (1927) exigía “la estabilidad absoluta de la unidad monetaria”. Esta reivindicación fue un leitmotiv durante los años siguientes. “Detener con mano de hierro la inflación [escribía el órgano de la Oposición en el extranjero, en 1932] y restablecer una firme unidad monetaria” (aunque fuese al precio de una “reducción atrevida de las inversiones de capitales...”). Los apologistas de la “lentitud de tortuga” y los superindustrialistas parecían haber invertido sus papeles. Respondiendo a la fanfarronada del mercado “enviado al diablo”, la Oposición recomendaba a la comisión del plan que colocara inscripciones diciendo que “la inflación es la sífilis de la economía planificada”.

*

En la agricultura, la inflación no tuvo consecuencias menos graves.

Cuando la política campesina se orientaba hacia el cultivador acomodado, se suponía que la transformación socialista de la agricultura, sobre las bases de la Nep, se realizaría en decenas de años por las cooperativas. Abarcando uno después de otro el

control de las existencias, de la venta, del crédito, las cooperativas debían, al fin, socializar la producción. Esto se llamaba el “plan de cooperativas de Lenin”. La realidad siguió, ya lo sabemos, un camino completamente diferente, o más bien opuesto (el de la expropiación por la fuerza y el de la colectivización integral). Ya no se habló de la socialización progresiva de las diversas funciones económicas a medida que los recursos materiales y culturales lo hacían posible. La colectivización se hizo como si se tratara de establecer inmediatamente el régimen comunista en la agricultura.

Esto tuvo por consecuencia, además de destruir más de la mitad del ganado, un hecho aún más grave: la indiferencia completa de los *koljosniki* (trabajadores de los koljoses) por la propiedad socializada y por los resultados de su propio trabajo. El gobierno practicó una retirada desordenada. Los campesinos tuvieron de nuevo pollos, cerdos, corderos, vacas, a título privado. Recibieron parcelas próximas a sus viviendas. La película de la colectivización se desarrolló en sentido inverso.

Para este restablecimiento de las empresas individuales, el gobierno aceptó un compromiso, pagando en cierto modo un rescate a las tendencias individualistas del campesino. Los koljoses subsistían. Esta retirada podría parecer, a primera vista, secundaria. En verdad sería impropio exagerar su alcance. Si no se toma en cuenta a la aristocracia del koljós, por el momento las necesidades medias del campesino se cubren más ampliamente por su trabajo “para sí mismo” que por su participación en el koljós. Sucede frecuentemente que la renta de su parcela individual, sobre todo si se dedica a un cultivo técnico, a la horticultura o a la cría de ganado, es dos o tres veces más elevada que su salario en la empresa colectiva. Este hecho, comprobado por la prensa soviética, hace resaltar con vigor, por una parte, el despilfarro completamente bárbaro de la fuerza de trabajo de decenas de millones de hombres en los cultivos y, con mayor razón aún, de la de las mujeres, y por otra, el bajísimo rendimiento del trabajo de los koljoses.

Para reanimar a la gran agricultura colectiva se necesitó hablar de nuevo al campesino en un idioma inteligible para él; regresar, en otros términos, de los impuestos en especies al comercio; reabrir los mercados; en una palabra, pedirle nuevamente al diablo la Nep que, prematuramente, se había puesto a su disposición. El paso a una contabilidad monetaria más o menos estable fue también la condición necesaria del desarrollo ulterior de la agricultura.

Rehabilitación del rublo

El prudente mochuelo emprende el vuelo, como sabemos, antes de la puesta del sol. Igualmente, la teoría del sistema “socialista” del dinero no adquiere su plena significación más que en el crepúsculo de las ilusiones inflacionistas. Varios profesores obedientes habían logrado construir con las palabras de Stalin toda una teoría, de acuerdo con la cual el precio soviético, a la inversa de los del mercado, estaba dictado exclusivamente por el plan o por directivas; no era una categoría económica sino una categoría administrativa destinada a servir mejor al nuevo reparto de la renta nacional en beneficio del socialismo. Estos profesores olvidaban explicar cómo se pueden “dirigir” los precios sin conocer el precio de costo real, y cómo se puede calcular éste si todos los precios en lugar de expresar la cantidad de trabajo socialmente necesario para la producción de los artículos, expresan la voluntad de la burocracia. En efecto, para un nuevo reparto de la renta nacional, el gobierno disponía de palancas tan poderosas como los impuestos, el presupuesto y el sistema de crédito. Según el presupuesto de gastos de 1936, más de 37.600 millones estaban consagrados directamente a las diversas ramas de la economía, a las que también afluyen indirectamente otros miles de millones. Los mecanismos del impuesto y del crédito son más que suficientes para el reparto

planificado de la renta nacional. Por lo que se refiere a los precios, servirán tanto mejor a la causa del socialismo cuanto más honradamente expresen las relaciones económicas actuales.

La experiencia ya ha pronunciado su fallo decisivo a este respecto. El precio “directivo” no tiene en la vida el aspecto impresionante que tenía en los libros sabios. Para una sola mercancía se establecían precios de diferentes categorías. En sus amplios intersticios se agitaban libremente toda clase de especulaciones, de parasitismo y otros vicios, mucho más como una regla que como excepción. Igualmente, el *chervonet*, que debía ser la sombra estable de los precios firmes, no fue más que la sombra de sí mismo.

De nuevo hubo necesidad de cambiar bruscamente de orientación, a causa, esta vez, de las dificultades que nacían de los éxitos económicos. El año de 1935 se inauguró con la supresión de las cartillas de pan; en octubre se suprimieron las cartillas para los demás víveres; las de los artículos de primera necesidad desaparecieron en enero de 1936 aproximadamente. Las relaciones económicas de los trabajadores de las ciudades y del campo con el estado volvían al idioma monetario. El rublo se revelaba como el medio de una acción de la población sobre los planes económicos, comenzando por la calidad y la cantidad de los artículos de consumo. La economía soviética no puede ser racionalizada de ninguna otra manera.

El Presidente de la Comisión del Plan declaraba en diciembre de 1935: “El sistema actual de las relaciones entre los bancos y la economía debe ser revisado; los bancos tienen la misión de ejercer en realidad el control del rublo”. Así sucumbían las supersticiones del plan administrativo y las ilusiones del precio administrativo. Si la aproximación al socialismo significaba, en la esfera monetaria, el acercamiento del rublo a la cartilla de racionamiento, habría que considerar que las reformas de 1935 alejaban del socialismo. Pero esta apreciación sería groseramente errónea. La eliminación de la cartilla por el reconocimiento de la necesidad de crear las primeras bases del rublo no es más que la renuncia a una ficción y al franco socialismo, volviendo a los métodos burgueses de reparto.

En la sesión del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets, en enero de 1935, el Comisario del Pueblo para las Finanzas declaraba: “El rublo soviético es firme como ninguna otra divisa del mundo”. Sería un error no ver en estas palabras más que una fanfarronada. El presupuesto de la URSS señala cada año un excedente de ingresos sobre los egresos. El comercio exterior, poco importante, es cierto, tiene una balanza activa. La reserva de oro del Banco del Estado, que no era en 1926 más que de 164 millones de rublos, sobrepasa actualmente el millar de millones. La extracción de oro aumenta rápidamente; bajo este aspecto, la URSS cuenta con alcanzar en 1936 el primer lugar en el mundo. El aumento de la circulación de mercancías se ha hecho impetuoso a partir del renacimiento del mercado. La inflación ha sido prácticamente detenida desde 1934. Los elementos para dar una cierta estabilidad al rublo ya existen. No obstante, la declaración del comisario para las finanzas debe explicarse por cierta inflación de optimismo. Si el rublo soviético tiene un firme apoyo en el desarrollo general de la economía, el precio de costo excesivo es su talón de Aquiles. No será la unidad monetaria más firme del mundo hasta que el rendimiento del trabajo soviético sobrepase el nivel mundial, es decir, cuando haya que pensar en su muerte.

Desde el punto de vista técnico, el rublo está menos capacitado aún para pretender la paridad. Con una reserva de oro de más de mil millones, el país tiene cerca de 8.000 millones-papel en circulación; es decir, una garantía del 12,5%, únicamente. En este momento, el oro del Banco del Estado es más bien una reserva intangible para el caso de guerra, que no la base del sistema monetario. Es indudable que recurrir al patrón-oro para dar más precisión a los planes económicos y simplificar las relaciones

con el extranjero, no está excluido en teoría, en una fase más elevada de la evolución. Antes de expirar, el sistema monetario puede recobrar una vez más el brillo del oro puro. Este problema, en todo caso, no se plantea para mañana.

No puede hablarse de la paridad-oro en un porvenir próximo sino en la medida en que el gobierno, formando una reserva-oro, trate de aumentar, aunque fuese teóricamente, el porcentaje de la garantía; en la medida en que las emisiones estén limitadas por razones objetivas independientes de la voluntad de la burocracia, el rublo soviético puede adquirir una estabilidad, cuando menos relativa. Las ventajas de ello serían enormes: renunciando a la inflación, el sistema monetario, aunque privado de las ventajas de la paridad-oro, contribuiría, ciertamente, a curar muchas llagas profundas del organismo económico resultantes del subjetivismo burocrático de años anteriores.

El movimiento de Stajanov

“A la economía del tiempo [dice Marx] se reduce, en definitiva, toda la economía”; es decir, la lucha del hombre contra la naturaleza en todos los grados de la civilización. Reducida a su base primordial, la historia no es más que la búsqueda de la economía del tiempo de trabajo. El socialismo no podría justificarse por la simple supresión de la explotación; es necesario que asegure a la sociedad mayor economía del tiempo que el capitalismo. Si esta condición no es cumplida, la abolición de la explotación no sería más que un episodio dramático desprovisto de porvenir. La primera experiencia histórica de los métodos socialistas ha mostrado cuáles son sus vastas posibilidades. Pero la economía soviética está aún lejos de haber aprendido a sacar partido del tiempo, la materia prima más valiosa de la civilización. La técnica importada, principal medio de la economía del tiempo, aún no ofrece en el terreno soviético los resultados que le son normalmente propios en su patria capitalista. En este sentido decisivo para la civilización entera, el socialismo todavía no ha vencido pero ha probado que puede y debe vencer. Actualmente no ha vencido. Todas las afirmaciones contrarias no son más que los frutos de la ignorancia o de la charlatanería.

Mólotov, que (hagámosle justicia) algunas veces se emancipa de las frases rituales algo más que los otros líderes soviéticos, decía en enero de 1935 durante la sesión del ejecutivo: “El nivel medio del rendimiento del trabajo [...] entre nosotros es aún sensiblemente inferior al de Europa o Norteamérica”. Hubiera sido necesario precisar más o menos en estos términos: este nivel es tres, cinco y hasta diez veces inferior al de Europa o Norteamérica, lo que hace que nuestro precio de costo sea mucho más elevado. En el mismo discurso Mólotov hace esta confesión más general: “El nivel medio de cultura de nuestros obreros todavía es inferior al de los obreros de los diversos países capitalistas”. Habría que añadir: su condición material media, también lo es. Es superfluo subrayar el implacable rigor con que estas palabras lúcidas, incidentalmente pronunciadas, refutan las habladurías e innumerables personajes oficiales y las dulzonas digresiones de “amigos” extranjeros.

La lucha por el aumento del rendimiento del trabajo, unida a la preocupación por la defensa, constituye el contenido esencial de la actividad del gobierno soviético. En las diversas etapas de la evolución de la URSS, esta lucha ha revestido diversas formas. Los métodos de las “brigadas de choque” aplicados durante la ejecución del primer plan quinquenal y al principio del segundo, se basaban en la agitación, el ejemplo personal, la presión administrativa y toda clase de estímulos y de privilegios concedidos a los grupos. La tentativa de establecer una especie de trabajo a destajo sobre las bases de las “seis condiciones” de 1931, chocaron con una moneda fantasma y con la diversidad de precios. El sistema del reparto estatal de los productos sustituyó a la flexible diferenciación de las remuneraciones del trabajo a base de “primas”, que significaban en

realidad una arbitrariedad burocrática. La caza de privilegios hacía entrar en las filas de los trabajadores de choque a un número creciente de “listos” escudados en sus influencias. El sistema entero acabó encontrándose en contradicción con los principios que se proponía.

La supresión de las cartillas de racionamiento, el comienzo de la estabilización del rublo y la unificación de los precios, fueron los únicos que permitieron el trabajo por piezas o a destajo. El movimiento *stajanov* sucedió sobre esta base a las brigadas de choque. Persiguiendo el rublo que adquiere una importancia más real, los obreros se muestran más atentos a sus máquinas y sacan mejor partido de su tiempo. El movimiento *stajanov* se reduce, en gran parte, a la intensificación del trabajo y aun a la prolongación de la jornada de trabajo; los *estajanovistas* ordenan sus locales y sus instrumentos, preparan las materias primas, dan (los brigadieres) instrucciones a las brigadas fuera del tiempo de trabajo. De la jornada de siete horas no queda, muchas veces, más que el nombre.

El secreto del trabajo a destajo, este sistema de superexplotación sin coerción visible, no lo han inventado los administradores soviéticos. Marx lo consideraba como “el que correspondía mejor al modo capitalista de producción”. Los obreros recibieron esta innovación con antipatía, incluso con una hostilidad marcada; y hubiera sido antinatural esperar otra actitud de su parte. La participación de verdaderos entusiastas socialistas en el movimiento *stajanov*, no es, sin embargo, discutible. La masa principal de obreros aborda la nueva retribución del trabajo desde el punto de vista del rublo, y se ve obligado a comprobar frecuentemente que el rublo ha adelgazado.

Aunque el regreso del gobierno soviético al trabajo a destajo después de la “victoria definitiva y sin regreso del socialismo”, pueda parecer a primera vista una retirada, hay que repetir, en realidad, lo que se dijo de la rehabilitación del rublo: no se trata de una renuncia al socialismo, sino del abandono de burdas ilusiones. La forma del salario está, simplemente, mejor adaptada a los recursos reales del país: “El derecho jamás puede elevarse sobre el régimen económico”.

Pero los medios dirigentes de la URSS no pueden pasarse sin el camuflaje social. El Presidente de la Comisión del Plan, Mezhlauk, proclamaba en la sesión del ejecutivo de 1936 que “el rublo se transforma en el único y verdadero medio de realizar el principio socialista [¡!] de la remuneración del trabajo”. Si todo era real en las antiguas monarquías, todo, hasta las vespasianas, no hay que deducir de ahí que todo se hace socialista, por la fuerza de las cosas, en el estado obrero. El rublo es el “único y verdadero medio” de aplicar el principio *capitalista* de la remuneración del trabajo, aunque sea sobre la base de las formas sociales de la propiedad; ya conocemos esta contradicción. Para justificar el nuevo método de trabajo a destajo “socialista”, Mezhlauk añade: “El principio fundamental del socialismo, es que cada uno trabaje según sus capacidades y que gane según el trabajo proporcionado”. Realmente a estos señores no les inquieta la teoría. Cuando el ritmo de trabajo está determinado por la caza del rublo, las gentes no trabajan según sus “capacidades”, es decir, según el estado de sus músculos y de sus nervios, sino que se ejercen violencia a sí mismos. En rigor, este método no puede justificarse más que invocando la dura necesidad; erigirlo en “principio fundamental del socialismo” es arrojar al suelo las ideas de una cultura nueva y más elevada, con el objeto de hundirla en el acostumbrado lodazal del capitalismo.

En este camino, Stalin da otro paso adelante cuando presenta el movimiento *stajanov* como el que “prepara las condiciones de la transición del socialismo al comunismo”. El lector verá ahora cuán importante era dar definiciones científicas de las nociones que se utilizan en la URSS con fines de utilidad administrativa. El socialismo, o fase inferior del comunismo, exige sin duda un control riguroso del trabajo y del

consumo, pero, en todo caso, supone formas de control más humanas que las que ha inventado el genio explotador del capitalismo. En la URSS vemos un material humano atrasado, que es implacablemente forzado al uso de la técnica tomada del capitalismo. En la lucha por alcanzar las normas europeas y norteamericanas, los métodos clásicos de la explotación, como el salario a destajo, son aplicados bajo formas tan brutales y descarnadas que los mismos sindicatos reformistas no podrían tolerar en los países burgueses. La observación de que los obreros de la URSS trabajan “en su propio beneficio” no está justificada más que en la perspectiva de la historia y con la condición, diremos, anticipándonos a nuestro propósito, de que no se dejen degollar por una burocracia todopoderosa. En todo caso, la propiedad estatal de los medios de producción no transforma el estiércol en oro y no rodea de una aureola de santidad al *sweating system* (sistema del sudor) que agota la principal fuerza productiva: el hombre. En cuanto a la preparación de la “transición del socialismo al comunismo”, comienza exactamente a la inversa, es decir, no por la introducción del trabajo a destajo, sino por la abolición de este trabajo considerado como una herencia de la barbarie.

*

Es aún prematuro tratar de hacer un balance del movimiento *stajanov*. Pero podemos estudiar los rasgos que lo caracterizan y que caracterizan, igualmente, al conjunto del régimen. Algunos de los resultados obtenidos por los obreros son, indudablemente, de enorme interés porque señalan posibilidades accesibles únicamente al socialismo. Pero queda por franquear un gran trecho de camino entre estos resultados y su extensión a la economía entera. En la estrecha interdependencia de los procesos de la producción, el alto rendimiento ininterrumpido del trabajo no puede ser el fruto de los simples esfuerzos individuales. El aumento del rendimiento medio es imposible sin una reorganización de la producción en la fábrica y de las relaciones entre las diversas empresas. Es infinitamente más difícil elevar unos grados los conocimientos técnicos de millones de trabajadores, que estimular a algunos centenares de obreros avanzados.

Los mismos jefes se quejan, ya lo hemos visto, de la insuficiencia cultural de los obreros soviéticos en el trabajo. Esta no es más que una parte de la verdad, y la menos importante. El obrero ruso es comprensivo, listo, bien dotado. Cualquier centenar de obreros rusos, en las condiciones de la producción norteamericana, por ejemplo, sólo necesitarían unos cuantos meses, si no es que semanas, para no dejarse ganar por las categorías correspondientes de obreros norteamericanos. La dificultad reside en la organización general del trabajo. Ante las tareas modernas de la producción, el personal administrativo soviético suele estar mucho más atrasado que algunos obreros.

Con la nueva técnica, el salario a destajo debe llevar inevitablemente al aumento del bajo nivel actual de remuneración del trabajo. Pero la creación de las condiciones necesarias para esto, exige de la administración, comenzando por los jefes de taller para acabar con los dirigentes del Kremlin, una cualificación más alta. El movimiento *stajanov* sólo responde en débil medida a esta necesidad. La burocracia trata fatalmente de saltar sobre las dificultades que no está capacitada para vencer. Como el salario a destajo no produce, por sí mismo, los milagros inmediatos que se esperaban de él, una presión administrativa viene en su ayuda: primas y reclamos, por una parte; castigo, por la otra.

Los comienzos del movimiento vinieron marcados por medidas de represión en masa contra el personal técnico, los ingenieros y los obreros acusados de sabotaje y, en ciertos casos, de asesinar a los *estajanovistas*. La severidad de estas medidas atestigua la fuerza de la resistencia. Los dirigentes explicaban este pretendido “sabotaje” por una oposición política; en realidad, sus causas residen generalmente en dificultades técnicas, económicas y culturales, provenientes, en gran parte, de la burocracia misma. Parece

que el “sabotaje” fue roto rápidamente. Los descontentos se atemorizaron, los clarividentes callaron. Llovieron los telegramas anunciando éxitos sin precedentes. El hecho es que, mientras se trató de pioneros aislados, las administraciones locales, obedeciendo las órdenes recibidas, les facilitaron el trabajo con gran atención aunque fuera necesario sacrificar los intereses de otros obreros de la mina o del taller. Pero desde que los obreros se hicieron *estajanovistas* por centenares y millares, las administraciones cayeron en una confusión total. Como no pueden organizar en breve plazo el régimen de la producción, y como no tienen la posibilidad objetiva de hacerlo, tratan de violentar a la mano de obra y a la técnica. Cuando el mecanismo del reloj se atrasa, se estimulan las ruedecillas dentadas con un clavo. El resultado de las “jornadas” y de las décadas *stajanov* ha sido introducir el caos completo en muchas empresas. Esto explica el hecho asombroso de que el aumento del número de *estajanovistas*, vaya acompañado frecuentemente, no de un aumento, sino de una disminución del rendimiento general de las empresas.

El periodo “heroico” de ese movimiento parece haber sido sobrepasado. La actividad cotidiana ha comenzado, hay que aprender. Los que enseñan a los otros tienen, sobre todo, mucho que aprender, pero son los que menos deseos tienen de hacerlo. En la economía soviética el taller que retrasa y paraliza a los demás sólo tiene un nombre: burocracia.

V El Termidor soviético

¿Por qué ha vencido Stalin?

El historiador de la URSS tendrá que reconocer que, en los grandes problemas, la política de la burocracia dirigente ha sido contradictoria y compuesta de una serie de zigzags. Explicar o justificar estos zigzags por el “cambio de circunstancias” es algo visiblemente inconsistente. En cierto modo, cuanto menos, gobernar es prever. La fracción Stalin no ha previsto para nada los inevitables resultados del desarrollo que persigue; ha reaccionado con reflejos administrativos creando, posteriormente a los hechos, una teoría de sus cambios de opinión, sin preocuparse de lo que proclamaba la víspera. Los hechos y los documentos indiscutibles también obligarán al historiador a aceptar que la Oposición de Izquierda analizó de una manera infinitamente más justa las evoluciones que se desarrollaban en el país, y que previó mucho mejor su curso posterior.

A primera vista, esta afirmación parece contradictoria por el simple hecho de que la fracción del partido menos capaz de prever alcanzó incesantes victorias, en tanto que el grupo más perspicaz fue de derrota en derrota. Esta objeción que se presenta espontáneamente al espíritu sólo es convincente para el que, aplicando a la política el pensamiento racionalista, no ve en ella más que un debate lógico o una partida de ajedrez. Pero en el fondo, la lucha política es la de los intereses y de las fuerzas, no la de los argumentos. Las cualidades de los que dirigen no son indiferentes para el resultado de los combates, pero no son el único factor ni el decisivo. Por lo demás, los campos adversos exigen jefes hechos a su imagen.

Si la revolución de febrero llevó al poder a Kerensky y a Tseretelli, no fue porque éstos hayan sido “más inteligentes” o “más hábiles” que la camarilla gobernante del zar, sino porque representaban, cuanto menos temporalmente, a las masas populares levantadas contra el antiguo régimen. Si Kerensky pudo lanzar a Lenin a la ilegalidad y encarcelar a otros líderes bolcheviques, no se debió a que sus cualidades personales le hubiesen dado la superioridad sobre ellos, sino a que la mayoría de los obreros y los soldados aún seguían en esos días a la pequeña burguesía patriota. La “superioridad” personal de Kerensky, si esta palabra no está mal empleada aquí, consistía, precisamente, en no ver más lejos que la gran mayoría. A su vez, los bolcheviques no vencieron a la democracia pequeñoburguesa por la superioridad de sus jefes, sino gracias a un reagrupamiento de las fuerzas, cuando el proletariado consiguió por fin arrastrar al campesino descontento contra la burguesía.

La continuidad de las etapas de la gran Revolución Francesa, tanto en su época ascendente como en su etapa descendente, muestra de una manera indiscutible que la fuerza de los “jefes” y de los “héroes” consistía, sobre todo, en su acuerdo con el carácter de las clases y de las capas sociales que los apoyaban; sólo esta correspondencia, y no superioridades absolutas, permitió a cada uno de ellos marcar con su personalidad cierto periodo histórico. Hay, en la sucesión al poder de los Mirabeau, Brissot, Robespierre, Barras, Bonaparte, una legítima objetividad infinitamente más poderosa que los rasgos particulares de los protagonistas históricos mismos.

Se sabe suficientemente que hasta ahora todas las revoluciones han suscitado reacciones y aun contrarrevoluciones posteriores que, por lo demás, nunca han logrado que la nación vuelva a su primitivo punto de partida, aunque siempre se han adueñado de la parte del león en el reparto de las conquistas. Por regla general, los pioneros, los iniciadores, los conductores, que se encontraban a la cabeza de las masas durante el primer periodo, son las víctimas de la primera corriente de reacción, mientras que surgen al primer plano hombres del segundo, unidos a los antiguos enemigos de la revolución. Bajo este dramático duelo de corifeos sobre la escena política abierta, se ocultan los cambios habidos en las relaciones entre las clases y, no menos importante, profundos cambios en la psicología de las masas hasta hace poco revolucionarias.

Respondiendo a numerosos camaradas que se preguntaban con asombro lo que había pasado con la actividad del partido bolchevique y de la clase obrera, de su iniciativa revolucionaria, de su orgullo plebeyo, y cómo habían surgido, en lugar de estas cualidades, tanta villanía, cobardía, pusilanimidad y arribismo (Rakovsky evocaba las peripecias de la revolución francesa del siglo XVIII y el ejemplo de Babeuf cuando, al salir de la prisión de la Abadía, se preguntaba también con estupor lo que había pasado con el pueblo heroico de los arrabales de París). La revolución es una gran devoradora de energías individuales y colectivas: los nervios no la resisten, las conciencias se doblan, los caracteres se gastan. Los acontecimientos marchan con demasiada rapidez para que el aflujo de fuerzas nuevas pueda compensar las pérdidas. El hambre, la desocupación, la pérdida de los cuadros de la revolución, la eliminación de las masas de los puestos dirigentes, habían provocado tal anemia física y moral en los arrabales que se necesitaron más de treinta años para que se rehicieran.

La afirmación axiomática de los publicistas soviéticos de que las leyes de las revoluciones burguesas son “inaplicables” a la revolución proletaria, está completamente desprovista de contenido científico. El carácter proletario de la revolución de octubre resultó de la situación mundial y de cierta relación de las fuerzas en el interior. Pero las clases mismas que se habían formado en Rusia en el seno de la barbarie zarista y de un capitalismo atrasado, no se habían preparado especialmente para la revolución socialista. Antes al contrario, justamente porque el proletariado ruso, todavía atrasado en muchos aspectos, dio en unos meses el salto sin precedentes en la historia desde una monarquía semifeudal hasta la dictadura socialista, la reacción tenía ineludiblemente que hacer valer sus derechos en las propias filas revolucionarias. La reacción creció durante el curso de las guerras que siguieron; las condiciones exteriores y los acontecimientos la nutrieron sin cesar. Una intervención sucedía a la otra; los países de occidente no prestaban ayuda directa; y en lugar del bienestar esperado, el país vio que la miseria se instalaba en él por mucho tiempo. Los representantes más notables de la clase obrera habían perecido en la guerra civil o, al elevarse unos grados, se habían separado de las masas. Así sobrevino, después de una tensión prodigiosa de las fuerzas, de las esperanzas, de las ilusiones, un largo periodo de fatiga, de depresión y de desilusión. El reflujó del “orgullo plebeyo” tuvo por consecuencia un aflujo de arribismo y de pusilanimidad. Estas mareas llevaron al poder a una nueva capa de dirigentes.

La desmovilización de un Ejército Rojo de cinco millones de hombres debía desempeñar en la formación de la burocracia un papel considerable. Los comandantes victoriosos tomaron los puestos importantes en los sóviets locales, en la producción, en las escuelas, y a todas partes llevaron obstinadamente el régimen que les había hecho ganar la guerra civil. Las masas fueron eliminadas poco a poco de la participación efectiva del poder.

La reacción en el seno del proletariado hizo nacer grandes esperanzas y gran seguridad en la pequeña burguesía de las ciudades y del campo que, llamada por la Nep a una vida nueva, se hacía cada vez más audaz. La joven burocracia, formada primitivamente con el fin de servir al proletariado, se sintió el árbitro entre las clases, adquirió una autonomía creciente.

La situación internacional obraba poderosamente en el mismo sentido. La burocracia soviética adquiría más seguridad a medida que las derrotas de la clase obrera internacional eran más terribles. Entre estos dos hechos la relación no es solamente cronológica, es causal; y lo es en los dos sentidos: la dirección burocrática del movimiento contribuía a las derrotas; las derrotas afianzaban a la burocracia. La derrota de la insurrección búlgara y la retirada sin gloria de los obreros alemanes en 1923; el fracaso de una tentativa de sublevación en Estonia, en 1924; la pérfida liquidación de la huelga general en Inglaterra y la conducta indigna de los comunistas polacos durante el golpe de fuerza de Pilsudski, en 1926; la espantosa derrota de la revolución china, en 1927; las derrotas, más graves aún, que siguieron en Alemania y en Austria: son las catástrofes mundiales que han arruinado la confianza de las masas en la revolución mundial y han permitido a la burocracia soviética elevarse cada vez más alta, como un faro que indicase el camino de la salvación.

A propósito de las causas de las derrotas del proletariado mundial durante los últimos trece años, el autor se ve obligado a referirse a sus obras anteriores, en las que ha tratado de poner de relieve el papel funesto de los dirigentes conservadores del Kremlin en el movimiento revolucionario de todos los países. Lo que aquí nos interesa sobre todo, es el hecho edificante e indiscutible de que las continuadas derrotas de la revolución en Europa y Asia, al mismo tiempo que debilitan la situación internacional de la URSS han afianzado extraordinariamente a la burocracia soviética. Dos fechas son memorables, sobre todo, en esta serie histórica. En la segunda mitad del año 1923, la atención de los obreros soviéticos se concentró apasionadamente en Alemania, en donde el proletariado parecía tender la mano hacia el poder; la horrorizada retirada del Partido Comunista Alemán fue una penosa decepción para las masas obreras de la URSS. La burocracia soviética desencadenó inmediatamente una campaña contra la “revolución permanente” e hizo sufrir a la Oposición de Izquierda su primera cruel derrota. En 1926-27, la población de la URSS tuvo un nuevo aflujo e esperanza; esta vez, todas las miradas se dirigieron a oriente, en donde se desarrollaba el drama de la revolución china. La Oposición de Izquierda se rehízo de sus reveses y reclutó nuevos militantes. A fines de 1927, la revolución china fue torpedeada por el verdugo Chiang Kai-shek, al que los dirigentes de la Internacional Comunista habían entregado, literalmente, a los obreros y campesinos chinos. Una fría corriente de desencanto pasó sobre las masas de la URSS. Después de una campaña frenética en la prensa y en las reuniones, la burocracia decidió, por fin, arrestar en masa a los opositores (1928).

Decenas de millares de militantes revolucionarios se habían agrupado bajo la bandera de los bolchevique-leninistas. Los obreros miraban a la Oposición con una simpatía evidente. Pero era una simpatía pasiva, pues ya no creían poder modificar la situación por medio de la lucha. En cambio, la burocracia afirmaba que “la Oposición se prepara a arrojarnos a una guerra revolucionaria por la revolución internacional. ¡Basta de trastornos! Hemos ganado un descanso. Construiremos en nuestro país la sociedad socialista. Contad con nosotros, que somos vuestros jefes”. Esta propaganda del reposo, cimentando el bloque de los funcionarios y de los militares, encontraba indudablemente un eco en los obreros fatigados y, más aún, en las masas campesinas que se preguntaban si la Oposición no estaría realmente dispuesta a sacrificar los intereses de la URSS por la “revolución permanente”. Los intereses vitales de la URSS estaban realmente en

juego. En diez años, la falsa política de la Internacional Comunista había asegurado la victoria de Hitler en Alemania, es decir, un grave peligro de guerra en el oeste; una política no menos falsa fortificaba al imperialismo japonés y aumentaba hasta el último grado el peligro en el oriente. Pero los periodos de reacción se caracterizan, sobre todo, por la falta de valor intelectual.

La Oposición se encontró aislada. La burocracia se aprovechaba de la situación. Explotando la confusión y la pasividad de los trabajadores, lanzando a los más atrasados contra los más avanzados, apoyándose siempre y con más audacia en el kulak y, de manera general, en la pequeña burguesía, la burocracia logró triunfar en unos cuantos años sobre la vanguardia revolucionaria del proletariado.

Sería ingenuo creer que Stalin, desconocido por las masas, surgió repentinamente de entre bastidores armado de un plan estratégico completamente elaborado. No. Antes de que él hubiera previsto su camino, la burocracia lo había adivinado; Stalin le ofrecía todas las garantías deseables: el prestigio del viejo bolchevique, un carácter firme, un espíritu estrecho, una relación indisoluble con las oficinas, única fuente de su influencia personal. Al principio, Stalin se sorprendió con su propio éxito. Era la aprobación unánime de una nueva capa dirigente que trataba de liberarse de los viejos principios así como del control de las masas, y que necesitaba un árbitro seguro en sus asuntos interiores. Figura de segundo plano ante las masas y ante la revolución, Stalin se reveló como el jefe indiscutido de la burocracia termidoriana, el primero entre los termidorianos.

Se vio bien pronto que la nueva capa dirigente tenía sus ideas propias, sus sentimientos y, lo que es más importante, sus intereses. La gran mayoría de los burócratas de la generación actual, durante la revolución de octubre estuvieron del otro lado de la barricada (es el caso, para no hablar más que de los diplomáticos soviéticos, de Troyanovsky, Maisky, Potemkin, Suritz, Jinchuk y otros...) o, en el mejor de los casos, alejados de la lucha. Los burócratas actuales que en los días de octubre estuvieron con los bolcheviques no desempeñaron, en su mayor parte, ningún papel. En cuanto a los jóvenes burócratas, han sido formados y seleccionados por los viejos, frecuentemente elegidos entre su propia casta. Estos hombres no hubieran sido capaces de hacer la revolución de octubre; pero han sido los mejor adaptados para explotarla.

Naturalmente que los factores individuales han tenido alguna influencia en esta sucesión de capítulos históricos. Es cierto que la enfermedad y la muerte de Lenin precipitaron su desenlace. Si Lenin hubiera vivido más tiempo, el avance de la potencia burocrática hubiese sido más lento, al menos en los primeros años. Pero ya en 1926, Krúpskaya decía a los opositores de izquierda: "Si Lenin viviera, estaría seguramente en la prisión". Las previsiones y los temores de Lenin estaban aún frescos en su memoria y no se hacía ilusiones sobre su poder total respecto a los vientos y a las corrientes contrarias de la historia.

La burocracia no sólo ha vencido a la Oposición de Izquierda, ha vencido también al partido bolchevique. Ha vencido al programa de Lenin, que veía el principal peligro en la transformación de los órganos del estado "de servidores de la sociedad en amos de ella". Ha vencido a todos sus adversarios (la Oposición, el partido de Lenin), no por medio de argumentos y de ideas, sino aplastándolo bajo su propio peso social. El último vagón fue más pesado que la cabeza de la revolución. Tal es la explicación del temor soviético.

La degeneración del partido bolchevique

El partido bolchevique preparó y alcanzó la victoria de octubre. Construyó el estado soviético, dándole un sólido esqueleto. La degeneración del partido fue la causa

y la consecuencia de la burocratización del estado. Es importante mostrar, al menos brevemente, cómo pasaron las cosas.

El régimen interior del partido bolchevique está caracterizado por los méritos del *centralismo democrático*. La reunión de estas dos nociones no implica ninguna contradicción. El partido velaba para que sus fronteras fuesen siempre estrictamente delimitadas, pero trataba de que todos los que franqueaban esas fronteras tuvieran realmente el derecho de determinar la orientación de su política. La libertad de crítica y la lucha de las ideas formaban el contenido intangible de la democracia del partido. La doctrina actual que proclama la incompatibilidad del bolchevismo con la existencia de fracciones está en desacuerdo con los hechos. Es un mito de la decadencia. La historia del bolchevismo es en realidad la de la lucha de las fracciones. ¿Y cómo un organismo que se propone cambiar el mundo y reúne bajo sus banderas a negadores, rebeldes y combatientes temerarios, podría vivir y crecer sin conflictos ideológicos, sin agrupaciones, sin formaciones fraccionales temporales? La clarividencia de la dirección del partido logró muchas veces atenuar y abreviar las luchas fraccionales, pero no pudo hacer más. El comité central se apoyaba en esta base efervescente y de ahí sacaba la audacia para decidir y ordenar. La justeza manifiesta de sus opiniones en todas las etapas críticas le confería una alta autoridad, precioso capital moral del centralismo.

El régimen del partido bolchevique, sobre todo antes de la toma del poder, era, pues, el antípoda del de la Internacional Comunista actual con sus “jefes” nombrados jerárquicamente, sus virajes hechos sobre pedido, sus oficinas incontroladas, su desdén por la base, su servilismo hacia el Kremlin. En los primeros años que siguieron a la toma del poder, cuando el partido comenzaba a cubrirse con el orín burocrático, cualquier bolchevique, y Stalin como cualquier otro, hubiera tratado de infame calumniador al que hubiese proyectado sobre la pantalla la imagen del partido tal como debía ser diez o quince años después.

Lenin y sus colaboradores tuvieron invariablemente como primer cuidado el de preservar a las filas del partido bolchevique de las taras del poder. Sin embargo, la estrecha conexión, y algunas veces la fusión, de los órganos del partido y del estado, provocaron desde los primeros años un perjuicio cierto a la libertad y la elasticidad del régimen interior del partido. La democracia se estrechaba a medida que crecían las dificultades. El partido quiso y esperaba conservar en el cuadro de los sóviets la libertad de las luchas políticas. La guerra civil trajo una seria consecuencia: los partidos de oposición fueron suprimidos unos tras otros. Los jefes del bolchevismo veían en estas medidas, en contradicción evidente con el espíritu de la democracia soviética, necesidades episódicas de la defensa y no decisiones de principio.

El rápido crecimiento del partido gobernante, ante la novedad y la inmensidad de las labores, engendraba inevitablemente divergencias de opinión. Las corrientes de oposición, subyacentes en el país, ejercían de diversos modos su presión sobre el único partido legal, agravando la aspereza de las luchas fraccionales. Hacia el fin de la guerra civil esta lucha revistió formas tan vivas que amenazó con quebrantar el poder. En marzo de 1921, durante la sublevación de Kronstadt, que arrastró a no pocos bolcheviques, el X Congreso del partido se vio obligado a recurrir a la prohibición de las fracciones, es decir, a aplicar el régimen político del estado a la vida interior del partido dirigente. La prohibición de las fracciones, repitámoslo, se concebía como una medida excepcional destinada a desaparecer con la primera mejoría real de la situación. Por lo demás, el comité central se mostraba extremadamente circunspecto en la aplicación de la nueva ley y cuidaba, sobre todo, de no ahogar la vida interior del partido.

Pero, lo que primitivamente no había sido más que un tributo pagado por necesidad a circunstancias penosas, fue muy del agrado de la burocracia que consideraba la vida interna del partido desde el punto de vista de la comodidad de los gobernantes. En 1922, durante una mejoría momentánea de su salud, Lenin se atemorizó con el crecimiento amenazador de la burocracia y preparó una ofensiva en contra de la fracción de Stalin, que había llegado a ser el pivote del aparato del partido antes de apoderarse del estado. El segundo ataque de su enfermedad, y después la muerte, no le permitieron medir sus fuerzas con las de la reacción.

Todos los esfuerzos de Stalin, con quien estaban en ese momento Zinóviev y Kámenev, tendieron, desde entonces, a liberar el aparato del partido del control de sus miembros. En esta lucha por la “estabilidad” del comité central, Stalin fue más consecuente y más firme que sus aliados pues no lo desviaban los problemas internacionales de los que jamás se había ocupado. La mentalidad pequeñoburguesa de la nueva capa dirigente era la suya. Creía profundamente que la construcción del socialismo era de orden nacional y administrativo; consideraba a la Internacional Comunista como un mal necesario al que había que aprovechar, en la medida de lo posible, con fines de política exterior. El partido sólo significaba a sus ojos la base obediente de las oficinas.

Al mismo tiempo que la teoría del socialismo en un sólo país, se formuló otra para uso de la burocracia según la cual, para el bolchevismo, el comité central lo es todo, el partido, nada. En todo caso, esta segunda teoría fue realizada con más éxito que la primera. Aprovechando la muerte de Lenin, la burocracia comenzó la campaña de reclutamiento llamada de la “promoción de Lenin”. Las puertas del partido, hasta entonces bien vigiladas, se abrieron de par en par a todo el mundo: los obreros, los empleados, los funcionarios, entraron en masa. Políticamente, se trataba de absorber la vanguardia revolucionaria en un material humano desprovisto de experiencia y personalidad pero acostumbrado, en cambio, a obedecer a los jefes. Este proyecto se logró. Al liberar a la burocracia del control de la vanguardia proletaria, la “promoción de Lenin” dio un golpe mortal al partido de Lenin. Las oficinas habían conquistado la independencia que les era necesaria. El centralismo democrático cedió su lugar al centralismo burocrático. Los servicios del partido fueron totalmente renovados, de arriba a abajo; la obediencia fue la principal virtud del bolchevique. Bajo la bandera de la lucha contra la Oposición, los revolucionarios fueron reemplazados por funcionarios. La historia del partido bolchevique se transformó en la de su propia degeneración.

El significado político de la lucha se oscureció mucho por el hecho de que los dirigentes de las tres tendencias, la derecha, el centro y la izquierda, pertenecían a un solo estado mayor, el del Kremlin, el buró político: los espíritus superficiales creían en rivalidades personales, en la lucha por la “sucesión” de Lenin. Pero bajo una dictadura de hierro, los antagonismos sociales no podían manifestarse al principio más que a través de las instituciones del partido gobernante. Muchos termidorianos salieron antiguamente del partido jacobino del que Bonaparte mismo fue miembro; y entre los antiguos jacobinos, el Primer Cónsul, más tarde Emperador de los Franceses, encontró sus más fieles servidores. Los tiempos cambian y los jacobinos, comprendiendo a los del siglo XX, cambian junto con los tiempos.

Del buró político del tiempo de Lenin no quedó más que Stalin; dos de sus miembros, Zinóviev y Kámenev, que durante largos años de emigración fueron los colaboradores más íntimos de Lenin, purgan, en el momento en que escribo, una pena de diez años de reclusión por un crimen que no han cometido; otros tres, Ríkov, Bujarin y Tomsky, están completamente alejados del poder, aunque se haya recompensado su renuncia concediéndoles funciones de segundo orden; en fin, el autor de estas líneas,

está desterrado. La viuda de Lenin, Krúpskaya, es considerada como sospechosa, pues no ha podido, a pesar de sus esfuerzos, adaptarse al Termidor.

Los miembros actuales del buró político han ocupado en la historia del partido bolchevique puestos secundarios. Si alguien hubiera profetizado su elevación, durante los primeros años de la revolución, se hubiesen quedado estupefactos, sin la menor falsa modestia. La regla según la cual el buró político siempre tiene razón, y nadie, en todo caso, puede tener razón en contra de él, es aplicada con más rigor que nunca. Por lo demás, el buró político mismo no podría tener razón en contra de Stalin, quien, como nunca puede engañarse, tampoco puede, en consecuencia, tener razón en contra de sí mismo.

El regreso del partido a la democracia fue en su tiempo la más obstinada y la más desesperada de las reivindicaciones de todos los grupos de oposición. La plataforma de la Oposición de Izquierda en 1927 exigía la introducción de un artículo en el Código Penal que “castigara como un crimen grave contra el estado toda persecución directa o indirecta de un obrero a causa de críticas que hubiera formulado...”. Más tarde se encontró en el Código Penal un artículo que podía aplicarse a la Oposición.

De la democracia del partido no quedan más que recuerdos en la memoria de la vieja generación. Con ella se ha evaporado la democracia de los sóviets, de los sindicatos, de las cooperativas, de las organizaciones deportivas y culturales. La jerarquía de los secretarios domina sobre todo y sobre todos. El régimen había adquirido un carácter totalitario antes de que Alemania inventara la palabra. “Con ayuda de los métodos desmoralizadores que transforman a los comunistas pensantes en autómatas, que matan la voluntad, el carácter, la dignidad humana [escribía Rakovsky en 1928], la pandilla gobernante ha sabido transformarse en una oligarquía inamovible e inviolable que ha sustituido a la clase y al partido”. Después de que estas líneas indignadas fueran escritas, la degeneración ha hecho inmensos progresos. La GPU ha llegado a ser el factor decisivo en la vida interior del partido. Si en marzo de 1936 Mólotov podía felicitarse ante un periodista francés de que el partido gobernante ya no tuviera luchas fraccionales, se debía únicamente a que ahora las divergencias de opiniones son reglamentadas por la intervención mecánica de la policía política. El viejo partido bolchevique ha muerto y ninguna fuerza será capaz de resucitarlo.

*

Paralelamente a la degeneración política del partido, se acentuaba la corrupción de una burocracia que escapa a todo control. Aplicada al alto funcionario privilegiado, la palabra *sovbur* (burgués soviético) entró en el vocabulario obrero. Con la Nep, las tendencias burguesas disfrutaron de un terreno más favorable. En marzo de 1922 Lenin puso en guardia al XI Congreso del partido contra la corrupción de los medios dirigentes. “Más de una vez ha sucedido en la historia [decía] que el vencedor haya adoptado la civilización del vencido, si ésta era superior. La cultura de la burguesía y de la burocracia rusa era miserable, sin duda. Pero, ¡ay!, las nuevas capas dirigentes les son aún inferiores. Cuatro mil setecientos comunistas responsables dirigen en Moscú la máquina gubernamental. ¿Quién dirige y quién es dirigido? Dudo mucho que pueda decirse que son los comunistas quienes dirigen...”. Lenin no volvió a tomar la palabra en el congreso del partido. Pero todo su pensamiento, durante los últimos meses de su vida, se dirigió a la necesidad de prevenir y de armar a los obreros contra la opresión, la arbitrariedad y la corrupción burocráticas. Sin embargo, no había podido observar más que los primeros síntomas del mal.

Christian Rakovsky, ex presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania, más tarde embajador de los sóviets en Londres y París, hallándose deportado, envió a sus amigos en 1928 un corto estudio sobre la burocracia del que ya hemos

tomado algunas líneas, pues sigue siendo lo mejor que sobre el asunto se ha escrito. “En el espíritu de Lenin y en todos nuestros espíritus [escribe Rakovsky] el objeto de la dirección del partido era preservar al partido y a la clase obrera de la acción disolvente de los privilegios, de las ventajas y de los favores propios del poder, de preservarlos de toda aproximación a los restos de la antigua nobleza y de la antigua pequeña burguesía, de la influencia desmoralizadora de la Nep, de la seducción de las costumbres burguesas y de su ideología. [...] Hay que decir en voz alta, franca y claramente, que los burós del partido no han cumplido esta tarea, que han dado pruebas de una incapacidad completa en su doble papel de educación y de preservación, que han quebrado, que han faltado a su deber.”⁶

Es cierto que Rakovsky, deshecho por la represión burocrática, renegó más tarde de sus críticas. Pero cuando el septuagenario Galileo fue obligado en los potros de la Santa Inquisición a abjurar del sistema de Copérnico, esto no impidió que la tierra girase. No creemos en la abjuración del sexagenario Rakovsky, pues más de una vez ha analizado implacablemente esta clase de abjuraciones. Pero su crítica política ha encontrado en los hechos objetivos una base mucho más segura que en la firmeza subjetiva de su autor.

La conquista del poder no modifica solamente la actitud del proletariado hacia las otras clases; cambia, también, su estructura interior. El ejercicio del poder se transforma en la especialidad de un grupo social determinado, que tiende a resolver su propio “problema social” con tanta más impaciencia cuanto más alta cree su misión. “En el estado proletario, en donde la acumulación capitalista no se permite a los miembros del partido dirigente, la diferenciación es por lo pronto funcional; más tarde, será social. No digo que llegue a ser una diferenciación de clase, digo que es social...” Rakovsky explica: “La posición social del comunista que tiene a su disposición un coche, una buena vivienda, vacaciones regulares y que recibe el máximo del fijado por el partido, difiere de la del comunista que trabajando en las minas de hulla gana de 50 a 60 rublos al mes”.

Enumerando las causas de la degeneración de los jacobinos en el poder, el enriquecimiento, los abastecimientos del estado, etc., Rakovsky cita una curiosa observación de Babeuf sobre el papel desempeñado en esta evolución por las mujeres de la nobleza, muy codiciadas por los jacobinos. “¿Qué hacéis [exclama Babeuf] cobardes plebeyos? ¿Os acarician hoy? ¡Mañana os degollarán!”. El censo de las esposas de los dirigentes de la URSS presentaría un cuadro análogo. Sosnovsky, conocido periodista soviético, indicaba el papel del “factor auto-harén”, en la formación de la burocracia. Es cierto que, junto con Rakovsky, Sosnovsky se ha arrepentido y ha regresado de Siberia. Las costumbres de la burocracia no han mejorado con ello. Por el contrario, el arrepentimiento de un Sosnovsky prueba el progreso de la desmoralización.

Los viejos artículos de Sosnovsky, que pasaban manuscritos de mano en mano, contienen justamente inolvidables episodios de la vida de los nuevos dirigentes, mostrando hasta qué punto los vencedores han asimilado las costumbres de los vencidos. Para no remontarnos a los años pasados (Sosnovsky en 1934 trocó definitivamente su fusta por una lira), limitémonos a ejemplos recientes, tomados de la prensa soviética, escogiendo no solamente los “abusos” sino los hechos ordinarios oficialmente admitidos por la opinión pública.

El director de una fábrica moscovita, comunista conocido, se felicita en *Pravda* del desarrollo cultural de su empresa. Un mecánico le telefona: “¿Ordena usted que detenga las máquinas o espero? [...] Le respondo [dice] espera un momento” [...] El

⁶ Khristian Rakovsky, *Carta a Valentinov o Los peligros profesionales del poder*, en nuestro sello hermano *Aleandría Proletaria*.

mecánico le habla con deferencia, el director lo tutea. Y este diálogo indigno, imposible en un país capitalista civilizado, es relatado por el mismo director como un hecho corriente. La redacción no puso objeciones pues no observó nada; los lectores no protestan pues ya están habituados. Tampoco nos asombremos: en las audiencias solemnes del Kremlin, los “jefes” y los comisarios del pueblo tutean a sus subordinados, directores de fábricas, presidentes de koljoses, contra maestros y obreros invitados para ser condecorados. ¿Cómo no recordar que una de las consignas revolucionarias más populares bajo el antiguo régimen exigía el fin del tuteo a los subordinados por los jefes?

Asombrosos por su despreocupación señorial, los diálogos de los dirigentes del Kremlin con el “pueblo” comprueban sin error posible que, a pesar de la revolución de octubre, de la nacionalización de los medios de producción, de la colectivización y de la “liquidación de los kulaks como clase”, las relaciones entre los hombres y la cúspide de la pirámide soviética, lejos de elevarse hasta el socialismo, no alcanzan aún, en muchos aspectos, el nivel del capitalismo cultivado. Se ha dado un enorme paso atrás en este importante dominio, durante los últimos años; el Termidor soviético que ha concedido una independencia completa a una burocracia poco cultivada, sustraída a todo control, mientras ordena el silencio y la obediencia de las masas, es indiscutiblemente la causa de la resurrección de la vieja barbarie rusa.

No pensamos oponer a la abstracción *dictadura*, la abstracción *democracia* para pesar sus cualidades respectivas en la balanza de la razón pura. Todo es relativo en este mundo en donde lo único permanente es el cambio. La dictadura del partido bolchevique fue en la historia uno de los instrumentos más poderosos del progreso. Pero aquí, según el poeta, *Vernunft wird Unsinn, Wohltat-Plage*⁷. La prohibición de los partidos de oposición produjo la de las fracciones; la prohibición de las fracciones llevó a prohibir el pensar de otra manera que el jefe infalible. El monolitismo policíaco del partido tuvo por consecuencia la impunidad burocrática que, a su vez, se transformó en la causa de todas las variantes de la desmoralización y de la corrupción.

Las causas sociales del Termidor

Hemos definido al Termidor soviético como la victoria de la burocracia sobre las masas. Hemos tratado de mostrar las condiciones históricas de esta victoria. La vanguardia revolucionaria del proletariado fue absorbida en parte por los servicios del estado y poco a poco desmoralizada, en parte fue destruida en la guerra civil; y en parte, fue eliminada y aplastada. Las masas fatigadas y desengañadas sólo sentían indiferencia por lo que pasaba en los medios dirigentes. Estas condiciones, por importantes que sean, no bastan de ninguna manera para explicarnos cómo la burocracia logró elevarse por encima de la sociedad y tomar en sus manos, por largo tiempo, los destinos de ésta; su propia voluntad hubiera sido en todo caso insuficiente para ello; la formación de una nueva capa dirigente debe tener causas sociales más profundas.

El cansancio de las masas y la desmoralización de los cuadros contribuyeron también en el siglo XVIII a la victoria de los termidorianos sobre los jacobinos. Pero bajo estos fenómenos, en realidad temporales, se producía un proceso orgánico más profundo. Los jacobinos estaban apoyados por las capas inferiores de la pequeña burguesía, alzadas por la poderosa corriente, y como la revolución del siglo XVIII respondía al desarrollo de las fuerzas productivas, no podía menos que llevar al fin y al cabo a la gran burguesía al poder. Termidor no fue más que una de las etapas de esta evolución inevitable. ¿Qué necesidad social expresa el Termidor soviético?

⁷ “La razón se convierte en sinrazón, y la buena obra se transforma en pesadilla”. Goethe, *Fausto*.

Ya hemos tratado en un capítulo anterior de dar una explicación previa del triunfo del gendarme. Nos es forzoso continuar aquí el análisis de las condiciones del paso del capitalismo al socialismo y del papel que en él desempeña el estado. Confrontemos una vez más la previsión teórica y la realidad: “Aún es necesario imponerse a la burguesía [escribía Lenin en 1917, hablando del periodo que debía seguir a la conquista del poder], pero el órgano de la imposición ya es la mayoría de la población y no la minoría como siempre había sido hasta ahora [...]. En este sentido, el estado comienza a agonizar”. ¿Cómo se expresa esta agonía? Desde luego, en que, en lugar de “instituciones especiales pertenecientes a la minoría privilegiada” (funcionarios privilegiados, mando del ejército permanente), la mayoría puede “desempeñar las funciones de coerción”. Lenin formula más adelante una tesis indiscutible bajo una forma axiomática. “A medida que las funciones del poder son las del pueblo entero, este poder es menos necesario. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción elimina la labor principal del estado formado por la historia: la defensa de los privilegios de la minoría contra la inmensa mayoría”.

Según Lenin, la agonía del estado comienza inmediatamente después de la expropiación de los expropiadores, es decir, antes de que el nuevo régimen haya podido abordar sus tareas económicas y culturales. Cada éxito en el cumplimiento de estas tareas significa una nueva etapa de la reabsorción del estado en la sociedad socialista. El grado de esta reabsorción es el mejor índice de la profundidad y de la eficacia de la edificación socialista. Se puede formular un teorema sociológico de este género: La imposición ejercida por las masas en el estado obrero, está en proporción directa con las fuerzas tendentes a la explotación o a la restauración capitalista, y en proporción inversa a la solidaridad social y a la devoción común hacia el nuevo régimen. La burocracia (en otras palabras, “los funcionarios privilegiados y el mando del ejército permanente”) responde a una variedad particular de la imposición que las masas no pueden o no quieren aplicar y que se ejerce así, o de otra manera, sobre ellas.

Si los sóviets democráticos hubiesen conservado hasta ese día su fuerza e independencia, en tanto que permanecían obligados a recurrir a la coerción en la misma medida que durante los primeros años, este hecho hubiese bastado para inquietarnos seriamente. ¿Cuál no será nuestra inquietud ante una situación en la que los sóviets de las masas han abandonado definitivamente la escena cediendo sus funciones coercitivas a Stalin, Yagoda y compañía? ¡Y qué funciones coercitivas! Preguntémonos para comenzar, cuál es la causa social de esta vitalidad testaruda del estado, y sobre todo, su “gendarmización”. La importancia de este problema es evidente por sí mismo: según la respuesta que le demos, deberemos revisar radicalmente nuestras ideas tradicionales sobre la sociedad socialista en general, o rechazar, también radicalmente, las apreciaciones oficiales sobre la URSS.

Tomemos de un número reciente de un periódico de Moscú la característica estereotipada del régimen soviético actual, una de esas características que se repiten de día a día y que los escolares aprenden de memoria. “Las clases parasitarias de los capitalistas, de los propietarios territoriales y de los campesinos ricos se han liquidado para siempre en la URSS, terminando para siempre, de este modo, con la explotación del hombre por el hombre. Toda la economía nacional es socialista y el creciente movimiento *stajanov* prepara las condiciones del paso del socialismo al comunismo” (*Pravda*, 4 de abril de 1936). La prensa mundial de la Internacional Comunista no dice otra cosa, como de costumbre. Pero si se ha terminado “para siempre” con la explotación, si el país ha entrado realmente en la vía del socialismo, es decir, en la fase inferior del comunismo que conduce a la fase superior, no le queda a la sociedad más

que arrojar, por fin, la camisa de fuerza del estado. En lugar de esto (apenas es creíble) el estado soviético toma un aspecto burocrático y totalitario.

Se puede observar la misma contradicción fatal, recordando la suerte del partido. El problema se plantea, más o menos, así: ¿Por qué, en 1917-21, cuando las viejas clases dominantes aún resistían con las armas en la mano, cuando los imperialistas del mundo entero las sostenían efectivamente, cuando los kulaks armados saboteaban la defensa y el abastecimiento del país, en el partido se podían discutir libremente, sin temor, todos los problemas más graves de la política? ¿Por qué, en la actualidad, después de la intervención, de la derrota de las clases explotadoras, los éxitos indiscutibles de la industrialización, la colectivización de la gran mayoría de los campesinos, no se puede admitir la menor crítica a los dirigentes inamovibles? ¿Por qué el bolchevique que, de acuerdo con los estatutos del partido, trate de reclamar la convocatoria de un congreso, será inmediatamente excluido? Todo ciudadano que emita públicamente dudas sobre la infalibilidad de Stalin será tratado, inmediatamente, casi como el participante en un complot terrorista. ¿De dónde viene esta monstruosa, esta intolerable pujanza de la represión del aparato policíaco?

La teoría no es una letra de cambio que se pueda cobrar en cualquier momento. Si comete errores, es conveniente revisarla o llenar sus lagunas. Descubramos las verdaderas fuerzas sociales que han hecho nacer la contradicción entre la realidad soviética y el marxismo tradicional. En todo caso, no es posible deambular en medio de las tinieblas; repitiendo las frases rituales, probablemente útiles para el prestigio de los jefes pero que abofetean a la realidad vivida. Lo veremos en este momento, gracias a un ejemplo convincente.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo declaraba en enero de 1936 al ejecutivo que “la economía nacional se ha hecho socialista [aplausos]. Desde este aspecto [¿?] hemos resuelto el problema de la liquidación de las clases [aplausos]”. El pasado aún nos deja, sin embargo, “elementos vitalmente hostiles”, desechos de las clases antiguamente dominantes. Se encuentran, además, entre los trabajadores de los koljoses, entre los funcionarios del estado, a veces entre los mismos obreros, “minúsculos especuladores”, “dilapidadores de los bienes del estado y de los koljoses”, “divulgadores de chismes antisoviéticos”, etc., etc. De ahí la necesidad de consolidar más la dictadura. Al contrario de lo que esperaba Engels, el estado obrero, en vez de “adormecerse”, debe estar cada vez más alerta.

El cuadro descrito por el jefe del estado soviético sería de lo más tranquilizador si no encerrase una contradicción mortal. El socialismo se ha instalado definitivamente en el país; “desde este punto de vista” las clases han sido anonadadas (si lo han sido desde este punto de vista, también lo deben haber sido desde todos los otros). Indudablemente que la armonía social es perturbada, aquí y allá, por las escorias y los restos del pasado; sin embargo, no es posible pensar que gentes dispersas, privadas de poder y de propiedad puedan destruir la sociedad sin clases con la ayuda de “minúsculos especuladores” (ni siquiera son especuladores a secas). Como vemos, parece que todo marcha de la mejor manera posible. Pero, en ese caso, lo repetimos una vez más, ¿qué objeto tiene la férrea dictadura de la burocracia?

Los soñadores reaccionarios desaparecen poco a poco, tenemos que creerlo. Los sóviets archidemocráticos bastarían perfectamente para dar cuenta de los “minúsculos especuladores” y de los “chismosos”. “No somos utópicos [replicaba Lenin en 1917 a los teóricos burgueses y reformistas del estado burocrático], no discutimos absolutamente la posibilidad y la inevitabilidad de los excesos cometidos por individuos, así como la necesidad de reprimir esos excesos [...]. Pero no es necesario, para este fin, un aparato especial de represión; para ello bastará el pueblo armado, con la

misma facilidad con que una multitud civilizada separa a dos hombres que se golpean o impide que se insulte a una mujer”. Estas palabras parecen haber sido destinadas a refutar las consideraciones de uno de los sucesores de Lenin. Se estudia a Lenin en las escuelas de la URSS, pero no, evidentemente, en el Consejo de Comisarios del Pueblo. En caso contrario sería inexplicable que un Mólotov empleara, sin reflexionar, los argumentos contra los que Lenin dirigía su arma acerada. ¡Flagrante contradicción entre el fundador y los epígonos! Mientras que Lenin consideraba posible la liquidación de las clases explotadoras sin necesidad de un aparato burocrático, Mólotov, para justificar el estrangulamiento de toda iniciativa popular por medio de la máquina burocrática, después de la liquidación de las clases, no encuentra nada mejor que invocar los “restos” de las clases liquidadas.

Pero resulta tanto más difícil alimentarse con estos “restos”, por cuanto que, según confesión de los representantes autorizados de la burocracia, los antiguos enemigos de clase son asimilados con éxito por la sociedad soviética. Postichev, uno de los secretarios del comité central, decía en abril de 1936 al congreso de las Juventudes Comunistas: “Numerosos saboteadores se han arrepentido sinceramente y se han incorporado a las filas del pueblo soviético...”. En vista del éxito de la colectivización, “los hijos de los kulaks no deben responder por sus padres”. Esto no es todo: “en la actualidad, el mismo kulak no cree, indudablemente, poder recobrar su situación de explotador en la aldea”. No sin razón, el gobierno ha comenzado a abolir las restricciones legales de origen social. Pero si las afirmaciones de Postichev, aprobadas sin reservas por Mólotov, tienen algún sentido, sólo puede ser éste: la burocracia se ha transformado en un monstruoso anacronismo y la coerción estatal ya no tiene objeto en la tierra de los sóviets. Sin embargo, ni Mólotov ni Postichev admiten esta conclusión rigurosamente lógica. Prefieren conservar el poder, aun a costa de contradecirse.

En realidad, no pueden renunciar a él. En términos objetivos: la sociedad soviética actual no puede prescindir del estado ni tampoco (en cierta medida) de la burocracia. No son los miserables restos del pasado, sino las poderosas tendencias del presente las que crean esta situación. La justificación del estado soviético, considerada como mecanismo coercitivo, es que el periodo transitorio actual aún está lleno de contradicciones sociales que en el dominio del consumo (el más familiar y el más sensible para todo el mundo) revisten un carácter extremadamente grave, que amenaza continuamente surgir en el dominio de la producción. Por tanto, la victoria del socialismo no puede tenerse ni por definitiva ni por asegurada.

La autoridad burocrática tiene como base la pobreza de artículos de consumo y la lucha de todos contra todos que de allí resulta. Cuando hay bastantes mercancías en el almacén, los parroquianos pueden llegar en cualquier momento; cuando hay pocas mercancías, tienen que hacer cola en la puerta. Tan pronto como la cola es demasiado larga se impone la presencia de un agente de policía que mantenga el orden. Tal es el punto de partida de la burocracia soviética. “Sabe” a quién hay que dar y quién debe esperar.

A primera vista, la mejoría de la situación material y cultural debería reducir la necesidad de los privilegios, estrechar el dominio del “derecho burgués” y, por lo mismo, quitar terreno a la burocracia, guardiana de esos derechos. Sin embargo, ha sucedido lo contrario: el crecimiento de las fuerzas productivas ha ido acompañado, hasta ahora, de un extremado desarrollo de todas las formas de desigualdad y de privilegios, así como de la burocracia. Esto tampoco ha sucedido sin motivos.

En su primer periodo, el régimen soviético tuvo un carácter indiscutiblemente más igualitario y menos burocrático que ahora. Pero su igualdad fue la de la miseria común. Los recursos del país eran tan limitados que no permitían que de las masas

surgieran medios siquiera un poco privilegiados. El salario “igualitario” al suprimir el estímulo individual fue un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas. La economía soviética tenía que librarse de su indigencia para que la acumulación de esas materias grasas que son los privilegios fuera posible. El estado actual de la producción está aún muy lejos de proporcionar a todos lo necesario. Pero, en cambio, ya permite la concesión de ventajas importantes a la minoría y hacer de la desigualdad un agujión para la mayoría. Esta es la primera razón por la cual el crecimiento de la producción hasta ahora ha reforzado los rasgos burgueses y no los socialistas del estado.

Esta razón no es la única. Al lado del factor económico que, en la fase actual, exige recurrir a los métodos capitalistas de remuneración del trabajo, obra el factor político encarnado por la misma burocracia. Por su propia naturaleza, ésta crea y defiende privilegios; surge primeramente como el órgano burgués de la clase obrera; al establecer y al mantener los privilegios de la minoría se asigna, naturalmente, la mejor parte; el que distribuye bienes jamás se perjudica a sí mismo. De esta manera, de las necesidades de la sociedad nace un órgano que, al sobrepasar en mucho su función social necesaria, se transforma en un factor autónomo, así como en fuente de grandes peligros para el organismo social.

La significación del Termidor soviético comienza a precisarse ante nosotros. La pobreza y el estado inculto de las masas se materializan de nuevo bajo las formas amenazadoras del jefe provisto de un poderoso garrote. Primitivamente expulsada y condenada, la burocracia se transformó de servidora de la sociedad en su dueña. Al hacerlo, se alejó a tal grado de las masas, social y moralmente, que ya no puede admitir ningún control sobre sus actos y sobre sus rentas.

El miedo aparentemente místico de la burocracia a “los pequeños especuladores, los malversadores y los chismosos” encuentra así una explicación natural. Incapaz por ahora de satisfacer las necesidades elementales de la población, la economía soviética crea y resucita a cada paso tendencias hacia el soborno y la especulación. Por otro lado, los privilegios de la nueva aristocracia despiertan en las masas de la población una tendencia a prestar atención a los chismes antisoviéticos, esto es, a quien quiera que, aunque sea en un murmullo, critique a los codiciosos y caprichosos jefes. Es cuestión, por tanto, no de espectros del pasado, ni de amenazas de lo que ya no existe, ni, por decirlo brevemente, de nieves pasadas sino de unas tendencias nuevas, poderosas y continuamente renacientes hacia la acumulación personal. La todavía pequeña primera ola de prosperidad en el país, precisamente debido a su endeblez, no ha debilitado sino fortalecido estas tendencias centrífugas. Al tiempo, ha desarrollado un deseo simultáneo de los no privilegiados de abofetear las acaparadoras manos de la nueva nobleza. La lucha social se agudiza de nuevo. Tales son las fuentes del poder de la burocracia. Pero de estas mismas fuentes proviene también la amenaza a su poder.

VI El aumento de la desigualdad y de los antagonismos sociales

Miseria, lujo, especulación

Después de haber comenzado por el “reparto socialista”, el poder de los sóviets se vio obligado, en 1921, a recurrir de nuevo al mercado. La extrema penuria de recursos en la época del primer plan quinquenal, condujo nuevamente a la distribución estatal, es decir, a renovar la experiencia del comunismo de guerra a escala más amplia. Esta base también fue insuficiente. En 1935, el sistema del reparto planificado cedió de nuevo su lugar al comercio. Se vio, en dos ocasiones, que los métodos vitales del reparto de productos dependen del nivel de la técnica y de los recursos materiales dados, más que de las formas de la propiedad.

El aumento del rendimiento del trabajo, debido especialmente al trabajo a destajo, promete un crecimiento de la masa de mercancías y una baja de los precios, de la que resultaría un aumento del bienestar de la población. Este no es más que un aspecto del problema que ya pudo observarse, como se sabe, bajo el antiguo régimen, en la época de su plenitud económica. Los fenómenos y los procesos sociales deben considerarse en sus relaciones y en su interdependencia. El aumento del rendimiento del trabajo sobre la base de la circulación de mercancías, significa, también, un aumento de la desigualdad. El aumento del bienestar de las capas dirigentes comienza a sobrepasar sensiblemente al del bienestar de las masas. Mientras que el estado se enriquece, la sociedad se diferencia.

Por las condiciones de la vida cotidiana, la sociedad soviética actual se divide en una minoría privilegiada que tiene asegurado el porvenir y en una mayoría que vegeta en la miseria, pues la desigualdad de que hablamos produce en los dos polos contrastes marcadísimos. Los productos destinados al consumo de las masas, son, habitualmente y a pesar de sus altos precios, de muy baja calidad, y cuanto más lejos se está del centro más difícil es conseguirlos. En estas condiciones, la especulación y el robo llegan a ser verdaderas plagas y, si ayer completaban al reparto planificado, aportan actualmente un correctivo al comercio soviético.

Los “Amigos” de la URSS tienen la costumbre de anotar sus impresiones con los ojos cerrados y los oídos tapados. No es posible contar con ellos. Los enemigos esparcen algunas veces calumnias. Consultemos a la burocracia misma. Como no es su propia enemiga, las acusaciones que se hace a sí misma, motivadas siempre por necesidades urgentes y prácticas, merecen infinitamente más crédito que sus frecuentes y ruidosas habladurías.

El plan industrial para 1935 ha sido sobrepasado, como es sabido. Pero en lo que se refiere a la construcción de viviendas obreras es la más lenta, la más defectuosa, la más descuidada. Los campesinos de los koljoses viven, como antiguamente en las isbas [viviendas de madera], con sus becerros y sus polillas. Por otra parte, los notables soviéticos se quejan de que en las viviendas construidas para ellos no siempre hay “cuarto de criados”.

Todo régimen se expresa por su arquitectura y sus monumentos. La época soviética actual está caracterizada por los palacios y las casas de los sóviets construidos en gran número, verdaderos templos de la burocracia (que cuestan algunas veces

decenas de millones), por teatros lujosos, por casas del Ejército Rojo, principalmente clubes militares reservados a los oficiales, por un metropolitano para uso de los que pueden pagarlo, mientras que la construcción de las viviendas obreras, aunque sean del tipo de los cuarteles, está invariable y terriblemente atrasada.

Se han obtenido éxitos reales en los ferrocarriles, pero el simple ciudadano soviético no ha ganado gran cosa con ello. Innumerables informes de los jefes denuncian continuamente “la suciedad de los vagones y de los locales destinados al público”, la “indignante falta de cuidado en la atención a los viajeros”, el “número considerable de abusos, robos y estafas con motivo de la venta de billetes [...], la ocultación de los sitios libres con fines de especulación [...], el robo de equipajes durante el trayecto”. Estos hechos “deshonran a los transportes socialistas”. En verdad, los transportes capitalistas los consideran también como crímenes o delitos de derecho común. Las quejas repetidas de nuestro elocuente administrador, demuestran, sin duda alguna, la insuficiencia de los medios de transporte para la población y la penuria extrema de los artículos confiados a los transportes y, por fin, el cínico desdén profesado por los dirigentes de los ferrocarriles, como por todos los otros, hacia el simple mortal. En cuanto a sí misma, la burocracia sabe muy bien hacerse servir en la tierra, en el agua y en los aires, lo que se comprueba por el gran número de vagones-salón, trenes especiales y buques de que dispone, reemplazándolos cada vez más por coches y aviones más confortables.

Caracterizando los éxitos de la industria soviética, el representante del comité central en Leningrado, Jdanov, aplaudido por un auditorio directamente interesado, le promete que “el año entrante, nuestros activistas ya no irán a las asambleas en los modestos Ford de hoy, sino en limusinas”. La técnica soviética, en la medida en que se vuelve hacia el hombre, trata, ante todo, de satisfacer las necesidades acrecentadas de la minoría privilegiada. Los tranvías (donde los hay) van repletos, como antiguamente.

Cuando el Comisario del Pueblo para la Industria Alimenticia, Mikoyan, se alegra de que las clases inferiores de bombones son eliminadas poco a poco por las clases superiores, y de que “nuestras mujeres” exigen mejores perfumes, esto significa solamente que la industria se adapta, a consecuencia de la vuelta al comercio, a consumidores más cualificados. Esta es la ley del mercado, en la que las mujeres de los altos personajes no son las menos influyentes. Se sabe, al mismo tiempo, que 68 cooperativas de 95 registradas en Ucrania (1935) carecían completamente de bombones y que, de manera general, la demanda de confitería sólo es satisfecha en la proporción de un 15% y gracias a la ayuda de las clases más bajas. *Izvestia* deplora que “las fábricas no tengan en cuenta las exigencias del consumidor” (cuando se trata, naturalmente, de un consumidor capaz de defenderse).

El académico Bach, al plantear el problema desde el punto de vista de la química orgánica, encuentra que “nuestro pan es, algunas veces, de calidad detestable”. Los obreros y las obreras no iniciados en los misterios de la fermentación, están completamente de acuerdo; con la diferencia de que no pueden, como el honorable académico, dar su opinión en la prensa.

El trust de la confección en Moscú hace publicidad para modelos de vestidos de seda diseñados para la Casa de Modelos; pero en provincias, y aun en los grandes centros industriales, los obreros no pueden conseguir una camisa de tela regular sin hacer cola. Faltan igual que antes. Es mucho más difícil asegurar lo necesario a un gran número, que lo superfluo a unos cuantos. Toda la historia lo demuestra.

Enumerando sus adquisiciones, Mikoyan nos hace saber que “la industria de la margarina es nueva”. El antiguo régimen no la conocía, es cierto. No deduzcamos de eso que la situación ha empeorado: el pueblo tampoco veía entonces la manteca. Pero la

aparición de un sucedáneo significa, en todo caso, que en la URSS hay dos clases de consumidores: la que prefiere la manteca y la que se conforma con la margarina. “Proporcionamos a voluntad el tabaco grueso en granos, la majorca”, declara Mikoyan, olvidando añadir que ni en Europa ni en Norteamérica se consume tabaco de tan triste calidad.

Una de las manifestaciones más notorias, por no decir más provocativa, de la desigualdad, es la apertura en Moscú y en otras ciudades importantes de almacenes que venden mercancías de calidad superior y que llevan el nombre expresivo, aunque extranjero, de *Luxe* (*Liukx...*). Pero las quejas incesantes sobre los robos en las tiendas de alimentación en Moscú y en las provincias, muestran que sólo hay productos para la minoría y que, sin embargo, todo el mundo quisiera alimentarse...

La obrera que tiene un hijo conoce bien al régimen social y su criterio “de consumo”, como dicen desdeñosamente los grandes personajes, muy atentos a su propio consumo, que es en definitiva el que decide. En el conflicto entre la obrera y la burocracia, nos colocamos, con Marx y Lenin, al lado de la obrera contra el burócrata que exagera los éxitos alcanzados, disfraza las contradicciones y amordaza a la obrera.

Admitamos que la margarina y el tabaco en grano sean tristes necesidades; pero en este caso no hay por qué enorgullecerse y maquillar la realidad. Limusinas para los “activistas”, buenos perfumes para sus mujeres; para los obreros, margarina; almacenes de lujo para los privilegiados; el espectáculo de los manjares finos expuestos en la vitrina para la plebe. Este socialismo no puede ser, ante los ojos de las masas, más que un capitalismo que regresa. Apreciación que no es del todo falsa. En el terreno de la “miseria socializada”, la lucha por lo necesario amenaza con resucitar “todo el antiguo caos”, y lo resucita parcialmente a cada paso.

*

El mercado actual difiere del de la Nep (1921-28) en que se debe desarrollar sin intermediarios ni comercio privado, poniendo frente a frente a las organizaciones del estado, las cooperativas, los koljoses y los ciudadanos. Pero esto sólo sucede en principio. El aumento rápido del comercio al por menor (estado y cooperativas), debe llevarlo a 100.000 millones de rublos en 1936. El comercio de los koljoses, que se estima en 16.000 millones de rublos en 1935, debe crecer sensiblemente este año. Es difícil decir cuál es el lugar que ocupan en esta cifra de operaciones los intermediarios ilegales y semiilegales; lugar que en ningún caso es insignificante. Así como los cultivadores, los koljoses, y más aún, ciertos miembros de éstos últimos se inclinan por recurrir a los intermediarios, los artesanos, los cooperativistas, las industrias locales que tratan con los campesinos, siguen los mismos métodos. De vez en cuando se sabe repentinamente que en un amplio radio, el comercio de la carne, la mantequilla y los huevos, ha caído en manos de los “mercaderes”. Los artículos más necesarios como la sal, las cerillas, la harina y el petróleo, que abundan en los almacenes del estado, faltan durante semanas y meses en las cooperativas rurales burocratizadas; está claro que los campesinos los adquieren en otras partes. La prensa soviética menciona constantemente a los revendedores, como si fueran naturalmente necesarios.

Los otros aspectos de la iniciativa y de la acumulación privadas, desempeñan visiblemente un papel menos importante. Los cocheros que poseen un tiro y los artesanos independientes, así como los cultivadores independientes, apenas son tolerados. Numerosos talleres de reparación, propiedad de particulares, existen en Moscú y el gobierno cierra los ojos ante ellos porque llenan importantes lagunas. Un número infinitamente mayor de particulares trabaja bajo las falsas insignias de los *artels* (asociaciones) y de las cooperativas, o se resguarda en los koljoses. Mientras tanto, el

servicio de investigaciones criminales, como si tuviera un placer especial en hacer salir a las lagartijas de la economía, detiene de vez en cuando en Moscú, en calidad de especuladores, a pobres mujeres hambrientas que venden gorros que ellas mismas han tejido y camisas corrientes que han cosido.

“La base de la especulación ha sido destruida en nuestro país [proclamaba Stalin (el otoño de 1935)] y si aún tenemos mercaderes, esto sólo se explica por la insuficiente vigilancia de clase de los obreros y por el liberalismo de ciertas instancias soviéticas respecto a los especuladores”. ¡Razonamiento burocrático típico! ¿La base económica de la especulación ha sido destruida? En ese caso no hay necesidad de vigilancia. Si, por ejemplo, el estado pudiera proporcionar sombreros en número suficiente, ¿qué necesidad habría de detener a las desdichadas vendedoras callejeras? Es muy dudoso, por lo demás, que aun sin que eso suceda, sea necesario encarcelarlas.

Las categorías de la iniciativa privada que acabamos de enumerar no son temibles por sí mismas, ni por la calidad ni por la amplitud de sus operaciones. No es posible temer que cocheros, vendedores de gorros, relojeros, vendedores de huevos, ataquen las murallas de la propiedad estatalizada. Pero el problema no se resuelve con la simple ayuda de las proporciones aritméticas. La profusión y la variedad de los especuladores de todas clases, que surgen a la menor tolerancia administrativa como las manchas de fiebre en un cuerpo enfermo, atestiguan la constante presión de las tendencias pequeñoburguesas. El grado de nocividad de los bacilos de la especulación para el porvenir socialista, está determinado por la capacidad general de resistencia del organismo económico y político del país.

El estado de espíritu y la conducta de los obreros y de los trabajadores de los koljoses, es decir, de cerca del 90% de la población, están determinados en primer lugar por las modificaciones de su salario real. Pero la relación entre sus ingresos y el de las capas sociales más favorecidas, no tiene menor importancia. La ley de la relatividad se deja sentir más directamente en el dominio del consumo. La expresión de todas las relaciones sociales en términos de contabilidad-dinero revela la parte real de las diversas capas sociales en la renta nacional. Aun admitiendo la necesidad histórica de la desigualdad durante un tiempo bastante largo, el problema de los límites tolerables de esta desigualdad queda planteado, así como el de su utilidad social en cada caso concreto. La lucha inevitable por la parte de la renta nacional se transformará necesariamente en una lucha política. Si el régimen actual es socialista o no, es un problema que no será resuelto por los sofismas de la burocracia sino por la actitud de las masas, es decir, de los obreros y de los campesinos de los koljoses.

La diferenciación del proletariado

Parece que los datos referentes al salario real deberían ser objeto de un estudio particularmente atento en un estado obrero; la estadística de los ingresos por categorías de población, debería ser límpida y accesible a todos. En realidad, este dominio, que es el que toca más de cerca a los intereses vitales de los trabajadores, está cubierto por una densa bruma. Por increíble que sea, el presupuesto de una familia obrera en la URSS constituye para el observador una magnitud mucho más enigmática que en cualquier país capitalista. En vano trataríamos de trazar la curva de los salarios reales de las diversas categorías de obreros durante el segundo periodo quinquenal. El silencio obstinado de las autoridades y de los competentes en la materia es tan elocuente como su exhibición de cifras sumarias y desprovistas de significado.

Según un informe del Comisario del Pueblo para la Industria Pesada, Ordzhonikidze, el rendimiento medio mensual de un obrero ha aumentado 3,2 veces en 10 años, de 1925 a 1935, mientras que el salario ha aumentado 4,5 veces. ¿Qué parte de

este último coeficiente, tan bello en apariencia, es devorado por los especialistas y los obreros bien pagados? ¿Cuál es el valor efectivo de este salario nominal (cosa no menos importante)? No sabemos nada por el informe ni por los comentarios de la prensa. En el congreso de las Juventudes Comunistas en abril de 1936, el secretario general, Kosarev, decía: “A partir de enero de 1931 hasta diciembre de 1935, el salario de los jóvenes ha aumentado en un 340%”. Pero incluso entre los jóvenes condecorados, cuidadosamente escogidos y dispuestos a prodigar ovaciones, esta fanfarronada no provocó aplausos: los oyentes sabían demasiado bien, como el orador, que el brusco paso a los precios del mercado agravaba la situación de la gran mayoría de obreros.

El salario medio anual, que se determina reuniendo los salarios del director del trust y los de la barrendera, era, en 1935, de 2.300 rublos y debe alcanzar en 1936 cerca de 2.500 rublos, o sea, al tipo nominal del cambio, 7.500 francos y algo así como 3.500 a 4.000 francos franceses, según la capacidad de compra. Esta cifra modestísima disminuye aún más si se toma en cuenta que el aumento de los salarios de 1936 no es más que una compensación parcial por la supresión de los precios de favor y de algunos servicios gratuitos. Pero lo principal de todo esto es que el salario de 2.500 rublos al año, o sea 208 rublos al mes, no es más que un promedio, es decir, una ficción aritmética destinada a enmascarar la realidad de una cruel desigualdad en la retribución del trabajo.

Es indiscutible que la situación de la capa superior de la clase obrera, y sobre todo de los llamados *estajanovistas*, ha mejorado sensiblemente durante el año pasado; la prensa relata detalladamente cuántos trajes, cuántos pares de zapatos, cuántos gramófonos, bicicletas e incluso latas de conservas han podido comprar los obreros condecorados. Al mismo tiempo se descubre que pocos de estos bienes son accesibles al obrero ordinario. Stalin dice las causas que han hecho nacer el movimiento Stajanov: “Se vive mejor, más alegremente. Y cuando se vive más alegremente, el trabajo mejora”. Hay algo de verdad en esta manera optimista, propia de los dirigentes, de presentar el trabajo a destajo. En efecto, la formación de una aristocracia obrera sólo ha sido posible gracias a los éxitos económicos anteriores. El estímulo de los *estajanovistas* no consiste, sin embargo, en la “alegría”, sino en el deseo de ganar más. Mólotov ha modificado en este sentido la afirmación de Stalin: “El anhelo de alcanzar un alto rendimiento del trabajo ha sido inspirado a los *estajanovistas* por el simple deseo de aumentar su salario”. En efecto, en unos cuantos meses se han formado toda una categoría de obreros, apodada los “mil” porque su salario es superior a mil rublos al mes. Hay algunos que ganan más de 2.000 rublos, mientras que el trabajador de las categorías inferiores gana frecuentemente menos de 100 rublos.

La simple amplitud de estas variaciones de salarios establecería, según parece, una diferencia suficiente entre el obrero “notable” y el obrero “ordinario”. Pero esto no le basta a la burocracia. Los *estajanovistas* están literalmente colmados de privilegios. Se les dan viviendas nuevas, se hacen reformas en sus casas, disfrutan de vacaciones fuera de tiempo en las casas de reposo y en los sanatorios, se les envía gratuitamente, a domicilio, maestros de escuela y médicos, tienen entradas gratuitas al cine; llega a suceder que se les afeita gratuitamente fuera de turno. Muchos de estos privilegios parecen inventados especialmente para herir y ofender al obrero medio. La obsequiosa benevolencia de las autoridades tiene su causa tanto en el arribismo como en la mala conciencia: los dirigentes locales que aprovechan ávidamente la ocasión de salir de su aislamiento favoreciendo con privilegios a una aristocracia obrera. El resultado es que el salario real de un *estajanovista* sobrepasa frecuentemente de 20 a 30 veces al de las categorías inferiores. Los sueldos de los especialistas más favorecidos bastarían en muchas circunstancias para pagar de 80 a 100 peones. Por la magnitud de la desigualdad

en la retribución del trabajo, la URSS ha alcanzado y sobrepasado ampliamente a los países capitalistas.

Los mejores de los *estajanovistas*, los que se inspiran realmente en móviles socialistas, lejos de alegrarse con los privilegios, se sienten descontentos. Es de comprender: el goce individual de diversos bienes en una atmósfera de miseria general, los rodea de un círculo de hostilidad y de envidia que les envenena la existencia. Estas relaciones entre los obreros están más alejadas de la moral socialista que las de los obreros de una fábrica capitalista, reunidos por la lucha común contra la explotación.

Resulta que la vida cotidiana no es fácil para el obrero cualificado, sobre todo en provincias. Además de que la jornada de siete horas es sacrificada progresivamente al aumento del rendimiento del trabajo, muchas horas se dedican a la lucha complementaria por la existencia. Se indica como un signo particular del bienestar que los mejores obreros de los sovjoses (explotaciones agrícolas del estado), los conductores de tractores y de máquinas combinadas, que forman ya una aristocracia ostensible, tienen vacas y puercos. Así pues, la teoría según la cual era preferible el socialismo sin leche que la leche sin socialismo, se ha abandonado. Se reconoce ahora que los obreros de las empresas agrícolas del estado, en las que parece que no faltan vacas ni cerdos, necesitan tener para asegurar su existencia su propio rebaño minúsculo. El comunicado triunfal según el cual 96.000 obreros de Jarkov tienen huertas individuales, no es menos asombroso. Las otras ciudades han sido invitadas a imitar a Jarkov. ¡Qué terrible desperdicio de fuerzas humanas significan la “vaca individual”, el “huerto individual”, y qué fardo para el obrero, y aún más para su mujer y sus hijos, el trabajo medieval de la pala, del estiércol y de la tierra!

La gran mayoría de los obreros carece, como es natural, de vacas y de hortalizas y, con frecuencia, de albergue. El salario de un peón es de 1.500 rublos al año, algunas veces menos, lo que con los precios soviéticos equivale a la miseria. Las condiciones de alojamiento, índice de los más característicos de la situación material y cultural, son de las peores; algunas veces, intolerables. La inmensa mayoría de los obreros se amontona en viviendas comunes mucho menos bien instaladas, mucho menos habitables que los cuarteles. ¿Se trata de justificar los fracasos en la producción, las faltas al trabajo, los defectos de la producción? La administración misma, por medio de sus periodistas, describe las condiciones de alojamiento de los obreros: “Los obreros duermen sobre el suelo, pues la madera de los lechos está infestada de chinches, las sillas están destruidas, no hay un recipiente para beber, etc.”. “Dos familias viven en un cuarto. El techo está agujereado. Cuando llueve, entra el agua a cántaros”. “Los excusados son indescriptibles...”. Detalles de este género, relacionados con el país entero, podrían citarse hasta el infinito. A consecuencia de las condiciones de existencia intolerables, “la fluidez del personal [escribe, por ejemplo, el dirigente de la industria petrolera] alcanza grandes proporciones [...]. Numerosos pozos no son explotados por falta de mano de obra...”. En ciertas regiones poco favorecidas, sólo los obreros despedidos de otras partes por indisciplina consienten en trabajar. Así, se forma en los bajos fondos del proletariado una categoría de miserables privados de todo derecho, parias soviéticos, que una rama de la industria tan importante como el petróleo se ve obligada a emplear abundantemente.

A consecuencia de las desigualdades notables en el régimen de los salarios, agravadas además por los privilegios arbitrariamente creados, la burocracia logra que nazcan ásperos antagonismos en el seno del proletariado. Recientes informaciones de la prensa pintaban el cuadro de una guerra civil disimulada. “El sabotaje de las máquinas constituye el medio preferido [¡!] para combatir al sistema Stajanov”, escribía, por ejemplo, el órgano de los sindicatos. “La lucha de clases” se menciona a cada paso. En

esta lucha de “clases”, los obreros están de una parte; los sindicatos de otra. Stalin recomendaba públicamente “romperles la cabeza” a los insumisos. Otros miembros del comité central amenazan en diversas ocasiones a “los enemigos desvergonzados” con aniquilarlos totalmente. La experiencia del movimiento Stajanov hace ver claramente el abismo que existe entre el poder y el proletariado y la obstinación desenfrenada de la burocracia para aplicar esta regla: “Divide y vencerás”. En revancha, el trabajo a destajo, forzado de este modo, se transforma, para consolar al obrero, en “estímulo socialista”. Estas simples palabras son una burla. La emulación, cuyas raíces se hunden en la biología, indudablemente seguirá siendo en el régimen comunista (depurada del espíritu de lucro, del deseo de privilegios) el motor más importante de la civilización. Pero en una fase más próxima, preparatoria, la consolidación real de la sociedad socialista no debe hacerse con los métodos humillantes del capitalismo retrasado a los que recurre el gobierno soviético, sino por medios más dignos del hombre liberado y, ante todo, sin el garrote del burócrata, pues este garrote es la herencia más odiosa del pasado; habrá que romperlo y quemarlo públicamente para que sea posible hablar de socialismo sin que la vergüenza nos enrojezca la frente.

Contradicciones sociales de la aldea colectivizada

Si los trusts industriales son “en principio” empresas socialistas, no podría decirse otro tanto de los koljoses que no reposan sobre la propiedad del estado, sino sobre la de los grupos. Constituyen un gran progreso con relación a la agricultura parcelaria. ¿Conducirán al socialismo? Esto depende de una serie de circunstancias, unas de orden interno, y externas las otras, que se refieren al sistema soviético en su conjunto; existen, además, las de carácter internacional, que no son las menos importantes.

La lucha entre los campesinos y el estado está lejos de haber terminado. La organización actual de la agricultura, aún muy inestable, no es más que un compromiso momentáneo de los dos adversarios después de una ruda explosión de guerra civil. Es cierto que el 90% de los hogares están colectivizados y que los campos de los koljoses han proporcionado el 94% de la producción agrícola. Aun si no se toma en cuenta cierto número de koljoses ficticios que en realidad disimulan intereses privados, hay que reconocer que, según parece, los cultivos parcelarios han sido vencidos en la proporción de sus nueve décimas partes. Pero la lucha real de las fuerzas y de las tendencias en las aldeas sobrepasa, de todas maneras, a la simple oposición de los cultivadores individuales y de los koljoses.

Para pacificar los campos, el estado ha tenido que hacer grandes concesiones al espíritu de propiedad de los campesinos, comenzando por la devolución solemne de la tierra a los koljoses, en goce perpetuo, es decir, por la liquidación de la nacionalización del suelo. ¿Ficción jurídica? Según la relación de fuerzas puede transformarse en una realidad y constituir próximamente un grave obstáculo para la economía planificada. Sin embargo, es mucho más importante que el estado se haya visto obligado a permitir la resurrección de las empresas campesinas individuales en parcelas minúsculas, con sus vacas, sus puercos, sus corderos, sus aves de corral, etc. A cambio de este golpe a la socialización y de esta limitación de la colectivización, el campesino consiente en trabajar apaciblemente, aunque sin gran celo por el momento, en los koljoses que le dan la posibilidad de cumplir con sus obligaciones con el estado y de disponer de algunos bienes. Estas nuevas relaciones tienen aún formas tan imprecisas que sería difícil expresarlas en cifras, incluso si la estadística soviética fuera más honrada. Sin embargo, muchas razones permiten suponer que para el campesino es más importante su minúsculo bien personal que el koljós. Es decir, que la lucha entre la tendencia

individualista y la colectivista, impregna todavía la vida del campo y que su resultado aún no está decidido. ¿En qué sentido se inclinan los campesinos? Ellos mismos no lo saben bien.

El Comisario del Pueblo para la Agricultura decía a fines de 1935: “Hasta en los últimos tiempos hemos tropezado con una viva resistencia de los kulaks para ejecutar el plan de almacenamiento de los cereales”. Es decir, que: “hasta en los últimos tiempos” la mayor parte de los *koljosniki* han considerado la entrega de trigo al estado como una operación desventajosa y se han inclinado al comercio privado. Las leyes draconianas que defienden los bienes de los koljoses muestran lo mismo pero en otro plano. Uno de los hechos más instructivos es que el haber de los koljoses está asegurado por el estado en 20.000 millones de rublos, mientras que la propiedad privada de los miembros de los koljoses lo está en 21.000 millones. Si esta diferencia no indica necesariamente que los campesinos, considerados individualmente, son más ricos que los koljoses, demuestra, en todo caso, que los cultivadores aseguran con más cuidado sus bienes privados que los bienes colectivos.

No menos interesante, desde el punto de vista que nos ocupa, es el desarrollo de la cría de ganado. Mientras que el número de caballos continuó bajando hasta 1935, y sólo comenzó a aumentar ligeramente este año como consecuencia de las medidas tomadas por el gobierno, el aumento del ganado vacuno el año pasado ya se elevaba a cuatro millones de cabezas. Durante el favorable año de 1935 el plan no se ha ejecutado, en lo que se refiere a los caballos, más que en una proporción del 94%, en tanto que ha sido fuertemente superado en lo concerniente al ganado vacuno. El significado de estos datos se desprende del hecho de que los caballos son propiedad de los koljoses, mientras que las vacas son propiedad privada del mayor número de campesinos. Hay que añadir que en las estepas, en donde los campesinos de los koljoses están autorizados, a título excepcional, a poseer un caballo en propiedad privada, el aumento del número de estos animales es mucho más rápido que en los koljoses, los que, por otra parte, superan a este respecto a las explotaciones del estado (sovjoses). Sería un error deducir de lo anterior que la pequeña explotación individual sea superior a la gran explotación colectiva. Pero el paso de la primera a la segunda, paso de la barbarie a la civilización, presenta numerosas dificultades que no es posible alejar con la simple ayuda de medios administrativos.

“El derecho jamás puede elevarse sobre el régimen económico y el desarrollo cultural de la sociedad, condicionada por ese régimen”. El alquiler de las tierras, prohibido por la ley, se practica en realidad a amplia escala y bajo las formas nocivas de alquiler pagado en trabajo. Algunos koljoses alquilan tierra a otros, algunas veces a particulares, a sus miembros más emprendedores por fin. Por inverosímil que sea esto, los sovjoses, empresas “socialistas”, también alquilan tierras, y lo más instructivo es que los koljoses de la GPU son los que se distinguen en esto. Bajo la égida de la alta institución que vela sobre las leyes, hay directores de sovjoses que imponen a sus arrendatarios campesinos condiciones que parecen tomadas de los antiguos contratos de servidumbre dictados por los señores. Y estamos en presencia de casos de explotación de los campesinos por los burócratas, que no obran en calidad de agentes del estado, sino en calidad de terratenientes semilegales.

Sin querer exagerar la importancia de hechos monstruosos de este género, que, naturalmente, no pueden ser registrados por la estadística, no podemos desentendernos de su enorme significado sintomático. Demuestran infaliblemente la fuerza de las tendencias burguesas en la rama atrasada de la economía que abarca a la gran mayoría de la población. La acción del mercado refuerza inevitablemente las tendencias

individualistas y agrava la diferenciación social en los campos, a pesar de la nueva estructura de la propiedad.

Los ingresos medios de un hogar, en los koljoses, se elevaban en 1935 a 4.000 rublos. Pero los promedios son aún más engañosos para los campesinos que para los obreros. Se informaba, por ejemplo, en el Kremlin, que los pescadores colectivos habían ganado en 1935 dos veces más que en 1934; precisamente, 1.919 rublos por trabajador. Los aplausos que saludaron esta cifra demuestran en qué proporción superaba la ganancia media de los koljoses. Por otra parte, hay koljoses en los que los ingresos se han elevado a 3.000 rublos por familia, sin contar la relación en dinero y en especie de las explotaciones individuales ni del conjunto de la explotación colectiva ni los ingresos en especie del conjunto de la explotación colectiva: los ingresos de un gran cultivador de koljós de esta categoría sobrepasan, generalmente, de 10 a 15 veces, el salario de un trabajador “mediano” o inferior de los koljoses.

La escala de los ingresos sólo está determinada parcialmente por la aplicación al trabajo y las capacidades. Los koljoses, igual que las parcelas individuales, están colocados necesariamente en condiciones muy desiguales, según el clima, el género de cultivo, la situación con relación a las ciudades y a los centros industriales. La oposición entre las ciudades y el campo, lejos de atenuarse durante los periodos quinquenales, se ha desarrollado hasta el extremo a consecuencia del crecimiento febril de nuevas regiones industriales. Esta antinomia fundamental de la sociedad soviética engendra ineludiblemente contradicciones entre los koljoses y en el seno de ellos, a causa, sobre todo, de la renta diferencial.

El poder ilimitado de la burocracia no es una causa de diferenciación menos poderosa. La burocracia dispone de palancas como los salarios, el presupuesto, el crédito, los precios, los impuestos. Los beneficios exagerados de ciertas plantaciones de algodón colectivizadas del Asia Central, dependen más bien de las relaciones entre los precios fijados por el estado que del trabajo de los campesinos. La explotación de unas capas de la población por otras, no ha desaparecido, sino que ha sido disimulada. Los primeros koljoses “acomodados” (algunas decenas de millares) han adquirido sus bienes en detrimento del conjunto de koljoses y de obreros. Asegurar el bienestar de todos los koljoses es mucho más difícil y exige mucho más tiempo que ofrecer privilegios a la minoría en detrimento de la mayoría. La Oposición de Izquierda señalaba en 1927 que “los ingresos del kulak han aumentado sensiblemente más que los del obrero” y esta situación persiste hoy, aunque bajo una forma modificada: los ingresos de la minoría privilegiada de los koljoses han aumentado infinitamente más que los de la masa de koljoses y de centros obreros. Probablemente, la diferencia es incluso mayor que la que existía en vísperas de la liquidación de los kulaks.

La diferenciación que existe en el seno de los koljoses se expresa, en parte, en el dominio del consumo individual y, en parte, en la economía privada de la familia, ya que los principales medios de producción están socializados. La diferenciación entre los koljoses tiene desde ahora consecuencias más profundas, pues el koljós rico puede usar más abonos, más máquinas, y en consecuencia puede enriquecerse más rápidamente. Sucede con frecuencia que los koljoses ricos alquilan la mano de obra de los pobres sin que las autoridades lo impidan. La atribución definitiva a los koljoses de tierras de un valor desigual, facilita en su mayor grado la diferenciación ulterior y, como consecuencia, la formación de una especie de “koljoses burgueses” o de “koljoses millonarios” como ya se les llama.

El estado tiene, es cierto, la posibilidad de intervenir en la diferenciación social en calidad de regulador. Pero, ¿en qué sentido y en qué medida? Atacar a los koljoses-kulaks sería provocar un nuevo conflicto con los elementos más “progresistas” del

campo, que, sobre todo después de un doloroso intervalo, anhelan ávidamente “buena vida”. Además, y esto es lo principal, el estado cada vez es menos capaz de ejercer un control socialista. En la agricultura, como en la industria, busca el apoyo y la amistad de los fuertes, de los favorecidos por el éxito, de los “*estajanovistas* del campo”, de los “koljoses millonarios”. Después de comenzar preocupándose por las fuerzas productivas, termina invariablemente pensando en sí mismo.

Justamente en la agricultura, en donde el consumo se relaciona tan de cerca con la producción, la colectivización ha abierto inmensas posibilidades al parasitismo burocrático que comienza a arrastrar a los dirigentes de los koljoses. Los “regalos” que los trabajadores de los koljoses llevan a los jefes en las sesiones solemnes del Kremlin, no hacen más que representar bajo una forma simbólica el tributo nada simbólico que pagan a los poderes locales.

De este modo, en la agricultura, más aún que en la industria, el bajo nivel de la producción entra constantemente en conflicto con las formas socialistas y aun cooperativistas (koljosianas) de la propiedad. A su vez la burocracia nacida, en último análisis, de esta contradicción, la agrava.

Fisonomía social de los medios dirigentes

Con frecuencia vemos que las obras soviéticas condenan al “burocratismo” como una mala manera de pensar o de trabajar (estas condenas son formuladas siempre por los superiores contra los inferiores, y constituyen para los primeros un procedimiento defensivo). Pero lo que no se encontrará en ninguna parte es un estudio consagrado a la burocracia como medio dirigente, a su magnitud numérica, a su estructura, a su carne y a su sangre, a sus privilegios y a sus apetitos, a la parte de la renta nacional que absorbe. Sin embargo, la burocracia tiene estos aspectos, y el hecho de que disimule tan atentamente su fisonomía social demuestra que posee una conciencia específica de “clase” dirigente, que aún se siente insegura en lo que se refiere a sus derechos al poder.

Es completamente imposible dar cifras precisas sobre la burocracia soviética, por dos razones: desde luego, porque en un país donde el estado es casi el único amo, es difícil decir dónde termina el aparato administrativo; y en segundo lugar, porque los estadistas, los economistas y los publicistas soviéticos guardan sobre este problema, como ya hemos dicho, un silencio particularmente concentrado, siendo imitados en esto por los “Amigos” de la URSS. Notemos, de pasada, que en las 1.200 páginas de su pesada compilación, los Webb no han considerado un solo instante a la burocracia soviética como una categoría social⁸. ¿Qué tiene esto de asombroso? ¿No escribían, en realidad, bajo su dictado?

Las oficinas centrales del estado contaban, el 1 de noviembre de 1933, según datos oficiales, con cerca de 550.000 individuos pertenecientes al personal dirigente. Pero esta cifra, fuertemente acrecentada durante los últimos años, no comprende los servicios del ejército, de la flota, de la GPU, de la dirección de las cooperativas ni de las llamadas sociedades, Aviación-Química (*Osoaviajim*) y otras. Cada república posee, además, su aparato gubernamental propio. Paralelamente a los estados mayores del estado, de los sindicatos, de las cooperativas y otros, y confundiendo parcialmente con él, existe por fin el poderoso estado mayor del partido. No exageramos, ciertamente, al estimar en 400.000 almas a los medios dirigentes de la URSS y de las repúblicas que pertenecen a la Unión. Es posible que en la actualidad lleguen al medio millón. No son simples funcionarios, sino altos funcionarios, “jefes” que forman una casta dirigente en

⁸ Ver más abajo en “Apéndice” en “Socialismo en un solo país”.

el sentido propio de la palabra, dividida jerárquicamente por importantísimos cortes horizontales.

Esta capa social superior está sostenida por una pesada pirámide administrativa de base amplia y multifacética. Los comités ejecutivos de los sóviets regionales, de las ciudades, de los barrios, duplicados por los órganos paralelos del partido, de los sindicatos, de las Juventudes Comunistas, de los transportes, del ejército, de la flota, de la seguridad general, deben arrojar una cifra de 2.000.000 de hombres. No olvidemos tampoco a los presidentes de los sóviets de 600.000 pueblos y aldeas.

En 1933 (no hay datos más recientes) la dirección de las empresas industriales estaba en manos de 17.000 directores y directores adjuntos. El personal administrativo y técnico de las fábricas y de las minas, comprendiendo los cuadros inferiores y hasta los contra maestres, se componía de 250.000 almas (de ellas, 54.000 especialistas no desempeñaban funciones administrativas en el sentido propio de la palabra). Hay que agregar a esta cifra el personal del partido, de los sindicatos y de las empresas, administradas, como se sabe, por el triángulo (dirección, partido, sindicato). No será exagerado estimar en medio millón de hombres el personal administrativo de las empresas de primera importancia. Habría que añadir al personal de empresas dependiente de las repúblicas nacionales y de los sóviets locales.

Desde otro punto de vista, la estadística oficial indica para 1933 más de 860.000 administradores y especialistas en toda la economía soviética. De este número, más de 480.000 están en la industria, más de 100.000 en los transportes, 93.000 en la agricultura, 25.000 en el comercio. Estas cifras comprenden a los especialistas que no ejercen funciones administrativas, pero no al personal de las cooperativas y de los koljoses; además, han sido sensiblemente superadas durante los últimos años.

Para 250.000 koljoses, si sólo se cuenta a los presidentes y los organizadores del partido, hay medio millón de administradores. En realidad, en la actualidad el número es inmensamente más elevado. Si se añade los sovjoses y las estaciones de maquinaria y tractores, la cifra general de dirigentes de la agricultura socializada excede en mucho el millón.

El estado disponía en 1935 de 113.000 establecimientos comerciales; la organización cooperativa tenía 200.000. Los gerentes de unos y otros no son, en realidad, agentes, sino funcionarios, y funcionarios de un monopolio del estado. La misma prensa soviética se queja de vez en cuando de que “los cooperativistas han dejado de considerar a los campesinos de los koljoses como a sus electores”. ¡Como si el mecanismo de las cooperativas pudiera distinguirse cualitativamente de los sindicatos, de los sóviets y del partido!

La categoría social que, sin proporcionar un trabajo productivo directo, manda, administra, dirige, distribuye los castigos y las recompensas (no comprendemos a los profesores) debe ser estimada en 5 o 6 millones de almas. Esta cifra global, lo mismo que sus componentes, no pretende, de ningún modo, la precisión: es válida como primera aproximación y nos prueba que la “línea general” no tiene nada de un espíritu descarnado.

En los diversos grados de la jerarquía, examinada de abajo a arriba, los comunistas varían en la proporción de un 20% a un 90%. En la masa burocrática, los comunistas y los jóvenes comunistas forman un bloque de 1.500.000 a 2.000.000 de hombres; más bien menos que más en este momento a consecuencia de incesantes depuraciones. Este es el esqueleto del poder. Los mismos hombres constituyen la osamenta del partido y de las Juventudes Comunistas. El expartido bolchevique ha dejado de ser la vanguardia del proletariado, para transformarse en la organización política de la burocracia. El conjunto de los miembros del partido y de las juventudes no

sirve más que para proporcionar activistas; es, en otras palabras, la reserva de la burocracia. Los activistas sin partido desempeñan el mismo papel.

Se puede admitir como una hipótesis que la aristocracia obrera y koljosiana es casi igual en número a la burocracia: o sea, de cinco a seis millones de almas (*estajanovistas*, activistas sin partido, hombres de confianza, parientes y compadres). Junto con sus familias, estas dos capas sociales que se penetran pueden abarcar de veinte a veinticinco millones de hombres. Damos una estimación modesta de las familias, tomando en cuenta que la mujer y el marido, a veces también el hijo o la hija, forman parte, frecuentemente, del aparato burocrático. Por lo demás, la mujer de los medios dirigentes limita mucho más fácilmente su descendencia que la obrera y, sobre todo, que la campesina. La campaña actual en contra de los abortos, hecha por la burocracia, no le afecta a ella misma. El 12%, probablemente el 15%, es la base social auténtica de los medios dirigentes absolutistas.

Cuando una alcoba individual, una alimentación suficiente, un vestido adecuado aún no son accesibles más que a una pequeña minoría, millones de burócratas, grandes o pequeños, tratan de aprovecharse del poder para asegurar su propio bienestar. De ahí el inmenso egoísmo de esta capa social, su fuerte cohesión, su miedo al descontento de las masas, su obstinación sin límites en la represión de toda crítica y, por fin, su adoración hipócritamente religiosa al “jefe” que encarna y defiende los privilegios y el poder de los nuevos amos.

La misma burocracia es aún menos homogénea que el proletariado o que el campesinado. Hay un abismo entre el presidente del sóviet de aldea y el alto personaje del Kremlin. Los funcionarios subalternos de diversas categorías tienen en realidad un nivel de vida muy primitivo, inferior al del obrero cualificado de occidente. Pero todo es relativo: el nivel de la población circundante es mucho más bajo. La suerte del presidente del koljós, del organizador comunista, del cooperativista, así como la del funcionario un poco más elevado, no depende en nada de los “electores”. Todo funcionario puede ser sacrificado en cualquier momento por su superior jerárquico con el objeto de calmar el descontento. En revancha, cualquier funcionario puede elevarse un grado, cuando llegue la ocasión. Todos están ligados (hasta el primer choque importante, en todo caso) por una responsabilidad colectiva con el Kremlin.

Por sus condiciones de existencia, los medios dirigentes comprenden todas las gradaciones, desde la pequeña burguesía más provinciana hasta la gran burguesía de las ciudades. A las condiciones materiales corresponden los hábitos, los intereses y la manera de pensar. Los dirigentes de los sindicatos soviéticos de hoy no difieren mucho del tipo psicológico de los Citrine, Jouhaux, Green. Tienen tradiciones diferentes, otra fraseología, pero la misma actitud de tutores desdeñosos hacia las masas, la misma habilidad desprovista de escrúpulos en las pequeñas maniobras, el mismo conservadurismo, la misma estrechez de horizontes, la misma preocupación egoísta por su propia paz y, en fin, la misma veneración de las formas triviales de la cultura burguesa. Los coroneles y los generales soviéticos difieren poco de los de las cinco partes del mundo; en todo caso, tratan de parecerseles lo más posible. Los diplomáticos soviéticos han adoptado de nuevo, más que el frac, las maneras de pensar de sus colegas de occidente. Los periodistas soviéticos, aunque a su manera, engañan a los lectores como los periodistas de otros países.

Si es difícil proporcionar estimaciones numéricas sobre la burocracia, apreciar sus ingresos lo es aún más. Desde 1927, la Oposición protestaba contra el hecho de que “el aparato administrativo inflado y privilegiado devora una parte importantísima de la plusvalía”. La plataforma de la Oposición indicaba que el simple aparato comercial “devora una enorme parte de la renta nacional: más de la décima parte de la producción

global”. El poder tomó inmediatamente sus precauciones para imposibilitar tales cálculos. Esto hizo precisamente que los gastos generales aumentaran en lugar de disminuir.

Las cosas no marchan mejor en otros dominios. Se necesitó, como escribía Rakovsky en 1930, un disgusto momentáneo entre los burócratas del partido y los sindicatos para que la población supiera que 80 millones de rublos, de un presupuesto sindical total de 400, son devorados por las oficinas. Subrayemos que sólo se trataba del presupuesto legal. Además, la burocracia sindical recibe de la burocracia industrial, en señal de amistad, dádivas en dinero, alojamientos, medios de transporte, etc.

¿Cuánto cuesta el mantenimiento de las oficinas del partido, de las cooperativas, de los koljoses, de los sovjoses, de la industria, de la administración en todas sus ramas?, preguntaba Rakovsky, y respondía: “Ni siquiera tenemos datos hipotéticos sobre este asunto”.

La ausencia de todo control tiene como consecuencias inevitables los abusos y, en primer lugar, los gastos exagerados. El 29 de septiembre de 1935, el gobierno, obligado a plantear una vez más el problema del trabajo defectuoso de las cooperativas, constataba, bajo la firma de Stalin y Mólotov: “los robos y las dilapidaciones al por mayor, y el trabajo deficitario de muchas cooperativas rurales”. En la sesión del Comité Ejecutivo de la URSS, en enero de 1936, el Comisario del Pueblo para las Finanzas se quejaba de que los ejecutivos locales hiciesen un empleo completamente arbitrario de los recursos del estado. El comisario del pueblo guardaba silencio sobre los organismos centrales, porque él formaba parte de ellos.

No tenemos ninguna posibilidad de calcular la parte de la renta nacional que se apropia la burocracia. Esto no solamente se debe a que ésta disimula sus ingresos legalizados, y a que, rozando sin cesar el abuso para caer en él francamente, tiene grandes ingresos ilícitos, sino, sobre todo, porque el progreso social en su conjunto, urbanismo, bienestar, cultura, artes, se realiza principalmente, si no exclusivamente, en beneficio de los medios dirigentes.

De la burocracia como consumidora se puede decir con algunos correctivos lo que se ha dicho de la burguesía: no tenemos razones para exagerar su consumo de artículos de primera necesidad. El aspecto del problema cambia radicalmente si consideramos que monopoliza todas las conquistas antiguas y nuevas de la civilización. Desde el punto de vista formal, estas conquistas son accesibles a toda la población, a las de las ciudades cuando menos; pero en realidad la población no las disfruta más que excepcionalmente. La burocracia, en cambio, dispone como quiere y cuando quiere de sus bienes personales. Si añadimos a los emolumentos todas las ventajas materiales, todos los beneficios complementarios semilícitos y, para terminar, las ventajas de la burocracia en los espectáculos, las vacaciones, los hospitales, los sanatorios, las casas de descanso, los museos, los clubes, las instalaciones deportivas, estaremos obligados a deducir que ese 15 o 20% de la población disfruta de tantos bienes como el 80 o el 85% restante.

¿Los “Amigos de la URSS” tratarán de refutar estas cifras? Que proporcionen otras más precisas. Que obtengan de la burocracia la publicación de los ingresos y de los gastos de la sociedad soviética. Mantendremos desde aquí nuestra opinión. El reparto de los bienes de la tierra es mucho más democrático en la URSS que en el antiguo régimen zarista y aun que en los países más democráticos del occidente; pero todavía no tiene nada de común con el socialismo.

VII La familia, la juventud, la cultura

Termidor en el hogar

La revolución de octubre cumplió honradamente su palabra en lo que respecta a la mujer. El nuevo régimen no se contentó con darle los mismos derechos jurídicos y políticos que al hombre, sino que hizo (lo que es mucho más) todo lo que podía, y en todo caso, infinitamente más que cualquier otro régimen para ofrecerle realmente acceso a todos los dominios culturales y económicos. Pero ni el “todopoderoso” parlamento británico, ni la más poderosa revolución pueden hacer de la mujer un ser idéntico al hombre, o hablando más claramente, repartir por igual entre ella y su compañero las cargas del embarazo, del parto, de la lactancia y de la educación de los hijos. La revolución trató heroicamente de destruir el antiguo “hogar familiar” corrompido, institución arcaica, rutinaria, asfixiante, que condena a la mujer de la clase trabajadora a los trabajos forzados desde la infancia hasta su muerte. La familia, considerada como una pequeña empresa cerrada, debía ser sustituida, según la intención de los revolucionarios, por un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cuna, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensarios, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc. La absorción completa de las funciones económicas de la familia por la sociedad socialista, al unir a toda una generación por la solidaridad y la asistencia mutua, debía proporcionar a la mujer, y en consecuencia, a la pareja, una verdadera emancipación del yugo secular. Mientras que esta obra no se haya cumplido, cuarenta millones de familias soviéticas continuarán siendo, en su gran mayoría, víctimas de las costumbres medievales de la servidumbre y de la histeria de la mujer, de las humillaciones cotidianas del niño, de las supersticiones de una y otro. A este respecto, no podemos permitirnos ninguna ilusión. Justamente por eso, las modificaciones sucesivas del estatuto de la familia en la URSS caracterizan perfectamente la verdadera naturaleza de la sociedad soviética y la evolución de sus capas dirigentes.

No fue posible tomar por asalto la antigua familia, y no por falta de buena voluntad; tampoco porque la familia estuviera firmemente asentada en los corazones. Por el contrario, después de un corto periodo de desconfianza hacia el estado y sus casas cuna, sus jardines de infancia y sus diversos establecimientos, las obreras, y tras ellas, las campesinas más avanzadas, apreciaron las inmensas ventajas de la educación colectiva y de la socialización de la economía familiar. Por desgracia, la sociedad fue demasiado pobre y demasiado poco civilizada. Los recursos reales del estado no correspondían a los planes y a las intenciones del partido comunista. La familia no puede ser abolida: hay que reemplazarla. La emancipación verdadera de la mujer es imposible en el terreno de la “miseria socializada”. La experiencia reveló bien pronto esta dura verdad, formulada hacía cerca de 80 años por Marx.

Durante los años de hambre, los obreros se alimentaron tanto como pudieron (con sus familias en ciertos casos) en los refectorios de las fábricas o en establecimientos análogos, y este hecho fue interpretado oficialmente como el advenimiento de las costumbres socialistas. No hay necesidad de detenernos aquí en las particularidades de los diversos periodos (comunismo de guerra, Nep, el primer plan

quinquenal) a este respecto. El hecho es que desde la supresión del racionamiento del pan, en 1935, los obreros mejor pagados comenzaron a volver a la mesa familiar. Sería erróneo ver en esta retirada una condena del sistema socialista que no se había puesto a prueba. Sin embargo, los obreros y sus mujeres juzgaban implacablemente “la alimentación social” organizada por la burocracia. La misma conclusión se impone en lo que respecta a las lavanderías socializadas en las que se roba y se estropea la ropa más de lo que se lava. ¡Regreso al hogar! Pero la cocina y el lavado a domicilio, actualmente alabados con cierta confusión por los oradores y los periodistas soviéticos, significan el retorno de las mujeres a las cacerolas y a los lavaderos, es decir, a la vieja esclavitud. Es muy dudoso que la resolución de la Internacional Comunista sobre “la victoria completa y sin retroceso del socialismo en la URSS” sea, después de esto, muy convincente para las amas de casa de los arrabales.

La familia rural, ligada no solamente a la economía doméstica, sino además a la agricultura, es infinitamente más conservadora que la familia urbana. Por regla general, sólo las comunas agrícolas poco numerosas establecieron, en un principio, la alimentación colectiva y las casas cuna. Se afirmaba que la colectivización debía producir una transformación radical en la familia: ¿no se estaba en vías de expropiar, junto con sus vacas, los pollos del campesino? En todo caso, no faltaron comunicados sobre la marcha triunfal de la alimentación social en los campos. Pero cuando comenzó el retroceso, la realidad disipó enseguida las brumas del bluf. Generalmente el koljós no proporciona al campesino más que el trigo que necesita y el forraje de sus bestias. La carne, los productos lácteos y las legumbres provienen casi enteramente de la propiedad individual de los miembros de los koljoses. Desde el momento en que los alimentos más importantes son fruto del trabajo familiar, no puede hablarse de alimentación colectiva. Así es que las parcelas pequeñas, al dar una nueva base al hogar, abruman a la mujer bajo un doble fardo.

El número de plazas existentes en las casas cuna en 1932 era de 600.000, y había cerca de cuatro millones de plazas temporales para la época del trabajo en el campo. En 1935 había cerca de 5.600.000 lechos en las casas cuna, pero las plazas permanentes eran, como antes, mucho menos numerosas. Por lo demás, las casas cuna existentes, aun las de Moscú, Leningrado y los grandes centros, están muy lejos de satisfacer las exigencias más modestas. “Las casas cuna en las que los niños se sienten peor que en su hogar, no son más que malos asilos”, dice un gran periódico soviético. Después de esto, es natural que los obreros bien pagados se abstengan de enviar allí a sus hijos. Para la masa de trabajadores, estos “malos asilos” son aún poco numerosos. Recientemente, el ejecutivo ha decidido que los niños abandonados y los huérfanos serían confiados a particulares; el estado burocrático reconoce así, por boca de su órgano más autorizado, su incapacidad para desempeñar una de las funciones sociales más importantes. El número de niños recibidos en los jardines ha pasado en cinco años, de 1930 a 1935, de 370.000 a 1.181.000. La cifra de 1930 asombra por su insignificancia. Pero la de 1935 es ínfima en relación a las necesidades de las familias soviéticas. Un estudio más profundo haría ver que la mayor, y en todo caso, la mejor parte de los jardines de infancia está reservada a las familias de los funcionarios, técnicos, estajanovistas, etc.

No hace mucho tiempo el ejecutivo ha tenido que admitir, igualmente, que “la decisión de poner un término a la situación de los niños abandonados e insuficientemente vigilados se ha aplicado débilmente”. ¿Qué oculta ese suave lenguaje? Sólo sabemos ocasionalmente por las observaciones publicadas en los periódicos con minúsculos caracteres, que más de un millar de niños viven en Moscú, aun en su mismo hogar, “en condiciones extremadamente penosas”; que en los orfanatos de la capital existen 1.500 adolescentes que no saben qué hacer y que están

destinados al arroyo; que en dos meses del otoño (1935) en Moscú y Leningrado, “7.500 padres han sido objeto de persecuciones por haber dejado a sus hijos sin vigilancia”. ¿Qué utilidad tienen estas persecuciones? ¿Cuántos millares de padres las han evitado? ¿Cuántos niños, colocados en el hogar en las condiciones más penosas” no han sido registrados por la estadística? ¿En qué difieren las condiciones “más” penosas de las simplemente penosas? Estas preguntas quedan sin respuesta. La infancia abandonada, visible o disimulada, constituye una plaga que alcanza enormes proporciones a consecuencia de la gran crisis social, durante la cual la desintegración de la familia es mucho más rápida que la formación de las nuevas instituciones que la pueden reemplazar.

Las mismas observaciones ocasionales de los periódicos, junto con la crónica judicial, informan al lector que la prostitución, última degradación de la mujer en provecho del hombre capaz de pagar, existe en la URSS. El otoño último, *Izvestia* publicó repentinamente que “cerca de mil mujeres que se entregaban en las calles de Moscú al comercio secreto de su carne, acaban de ser detenidas”. Entre ellas: ciento setenta y siete obreras, noventa y dos empleadas, cinco estudiantes, etc. ¿Qué las arrojó a la calle? La insuficiencia de salario, la pobreza, la necesidad de “procurarse un suplemento para comprar zapatos, un traje”. En vano hemos tratado de conocer, aunque fuese aproximadamente, las proporciones de este mal social. La púdica burocracia soviética impone el silencio a la estadística. Pero ese silencio obligado basta para comprobar que la “clase” de prostitutas soviéticas es numerosa. No puede tratarse aquí de una supervivencia del pasado, puesto que las prostitutas se reclutan entre las mujeres jóvenes. Nadie pensará en reprocharle personalmente al régimen soviético esta plaga tan vieja como la civilización. Pero es imperdonable hablar del triunfo del socialismo mientras subsista la prostitución. Los periódicos afirman, en la medida en que les está permitido tocar este delicado punto, que la prostitución decrece; es posible que esto sea cierto en comparación con los años de hambre y, de desorganización (1931-33). Pero el regreso a las relaciones basadas en el dinero provoca inevitablemente un nuevo aumento de la prostitución y de la infancia abandonada. Donde hay privilegios también hay parias.

El gran número de niños abandonados es, indiscutiblemente, la prueba más trágica y más infalible de la penosa situación de la madre. Aun la optimista *Pravda* se ve obligada a publicar amargas confesiones a este respecto: “El nacimiento de un hijo es para muchas mujeres una seria amenaza”. Justamente por eso, el poder revolucionario ha dado a la mujer el derecho al aborto, uno de sus derechos cívicos, políticos y culturales esenciales mientras duren la miseria y la opresión familiar, digan lo que digan los eunucos y las solteronas de uno y otro sexo. Pero este triste derecho es transformado por la desigualdad social en un privilegio. Los fragmentarios informes que proporciona la prensa soviética sobre la práctica de los abortos son asombrosos: “Ciento noventa y cinco mujeres mutiladas por las comadronas; treinta y tres obreras, veintiocho empleadas, sesenta y cinco campesinas de koljoses, cincuenta y ocho amas de casa, se hallan en un hospital de una aldea del Ural”. Esta región sólo difiere de las otras en que los datos que le conciernen han sido publicados. ¿Cuántas mujeres al año son mutiladas en toda la URSS por los abortos mal hechos?

Después de haber demostrado su incapacidad para proporcionar los socorros médicos necesarios y las instalaciones higiénicas para las mujeres obligadas a recurrir al aborto, el estado cambia bruscamente y se lanza a la vía de las prohibiciones. Y, como en otros casos, la burocracia hace de la necesidad virtud. Uno de los miembros de la Corte Suprema Soviética, Soltz, especializado en problemas del matrimonio, justifica la próxima prohibición del aborto diciendo que, como la sociedad socialista carece de

desocupación, etc., etc., la mujer no puede tener el derecho de rechazar “las alegrías de la maternidad”. Filosofía de cura que dispone, además, del puño del gendarme. Acabamos de leer en el órgano central del partido que el nacimiento de un hijo es, para muchas mujeres (y sería justo decir que para la mayor parte), “una amenaza”. Acabamos de oír que una alta autoridad atestigua que “la liquidación de la infancia abandonada y descuidada se realiza débilmente”, lo que significa, ciertamente, un aumento de la infancia abandonada; y ahora, un alto magistrado nos anuncia que en el país donde “es dulce vivir” los abortos deben ser castigados con la prisión, exactamente como en los países capitalistas en los que es triste vivir. Se adivina de antemano que en la URSS, como en occidente, serán sobre todo las obreras, las campesinas, las criadas que no pueden ocultar su pecado, las que caerán en manos de los carceleros. En cuanto a “nuestras mujeres”, que piden perfumes de buena calidad y otros artículos de este género, continuarán haciendo lo que les plazca, bajo la mirada de una justicia benévola. “Tenemos necesidad de hombres”, añade Soltz cerrando los ojos ante los niños abandonados. Si la burocracia no hubiera puesto en sus labios el sello del silencio, millones de trabajadoras podrían responderle: “haced vosotros mismos a vuestros hijos”. Evidentemente estos señores han olvidado que el socialismo debería eliminar las causas que empujan a la mujer al aborto, en vez de hacer intervenir indignamente al policía en la vida íntima de la mujer para imponerle “las alegrías de la maternidad”.

El proyecto de ley sobre el aborto fue sometido a una discusión pública. El filtro de la prensa soviética tuvo que dejar pasar, a pesar de todo, numerosas quejas y protestas ahogadas. La discusión cesó tan bruscamente como había comenzado. El 27 de junio de 1936, el gobierno hizo de un proyecto infame, una ley tres veces infame. Hasta algunos de los apologistas oficiales de la burocracia se incomodaron. Louis Fisher escribió que la nueva ley era, en suma, una deplorable equivocación. En realidad, esta ley, dirigida contra la mujer pero que establece para las damas un régimen de excepción, es uno de los frutos legítimos de la reacción termidoriana⁹.

La rehabilitación solemne de la familia que se llevó a cabo (coincidencia providencial) al mismo tiempo que la del rublo, ha sido una consecuencia de la insuficiencia material y cultural del estado. En lugar de decir: aún somos demasiado indigentes y demasiado incultos para establecer relaciones socialistas entre los hombres, nuestros hijos lo harán, los jefes del régimen recogen los trastos rotos de la familia e imponen, bajo la amenaza de los peores rigores, el dogma de la familia, fundamento sagrado del “socialismo triunfante”. Se mide con pena la profundidad de este retroceso.

La nueva legislación arrastra todo y a todos, al literato como al legislador, al juez y a la milicia, al periódico y a la enseñanza. Cuando un joven comunista, honrado y cándido, se permite escribir a su periódico: “harías mejor en abordar la solución de este problema. ¿Cómo puede la mujer evadirse de las tenazas de la familia?”, recibe un par de desaires y calla. El alfabeto del comunismo es considerado como una exageración de la izquierda. Los prejuicios duros y estúpidos de las clases medias incultas, renacen entre nosotros con el nombre de moral nueva. ¿Y qué sucede en la vida cotidiana de los rincones perdidos del inmenso país? La prensa sólo refleja en proporción ínfima la profundidad de la reacción termidoriana en el dominio de la familia.

Como la noble pasión de los predicadores crece en intensidad al mismo tiempo que aumentan los vicios, el noveno mandamiento ha alcanzado gran popularidad entre las capas dirigentes. Los moralistas soviéticos no tienen más que renovar ligeramente la fraseología. Se inicia una campaña en contra de los divorcios, demasiado fáciles y demasiado frecuentes. El pensamiento creador del legislador anuncia ya una medida

⁹ Ley derogada posteriormente. Ed. Fr.

“socialista”, que consiste en cobrar el registro del divorcio y en aumentar la tarifa en caso de repetición. De manera que no nos equivocamos al afirmar que la familia renace, al mismo tiempo que se consolida nuevamente el papel educador del rublo. Es de esperar que la tarifa no sea un obstáculo para las clases dirigentes. Las personas que disponen de buenos apartamentos, de coches y de otros elementos de bienestar, arreglan siempre sus asuntos privados sin publicidad superflua. La prostitución sólo tiene un sello infamante y penoso en los bajos fondos de la sociedad soviética; en la cúspide de esta sociedad, en donde el poder se une a la comodidad, reviste la forma elegante de menudos servicios recíprocos y aun el aspecto de la “familia socialista”. Sosnovsky ya nos ha dado a conocer la importancia del factor “autoharén” en la degeneración de los dirigentes.

Los “amigos” líricos y académicos de la URSS tienen ojos para no ver. La legislación del matrimonio instituida por la revolución de octubre, que en su tiempo fue objeto de legítimo orgullo para ella, se ha transformado y desfigurado por amplios empréstitos tomados del tesoro legislativo de los países burgueses. Y, como si se tratara de unir la burla a la traición, los mismos argumentos que antes sirvieron para defender la libertad incondicional del divorcio y del aborto (“la emancipación de la mujer”, “la defensa de los derechos de la personalidad”, “la protección de la maternidad”), se repiten actualmente para limitar o prohibir uno y otro.

El retroceso reviste formas de una hipocresía desalentadora, y ya mucho más lejos de lo que exige la dura necesidad económica. A las razones objetivas de regreso a las normas burguesas, tales como el pago de pensiones alimenticias al hijo, se agrega el interés social de los medios dirigentes en enraizar el derecho burgués. El motivo más imperioso del culto actual a la familia es, sin duda alguna, la necesidad que tiene la burocracia de una jerarquía estable en las relaciones sociales, y de una juventud disciplinada por cuarenta millones de hogares que sirven de apoyo a la autoridad y el poder.

Cuando se esperaba confiar al estado la educación de las jóvenes generaciones, el poder, lejos de preocuparse por sostener la autoridad de los mayores, del padre y de la madre especialmente, trató, por el contrario, de separar a los hijos de la familia para inmunizarlos contra las viejas costumbres. Todavía recientemente, durante el primer periodo quinquenal, la escuela y las Juventudes Comunistas solicitaban ampliamente la ayuda de los niños para desenmascarar al padre ebrio o a la madre creyente, para avergonzarlos, para tratar de “reeducarlos”. Otra cosa es el éxito alcanzado... De todas maneras, este método minaba las bases mismas de la autoridad familiar. En este dominio, se realizó una transformación radical que no estuvo desprovista de importancia. El quinto mandamiento se ha vuelto a poner en vigor al mismo tiempo que el noveno, sin invocación de la autoridad divina por el momento, es cierto; pero la escuela francesa tampoco emplea este atributo, lo cual no le impide inculcar la rutina y el conservadurismo.

El respeto a la autoridad de los mayores ya ha provocado, por lo demás, un cambio de política hacia la religión. La negación de Dios, de sus milagros y de sus ayudantes, era el elemento de división más grave que el poder revolucionario hacía intervenir entre padres e hijos. Sobrepasando el progreso de la cultura, de la propaganda seria y de la educación científica, la lucha contra la iglesia, dirigida por hombres de tipo Yaroslavsky, degeneraba frecuentemente en bufonadas y vejaciones. El asalto a los cielos ha cesado como el asalto a la familia. Cuidadosa de su buena reputación, la burocracia ha pedido a los jóvenes ateos que depongan las armas y se dediquen a leer. Esto no es más que un comienzo. Un régimen de neutralidad irónico se establece poco a poco respecto a la religión. Primera etapa. No sería difícil predecir la segunda y la

tercera, si el curso de los acontecimientos no dependiera más que de las autoridades establecidas.

La hipocresía de las opiniones dominantes eleva, siempre y en todas partes, al cubo o al cuadrado, los antagonismos sociales; ésta es, poco más o menos, la ley del desarrollo de las ideas traducida a lenguaje matemático. El socialismo, si merece este nombre, significa relaciones desinteresadas entre los hombres, una amistad sin envidias ni intrigas, el amor sin cálculos envilecedores. La doctrina oficial declara que estas normas ideales ya se han realizado, con tanta más autoridad cuanto más enérgicas son las protestas de la realidad en contra de semejantes afirmaciones. El nuevo programa de las juventudes comunistas soviéticas, adoptado en abril de 1936, dice: “Una nueva familia, de cuyo florecimiento se encarga el estado soviético, se ha creado sobre el terreno de la igualdad real del hombre y de la mujer”. Un comentario oficial añade: “Nuestra juventud sólo busca al compañero o a la compañera por el amor. El matrimonio burgués de intereses no existe en nuestra nueva generación” (*Pravda*, 4 de abril de 1936). Esto es bastante cierto cuando se trata de obreros y obreras jóvenes. Pero el matrimonio por interés está muy poco extendido entre los obreros de los países capitalistas. Sucede todo lo contrario en las capas medias y superiores de la sociedad soviética. Los nuevos grupos sociales se subordinan automáticamente al dominio de las relaciones personales. Los vicios engendrados por el poder y por el dinero alrededor de las relaciones sexuales, florecen en la burocracia soviética como si ésta tuviera el propósito de alcanzar a la burguesía de occidente.

En contradicción absoluta con la afirmación de *Pravda* que acabamos de citar, “el matrimonio soviético por interés” ha resucitado, la prensa soviética conviene en ello, sea por exceso de franqueza, sea por necesidad. La profesión, el salario, el empleo, el número de galones en la manga, adquieren un significado creciente, pues los problemas de calzado, pieles, alojamiento, baños y (sueño supremo) coche, se unen a él. La simple lucha por una vivienda une y desune en Moscú a no pocas parejas por año. El problema de los padres ha alcanzado una importancia excepcional. Es conveniente tener como suegro a un oficial o a un comunista influyente; y como suegra, a la hermana de un gran personaje. ¿Quién se asombrará? ¿Puede ser de otro modo?

La desunión y la destrucción de las familias soviéticas en las que el marido, miembro del partido, miembro activo del sindicato, oficial o administrador, se ha desarrollado y ha adquirido nuevos gustos, mientras que la mujer, oprimida por la familia, ha permanecido en su antiguo nivel, forma uno de los capítulos más dramáticos del libro de la sociedad soviética. El camino de dos generaciones de la burocracia soviética está señalado por las tragedias de las mujeres atrasadas y abandonadas. El mismo hecho se observa actualmente en la joven generación. Se encontrará, sin duda, más grosería y crueldad en las esferas superiores de la burocracia, en las que los advenedizos poco cultivados, que creen que se les debe todo, forman un porcentaje elevado. Los archivos y las memorias revelarán un día verdaderos crímenes, cometidos contra las antiguas esposas y las mujeres en general por los predicadores de la moral familiar y de las “alegrías” obligatorias de la “maternidad”, inviolables ante la justicia.

No, la mujer soviética aún no es libre. La igualdad completa representa también muchas más ventajas para las mujeres de las capas superiores, que viven del trabajo burocrático, técnico, pedagógico, intelectual en general, que para las obreras y, especialmente, que para las campesinas. Mientras que la sociedad no esté capacitada para asumir las cargas materiales de la familia, la madre no puede desempeñar con éxito una función social, si no dispone de una esclava blanca, nodriza, cocinera, etc. De los cuarenta millones de familias que forman la población de la URSS, el 5%, puede que el 10%, basan directa o indirectamente su bienestar sobre el trabajo de esclavas

domésticas. El número exacto de criadas en la URSS sería tan útil para apreciar, desde un punto de vista socialista, la situación de la mujer, como toda la legislación soviética, por progresista que ésta sea. Pero justamente por eso, la estadística oculta a las criadas en la rúbrica de obreras o “varios”.

La condición de la madre de familia, comunista respetada que tiene una sirvienta, un teléfono para hacer sus pedidos a los almacenes, un coche para desplazarse, etc., es poco similar a la de la obrera que recorre las tiendas, hace las comidas, lleva a sus hijos del jardín de infancia a la casa (cuando hay para ella un jardín de infancia). Ninguna etiqueta socialista puede ocultar este contraste social, no menos grande que el que distingue en todo país de occidente a la dama burguesa de la mujer proletaria.

La verdadera familia socialista, liberada por la sociedad de las pesadas y humillantes cargas cotidianas, no tendrá necesidad de ninguna reglamentación, y la simple idea de las leyes sobre el divorcio y el aborto no le parecerá mejor que el recuerdo de las zonas de tolerancia o de los sacrificios humanos. La legislación de octubre había dado un paso atrevido hacia ella. El estado atrasado del país, desde los puntos de vista económico y cultural, ha provocado una cruel reacción. La legislación termidoriana retrocede hacia los modelos burgueses, no sin cubrir su retirada con frases engañosas sobre la santidad de la “nueva” familia. La inconsistencia socialista se disimula aquí también bajo una respetabilidad hipócrita.

A los observadores sinceros les llama la atención, sobre todo en lo que se refiere a los niños, la contradicción entre los principios elevados y la triste realidad. Un hecho como el de recurrir a extremados rigores penales contra los niños abandonados, puede sugerir que el pensamiento de la legislación socialista a favor de la mujer y del niño no es más que una hipocresía. Los observadores del género opuesto se sienten seducidos por la amplitud y la generosidad del proyecto, que ha tomado forma de leyes y de órganos administrativos; ante las madres, las prostitutas y los niños abandonados a la miseria, estos optimistas se dicen que el aumento de las riquezas materiales dará, poco a poco, sangre y carne a las leyes socialistas. No es fácil decir cuál de estas dos maneras de pensar es más falsa y perjudicial. Hay que estar atacado de ceguera histórica para no ver la envergadura y la audacia del proyecto social, la importancia de las primeras fases de su realización, y las vastas posibilidades abiertas. Pero tampoco es posible dejar de indignarse por el optimismo pasivo y, en realidad, indiferente, de los que cierran los ojos ante el aumento de las contradicciones sociales, y se consuelan por medio de las perspectivas de un porvenir cuyas llaves se proponen respetuosamente dejar a la burocracia. ¡Como si la igualdad del hombre y de la mujer no se hubiera transformado, a los ojos de la burocracia, en la igualdad de la carencia de todo derecho! ¡Como si estuviera escrito que la burocracia no puede establecer un nuevo yugo, en vez de aportar libertad!

La historia nos enseña muchas cosas sobre la esclavización de la mujer por el hombre, sobre la de ambos por el explotador, y sobre los esfuerzos de los trabajadores que, tratando de sacudirse el yugo al precio de su sangre, en realidad no logran más que cambiar de cadenas. La historia, en definitiva, no dice otra cosa. Pero nos faltan ejemplos positivos sobre la manera de liberar efectivamente al niño, a la mujer y al hombre. Toda la experiencia del pasado es negativa, e inspira desconfianza a los trabajadores hacia los tutores privilegiados e incontrolados.

La lucha contra la juventud

Todo partido revolucionario encuentra, al principio, un apoyo en la joven generación de la clase triunfante. La senilidad política se expresa por la pérdida de la capacidad para arrastrar a la juventud. Los partidos de la democracia burguesa,

eliminados de la escena, se ven obligados a abandonar la juventud a la revolución o al fascismo. Cuando el bolchevismo vivía en la ilegalidad, fue siempre el partido de los jóvenes obreros. Los mencheviques se apoyaban en los medios superiores y de más edad de la clase obrera, no sin enorgullecerse de ello y mirar de arriba a abajo a los bolcheviques. Los acontecimientos mostraron implacablemente su error; en el momento decisivo, la juventud arrastró a los hombres de edad madura y hasta a los viejos.

La revolución imprimió un formidable impulso a las nuevas generaciones soviéticas, arrancándolas de un solo golpe de las costumbres conservadoras y revelándoles este gran secreto (el primero de los secretos de la dialéctica), que no hay nada eterno sobre la tierra y que la sociedad está construida con materiales plásticos. ¡Cuán tonta es la teoría de las razas invariables a la luz de las experiencias de nuestra época! La URSS es un prodigioso crisol en donde se refunde el carácter de decenas de nacionalidades. La mística del alma eslava ha sido barrida como una escoria.

Pero el impulso recibido por las jóvenes generaciones aún no se canaliza en una obra histórica correspondiente. Es verdad que la juventud es muy activa en el terreno económico. La URSS cuenta con 7 millones de obreros menores de 23 años; 3.140.000 en la industria, 700.000 en los ferrocarriles, 700.000 en los talleres. En las nuevas fábricas gigantescas, los obreros jóvenes constituyen cerca de la mitad de la mano de obra. Los koljoses cuentan actualmente con 1.200.000 jóvenes comunistas. Centenares de millares de jóvenes comunistas han sido movilizados durante los últimos años a las canteras, los yacimientos de hulla, los bosques, las minas de oro, al ártico, a Sajalin o al río Amur, en donde se construye una nueva ciudad, Komsomolsk (literalmente: ciudad de las juventudes comunistas). La nueva generación proporciona trabajadores de choque, obreros de mérito, *estajanovistas*, contra maestres, administradores subalternos. Estudia, y con aplicación en la mayor parte de los casos. Es aún más activa en el dominio de los deportes más audaces, como el paracaidismo, y los más belicosos, como el tiro. Los emprendedores y los intrépidos se unen a expediciones peligrosas de todas clases.

“La mejor parte de nuestra juventud [decía recientemente Schmidt, el explorador bien conocido de las regiones polares] aspira al trabajo difícil”. Es, ciertamente, la verdad. Sin embargo, en todos los dominios, la generación posrevolucionaria aún está bajo tutela. Lo que debe hacer, y cómo debe hacerlo, se lo indican los superiores. La política, forma suprema del mando, queda íntegramente en manos de lo que se llama la vieja guardia. Y al mismo tiempo que dirigen a la juventud discursos muy cordiales, y a veces aduladores, los viejos guardan celosamente su monopolio.

Como no concebía el desarrollo de la sociedad socialista sin la “agonía” del estado, es decir, sin la sustitución de todas las instituciones policíacas por la autoadministración de los productores y los consumidores, Engels atribuía el fin de esta labor a la joven generación “que crecerá bajo las nuevas condiciones de libertad, y se encontrará capacitada para destruir todo el antiguo caos del estatalismo”. Lenin añade: “de todo estatalismo, comprendido el de la república democrática...” Tal era, en suma, la idea que Engels y Lenin tenían de la perspectiva de la edificación de la sociedad socialista: la generación que ha conquistado el poder, la vieja guardia, comienza la liquidación del estado; la generación siguiente termina la tarea.

¿Qué sucede en realidad? El 43% de la población de la URSS ha nacido después de la revolución de octubre. Si se fija el límite de las generaciones a 23 años, aparece que más del 50% de la humanidad soviética no alcanza este límite, de manera que más de la mitad de la población no tiene la experiencia de otro régimen que el de los sóviets. Pero, precisamente, estas jóvenes generaciones no se forman en “las condiciones de libertad” que pensaba Engels; al contrario, se forman bajo el yugo intolerable de la capa

dirigente que, según la ficción oficial, hizo la revolución de octubre. En la fábrica, en el koljós, en el cuartel, en la universidad, en la escuela y hasta en el jardín de infancia, y acaso en la casa cuna, las principales virtudes del hombre son la fidelidad al jefe y la obediencia sin discusión. Muchos de los aforismos pedagógicos de los últimos tiempos podrían haber sido copiados de Goebbels, si el mismo Goebbels no los hubiera tomado, en gran parte, de los colaboradores de Stalin.

La enseñanza y la vida social de los escolares y de los estudiantes están profundamente penetradas de formalismo y de hipocresía. Los niños han aprendido a participar en numerosas reuniones mortalmente aburridas, con su inevitable presidencia de honor, sus loas a los amados jefes, sus debates conformistas estudiados de antemano; reuniones en las que, como en las de los adultos, se dice una cosa y se piensa otra. Si los círculos de escolares más inocentes tratan de crear un oasis en medio de este desierto, se atraen crueles medidas de represión. La GPU interviene en la escuela llamada “socialista” para introducir, por medio de la delación y la traición, un terrible elemento de desmoralización. Los más reflexivos de los pedagogos y de los autores de libros infantiles, a pesar de su optimismo oficial, no siempre pueden ocultar su espanto ante la coerción, la hipocresía y el hastío que abruman a la escuela.

Desprovistas de la experiencia de la lucha de clases y de la revolución, las jóvenes generaciones sólo podrían madurar para una participación consciente en la vida social en el seno de una democracia soviética, aplicándose al estudio de las experiencias del pasado y de las lecciones del presente. El pensamiento y el carácter personal no pueden desarrollarse sin crítica, y la posibilidad más elemental de cambiar de ideas, de cometer errores, de verificar y rectificar los errores propios y los ajenos, le está prohibida a la juventud soviética. Todos los problemas, comprendiendo los que le conciernen, se resuelven sin tenerla en cuenta. No se le permite más que ejecutar las órdenes y cantar hosannas. A la primera palabra crítica, la burocracia responde torciendo el cuello a quien la ha pronunciado. Todo lo que la juventud tiene de indocilidad y de cualidades, es sistemáticamente reprimido, eliminado o físicamente exterminado. Así se explica el hecho de que los millones y millones de las Juventudes Comunistas no hayan producido, hasta hoy, una sola personalidad notable.

Al dedicarse a la técnica, a las ciencias, a la literatura, a los deportes, al ajedrez, la juventud parece aprender las más importantes actividades; en todos los dominios rivaliza con la antigua generación mal preparada, la alcanza y la supera en muchas ocasiones. Pero a cada contacto con la política se quema los dedos. En consecuencia, le quedan tres posibilidades: asimilarse a la burocracia y hacer carrera; someterse en silencio, concentrarse en el trabajo económico, científico, o en su pequeña vida privada; lanzarse a la ilegalidad, aprender a combatir y templarse para el futuro. La carrera burocrática sólo está abierta a una pequeña minoría; en el otro polo, una pequeña minoría llega a la oposición. El grupo intermedio es muy heterogéneo. Bajo el yugo opresor se llevan a cabo muchos procesos extremadamente significativos, aunque ocultos, que tendrán gran importancia para determinar el porvenir de la URSS.

Las tendencias ascéticas de la época de la guerra civil dejaron su puesto, en el periodo de la Nep, a estados de espíritu más epicúreos, por no decir más ávidos de placer. El primer periodo quinquenal fue nuevamente de un ascetismo involuntario, pero solamente para las masas y la juventud; los dirigentes ya habían logrado instalarse en las posiciones del bienestar personal. El segundo periodo quinquenal está impregnado, indudablemente, por una viva reacción en contra del ascetismo. La preocupación por las ventajas personales gana al conjunto de la población y, sobre todo, a los jóvenes. El hecho es que la pequeña minoría que logra elevarse sobre las masas tiene, en la joven

generación soviética, la posibilidad de alcanzar a los medios dirigentes. Por otra parte, la burocracia forma y selecciona conscientemente a sus funcionarios y arribistas.

“La juventud soviética ignora el deseo de enriquecerse, la mezquindad pequeñoburguesa, el bajo egoísmo”, aseguraba el principal orador al congreso de las Juventudes Comunistas de abril de 1936. Estas palabras suenan manifiestamente falsas ante una consigna dominante en la actualidad: “comodidad y buena vida”, ante los métodos de trabajo a destajo, de las primas y condecoraciones. El socialismo no es ascético, se opone profundamente al ascetismo cristiano, como a toda religión, por su relación con este mundo y sólo con él; la persona humana no comienza en el anhelo por la vida cómoda, sino en donde este anhelo concluye. Pero a ninguna generación le está dado saltar sobre su propia cabeza; por el momento, todo el movimiento *estajanovista* está basado en el “bajo egoísmo”. Su único patrón de medida, que es el número de pantalones y de corbatas ganados al precio del trabajo, comprueba justamente la “mezquindad pequeño burguesa”. Admitamos que esta fase histórica sea necesaria; pero entonces hay que verla tal como es. El restablecimiento de las relaciones comerciales abre, indiscutiblemente, la posibilidad de una mejoría sensible del bienestar individual. Si los jóvenes soviéticos quieren ser ingenieros, no es porque la edificación socialista les seduzca tanto, sino porque los ingenieros están mucho mejor pagados que los médicos y que los profesores. Cuando tendencias de esta clase se precisan en una atmósfera de opresión espiritual y de reacción ideológica, mientras que los dirigentes ayudan conscientemente a los instintos de los arribistas, la formación de una “cultura socialista” se reduce, por el momento, a una educación egoísta de las más antisociales.

Sin embargo, sería calumniar groseramente a la juventud soviética presentarla como dominada, exclusiva o principalmente, por los intereses personales. No, en su conjunto es generosa, intuitiva, emprendedora; el arribismo sólo tiñe la superficie, pero en sus profundidades viven varias tendencias, muchas veces informes, cuyo heroísmo vital busca empleo. El nuevo patriotismo soviético se nutre, en parte, de estas aspiraciones. Este es ciertamente muy hondo, sincero y dinámico. Pero también padece del desacuerdo entre los jóvenes y los viejos.

Los pulmones jóvenes y sanos encuentran insoportable la atmósfera de hipocresía, inseparable del Termidor, es decir, de la reacción que aún se ve obligada a vestirse con el manto de la revolución. El vivo contraste entre las consignas socialistas y la realidad viviente, arruina la confianza en los cánones oficiales. Muchos jóvenes adoptan respecto a la política una actitud desdeñosa, y afectan en sus maneras la grosería, aun la licencia. En muchos casos, probablemente en la mayoría de ellos, la indiferencia o el cinismo no son más que las formas primitivas del descontento y del deseo contenido de caminar por su propia voluntad. La exclusión de las juventudes y del partido, el arresto y el exilio de centenares de millares de jóvenes “guardias blancas” y de “oportunistas”, por una parte; de bolchevique-leninistas, por la otra, comprueban que las fuentes de la oposición política consciente, de derecha e izquierda, no se agotan; por el contrario, han surgido con nueva fuerza durante los dos o tres últimos años. En fin, los más impacientes, los más ardientes, los menos equilibrados, heridos en sus sentimientos, o en sus intereses, se vuelven hacia la venganza terrorista. Tal es, poco más o menos, el espectro de los estados de espíritu político de la juventud soviética.

La historia del terrorismo individual en la URSS señala con fuerza las etapas de la evolución general del país. En la aurora del poder de los sóviets, los blancos y los socialistas revolucionarios organizaron atentados terroristas en el ambiente de la guerra civil. Cuando las antiguas clases poseedoras han perdido toda esperanza de restauración, el terrorismo cesa. Los atentados de los kulaks que se han prolongado hasta estos días han tenido un carácter local; completaban una guerrilla en contra del régimen. El

terrorismo más reciente no se apoya sobre las antiguas clases dirigentes ni en los campesinos acomodados. Los terroristas de la última generación se reclutan exclusivamente entre la juventud soviética, entre las Juventudes Comunistas y el partido, con frecuencia hasta entre los hijos de los dirigentes. Completamente incapaz de resolver los problemas que se propone, el terrorismo individual tiene, no obstante, la mayor importancia sintomática porque caracteriza la aspereza del antagonismo entre la burocracia y las vastas masas populares, especialmente la juventud.

Tomando todo en su conjunto (grosería económica, paracaidismo, expediciones polares, indiferentismo demostrativo, “golfería romántica”, mentalidad terrorista y actos terroristas ocasionales) prepara una explosión de descontento de los jóvenes contra la insostenible tutela de los viejos. La guerra podría servir, evidentemente, de válvula de seguridad a los vapores acumulados de este descontento. Pero no por mucho tiempo. La juventud adquiriría rápidamente el temple de los combatientes y la autoridad que le falta hoy. Mientras tanto, la autoridad de los viejos sufriría un golpe irreparable. En el mejor de los casos, la guerra no concedería a la burocracia más que una moratoria; al final de las hostilidades, el conflicto político será más agudo.

Naturalmente sería unilateral limitar los problemas de la URSS al de las generaciones. Entre los viejos, la burocracia cuenta con no pocos enemigos declarados u ocultos, del mismo modo que hay centenares de millares de burócratas completos entre los jóvenes. Pero, de cualquier parte que salga el ataque contra las capas dirigentes, ya sea de derecha o de izquierda, los atacantes reclutarán sus fuerzas principales entre la juventud asfixiada, descontenta y privada de los derechos políticos. La burocracia lo comprende perfectamente, pues posee una sensibilidad extrema para todo lo que la amenaza, y trata, naturalmente, de consolidar de antemano sus posiciones. Sus trincheras principales, sus plataformas de cemento se alzan, principalmente, contra la generación joven.

Ya hemos mencionado el X Congreso de las Juventudes Comunistas que se reunió en el Kremlin, en abril de 1936. Naturalmente, nadie ha tratado de explicar por qué, contrariamente a los estatutos, este congreso no se había reunido durante cinco años. Por el contrario, inmediatamente se comprendió que, seleccionado y filtrado con el mayor cuidado, se reunía para expropiar el sentido político a la juventud: según sus nuevos estatutos, el Komsomol (las Juventudes Comunistas) pierde, aun jurídicamente, el derecho de participar en la vida social. La instrucción y la educación son, desde ahora, sus únicas esferas de acción. El Secretario General de las Juventudes Comunistas declaró por órdenes de sus superiores: “Debemos [...] dejar de charlar sobre el plan industrial y financiero, la base del precio de costo, el equilibrio de las cuentas y todas las demás tareas del gobierno. ¡Cómo si nosotros las decidiéramos!” El país entero podría repetir estas últimas palabras: “¡Cómo si nosotros las decidiéramos!”. La orden arrogante de “dejar de charlar”, que no suscitó en un congreso archisometido ningún entusiasmo, parece tanto más asombrosa cuanto que la ley soviética señala la mayoría política a los 18 años, concediendo a partir de esa edad el derecho de voto a los jóvenes de uno u otro sexo, y, aun cuando el límite de edad de los jóvenes comunistas era, según los antiguos estatutos, de 23 años, la tercera parte de los miembros de la organización eran mayores. El congreso llevó a cabo, simultáneamente, dos reformas: legalizó la participación de los adultos en las juventudes, aumentando así el número de electores de las Juventudes Comunistas; y privó a la organización del derecho de inmiscuirse, no solamente en la política general (cosa de la que no podría hablarse), sino, además, en los problemas corrientes de la economía. El aumento del límite de edad está dictado por la dificultad de pasar automáticamente del Komsomol al partido. La supresión de los últimos derechos políticos, y aun de su simple apariencia, se debe a la voluntad de

supeditar, completa y definitivamente, las Juventudes Comunistas al partido depurado. Las dos medidas, aparentemente contradictorias, tienen la misma causa, y ésta es el miedo que la joven generación inspira a la burocracia.

Los oradores en el congreso, cumpliendo, según sus propias confesiones, misiones que les había confiado Stalin (estas advertencias tendían a evitar toda discusión), explicaron el fin de la reforma con una franqueza más bien asombrosa: “no tenemos necesidad de un segundo partido”. Esto era reconocer que, según la opinión de los dirigentes, si no se le mataba definitivamente, el Komsomol amenazaba con convertirse en un segundo partido. Y, como para determinar las posibles tendencias de este virtual partido, el orador añadió esta advertencia: “En su tiempo, Trotsky trató de inculcar a la juventud, con la que flirteaba por demagogia, la idea antileninista y antibolchevique de un segundo partido”, etc. La alusión del orador encierra un anacronismo: en realidad, Trotsky se limitó en cierta época a advertir que la burocratización ulterior del régimen provocaría inevitablemente la ruptura con los jóvenes, y amenazaría con hacer nacer un segundo partido. Poco importa; los acontecimientos, al confirmar esa advertencia, han constituido un programa. El partido degenerado sólo conserva su poder de atracción para los arribistas. Los jóvenes y las jóvenes honrados y capaces de pensar, deben estar desalentados por el servilismo bizantino, la falsa retórica que cubre los privilegios y la arbitrariedad, la habladuría de los mediocres burócratas acostumbrados a alabarse unos a otros, y por todos esos mariscales que si no han bajado las estrellas del cielo se las han colgado todas en el traje. No se trata, pues, de la amenaza de un segundo partido, única fuerza susceptible de continuar la revolución de octubre. La modificación de los estatutos de las Juventudes Comunistas, aunque fuese reforzada por nuevas medidas policíacas, no impedirá, claro está, que la juventud adquiera fuerza viril para oponerse a la burocracia.

¿De qué lado se orientará la juventud en caso de grandes convulsiones políticas? ¿Bajo qué banderas se reunirá? Seguramente, nadie puede en estos momentos responder a esas preguntas, y la juventud misma, menos que nadie. Tendencias contradictorias solicitan su conciencia. Al final, serán los acontecimientos históricos de una importancia mundial los que determinen a las masas a pronunciarse: guerra, nuevos éxitos del fascismo o, a la inversa, victoria de la revolución proletaria en occidente. En todo caso, la burocracia se convencerá de que esta juventud sin derechos constituye en la historia un factor explosivo de primer orden.

En 1894, la autocracia rusa, por boca del joven zar Nicolás II, respondía a los miembros de los zemstvos que expresaban tímidamente el deseo de ser admitidos en la vida política: “¡Sueños insensatos!”. Palabras memorables. En 1936, la burocracia responde a las aspiraciones aún confusas de la joven generación soviética con la orden brutal de “cesar las charlas”. Estas palabras también entrarán en la historia. El régimen estalinista no las pagará menos caras que el régimen a cuya cabeza se hallaba Nicolás II.

Nación y cultura

La política nacional del bolchevismo, al asegurar la victoria de la revolución de octubre, ayudó a la URSS a sostenerse, a pesar de las fuerzas centrífugas del interior y de la hostilidad de los países vecinos. La degeneración burocrática ha atacado rudamente esta política. Justamente sobre la cuestión nacional, Lenin se preparaba a librar un primer combate contra Stalin en el XII Congreso del partido, en la primavera

de 1923. Pero tuvo que abandonar el trabajo antes de que el congreso se reuniera. Los documentos que redactara entonces, están aún bajo las llaves de la censura¹⁰.

Las necesidades culturales de las naciones despertadas por la revolución exigen la más amplia autonomía. Pero la economía sólo puede desarrollarse satisfactoriamente si todas las partes de la Unión se someten a un plan centralizado de conjunto. La economía y la cultura no están separadas por murallas; sucede, pues, que las tendencias a la autonomía cultural y a la centralización económica se ponen en conflicto. Sin embargo, no hay entre ellas antagonismo irreductible. Si para resolver este conflicto no tenemos ni podemos tener una fórmula ya hecha, la flexible voluntad de las masas interesadas existe y sólo su participación efectiva en la decisión cotidiana de su propio destino puede, en cada etapa dada, trazar el límite entre las reivindicaciones legítimas de la centralización económica y las exigencias vitales de las culturas nacionales. Toda la desgracia viene de que la voluntad de la población de la URSS, encarnada por sus diversos elementos nacionales, está falsificada completamente por la burocracia, que sólo considera la economía y la cultura bajo el ángulo de los intereses específicos de la capa dirigente y de sus facilidades de gobierno.

Es cierto que la burocracia continúa cumpliendo en estos dos dominios cierto trabajo progresista, aunque con enormes gastos generales. Esto se relaciona, sobre todo, con las nacionalidades atrasadas de la URSS, que deben pasar necesariamente por un periodo más o menos largo de empréstitos, imitaciones y asimilación. La burocracia les construye un puente hacia los beneficios elementales de la cultura burguesa y, particularmente, preburguesa. Con respecto a varias regiones y nacionalidades, el régimen realiza, en amplia medida, la obra histórica que Pedro I y sus compañeros realizaron en la vieja Moscovia; pero a más vasta escala y con un ritmo más rápido.

En estos momentos en la URSS se imparte la enseñanza en ochenta idiomas, al menos. Se ha necesitado, para la mayor parte de ellos, crear alfabetos o reemplazar los alfabetos asiáticos, demasiado aristócratas, por alfabetos latinos más al alcance de las masas. Aparecen periódicos en otras tantas lenguas, que hacen conocer a los pastores nómadas y a los cultivadores primitivos los elementos de la cultura. Las lejanas regiones del Imperio, antiguamente abandonadas, ven surgir industrias; el tractor destruye las viejas costumbres que aún tienen algo del clan. Al mismo tiempo que la escritura, aparecen la medicina y la agronomía. No es fácil apreciar esta construcción de nuevas capas de la humanidad. Marx no se equivocaba al decir que la revolución es la locomotora de la historia.

Pero las locomotoras más poderosas no hacen milagros: no cambian las leyes del espacio, no hacen más que acelerar el movimiento. La necesidad de dar a conocer a decenas de millones de hombres el alfabeto, el periódico, las reglas más simples de la higiene, muestra qué camino hay que recorrer antes de que pueda plantearse, en realidad, el problema de una nueva cultura socialista. Por ejemplo, la prensa publica que los piratas de Siberia Occidental, que hasta entonces no sabían lavarse, tienen en la actualidad, “en muchas aldeas, baños a los que se acude de treinta kilómetros a la redonda”. Este ejemplo, tomado de lo más bajo de la cultura, solamente hace resaltar el nivel de muchas otras conquistas, y no sólo en las regiones atrasadas y lejanas. Cuando el jefe del gobierno, para mostrar el aumento de la cultura, dice que la demanda de “camas de hierro, relojes, ropa tejida, jerséis y bicicletas, aumenta en los koljoses”, esto significa solamente que los campesinos acomodados comienzan a servirse de los productos de la industria, que desde hace mucho tiempo conocen los campesinos de occidente. La prensa repite cada día sus prédicas sobre “el comercio socialista

¹⁰ Hasta 1956 no se publicaron esos documentos en la URSS, tres años después de la muerte de Stalin. Ed. Fr.

civilizado”. Se trata, en realidad, de dar un nuevo aspecto limpio y atractivo a los almacenes del estado, equiparlos, no dejar pudrir las manzanas y vender, al mismo tiempo que las medias, el hilo para zurcir y, por fin, acostumbrar a los vendedores a tratar a los clientes con atención y cortesía; en una palabra: de alcanzar el nivel acostumbrado del comercio capitalista. Y aún se está muy lejos de alcanzar este fin, en el que no hay, por lo demás, un grano de socialismo.

Si nos alejamos, por un momento, de las leyes y de las instituciones, para considerar la vida cotidiana de la gran masa de la población, sin embriagarnos con ilusiones, estamos obligados a concluir que la herencia de la Rusia absolutista y capitalista es aún inmensamente superior, en las costumbres, que los gérmenes del socialismo. La misma población lo dice con fuerza convincente con su avidez de apoderarse, a la mínima mejoría, de los modelos hechos en occidente. Los jóvenes empleados soviéticos, y con frecuencia los obreros jóvenes, tratan de imitar las maneras y el traje de los ingenieros y de los técnicos norteamericanos que encuentran en la fábrica. Las empleadas y las obreras devoran con los ojos a la turista extranjera, para vestirse como ella, e imitar sus modales. La afortunada que lo logra se transforma, a su vez, en objeto de imitación. En lugar de los bigudíes de antaño, las mejor pagadas se hacen la permanente. La joven aprende gustosa los “bailes modernos”. En cierto sentido, éstos son progresos. Pero por el momento, no expresan la superioridad del socialismo sobre el capitalismo, sino el predominio de la cultura burguesa sobre la cultura patriarcal, de la ciudad sobre el campo, del centro sobre la provincia, del occidente sobre el oriente.

Los medios soviéticos privilegiados imitan a las esferas superiores del capitalismo, y los diplomáticos, los directores de trust, los ingenieros que viajan frecuentemente a Europa o a Norteamérica, son los árbitros en la materia. La sátira soviética no dice ni una palabra de ello, pues le está rigurosamente prohibido tocar a los “diez mil” dirigentes. Sin embargo, no es posible abstenerse de señalar con alguna amargura que los altos emisarios soviéticos en el extranjero no han sabido manifestar ante la civilización capitalista un estilo propio, ni siquiera una manera de ser personal. Han carecido de la firmeza interior que les hubiese permitido desdeñar las apariencias visibles y guardar sus distancias. Generalmente, emplean su ambición en distinguirse lo menos posible de los snobs burgueses más acabados. En una palabra, la mayor parte de ellos no se sienten representantes de un mundo nuevo, sino advenedizos, y se comportan de acuerdo con esto.

Decir que la URSS persigue, en este momento, la obra cultural que los países avanzados han concluido desde hace mucho tiempo sobre la base del capitalismo, no sería, sin embargo, más que formular una semiverdad. Las nuevas formas sociales no son, de ninguna manera, indiferentes; no se limitan a abrir a un país atrasado la posibilidad de alcanzar el nivel de los países avanzados, sino que le permiten llegar a él mucho más rápidamente de lo que lo hace occidente. La clave de este enigma se encuentra sin ningún trabajo: los pioneros de la burguesía han tenido que inventar su técnica y aprender a aplicarla a la economía y a la cultura, mientras que la URSS encontró un instrumento ya hecho, moderno, y gracias a la socialización de los medios de producción, no lo aplica parcialmente y poco a poco, sino de un solo golpe y a gran escala.

Los jefes militares del pasado han alabado muchas veces el papel civilizador del ejército, sobre todo en lo que se refiere a los campesinos. Sin extasiarnos sobre la civilización específica extendida por el militarismo burgués, no es posible, sin embargo, que desconozcamos que numerosos hábitos útiles al progreso han sido introducidos en las masas populares por medio del ejército; y no es casualidad que los soldados y los

suboficiales se hayan encontrado a la cabeza de las sublevaciones en todos los movimientos revolucionarios y, principalmente, en los movimientos campesinos. El régimen soviético tiene la posibilidad de obrar sobre la vida de las masas populares, no sólo por medio del ejército, sino por todos los órganos del estado, del partido, de las Juventudes Comunistas y de los sindicatos confundidos con el estado. La asimilación de los modelos de la técnica, de la higiene, de las artes y de los deportes, en plazos mucho más breves que los que fueron necesarios para su elaboración en su patria de origen, está asegurada por las formas estatales de la propiedad, por la dictadura política, por la dirección planificada.

Si la revolución de octubre no hubiese producido más que esta aceleración de la velocidad, eso bastaría para justificarla históricamente, pues el régimen burgués declinante no se había mostrado capaz, en el último cuarto de siglo, de hacer progresar francamente a un sólo país atrasado en ninguna parte del mundo. Pero el proletariado ruso hizo la revolución con fines mucho más avanzados. Cualquiera que sea el yugo político que sufre actualmente, sus mejores elementos no han renunciado al programa comunista ni a las grandes esperanzas que representa. La burocracia se ve obligada a adaptarse al proletariado en la orientación de su política y, mucho más, en la interpretación de ella. Por eso, cada paso hacia adelante en la economía o en las costumbres, independientemente de su explicación histórica verdadera o de su significación real para la vida de las masas, se transforma oficialmente en una conquista inaudita, en una adquisición sin precedentes de la “cultura socialista”. Es indudable que poner el cepillo de dientes y el jabón al alcance de millones de hombres que no conocían ayer las más simples exigencias de la limpieza, es una obra civilizadora de las mayores. Pero ni el jabón, ni el cepillo de dientes, ni siquiera los perfumes reclamados por “nuestras mujeres” constituyen la cultura socialista, sobre todo, cuando estos pobres atributos de la civilización sólo son accesibles a un 15% de la población.

La “transformación de los hombres” de la que tan frecuentemente se habla en la prensa soviética, se realiza, en verdad, a toda velocidad. ¿Pero en qué medida es una transformación socialista? El pueblo ruso no ha tenido en el pasado ni reforma religiosa, como los alemanes, ni gran revolución burguesa, como los franceses. En estos dos crisoles, si hacemos a un lado la revolución-reforma de los insulares británicos del siglo XVIII, se ha formado la individualidad burguesa, fase de primera importancia en el desarrollo de la individualidad humana en general. Las revoluciones rusas de 1905 y 1917 indicaban, forzosamente, el despertar de la individualidad en el seno de las masas y su afirmación en un medio primitivo; de esta manera, recogían, en menor escala y precipitadamente, la obra educativa de las reformas y de las revoluciones burguesas de occidente. Pero mucho antes de aire esta gran obra fuese terminada, al menos en sus grandes líneas, la revolución rusa, nacida en el crepúsculo del capitalismo, fue lanzada por la lucha de clases a los rieles del socialismo. Las contradicciones en el dominio de la cultura, no hacen más que reflejar y desviar las contradicciones sociales y económicas resultantes de este salto. El despertar de la individualidad adquiere necesariamente, desde entonces, un carácter más o menos pequeñoburgués, en la economía, en la familia, en la poesía. La burocracia se ha transformado en la encarnación de un individualismo extremo, algunas veces sin freno. Admitiendo y alentando el individualismo económico (trabajo a destajo, parcelas de los cultivadores, primas, condecoraciones), reprime duramente, por otra parte, las manifestaciones progresistas del individualismo en la esfera de la cultura espiritual (opiniones críticas, formación de opiniones personales, dignidad individual).

Mientras el nivel de un grupo nacional es más elevado, mientras más alta es su creación cultural, los problemas de la sociedad y de la personalidad le tocan más

profundamente y las tenazas de la burocracia le son más dolorosas, cuando no intolerables.

En realidad, no puede hablarse de la originalidad de las culturas nacionales, cuando una sola batuta de director de orquesta (más exactamente, un solo garrote policíaco) pretende dirigir las funciones intelectuales de todos los pueblos de la Unión. Los periódicos (y los libros) ucranianos, rusoblanco, georgianos o tártaros, no hacen más que traducir los imperativos burocráticos en esas lenguas. La prensa moscovita publica diariamente la traducción rusa de las odas dedicadas a los jefes por laureados poetas nacionales, miserables versificaciones en realidad, que no difieren unas de otras más que por el grado de servilismo y de insignificancia.

La cultura granrusa, que sufre con ese régimen cuartelario tanto como las otras, vive sobre todo por medio de la vieja generación formada antes de la revolución. La juventud parece estar aplastada bajo una losa. No estamos ante una opresión de una nacionalidad por otra, en el sentido propio de la palabra, sino ante la opresión de todas las culturas nacionales, comenzando por la granrusa, por un aparato policíaco centralizado. Sin embargo, no podemos olvidar el hecho de que el 90% de los periódicos de la URSS aparecen en ruso. Si este porcentaje está en contradicción flagrante con la proporción numérica de los rusos en la población, corresponde, es cierto, a la influencia propia de la civilización rusa y a su papel de intermediario entre los pueblos atrasados y el occidente. Sin embargo, ¿no hay que ver en la parte exageradamente grande que se atribuye a los rusos en las ediciones (y naturalmente que no sólo allí), un privilegio nacional de hecho, privilegio de gran potencia obtenido en detrimento de otras nacionalidades? Es muy posible. Pero a este problema extremadamente serio no se puede responder categóricamente, pues, más que por la colaboración, la emulación y la fecundación recíproca de las culturas, está solucionado en la vida por el arbitraje sin apelación de la burocracia. Y como el Kremlin es la sede del poder, como la periferia tiene que imitar al centro, la burocracia central toma inevitablemente una actitud rusificadora, mientras que le atribuye a las demás nacionalidades un sólo derecho indiscutible: el de cantar en su propio idioma los elogios del árbitro.

*

La doctrina oficial de la cultura cambia con los zigzags económicos y las consideraciones administrativas; pero en todas sus variaciones conserva un carácter absolutamente categórico. Al mismo tiempo que la teoría del socialismo en un solo país, la de la “cultura proletaria”, que hasta entonces había permanecido en segundo plano, recibió la investidura oficial. Sus adversarios sostenían que la dictadura del proletariado es rigurosamente transitoria; que, a diferencia de la burguesía, el proletariado no piensa en dominar durante largas épocas históricas, que la labor de la generación actual de la nueva clase dominante es, ante todo, asimilar lo que hay de precioso en la cultura burguesa; que mientras más proletario sea el proletariado, en otras palabras: mientras conserve más las huellas de la servidumbre de la víspera, será menos capaz de elevarse sobre la herencia del pasado; que las posibilidades de una obra creadora nueva no se abrirán, realmente, más que a medida que el proletariado se reabsorba en la sociedad socialista. Todo esto quiere decir que la cultura socialista (y no una cultura proletaria) está llamada a suceder a la cultura burguesa.

Polemizando con los teóricos de un arte proletario, producto de laboratorio, el autor de estas líneas escribía: “La cultura se alimenta con la savia de la economía y se necesitan excedentes materiales para que crezca, se complique y se afine”. Ni aun la solución feliz de los problemas económicos elementales “no significaría, en ningún caso, la victoria completa del socialismo, nuevo principio histórico”. El progreso del

pensamiento científico sobre las bases populares y el desarrollo del nuevo arte, pondrían de manifiesto que el grano ha germinado y que la planta ha florecido. Desde este punto de vista, “el desarrollo del arte es la prueba más alta de la vitalidad e importancia de una época”. Este punto de vista admitido ayer, fue declarado repentinamente en un texto oficial “derrotista”, y dictado por el “descreimiento” en las fuerzas creadoras del proletariado. El periodo Stalin-Bujarin se abrió; desde hacía largo tiempo, Bujarin era el heraldo de la cultura proletaria, Stalin jamás había pensado en ello. En todo caso, ambos profesaban que el camino hacia el socialismo se haría “a paso de tortuga” y que el proletariado dispondría de decenas de años para formar su cultura propia. En cuanto al carácter de ésta, las ideas de nuestros teóricos eran tan confusas como poco ambiciosas.

Los años tempestuosos del primer plan quinquenal echaron abajo la perspectiva de los pasos de tortuga. Desde 1931, el país, azotado por un hambre cruel, “entró en el socialismo”. Antes de que los escritores y artistas oficialmente protegidos pudieran crear un arte proletario, o, cuando menos, las primeras obras notables de ese arte, el gobierno hizo saber que el proletariado se había reabsorbido en la sociedad sin clases. Faltaba acomodarse al hecho de que para crear su cultura no había dispuesto de este factor indispensable: el tiempo. Los conceptos de ayer fueron olvidados inmediatamente y la “cultura socialista” se puso a la orden del día. Conocemos ya su contenido.

La creación espiritual necesita libertad. La idea comunista que trata de someter la naturaleza a la técnica, y la técnica a un plan para obligar a la materia a que dé al hombre todo lo que éste necesita, y mucho más, es una idea que se propone un fin más elevado: el de liberar para siempre las facultades creadoras del hombre de todas las trabas, dependencias humillantes o duras obligaciones. Las relaciones personales, la ciencia, el arte, ya no tendrán que sufrir ningún plan impuesto, ninguna sombra de obligación. ¿En qué medida la creación espiritual será individual o colectiva? Eso dependerá enteramente de los creadores.

Otra cosa es el régimen transitorio. La dictadura expresa la barbarie pasada y no la cultura futura. Impone necesariamente rudas restricciones a todas las actividades, comprendida la actividad espiritual. El programa de la revolución veía en ello, desde el principio, un mal necesario, y se proponía alejar poco a poco, a medida que el nuevo régimen se consolidara, todas las restricciones a la libertad. En cualquier caso, durante los años más caldeados de la guerra civil, los jefes de la revolución comprendían que si el gobierno podía limitar la libertad creadora, inspirándose en consideraciones políticas, no podía, de ninguna manera, mandar en el dominio científico, literario o artístico. Con sus gustos bastante “conservadores”, Lenin daba pruebas de la mayor circunspección en materia de arte, invocando frecuentemente su incompetencia. La protección concedida por el Comisario del Pueblo para la Instrucción Pública, Lunacharsky, a diversas formas de modernismo, inquietaba a Lenin, pero éste se limitaba a formular observaciones irónicas en sus conversaciones privadas, estaba muy lejos de querer instituir en ley sus gustos artísticos y literarios. En 1924, en el umbral de una nueva época, el autor de este libro formulaba en los siguientes términos la actitud del estado con relación a las tendencias del arte: “Colocando por encima de todo el criterio: a favor o en contra de la revolución, dejarle, en su propio terreno, una libertad completa”.

Mientras la dictadura tuvo el apoyo de las masas y la perspectiva de la revolución mundial, no temió las experiencias, la lucha de las escuelas, pues comprendía que una nueva fase de la cultura sólo podía prepararse por ese medio. Todas las fibras del gigante popular vibraban aún; pensaba en voz alta, por primera vez desde hacía mil años. Las mejores fuerzas juveniles del arte estaban tocadas en lo vivo. En estos primeros años ricos de esperanza y de intrepidez, se crearon los modelos más preciosos de la legislación socialista y las mejores obras de la literatura revolucionaria.

A la misma época pertenecen las mejores películas soviéticas que, a pesar de la pobreza de los medios técnicos, asombraron al mundo por su frescura y por la intensidad de su realismo.

En la lucha contra la oposición en el seno del partido, las escuelas literarias fueron sofocadas una tras otra. No sólo se trataba de literatura; la devastación se extendió a todos los dominios de la ideología, con tanta mayor energía como de semiinconsciente era. Los dirigentes actuales se consideran llamados a la vez a controlar políticamente la vida espiritual y a dirigir su desarrollo. Su mando sin apelación se ejerce igualmente en los campos de concentración, en la agricultura y en la música. El órgano central del partido publica artículos anónimos muy semejantes a órdenes militares, reglamentando la arquitectura, la literatura, el arte dramático, el ballet, eso sin hablar de la filosofía, de las ciencias naturales y de la historia.

La burocracia siente un temor supersticioso por todo lo que no le sirve y por todo lo que no comprende. Cuando exige una relación entre las ciencias naturales y la producción, tiene razón; pero cuando ordena a los investigadores que sólo se asignen fines inmediatos, amenaza con cegar las fuentes más preciosas de la creación, incluyendo las de los descubrimientos prácticos, que frecuentemente se realizan por vías imprevistas. Instruidos por una dura experiencia, los naturalistas, los matemáticos, los filólogos, los teóricos del arte militar, evitan las grandes generalizaciones por temor a que un “profesor rojo”, que casi siempre es un arribista ignorante, les lance pesadamente una cita de Lenin o de Stalin. Defender en semejante caso su pensamiento y su dignidad científica es, con toda seguridad, atraerse los rigores de la represión.

Las ciencias sociales son las más maltratadas. Los economistas, los historiadores, los propios estadísticos, sin hablar de los periodistas, se preocupan, sobre todo, de no ponerse, aunque sea indirectamente, en contradicción con el zigzag actual de la política oficial. No se puede hablar de la economía soviética, de la política interior y exterior, más que cubriéndose los flancos y la retaguardia con vulgaridades tomadas de los discursos del jefe, y dándose como fin el de demostrar que todo sucede como si se hubiera previsto de la mejor manera posible. El conformismo ha liberado del cien por cien de los fastidios terrenales, pero lleva en sí mismo su propio castigo: la esterilidad.

Aunque el marxismo sea formalmente la doctrina oficial de la URSS, durante los últimos doce años no se han publicado una sola obra marxista (sobre economía, sociología, historia, filosofía) que merezca la atención o la traducción. La producción marxista no sale de los límites de la compilación escolástica, que no hace más que tomar de nuevo las viejas ideas aprobadas y servir las mismas citas, según las necesidades del momento. Tirados por millones de ejemplares, los libros y los folletos que nadie necesita, fabricados con embustes, adulaciones y otros ingredientes viscosos, se distribuyen en todos los rincones del estado. Los marxistas que podrían decir algo útil o personal, están encarcelados u obligados a callar. ¡Mientras que la evolución de las formas sociales plantea a cada instante problemas grandiosos!

La honradez, sin la cual no puede haber trabajo teórico, se ha arrojado por los suelos. Las notas explicativas, añadidas a los escritos de Lenin, los transforman de pies a cabeza en cada edición para servir los intereses personales del estado mayor gubernamental, magnificando a los “jefes”, vilipendiando a sus adversarios, borrando ciertas huellas... Los manuales de historia del partido y de la revolución, sufren el mismo tratamiento. Los hechos se deforman, los documentos se ocultan o, por el contrario, se inventan; las reputaciones se fabrican o se destruyen. La simple comparación de las sucesivas ediciones de un mismo libro en doce años, permite darse cuenta de la degeneración del pensamiento y de la conciencia de los dirigentes.

El régimen totalitario no es menos funesto para la literatura. La lucha de las tendencias y de las escuelas ha dejado su lugar a la interpretación de la voluntad de los jefes. Todos los grupos pertenecen obligatoriamente a una organización única, especie de campo de concentración de las letras. Escritores mediocres pero “bien dóciles”, como Gladkov y Serafimovich, son proclamados como clásicos. Los escritores dotados que no saben ejercerse sobre sí mismos la violencia necesaria, son perseguidos por mentores sin escrúpulos armados de citas. Se suicidan grandes artistas; otros buscan el material de su trabajo en un pasado lejano o callan. Los libros honrados y con talento sólo aparecen por azar, como si escaparan de ser ahogados: son una especie de contrabando.

La vida del arte soviético es un martirologio. Después del artículo consigna de *Pravda* en contra del formalismo, aparece entre los escritores, los pintores, los directores teatrales, y aun los cantantes de ópera, una epidemia de arrepentimiento. Todos desautorizan sus pecados de ayer, absteniéndose, por lo demás (por prudencia) de precisar lo que es el formalismo. Las autoridades tuvieron que detener, por medio de una nueva directiva, esta corriente demasiado numerosa de abjuraciones. Los juicios literarios se revisan en unas cuantas semanas, los manuales son corregidos; las calles cambian de nombre y se levantan monumentos porque Stalin ha hecho una observación elogiosa sobre Mayakovsky. La impresión que una ópera produce a los altos signatarios se transforma en una directiva para los compositores. El secretario de las Juventudes Comunistas dijo en una conferencia de escritores que “las indicaciones del camarada Stalin son ley para todos”, y fue aplaudido aunque algunos tuvieran la cara roja de vergüenza. Y como si se tratara de infligir un ultraje supremo a la literatura, Stalin, que es incapaz de construir correctamente una frase en ruso, es declarado como uno de los clásicos del estilo. Este bizantinismo y este reino de la policía tienen algo profundamente trágico, a pesar de sus aspectos bufonescos.

La fórmula oficial enuncia que la cultura debe ser socialista por su contenido y nacional por su forma. Sin embargo, el contenido de la cultura socialista sólo puede ser objeto de hipótesis más o menos afortunadas. A nadie le está dado alcanzar esta cultura sobre una base económica insuficiente. El arte es mucho menos capaz que la ciencia de anticiparse al porvenir. Sea como sea, recetas tales como: “representar la edificación futura”, “mostrar la vía del socialismo”, “transformar al hombre”, no proporcionan a la imaginación un apoyo sensiblemente mayor que una lista de precios de sierras o que la guía de ferrocarriles.

La forma popular del arte está identificada con la ejecución de obras al alcance de todo el mundo. “Lo que no es útil al pueblo [declara *Pravda*] no puede tener valor estético”. Esta vieja idea de *narodniki*¹¹ que aparta la educación artística de las masas, adquiere un carácter tanto más reaccionario, cuando que la burocracia se reserva el derecho de decidir cuál es el arte del que no tiene necesidad el pueblo; publica libros a su antojo y establece su venta obligatoria sin dejar al lector la menor elección. Para ella, todo se reduce al fin y al cabo a que el arte se inspire en sus intereses y encuentre motivos para hacerla atrayente a las masas populares.

¡En vano! Ninguna literatura resolverá ese problema. Los mismos dirigentes se ven obligados a reconocer que “ni el primer plan quinquenal, ni el segundo, han suscitado una corriente de creación literaria más potente que la que nació de la revolución de octubre”. El eufemismo es de gran suavidad. En realidad, a pesar de algunas excepciones, la época termidoriana entrará en la historia como la de los mediocres, de los laureados y de los astutos.

¹¹ Movimiento populista de los años 1890, antes de que el marxismo penetrara en Rusia. Ed. Fr.

VIII La política exterior y el ejército

De la revolución mundial al *statu quo*

La política exterior siempre ha sido la continuación de la política interior, pues la dirige la misma clase dominante y persigue los mismos fines. La degeneración de la casta dirigente de la URSS tenía que introducir una modificación correspondiente en los fines y en los métodos de la diplomacia soviética. La “teoría” del socialismo en un solo país, enunciada por primera vez durante el otoño de 1924, se debió al deseo de liberar la política extranjera de los sóviets del programa de la revolución internacional. Sin embargo, la burocracia no quería romper sus relaciones con la Internacional Comunista, pues ésta se hubiera transformado inevitablemente en una organización de oposición internacional, lo que hubiera sido bastante desagradable para la URSS por la correlación de fuerzas. Al contrario, mientras la política de la URSS se apartaba más del antiguo internacionalismo, los dirigentes se aferraban con mayor fuerza al timón de la III Internacional. Con su antigua denominación, la Internacional Comunista sirvió a nuevos fines. Estos fines nuevos exigían hombres nuevos. A partir de 1923, la historia de la Internacional Comunista es la de la renovación de su estado mayor moscovita y de los estados mayores de las secciones nacionales, por medio de revoluciones palaciegas, de depuraciones, de exclusiones, etc. En la actualidad, la Internacional Comunista no es más que un aparato perfectamente dócil, dispuesto a seguir todos los zigzags de la política extranjera soviética¹².

La burocracia no solamente ha roto con el pasado, sino que también ha perdido la facultad de aprovechar sus lecciones capitales. Hay que recordar que el poder de los sóviets no se hubiera sostenido doce meses sin el apoyo inmediato del proletariado mundial, europeo sobre todo, y sin el movimiento revolucionario de los pueblos de las colonias. El militarismo austroalemán no pudo llevar a fondo su ofensiva contra la Rusia de los sóviets, porque sentía sobre su nuca el aliento abrasador de la revolución. Las revoluciones de Alemania y de Austria-Hungría anularon, al cabo de nueve meses, el tratado de Brest-Litovsk. Las revoluciones de la flota del Mar Negro, en abril de 1919, hicieron que el gobierno de la Tercera República renunciara a extender las operaciones en el sur del país soviético. Bajo la presión directa de los obreros británicos, el gobierno inglés evacuó el norte en septiembre de 1919. Después de la retirada del Ejército Rojo de la vecindad de Varsovia, en 1920, una poderosa corriente de protestas revolucionarias fue lo único que impidió a la Entente auxiliar a Polonia para infligir a los sóviets una derrota decisiva. Las manos de Lord Curzon, cuando dirigió en 1923 su ultimátum a Moscú, fueron atadas por la resistencia de las organizaciones obreras de Inglaterra. Estos episodios notables no están aislados; caracterizan el primer periodo, el más difícil de la existencia de los sóviets. Aunque la revolución no haya vencido en ninguna parte fuera de Rusia, las esperanzas fundadas sobre ella no fueron vanas.

¹² La Internacional Comunista fue disuelta por Stalin en 1943. Ed. Fr. Ver en estas mismas OELT-EIS: *La Internacional Comunista después de Lenin* y en este mismo sello la serie: *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*.

Desde entonces, el gobierno de los sóviets firmó diversos tratados con los estados burgueses: el tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918; el tratado con Estonia en febrero de 1920; el tratado de Riga con Polonia, en octubre de 1922, y otros acuerdos diplomáticos menos importantes. Sin embargo, ni al gobierno de Moscú ni a ninguno de sus miembros se les ocurrió jamás presentar a sus socios burgueses como “amigos de la paz” ni, con mucha mayor razón, invitar a los partidos comunistas de Alemania, Estonia o Polonia, a que sostuvieran con sus votos a los gobiernos burgueses signatarios de esos tratados. Precisamente este problema tiene una importancia decisiva para la educación revolucionaria de las masas. Los sóviets no podían dejar de firmar la paz de Brest-Litovsk, así como los huelguistas agotados no pueden rechazar las condiciones más duras del patrón; pero la aprobación de ese tratado por la socialdemocracia alemana, bajo la forma hipócrita de abstención en el voto, fue condenada por los bolcheviques como un sostén a los bribones y a su violencia. Aunque cuatro años más tarde se firmó el tratado de Rapallo sobre las bases de una igualdad formal de las partes contratantes, si el partido comunista alemán hubiera pensado en expresar en esa ocasión su confianza a la diplomacia de su país, hubiera sido excluido inmediatamente de la Internacional. La idea básica de la política extranjera de los sóviets era que los acuerdos comerciales, diplomáticos y militares del estado soviético con los imperialistas, acuerdos inevitables, en ningún caso debían frenar o debilitar la acción del proletariado en los países capitalistas interesados; pues la salud del estado obrero no está asegurada en última instancia, más que por el desarrollo de la revolución mundial. Cuando Chicherin propuso, durante la preparación de la Conferencia de Ginebra, introducir en la constitución soviética modificaciones “democráticas” para satisfacer a la “opinión pública” norteamericana, Lenin insistió, en una carta oficial del 23 de enero de 1922, sobre la necesidad de enviarlo, sin tardanza, a que reposara en un sanatorio. Si en ese tiempo alguien se hubiera permitido proponer que se pagaran las buenas disposiciones del imperialismo con una adhesión (digámoslo a título de ejemplo) al pacto vacío y falso de Kellogg, o con una atenuación en la acción de la Internacional Comunista, Lenin no hubiera dejado de proponer el envío de ese innovador a un manicomio (y ciertamente no hubiera encontrado la menor objeción en el buró político).

Los dirigentes de esa época se mostraban particularmente implacables en lo referente a las ilusiones pacifistas de toda clase, a la Sociedad de las Naciones, a la seguridad colectiva, al arbitraje, al desarme, etc., pues no veían en ellos más que los medios para adormecer la vigilancia de las masas obreras y sorprenderlas mejor en el momento en que estallara la nueva guerra. El programa del partido, elaborado por Lenin y adoptado por el congreso de 1919, contiene sobre este asunto el pasaje siguiente, desprovisto de todo equívoco: “La presión creciente del proletariado y, sobre todo, sus victorias en ciertos países, aumentan la resistencia de los explotadores y los conducen a nuevas formas de asociaciones capitalistas internacionales (la Sociedad de las Naciones, etc.), que, al organizar a escala mundial la explotación sistemática de los pueblos del globo, tratan, en primer lugar, de reprimir el movimiento revolucionario de los proletarios de todos los países. Esto implica inevitablemente guerras civiles en el seno de diversos estados, coincidiendo con las guerras revolucionarias de los países proletarios que se defienden, y de los pueblos oprimidos sublevados contra las potencias imperialistas. En estas condiciones, las consignas del pacifismo, tales como el desarme internacional en el régimen capitalista, los tribunales de arbitraje, etc., no revelan solamente utopismo reaccionario, sino que además, constituyen para los trabajadores un engaño manifiesto tendente a desarmarlos y alejarlos de la tarea de desarmar a los explotadores”. Estas líneas del programa bolchevique, formulan anticipadamente un juicio implacable sobre la actual política extranjera de la URSS, la política de la

Internacional Comunista y la de todos sus “amigos” pacifistas de todas partes del mundo.

Es cierto que, después del periodo de intervención y del bloqueo, la presión militar y económica del mundo capitalista sobre la Unión Soviética fue mucho menos fuerte de lo que se había temido. Europa vivía aún bajo el signo de la guerra próxima. Sobrevino enseguida una crisis económica mundial de una gravedad extrema, que hundió en la postración a las clases dirigentes del mundo entero. Esta situación permitió a la URSS infligirse impunemente las pruebas del primer plan quinquenal, que entregó de nuevo el país al hambre, a la guerra civil y a las epidemias. Los primeros años del segundo plan quinquenal, que producen una mejoría evidente en la situación interior, coinciden con el comienzo de una atenuación de la crisis en los países capitalistas, con un aflujo de esperanzas, de deseos, de impaciencia y, en fin, con la reanudación del armamentismo. El peligro de una agresión combinada contra la URSS, en nuestra opinión sólo reviste formas sensibles porque el país de los sóviets aún está aislado; porque en gran parte del territorio de “la sexta parte del mundo” reina la barbarie primitiva; porque el rendimiento del trabajo, a pesar de la nacionalización de los medios de producción, es mucho más bajo que en los países capitalistas; por fin, porque (y éste es actualmente el hecho capital) los principales contingentes del proletariado mundial están derrotados y carecen de seguridad y de dirección. La revolución de octubre, a la que sus jefes consideraban como el comienzo de la revolución mundial, pero que, por la fuerza de las cosas, se transformó temporalmente en un factor en sí, revela en esta nueva fase de la historia cuán profundamente depende del desarrollo internacional. Se hace de nuevo evidente que el problema histórico de “¿quién triunfará?”, no puede resolverse dentro de límites nacionales; que los éxitos o los fracasos del interior no hacen más que preparar las condiciones más o menos favorables para una solución internacional del problema.

La burocracia soviética (hagámosle justicia) ha adquirido una vasta experiencia en el manejo de las masas humanas; ya se trate de adormecerlas, de dividir las, de debilitarlas o, simplemente, de engañarlas con el objeto de ejercer sobre ellas un poder absoluto. Pero, justamente por eso, la burocracia ha perdido toda posibilidad de educarlas revolucionariamente. Por lo mismo que ha agotado la espontaneidad y la iniciativa de las masas populares en su propio país, no puede despertar en el mundo el pensamiento crítico y la audacia revolucionaria. Por otra parte, como formación dirigente y privilegiada, aprecia infinitamente más la ayuda y la amistad de los radicales burgueses, de los parlamentarios reformistas, de los burócratas sindicales de occidente, que la de los obreros separados de ella por un abismo. No es éste el sitio para trazar la historia de la decadencia y de la degeneración de la III Internacional, tema al que el autor ha consagrado varios estudios especiales traducidos en casi todas las lenguas de los países civilizados¹³. El hecho es que, en su calidad de dirigente de la Internacional Comunista, la burocracia soviética, ignorante e irresponsable, conservadora e imbuida de un espíritu nacional limitadísimo, no le ha valido al movimiento obrero del mundo más que calamidades. Como por una especie de rescate histórico, en la actualidad la situación internacional de la URSS está mucho menos determinada por el éxito de la edificación del socialismo en un país aislado que por las derrotas del proletariado mundial. Basta recordar que el desastre de la revolución china en 1925-27¹⁴, que desató

¹³ El lector puede ver, por ejemplo, *La Internacional Comunista después de Lenin (con nuevos anexos)* en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*.

¹⁴ El lector puede ver, por ejemplo, *La revolución china y las tesis del camarada Stalin* en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*. También otros materiales referentes a la cuestión en la serie *Trotsky*

las manos del imperialismo japonés en Extremo Oriente, y el desastre del proletariado alemán que condujo al triunfo de Hitler¹⁵ y al frenesí armamentista del Tercer Reich son, en la misma medida, frutos de la política de la Internacional Comunista.

Al traicionar a la revolución mundial, pero sintiéndose traicionada por ella, la burocracia termidoriana se asigna como objetivo principal el de “neutralizar” a la burguesía. Para alcanzar este fin tiene que adoptar una apariencia moderada y sólida, de verdadera guardiana del orden. Pero a la larga, para parecerlo hay que llegar a serlo. La evolución orgánica de los medios dirigentes lo ha logrado, Retrocediendo así, poco a poco, ante las consecuencias de sus propias faltas, la burocracia ha terminado por concebir, para afianzar la seguridad de la URSS, la integración de ésta en el sistema de *statu quo* de la Europa Occidental. ¿Qué cosa mejor que un pacto perpetuo de no agresión entre el socialismo y el capitalismo? La fórmula actual de la política extranjera oficial, ampliamente publicada por la diplomacia soviética, a la que está permitiendo hablar el lenguaje convencional del oficio, y también por la Internacional Comunista que, según creemos, debería expresarse en el lenguaje de la revolución, dice: “No queremos una pulgada de territorio extranjero, pero no cederemos ni una sola del nuestro”. ¡Como si se tratara de simples conflictos territoriales y no de la lucha mundial de dos sistemas irreconciliables!

Cuando la URSS creyó prudente cederle a Japón el Ferrocarril de la China Oriental, este acto de debilidad, preparado por la derrota de la revolución china, fue alabado como una manifestación de fuerza y de seguridad al servicio de la paz. En realidad, al entregar al enemigo una importante vía estratégica, el gobierno soviético le facilitaba a Japón sus conquistas posteriores en el norte de China y sus atentados contra Mongolia. El sacrificio obligado no significaba una neutralización del peligro, sino, en el mejor de los casos, una breve tregua y, en cambio, excitaba poderosamente los apetitos de la camarilla militar de Tokio.

El problema de Mongolia es el de las posibilidades estratégicas avanzadas de Japón, en la guerra contra la URSS. El gobierno soviético se vio obligado a declarar que respondería con la guerra a la invasión de Mongolia. Aquí no se trata de la defensa de “nuestro territorio”: Mongolia es un estado independiente. La defensa pasiva de las fronteras soviéticas parecía suficiente cuando nadie las amenazaba seriamente. La verdadera defensa de la URSS consiste en debilitar las posiciones del imperialismo, y en consolidar las del proletariado y las de los pueblos coloniales del mundo entero. Una relación desventajosa de las fuerzas, puede obligarnos a ceder numerosas pulgadas de territorio, como sucedió con la paz de Brest-Litovsk, con la de Riga y, por fin, con la concesión del Ferrocarril de la China Oriental. La lucha para modificar favorablemente las fuerzas mundiales, le impone al estado obrero el deber constante de ayudar a los movimientos emancipadores de los otros países, labor esencial, que es justamente irreconciliable con la política conservadora del *statu quo*.

La Sociedad de Naciones y la Internacional Comunista

Debido a la victoria del nacionalsocialismo, el acercamiento a Francia, que bien pronto se convirtió en un acuerdo militar, asegura a Francia, guardiana principal del *statu quo*, muchas más ventajas que a la URSS. Según el pacto, el concurso militar de la URSS a Francia es incondicional; por el contrario, el concurso de Francia a la URSS está condicionado por el consentimiento previo de Inglaterra y de Italia, lo que abre un

[inédito en internet y en castellano](#), que en breve publicarán una recopilación de materiales de Trotsky sobre la revolución china.

¹⁵ Remitimos al lector a la obra de Trotsky publicada en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov La lucha contra el fascismo \(y anexos\)](#).

campo ilimitado a las maquinaciones en contra de la URSS¹⁶. La entrada de las tropas hitlerianas en la zona renana ha demostrado que si Moscú diera pruebas de mayor firmeza podría obtener garantías mucho más serias de Francia, si es que los tratados pueden constituir garantías en una época de virajes bruscos, crisis diplomáticas permanentes, acercamientos y rupturas. Pero no es la primera vez que la diplomacia soviética se muestra mucho más firme en su lucha contra los obreros de su propio país que en las negociaciones con los diplomáticos burgueses.

El argumento según el cual el socorro de la URSS a Francia sería poco efectivo por falta de una frontera común entre la URSS y el Reich, no puede tomarse en serio. En caso de agresión alemana contra la URSS, el agresor encontrará evidentemente la frontera indispensable. En caso de agresión alemana contra Austria, Checoslovaquia y Francia, Polonia no podrá permanecer neutral ni un solo día. Si cumple sus obligaciones con Francia abrirá inmediatamente sus fronteras al Ejército Rojo; si, por el contrario, rompe el tratado de alianza y se transforma en auxiliar de Alemania, la URSS descubrirá fácilmente la “frontera común”. Por otra parte, en la guerra futura, las “fronteras marítimas y aéreas desempeñarán un papel no menos importante que las terrestres”.

El ingreso de la URSS en la Liga de las Naciones [Sociedad de Naciones], presentado al país, por medio de una propaganda digna de Goebbels, como el triunfo del socialismo y el resultado de la “presión” del proletariado mundial, sólo ha sido aceptable para la burguesía a consecuencia del debilitamiento del peligro revolucionario; no ha sido una victoria de la URSS, sino una capitulación de la burocracia termidoriana ante la institución de Ginebra, profundamente comprometida y que, según el programa bolchevique que ya conocemos, “consagra sus esfuerzos inmediatos a reprimir los movimientos revolucionarios”. ¿Qué es, pues, lo que ha cambiado tan radicalmente desde el día en que fue adoptado el programa del bolchevismo? ¿La naturaleza de la Sociedad de Naciones? ¿La función del pacifismo en la sociedad capitalista? ¿La política de los sóviets? Plantear el problema es resolverlo.

La experiencia ha demostrado rápidamente que la participación en la Sociedad de las Naciones no añade nada a las ventajas prácticas que se podían asegurar por medio de acuerdos separados con los estados burgueses, pero que imponía, al contrario, restricciones y obligaciones meticulosamente cumplidas por la URSS en interés de su reciente prestigio conservador. La necesidad de adaptar su política a la de Francia y sus aliados, ha impuesto a la URSS una actitud de las más equivocadas en el conflicto italo-abisinio. Mientras que Litvínov (que no era más que la sombra de *monsieur* Laval) expresaba a los diplomáticos franceses su gratitud por sus esfuerzos “a favor de la paz”, tan felizmente coronados por la conquista de Abisinia, el petróleo del Cáucaso continuaba alimentando a la flota italiana. Se puede comprender que el gobierno de Moscú haya evitado romper abiertamente un contrato comercial; pero los sindicatos soviéticos no estaban de ninguna manera obligados a cumplir con las obligaciones del Comisariado del Comercio Exterior. De hecho, la suspensión de la exportación de petróleo soviético a Italia por decisión de los sindicatos soviéticos, hubiera sido indiscutiblemente el punto de partida de un movimiento internacional de boicot, mucho más eficaz que las pérfidas “sanciones” determinadas de antemano por los diplomáticos y juristas de acuerdo con Mussolini. Y si los sindicatos soviéticos, que en 1926 recolectaban abiertamente millones para sostener la huelga de los mineros británicos, no

¹⁶ Remitimos al lector a la obra de Trotsky *¿Adónde va Francia? (Recopilación de artículos con anexos)* editada en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*, al anexo “Carta abierta a los obreros de Francia (la traición de Stalin y la revolución mundial)”, en particular a la página 103 y siguientes del formato pdf.

hicieron absolutamente nada, es porque la burocracia dirigente les prohibió toda iniciativa de este género, principalmente por la complacencia hacia Francia. Pero, en la guerra futura, ninguna alianza militar compensará a la URSS de la confianza perdida por los pueblos de las colonias y por las masas trabajadoras en general.

¿Es posible que el Kremlin no lo comprenda? “El fin esencial del fascismo alemán [nos responde el órgano oficioso de Moscú] era aislar a la URSS. Pues bien, en la actualidad la URSS tiene en el mundo más amigos que nunca” (*Izvestia*, 17/9/35). El proletariado italiano está bajo la bota del fascismo; la revolución china está vencida; el proletariado chino está vencido; el proletariado alemán está tan profundamente derrotado que los plebiscitos hitlerianos no encontraron resistencia alguna por su parte; el proletariado austríaco está atado de pies y manos; los partidos revolucionarios de los Balcanes están fuera de la ley; en Francia y en España, los obreros siguen a la burguesía radical. Pero el gobierno de los sóviets, desde que entró en la Liga de las Naciones, “tiene en el mundo más amigos que nunca”. Esta habladuría, fantástica a primera vista, adquiere un sentido completamente real si no se la refiere al estado obrero, sino a sus dirigentes; pues justamente las crueles derrotas del proletariado alemán son las que han permitido a la burocracia soviética usurpar el poder en su propio país y obtener, más o menos, la aceptación de la “opinión pública” de los países capitalistas. A medida que la Internacional Comunista es menos peligrosa para las posiciones del capital, el gobierno del Kremlin parece más solvente a los ojos de la burguesía francesa, checoslovaca y otras. La fuerza de la burocracia en el interior y en el exterior está en proporción inversa a la de la URSS, estado socialista y base de la revolución proletaria. Pero esto no es más que el anverso de la medalla; hay, además, un reverso.

Lloyd George, cuyas variaciones y cambios sensoriales no están desprovistos de fulgores de perspicacia, en noviembre de 1934 ponía en guardia a la Cámara de los Comunes contra una condena de la Alemania fascista, llamada a ser la fortaleza más segura de Europa ante el comunismo. “La saludaremos un día como amiga”. ¡Palabras significativas! Los elogios semiprotectores, semiirónicos, concedidos por la burguesía mundial al Kremlin, no garantizan en absoluto la paz y ni siquiera implican una disminución del peligro de guerra. La evolución de la burocracia soviética interesa en último lugar a la burguesía mundial, desde el punto de vista de las formas de la propiedad. Napoleón I, aunque hubiese roto radicalmente con las tradiciones del jacobinismo, aunque se hubiese coronado y restaurado la religión católica, seguía siendo objeto de odio de toda la Europa dirigente semifeudal, porque continuaba defendiendo la propiedad surgida de la revolución. Mientras que el monopolio del comercio exterior no sea abolido, mientras que los derechos del capital no sean restablecidos, la URSS, a pesar de todos los “méritos” de sus gobernantes, seguirá siendo para la burguesía del mundo entero un enemigo irreconciliable; y el nacionalsocialismo alemán, un amigo, si no de hoy, cuando menos de mañana. Desde que se iniciaron las negociaciones entre Barthou, Laval y Moscú, la gran burguesía francesa rehusó obstinadamente jugar la carta soviética, a pesar de la gravedad del peligro hitleriano y de la brusca conversión al patriotismo del Partido Comunista Francés. Después de la firma del pacto franco-soviético, Laval fue acusado en la izquierda de que, en realidad, al agitar en Berlín el espectro de Moscú, había aproximado a Berlín y Roma. Estas apreciaciones que probablemente se anticipan un poco a los acontecimientos, en realidad no están en contradicción con su curso normal.

Independientemente de las opiniones que se pueden tener sobre las ventajas y los inconvenientes del pacto franco-soviético, ningún político revolucionario serio negará al estado soviético el derecho a buscar un apoyo complementario en acuerdos momentáneos con tal o cual imperialismo. Solamente importa señalar a las masas, con

claridad y con franqueza, el sitio que un acuerdo táctico parcial de ese género tiene en el sistema de conjunto de las fuerzas históricas. Para aprovechar el antagonismo entre Francia y Alemania, no es necesario idealizar a la aliada burguesa o a la combinación imperialista, momentáneamente enmascarada por la URSS. Pero la diplomacia soviética, seguida por la Internacional Comunista, transforma sistemáticamente a los aliados episódicos de Moscú en “amigos de la paz”, engaña a los obreros hablando de “seguridad colectiva” y de “desarme” y se transforma, por eso mismo, en una filial política de los imperialistas en el seno de las masas obreras.

La memorable entrevista que concedió Stalin al presidente de *Scripps-Howard Newspapers*, Roy Howard, el 1 de marzo de 1935, constituye un documento inapreciable que muestra la ceguera burocrática en los grandes problemas de la política mundial y la hipocresía de las relaciones entre los jefes de la URSS y el movimiento obrero mundial. A la pregunta: “¿La guerra es inevitable?”, Stalin responde: “Considero que las posiciones de los amigos de la paz se consolidan; pueden trabajar abiertamente, están sostenidos por la opinión pública y disponen de medios tales como la Sociedad de las Naciones”. No hay el menor sentido de la realidad en estas palabras. Los estados burgueses no se dividen en “amigos y enemigos” de la paz, ni hay “paz” en sí. Cada país imperialista está interesado en mantener su paz, y lo está tanto más cuanto más pesada sea esta paz para sus adversarios.

La fórmula común a Stalin, Baldwin, León Blum y otros: “La paz estaría verdaderamente asegurada si todos los estados se agruparan en la Sociedad de las Naciones para defenderla”, significa únicamente que la paz estaría asegurada si no hubiera razones para atacarla. La idea es sin duda justa, pero poco sustancial. Las grandes potencias que están alejadas de la Sociedad de las Naciones, evidentemente aprecian más su libertad de movimientos que la abstracción “paz”. ¿Por qué necesitan su libertad de movimientos? Es lo que mostrarán a su tiempo. Los estados que se retiran de la Sociedad de las Naciones, como Japón y Alemania, o se “alejan” momentáneamente como Italia, tienen para ello razones suficientes. Su ruptura con la Sociedad de las Naciones no hace más que modificar la forma diplomática de los antagonismos, sin tocar el fondo, y sin alterar la naturaleza misma de la Sociedad de las Naciones. Los justos que juran fidelidad inquebrantable a la Sociedad de las Naciones, tratan de servirse de ésta para el mantenimiento de su paz. Pero no están de acuerdo entre sí. Inglaterra está muy dispuesta a prolongar la paz sacrificando los intereses de Francia en Europa o África. Francia está dispuesta a sacrificar la seguridad de las comunicaciones marítimas del Imperio Británico para obtener el apoyo de Italia. Para defender sus propios intereses, cada potencia está dispuesta a recurrir a la guerra, a una guerra que naturalmente sería la más justa de las guerras. Los pequeños estados que, a falta de cosa mejor, buscan un abrigo en la Sociedad de las Naciones, no se colocarán, al fin y al cabo, al lado de la paz, sino al lado del más fuerte en la guerra.

La Sociedad de las Naciones defiende el *statu quo*, que no es la organización de la “paz”, sino la de la violencia imperialista de la minoría sobre la inmensa mayoría de la humanidad. Este “orden” sólo puede ser mantenido con guerras incesantes, pequeñas y grandes; en las colonias, hoy; mañana, entre las metrópolis. La fidelidad imperialista al *statu quo* en Europa sólo tiene un carácter convencional, temporal y limitado. Italia se declaraba ayer a favor del *statu quo* en Europa pero no en África; nadie sabe cuál será su política de mañana, pero la modificación de las fronteras en África ya tiene una repercusión en Europa: Hitler sólo se permitió mandar sus tropas a Renania porque Mussolini invadía Etiopía. Sería ridículo contar a Italia entre los “amigos” de la paz; sin embargo, a Francia le interesa más la amistad italiana que la soviética. Inglaterra, por su parte, busca la amistad alemana. Los grupos cambian pero los apetitos subsisten. La

tarea de los partidarios del *statu quo* consiste, en realidad, en encontrar en la Sociedad de las Naciones la combinación de fuerzas más favorables y el camuflaje más cómodo para la preparación de la próxima guerra. ¿Quién la comenzará y cuándo? Esto depende de circunstancias secundarias, pero será necesario que alguien comience, pues el *statu quo* no es más que un vasto polvorín.

El programa del “desarme” sólo será una de las más nefastas ficciones mientras que subsistan los antagonismos sociales. Aun cuando se realizara por medio de convenciones (hipótesis verdaderamente fantástica), no sería un obstáculo para la guerra. Los imperialistas no hacen la guerra porque tengan armas, sino al contrario, fabrican armas cuando tienen necesidad de guerra. La técnica moderna hace posible un rearme extraordinariamente rápido. Todas las convenciones de desarme o de limitación de los armamentos no impedirán que las fábricas de armamentos, los laboratorios y las industrias capitalistas en conjunto, conserven su potencialidad. Alemania desarmada, bajo el control atento de sus vencedores (única forma real de “desarme”, dicho sea de paso), vuelve a ser, gracias a su poderosa industria, la ciudadela del militarismo europeo y se prepara para “desarmar”, a su vez, a ciertos de sus vecinos. La idea de un “desarme progresivo” se reduce a una tentativa para disminuir en tiempo de paz los gastos militares exagerados; se trata de la caja fuerte y no del amor a la paz. Esta idea también resulta irrealizable. Las diferencias de situación geográfica, de poder económico y de saturación colonial, hacen que toda norma de desarme modifique la relación de fuerzas a favor de unos y en perjuicio de otros. De ahí, la esterilidad de las tentativas ginebrinas. En cerca de veinte años, las negociaciones y las conversaciones sobre el desarme sólo han provocado una nueva rivalidad de armamentos, que deja atrás a todo lo que hasta ahora se había visto. Fundamentar la política revolucionaria del proletariado sobre el programa del desarme no es ni siquiera construir sobre arena, es tratar de construir sobre la cortina de humo del militarismo.

El estrangulamiento de la lucha de clases a favor de un progreso sin límites de la carnicería sólo puede asegurarse con el concurso de los líderes de las organizaciones obreras de masas. Las consignas que en 1914 permitieron triunfar en esta labor: la “última guerra”, la “guerra contra el militarismo prusiano”, la “guerra de la democracia”, están demasiado comprometidas por la historia de los últimos veinte años. “La seguridad colectiva” y el “desarme general” las reemplazan. Con el pretexto de sostener a la Sociedad de las Naciones, los líderes de las organizaciones obreras de Europa preparan una reedición de la unión sagrada, no menos necesaria para la guerra que los tanques, la aviación y los gases asfixiantes “prohibidos”.

La III Internacional nació de una protesta indignada contra el socialpatriotismo. Pero el contenido revolucionario que le había insuflado la revolución de octubre se ha agotado hace mucho tiempo. Actualmente, la Internacional Comunista se coloca bajo el signo de la Sociedad de las Naciones, como la II Internacional, pero con una provisión de cinismo más fresca. Cuando el socialista inglés Stafford Cripps llama a la Sociedad de las Naciones una asociación internacional de bandidos, lo que indudablemente no es cortés pero tampoco inexacto, el *Times* pregunta irónicamente: “¿En ese caso, cómo se explica la adhesión de la URSS a la Sociedad de las Naciones?”. No sería fácil responderle. De esta manera, la burocracia moscovita presta una poderosa ayuda al socialpatriotismo, sobre el que la revolución de octubre descargó en su momento un golpe terrible.

Roy Howard ha tratado de obtener a este propósito una explicación: “¿Cuáles son [pregunta a Stalin] vuestros planes y vuestras intenciones de revolución mundial?”. —“Jamás hemos tenido tales proyectos”, —“Sin embargo...” —“Es el fruto de una equivocación.” —“¿Una equivocación trágica?” —“No, cómica; o más bien, tragicómica.”

Citamos textualmente. “¿Qué peligro pueden constituir [continúa Stalin] para los estados vecinos, las ideas de los ciudadanos soviéticos, si estos estados están bien consolidados?”. El entrevistador hubiera podido preguntar aquí: ¿Y si no lo están? Stalin proporcionó, además, otro argumento tranquilizador: “La exportación de las revoluciones es una broma. Cada país puede hacer su revolución. Nuestro país ha querido hacer una revolución y la ha hecho...”. Citamos textualmente. De la teoría del socialismo en un solo país, la transición es natural a la teoría de la revolución en un solo país. ¿Pero, en tal caso, por qué existe la Internacional? [hubiera podido preguntar el entrevistador si no conociera, evidentemente, los límites de la curiosidad legítima]. Las tranquilizadoras explicaciones de Stalin, leídas por los obreros tanto como por los, capitalistas, están llenas de lagunas. Antes de que “nuestro país” hubiera querido hacer la revolución, importamos las ideas marxistas de otros países y aprovechamos la experiencia de otros... Durante decenas de años tuvimos una emigración revolucionaria que dirigía la lucha en Rusia; fuimos sostenidos, moral y materialmente, por las organizaciones obreras de Europa y Norteamérica. Al triunfar, organizamos, en 1919, la Internacional Comunista y proclamamos muchas veces que el proletariado del país revolucionario victorioso está obligado a auxiliar a las clases oprimidas y rebeladas, no solamente en el terreno de las ideas, sino también, si esto es posible, con las armas en la mano¹⁷. No nos contentamos con declararlo; sostuvimos por medio de las armas a los obreros de Finlandia, de Letonia, de Estonia, de Georgia; al hacer marchar al Ejército Rojo sobre Polonia, tratamos de proporcionar al proletariado polaco la oportunidad de sublevarse; enviamos organizadores e instructores militares a los revolucionarios chinos; en 1926 reunimos millones de rublos para los huelguistas ingleses. Resulta ahora que no eran más que equivocaciones. ¿Trágico? No, cómico. Stalin no se equivoca al decir que la vida en la URSS se ha vuelto “alegre” la misma Internacional Comunista se ha vuelto cómica.

Stalin hubiera sido más convincente si, en lugar de calumniar al pasado, hubiera afirmado claramente que la política termidoriana está en oposición con la de octubre. “A los ojos de Lenin [hubiera podido decir] la Sociedad de las Naciones estaba destinada a preparar nuevas guerras imperialistas. Nosotros la consideramos como el instrumento de la paz. Lenin consideraba inevitables las guerras imperialistas. Nosotros consideramos que la exportación de revoluciones es una broma. Lenin condenaba la alianza del proletariado y de la burguesía imperialista como una traición. Nosotros empujamos al proletariado internacional hacia ella, con todas nuestras fuerzas. Lenin se burlaba de la consigna del desarme en el régimen capitalista; creía que era un engaño para los trabajadores. Nosotros fundamentamos toda nuestra política sobre esa consigna. Y vuestra equivocación tragicómica [podría terminar Stalin] consiste en tomarnos por los continuadores del bolchevismo, cuando en realidad somos sus sepultureros”.

El Ejército Rojo y su doctrina

El antiguo soldado ruso, formado en las condiciones patriarcales de la “paz” campesina, se distinguía sobre todo por su espíritu ciegamente gregario. Suvarov, generalísimo de Catalina II y de Pablo I, fue el amo indiscutible de ejércitos de siervos. La Gran Revolución Francesa liquidó para siempre el arte militar de la vieja Europa y de la Rusia de los zares. Aunque el imperio añadió más tarde a su historia grandes conquistas, ya no supo de victorias sobre los ejércitos de los países civilizados. Fueron necesarias derrotas en las guerras extranjeras y convulsiones internas para templar de

¹⁷ Ver por ejemplo el temprano *Decreto n° 112(apoyo material a la revolución mundial)* en la serie *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918* en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*.

nuevo el carácter nacional de los ejércitos rusos. El Ejército Rojo sólo podía nacer sobre una base social y psicológica nueva. La pasividad, el espíritu gregario y la sumisión a la naturaleza, cedieron el sitio, con las nuevas generaciones, a la audacia y al culto de la técnica.

Al mismo tiempo que despertaba el individuo, el nivel cultural mejoraba. Los reclutas analfabetos disminuían constantemente; del Ejército Rojo no sale un hombre que no sepa leer y escribir. Se practican todos los deportes con entusiasmo y se extienden a otras partes. La insignia del buen tirador se ha hecho popular entre los empleados, los obreros, los estudiantes. Durante el invierno, los esquíes prestan a las unidades de tropa una movilidad antes desconocida. Se han obtenido resultados notables en el paracaidismo, en el vuelo sin motor, en la aviación. Las hazañas de la aviación en el ártico y en la estratosfera están presentes en todos los espíritus. Estas cimas indican toda una cadena de alturas conquistadas.

No hay necesidad de idealizar la organización o las cualidades del Ejército Rojo durante la guerra civil. Estos años fueron para los cuadros jóvenes un gran bautismo. Siempre los soldados del ejército imperial, suboficiales, subtenientes, se revelaban como organizadores y jefes; su voluntad se templaba en vastas luchas. Estos autodidactas fueron derrotados con frecuencia, pero terminaron por vencer. Los mejores de ellos se dedicaron enseguida a estudiar con aplicación. De los jefes militares actuales, todos los cuales han pasado por la escuela de la guerra civil, la mayor parte ha terminado sus estudios en la academia militar y ha seguido cursos especiales de perfeccionamiento. Cerca de la mitad de los oficiales superiores han recibido una instrucción militar adecuada; los otros poseen una instrucción media. La teoría les ha dado la disciplina indispensable del pensamiento, sin matar la audacia estimulada por las operaciones dramáticas de la guerra civil. Actualmente, esta generación tiene de cuarenta a cincuenta años, la edad del equilibrio de las fuerzas físicas y morales, en la que la iniciativa audaz se apoya sobre la experiencia sin que ésta la estorbe,

El partido, las Juventudes Comunistas, los sindicatos (independientemente del método con que desempeñen su misión socialista), forman innumerables cuadros de administradores, acostumbrados a manejar masas humanas y masas de mercancías y a identificarse con el estado: éstas son las reservas naturales de los cuadros del ejército. La preparación de la juventud para el servicio militar constituye otra reserva. Los estudiantes forman batallones escolares susceptibles, en caso de movilización, de transformarse en escuelas de aspirantes. Para darse cuenta de la importancia de estos recursos, basta con indicar que el número de estudiantes salidos de las escuelas superiores llega en estos momentos a 80.000 por año, el número total de estudiantes sobrepasa al medio millón, el de alumnos del conjunto de establecimientos se aproxima a 28 millones.

En el dominio de la economía y, sobre todo, de la industria, la revolución social ha asegurado a la defensa del país ventajas en las que la vieja Rusia no podía pensar. Los métodos del plan significan la movilización de la industria, y permiten comenzar la defensa desde la construcción y el utillaje de nuevas empresas. Se puede considerar la relación entre la fuerza viva y la fuerza técnica del Ejército Rojo como igual a la de los ejércitos más avanzados de occidente. La renovación del material de artillería se ha realizado con éxito decisivo durante el primer periodo quinquenal. Se han consagrado sumas enormes a la construcción de coches blindados, camiones, tanques y aviones. El país tiene cerca de medio millón de tractores y, en 1936, deben fabricarse 60.000, con una fuerza global de 8,5 millones de caballos-vapor. La construcción de carros de asfalto alcanza sumas semejantes. Las previsiones son de treinta a cuarenta y cinco carros por kilómetro de frente activo, en caso de movilización.

Después de la gran guerra, la flota se encontró reducida de 548.000 toneladas en 1917, a 82.000 en 1928. Había que empezar por el principio. En enero de 1936, Tujachevsky declaraba al gobierno: “Creamos una flota poderosa concentrando nuestros esfuerzos en los submarinos”. El almirantazgo japonés, hay que admitirlo, está bien informado sobre los éxitos obtenidos en este terreno. En la actualidad, el Báltico es objeto de una atención equivalente. Sin embargo, durante los próximos años, la flota de alta mar no podrá desempeñar más que un papel auxiliar en la defensa de las fronteras navales.

En cambio, la flota aérea se desarrolla notablemente. Hace más de dos años, una delegación de técnicos franceses de aviación expresaba a este respecto, según la prensa, “su asombro y admiración”. Se había podido convencer de que el Ejército Rojo construye, en número creciente, aviones pesados de bombardeo de un radio de acción de 1.200 a 1.500 kilómetros. En caso de conflicto en el Extremo Oriente, los centros políticos y económicos de Japón estarían expuestos a los ataques de la aviación de la región marítima de Vladivostok. Los informes proporcionados a la prensa hacen saber que el plan quinquenal preveía la formación de 62 regimientos de aviación, susceptibles de poner en línea 5.000 aparatos (para 1935). No hay duda de que en este aspecto el plan fue ejecutado y probablemente superado.

La aviación está indisolublemente ligada a un dominio de la industria que antes no existía en Rusia, pero que ha realizado grandes progresos en los últimos tiempos: la química. No es un secreto que el gobierno soviético, como todos los demás gobiernos, no ha creído ni un solo instante en las repetidas “prohibiciones” de la guerra de gases. La obra de los “civilizadores” italianos en Abisinia ha demostrado una vez más lo que valen las limitaciones humanitarias al bandidaje internacional. Se puede pensar que el Ejército Rojo está prevenido contra las sorpresas catastróficas de la guerra química o bacteriológica (las regiones más misteriosas y terroríficas del armamento), al mismo grado que los ejércitos de occidente.

La calidad de los productos de la industria de guerra debe provocar dudas legítimas. Recordemos a este respecto que, en la URSS, los medios de producción son de mejor calidad que los artículos de consumo; cuando los pedidos de guerra los hacen los grupos influyentes de la burocracia dirigente, la calidad de la producción se eleva sensiblemente sobre el nivel ordinario, que es muy bajo. Los servicios de guerra son los clientes más influyentes de la industria. No nos asombremos, pues, de que lo, aparatos de destrucción sean de una calidad superior a los artículos de consumo y aun a los medios de producción. Sin embargo, la industria de guerra es una parte de la industria en general y refleja, aunque con atenuantes, todos los defectos de ésta. Vorochilov y Tujachevsky no pierden ocasión para recordar públicamente a los administradores que “no siempre estamos satisfechos de la calidad de la producción que ofrecéis al Ejército Rojo”. Hay motivos para creer que, entre ellos, los dirigentes de la defensa se expresan en términos más claros. Por regla general, el equipo de la intendencia es inferior al armamento y a las municiones. Las botas son menos buenas que las ametralladoras. El motor de avión, a pesar de los grandes progresos realizados, es aún inferior a los mejores modelos de occidente. El antiguo objetivo (aproximarse lo más posible al nivel del enemigo futuro) subsiste en cuanto a la técnica de la guerra.

La situación es más desagradable en la agricultura. Se repite frecuentemente en Moscú que como los ingresos de la industria han sobrepasado a los de la agricultura, la preponderancia ha pasado en la URSS de la agricultura a la industria. En realidad, las proporciones nuevas de los ingresos están determinadas menos por el crecimiento de la industria, por importante que sea, que por el nivel bajísimo de la agricultura. El espíritu extremadamente conciliador de que ha dado pruebas la diplomacia soviética con Japón,

durante años, se ha debido entre otras causas a las grandes dificultades de avituallamiento. Sin embargo, los tres últimos años han señalado una mejoría real y han permitido la creación de serias bases de aprovisionamiento para la defensa de Extremo Oriente.

Por paradójico que esto parezca, el caballo es el punto más vulnerable del ejército. La colectivización total provocó la pérdida de cerca del 55% de los caballos; y, a pesar de la motorización, los ejércitos actuales necesitan un caballo por cada tres hombres como en la época de Napoleón. Un cambio favorable se observó el año pasado a este respecto, pues el número de caballos comenzó a aumentar. En cualquier caso, aun si la guerra estallara dentro de algunos meses, un país de 170 millones de habitantes tendrá siempre la posibilidad de movilizar los recursos y los caballos necesarios, aunque en perjuicio, es inútil decirlo, del conjunto de la población. Pero en caso de guerra, las masas populares de todos los países sólo pueden esperar hambre, gases y epidemias.

*

La Gran Revolución Francesa creó su ejército con la amalgama de las nuevas formaciones y de las tropas de línea del ejército real. La revolución de octubre liquidó completamente al ejército del antiguo régimen. El Ejército Rojo fue creado desde la base. Nacido al mismo tiempo que el régimen soviético, compartió todas sus vicisitudes. Su superioridad inconmensurable sobre el ejército del zar se debió exclusivamente a la profunda transformación social. Actualmente, el Ejército Rojo no ha escapado a la degeneración del régimen soviético; al contrario, ésta ha encontrado en el ejército su expresión más acabada. Antes de tratar de determinar el posible papel del Ejército Rojo en un futuro cataclismo militar, es necesario que nos detengamos un momento en la evolución de sus ideas básicas y en su estructura.

El decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo del 15/28 de enero de 1918¹⁸, que creó un ejército regular, fijaba en estos términos su misión: “Una vez pasado el poder a manos de las clases trabajadoras y explotadas, surge la necesidad de crear un nuevo ejército que sirva de escudo del poder de los sóviets y, en un futuro, de base para la sustitución del ejército permanente por una milicia nacional y que sea el sostén de la futura revolución social en Europa.” Al repetir, el 1º de Mayo, el “[juramento socialista](#)”, cuyo texto no se ha cambiado desde 1918, los jóvenes soldados rojos se comprometen “en presencia de las clases trabajadoras de Rusia y del mundo entero” a combatir “me comprometo a defender a la República Soviética de todos los peligros y contra todos sus enemigos, a luchar por el socialismo y por la hermandad entre los hombres. Por esta causa me comprometo a dar todas mis fuerzas y la vida misma.”¹⁹. Cuando Stalin dice actualmente que el internacionalismo de la revolución es una “cómica equivocación”, le falta al respeto a los decretos fundamentales del poder de los sóviets que no han sido todavía derogados.

Naturalmente que el ejército profesaba las mismas ideas que el partido y el estado. La legislación, la prensa, la agitación, se inspiraban igualmente en la revolución mundial concebida como un objetivo. El programa del internacionalismo revolucionario revistió muchas veces un aspecto exagerado en los servicios de guerra. El difunto Gusev, que durante algún tiempo fue el Jefe del Servicio Político del Ejército, y más tarde uno de los colaboradores más cercanos de Stalin, escribía en 1921 en una revista militar: “Preparamos el ejército de clase del proletariado [...] no solamente para defendernos de la contrarrevolución burguesa y señorial, sino también para guerras

¹⁸ Ver en la serie [La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos 1917-1918](#) de estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#) el [Decreto sobre la formación del Ejército Rojo](#).

¹⁹ [Edicions Internacionals Sedov](#) serie [La Constitución de la Revolución y sus complementos jurídicos 1917-1918](#), [Decreto sobre el juramento del guerrero rojo](#), puntos 2 y 5 respectivamente.

revolucionarias (defensivas y ofensivas), contra las potencias imperialistas”. Gusev reprochaba al jefe del Ejército Rojo que lo preparaba insuficientemente para sus tareas internacionales²⁰. El autor explicó en la prensa al camarada Gusev que la fuerza armada extranjera está llamada a desempeñar en las revoluciones un papel auxiliar, no principal; no puede precipitar y facilitar la victoria si no intervienen condiciones favorables. “La intervención militar es útil como el fórceps del partero; empleada a tiempo puede abreviar los dolores del parto; empleada prematuramente, sólo puede provocar el aborto” (5 de diciembre de 1925). Desgraciadamente, no podemos exponer aquí, como sería de desear, la historia de las ideas sobre este importante capítulo. Notemos, sin embargo, que Tujachevsky, actualmente mariscal, en 1921 propuso al congreso de la Internacional Comunista la constitución de un “estado mayor internacional”: esta interesante carta fue publicada en su época en un volumen de artículos titulado *La guerra de clases*. Dotado para el mando, pero de una impetuosidad exagerada, este capitán supo por un artículo dedicado a él que “el estado mayor internacional podría ser creado por los estados mayores nacionales de los diversos estados proletarios; mientras que esto no suceda, un estado mayor internacional sería inevitablemente caricaturesco”. Stalin procuraba no tomar partido ante los problemas de principios, sobre todo ante los nuevos; pero muchos de sus futuros compañeros se situaban, durante esos años, a la “izquierda” de la dirección del partido y del ejército. Sus ideas contenían no pocas exageraciones ingenuas o, si se prefiere, “cómicamente equivocaciones”. ¿Una gran revolución es posible sin esto? Combatimos la “caricatura” extremista del internacionalismo, mucho tiempo antes de que hubiéramos tenido que girar nuestras armas en contra de la teoría no menos caricaturesca del “socialismo en un solo país”.

Al contrario de lo que se afirmó posteriormente, la vida ideológica del bolchevismo fue muy intensa, justamente en la época más penosa de la guerra civil. Se entablaron largas discusiones en todos los grados del partido, del estado o del ejército, sobre todo acerca de problemas militares. La política de los dirigentes estaba sometida a una crítica libre y con frecuencia cruel. A propósito de los excesos de celo de la censura, el jefe del ejército escribía entonces: “Convengo gustoso en que la censura hace enormes tonterías y en que es muy necesario exigirle a esa honorable persona mayor modestia. La misión de la censura es vigilar los secretos de guerra... el resto no le interesa” (23 de febrero de 1919).

El episodio del estado mayor internacional fue de poca importancia en la lucha ideológica que, sin salirse de los límites trazados por la disciplina en la acción, condujo a la formación de una especie de fracción de oposición en el ejército, al menos en sus medios dirigentes. La escuela de la “doctrina proletaria de la guerra”, a la que pertenecían o se adherían Frunze, Tujachevsky, Gusev, Vorochilov y otros, procedía de la convicción *a priori* de que el Ejército Rojo en sus fines políticos y en su estructura, así como en su estrategia y su táctica, no debía tener nada en común con los ejércitos nacionales de los países capitalistas. La nueva clase dominante debía tener, en todos los aspectos, un sistema político distinto. Durante la guerra civil, todo se limitó a formular protestas de principio en contra del empleo de generales, es decir, de los antiguos oficiales del ejército del zar, y a enfrentarse al mando superior que luchaba contra las improvisaciones generales y los ataques incesantes a la disciplina. Los promotores más decididos de la nueva palabra trataron incluso de condenar en nombre de los principios de la “maniobra” y de la “ofensiva” erigidas en imperativos absolutos, a la organización centralizada del ejército, susceptible de dificultar la iniciativa revolucionaria en los futuros campos de batalla internacionales. En el fondo, era una tentativa para elevar los

²⁰ En aquellos momentos Trotsky era Comisario del Pueblo para la Guerra y Presidente del Consejo Superior de Guerra. Ed. Fr.

métodos de la guerra de fracciones del comienzo de la guerra civil, a la altura de un sistema permanente y universal. Los capitanes se pronunciaban a favor de la nueva doctrina con tanto más calor cuanto que no querían estudiar la antigua. Tsaritsin (actualmente Stalingrado) era el foco principal de estas ideas: Budioni, Vorochilov (y un poco más tarde, Stalin), habían comenzado allí sus actividades militares.

Se necesitó que llegara la paz para que se hiciera una tentativa más coordinada para transformar estas tendencias innovadoras en doctrina. Uno de los mejores jefes de la guerra civil, un antiguo condenado político, el difunto Frunze, tomó esta iniciativa sostenido por Vorochilov y, parcialmente, por Tujachevsky. En el fondo, la doctrina proletaria de la guerra era muy análoga a la de la “cultura proletaria”, cuyo carácter esquemático y metafísico compartía enteramente. Los escasos trabajos que dejaron sus autores, sólo encierran unas cuantas recetas prácticas, nada nuevas, obtenidas por deducción de una definición estereotipada del proletariado, clase internacional en situación de ofensiva; es decir, inspiradas en abstracciones psicológicas y no en las condiciones reales de lugar y tiempo. El marxismo, citado a cada línea, dejaba su lugar al más puro idealismo. Tomando en cuenta la sinceridad de estos errores, no es difícil descubrir, sin embargo, el germen de la suficiencia burocrática, deseosa de pensar y de obligar a pensar a los demás que ella es capaz de realizar en todos los terrenos, sin preparación especial y aun sin bases materiales, milagros históricos.

El jefe del ejército en esa época²¹, respondía a Frunze: “Por mi parte no dudo de que si un país dotado de una economía socialista desarrollada se viera obligado a hacer la guerra a un país burgués, su estrategia tendría otro aspecto. Pero esto no es una razón para que hoy queramos imaginar una estrategia proletaria. Desarrollando la economía socialista, elevando el nivel cultural de las masas [...] enriqueceremos, indudablemente, el arte militar con nuevos métodos”. Para lograrlo, estudiemos con aplicación en la escuela de los países capitalistas avanzados, sin tratar de “deducir por procedimientos lógicos una estrategia nueva de la naturaleza revolucionaria del proletariado” (1 de abril de 1923). Arquímedes prometía mover la tierra si se le daba un punto de apoyo. Estaba en lo cierto. Pero si se le hubiera ofrecido el punto de apoyo se habría dado cuenta de que la palanca y la fuerza le faltaban. La revolución victoriosa nos daba un nuevo punto de apoyo; pero aún no se construyen las palancas para mover al mundo.

“La doctrina proletaria de la guerra” fue rechazada por el partido como su hermana mayor, la doctrina de la “cultura proletaria”. Posteriormente, sus destinos cambiaron; Stalin y Bujarin recogieron el estandarte de la “cultura proletaria”, sin resultados apreciables es cierto, durante los siete años que separan la proclamación del socialismo en un solo país de la liquidación de todas las clases (1924-1931). La “doctrina proletaria de la guerra”, por el contrario, no ha sido reconocida, aunque sus antiguos promotores llegasen rápidamente al poder. La diferencia entre los destinos de estas dos doctrinas tan semejantes, es muy característica de la sociedad soviética. La “cultura proletaria” se refería a cosas imponderables, y la burocracia ofreció al proletariado esta compensación mientras lo alejaba brutalmente del poder. La doctrina militar, por el contrario, tocaba los intereses de la defensa y los de la capa dirigente; no dejaba lugar a las fantasías ideológicas. Los antiguos adversarios del empleo de generales habían llegado a transformarse en generales; los promotores del estado mayor internacional se habían vuelto cuerdos bajo la égida del “estado mayor en un sólo país”; la doctrina de la “seguridad colectiva” sustituía a la de la “guerra de clases”; la perspectiva de la revolución mundial cedía su sitio al culto al *statu quo*. Para inspirar confianza a los aliados hipotéticos y no irritar demasiado a los adversarios, se necesitaba

²¹ Sigue tratándose de Trotsky mismo. Ed. Fr.

parecerse lo más posible a los ejércitos capitalistas. Las modificaciones de doctrina y de fachada disimulaban procesos sociales de importancia histórica. El año de 1935 se señaló por una especie de golpe de estado doble, respecto al sistema de las milicias y al de los cuadros.

Liquidación de las milicias y restablecimiento de los grados

¿En qué medida la fuerza armada soviética, cerca de veinte años después de la revolución, corresponde al tipo deseado por el programa del partido bolchevique?

Conforme al programa del partido, el ejército de la dictadura del proletariado debe “tener un franco carácter de clase; es decir, debe formarse exclusivamente de proletarios y de campesinos pertenecientes a las capas pobres semiproletarias de la población del campo. Este ejército de clase sólo será una milicia socialista de todo el pueblo después de la supresión de las clases”. Al renunciar provisionalmente a un ejército *que representa a la totalidad del país*, el partido no renunciaba al sistema de milicias. Por el contrario, una decisión del VIII Congreso del PC dice que “fundamentamos las milicias sobre una base de clase y las transformamos en milicias socialistas”. El objetivo era crear un ejército “sin cuarteles, en la medida de lo posible; es decir, colocado en condiciones semejantes a las de la clase obrera en el trabajo”. Las diversas unidades debían, finalmente, corresponder a las fábricas, minas, pueblos, comunas agrícolas y otras formaciones orgánicas “provistas de un mando local y de reservas locales de armamentos y aprovisionamiento”. La cohesión regional escolar, industrial y deportiva de la juventud, debía reemplazar con ventaja al espíritu militar inculcado por el cuartel e implantar una disciplina consciente sin recurrir al cuerpo de oficiales profesionales que dominaran al ejército.

Respondiendo a la naturaleza de la sociedad socialista, la milicia exige una economía avanzada. El ejército territorial expresa mucho más directamente el estado real del país. Mientras más primitiva sea la cultura, mayor será la diferencia entre el campo y la ciudad, y la milicia será menos homogénea y estará menos bien organizada. La insuficiencia de los ferrocarriles, carreteras y vías fluviales, la falta de caminos, la debilidad del transporte en automóvil, condenan al ejército territorial durante las primeras semanas y los primeros meses críticos de la guerra a una extremada lentitud. Para asegurar el resguardo de las fronteras durante la movilización, así como los transportes estratégicos y la concentración de las fuerzas, es necesario disponer de un ejército permanente al mismo tiempo que de las milicias. El Ejército Rojo fue concebido, desde el principio, como un compromiso obligatorio de los dos sistemas, en el que, sin embargo, prevalecía el ejército permanente.

El jefe del ejército²² escribía en 1924: “No hay que perder de vista estas dos consideraciones: si el establecimiento del régimen soviético crea por primera vez la posibilidad de un sistema de milicias, el tiempo que necesitemos para lograrlo estará determinado por el estado general de la cultura del país (técnica, comunicaciones, instrucción, etcétera). Las bases políticas de las milicias están firmemente establecidas entre nosotros, pero sus bases económicas y culturales están muy atrasadas”. Si las condiciones materiales necesarias estuvieran dadas, el ejército territorial, lejos de desmerecer ante el ejército permanente, le sería francamente superior. La URSS paga cara su defensa porque es demasiado pobre para tener un ejército territorial que resultaría menos caro. No nos asombremos; justamente porque la URSS es pobre, se hunde bajo el peso de una costosa burocracia.

²² Trotsky. Ed. Fr.

Un problema similar se presenta con notable frecuencia en todos los dominios de la vida social, sin excepción, y es el de la desproporción entre el fundamento económico y la superestructura social. En la fábrica, el koljós, en la familia, en la escuela, en la literatura, en el ejército, todas las relaciones reposan sobre la contradicción entre el bajo nivel (aun desde el punto de vista capitalista) de las fuerzas de producción y las formas, socialistas, en principio, de la propiedad.

Las nuevas relaciones sociales elevan la cultura. Pero la cultura insuficiente rebaja las formas sociales. La realidad soviética es el resultado de dos tendencias. En el ejército, gracias a la estructura perfectamente definida del organismo, la resultante se mide con cifras bastante exactas. Las proporciones de las unidades permanentes y territoriales pueden servir de índice y caracterizar el avance hacia el socialismo.

La naturaleza y la historia han atribuido a la URSS fronteras abiertas, a 10.000 kilómetros una de la otra, con una población diseminada y malos caminos. El 15 de octubre de 1924, la antigua dirección del ejército, que estaba en los últimos meses de su actividad, invitó de nuevo al país a que no olvidara que “la organización de las milicias no podrá tener en el futuro inmediato más que un carácter necesariamente preparatorio. Todo progreso en este sentido se nos debe controlar con la verificación rigurosa de los resultados” Pero en 1925 se abre una nueva era: los antiguos protagonistas de la “doctrina proletaria de guerra” llegan al poder. En realidad, el ejército territorial estaba en contradicción radical con el ideal de “ofensiva” y “maniobra” que había sido el de esta escuela. Solamente que se olvidaba de la revolución mundial. Los nuevos jefes esperaban evitar la guerra “neutralizando” a la burguesía. En los años que siguieron, el 74% de los efectivos del ejército pasaron al sistema de milicias.

Mientras que Alemania permanecía desarmada y, además, “amiga”, el cuartel general de Moscú señalaba, en lo que se refiere a las fronteras occidentales, a las fuerzas de los vecinos de la URSS: Polonia, Rumania, Lituania, Letonia, Estonia, Finlandia, como adversarios que probablemente estarían ayudados por las grandes potencias, sobre todo por Francia. En aquella época ya lejana (acabó en 1933), Francia aún no era la amiga providencial de la paz. Los estados limítrofes podían, en conjunto, movilizar a cerca de 120 divisiones de infantería, o sea a cerca de 3.500.000 hombres. El plan de movilización del ejército tendía a asegurar en la frontera occidental una concentración de fuerzas casi equivalentes. En el Extremo Oriente, las condiciones particulares del teatro de la guerra obligan a contar con centenares de miles y con millones de combatientes. Por cada cien hombres en el frente, se necesitan, en un año, 75 reemplazantes. De manera que dos años de guerra costarían al país (sin tener en cuenta los soldados que al salir de los hospitales se reintegrarían al frente), de 10 a 12 millones de hombres. Hasta 1935, el Ejército Rojo sólo contaba con 562.000 hombres de efectivos; 620.000 con las tropas de la GPU, de los cuales 40.000 eran oficiales. De estas fuerzas, repitámoslo, el 74% pertenecía a las divisiones territoriales y solamente el 26% a las unidades acuarteladas. ¿Se podía pedir mejor prueba de la victoria del sistema de las milicias (no en la medida de 100, sino del 74%), y, en todo caso, a título “definitivo e irrevocable”?

Todos estos cálculos, bastantes precarios en sí mismos, se bambolearon con la llegada de Hitler al poder; Alemania se armó febrilmente, contra la URSS ante todo. La perspectiva de cohabitar pacíficamente con el capitalismo se borró al momento. La amenaza de guerra, cada vez más precisa, obligó al gobierno soviético a modificar radicalmente la estructura del Ejército Rojo, aumentando sus efectivos a 1.300.000 hombres. En la actualidad, el ejército comprende un 77% de las divisiones llamadas “encuadradas” y un 23% de divisiones territoriales. Esta eliminación de las formaciones territoriales se parece mucho al abandono del sistema de milicias, si se piensa que el

ejército no es indispensable para sostener una paz sin nubes, sino para la guerra. La experiencia histórica revela, de este modo, comenzando por el dominio en que las bromas son menos adecuadas, que no se conquista “definitiva e irrevocablemente” más que lo que está asegurado por la base de producción de la sociedad.

A pesar de esto, el descenso del 74% al 23% parece excesivo. Hay que creer que no se ha producido sin una presión “amistosa” del estado mayor francés. Es más probable todavía que la burocracia haya acogido la ocasión propicia para terminar con este sistema, por razones dictadas en amplia medida por la política. Por definición, las divisiones territoriales están bajo la dependencia directa de la población, lo cual es su ventaja, desde el punto de vista socialista, y también su inconveniente desde el punto de vista del Kremlin. En efecto, a causa de la gran proximidad del ejército y del pueblo, los países capitalistas avanzados, en los que el sistema de las milicias sería perfectamente realizable, lo rechazan. La viva fermentación del Ejército Rojo durante la ejecución del primer plan quinquenal fue, indudablemente, un motivo más para reformar las divisiones territoriales.

Nuestra hipótesis se confirmaría, con toda seguridad, con un diagrama que mostrara la composición del Ejército Rojo antes y después de la reforma; pero no lo tenemos, y de tenerlo no nos permitiríamos comentarlo en estas páginas. Un hecho es notorio: mientras que el gobierno soviético reduce en un 51% la importancia específica de las milicias territoriales, restablece las unidades cosacas, únicas formaciones territoriales del antiguo régimen. La caballería siempre ha sido el elemento privilegiado y conservador de un ejército. Durante la guerra y la revolución, los cosacos sirvieron como fuerza de policía al zar y, enseguida, a Kerensky. Bajo el régimen de los sóviets, fueron invariablemente “vendeanos” [refiriéndose a la Vendée de la revolución francesa, nota editor en el MIA]. La colectivización implantada entre ellos con una violencia particular no ha podido modificar sus tradiciones ni su mentalidad. En cambio, se les ha concedido el derecho, a título excepcional, de poseer caballos. Claro está que no les faltan otros favores. ¿Se puede dudar que los jinetes de las estepas se pondrán de nuevo al lado de los privilegiados, contra los descontentos? Ante las incesantes medidas de represión contra la juventud obrera opositora, la reaparición de los galones, y de los cosacos de gorros belicosos, son un signo de los más notables del Termidor.

El decreto que restablece el cuerpo de oficiales en todo su esplendor burgués, ha descargado sobre los principios de la revolución de octubre un golpe aún más duro. Con sus defectos, pero también con sus cualidades inapreciables, los cuadros del Ejército Rojo se habían formado en la revolución y en la guerra civil. La juventud, privada de actividad política libre, proporciona todavía excelentes comandantes rojos. Por otra parte, la degeneración progresiva del estado se ha dejado sentir en el estado mayor. Vorochilov, al enunciar en una conferencia pública verdades fundamentales sobre el ejemplo que los comandantes deben dar a sus subordinados, tuvo que confesar que “no puedo, con gran pesar de mí parte, felicitarlos”; “los cuadros, con demasiada frecuencia, no pueden seguir los progresos” realizados en filas; “los comandantes son con demasiada frecuencia incapaces de hacer frente a las situaciones nuevas” etc. Estas amargas confesiones del jefe más alto del ejército, formalmente cuando menos, pueden inquietar pero no asombrar; lo que Vorochilov dice del ejército puede aplicarse a toda la burocracia. Es cierto que el orador no admite que pueda contarse a los dirigentes entre los “atrasados”, puesto que apresuran a todo el mundo y multiplican las órdenes para estar a la altura. Pero en realidad, la corporación incontrolada de los jefes, a la que pertenece Vorochilov, es la principal causa del atraso, de la rutina y de muchas otras cosas.

El ejército no es más que un elemento de la sociedad y padece todas las enfermedades de ésta; sobre todo, cuando sube la temperatura. El oficio de la guerra es demasiado severo para soportar las ficciones y las falsificaciones. El ejército de una revolución tiene necesidad de una amplísima crítica; y el mando, de un control democrático. Los organizadores del ejército lo comprendieron tan bien desde el comienzo, que creyeron necesario preparar la elegibilidad de los jefes. La decisión capital del partido a este propósito dice: “El aumento del espíritu del cuerpo de las unidades y la formación del espíritu crítico de los soldados respecto a sí mismos y a sus jefes, crearán las condiciones favorables para la aplicación cada vez más amplia del principio de elegibilidad de los jefes”. Pero quince años después de adaptarse esta moción (tiempo suficiente, parece, para consolidar el espíritu de cuerpo y la autocrítica), los dirigentes soviéticos toman el camino opuesto.

El mundo civilizado (amigos y enemigos) supo con estupor, en septiembre de 1935, que el Ejército Rojo tendría una jerarquía de oficiales, comenzando por teniente para acabar en mariscal. El jefe verdadero del ejército, Tujachevsky, explicó que “el restablecimiento de los grados creaba una base más estable a los cuadros del ejército, tanto técnicos como de mando”. Explicación intencionalmente equívoca. El mando se consolida, sobre todo, por la confianza en los hombres. Justamente por esto, el Ejército Rojo comenzó por la liquidación de los cuerpos de oficiales. El interés de la defensa no exige el restablecimiento de una casta de oficiales. Lo que importa prácticamente es el puesto de mando y no el grado. Los ingenieros y los médicos no poseen grados, y, sin embargo, la sociedad encuentra el medio de ponerlos en su sitio. El derecho a un puesto de mando está asegurado por los conocimientos, el talento, el carácter, la experiencia; factores que exigen una apreciación incesante e individual. El grado de mayor no agrega nada al comandante de un batallón. Las estrellas de los mariscales no confieren a los cinco jefes superiores del Ejército Rojo ni nuevos talentos, ni mayor autoridad. La base “estable” en realidad no se ofrece al ejército, sino al cuerpo de oficiales, al precio de su alejamiento del ejército. Esta reforma persigue un fin puramente político: dar al cuerpo de oficiales un peso social. Mólotov lo dice, en suma, cuando justifica el decreto por la necesidad de “aumentar la importancia de los cuadros dirigentes del ejército”. Al hacer esto, no se limita a restablecer los cuadros. Se construyen precipitadamente viviendas para los oficiales. En 1936, 47.000 viviendas deben ser puestas a su disposición; una suma, mayor en un 75% que los créditos del año precedente, está consagrada a sus haberes. “Aumentar la importancia” es ligar más estrechamente a los oficiales con los medios dirigentes, debilitando su unión con el ejército.

Hecho digno de mencionarse: los reformadores no se han creído con el deber de inventar para los grados denominaciones nuevas; al contrario, han deseado, evidentemente, imitar a occidente. Con eso mismo han descubierto su Talón de Aquiles, al no atreverse a restablecer el grado de general, que en ruso despierta demasiada ironía. La prensa soviética, al comentar la promoción de cinco mariscales (elegidos, hagámoslo notar, por su devoción a Stalin, más que por sus talentos y por los servicios prestados), no dejó de evocar al antiguo ejército zarista “con su espíritu de casta, su veneración de los grados y su servilismo jerárquico”. Entonces, ¿por qué imitarlo tan bajamente? La burocracia, al crear nuevos privilegios, usa los mismos argumentos que sirvieron antes para destruir a los antiguos. La insolencia se combina, así, con la pusilanimidad y se completa con dosis cada vez mayores de hipocresía.

Por inesperado que haya podido parecer el restablecimiento del “espíritu de casta, de la veneración de los grados y del servilismo jerárquico”, el gobierno probablemente no tenía otro remedio. La designación de los comandantes por sus virtudes personales sólo es posible si la crítica y la iniciativa se manifiestan libremente

en un ejército colocado bajo el control de la opinión pública. Una rigurosa disciplina puede acomodarse muy bien con una amplia democracia, y aun encontrar apoyo en ella. Pero ningún ejército puede ser más democrático que el régimen que lo nutre. El burocratismo, con su rutina y su suficiencia, no deriva de las necesidades especiales de la organización militar, sino de las necesidades políticas de sus dirigentes; sólo que estas necesidades encuentran en el ejército su expresión más acabada. El restablecimiento de la casta de oficiales, dieciocho años después de su supresión revolucionaria, atestigua con igual fuerza el abismo que se ha abierto entre los dirigentes y los dirigidos, y que el ejército ha perdido las cualidades esenciales que le permitían llamarse Ejército Rojo²³, así como el cinismo de la burocracia que hace ley de las consecuencias de esta desmoralización.

La prensa burguesa ha comprendido esta reforma, como era natural. *Le Temps* escribía, el 25 de septiembre de 1935: “Esta transformación exterior es uno de los indicios de la profunda transformación que se realiza actualmente en toda la URSS. El régimen definitivamente consolidado se establece poco a poco. Los hábitos, las costumbres revolucionarias, ceden su lugar, en la familia soviética y en la sociedad, a los sentimientos y a las costumbres que siguen dominando en los países llamados capitalistas. Los sóviets se aburguesan”. Casi no tenemos nada que añadir a esta apreciación.

La URSS y la guerra

El peligro de guerra no es más que una de las expresiones de la dependencia de la URSS respecto al mundo y, en consecuencia, uno de los argumentos contra la utopía de una sociedad socialista aislada; argumento temible que se presenta ahora en primer plano.

Sería vano querer prever todos los factores de la próxima lucha de los pueblos: si un cálculo de este género fuese posible, el conflicto de los intereses se resolvería siempre mediante una apacible transacción entre los querellantes. Hay demasiadas incógnitas en la sangrienta ecuación de la guerra. En todo caso, la URSS goza de grandes ventajas heredadas del pasado y creadas por el nuevo régimen. La experiencia de la intervención, durante la guerra civil, demostró que su extensión sigue constituyendo una gran superioridad para Rusia. La pequeña Hungría soviética fue derrumbada en unos cuantos días por el imperialismo extranjero, ayudado, es cierto, por el torpe dictador Bela Kun. La Rusia de los sóviets, cortada desde el principio por su periferia, resistió a la intervención tres años; en ciertos momentos, el territorio de la revolución se encontró casi reducido al del antiguo gran ducado de Moscovia; pero no necesitó más que sostenerse y vencer posteriormente.

Las reservas humanas constituyen una segunda ventaja considerable. La población de la URSS, con un aumento de tres millones de almas al año, ha sobrepasado los 170 millones. Una clase joven comprende 1.300.000 jóvenes. La selección más rigurosa, física y política, no elimina más que 400.000. Reservas que se pueden estimar de 18 a 20 millones de hombres son prácticamente inagotables.

Pero la naturaleza y los hombres no hacen más que suministrar la materia prima de la guerra. El “potencial” militar depende, ante todo, de la potencia económica del estado. Desde este punto de vista, las ventajas de la URSS son inmensas con relación a las de la antigua Rusia. Ya hemos indicado que la economía planificada ha proporcionado mayores resultados, hasta ahora, en el dominio militar. La industrialización de las regiones más alejadas, de Siberia principalmente, confiere a las

²³ Después llamado Ejército Soviético. Ed. Fr.

extensiones de las estepas y de los bosques una nueva importancia. Sin embargo, la URSS sigue siendo un país atrasado. El bajo rendimiento del trabajo, la mediocre calidad de la producción, la debilidad de los transportes, sólo están compensados parcialmente por las riquezas naturales y la población. En tiempos de paz, la medida de las fuerzas económicas de sistemas sociales opuestos puede diferirse (por largo tiempo, pero no para siempre) por iniciativas políticas y principalmente por el monopolio del comercio exterior. En tiempo de guerra, la prueba es directa en los campos de batalla. De ahí el peligro.

Las derrotas, aunque suelen producir grandes cambios políticos, están lejos de producir siempre transformaciones económicas. Un régimen social que asegure un alto nivel de cultura y de gran riqueza, no puede ser derrocado por las bayonetas. Al contrario, siempre se observa que los vencedores adoptan las costumbres de los vencidos, cuando éstos son superiores por su desarrollo. Las formas de la propiedad no pueden ser modificadas por la guerra más que en el caso de que estén en grave contradicción con las bases económicas del país. La derrota de Alemania en una guerra contra la URSS provocaría inevitablemente la caída de Hitler y también la del sistema capitalista. No se puede dudar, por otra parte, que la derrota no sea fatal a los dirigentes de la URSS y para las bases sociales del país. La inestabilidad del régimen actual de Alemania proviene del hecho que sus fuerzas productivas han sobrepasado, desde hace mucho tiempo, las normas de la propiedad privada capitalista. La inestabilidad del régimen soviético, por el contrario, se debe al hecho de que sus fuerzas productivas aún están lejos de alcanzar la altura de la propiedad socialista. Las bases sociales de la URSS están amenazadas por la guerra, por las mismas razones que hacen que, en tiempo de paz, necesite de la burocracia y del monopolio del comercio exterior, es decir, por su debilidad.

¿Se puede esperar que la URSS saldrá sin ser derrotada de la próxima guerra? Respondamos claramente a una pregunta planteada con toda claridad: si la guerra no fuera más que una guerra, la derrota de la URSS sería inevitable. Desde el punto de vista de la técnica, la economía y el arte militar, el imperialismo es infinitamente más poderoso que la URSS y, si no lo paraliza la revolución en occidente, destruirá el régimen nacido de la revolución de octubre.

A esto se puede responder que el imperialismo es una abstracción, pues está desgarrado por sus propias contradicciones. Es cierto; y sin ellas, hace mucho tiempo que la URSS habría abandonado la escena. Los acuerdos diplomáticos y militares de la URSS reposan, en parte, sobre estas contradicciones. Pero se cometería un error funesto al negarse a ver un límite traspasado el cual cesan esos desgarramientos. Así como la lucha de los partidos burgueses y pequeñoburgueses, de los más reaccionarios a los más socialdemócratas, cesa ante el peligro inmediato de la revolución proletaria, los antagonismos imperialistas se resolverán siempre para impedir la victoria militar de la URSS.

Los acuerdos diplomáticos no son más que papel mojado, según el dicho, no desprovisto de razón, de un canciller del Reich. En ninguna parte está escrito que durarán hasta la guerra. Ningún tratado con la URSS resistirá a la amenaza de una revolución inminente en cualquier parte de Europa. Bastará con que la crisis política de España (para no hablar de la de Francia) entre en una fase revolucionaria para que las esperanzas en Hitler el salvador, loadas por Lloyd George, se apoderen irresistiblemente de todos los gobiernos burgueses. Por lo demás, si la situación inestable de España, de Francia, de Bélgica, terminara con una victoria de la reacción, no quedaría huella de los pactos soviéticos. En fin, admitiendo que el papel mojado guarde su fuerza en la primera fase de las operaciones militares, es indudable que la agrupación de las fuerzas

en la fase decisiva estará determinada por factores mucho más poderosos que las solemnes promesas de diplomáticos especializados, precisamente, en la felonía.

La situación cambiaría por completo si los gobiernos burgueses obtuvieran garantías materiales de que el gobierno de Moscú no solamente se pondrá de su parte en la guerra, sino, además, en la lucha de clases. Aprovechando las dificultades de la URSS, cogida entre dos fuegos, los “amigos” capitalistas “de la paz” tomarán todas las medidas necesarias para acabar con el monopolio del comercio exterior y las leyes soviéticas que rigen la propiedad. El movimiento de defensa nacional que crece entre los emigrados rusos de Francia y de Checoslovaquia se alimenta de esas esperanzas. Y si hay que contar con que la lucha mundial sólo tendrá su desenlace por medio de la guerra, los aliados tendrán grandes oportunidades para alcanzar su fin. Sin intervención de la revolución, las bases sociales de la URSS se derrumbarán, tanto en caso de victoria como en caso de derrota.

No hace más de dos años, un documento-programa titulado *La IV Internacional y la guerra*, esbozaba en los siguientes términos esa perspectiva: “Bajo la influencia de la viva necesidad de artículos de primera necesidad experimentada por el estado, las tendencias individualistas de la economía rural se reforzarían y las fuerzas centrífugas aumentarían de mes a mes en el seno de los koljoses. [...] Podría esperarse [...] en la atmósfera sobrecargada de la guerra, en un llamamiento a los capitalistas extranjeros “aliados”, en atentados contra el monopolio del comercio exterior, en el debilitamiento del control del estado sobre los trust, en conflictos entre trust y obreros, etc. En otras palabras, una larga guerra, si el proletariado internacional permaneciera en actitud pasiva, podría, y aún más, debería provocar la resolución de las contradicciones internas de la URSS por medio de una contrarrevolución bonapartista”. Los acontecimientos de estos dos últimos años no han hecho más que aumentar esta probabilidad.

Todo lo que precede no exige, sin embargo, conclusiones “pesimistas”. No queremos cerrar los ojos ante la enorme superioridad material del mundo capitalista, ni ignorar la inevitable felonía de los “aliados” imperialistas, ni engañarnos sobre las contradicciones internas del régimen soviético; pero tampoco estamos inclinados a sobreestimar la solidez del sistema capitalista en los países hostiles tanto como en los aliados. Mucho antes de que la guerra pueda poner a prueba la proporción de las fuerzas, someterá la estabilidad de estos regímenes a un rudo examen. Todos los teóricos de la futura matanza de pueblos cuentan con la probabilidad y aún con la certeza de revoluciones. La idea, cada vez más generalizada en ciertas esferas, de pequeños ejércitos profesionales, idea apenas un poco más realista que un duelo de héroes, inspirado en el precedente de David y Goliat, revela, por lo que tiene de fantástica, el temor que se experimenta ante el pueblo armado. Hitler no deja pasar una ocasión para subrayar su deseo de paz, aludiendo al inevitable desbordamiento del bolchevismo que la guerra provocaría en occidente. La fuerza que aún contiene a la guerra próxima a desencadenarse no está en la Sociedad de las Naciones, ni en los pactos de garantía, ni en los referéndums pacifistas, sino, única y exclusivamente, en el temor saludable que las potencias tienen a la revolución.

Como todos los fenómenos, los regímenes sociales deben ser juzgados por comparación. A pesar de sus contradicciones, el régimen soviético, desde el punto de vista de la estabilidad, tiene inmensas ventajas sobre sus probables adversarios. La posibilidad misma del dominio de los nazis sobre el pueblo alemán, se debe a la tensión prodigiosa de los antagonismos sociales en Alemania. Estos antagonismos no han desaparecido ni se han atenuado; la losa del fascismo solamente los comprime. La guerra los exteriorizaría. Hitler tiene muchas menos oportunidades de las que tuvo

Guillermo II para terminar victoriosamente la guerra. Sólo una revolución hecha a tiempo podría evitarle la guerra a Alemania, librándola de una nueva derrota.

La prensa mundial presenta los asesinatos de ministros japoneses por oficiales como manifestaciones imprudentes de un patriotismo apasionado. En realidad, estos actos se clasifican, a pesar de la diferencia de ideologías, en la misma rúbrica que las bombas arrojadas por los nihilistas rusos contra la burocracia del zar. La población de Japón se ahoga bajo el yugo combinado de una explotación agraria asiática y de un capitalismo ultramoderno; al primer relajamiento de las coerciones militares, Corea, Manchukuo y China se levantarán contra la tiranía japonesa. La guerra hundirá al imperio en un cataclismo social.

La situación de Polonia no es sensiblemente mejor. El régimen establecido por Pilsudski, el más estéril que se conozca, ni siquiera ha logrado suavizar la servidumbre de los campesinos. La Ucrania occidental (Galitzia) sufre una cruel opresión que hiere todos los sentimientos nacionales. Las huelgas y las sublevaciones son interminables en los centros obreros. La burguesía polaca, al tratar de asegurarse para el porvenir la alianza de Francia y la amistad de Alemania, sólo conseguirá precipitar la guerra en la que encontrará su pérdida.

El peligro de guerra y el de una derrota de la URSS son realidades. Si la revolución no impide la guerra, la guerra podrá ayudar a la revolución. Un segundo parto es generalmente más fácil que el primero. La primera revuelta no se hará esperar dos años y medio en la próxima guerra. Y una vez comenzadas, las revoluciones no se detendrán a medio camino. El destino de la URSS no se decidirá, en definitiva, en los mapas de los estados mayores, sino en la lucha de clases. El proletariado europeo, irreductiblemente levantado contra su burguesía, aun entre los amigos “de la paz”, será el único que podrá impedir que la URSS sea derrotada o apuñalada por la espalda por sus “aliados”. Y la misma derrota de la URSS no sería más que un episodio de corta duración si el proletariado alcanzará la victoria en otros países. Por el contrario, ninguna victoria militar salvará la herencia de la revolución de octubre si el imperialismo se mantiene en el resto del mundo.

Los partidarios de la burocracia dirán que “subestimamos” las fuerzas internas del Ejército Rojo, etc., como dijeron antes que “negábamos” la posibilidad de la edificación socialista en un solo país. Estos argumentos son de tan baja calidad, que ni siquiera permiten un intercambio de opiniones por infecundo que fuera. Sin Ejército Rojo, la URSS ya hubiera sido derrotada y desmembrada como China. Sólo su larga resistencia heroica y testaruda podrá crear las condiciones favorables para el desarrollo de la lucha de clases en los países imperialistas. El Ejército Rojo es, de este modo, un factor de importancia histórica inapreciable; nos basta con que pueda impulsar potentemente a la revolución. Pero sólo la revolución podrá cumplir la misión principal que está por encima de las fuerzas del Ejército Rojo.

Nadie exige que el gobierno soviético se exponga a aventuras internacionales y deje de obedecer a la razón, tratando de forzar el curso de los acontecimientos mundiales. Las tentativas de este género que se hicieron antes (Bulgaria, Estonia, Cantón...), sólo han beneficiado a la reacción y fueron condenadas en su tiempo por la Oposición de Izquierda. Se trata de la orientación general de la política exterior soviética. La contradicción entre la política extranjera de la URSS y los intereses del proletariado mundial internacional y de los pueblos coloniales encuentra su expresión más funesta en la subordinación de la Internacional Comunista a la burocracia conservadora y en su nueva religión de la inmovilidad.

Bajo la bandera del *statu quo* los obreros europeos y los pueblos coloniales no podrán rebelarse contra el imperialismo y la guerra; ésta tiene que estallar y barrer el

statu quo con análoga inevitabilidad que la que conduce al niño, llegado el momento, a terminar con el *statu quo* de la gravidez. Los trabajadores no tienen el menor interés en defender las fronteras actuales, sobre todo en Europa, así sea bajo las órdenes de la burguesía o en la insurrección revolucionaria contra ellas. La decadencia de Europa proviene justamente de que está despedazada económicamente en cerca de cuarenta estados casi nacionales, que con sus aduanas, sus pasaportes, sus sistemas monetarios y sus ejércitos monstruosos al servicio del particularismo nacional se han transformado en el mayor de los obstáculos para el desarrollo económico de la humanidad y para la civilización.

La misión del proletariado europeo no es eternizar las fronteras, sino suprimirlas revolucionariamente. ¿*Statu quo*? ¡No! Estados Unidos de Europa.

IX ¿Qué es la URSS?

Relaciones sociales

La propiedad estatalizada de los medios de producción domina casi exclusivamente en la industria. En la agricultura sólo está representada por los sovjoses, que no abarcan más que el 10% de las superficies sembradas. En los koljoses, la propiedad cooperativa o la de asociaciones se combina en proporciones variables con las del estado y las del individuo. El suelo perteneciente jurídicamente al estado, pero concedido “a goce perpetuo” a los koljoses, difiere poco de la propiedad de las asociaciones. Los tractores y las máquinas pertenecen al estado²⁴; el equipo de menor importancia, a la explotación colectiva. Todo campesino de koljós tiene, además, su empresa privada. El 10% de los campesinos permanecen aislados.

Según el censo de 1934, el 28,1% de la población estaba compuesto por obreros y empleados del estado. Los obreros de la industria y de la construcción eran 7,5 millones en 1935, sin incluir a sus familias. Los koljoses y los oficios organizados en cooperativas constituían, en la época del censo, el 45,9% de la población. Los estudiantes, los militares, los pensionistas y otras categorías que dependen inmediatamente del estado, el 3,4%. En total, el 74% de la población pertenecía al “sector socialista” y disponía del 95,8% del capital del país. Los campesinos aislados y los artesanos representaban todavía (en 1934) el 22,5% de la población, pero apenas poseían un poco más del 4% del capital nacional.

No ha habido censo desde 1934, y el próximo se efectuará en 1937. Sin embargo, es indudable que el sector privado de la economía ha sufrido nuevas limitaciones a favor del “sector socialista”. Los cultivadores individuales y los artesanos constituyen en la actualidad, según los órganos oficiales, cerca del 10% de la población, o sea 17 millones de almas; su importancia económica ha caído mucho más bajo que su importancia numérica. Andreev, secretario del comité central, declaraba en abril de 1936: “En 1936 el peso específico de la producción socialista en nuestro país debe constituir el 98,5%, de manera que no le quedará al sector no socialista más que un insignificante 1,5%”. Estas cifras optimistas parecen, a primera vista, probar irrefutablemente la victoria “definitiva e irrevocable” del socialismo. Pero desdichado del que detrás de la aritmética no vea la realidad social.

Estas mismas cifras son un poco forzadas. Basta indicar que la propiedad privada de los miembros de los koljoses está comprendida en el “sector socialista”. Sin embargo, el eje del problema no está allí. La indiscutible y enorme superioridad estadística de las formas estatales y colectivas de la economía, por importante que sea para el porvenir, no aleja otro problema igualmente importante: el del poder de las tendencias burguesas en el seno mismo del “sector socialista”, y no solamente en la agricultura, sino también en la industria. La mejora del nivel de vida obtenida en el país, basta para provocar un crecimiento de las necesidades, pero de ninguna manera basta para satisfacerlas. El propio dinamismo del desarrollo económico implica cierto despertar de los apetitos pequeño burgueses, y no únicamente entre los campesinos y los

²⁴ En 1959 fueron disueltas las estaciones de tractores y estos vendidos a los koljoses. Ed. Fr.

representantes del trabajo “intelectual”, sino también entre los obreros privilegiados. La simple oposición de los propietarios individuales a los koljoses y de los artesanos a la industria estatalizada, no dan la menor idea de la potencia explosiva de estos apetitos que penetran en toda la economía del país y se expresan, para hablar sumariamente, en la tendencia de todos y de cada uno, de dar a la sociedad lo menos que pueden y sacar de ella lo más que pueden.

La solución de los problemas de consumo y de competencia por la existencia exige la misma energía e ingenio, cuando menos, que la edificación socialista en el sentido propio de la palabra; de allí proviene, en parte, el débil rendimiento del trabajo social. Mientras que el estado lucha incesantemente contra la acción molecular de las fuerzas centrífugas, los propios medios dirigentes constituyen el lazo principal de la acumulación privada lícita o ilícita. Enmascaradas por las nuevas normas jurídicas, las tendencias pequeñoburguesas no se dejan asir fácilmente por la estadística. Pero la burocracia “socialista”, esta asombrosa *contradictio in adiecto* [tipo específico de oxímoro: contradicción entre el sustantivo y el adjetivo que lo complementa, nota de EIS], monstruosa excrecencia social, siempre creciente y que se transforma, a su vez, en causa de fiebres malignas de la sociedad, demuestra su claro predominio en la vida económica.

La nueva constitución, construida enteramente, tal como veremos, sobre la identificación de la burocracia y del estado (así como del pueblo y del estado), dice: “La propiedad del estado, en otras palabras, la de todo el pueblo...”. Sofisma fundamental de la doctrina oficial. No es discutible que los marxistas, comenzando por el mismo Marx, hayan empleado con relación al estado obrero los términos de propiedad “estatal”, “nacional” o “socialista” como sinónimos. A grandes escalas históricas, esta manera de hablar no presentaba inconvenientes; pero se transforma en fuente de groseros errores y de engaños al tratarse de las primeras etapas, aún no aseguradas, de la evolución de la nueva sociedad aislada y retrasada, desde el punto de vista económico, con relación a los países capitalistas.

Para que la propiedad privada pueda llegar a ser social, tiene que pasar ineludiblemente por la estatalización, del mismo modo que la oruga para transformarse en mariposa tiene que pasar por la crisálida. Pero la crisálida no es una mariposa. Miríadas de crisálidas perecen antes de ser mariposas. La propiedad del estado no es la de “todo el pueblo” más que en la medida en que desaparecen los privilegios y las distinciones sociales y en que, en consecuencia, el estado pierde su razón de ser. Dicho de otra manera: la propiedad del estado se hace socialista a medida que deja de ser propiedad del estado. Por el contrario, mientras el estado soviético se eleva más sobre el pueblo, más duramente se opone, como el guardián de la propiedad, al pueblo que la dilapida, y más claramente se declara contra el carácter socialista de la propiedad estatalizada.

“Aún estamos lejos de la supresión de las clases”, reconoce la prensa oficial, y se refiere a las diferencias que subsisten entre la ciudad y el campo, entre el trabajo intelectual y el manual. Esta confesión puramente académica tiene la ventaja de justificar como trabajo “intelectual” los ingresos de la burocracia. Los “amigos”, para quienes Platón es más caro que la verdad, también se limitan a admitir en estilo académico la existencia de vestigios de desigualdad. Pero estos vestigios están muy lejos de bastar para ofrecer una explicación a la realidad soviética. Si la diferencia entre la ciudad y el campo se ha atenuado desde distintos puntos de vista, en cambio desde otros se ha profundizado a causa del rápido crecimiento de la civilización y del confort en las ciudades, es decir, de la minoría ciudadana. La distancia social entre el trabajo manual y el intelectual, en lugar de disminuir ha aumentado durante los últimos años, a

pesar de la formación de cuadros científicos salidos del pueblo. Las barreras milenarias de las castas que aíslan al hombre (al ciudadano educado del mujik inculto, al mago de la ciencia del peón), no solamente se han mantenido bajo formas más o menos atenuadas, sino que renacen abundantemente y revisten sin aspecto provocativo.

La famosa consigna: “Los cuadros lo deciden todo”, caracteriza mucho más francamente de lo que quisiera Stalin a la sociedad soviética. Por definición, los cuadros están llamados a ejercer la autoridad. El culto a los cuadros significa, ante todo, el de la burocracia, de la administración, de la aristocracia técnica. En la formación y en la educación de los cuadros, como en otros dominios, el régimen soviético realiza una labor que la burguesía ha terminado desde hace largo tiempo. Pero como los cuadros soviéticos aparecen bajo el estandarte socialista, exigen honores casi divinos y emolumentos cada vez más elevados. De manera que la formación de cuadros “socialistas” va acompañada por un renacimiento de la desigualdad burguesa.

Puede parecer que no existe ninguna diferencia, desde el punto de vista de la propiedad de los medios de producción, entre el mariscal y la criada, entre el director de trust y el peón, entre el hijo del comisario del pueblo y el vagabundo. Sin embargo, los unos ocupan bellos apartamentos, disponen de varias villas en diversos rincones del país, tienen los mejores automóviles y, desde hace largo tiempo, ya no saben cómo se limpia un par de zapatos; los otros viven en barracas, en las que frecuentemente faltan los tabiques, están familiarizados con el hambre y no se limpian los zapatos porque andan descalzos. Para el dignatario, esta diferencia no tiene importancia: para el peón, es de las más importantes.

Algunos “teóricos” superficiales pueden consolarse diciéndose que el reparto de bienes es un factor de segundo orden en comparación con la producción. Sin embargo, la dialéctica de las influencias recíprocas guarda toda su fuerza. El destino de los medios nacionalizados de producción se decidirá, a fin de cuentas, según la evolución de las diferentes condiciones personales. Si un vapor se declara propiedad colectiva, y los pasajeros quedan divididos en primera, segunda y tercera clase, es comprensible que la diferencia de las condiciones reales terminará por tener, a los ojos de los pasajeros de tercera, una importancia mucho mayor que el cambio jurídico de la propiedad. Por el contrario, los pasajeros de primera expondrán gustosamente, entre café y cigarrillos, que la propiedad colectiva es todo, que comparativamente la comodidad de los camarotes no es nada. Y el antagonismo resultante de estas situaciones asestará rudos golpes a una colectividad inestable.

La prensa soviética ha relatado con satisfacción que un chiquillo al visitar el zoo de Moscú, preguntó a quién pertenecía el elefante, y al oír decir “*al estado*”, concluyó inmediatamente: “*Entonces, también es un poco mío*”. Si en realidad hubiera que repartir el elefante, los valiosos colmillos irían a los privilegiados, algunos dichosos apreciarían el jamón del paquidermo, y la mayoría tendría que contentarse con las tripas y las sobras. Los chiquillos perjudicados en el reparto se sentirían poco inclinados a confundir su propiedad con la del estado. Los jóvenes vagabundos no tienen como propiedad más que lo que acaban de robarle al estado. Es muy probable que el chiquillo del zoo fuese el hijo de un personaje influyente habituado a pensar que “el estado soy yo”.

Si traducimos, para expresarnos mejor, las relaciones socialistas en términos de bolsa, los ciudadanos serían los accionistas de una empresa que poseyera las riquezas del país. El carácter colectivo de la propiedad supone un reparto “igualitario” de las acciones y, por tanto, un derecho a dividendos iguales para todos los accionistas. Los ciudadanos, sin embargo, participan en la empresa como accionistas y como productores. En la fase inferior del comunismo, que hemos llamado socialismo, la

remuneración del trabajo se hace aun según las normas burguesas, es decir, de acuerdo con la cualificación del trabajo, su intensidad, etc.

Los ingresos teóricos de un ciudadano se forman, pues, de dos partes: $a + b$, el dividendo más el salario. Cuanto más desarrollada es la técnica y la organización económica está más perfeccionada, mayor será la importancia del factor a con relación a b ; y, será menor la influencia ejercida sobre la condición material por las diferencias individuales del trabajo. El hecho que las diferencias de salario en la URSS no sean menores, sino mayores que en los países capitalistas, nos impone la conclusión que las acciones están repartidas desigualmente y que los ingresos de los ciudadanos implican, al mismo tiempo que un salario desigual, partes desiguales del dividendo. Mientras que el peón no recibe más que b , salario mínimo que recibiría en idénticas condiciones en una empresa capitalista, el *estajanovista* y el funcionario reciben $2a + b$ o $3a + b$, y así sucesivamente. Por otra parte, b puede transformarse en $2b$, $3b$, etc. En otras palabras, la diferencia de los ingresos no solo está determinada por la simple diferencia del rendimiento individual, sino por la apropiación enmascarada del trabajo de otros. La minoría privilegiada de los accionistas vive a costa de la mayoría expoliada.

Si se admite que el peón soviético recibe más de lo que recibiría, con el mismo nivel técnico y cultural, en una empresa capitalista, es decir, que un pequeño accionista, su salario debe considerarse como $a + b$. Los salarios de las categorías mejor pagadas serán expresados, en este caso, por la fórmula $3a + 2b$; $10a + 15b$, etc., lo que significaría que mientras que el peón tiene una acción, el *estajanovista* tiene tres y el especialista diez; y que, además, sus salarios, en el sentido propio de la palabra, están en la proporción de 1 a 2 y a 15. Los himnos a la sagrada propiedad socialista parecen, bajo estas condiciones, mucho más convincentes para el director de fábrica o de trust o el *estajanovista*, que para el obrero ordinario o para el campesino del koljós. Ahora bien, los trabajadores no cualificados constituyen la inmensa mayoría en la sociedad, y el socialismo debe contar con ellos y no con una nueva aristocracia.

“El obrero no es, en nuestro país, un esclavo asalariado, un vendedor de trabajo-mercancía. Es un trabajador libre” (*Pravda*). En la actualidad esta fórmula elocuente no es más que una inadmisibile fanfarronada. El paso de las fábricas al poder del estado no ha cambiado más que la situación jurídica del obrero; de hecho, vive en medio de la necesidad, trabajando cierto número de horas por un salario dado. Las esperanzas que el obrero fundamentaba antes en el partido y en los sindicatos, las ha trasladado después de la revolución al estado que él mismo ha creado. Pero el trabajo útil de ese estado se ha visto limitado por la insuficiencia de la técnica y de la cultura. Para mejorar una y otra, el nuevo estado ha recurrido a los viejos métodos: agotamiento de los nervios y de los músculos de los trabajadores. Se ha formado todo un cuerpo de agujoneadores. La gestión de la industria se ha hecho extremadamente burocrática. Los obreros han perdido toda influencia en la dirección de las fábricas. Trabajando a destajo, viviendo en medio de un malestar profundo, privado de la libertad de desplazarse, sufriendo hasta en la misma fábrica un terrible régimen policíaco, el obrero difícilmente podrá sentirse “un trabajador libre”. Para él, el funcionario es un jefe; el estado, un amo. El trabajo libre es incompatible con la existencia del estado burocrático.

Todo lo que acabamos de decir se aplica al campo, con algunos correctivos necesarios. La teoría oficial erige la propiedad de los koljoses en propiedad socialista. *Pravda* escribe que los koljoses “ya son en realidad comparables a las empresas de estado del tipo socialista”. Agrega inmediatamente que la “garantía del desarrollo socialista de la agricultura reside en la dirección de los koljoses por el partido bolchevique”, esto es trasladarnos de la economía a la política. Es decir, que las relaciones socialistas están establecidas, por el momento, no en las verdaderas

relaciones entre los hombres, sino en el corazón tutelar de los superiores. Los trabajadores harán bien en desconfiar de este corazón. La verdad es que la economía de los koljoses está a medio camino entre la agricultura parcelaria individual y la economía estatal; y que las tendencias pequeñoburguesas en el seno de los koljoses son completadas, de la mejor manera por el rápido crecimiento del haber individual de los campesinos.

Con sólo 4 millones de hectáreas contra 108 millones de hectáreas colectivas, o sea menos del 4%, las parcelas individuales de los miembros de los koljoses, sometidas a un cultivo intensivo, proporcionan al campesino los artículos más indispensables para su consumo. La mayor parte del ganado mayor, de los corderos, de los cerdos, pertenece a los miembros de los koljoses y no a los koljoses. Sucede frecuentemente que los campesinos den a sus parcelas individuales el principal cuidado y releguen a segundo término los koljoses de flojo rendimiento. Los koljoses que pagan mejor la jornada de trabajo ascienden, por el contrario, un escalón, formando una categoría de granjeros acomodados. Las tendencias centrífugas no desaparecen aún, por el contrario se fortifican y extienden. En cualquier caso, los koljoses por el momento no han logrado más que transformar las formas jurídicas de la economía en el campo; particularmente en el modo de reparto de los ingresos. Casi no han afectado a la antigua isba, a los huertos, a la cría de ganado, al ritmo del penoso trabajo de la tierra, ni aun a la antigua manera de considerar al estado, que si ya no sirve a los propietarios territoriales y a la burguesía, toma demasiado del campo para la ciudad y mantiene a demasiados funcionarios voraces.

Las categorías siguientes figurarán en el censo del 6 de enero de 1937: obreros, empleados, trabajadores de koljoses, cultivadores individuales, artesanos, profesiones libres, servidores del culto, no trabajadores. El comentario oficial precisa que no se incluyen otras rúbricas porque no hay clases en la URSS. En realidad tal estadística está concebida para disimular la existencia de medios privilegiados y de bajos fondos desheredados. Las verdaderas capas sociales a las que se hubiera debido señalar, por medio de un censo honrado, son éstas: altos funcionarios, especialistas y otras personas que viven como burgueses; capas medias e inferiores de funcionarios y especialistas que viven como pequeñoburgueses; aristocracia obrera y koljosiana, situada casi en las mismas condiciones que los anteriores; obreros medios; campesinos medios de los koljoses; obreros y campesinos próximos al lumpenproletariado o proletariado desclasado; jóvenes vagabundos, prostitutas y otros.

Cuando la nueva constitución declara que “la explotación del hombre por el hombre se ha abolido en la URSS”, dice lo contrario de la verdad. La nueva diferenciación social ha creado las condiciones para un renacimiento de la explotación bajo las formas más bárbaras, como son la compra del hombre para el servicio personal de otro. El servicio doméstico no figura en las hojas del censo, debiendo comprenderse, evidentemente bajo la firma de “obrerros”. Los problemas siguientes no se plantean: ¿El ciudadano soviético tiene sirvientes, y cuáles (camarera, cocinera, nodriza, niñera, chófer)? ¿Tiene un coche a su servicio? ¿De cuántas habitaciones dispone? No se habla de la magnitud de su salario. Si volviera a ponerse en vigor la regla soviética que priva de derechos políticos a quien explote el trabajo de otro, se vería que las cúpides dirigentes de la sociedad soviética debían ser privadas del beneficio de la constitución. Felizmente, se ha establecido una igualdad completa de los derechos... entre el amo y los criados.

Dos tendencias opuestas se desarrollan en el seno del régimen. Al desarrollar las fuerzas productivas (al contrario del capitalismo estancado), ha creado los fundamentos económicos del socialismo. Al llevar hasta el extremo (con su complacencia para los

dirigentes) las normas burguesas del reparto, prepara una restauración capitalista. La contradicción entre las formas de la propiedad y las normas de reparto no puede crecer indefinidamente. De manera que las normas burguesas tendrán que extenderse a los medios de producción o las normas de distribución tendrán que corresponderse con el sistema de propiedad socialista.

La burocracia teme la revelación de esta alternativa. En todas partes: en la prensa, en la tribuna, en la estadística, en las novelas de sus escritores y en los versos de sus poetas, en el texto de su nueva constitución, emplea las abstracciones del vocabulario socialista para ocultar las relaciones reales tanto en la ciudad como en el campo. Esto es lo que hace tan falsa, tan mediocre y tan artificial la ideología oficial.

¿Capitalismo de estado?

Ante fenómenos nuevos, los hombres suelen buscar un refugio en las palabras viejas. Se ha tratado de disfrazar el enigma soviético con el término capitalismo de estado, que presenta la ventaja de no ofrecerle a nadie un significado preciso. Sirvió primero para designar los casos en que el estado burgués asume la gestión de los medios de transporte y de determinadas industrias. La necesidad de medidas semejantes es uno de los síntomas de que las fuerzas productivas del capitalismo superan al capitalismo y lo niegan parcialmente en la práctica. Pero el sistema se sobrevive y sigue siendo capitalista, a pesar de los casos en que llega a negarse a sí mismo.

En el plano de la teoría, podemos representarnos una situación en la que la burguesía entera se constituyera en sociedad por acciones para administrar, por medio del estado, toda la economía nacional. El mecanismo económico de un régimen de esta especie no ofrecería ningún misterio. El capitalista, lo sabemos, no recibe bajo forma de beneficio la plusvalía creada por sus propios obreros, sino una fracción de la plusvalía de un país entero, proporcional a su parte de capital. En un “capitalismo de estado” integral, la ley del reparto igual de los beneficios se aplicaría directamente, sin competencia entre los capitales, por medio de una simple operación de contabilidad. Jamás ha existido un régimen de este género, ni lo habrá jamás, a causa de las contradicciones profundas que dividen a los poseedores entre sí, y tanto más cuanto que el estado, representante único de la propiedad capitalista, constituiría para la revolución social un objeto demasiado tentador.

Después de la guerra, y sobre todo después de las experiencias de la economía fascista, se entiende por “capitalismo de estado” un sistema de intervención y de dirección económica por el estado. Los franceses usan en tal caso una palabra mucho más apropiada: el estatismo. El capitalismo de estado y el estatismo indudablemente se tocan: pero como sistemas, serían más bien opuestos. El capitalismo de estado significa la sustitución de la propiedad privada por la propiedad estatalizada, y conserva, por esto mismo, un carácter parcial. El estatismo (así sea la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler, los Estados Unidos de Roosevelt o la Francia de León Blum), significa la intervención del estado sobre las bases de la propiedad privada, para salvarla. Cualesquiera que sean los programas de los gobiernos, el estatismo consiste, inevitablemente, en trasladar las cargas del sistema agonizante de los más fuertes a los más débiles. Salva del desastre a los pequeños propietarios, únicamente porque su existencia es necesaria para el sostenimiento de la gran propiedad. El estatismo, en sus esfuerzos de economía dirigida, no se inspira en la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas, sino en la preocupación de conservar la propiedad privada en detrimento de las fuerzas productivas que se rebelan contra ella. El estatismo frena el desarrollo de la técnica, al sostener a empresas no viables y al mantener capas sociales parasitarias: en una palabra, es profundamente reaccionario.

La frase de Mussolini: “Las tres cuartas partes de la economía italiana, industrial y agrícola, están en manos del estado” (26 de mayo de 1934), no debe tomarse al pie de la letra. El estado fascista no es propietario de las empresas, no es más que intermediario entre los capitalistas. ¡Diferencia apreciable! El *Popolo d'Italia* dice a ese respecto: “El estado corporativo une y dirige la economía, pero no la administra (*dirige e porta alla unitá l'economia, ma non fa l'economia, non gestisce*), lo que no sería otra cosa, con el monopolio de la producción, que el colectivismo” (12 de junio de 1936).

Con los campesinos en general, con los pequeños propietarios, la burocracia interviene como un poderoso señor; con los magnates del capital, como su primer poder. “El estado corporativo [escribe precisamente el marxista italiano Feroci] no es más que el agente del capital monopolista [...] Mussolini hace que el estado corra con todos los riesgos de las empresas y deja a los capitalistas todos los beneficios de la explotación”. En este aspecto, Hitler sigue las huellas de Mussolini. La dependencia de clase del estado fascista determina los límites de la nueva economía dirigida, y también su contenido real; no se trata de aumentar el poder del hombre sobre la naturaleza en interés de la sociedad, sino de explotar a la sociedad en interés de una minoría: “Si yo quisiera [se alababa Mussolini] establecer en Italia el capitalismo de estado o el socialismo de estado, lo que no sucederá, encontraría en la actualidad todas las condiciones necesarias”. *Salvo una: la expropiación de la clase capitalista*. Y para realizar esta condición, el fascismo tendría que colocarse del otro lado de la barricada, “lo que no sucederá” se apresura a añadir Mussolini, y con razón, pues la expropiación de los capitalistas necesita otras fuerzas, otros cuadros y otros jefes.

La primera concentración de los medios de producción en manos del estado conocida por la historia, la realizó el proletariado por medio de la revolución social, y no los capitalistas por medio de los trust estatalizados. Este breve análisis bastará para mostrar cuán absurdas son las tentativas de identificar el estatismo capitalista con el sistema soviético. El primero es reaccionario, el segundo realiza un gran progreso.

¿Es la burocracia una clase dirigente?

Las clases se definen por el lugar que ocupan en la economía social y, sobre todo, con relación a los medios de producción. En las naciones civilizadas, la ley fija las relaciones de propiedad. La nacionalización del suelo, de los medios de producción, de los transportes y de los intercambios, así como el monopolio del comercio exterior, forman las bases de la sociedad soviética. Para nosotros, esta adquisición de la revolución proletaria define a la URSS como un estado proletario.

Por la función de reguladora y de intermediaria, por el cuidado que tiene en mantener la jerarquía social, por la explotación, con estos mismos fines, del aparato del estado, la burocracia soviética se parece a cualquier otra y, sobre todo, a la del fascismo. Pero también se distingue de ésta en caracteres de una extrema importancia. Bajo ningún otro régimen, la burocracia alcanza semejante independencia. En la sociedad burguesa, la burocracia representa los intereses de la clase poseedora e instruida que dispone de gran número de medios de control sobre sus administraciones. La burocracia soviética se ha elevado por encima de una clase que apenas salía de la miseria y de las tinieblas, y que no tenía tradiciones de mando y de dominio. Mientras que los fascistas, una vez llegados al poder, se alían con la burguesía por los intereses comunes, la amistad, los matrimonios, etc., etc., la burocracia de la URSS asimila las costumbres burguesas sin tener a su lado una burguesía nacional. En este sentido, no se puede negar que es algo más que una simple burocracia. Es la única capa social privilegiada y dominante, en el sentido pleno de estas palabras, en la sociedad soviética.

Otra particularidad presenta igual importancia. La burocracia soviética ha expropiado políticamente al proletariado para defender con sus propios métodos las conquistas sociales de éste. Pero el hecho mismo de que se haya apropiado del poder en un país en donde los medios de producción más importantes pertenecen al estado, crea entre ella y las riquezas de la nación relaciones enteramente nuevas. Los medios de producción pertenecen al estado. El estado “pertenecer”, en cierto modo, a la burocracia. Si estas relaciones completamente nuevas se estabilizaran, se legalizaran, se hicieran normales, sin resistencia o contra la resistencia de los trabajadores, acabarían liquidando completamente las conquistas de la revolución proletaria. Pero esta hipótesis es prematura. El proletariado aún no ha dicho su última palabra. La burocracia no le ha creado una base social a su dominio, bajo la forma de condiciones particulares de propiedad. Está obligada a defender la propiedad del estado, fuente de su poder y de sus rentas. Desde este punto de vista, sigue siendo el instrumento de la dictadura del proletariado.

Las tentativas de presentar a la burocracia soviética como una clase “capitalista de estado”, no resiste la crítica. La burocracia no tiene títulos ni acciones. Se recluta, se completa y se renueva gracias a una jerarquía administrativa, sin tener derechos particulares en materia de propiedad. El funcionario no puede transmitir a sus herederos su derecho de explotación del estado. Los privilegios de la burocracia son abusos. Oculta sus privilegios y finge no existir como grupo social. Su apropiación de una inmensa parte de la renta nacional es un hecho de parasitismo social. Todo esto hace la situación de los dirigentes soviéticos altamente contradictoria, equívoca e indigna, a pesar de la plenitud de poder y de la cortina de humo de las adulaciones.

En el curso de su carrera, la sociedad burguesa ha cambiado muchas veces de regímenes y de castas burocráticas, sin modificar, por eso, sus bases sociales. Se ha inmunizado contra la restauración del feudalismo y de sus corporaciones, por la superioridad de su modo de producción. El poder sólo podía secundar o estorbar el desarrollo capitalista; las fuerzas productivas, basadas en la propiedad privada y la competencia, trabajan por su cuenta. Al contrario de esto, las relaciones de propiedad establecidas por la revolución socialista están indisolublemente ligadas al nuevo estado que las sostiene. El predominio de las tendencias socialistas sobre las tendencias pequeñoburguesas no está asegurado por el automatismo económico (aún estamos lejos de ello), sino por el poder político de la dictadura. Así es que el carácter de la economía depende completamente del poder.

La caída del régimen soviético provocaría infaliblemente el de la economía planificada y, por tanto, la liquidación de la propiedad estatalizada. El lazo obligado entre los trusts y las fábricas en el seno de los primeros, se rompería. Las empresas más favorecidas serían abandonadas a sí mismas. Podrían transformarse en sociedades por acciones o adoptar cualquier otra forma transitoria de propiedad, tal como la participación de los obreros en los beneficios. Los koljoses se disgregarían al mismo tiempo, y con mayor facilidad. La caída de la dictadura burocrática actual, sin que fuera reemplazada por un nuevo poder socialista, anunciaría, también, el regreso al sistema capitalista con una baja catastrófica de la economía y de la cultura.

Pero si el poder socialista todavía es absolutamente necesario para la conservación y el desarrollo de la economía planificada, el problema de saber sobre qué se apoya el poder soviético actual y en qué medida el espíritu socialista de su política está asegurado, se hace cada vez más grave. Lenin, hablando al XI Congreso del partido como si le diera su adiós, decía a los medios dirigentes: “La historia conoce transformaciones de todas clases; en política no es serio contar con las convicciones, la devoción y las bellas cualidades del alma...”. La condición determina la conciencia. En

unos quince años, el poder modificó la composición social de los medios dirigentes más profundamente que sus ideas. Como la burocracia es la capa social que ha resuelto mejor su propio problema social, está plenamente satisfecha de lo que sucede y, por eso mismo, no proporciona ninguna garantía moral en la orientación socialista de su política. Continúa defendiendo la propiedad nacionalizada por miedo al proletariado. Este temor saludable lo mantiene y alimenta el partido ilegal de los bolchevique-leninistas, que es la expresión más consciente de la corriente socialista contra el espíritu de reacción burguesa que penetra profundamente a la burocracia termidoriana. Como fuerza política consciente, la burocracia ha traicionado a la revolución, pero, por fortuna, la revolución victoriosa no es solamente una bandera, un programa, un conjunto de instituciones políticas; es también un sistema de relaciones sociales. No basta traicionarla, es necesario, además, derribarla. Sus dirigentes han traicionado a la revolución de octubre pero no la han derribado, y la revolución tiene una gran capacidad de resistencia que coincide con las nuevas relaciones de propiedad, con la fuerza viva del proletariado, con la conciencia de sus mejores elementos, con la situación sin salida del capitalismo mundial, con la inevitabilidad de la revolución mundial.

El problema del carácter social de la URSS todavía no está resuelto por la historia

Para comprender mejor el carácter social de la URSS de hoy, formulemos dos hipótesis para el futuro. Supongamos que la burocracia soviética es arrojada del poder por un partido revolucionario que tenga todas las cualidades del viejo partido bolchevique; y que, además, esté enriquecido con la experiencia mundial de los últimos tiempos. Este partido comenzaría por restablecer la democracia en los sindicatos y en los sóviets. Podría y debería restablecer la libertad de los partidos soviéticos. Con las masas, a la cabeza de las masas, procedería a una limpieza implacable de los servicios del estado; aboliría los grados, las condecoraciones, los privilegios, y sólo mantendría la desigualdad en la retribución del trabajo, en la medida que le es necesaria a la economía y al estado. Ofrecería a la juventud la posibilidad de pensar libremente, de aprender, de criticar, en una palabra, de formarse. Introduciría profundas modificaciones en el reparto de la renta nacional, conforme a la voluntad de las masas obreras y campesinas. No tendría que recurrir a medidas revolucionarias en materia de propiedad. Continuaría y ahondaría la experiencia de la economía planificada. Después de la revolución política, después de la caída de la burocracia, el proletariado realizaría en la economía importantísimas reformas sin que necesitara una nueva revolución social.

Si, por el contrario, un partido burgués derribara a la casta soviética dirigente, encontraría no pocos servidores entre los burócratas actuales, los técnicos, los directores, los secretarios del partido y los dirigentes en general. Una depuración de los servicios del estado también se impondría en este caso; pero la restauración burguesa tendría que deshacerse de menos gente que un partido revolucionario. El objetivo principal del nuevo poder sería restablecer la propiedad privada de los medios de producción. Ante todo, debería ofrecer la posibilidad de formar grandes granjeros a partir de granjas colectivas débiles, y transformar a los grandes koljoses en cooperativas de producción de tipo burgués o en sociedades anónimas agrícolas. En la industria, la desnacionalización comenzaría por las empresas de la industria ligera y las de alimentación. En los primeros momentos, el plan se reduciría a compromisos entre el poder y las “corporaciones”, es decir, los capitanes de la industria soviética, sus propietarios potenciales, los antiguos propietarios emigrados y los capitalistas extranjeros. Aunque la burocracia soviética haya hecho mucho por la restauración

burguesa, el nuevo régimen se vería obligado a llevar a cabo, en el régimen de la propiedad y el modo de gestión, una verdadera revolución y no una simple reforma.

Sin embargo, admitamos que ni el partido revolucionario ni el contrarrevolucionario se adueñen del poder. La burocracia continúa a la cabeza del estado. La evolución de las relaciones sociales no cesa. Es evidente que no puede pensarse que la burocracia abdicará a favor de la igualdad socialista. Ya desde ahora se ha visto obligada, a pesar de los inconvenientes que esto presenta, a restablecer los grados y las condecoraciones; en el futuro, será inevitable que busque apoyo en las relaciones de propiedad. Probablemente se objetará que poco importan al funcionario elevado las formas de propiedad de las que obtiene sus ingresos. Esto es ignorar la inestabilidad de los derechos de la burocracia y el problema de su descendencia. El reciente culto de la familia soviética no ha caído del cielo. Los privilegios, que no se pueden legar a los hijos pierden la mitad de su valor; y el derecho de testar es inseparable del derecho de la propiedad. No basta ser director de trust, hay que ser accionista. La victoria de la burocracia en ese sector decisivo crearía una nueva clase poseedora. Por el contrario, la victoria del proletariado sobre la burocracia señalaría el renacimiento de la revolución socialista. La tercera hipótesis nos conduce así, a las dos primeras, que citamos primero para mayor claridad y simplicidad.

*

Calificar de transitorio o de intermediario al régimen soviético, es descartar las categorías sociales acabadas como el capitalismo (incluyendo al “capitalismo de estado”), y el socialismo. Pero esta definición es en sí misma insuficiente y susceptible de sugerir la idea falsa de que la única transición posible del régimen soviético conduce al socialismo. Sin embargo, un retroceso hacia el capitalismo sigue siendo perfectamente posible. Una definición más completa sería, necesariamente, más larga y más pesada.

La URSS es una sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo, en la que: a) las fuerzas productivas son aún insuficientes para dar a la propiedad del estado un carácter socialista; b) la tendencia a la acumulación primitiva, nacida de la sociedad, se manifiesta a través de todos los poros de la economía planificada; c) las normas del reparto, de naturaleza burguesa, están en la base de la diferenciación social; d) el desarrollo económico, al mismo tiempo que mejora lentamente la condición de los trabajadores, contribuye a formar rápidamente una capa de privilegiados; e) la burocracia, al explotar los antagonismos sociales, se ha convertido en una casta incontrolada, extraña al socialismo; f) la revolución social, traicionada por el partido gobernante, vive aún en las relaciones de propiedad y en la conciencia de los trabajadores; g) la evolución de las contradicciones acumuladas puede conducir al socialismo o lanzar a la sociedad hacia el capitalismo; h) la contrarrevolución en marcha hacia el capitalismo tendrá que romper la resistencia de los obreros; i) los obreros, al marchar hacia el socialismo, tendrán que derrocar a la burocracia. El problema será resuelto definitivamente por la lucha de dos fuerzas vivas en el terreno nacional y el internacional.

Naturalmente que los doctrinarios no quedarán satisfechos con una definición tan hipotética. Quisieran fórmulas categóricas; sí y sí, no y no. Los fenómenos sociológicos serían mucho más simples si los fenómenos sociales tuviesen siempre contornos precisos. Pero nada es más peligroso que eliminar, para alcanzar la precisión lógica, los elementos que desde ahora contrarían nuestros esquemas y que mañana pueden refutarlos. En nuestro análisis tememos, ante todo, violentar el dinamismo de una formación social sin precedentes y, que no tiene analogía. El fin científico y político que perseguimos no es dar una definición acabada de un proceso inacabado, sino

observar todas las fases del fenómeno y desprender de ellas las tendencias progresistas y, las reaccionarias, revelar su interacción, prever las diversas variantes del desarrollo ulterior y encontrar en esta previsión un punto de apoyo para la acción.

X La URSS en el espejo de la nueva constitución

El trabajo “según las capacidades” y la propiedad personal

El 11 de junio de 1936, el ejecutivo de los sóviets adoptó una nueva constitución que, si creemos en las palabras de Stalin, repetidas diariamente por toda la prensa, será “la más democrática del mundo”. Realmente, la manera como fue elaborada esta constitución provoca algunas dudas. Ni en la prensa ni en las reuniones se dijo nada. El 1 de marzo de 1936, Stalin dijo a un periodista norteamericano, Roy Howard, que “adoptaremos nuestra nueva constitución al terminar el año”. Así es que Stalin sabía de forma precisa cuándo sería adoptada la nueva constitución que el pueblo aún ignoraba. ¿Cómo no deducir que la constitución “más democrática del mundo” se elaboró y se impuso de una manera poco democrática? Es cierto que el proyecto se sometió en junio a la “apreciación” de los pueblos de la URSS. Pero en vano se buscaría en toda la superficie de la sexta parte del globo al comunista que se permitiera criticar la obra del comité central, o al sin partido que se aventurara a rechazar la proposición del partido dirigente. De forma que la “discusión” se redujo a enviar mensajes de gratitud a Stalin por la “vida feliz” que concede a las poblaciones... El contenido y estilo de estos mensajes los fijaba la constitución precedente.

El primer artículo, llamado *de la estructura social*, termina con las siguientes palabras: “El principio del socialismo, *de cada cual según sus capacidades, a cada cual según su trabajo*, se aplica en la URSS”. Esta fórmula inconsistente, por no decir vacía de significado, que por inverosímil que parezca pasó de los discursos y de los artículos al cuidadosamente estudiado texto de una ley fundamental, atestigüa, más que incapacidad teórica total de los legisladores, lo que hay de mentira en la nueva constitución, espejo de la casta dirigente. No es difícil adivinar cómo se afirmó el nuevo “principio”. Para definir a la sociedad comunista, Marx usó la célebre fórmula: “*de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades*”. Las dos proposiciones están indisolublemente ligadas. “*De cada cual según sus capacidades*” significa, en la interpretación comunista, no capitalista, que el trabajo ha cesado de ser una imposición para transformarse en una necesidad del individuo; que la sociedad ya no tiene que recurrir a coerciones; que sólo los enfermos y los anormales pueden escapar al trabajo. Trabajando según sus capacidades, es decir, según sus medios físicos y psíquicos, sin violentarse, los miembros de la comunidad, aprovechándose de una técnica elevada, aprovisionarán suficientemente los almacenes de la sociedad para que cada uno se surta ampliamente “*según sus necesidades*” sin control humillante. La fórmula del comunismo, bilateral pero indivisible, supone la abundancia, la libertad, el desarrollo de la personalidad y una disciplina muy elevada.

Desde todos estos puntos de vista, la URSS está mucho más cerca del capitalismo atrasado que del comunismo. La Unión Soviética aún no puede dar a cada cual “según sus necesidades”, y por la misma causa tampoco puede permitir a los ciudadanos que trabajen “según sus capacidades”. La Unión se ve obligada a mantener el trabajo a destajo, cuyo principio puede anunciarse con estas palabras: “obtener lo más posible de cada cual, dándole lo menos”. Es cierto que en la URSS nadie trabaja más allá de sus “capacidades” en el sentido absoluto de la palabra, es decir, por encima de su

potencial físico y psíquico. Pero tampoco en el régimen capitalista lo hace. Los métodos más crueles y más refinados de explotación tropiezan con los límites fijados por la naturaleza. La mula azotada por su conductor también trabaja “según sus capacidades”, de lo que no vamos a deducir que el látigo es un principio socialista para uso de las mulas. El trabajo asalariado no pierde en el régimen soviético su envilecedor carácter de esclavitud. El salario “según el trabajo” está calculado, en realidad, en interés del trabajo “intelectual”, en detrimento del manual y, sobre todo, del trabajo no cualificado. Es una causa de injusticia, de opresión y de coerción para la mayoría, de privilegios y de “buena vida” para la minoría.

En vez de reconocer francamente que estas normas burguesas del trabajo y del reparto predominan en la URSS, los autores de la constitución, dividiendo en dos el principio comunista, dejan para un porvenir indeterminado la aplicación de la segunda proposición y declaran que la primera está realizada, añadiéndole mecánicamente la norma capitalista del trabajo a destajo y haciendo de todo el “principio del socialismo”. ¡Y sobre esta falsificación erigen el edificio de la constitución!

El artículo 10, que, al contrario de la mayor parte de ellos es bastante claro, tiene por objeto defender la propiedad personal de los ciudadanos en sus artículos de economía doméstica, consumo, confort y uso cotidiano contra los atentados de la burocracia misma, y es, sin duda alguna, de la mayor importancia práctica en la esfera económica. Con la excepción de la “economía doméstica”, la propiedad de esta especie despojada de la mentalidad interesada y envidiosa que la llena, no sólo será preservada bajo el comunismo, sino que tendrá un desarrollo sin precedentes. Es dudoso que el hombre altamente civilizado quiera embarazarse con mediocres superfluidades de lujo; pero nunca renunciará a las conquistas del confort. El fin inmediato del comunismo es, justamente, asegurar a todos las comodidades. Pero en la URSS el problema de la propiedad no se presenta, por ahora, en sus aspectos comunistas, sino en los pequeñoburgueses. La propiedad personal de los campesinos y de los ciudadanos no notables es objeto de un tratamiento arbitrario e indignante por parte de la burocracia inferior, que con frecuencia se asegura un confort relativo con estos medios. El aumento del bienestar del país permite en estos momentos renunciar al decomiso de bienes personales y conduce, incluso, a alentar la acumulación como un estimulante del rendimiento del trabajo. Al mismo tiempo, no podemos olvidar la ley que protege la isba, la vaca y el reducido mobiliario del campesino, del obrero, del empleado y que legaliza la casa particular del burócrata, su villa, su coche y otros “artículos de consumo personal o comodidades” que se ha apropiado gracias al principio socialista: “de cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo”. Y no hay que dudar que el coche del burócrata será mejor defendido por la ley fundamental que la carreta del campesino.

Sóviets y democracia

En el plano político, la nueva constitución difiere de la antigua en la sustitución del sistema electoral soviético, basado en los grupos de clase y de producción, por el sistema de la democracia burguesa basado en el llamado “sufragio universal y directo” de la población atomizada. En pocas palabras, estamos ante la liquidación jurídica de la dictadura del proletariado. En donde no hay burguesía tampoco hay proletariado, nos explican los autores del proyecto, de manera que el estado proletario se convierte en el del pueblo, simplemente. Este razonamiento seductor tiene un retraso de diecinueve años o un adelanto de muchos. Al expropiar a los capitalistas, el proletariado comenzó realmente a liquidarse a sí mismo como clase. Pero de la liquidación en principio a la reabsorción efectiva en la comunidad, el camino es largo, tanto más cuanto que el estado debe encargarse por mucho tiempo del pesado trabajo del capitalismo. El

proletariado soviético existe aún como clase, profundamente distinto al campesinado, a los técnicos intelectuales y a la burocracia; más aún, es la única clase absolutamente interesada en la victoria del socialismo. La nueva constitución tiende a reabsorberlo políticamente en la “nación”, aunque antes no se haya reabsorbido económicamente en la sociedad.

Los reformadores decidieron, después de algunas vacilaciones, dejar al estado la denominación de soviético. No es más que un grosero subterfugio dictado por razones análogas a las que hicieron que el imperio napoleónico guardara, durante cierto tiempo, la apariencia republicana. Los sóviets son esencialmente los órganos del estado de clase y no pueden ser otra cosa. Los órganos de la administración local son democráticamente elegidos, son municipalidades, *dumas*, *zemstvos*, lo que se quiera, pero no sóviets. La asamblea legislativa, democráticamente elegida, será un parlamento atrasado o, más exactamente, una caricatura del parlamento, pero no será en ningún caso el órgano supremo de los sóviets. Nuevamente los reformadores muestran, al tratar de aprovechar la autoridad histórica de los sóviets, que la orientación, nueva en principio, que tratan de darle a la vida del estado no se atreve a decir su nombre.

Considerada en sí misma, la igualación de los derechos políticos de los obreros y campesinos puede no modificar la naturaleza social del estado, si la influencia del proletariado en el campo está suficientemente asegurada por la situación general de la economía y por el grado de civilización. El desarrollo del socialismo debe marchar en ese sentido. Pero si el proletariado, siendo una minoría del pueblo, cesa realmente de tener necesidad de una supremacía política para garantizar el camino hacia el socialismo, es porque la necesidad misma de una coerción deja de hacerse sentir, cediendo su lugar a la disciplina de la cultura. La abolición de la desigualdad electoral debería estar precedida por una atenuación evidente de las funciones coercitivas del estado. Sin embargo, la nueva constitución no dice palabra sobre esto ni, lo que es más importante, la vida no dejar ver nada de eso.

La nueva carta “garantiza” a los ciudadanos “las libertades” de expresión, de prensa, de reunión, de manifestación callejera. Pero cada una de estas garantías reviste la forma de una sólida mordaza o de cadenas y esposas. La libertad de prensa significa el mantenimiento de una censura previa implacable, cuyos hilos se concentran en el secretariado del comité central, que no ha sido elegido por nadie. La libertad de imprimir letanías bizantinas al jefe está, naturalmente, “garantizada” en toda su integridad. En cambio, gran número de artículos y de cartas de Lenin, incluyendo su “testamento”, quedan bajo llave, pues en ellos se trata a los jefes actuales con cierta severidad. Si este es el caso de Lenin, es innecesario hablar de otros autores... El mando grosero e ignorante instituido en las ciencias, en la literatura y en el arte es mantenido. La “libertad de reunión” significará, como antiguamente, la libertad para ciertos grupos de asistir a las reuniones convocadas por las autoridades para tomar resoluciones decididas de antemano. Bajo la nueva constitución, como bajo la antigua, centenares de comunistas extranjeros que se fiaron del “derecho de asilo” permanecerán en las prisiones y en los campos de concentración por haber pecado contra el dogma de la infalibilidad. Nada cambia en lo que se refiere a las libertades. La prensa soviética ni siquiera trata de engañarnos a este respecto. Al contrario, proclama que la reforma constitucional tiene por principal objeto “la consolidación ulterior de la dictadura”. ¿La dictadura de quién y sobre quién?

Como ya hemos oído, la liquidación de los antagonismos de clase ha preparado la igualdad política. No se trata de una dictadura de clase, sino de una dictadura “popular”. Pero cuando el pueblo emancipado de los antagonismos de clase se transforma en el sostenedor de la dictadura, esto sólo puede significar la reabsorción de

la dictadura en la sociedad socialista y, sobre todo, la liquidación de la burocracia. Tal es la doctrina marxista. ¿Tal vez ha sido malinterpretada? Pero los autores mismos de la constitución invocan, es cierto que con gran prudencia, el programa del partido redactado por Lenin. Allí puede leerse: "...La privación de los derechos políticos y las restricciones, cualesquiera que sean, hechas a la libertad, sólo se imponen a título de medidas provisionales. [...] A medida que desaparezca la posibilidad objetiva de la explotación del hombre por el hombre, desaparecerá la necesidad que impone estas medidas provisionales [...]". Las medidas de "privación de derechos" son inseparables, pues, de las "restricciones", cualesquiera que sean, de la libertad. El advenimiento de la sociedad socialista se caracteriza no sólo por el hecho que los campesinos se igualan con los trabajadores, y que los derechos políticos son concedidos de nuevo al pequeño porcentaje de ciudadanos de origen burgués, sino, sobre todo, por el hecho que se establece la auténtica libertad para el 100% de la población. Con la liquidación de las clases desaparecen la burocracia, la dictadura y también el estado. ¡Pero tratad de hacer una alusión semejante en la URSS! La GPU encontrará en la nueva constitución medios para enviaros a uno de sus numerosos campos de concentración. Las clases han sido suprimidas, de los sóviets no queda más que el nombre, pero la burocracia subsiste. La igualdad de derechos del obrero y del campesino no es más que su igual privación de todo derecho ante la burocracia.

No es menos significativa la introducción del voto secreto. Si admitimos que la igualdad política responde a la igualdad social, habría que preguntarse por qué el voto aún tiene que resguardarse con el secreto. ¿Qué teme la población del país soviético y contra quién hay que defenderla? La antigua constitución soviética veía en el voto público, así como en la privación del derecho al voto, armas de la clase revolucionaria contra sus enemigos burgueses y pequeñoburgueses. No podemos dar por bueno que ahora el voto secreto sea introducido en beneficio de una minoría contrarrevolucionaria. Se trata, evidentemente, de defender los derechos del pueblo. ¿Pero qué puede temer el pueblo socialista después de haber derrocado al zar, a la nobleza y a la burguesía? Los sicofantes ni siquiera se plantean el problema, que es, sin embargo, más edificante que las obras de los Barbusse, de los Louis Fisher, de los Duranty, de los Webb y *tutti quanti*.

En la sociedad capitalista el voto secreto tiene por objeto sustraer a los explotados de la intimidación de los explotadores. Si la burguesía terminó por concederlo, ante la presión de las masas, fue porque estaba interesada en proteger un poco su estado de la desmoralización que ella misma le inculcaba. Pero parece que en la sociedad socialista no puede haber intimidación de los explotadores. ¿Entonces contra quién hay que defender a los ciudadanos soviéticos? Naturalmente que contra la burocracia; Stalin lo confiesa con bastante franqueza. Al ser interrogado: "¿Por qué se necesita el voto secreto?", responde literalmente: "Porque nosotros queremos dar a los ciudadanos soviéticos la libertad de votar por aquellos a quienes deseen elegir". Así sabe el mundo, por fuente autorizada, que los ciudadanos soviéticos aún no pueden votar según sus deseos. Sería un error deducir que la constitución de mañana les asegurará esta posibilidad. Pero lo que nos interesa en estos momentos es otro aspecto del problema. ¿Quiénes son esos *nosotros* que pueden conceder o negar al pueblo la libertad de voto? La burocracia, en cuyo nombre habla y obra Stalin. Sus revelaciones se refieren al partido dirigente y al estado, puesto que él mismo ocupa el puesto de secretario general gracias a un sistema que no permite a los miembros del partido dirigente elegir a quien les plazca. Las palabras: "Nosotros queremos dar a los ciudadanos soviéticos la libertad de votar" son infinitamente más importantes que las constituciones soviéticas antiguas y nuevas, pues su imprudencia hace adivinar cuál es

la constitución efectiva de la URSS tal como existe, no en el papel sino en la lucha de las fuerzas sociales.

Democracia y partido

La promesa de dar a los ciudadanos soviéticos la libertad de votar por “aquellos a quienes deseen elegir” es más bien una metáfora estética que una fórmula política. Los ciudadanos soviéticos no tendrán el derecho de elegir a sus “representantes” más que entre los candidatos que les designen, bajo la égida del partido, los jefes centrales y locales. El partido bolchevique ejerció, indudablemente, un monopolio político en el primer periodo de la era soviética. Pero identificar estos dos fenómenos sería confundir la apariencia con la realidad. La supresión de los partidos de oposición fue una medida provisional dictada por las necesidades de la guerra civil, del bloqueo, de la intervención extranjera y del hambre. Pero el partido gobernante, que en ese momento era la organización auténtica de la vanguardia del proletariado, vivía intensamente. La lucha de los grupos y de las fracciones en su seno, sustituía, en cierta medida, la lucha de los partidos. Ahora que el socialismo ha vencido “definitiva e irrevocablemente”, la formación de fracciones en el partido se castiga con el internamiento en un campo de concentración, si no es con una bala en la nuca. La prohibición de los partidos primitivamente provisional, se ha transformado en un principio. Las Juventudes Comunistas pierden el derecho de dedicarse a la política en el preciso momento en que se publica el texto de la nueva constitución. Los jóvenes de uno u otro sexo gozan del derecho de voto a partir de los dieciocho años, y el límite de las Juventudes Comunistas (veintitrés años) no se ha reducido. La política ha sido declarada, de una vez por todas, el monopolio de una burocracia que escapa a todo control.

Al entrevistador norteamericano que le pregunta cuál será el papel del partido bajo el régimen de la nueva constitución, Stalin responde: “Desde el momento en que ya no hay clases, que los límites se borran entre las clases [‘ya no hay’, y sin embargo ‘los límites se borran entre clases inexistentes’, Trotsky], subsiste cierta diferencia superficial entre las diversas capas de la sociedad socialista, pero no podría ser un terreno que alimente las rivalidades de partidos. Donde no hay varias clases, no puede haber varios partidos, pues un partido es una parte de una clase”. Tantos errores como palabras, y a veces más. Como si las clases fueran homogéneas. Como si sus fronteras estuvieran netamente determinadas de una vez por todas. Como si la conciencia de una clase correspondiera exactamente a su lugar en la sociedad. El análisis marxista de la naturaleza de clase del partido se convierte así en una caricatura. El dinamismo de la conciencia social está excluido de la historia, en interés del orden administrativo. En realidad, las clases son heterogéneas, desgarradas por antagonismos interiores, y sólo llegan a sus fines comunes por la lucha de las tendencias, de los grupos y de los partidos. Se puede conceder con algunas reservas que un “partido es parte de una clase”. Pero como una clase está compuesta de numerosas capas (unas miran hacia adelante y otras hacia atrás), una misma clase puede formar varios partidos. Por la misma razón, un partido puede apoyarse sobre capas de diversas clases. No se encontrará en toda la historia política un solo partido representante de una clase única, a menos que se consienta en tomar por realidad una ficción policíaca.

El proletariado es la clase menos heterogénea de la sociedad capitalista. La existencia de las capas sociales, como la aristocracia obrera y la burocracia, basta sin embargo para explicarnos la de los partidos oportunistas que se transforman, por el curso natural de las cosas, en uno de los medios de la dominación burguesa. Que la diferencia entre la aristocracia obrera y la masa proletaria sea, desde el punto de vista de la sociología estaliniana, “radical” o “superficial”, importa poco. En todo caso, de esa

diferencia nació, en su época, la necesidad de romper con la socialdemocracia y de fundar la III Internacional.

Incluso si en la sociedad soviética “no hay clases” es, no obstante, al menos incomparablemente más heterogéneo y compleja que el proletariado de los países capitalistas y puede, en consecuencia, ofrecer un terreno propicio para la formación de varios partidos. Al aventurarse imprudentemente en el terreno de la teoría, Stalin demuestra, una vez más, lo que no hubiera deseado. Su razonamiento no establece que no puede haber partidos *diferentes* en la URSS, sino que no puede haber partidos; pues en donde no hay clases, en general la política no tiene nada que hacer. Pero Stalin hace una excepción “sociológica” a esta ley, a favor del partido del que es secretario general.

Bujarin trata de abordar el problema desde otro ángulo. El problema de los caminos a seguir, hacia el capitalismo o hacia el socialismo, no se discute en la URSS; por tanto, “los partidarios de las clases enemigas o liquidadas no pueden ser autorizados a formar partidos”. Sin insistir en que, en el país del socialismo victorioso los partidarios del capitalismo debían parecer ridículos Don Quijotes incapaces de formar un partido, los desacuerdos políticos existentes distan de quedar abarcados en la alternativa: hacia el socialismo o hacia el capitalismo. Hay otras: ¿cómo avanzar hacia el socialismo? ¿a qué ritmo?. La elección del camino no es menos decisiva que la de la meta. ¿Pero quién escogerá los caminos? Si no hay nada que pueda alimentar a los partidos, no es necesario prohibirlos. Por el contrario, es necesario, aplicando el programa bolchevique, suprimir “todas las trabas, cualesquiera que sean, a la libertad”.

Stalin, al tratar de disipar las muy naturales dudas de su interlocutor norteamericano, emite una nueva consideración: “Las listas electorales serán presentadas al mismo tiempo por el partido comunista y por diversas organizaciones políticas, de las que tenemos centenares”. “Cada capa [de la sociedad soviética] puede tener sus intereses especiales y reflejarlos [¿expresarlos?] a través de las numerosas organizaciones sociales”. Este sofisma no vale más que los otros. Las organizaciones “sociales” soviéticas (sindicatos, cooperativas, sociedades culturales) no representan los intereses de “capas sociales”, pues todas tienen la misma estructura jerárquica. Aun cuando en apariencia sean organizaciones de masas, como los sindicatos y las cooperativas, los medios dirigentes privilegiados desempeñan en ellas un papel activo y la última palabra siempre la dice el “partido”, es decir, la burocracia. La constitución no hace más que mandar al elector de Poncio a Pilatos.

Este mecanismo está expresado muy fielmente en el texto de la ley fundamental. El artículo 126, eje de la constitución, en el sentido político, “asegura a los ciudadanos el derecho” a agruparse en organizaciones sociales: sindicatos, cooperativas, asociaciones juveniles, deportivas y de defensa nacional, culturales, técnicas y científicas. En cuanto a pertenecer al partido que concentra el poder en sus manos, no es un derecho, sino un privilegio de la minoría. “Los ciudadanos más activos y más conscientes [es decir, los que están reconocidos como tales por las autoridades, Trotsky] de la clase obrera y de las otras capas de trabajadores, se unen en el partido comunista que constituye el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores tanto sociales como del estado”. Esta fórmula, de una franqueza asombrosa, introducida en el texto mismo de la constitución, reduce a la nada la ficción del papel político de las “organizaciones sociales”, esas sucursales de la firma burocrática.

¿Pero si no hay luchas de partido, probablemente las diversas fracciones del único partido existente podrán manifestarse en las elecciones democráticas? A un periodista francés que le interrogaba sobre los grupos en el seno del partido gobernante, Mólotov le respondió: “Se han tratado de formar fracciones en el partido [...], pero hace varios años que la situación se ha modificado radicalmente a este respecto, y que el

partido comunista está realmente unido”. Nada lo demuestra mejor que las depuraciones incesantes y los campos de concentración. El mecanismo democrático es perfectamente claro, según los comentarios de Mólotov. “¿Qué queda de la revolución de octubre, [pregunta Víctor Serge], si todo obrero que se permite una reivindicación o una apreciación crítica está condenado a la prisión? ¡Después de eso se puede establecer cualquier voto secreto!” En efecto; ni el mismo Hitler ha renunciado al voto secreto.

Los razonamientos teóricos de los reformadores a propósito de las relaciones de las clases y del partido se sostienen por los pelos. La sociología no entra en el asunto; se trata de intereses materiales. El partido gobernante de la URSS es la máquina política de una burocracia que ejerce un monopolio, que tiene algo que perder, pero que ya no tiene nada que conquistar. El “terreno propicio” quiere conservarlo para ella sola.

En un país donde la lava de la revolución aún no se ha enfriado, los privilegios quemar a quienes los poseen como un reloj de oro robado a un ladrón aficionado. Los medios dirigentes soviéticos han aprendido a temer a las masas con un miedo perfectamente burgués. Stalin justifica “teóricamente” los privilegios crecientes de las capas dirigentes con la ayuda de la Internacional Comunista, y defiende a la aristocracia soviética con la ayuda de los campos de concentración. Para que el sistema siga funcionando, Stalin se ve obligado de vez en cuando a ponerse del lado del “pueblo” contra la burocracia, con el consentimiento tácito de ésta, claro está. Encuentra útil recurrir al voto secreto para limpiar un poco el aparato del estado de una voraz corrupción.

Ya en 1928, Rakovsky escribía a propósito de historias de gánsteres ocurridas en el seno de la burocracia y reveladas al gran público: “Lo más característico en esta ola de escándalos, y lo más peligroso, es la pasividad de las masas, de las masas comunistas más, que de las masas sin partido [...] Por temor al poder o por indiferencia política, no han protestado, se han limitado a murmurar”. Durante los ocho años transcurridos después, la situación ha empeorado gravemente. La corrupción del aparato, que se manifiesta a cada paso, ha empezado a amenazar la existencia misma del estado, no ya como instrumento de la transformación socialista de la sociedad, sino como fuente de poder, ingresos y privilegios de los dirigentes. Stalin ha tenido que dejar entrever este motivo de la reforma: “Muchas de nuestras instituciones [le dijo a Howard] funcionan mal”. Notable confesión: después de que la burocracia ha creado con sus propias manos la sociedad socialista, experimenta la necesidad de un... látigo. Y ese es el móvil de la reforma constitucional. Hay, además, otro no menos importante.

Al liquidar a los sóviets, la nueva constitución disuelve a la clase obrera en la masa de la población. Los sóviets, es cierto, han perdido desde hace largo tiempo todo significado político. Pero el crecimiento de los antagonismos sociales y el despertar de la nueva generación hubiesen podido reanimarlos. Hay que temer sobre todo a los sóviets de las ciudades en cuya actividad participan los jóvenes, y, especialmente, jóvenes comunistas exigentes. El contraste entre la miseria y el lujo es demasiado notable en las ciudades. La primera preocupación de la aristocracia soviética fue desembarazarse de los sóviets de obreros y de soldados rojos. Es más fácil hacerle frente al descontento disperso del campo. Incluso se puede, con cierto éxito, utilizar a los campesinos de los koljoses contra los obreros de las ciudades. No es la primera vez que la reacción burocrática se apoya en el campo en su lucha contra la ciudad.

Lo que la nueva constitución tiene de importancia, en principio, lo que en realidad la coloca por encima de las constituciones más democráticas de los países burgueses, es la transcripción prolija de los documentos esenciales de la revolución de octubre. La apreciación de las conquistas económicas que se encuentra en ella, deforma

la realidad a través del prisma de la mentira y de la charlatanería. Todo lo que se refiere a las libertades y a la democracia, no es más que usurpación y cinismo.

Representando como lo hacen, un inmenso paso atrás desde principios socialistas a principios burgueses, la nueva constitución, cortada y cosida a la medida del grupo dirigente, sigue el mismo curso histórico que el abandono de la revolución mundial a favor de la Sociedad de Naciones, la restauración de la familia burguesa, la sustitución de la milicia por el ejército permanente, la resurrección de los rangos y condecoraciones, y el crecimiento de la desigualdad. Reforzando jurídicamente el absolutismo de una burocracia “fuera de las clases”, la nueva constitución crea las premisas políticas para el nacimiento de una nueva clase poseedora.

XI ¿A dónde va la URSS?

El bonapartismo, régimen de crisis

Al interrogante que, a su debido tiempo, le planteamos al lector: ¿Cómo es posible que el grupo dirigente, a pesar de sus innumerables errores, haya podido adquirir un poder ilimitado?, o, con otras palabras, ¿cómo explicar el contraste entre la mediocridad ideológica de los termidorianos y su poderío material?, ahora le podemos dar una respuesta más concreta y categórica. La sociedad soviética no es armoniosa. Lo que es pecado para una clase o capa social, es virtud para la otra. Si, desde el punto de vista de las formas socialistas de la sociedad, la política de la burocracia asombra por sus contradicciones y sus discordancias, aparece muy consecuente desde el punto de vista de la consolidación de los nuevos dirigentes.

El apoyo del estado al kulak (1923-1928) implicaba un peligro mortal para el porvenir del socialismo. En revancha, la burocracia, ayudada por la pequeña burguesía, logró maniatar a la vanguardia proletaria y aplastar la oposición bolchevique. Lo que era un “error” desde el punto de vista socialista, era un claro beneficio desde el punto de vista de los intereses de la burocracia. Pero cuando el kulak empezó a amenazar directamente a la propia burocracia, ésta giró sus armas contra el kulak. El pánico del exterminio de los kulaks, extendido también a los campesinos medios, no costó menos caro al país que una invasión extranjera. Pero la burocracia defendía sus posiciones. Una vez derrotado el aliado de ayer, se dedicó a formar con toda energía una nueva aristocracia. ¿Sabotaje del socialismo? Evidentemente; pero también consolidación de la casta gobernante. La burocracia se parece a todas las castas dirigentes en que está dispuesta a cerrar los ojos ante los errores más burdos de sus jefes en la política general, si, a cambio, le son absolutamente fieles en la defensa de sus privilegios. Cuanto más inquietos están los nuevos amos, más aprecian la represión sin piedad de la menor amenaza a sus recién adquiridos derechos. Esto es lo que una casta de advenedizos toma en cuenta para elegir a sus jefes. Y ese es el secreto del éxito de Stalin.

Pero el poderío y la independencia de la burocracia no pueden crecer indefinidamente. Hay factores históricos más fuertes que los mariscales, y aun que los secretarios generales. Una racionalización de la economía no se concibe sin una contabilidad precisa; y ésta es incompatible con los caprichos burocráticos. La preocupación por el restablecimiento de un rublo estable, es decir, independiente de los “jefes”, se la inspira a la burocracia la contradicción cada vez más acentuada entre el poder absoluto de la misma y el desarrollo de las fuerzas productivas del país. Del mismo modo, la monarquía absoluta llegó a ser incompatible con el desarrollo del mercado burgués. El cálculo monetario tiene que dar una forma más abierta a la lucha de las diversas capas de la población por el reparto de la renta nacional. La cuestión de la escala salarial, casi algo indiferente durante la época del sistema de las cartillas de racionamiento, es ahora decisiva para los trabajadores, y con ella la cuestión de los sindicatos. La designación de los funcionarios sindicales, hecha desde arriba, tropezará con una resistencia cada vez más tenaz. Por fin, el trabajo a destajo hace que el obrero se interese por la buena dirección de las fábricas. Los *estajanovistas* se quejan cada vez más de los defectos de la organización y de la producción. El nepotismo burocrático en

la designación de los directores, de los ingenieros y del personal industrial en general, se hace cada vez menos tolerable. Las cooperativas y el comercio estatal están dependiendo mucho más que antes del consumidor. Los koljoses y sus miembros aprenden a traducir sus relaciones con el estado en el idioma de las cifras y no siempre sufrirán que se les designe administradores cuyo único mérito es, con frecuencia, convenirles a los burócratas locales. El rublo promete llevar la luz al dominio más secreto: el de los ingresos lícitos e ilícitos de la burocracia. Así la circulación monetaria, en un país políticamente ahogado, se convierte en una importante palanca de la movilización de las fuerzas de oposición, y anuncia el principio del fin del absolutismo “ilustrado”.

Mientras que el crecimiento de la industria y la entrada de la agricultura en la esfera del plan complican extremadamente la tarea de la dirección al poner en primer plano el problema de la *calidad*, la burocracia mata la iniciativa creadora y el sentimiento de responsabilidad, sin los cuales no hay, y no puede haber, progreso cualitativo. Las llagas del sistema son, probablemente, menos visibles en la industria pesada, pero la roen al mismo tiempo que a las cooperativas, a la industria ligera y alimenticia, a los koljoses, a las industrias locales, es decir, a todas las ramas de la producción próximas al consumidor.

El papel progresista de la burocracia soviética coincide con el periodo dedicado a introducir en la Unión Soviética los elementos más importantes de la técnica capitalista. El trabajo de imitación, de injerto, de transferencia, de aclimatación, se ha hecho en el terreno preparado por la revolución. Hasta ahora, no se ha tratado de innovar en el dominio de las ciencias, la técnica o el arte. Se pueden construir fábricas gigantes según modelos importados del extranjero por mandato burocrático, y pagándolas, es cierto, al triple de su precio. Ahora bien, cuanto más lejos se vaya, más se tropezará con el problema de la calidad, que se le escapa a la burocracia como una sombra. Parece que la producción está marcada con el sello gris de la indiferencia. En la economía nacionalizada, la *calidad* supone la democracia de los productores y de los consumidores, la libertad de crítica e iniciativa, cosas incompatibles con el régimen totalitario del miedo, la mentira y la adulación.

Tras el problema de la calidad se plantean otros, más grandiosos y complejos, que se pueden abarcar bajo la *rúbrica de la acción creadora técnica y cultural*. Un filósofo antiguo sostuvo que la discusión era la madre de todas las cosas. Donde el choque de las ideas es imposible, no pueden crearse nuevos valores. La dictadura revolucionaria, lo admitimos, constituye en sí misma una severa limitación a la libertad. Justamente por eso, las épocas revolucionarias jamás han sido propicias a la creación cultural para la que preparan el terreno. La dictadura del proletariado abre al genio humano un horizonte tanto más vasto cuanto más deje de ser una dictadura. La civilización socialista no se desarrollará más que con la agonía del estado. En esta simple e inflexible ley histórica se contiene la condena de muerte del actual régimen político de la URSS. La democracia soviética no es una reivindicación política abstracta o moral. Ha llegado a ser un asunto de vida o muerte para el país.

Si el nuevo estado no tuviera otros intereses que los de la sociedad, la agonía de sus funciones de coerción sería gradual e indolora. Pero el estado no es un espíritu puro. Las funciones específicas se han creado sus propios órganos. La burocracia, considerada en su conjunto, se preocupa menos de la función que del tributo que ésta le proporciona. La casta gobernante trata de perpetuar y de fortalecer los órganos de coerción; no respeta nada ni a nadie para mantenerse en el poder y conservar sus ingresos. Cuanto más adverso le es el curso de las cosas, más implacable es con los elementos avanzados de la población. Como la Iglesia Católica, la burocracia ha formulado su dogma de

infalibilidad después de que comenzó su decadencia, pero enseguida lo ha colocado a una altura en la que el Papa no puede soñar.

La divinización cada vez más imprudente de Stalin es, a pesar de lo que tiene de caricaturesco, necesaria para el régimen. La burocracia necesita un árbitro supremo inviolable, primer cónsul a falta de emperador, y eleva sobre sus hombros al hombre que responde mejor a sus pretensiones de dominación. La “firmeza” del jefe, tan admirada por los *dilettanti* literarios de occidente, no es más que la resultante de la presión colectiva de una casta dispuesta a todo para defenderse. Cada funcionario profesa que “el estado es él”. Cada sitio se refleja fácilmente en Stalin. Stalin descubre en cada uno el soplo de su espíritu. Stalin es la personificación de la burocracia. Esa es la sustancia de su personalidad política.

El cesarismo o su forma burguesa, el bonapartismo, entra en escena en la historia cuando la áspera lucha de dos adversarios parece elevar el poder sobre la nación, y asegura a los gobernantes una independencia aparente con relación a las clases; cuando en realidad no les deja más que la libertad que necesitan para defender a los privilegiados. Elevándose sobre una sociedad políticamente atomizada, apoyado sobre la policía y el cuerpo de oficiales, sin tolerar ningún control, el régimen estalinista constituye una variedad manifiesta del bonapartismo, de un tipo nuevo, sin semejanza hasta ahora. El cesarismo nació en una sociedad fundada sobre la esclavitud y trastornada por las luchas intestinas. El bonapartismo fue uno de los instrumentos del régimen capitalista en sus periodos críticos. El estalinismo es una de sus variedades, pero sobre las bases del estado obrero, desgarrado por el antagonismo entre la burocracia soviética organizada y armada y las masas trabajadoras desarmadas.

Como la historia atestigua, el bonapartismo se acomoda muy bien con el sufragio universal y aun con el voto secreto. El plebiscito es uno de sus atributos democráticos. Los ciudadanos son invitados de vez en cuando a pronunciarse *por o contra* el jefe; y los votantes sienten en las sienas el ligero frío de un cañón de revólver. Desde Napoleón III, que hoy parece un *dilettanti* provinciano, la técnica plebiscitaria ha alcanzado un desarrollo extraordinario. La nueva constitución soviética, al instituir un *bonapartismo plebiscitario*, es la coronación del sistema.

El bonapartismo soviético se debe, en última instancia, al retraso de la revolución mundial. La misma causa ha engendrado el fascismo en los países capitalistas. Llegamos a una conclusión a primera vista inesperada, pero en realidad irreprochable; que el estrangulamiento de la democracia soviética por la burocracia todopoderosa y las derrotas infligidas a la democracia en otros países, se deben a la lentitud con que el proletariado mundial cumple la misión que le ha asignado la historia. A pesar de la profunda diferencia de sus bases sociales, el estalinismo y el fascismo son fenómenos simétricos; en muchos de sus rasgos tienen una semejanza asombrosa. Un movimiento revolucionario victorioso en Europa quebrantaría al fascismo y al bonapartismo soviético. La burocracia estalinista tiene razón, desde su punto de vista, cuando le da la espalda a la revolución internacional; obedece, al hacerlo, al instinto de conservación.

La lucha de la burocracia contra el “enemigo de clase”

En los primeros tiempos del régimen soviético, el partido sirvió de contrapeso a la burocracia. Esta administraba al estado, el partido la controlaba. Vigilando con celo, para que la desigualdad no sobrepasase los límites de lo necesario, el partido siempre estaba en lucha abierta o velada contra la burocracia. El papel histórico de la fracción estalinista fue el de suprimir esta dualidad, subordinando el partido a su propia burocracia administrativa, y fusionando a los funcionarios del partido y del estado. Así

se creó el régimen totalitario actual. La victoria de Stalin fue asegurada por el servicio definitivo que hacía a la burocracia.

Durante los diez primeros años de su lucha, la Oposición de Izquierda no abandonó el programa de conquista ideológica del partido por el de la conquista del poder contra el partido. Su consigna era: “Reforma, no revolución”. Sin embargo, la burocracia estaba dispuesta, desde entonces, a cualquier golpe de estado para defenderse contra una reforma democrática. Cuando en 1927 el conflicto se hizo más agudo, Stalin, volviéndose hacia la Oposición en el comité central, exclamó: “Estos cuadros sólo pueden ser eliminados por medio de la guerra civil”. Las derrotas del proletariado europeo han hecho de esta amenaza una realidad histórica. El camino de la reforma se ha transformado en el de la revolución.

Las incesantes depuraciones del partido y de las organizaciones soviéticas tienen por objeto evitar que el descontento de las masas encuentre una expresión política coherente. Pero las represiones no matan el pensamiento, no hacen más que sumergirlo. Comunistas y sin partido tienen dos convicciones: la oficial y la secreta. La delación y la inquisición devoran a la sociedad. La burocracia califica invariablemente a sus adversarios como enemigos del socialismo. Usando fraudes judiciales, a tal grado que este hábito ha entrado en las costumbres corrientes, les imputa los peores crímenes. Arranca a los acusados, bajo amenaza de muerte, confesiones que ella misma les dicta y de las que se sirve enseguida para acusar a los más firmes.

Pravda, comentando la constitución “más democrática del mundo”, escribía el 5 de junio de 1936 que “sería imperdonablemente torpe” creer que, a pesar de la liquidación de las clases, “las fuerzas de las clases hostiles al socialismo se hayan resignado a su derrota [...]. La lucha continúa”. ¿Cuáles son estas “fuerzas hostiles”? Helas aquí: “Los restos de los grupos contrarrevolucionarios, de los guardias blancos de toda jaez y, sobre todo, de la variedad trotskysta-zinovievista...”. Después de la inevitable mención del “espionaje y de la acción terrorista y destructiva” (de los trotskystas y de los zinovievistas), el órgano de Stalin promete: “Continuaremos eliminando con mano firme a los enemigos del pueblo, los reptiles y los demonios trotskystas, cualquiera que sea su hábil disfraz”. Estas amenazas, repetidas diariamente por la prensa, no hacen más que acompañar el trabajo de la GPU.

Un tal Petrov, miembro del partido desde 1918, combatiente de la guerra civil, agrónomo soviético posteriormente y opositor de derecha, se evadió en 1936 de la deportación y al llegar al extranjero, en un periódico de la emigración liberal, escribió sobre los trotskystas lo que sigue: “¿Elementos de izquierda? Psicológicamente son los últimos revolucionarios. Auténticos, ardientes. Nada de compromisos. Hombres admirables. Ideas idiotas como [...] el incendio del mundo y ese género de visiones...”. Dejemos el asunto de las “ideas”. El juicio moral que de los elementos de izquierda hacen sus adversarios de derecha, es de una elocuencia espontánea. Justamente a estos “últimos revolucionarios, auténticos y ardientes”, los generales y los coroneles de la GPU acusan de contrarrevolucionarios en interés del imperialismo.

La histeria burocrática, rencorosamente azuzada contra la oposición bolchevique, adquiere un significado político clarísimo ante la derogación de las restricciones dictadas contra las personas de origen burgués. Los decretos conciliadores que les facilitan el acceso a los empleos y a los estudios superiores, proceden de la idea de que la resistencia de las antiguas clases dominantes cesa en la medida en la estabilidad del nuevo orden es más evidente. “Estas restricciones se han vuelto superfluas”, explicaba Mólotov en la sesión del ejecutivo de enero de 1936. En el mismo momento se descubre que los peores “enemigos de clase” se reclutan entre los hombres que han combatido toda su vida por el socialismo, comenzando por los

colaboradores más cercanos de Lenin, como Zinóviev y Kámenev. A diferencia de la burguesía, los “trotskystas”, si creemos a *Pravda*, se sienten tanto más “exasperados” cuanto más luminosamente se “dibujan los contornos de la sociedad sin clases”. Esta filosofía delirante, nacida de la necesidad de justificar nuevas situaciones por medio de fórmulas viejas, no puede, por supuesto, disimular el desplazamiento real de los antagonismos sociales. Por una parte, la creación de “notables” abre las puertas a los retoños más ambiciosos de la burguesía, pues nada se arriesga al concederles la igualdad de derechos. Por otra, el mismo hecho provoca el descontento agudo y peligrosísimo de las masas y, principalmente, de la juventud obrera. Así se explica la campana contra “los reptiles y los demonios trotskystas”.

La espada de la dictadura, que hería antaño a los partidarios de la restauración burguesa, se abate ahora sobre los que se rebelan contra la burocracia. Hiere a la vanguardia del proletariado y no a los enemigos de clase del mismo. Correspondiendo con ese cambio básico en sus funciones, la policía política, formada antes por los bolcheviques más celosos y dispuestos al sacrificio, está ahora compuesta por la parte más desmoralizada de la burocracia

Para proscribir a los revolucionarios, los termidorianos ponen todo el odio que les inspiran los hombres que les recuerdan el pasado y que les hacen temer el porvenir. Los bolcheviques más firmes y más fieles, la flor del partido, son enviados a las prisiones, a los rincones perdidos de Siberia y de Asia Central, a los numerosos campos de concentración. En las prisiones mismas y en los sitios de deportación, los opositores siguen siendo víctimas de los registros, del bloqueo postal, del hambre. Las mujeres son arrancadas de sus maridos, con el objeto de quebrantar a ambos y obligarlos a abjurar. Por lo demás, la abjuración no los salva; a la primera sospecha o a la primera renuncia, el arrepentido es doblemente castigado. El auxilio proporcionado a los deportados, aun por sus propios parientes, es considerado como un crimen. La ayuda mutua, como un complot. En estas condiciones, la huelga de hambre es el único medio de defensa que les queda a los perseguidos. La GPU responde a ella con la alimentación forzada, a menos que deje a sus prisioneros la libertad de morir. Centenares de revolucionarios rusos y extranjeros han sido impulsados, durante los últimos años, a huelgas de hambre mortales, se les ha fusilado o llevado al suicidio. En doce años, el gobierno ha anunciado varias veces la extirpación definitiva de la oposición. Pero durante la “depuración” de los últimos meses de 1935 y del primer semestre de 1936, centenares de millares de comunistas han sido excluidos nuevamente del partido, entre los que se cuentan varias decenas de millares de “trotskystas”. Los más activos han sido arrestados inmediatamente, encarcelados o enviados a los campos de concentración. En cuanto a los otros, Stalin ordenó a las autoridades locales, por medio de *Pravda*, que no se les diera trabajo. En un país donde el estado es el único patrón, una medida de este género equivale a una sentencia a morir de hambre. El antiguo principio “quien no trabaja no come”, es reemplazado por este otro: “quien no se somete no come”. No sabremos cuántos bolcheviques han sido excluidos, arrestados, deportados y exterminados a partir de 1923 (año en que se abre la era del bonapartismo), hasta el día en que se abran los archivos de la policía política de Stalin²⁵. No sabremos cuántos permanecen en la ilegalidad hasta el día en que comience el derrumbe del régimen burocrático.

¿Qué importancia pueden tener veinte o treinta mil opositores en un partido de dos millones de miembros? La simple confrontación de las cifras no dice nada en este caso. Con una atmósfera sobrecargada, basta una decena de revolucionarios en un

²⁵ Boujarin, Yagoda, Kámenev, Bela Kun, Radek, Rakovsky, Rykov, Sosnovski, Tujachevsky y Zinóviev, por citar únicamente a los adversarios de Trotsky mencionados en esta obra, fueron ejecutados o fallecieron en la deportación. Ordzonikidze et Tomski se suicidaron. Ed. Fr.

regimiento para hacerlo pasar al lado del pueblo. No sin razón los estados mayores sienten un miedo cerval hacia los pequeños grupos clandestinos y aun hacia los militantes aislados. Este miedo que hace temblar a la burocracia estalinista, explica la crueldad de sus proscipciones y la depravación de sus calumnias.

Victor Serge, que ha pasado en la URSS por todas las etapas de la represión, trajo a occidente el terrible mensaje de los que son torturados por su fidelidad a la revolución y la resistencia a sus sepultureros. Escribe:

“No exagero nada, peso mis palabras, puedo apoyar cada una de ellas con pruebas trágicas y nombres [...].

Entre esta masa de víctimas y de protestantes, silenciosos la mayor parte, siento próxima a mí, sobre todo, a una heroica minoría preciosa por su energía, por su clarividencia, por su estoicismo, por su fidelidad al bolchevismo de la gran época. Son algunos millares de comunistas, compañeros de Lenin y de Trotsky, constructores de las repúblicas soviéticas cuando existían los sóviets, los que invocan, contra la decadencia interior del régimen, los principios del socialismo; que defienden como pueden (sólo pueden hacerlo admitiendo todos los sacrificios) los derechos de la clase obrera [...].

Los encarcelados allá se sostendrán hasta que sea necesario, aunque no puedan ver la nueva aurora de la revolución. Los revolucionarios de occidente pueden contar con ellos: la llama será mantenida, aunque sea en las prisiones. Ellos también cuentan con vosotros. Debéis defenderlos, todos debemos defenderlos, para defender a la democracia obrera del mundo, para restituir a la dictadura del proletariado su rostro liberador, para devolver a la URSS, un día, su grandeza moral y la confianza de los trabajadores.”

Una nueva revolución es ineludible

Reflexionando sobre la agonía del estado, Lenin escribía que el hábito de observar las reglas de la comunidad es susceptible de alejar toda necesidad de coerción “si nada suscita la indignación, la protesta y la rebeldía, y no implica, así, la necesidad de la represión”. Todo consiste en ese *si*. El actual régimen de la URSS suscita a cada paso protestas, tanto más dolorosas cuanto más se las ahoga. La burocracia no solamente es un aparato de coerción, sino una causa permanente de provocación. La misma existencia de una avariciosa casta de amos, mentirosa y cínica, no puede menos que suscitar una rebelión oculta. La mejoría de la situación de los obreros, no los reconcilia con el poder; lejos de eso, al elevar su dignidad al abrir su pensamiento a los problemas de política general, prepara su conflicto con los dirigentes.

Los “jefes” inamovibles repiten que es necesario “aprender”, “asimilar la técnica”, “cultivarse” y otras cosas más. Pero los amos mismos, son ignorantes, poco cultivados, no aprenden nada seriamente, siguen siendo groseros y desleales. Su pretensión a la tutela total de la sociedad, así se trate de mandar a los gerentes de cooperativas o a los compositores de música, se hace intolerable. La población no podrá alcanzar una cultura más elevada si no se sacude su humillante sujeción a esta casta de usurpadores.

¿Devorará el burócrata al estado obrero, o la clase obrera lo limpiará de burócratas?” De esta disyuntiva depende la suerte de la URSS. La inmensa mayoría de los obreros ya es hostil a la burocracia; las masas campesinas le profesan un vigoroso odio plebeyo. Si a la inversa de los campesinos, los obreros casi no luchan, dejando así al campo abandonado a sus errores e impotencia, esto no solamente se debe a la represión. Los trabajadores temen, si derrocan a la burocracia, abrir el camino a la restauración capitalista. Las relaciones recíprocas entre el estado y la clase obrera son

mucho más complejas de lo que se imaginan los “demócratas” vulgares. Sin economía planificada, la URSS retrocederá décadas. Al mantener esta economía, la burocracia continúa desempeñando una función necesaria. Pero lo hace de tal manera, que prepara una explosión de todo el sistema que puede barrer completamente los resultados de la revolución. Los obreros son realistas. Sin hacerse ilusiones sobre la casta dirigente, y menos sobre las capas de esta casta a las que conocen un poco de cerca, la consideran, por el momento, como la guardiana de una parte de sus propias conquistas. No dejarán de expulsar a la guardiana deshonesto, insolente y sospechosa, tan pronto como vean otra posibilidad. Para esto, es necesario que estalle una revolución en occidente o en oriente.

La supresión de toda lucha política visible es presentada por los agentes y los amigos del Kremlin como una “estabilización” del régimen. En realidad, no significa más que una estabilización momentánea de la burocracia. La joven generación, sobre todo, sufre con el yugo del “absolutismo ilustrado”, mucho más absoluto que ilustrado... La vigilancia cada vez más temible que ejerce la burocracia ante toda chispa de pensamiento, así como también la insoportable adulación del “jefe” providencial, demuestran el divorcio entre el estado y la sociedad, así como la agravación de las contradicciones interiores, que al hacer presión sobre las paredes del estado buscan una salida, e inevitablemente la encontrarán.

Los atentados cometidos en contra de los representantes del poder tienen con frecuencia una gran importancia sintomática que permite juzgar la situación de un país. El más sonado fue el asesinato de Kírov, dictador hábil y sin escrúpulos de Leningrado, personalidad típica de su corporación. Los actos terroristas son incapaces, por sí mismos, de derribar a la oligarquía burocrática. El burócrata considerado individualmente, puede temer al revólver; el conjunto de la burocracia explota con éxito el terrorismo para justificar su propia violencia, no sin acusar a sus adversarios políticos (el asunto Zinóviev, Kámenev y demás)²⁶. El terrorismo individual es el arma de los aislados, impacientes o desesperados, especialmente de la joven generación de la burocracia. Pero, como sucedió en tiempos del zarismo, los crímenes políticos indican que el aire se carga de electricidad y anuncian el principio de una crisis política abierta.

Al promulgar la nueva constitución, la burocracia demuestra que ha olfateado el peligro y que trata de defenderse. Pero más de una vez ha sucedido que la dictadura burocrática, buscando la salvación con reformas “liberales”, no ha hecho más que debilitarse. Al revelar el bonapartismo la nueva constitución ofrece, al mismo tiempo, un arma semilegal para combatirlo. La rivalidad electoral de las camarillas puede ser el punto de partida de las luchas políticas. El látigo dirigido contra los “órganos del poder que funcionan mal” puede transformarse en un látigo contra el bonapartismo. Todos los indicios nos hacen creer que los acontecimientos provocarán infaliblemente un conflicto entre las fuerzas populares y desarrolladas por el crecimiento de la cultura y la oligarquía burocrática. No hay una salida pacífica de esta crisis. Nunca se ha visto que el diablo se corte de buen grado sus propias garras. La burocracia soviética no abandonará sus posiciones sin combate; el país se encamina evidentemente hacia una revolución.

Ante una presión enérgica de las masas, y la inevitable desintegración en tales circunstancias del aparato gubernamental, la resistencia de los gobernantes puede ser mucho más débil de lo que parece. Es indudable que en este asunto sólo podemos entregarnos a las conjeturas. Sea como fuere, la burocracia sólo podrá ser suprimida revolucionariamente y, como siempre sucede, esto exigirá menos sacrificios cuanto más

²⁶ Alusión al primer proceso de 1935. El asesinato de Kírov entrañó a su vez más tarde la apertura de los célebres “procesos de Moscú”. Ed. Fr.

enérgico y decidido sea el ataque. Preparar esta acción y colocarse a la cabeza de las masas en una situación histórica favorable, es la misión de la sección soviética de la IV Internacional, aún débil y reducida a la existencia clandestina. Pero la ilegalidad de un partido no quiere decir su inexistencia. No es más que una forma penosa de existencia. La represión puede tener magníficos resultados aplicada contra una clase que abandona la escena; la dictadura revolucionaria de 1917-1923 lo demostró plenamente; pero recurrir a la violencia contra la vanguardia revolucionaria no salvará a una casta que ha sobrevivido demasiado tiempo, si es que la URSS tiene un porvenir.

La revolución que la burocracia prepara en contra de sí misma no será social como la de octubre de 1917, pues no tratará de cambiar las bases económicas de la sociedad ni de reemplazar una forma de propiedad por otra. La historia ha conocido, además de las revoluciones sociales que sustituyeron al régimen feudal por el burgués, revoluciones políticas que, sin tocar los fundamentos económicos de la sociedad, derriban las viejas formaciones dirigentes (1830 y 1848 en Francia; febrero de 1917, en Rusia). La subversión de la casta bonapartista tendrá, naturalmente, profundas consecuencias sociales; pero no saldrá del marco de una revolución política.

Un estado salido de la revolución obrera existe por primera vez en la historia. Las etapas que debe franquear no están escritas en ninguna parte. Los teóricos y los constructores de la URSS esperaban, es cierto, que el completamente transparente y flexible sistema de los sóviets permitiría al estado transformarse pacíficamente, disolverse y morir a medida que la sociedad realizara su evolución económica y cultural. La vida se ha mostrado más compleja que la teoría. El proletariado de un país atrasado fue el que tuvo que hacer la primera revolución socialista; y muy probablemente tendrá que pagar este privilegio con una segunda revolución contra el absolutismo burocrático. El programa de esta revolución dependerá del momento en que estalle, del nivel que el país haya alcanzado y, en una medida muy apreciable, de la situación internacional. Sus elementos esenciales, bastante definidos hasta ahora, se han indicado a lo largo de las páginas de este libro: son las conclusiones objetivas del análisis de las contradicciones del régimen soviético.

No se trata de reemplazar a un grupo dirigente por otro, sino de cambiar los métodos mismos de la dirección económica y cultural. La arbitrariedad burocrática deberá ceder su lugar a la democracia soviética. El restablecimiento del derecho de crítica y de una libertad electoral auténtica, son condiciones necesarias para el desarrollo del país. El restablecimiento de la libertad de los partidos soviéticos, y el renacimiento de los sindicatos, están implicados en este proceso. La democracia provocará, en la economía, la revisión radical de los planes en beneficio de los trabajadores. La libre discusión de los problemas económicos disminuirá los gastos generales impuestos por los errores y los zigzags de la burocracia. Las empresas suntuarias, palacios de los sóviets, teatros nuevos, metros, construidos para hacer ostentación, dejarán su lugar a las viviendas obreras. Las “normas burguesas de reparto” serán reducidas a las proporciones estrictamente exigidas por la necesidad y retrocederán a medida que la riqueza social crezca, ante la igualdad socialista. Los grados serán abolidos inmediatamente, las condecoraciones devueltas al vestuario. La juventud podrá respirar libremente, criticar, equivocarse, madurar. La ciencia y el arte se sacudirán sus cadenas. La política exterior renovará la tradición del internacionalismo revolucionario.

Ahora más que nunca, los destinos de la revolución de octubre están ligados a los de Europa y del mundo. Los problemas de la URSS se resuelven en la Península Ibérica, en Francia, en Bélgica. Cuando aparezca este libro, la situación será indudablemente más clara que en estos días de guerra civil en Madrid. Si la burocracia

soviética logra, con su política traicionera de los frentes populares, asegurar la victoria de la reacción en Francia y en España (y la Internacional Comunista hace todo lo que puede en este sentido), la URSS se encontrará al borde del abismo y la contrarrevolución burguesa estará más a la orden del día que el levantamiento de los obreros contra la burocracia. Si, por el contrario, a pesar del sabotaje de los reformistas y de los jefes “comunistas”, el proletariado de occidente se abre camino hacia el poder, se inaugurará un nuevo capítulo en la historia de la URSS. La primera victoria revolucionaria en Europa, provocará en las masas soviéticas el efecto de una descarga eléctrica, las despertará y elevará su espíritu de independencia, reanimará las tradiciones de 1905 y 1907, debilitará las posiciones de la burocracia y no tendrá menos importancia para la IV Internacional que la que tuvo para la III la victoria de la revolución de octubre. El primer estado obrero sólo se salvará para el porvenir del socialismo por este camino.

Apéndice

I “El socialismo en un solo país”

Las tendencias reaccionarias a la autarquía constituyen un reflejo defensivo del capitalismo senil a la tarea con que la historia se enfrenta: liberar a la economía de las cadenas de la propiedad privada y del estado nacional, y organizarla sobre un plan conjunto en toda la superficie del globo.

La “[declaración de los derechos del pueblo trabajador explotado](#)“, redactada por Lenin y sometida por el Consejo de Comisarios del Pueblo a la sanción de la Asamblea Constituyente en las escasas horas que ésta vivió, definía en los siguientes términos “la misión esencial” del nuevo régimen: “instaurar una organización socialista de la sociedad y hacer triunfar el socialismo en todos los países”²⁷. De manera que el internacionalismo de la revolución fue proclamado en el documento básico del nuevo régimen. Nadie se hubiera atrevido, en ese momento, a plantear el problema en otros términos. En abril de 1924, tres meses después de la muerte de Lenin, Stalin escribía en su compilación sobre *Las bases del leninismo*: “Bastan los esfuerzos de un país para derribar a la burguesía; la historia de nuestra revolución lo demuestra. La victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo si es campesino como el nuestro, son ya insuficientes: se necesitan los esfuerzos reunidos del proletariado de varios países avanzados”. Estas líneas no necesitan comentario. Pero la edición en la que figuran ha sido retirada de la circulación. Las grandes derrotas del proletariado europeo y los primeros éxitos, muy modestos a pesar de todo, de la economía soviética, le sugirieron a Stalin durante el otoño de 1924 que la misión histórica de la burocracia era construir el socialismo en un solo país. Se entabló una discusión alrededor de este problema que le pareció escolástica a muchos espíritus superficiales pero que, en realidad, reflejaba la incipiente degeneración de la III Internacional y preparaba el nacimiento de la IV.

El excomunista Petrov, a quien ya conocemos, actualmente emigrado blanco, relata, según sus propios recuerdos, cuán áspera fue la resistencia de los jóvenes administradores hacia la doctrina que hacía depender a la URSS de la revolución internacional: “¡Cómo! ¿No podemos hacer nosotros mismos la felicidad de nuestro país? Si Marx piensa otra cosa, no importa, no somos marxistas, somos bolcheviques de Rusia”. Al recordar las discusiones de 1923-1926, Petrov añade: “Actualmente, no puedo menos que pensar que la teoría del socialismo en un solo país es una simple invención estalinista”. ¡Exacto! Traducía exactamente el sentimiento de la burocracia que, al hablar de la victoria del socialismo se refería a su propia victoria.

Para justificar su ruptura con la tradición del internacionalismo marxista, Stalin tuvo la imprudencia de sostener que Marx y Engels habían ignorado... la ley de la desigualdad del desarrollo del capitalismo, descubierta por Lenin. Esta afirmación debería ocupar el primer lugar en nuestro catálogo de curiosidades intelectuales. La

²⁷ [Declaración de los derechos del Pueblo Trabajador y Explotado](#), Edicions internacionals Sedov - La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918.

desigualdad del desarrollo marca toda la historia de la humanidad, y más particularmente la del capitalismo. El joven historiador y economista, Solntsev (militante extraordinariamente dotado y de una rara calidad moral, muerto en las prisiones soviéticas perseguido por su adhesión a la Oposición de Izquierda), escribió en 1926 una excelente nota sobre la ley de la desigualdad del desarrollo, tal como se encuentra en la obra de Marx. Naturalmente que este trabajo no pudo publicarse en la URSS. Razones opuestas hicieron que se prohibiera la obra de un socialdemócrata alemán (Vollmar) enterrado y olvidado hace largo tiempo, quien sostuvo, ya en 1878, que un “estado socialista aislado” era posible (refiriéndose a Alemania, no a Rusia), e invocando la “ley” de la desigualdad del desarrollo, que se nos dice era desconocida hasta Lenin.

Georg H. von Vollmar escribía:

“El socialismo supone forzosamente una economía desarrollada; y si no fuera necesaria *más que* ella, sería poderoso, sobre todo, donde el desarrollo económico es más elevado. En realidad, el problema se plantea de otro modo. Inglaterra es indudablemente el país más avanzado desde el punto de vista económico y, sin embargo, el socialismo es allí muy secundario, mientras que en Alemania, país menos desarrollado, se ha transformado en una fuerza tal que la vieja sociedad ya no se siente segura...”. Vollmar continuaba, después de haber indicado el poder de los factores que determinan los acontecimientos: “Es evidente que las reacciones recíprocas de tan gran número de factores, hacen imposible, desde el punto de vista del tiempo y de la forma, una evolución semejante aunque no fuera más que en dos países, para no hablar de todos [...]. El socialismo obedece a la misma ley [...]. La hipótesis de una victoria simultánea del socialismo en todos los países civilizados está completamente excluida, lo mismo que la de la imitación por los otros países civilizados del ejemplo del estado que se haya dotado de una organización socialista. [...]. Así llegaremos al *estado socialista aislado* que espero haber probado que es, si no la única posibilidad, al menos la más probable”. Esta obra, escrita cuando Lenin tenía ocho años, ofrece una interpretación de la ley de la desigualdad del desarrollo mucho más justa que las de los epígonos soviéticos a partir de 1924. Notemos que Vollmar, teórico de segunda categoría, no hacía más que comentar las ideas de Engels, a quien hemos visto acusado de ignorancia en este sentido.

El “estado socialista aislado” ha pasado desde hace largo tiempo del dominio de la hipótesis al de la realidad, no en Alemania, sino en Rusia. El hecho de su aislamiento expresa precisamente el poder relativo del capitalismo mundial y la debilidad relativa del socialismo. Entre el estado “socialista” aislado y la sociedad socialista, desembarazada para siempre del estado, queda por franquear una gran distancia que corresponde justamente al camino de la revolución internacional.

Beatrice y Sidney Webb nos aseguran, por su parte, que Marx y Engels no creyeron en la posibilidad de una sociedad socialista aislada, por la simple razón de que “nunca imaginaron” (“*neither Marx nor Engels had ever dreamed*”) instrumento tan poderoso como el monopolio del comercio exterior. No se pueden leer estas líneas sin experimentar cierta confusión por personas de edad tan avanzada. La nacionalización de los bancos y de las sociedades mercantiles, de los ferrocarriles y de la flota mercante, es tan indispensable para la revolución social como la nacionalización de los medios de producción, incluyendo las industrias de exportación. El monopolio del comercio exterior no hace más que concentrar en manos del estado los medios materiales de la importación y la exportación. Decir que Marx y Engels nunca pensaron en ello, es decir que no pensaron en la revolución socialista. Para colmo de desdichas, el monopolio del comercio exterior es, para Vollmar, uno de los recursos más importantes del “estado

socialista aislado”. Marx y Engels hubieran podido aprender el secreto en este autor, si él no lo hubiera aprendido de ellos.

La “teoría” del socialismo en un solo país, que Stalin no expone ni justifica en ninguna parte, se reduce a la concepción, extraña a la historia y más bien estéril, de que las riquezas naturales permiten que la URSS construya el socialismo dentro de sus fronteras geográficas. Se podría afirmar, igualmente, que el socialismo vencería si la población del globo fuese doce veces menor de lo que es. En realidad, la nueva teoría trataba de imponer a la conciencia social un sistema de ideas más concreto: la revolución ha terminado definitivamente; las contradicciones sociales tendrán que atenuarse progresivamente; el campesino rico será asimilado poco a poco por el socialismo; el conjunto de la evolución, independientemente de los acontecimientos exteriores, seguirá siendo regular y pacífico. Bujarin, intentando dar algún tipo de fundamentación a la teoría, declaró que estaba probado contra toda duda que “las diferencias de clase en nuestro país o la técnica atrasada no nos conducirán al fracaso; podemos construir el socialismo aun en este terreno de miseria técnica; su crecimiento será muy lento, avanzaremos a paso de tortuga pero construiremos el socialismo y, lo terminaremos...”. Hagamos a un lado la idea de “construir el socialismo sobre una base de técnica miserable” y recordemos una vez más la genial intuición del joven Marx: con una base técnica débil “sólo se socializa la necesidad, y la penuria provocará necesariamente competencias por los artículos necesarios que harán que se regrese al antiguo caos”. En abril de 1926, la Oposición de Izquierda propuso a una asamblea plenaria del comité central la siguiente enmienda a la teoría del paso de tortuga: “Sería radicalmente erróneo creer que se puede marchar hacia el socialismo a una velocidad arbitrariamente decidida cuando se está rodeado por el capitalismo. El progreso hacia el socialismo sólo estará asegurado cuando la distancia que separa a nuestra industria de la industria capitalista avanzada [...] disminuya evidente y concretamente, en lugar de aumentar”. Con mucha razón, Stalin consideró esta enmienda como un ataque “enmascarado” contra la teoría del socialismo en un solo país y rehusó categóricamente relacionar la velocidad de la edificación con las condiciones internacionales. La versión estenográfica da su respuesta en los siguientes términos: “El que haga intervenir en este caso el factor internacional, no comprende cómo se plantea el problema y embrolla todas las nociones, sea por incomprensión, sea por deseo consciente de sembrar la confusión”. La enmienda de la Oposición fue rechazada.

La ilusión de un socialismo que se construye suavemente (a paso de tortuga) sobre una base de miseria, rodeado por enemigos poderosos, no resistió largo tiempo los golpes de la crítica. En noviembre del mismo año, la XV Conferencia del partido reconoció, sin la menor preparación en la prensa, que era necesario “alcanzar en un plazo histórico relativamente [¿?] mínimo, y sobrepasar, enseguida, el nivel de desarrollo industrial de los países capitalistas avanzados”. La Oposición de Izquierda fue, en todo caso, “sobrepasada”. Pero aunque dieran la orden de “alcanzar y sobrepasar” al mundo entero en un “plazo relativamente mínimo”, los teóricos que la víspera preconizaban la lentitud de la tortuga, eran prisioneros del “factor internacional” tan temido por la burocracia. Y la primera versión de la teoría estalinista, la más clara, fue liquidada en ocho meses.

El socialismo tendrá que “sobrepasar” ineludiblemente al capitalismo en todos los dominios, escribía la Oposición de Izquierda en un documento repartido ilegalmente en marzo de 1927:

“...pero en este momento no se trata de las relaciones del socialismo con el capitalismo en general, sino del desarrollo económico de la URSS en relación con el de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. ¿Qué hay que entender por un

plazo histórico mínimo? Quedaremos lejos del nivel de los países capitalistas avanzados durante los próximos periodos quinquenales. ¿Qué sucederá durante este tiempo en el mundo capitalista? Si admitimos que pueda disfrutar de un nuevo periodo de prosperidad que dure algunas decenas de años, hablar del socialismo en nuestro atrasado país será una triste necesidad; tendremos que reconocer que nos engañamos al considerar nuestra época como la de la putrefacción del capitalismo. En este caso, la república de los sóviets será la segunda experiencia de la dictadura del proletariado, más larga y más fecunda que la de la Comuna de París, pero, al fin y al cabo, una simple experiencia [...] ¿Tenemos razones serias para revisar tan resueltamente los valores de nuestra época y el sentido de la revolución internacional? No. Al concluir su periodo de reconstrucción (después de la guerra), los países capitalistas vuelven a encontrarse con todas sus antiguas contradicciones internas e internacionales, pero aumentadas y agravadísimas. Esta es la base de la revolución proletaria. Es un hecho que estamos construyendo el socialismo. Pero como el todo es mayor que la parte, también es un hecho no menos cierto, pero mayor, que la revolución se prepara en Europa y en el mundo. La parte sólo podrá vencer con el todo [...].

El proletariado europeo necesita un tiempo mucho menos largo para tomar el poder que el que nosotros necesitamos para superar, desde el punto de vista técnico, a Europa y Norteamérica [...] Mientras tanto, tenemos que aminorar sistemáticamente la diferencia entre el rendimiento del trabajo en nuestro país y el de los otros. Cuanto más progreseemos, estaremos menos amenazados por la posible intervención de los bajos precios y, en consecuencia, por la intervención armada [...]. Cuanto más mejoremos las condiciones de existencia de los obreros y de los campesinos, con mayor seguridad precipitaremos la revolución en Europa, más rápidamente esta revolución nos enriquecerá con la técnica mundial y más segura y completa será nuestra edificación socialista como una parte de la construcción de Europa y del mundo”.

Este documento, como muchos otros, quedó sin respuesta, a menos que se hayan considerado como tal las exclusiones del partido y los arrestos.

Después de abandonar la idea del paso de tortuga, hubo que renunciar a la idea conexas de la asimilación del kulak por el socialismo. La derrota infligida a los campesinos ricos por medidas administrativas debía proporcionar, sin embargo, un nuevo alimento a la teoría del socialismo en un solo país: desde el momento en que las clases estaban, “en el fondo”, eliminadas, el socialismo, “en el fondo”, estaba realizado (1931). Era la restauración de la idea de una sociedad socialista construida sobre “una base de miseria”. Recordamos que un periodista oficioso nos explicó en ese momento que la falta de leche para los niños se debía a la falta de vacas no a las carencias del sistema socialista.

La preocupación por el rendimiento del trabajo no permite perder el tiempo en las fórmulas tranquilizadoras de 1931, destinadas a proporcionar una compensación moral a los estragos de la colectivización total. “Algunos creen [declaró súbitamente Stalin con ocasión del movimiento Stajanov], que el socialismo puede consolidarse con cierta igualdad en la pobreza. Es falso. [...] El socialismo sólo puede vencer, realmente, sobre la base de un rendimiento de trabajo más elevado que en el régimen capitalista”. Justísimo. Pero el nuevo programa de las Juventudes Comunistas, adoptado en abril de 1935 en el congreso que las privó de los últimos vestigios de sus derechos políticos, define categóricamente al régimen soviético: “La economía nacional se ha vuelto

socialista”. Nadie se preocupa por reconciliar estas concepciones contradictorias que se lanzan a la circulación según las necesidades del momento. Nadie se atreverá a emitir una crítica, dígase lo que se diga.

La necesidad de un nuevo programa de las JJ CC fue justificada en estos términos por el ponente: “El antiguo programa contiene una afirmación errónea, profundamente antileninista, según la cual ‘Rusia no puede llegar al socialismo más que por la revolución mundial’. Este punto del programa es radicalmente falso, impregnado de ideas trotskystas” (las mismas ideas que Stalin defendía aún en abril de 1924). ¡Queda por explicar por qué un programa escrito en 1921 por Bujarin y atentamente revisado por el buró político con la colaboración de Lenin, se reveló “trotskysta” al cabo de quince años, y necesitó una revisión en un sentido diametralmente opuesto! Pero los argumentos lógicos son impotentes cuando se trata de intereses. Después de emanciparse del proletariado de su propio país, la burocracia no puede reconocer que la URSS depende del proletariado mundial.

La ley de la desigualdad del desarrollo tuvo por resultado que la contradicción entre la técnica y las relaciones de propiedad del capitalismo provocara la ruptura de la cadena mundial en su eslabón más débil. El atrasado capitalismo ruso fue el primero que pagó las insuficiencias del capitalismo mundial. La ley del desarrollo *desigual* se une, a través de la historia, con la del desarrollo *combinado*. El derrumbe de la burguesía en Rusia provocó la dictadura del proletariado, es decir, que un país atrasado diera un salto hacia adelante con relación a los países avanzados. El establecimiento de las formas socialistas de la propiedad en un país atrasado tropezó con una técnica y una cultura demasiado débiles. Nacida de la contradicción entre las fuerzas productivas mundiales altamente desarrolladas y la propiedad capitalista, la revolución de octubre engendró a su vez contradicciones entre las fuerzas productivas nacionales, demasiado insuficientes, y la propiedad socialista.

Es verdad que el aislamiento de la URSS no tuvo las graves consecuencias que eran de temerse: el mundo capitalista estaba demasiado desorganizado y paralizado para manifestar todo su poder potencial. La “tregua” ha sido más larga de lo que el optimismo crítico hacía esperar. Pero el aislamiento y la imposibilidad de aprovechar los recursos del mercado mundial aun cuando fuese sobre bases capitalistas (ya que el comercio exterior había caído a una cuarta o quinta parte de lo que era en 1931), no sólo obligaban a hacer enormes gastos en la defensa nacional, sino que provocaban uno de los más desventajosos repartos de las fuerzas productivas y un lento crecimiento del nivel de vida de las masas. Sin embargo, la plaga burocrática ha sido el producto más nefasto del aislamiento.

Las normas políticas y jurídicas establecidas por la revolución ejercen, por una parte, una influencia favorable sobre la economía atrasada y sufren, por otra, la acción deprimente de un medio retrasado. Cuanto más largo sea el tiempo que la URSS permanezca rodeada por un medio capitalista, más profunda será la degeneración de los tejidos sociales. Un aislamiento indefinido provocaría infaliblemente no el establecimiento de un comunismo nacional, sino la restauración del capitalismo.

Si la burguesía no puede dejarse asimilar pacíficamente por la democracia socialista, el estado socialista, por su parte, tampoco puede fusionarse pacíficamente con un sistema capitalista mundial. El desarrollo socialista pacífico de “un solo país” no está en el orden del día de la historia; una larga serie de trastornos mundiales se anuncia: guerras y revoluciones. En la vida interior de la URSS también se anuncian tempestades inevitables. En su lucha por la economía planificada, la burocracia ha tenido que expropiar al kulak; en su lucha por el socialismo, la clase obrera tendrá que expropiar a

la burocracia sobre cuya tumba podrá inscribir este epitafio: “Aquí yace la teoría del socialismo en un solo país”.

II Los “amigos” de la URSS

Por primera vez, un poderoso gobierno compra en el extranjero, no a la prensa de derecha, sino a la de izquierda y aun de extrema izquierda. La simpatía de las masas por la más grande de las revoluciones es canalizada hábilmente a favor de la burocracia. La prensa “simpatizante” pierde insensiblemente el derecho de publicar lo que podría causar la menor contrariedad a los dirigentes de la URSS. Los libros desagradables al Kremlin son recibidos por un silencio decidido. Apologistas ruidosos y desprovistos de todo talento son traducidos a varios idiomas. Hemos tratado de no citar en este trabajo las obras típicas de los “amigos” de la URSS, prefiriendo necedades originales a las transcripciones extranjeras. La literatura de los “amigos”, comprendiendo la de la III Internacional Comunista, que es la fracción más ramplona y vulgar, presenta, sin embargo, un volumen imponente y su papel en la política no es despreciable, de manera que hay que consagrarle algunas páginas.

El libro de los Webb, *El comunismo soviético*, ha sido declarado como una aportación considerable al patrimonio del pensamiento. En lugar de decir lo que se ha hecho y en qué sentido evoluciona la realidad, estos autores emplean 1.500 páginas para exponer lo que se ha proyectado en las oficinas o promulgado en las leyes. Su conclusión es que el comunismo se realizará en la URSS cuando los planes y las intenciones hayan pasado al terreno de los hechos. Tal es el contenido de un libro deprimente, que transcribe los informes de las cancillerías moscovitas y los artículos de prensa publicados en los jubileos.

La amistad que se tiene a la burocracia soviética no llega a la revolución proletaria; es más bien una prevención contra ella. Los Webb están dispuestos, sin duda, a reconocer que el sistema soviético se extenderá un día al resto del mundo. Pero “cuándo o con qué modificaciones; por una revolución violenta, por una penetración pacífica, por una imitación consciente, son preguntas a las que no podemos responder” (“*But how, when, with what modifications, and whether through violent revolution or by peaceful penetration, or even by conscious imitation, are questions we cannot answer*”). Esta negación diplomática, que constituye en realidad una respuesta inequívoca, muy característica de los “amigos”, da la medida de su amistad. Si todo el mundo hubiera respondido así al problema de la revolución, antes de 1917 por ejemplo, actualmente no habría estado soviético y estos “amigos” británicos dedicarían sus simpatías a otros objetos...

Los Webb hablan de la presunción de esperar revoluciones en Europa en un porvenir muy próximo, como si fuera una cosa muy natural; ven en este argumento una prueba tranquilizadora de lo razonable del socialismo en un solo país. Con toda la autoridad de gentes para quienes la revolución de octubre fue una sorpresa, muy desagradable por otra parte, nos enseñan la necesidad de construir el socialismo en las fronteras de la URSS, a falta de otras perspectivas. Por cortesía se abstiene uno con pena de encogerse de hombros. En realidad nuestra discusión con los Webb no es acerca de la necesidad de construir fábricas en la Unión Soviética y emplear fertilizantes minerales en las granjas colectivas, sino acerca de si es necesario preparar una revolución en Gran Bretaña y cómo se debería hacer. Pero sobre este preciso punto, nuestros sabios sociólogos se declaran incompetentes y el problema mismo les parece en contradicción con la “ciencia”.

Lenin detestaba a los burgueses conservadores que se creen socialistas, y más particularmente a los fabianos ingleses. El índice alfabético de autores citados en sus

obras muestra la hostilidad que demostró toda su vida a los Webb. Por primera vez, en 1907, los trató de “estúpidos panegiristas de la mediocridad pequeñoburguesa británica” que “tratan de presentar al cartismo, época revolucionaria del movimiento obrero inglés, como una simple niñería”. Sin el cartismo, la Comuna de París hubiera sido imposible, y sin uno y otra, la revolución de octubre también lo hubiera sido. Los Webb no encontraron en la URSS más que mecanismos, administrativos y planes burocráticos; no vieron ni el cartismo, ni la Comuna, ni la revolución de octubre. La revolución les resulta extraña, o cuando menos una “niñería desprovista de sentido”.

Como se sabe, Lenin no se preocupaba por la buena crianza pueril en la polémica con los oportunistas. Pero sus epítetos injuriosos (“lacayos de la burguesía”, “traidores”, “almas serviles”, etc.) contuvieron, durante años, un juicio maduro sobre los Webb, propagandistas del fabianismo, es decir de la respetabilidad tradicional y de la sumisión a los hechos. No podría hablarse de un cambio profundo en el pensamiento de los Webb durante los últimos años. Esta misma gente, que durante la guerra apoyó a su burguesía y que aceptó más tarde de manos del rey el título de Lord Passfield, sin renunciar a nada y sin desmentirse en lo más mínimo, debía llegar al comunismo en un solo país, y, además, en país extranjero. Sidney Webb era ministro de las colonias, es decir, carcelero en jefe del imperialismo inglés, en el momento en que se aproximó a la burocracia soviética, de la que recibió los materiales para su amazacotada compilación.

Desde 1923, los Webb no veían gran diferencia entre el bolchevismo y el zarismo (véase *The Decay of Capitalist Civilisation*, 1923). En cambio, reconocían sin reservas la “democracia” estalinista. No tratemos de ver en esto una contradicción. Los fabianos se indignaban al ver que el pueblo privaba de libertad a las “personas instruidas”, pero encuentran muy natural que la burocracia prive de libertad al proletariado. ¿Esta no ha sido siempre la función de la burocracia laborista? Los Webb afirman que la crítica es completamente libre en la URSS. Demuestran con ello una falta absoluta de sentido del humor. Citan con la mayor seriedad a la notoria “autocrítica” que se considera es una parte de los deberes oficiales, cuyo objeto y límites se pueden determinar fácilmente de antemano.

¿Candor? Ni Engels ni Lenin consideraban a Sidney Webb como un ingenuo. Más bien respetabilidad. Los Webb hablan de un régimen establecido y de anfitriones agradables. Desaprueban profundamente la crítica marxista de lo que es y, por lo mismo, se sienten llamados a defender la herencia de la revolución de octubre contra la Oposición de Izquierda. Indiquemos, para ser más explícitos, que el gobierno laborista al que pertenecía Lord Passfield rehusó en su tiempo la entrada en Inglaterra al autor de esta obra. Mr. Sidney, Webb, que en esos momentos trabajaba en su libro, defendía de esa manera a la URSS en el dominio de la teoría y al imperio de Su Majestad Británica en el de la práctica. Y lo que le honra más, es que permanecía fiel a sí mismo en ambos casos.

Para muchos pequeñoburgueses que no disponen de una pluma ni de un pincel, la “amistad” oficialmente sellada con la URSS es una especie de certificado de intereses espirituales superiores... La adhesión a la francmasonería o a los clubes pacifistas es bastante análoga a la afiliación a las sociedades de “Amigos de la URSS”, pues permite llevar dos existencias a la vez, una trivial, en el círculo de los intereses cotidianos; la otra más elevada. Los “Amigos” visitan de vez en cuando Moscú; toman nota de los tractores, de las guarderías, de los pioneros, de los paracaidistas, de todo, en una palabra, salvo de la existencia de una nueva aristocracia. Los mejores de ellos cierran los ojos por aversión a la sociedad capitalista. André Gide lo confiesa francamente: “También influyen, y mucho, la estupidez y la falta de honradez de los ataques contra la URSS para que pongamos alguna obstinación en defenderla”. La estupidez y la falta de

honradez de los adversarios no pueden justificar nuestra propia ceguera. Las masas, en todo caso, necesitan amigos que vean claro.

La simpatía del mayor número de burgueses radicales y radical-socialistas hacia los dirigentes de la URSS tiene causas no desprovistas de importancia. A pesar de las diferencias de programas, los partidarios de un “progreso” adquirido o fácil de realizar predominan entre los políticos de oficio. Existen muchos más reformistas que revolucionarios en el planeta; muchos más adaptados que irreductibles. Se necesitan épocas excepcionales de la historia para que los revolucionarios salgan de su aislamiento y para que los reformistas hagan el papel de peces fuera del agua.

No hay en la burocracia soviética actual un solo hombre que en abril de 1917, y aun mucho más tarde, no haya considerado fantástica la idea de la dictadura del proletariado en Rusia (esa fantasía se llamaba entonces... trotskismo). Los “amigos” extranjeros de la URSS, pertenecientes a las generaciones mayores, durante decenas de años consideraron a los mencheviques rusos como políticos “realistas”, partidarios del “frente popular” con los liberales y que rechazaban la dictadura como una locura. Otra cosa es reconocer una dictadura cuando ya se ha alcanzado, aún desfigurada por la burocracia; en este caso, los “amigos” están justamente a la altura de las circunstancias. Ya no se limitan a ofrecer sus respetos al estado soviético, sino que pretenden defenderlo en contra de sus enemigos, no tanto contra los que le empujan hacia atrás como contra los que le preparan un porvenir. ¿Estos “amigos” son patriotas activos como los reformistas ingleses, franceses, belgas y demás? Entonces es cómodo justificar su alianza con la burguesía invocando la defensa de la URSS. ¿O por el contrario, son derrotistas a pesar de sí mismos, como los socialpatriotas alemanes y austríacos de ayer? En este caso esperan que la coalición de Francia con la URSS les ayude a triunfar sobre los Hitler y los Shuschningg. León Blum, que fue un adversario del bolchevismo en su periodo heroico y abrió las páginas del *Populaire* a las campañas contra la URSS, ya no imprime una sola línea sobre los crímenes de la burocracia soviética. Del mismo modo que el Moisés de la Biblia, quien devorado por el deseo de ver el rostro divino no pudo más que postrarse ante la parte posterior de la divina anatomía, los reformistas, idólatras del hecho consumado, no son capaces de conocer y de reconocer más que el pesado remolque burocrático de la revolución.

Los jefes comunistas actuales pertenecen, en realidad, al mismo tipo de hombres. Después de muchas piruetas y acrobacias, han descubierto de pronto las ventajas del oportunismo, al que se han convertido con la frescura de la ignorancia que los caracterizó siempre. Su servilismo hacia los dirigentes del Kremlin, no siempre desinteresado, bastaría para privarlos absolutamente de cualquier iniciativa revolucionaria. A los argumentos de la crítica sólo responden con ladridos y mugidos; en cambio, dan muestras de satisfacción ante el látigo del amo. Estas personas tan poco simpáticas, que al primer peligro se dispersarán en todos los rumbos, nos tienen por “obcecados contrarrevolucionarios”. ¿Qué hacer? A pesar de su severidad, la historia no carece de farsas.

Los más clarividentes de los “amigos” admiten, cuando menos en la intimidad, que hay manchas en el sol soviético, pero sustituyendo la dialéctica con un análisis fatalista, se consuelan con el pensamiento de que una “cierta” degeneración burocrática era inevitable. Sea. Pero la resistencia al mal no lo es menos. La necesidad tiene dos extremos: el de la reacción y el del progreso. La historia nos enseña que los hombres y los partidos que la solicitan en sentidos contrarios acaban por encontrarse a ambos lados de la barricada.

El último argumento de los “amigos” es que los reaccionarios se apoderarán de las críticas dirigidas al régimen soviético. Esto es innegable y tratarán además de

aprovechar esta obra. ¿Alguna vez sucedió de otro modo? El *Manifiesto Comunista* recordaba desdeñosamente que la reacción feudal trató de explotar la crítica socialista contra el liberalismo. Sin embargo, el socialismo revolucionario siguió su camino. Nosotros seguiremos el nuestro. La prensa comunista dice, sin duda, que nuestra crítica prepara... la intervención armada contra la URSS. Esto quiere decir, evidentemente, que los gobiernos capitalistas, al saber por nuestros trabajos lo que ha llegado a ser la burocracia soviética, van a castigarla por haber abandonado los principios de octubre. Los polemistas de la III Internacional no esgrimen la espada sino el garrote o armas todavía menos aceradas. La verdad es que la crítica marxista, al llamar a las cosas por su nombre, sólo puede consolidar el crédito conservador de la diplomacia soviética a los ojos de la burguesía.

No sucede lo mismo con la clase obrera y los partidarios sinceros que tiene entre los intelectuales. Allí, nuestro trabajo puede, en efecto, hacer que nazcan dudas y suscitar desconfianza, pero no hacia la revolución sino hacia sus usurpadores. Y éste es el fin que nos hemos propuesto. Pues el motor del progreso es la verdad y no la mentira.

Anexos

La desocupación mundial y el plan quinquenal de la Unión Soviética. Carta a los obreros comunistas de Checoslovaquia²⁸

(21 de agosto de 1930)

Hace varios meses, planteamos en la prensa internacional de la Oposición de Izquierda (bolchevique-leninista) la muy sencilla e irrefutable idea de que, frente al colosal aumento de la desocupación, los partidos comunistas de los países capitalistas deberían lanzar una campaña agitativa por el otorgamiento a la Unión Soviética de amplios créditos con facilidades para la industria. Formulamos esta consigna en términos todavía más concretos: sobre la base de su plan quinquenal (el actual o uno modificado, no nos detendremos aquí en esa cuestión), el gobierno soviético se declara dispuesto a colocar tales o cuales pedidos concretos de unidades electrotécnicas, maquinaria agrícola, etcétera, en Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Checoslovaquia y otros países, a cambio de créditos a pagar en plazos determinados.

En este sentido, el gobierno soviético podría avalar plenamente su seriedad comercial ante el mundo capitalista mediante un aumento simultáneo de las exportaciones soviéticas. De contar con créditos industriales amplios y bien distribuidos, las granjas colectivas podrían adquirir una enorme gravitación económica en el futuro cercano y el volumen de exportaciones agrícolas podría incrementarse rápidamente. Asimismo, con la adquisición de equipos industriales extranjeros (con facilidades de crédito aceptables, vale decir, las que rigen habitualmente en el capitalismo) las exportaciones de petróleo, madera, etc., podrían experimentar un incremento importante. Respecto de las exportaciones soviéticas, también se podría concertar acuerdos a plazos determinados.

Nadie tiene mayor interés que el gobierno soviético en hacer conocer las propuestas concretas pertinentes a delegaciones obreras, comités de fábrica y representantes sindicales por un lado, a representantes de gobiernos y trusts capitalistas por el otro; nos referimos, claro está, a propuestas técnica y económicamente rigurosas y, por consiguiente, capaces de elevar el prestigio del gobierno soviético a los ojos de los obreros y servir de garantía de los créditos exigidos a los capitalistas. Quien conozca como se crearon las relaciones económicas entre la Unión Soviética y los gobiernos capitalistas, o siquiera posea un conocimiento teórico del abecé de la política económica del gobierno obrero en medio del cerco capitalista, no encontrará nada cuestionable ni dudoso en el plan propuesto. Al mismo tiempo, la necesidad y el apremio de lanzar una campaña enérgica por la realización de ese plan surgirán evidentemente de la desocupación reinante en los países capitalistas, por un lado, y de la aguda necesidad que tiene la economía soviética de recibir créditos extranjeros, por el otro.

No obstante, ante nuestras propuestas, el aparato estalinista dio la señal de alarma: rechazar, denunciar, repudiar. ¿Por qué? Por dos razones. No cabe duda de que para muchos burócratas soviéticos esa campaña educativa no facilitará, más bien obstaculizará, la obtención de créditos extranjeros. Que los Sokolnikovs negocien

²⁸ Tomado de “La desocupación mundial y el Plan Quinquenal de la Unión Soviética. Carta a los obreros comunistas de Checoslovaquia”, en *Escritos*, Tomo I, Volumen 4, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, páginas 1091-1103.

discretamente con Henderson y que los comunistas no alboroten, así no asustamos, no nos granjeamos la mala voluntad de la burguesía. Seguramente, ésta es la idea que lleva a la burocracia estalinista, y sobre todo al propio Stalin, a salir a la palestra para oponerse a nuestro plan. Porque los venerables burócratas del socialismo nacional, cuando hablan entre ellos sobre los partidos comunistas extranjeros, lo hacen con gran desprecio, considerándolos incapaces de realizar cualquier actividad seria. La turba del aparato, los estalinistas, han aprendido a confiar solamente en las cúpulas gubernamentales y temen la intervención directa de las masas en asuntos “*serios*”, de índole “*práctica*”. Esto es, fundamentalmente, lo que motiva la repulsa con que ha sido recibida nuestra propuesta.

Pero existe otra razón. Los estalinistas sienten un miedo mortal ante la creciente influencia de la Oposición de Izquierda comunista en el mundo entero y por ello consideran necesario responder a cada palabra de ésta con calumnias e insultos. Esas son las directivas que recibe invariablemente el aparato de la Comintern.

Rude Pravo [Verdad Roja], órgano principal del Partido Comunista de Checoslovaquia, cumplió esa orden lo mejor que pudo. En su número del 24 de junio, somete la campaña por los desocupados propuesta por la Oposición de Izquierda checa a una crítica que sólo se puede calificar de rabiosa. La misma, con toda su furia, es notable por la impotencia de que hace gala. Analizaremos línea por línea las objeciones y acusaciones de *Rude Pravo*, no porque nos preocupen los funcionarios que lanzan acusaciones groseras para suplir su falta de ideas y argumentos, sino porque queremos ayudar a la vanguardia obrera checoslovaca a orientarse en un problema tan grande e importante.

¡¡*Rude Pravo* afirma que la Oposición de Izquierda Comunista checa exige que el gobierno soviético, “*conjuntamente con el gobierno checoslovaco, elabore un plan económico para solucionar la crisis*”!! El periódico se mofa de esta idea, que es realmente disparatada, pero que es invento de los propios editores. El gobierno soviético debe concertar un acuerdo con los trusts capitalistas y los gobiernos burgueses (siempre y cuando éstos se comprometan a garantizar los créditos) en torno a un plan determinado de pedidos y del pago de los mismos (de ninguna manera un “plan para solucionar la crisis”). Cada una de las partes persigue sus propios fines. Al gobierno soviético le interesa aumentar los recursos de la construcción socialista, garantizando así una tasa elevada y elevando el nivel de vida de los obreros. A los capitalistas les interesa obtener ganancias. A los obreros de Checoslovaquia, como a los de cualquier otro país capitalista en el que reina la desocupación, les interesa disminuirla. Los obreros y simpatizantes comunistas persiguen otro fin, que no es menos importante: ayudar al estado obrero. Pero el objetivo de la lucha en sí es accesible a los sectores obreros más amplios y atrasados y, en consecuencia, también a los que contemplan a la Unión Soviética con indiferencia.

En cuanto a un plan conjunto “para solucionar la crisis”, nadie lo menciona. Sólo una revolución socialista puede liquidar la crisis. Imbuir a los obreros de esta idea es la obligación elemental de los partidos comunistas. Pero de esto no surge que los obreros no deban levantar la reivindicación inmediata de disminución de la desocupación y *mitigación* de sus peores consecuencias. La reducción de la jornada laboral es una de las consignas más importantes de este tipo. Junto con ella tenemos: la lucha contra la “racionalización” rapaz que impera actualmente, protección más amplia y efectiva a los desocupados, a expensas de los capitalistas y su gobierno. ¿Acaso *Rude Pravo* está en contra de estas reivindicaciones? La consecuencia de que se otorgaran créditos industriales al estado soviético no sería la liquidación de la crisis sino la disminución de

la desocupación en algunas ramas de la industria. Así debemos plantear el problema, sin engañarnos a nosotros mismos ni engañar a los demás.

¿O acaso *Rude Pravo* opina que, en general, los comunistas no deben exigir ninguna medida que pueda paliar las desastrosas consecuencias que tiene el capitalismo para los obreros? ¿Quizás la divisa de los estalinistas checos es “cuanto peor están las cosas, mejor”? Eso pensaban los anarquistas en los viejos tiempos. Los marxistas jamás tuvieron nada que ver con esa posición.

Pero aquí *Rude Pravo* objeta que, según nuestro plan, “*la contradicción principista entre el estado soviético y el mundo capitalista debe ser remplazada por su colaboración recíproca*”. Es difícil comprender el sentido de esta frase. Si tiene alguno, sólo puede ser éste: para salvaguardar las contradicciones principistas, el estado soviético debe evitar todo vínculo económico con el mundo capitalista, es decir, no debe importar ni exportar ni tratar de obtener créditos y préstamos. Pero el gobierno soviético tuvo la política opuesta desde el día en que nació. Demostró invariablemente que, a pesar de las contradicciones principistas entre ambos sistemas económicos, la colaboración entre ellos es posible en la más amplia escala. Los líderes del estado soviético declararon más de una vez que el mismísimo principio del monopolio del comercio exterior representa una ventaja para los grandes monopolios capitalistas, en el sentido de que les garantiza de antemano pedidos sistemáticos para muchos años. No puede negarse que muchos diplomáticos y administradores soviéticos se han excedido en sus argumentos a favor de la colaboración pacífica entre la Unión Soviética y el mundo capitalista, presentando argumentos inoportunos y contrarios a los principios. Pero ése es otro problema. Sea como fuere, las contradicciones principistas de dos sistemas económicos que coexisten durante un período relativamente prolongado no son eliminadas ni debilitadas por el hecho de verse obligados, en esa etapa de transición, a concertar transacciones económicas en gran escala e incluso, en algunas ocasiones, acuerdos políticos. ¿Es posible que haya “comunistas” que todavía no lo comprenden?

Más abajo, *Rude Pravo* agrega nuevos elementos: “*La preocupación principal de los soviets debería ser la eliminación [?] de la crisis capitalista, de manera que [!] se pueda seguir manteniendo esa bendición para la humanidad que es el sistema capitalista.*” Cada frase acrecienta el disparate, lo multiplica, lo eleva a un grado superior. ¿Acaso *Rude Pravo* quiere decirnos que, para no aliviar la crisis capitalista, la república soviética debe abstenerse de importar mercancías extranjeras, tecnología norteamericana, créditos comerciales alemanes y británicos, etcétera? Estas son las únicas conclusiones que le dan sentido a la frase citada más arriba. Pero sabemos que el gobierno soviético hace lo contrario. En este preciso instante, en Londres, Sokolnikov negocia las relaciones económicas con Inglaterra y trata de obtener créditos. En Estados Unidos, Bogdanov, presidente de la Amtorg²⁹, está combatiendo al sector de la burguesía que quiere romper las relaciones económicas con la Unión Soviética y, más aun, Bogdanov exige mayores créditos.

Es evidente que *Rude Pravo* cayó en un exceso de celo. El blanco de sus ataques ya no es la Oposición, sino el estado obrero. Desde el punto de vista de *Rude Pravo*, todo el trabajo de la diplomacia soviética y de los representantes comerciales soviéticos parece estar dirigido a garantizar el sistema capitalista. Esta idea no es nueva. Ese mismo punto de vista fue expresado por el fallecido autor holandés Gorter y por los

²⁹ La *Corporación Comercial Amtorg* se fundó en Nueva York con casa matriz en Moscú, en 1924, con el objeto de organizar el comercio entre Estados Unidos y la Unión Soviética mientras Estados Unidos se negara a reconocer a la URSS.

dirigentes del autotitulado Partido Comunista Obrero de Alemania³⁰, personas tendientes a caer en el utopismo y en el semianarquismo, que pensaban que el gobierno soviético debía conducir sus asuntos como si no estuviera en medio de un cerco capitalista sino en el vacío. Lenin, en su momento, refutó estos prejuicios de manera aplastante. Ahora los directores del periódico comunista checo presentan las ideas de Gorter como argumentos profundos contra la Oposición de Izquierda Comunista.

Estas consideraciones se vuelven especialmente ridículas teniendo en cuenta que el gobierno soviético, sobre todo últimamente, estimó necesario repetir una vez más que aceptará, dentro de ciertos límites, pagar las viejas deudas zaristas, siempre y cuando se le faciliten nuevos créditos. Por otra parte, el gobierno soviético emplea a mineros alemanes desocupados. ¿Acaso no salva con ello al capitalismo alemán? Al repetir esas frases carentes de contenido, los funcionarios seudocomunistas no hacen otra cosa que cerrar sus ojos a todo lo que ocurre en el mundo. Nuestra propuesta persigue un doble objetivo: primero, queremos que el propio gobierno soviético incluya los vínculos entre las economías soviética y mundial, que en la actualidad son circunstanciales, parciales y no sistemáticos, en el marco de un amplio plan (no es éste el problema que nos ocupa ahora); segundo, queremos arrastrar a la lucha por las posiciones económicas internacionales de la Unión Soviética a la vanguardia del proletariado mundial y (por su intermedio) a las masas obreras. La esencia de la campaña que proponemos reside en que puede vincular con lazos nuevos y más firmes la necesidad del gobierno soviético de obtener productos extranjeros a la necesidad de los desocupados de obtener trabajo, a la necesidad del proletariado de paliar la desocupación.

Más abajo, *Rude Pravo* adopta un tono irónico: “*Es una lástima que los señores trotskystas no nos hayan dicho sobre qué principios se debe elaborar el plan general checo-soviético para la superación de la crisis: sobre principios capitalistas (pero con ello se ayudaría a la victoria del capitalismo en Rusia), o sobre principios socialistas (lo que significaría que los trotskystas creen que los propios capitalistas están dispuestos a establecer el socialismo).*”

La estupidez humana verdaderamente no tiene límites; y no hay peor estupidez que la del burócrata autocomplaciente.

¿Sobre qué principios se podrían basar las relaciones económicas de la Unión Soviética con el mercado mundial? Desde luego, sobre principios capitalistas, es decir, sobre el principio de la compra y venta. Así ha sido hasta el momento. Así será hasta que los obreros de otros países liquiden el capitalismo. Y no lo harán (dicho sea entre paréntesis) mientras no lleven a cabo una purga implacable entre sus “líderes”, expulsando a los charlatanes autocomplacientes y remplazándolos con revolucionarios proletarios honestos, capaces de observar, aprender y pensar. Pero ése es otro problema. Lo que nos ocupa aquí es la economía.

Pero, ¿acaso la cooperación basada en los principios capitalistas no conducirá en realidad a la victoria del capitalismo en Rusia? Eso ocurriría si allí no existiera el monopolio del comercio exterior, complementado por la dictadura del proletariado y la nacionalización de la tierra, las fábricas, las acerías y los bancos. Si el estado obrero no ejerciera el monopolio del comercio exterior, la victoria del capitalismo sería inevitable. ¿Acaso la Oposición de Izquierda propone abolir el monopolio del comercio exterior?

³⁰ *Hermann Gorter* (1864-1927): escritor y poeta holandés, militante del ala izquierda del movimiento obrero, fue adversario de la Primera Guerra Mundial. Tras la derrota de la revolución alemana (1918-1919), se convirtió en un sectario incurable junto con la mayoría de los dirigentes del PC Holandés. Fundó el Partido Comunista Laborista, antiparlamentario. El *Partido Comunista Obrero Alemán* (KAPD) estaba constituido por ultraizquierdistas expulsados del PC en el otoño de 1919. Si bien al principio llegó a tener decenas de miles de militantes, en pocos años se convirtió en una pequeña secta.

Fue Stalin, junto con Sokolnikov, Rikov, Bujarin y otros, quien trató de restringir el monopolio en 1922. Nosotros, junto con Lenin, luchamos por el monopolio del comercio exterior y lo defendimos. Se entiende que éste no es un remedio infalible. Hay que elaborar planes económicos adecuados, contar con una buena dirección, reducir en forma sistemática los costos de producción en la URSS para ponerlos al nivel de los costos de producción del mercado mundial. Pero, nuevamente, éste es otro problema. De todas maneras, los planes de colocación de pedidos y solicitud de créditos en el exterior que tenemos en mente surgen de las necesidades y tareas internas de la economía soviética y coadyuvan a la consolidación de sus componentes socialistas.

Significa, entonces (ironiza *Rude Pravo*), ¿que la burguesía ayudará al socialismo! ¡Argumento fabuloso! Pero, ¿por qué tardó tanto en surgir a la faz de la tierra? La mayoría de las complejas maquinarias de las fábricas soviéticas son importadas del extranjero. Los trusts soviéticos han concertado decenas de acuerdos con los trusts monopolistas del mundo para recibir ayuda técnica (máquinas, materiales, planes, fórmulas, etc.). La gran usina hidroeléctrica del Dniéper fue construida en buena medida con la ayuda de técnicos extranjeros y la participación de empresas alemanas y norteamericanas. Parecería, entonces, que la burguesía ayuda a construir el socialismo. Al mismo tiempo, el gobierno soviético, al efectuar compras en el extranjero y aliviar la crisis, ayuda al capitalismo. Diríase que se han invertido los papeles. Pero esa inversión no se produjo en la realidad, sino tan sólo en la cabeza del funcionario de *Rude Pravo*. ¡Ay, no es una cabeza en la que se pueda confiar!

¿Qué significa, en verdad, el intercambio de “servicios”? Por supuesto que la colaboración económica entre el estado obrero y el mundo capitalista da lugar a una serie de contradicciones. Pero son contradicciones de la vida, es decir, no son un invento de la Oposición de Izquierda sino un producto de la propia realidad. El gobierno soviético considera que el socialismo se fortalece más con la importación de maquinarias que el capitalismo con el oro recibido en concepto de pago. Y es cierto. Por otra parte, lo que más le preocupa a la burguesía al vender sus maquinarias es obtener ganancias. Algunos capitalistas descartan que se pueda construir el socialismo. Otros ni siquiera piensan en ello. Por último, la burguesía, bajo el azote de una crisis, está preocupada por su propia salvación. Es menester utilizar esta circunstancia para fortalecer las posiciones comunistas entre los desocupados.

Rude Pravo aprende de nosotros por primera vez que la burguesía ayuda a construir el socialismo a pesar suyo, y exclama: “*En ese caso, los trotskystas ultraizquierdistas fomentan peores ilusiones que los socialfascistas respecto de los acontecimientos mundiales.*”

Nuevamente, en esta frase, cada palabra agrega algo a la confusión. En primer lugar, se nos tacha de “ultraizquierdistas”, lo que jamás fuimos. El fallecido Gorter, a quien mencionamos más arriba, fue ultraizquierdista y sus compañeros actuales siguen siéndolo. Para ellos el comercio exterior, las concesiones, créditos, préstamos, etcétera, significan la muerte del socialismo. *Rude Pravo* repite estos argumentos, aunque no de manera tan literaria. Todo el artículo de *Rude Pravo* que venimos analizando es una muestra del más absurdo ultraizquierdismo dirigido contra el leninismo.

Prosigamos: ¿a qué “ilusiones respecto de los acontecimientos mundiales” se refieren? Las negociaciones y acuerdos económicos entre dos gobiernos se basan en las relaciones pacíficas, pero de ninguna manera constituyen una *garantía* del mantenimiento de dichas relaciones. Cuando estalla la guerra, todos los acuerdos quedan en la nada, aunque los concierten dos estados capitalistas. Es también evidente que si la revolución proletaria triunfara, digamos, en Gran Bretaña, los acuerdos de Stalin con MacDonald quedarían disueltos y los reemplazaría la unión fraternal de dos

estados proletarios. Sin embargo, a pesar de que las guerras y revoluciones son inevitables, el gobierno soviético ha concertado y sigue concertando acuerdos económicos, a veces a plazos muy extensos; por ejemplo, ¡algunas concesiones tienen una duración de noventa y nueve años! En base a esto los ultraizquierdistas sacaron la conclusión de que el gobierno soviético postergó la revolución proletaria para dentro de noventa y nueve años. Nos reímos de ellos. Ahora los funcionarios de *Rude Pravo* emplean este argumento contra... los “trotskystas”. Pero el cambio de destinatario no le dio mayor peso a este argumento.

Si *Rude Pravo* considera realmente que es su deber defender los principios proletarios en la esfera de la política internacional del gobierno soviético, ¿por qué guardó silencio cuando la dirección estalinista dominante los pisoteó? Entre muchos ejemplos, recordemos dos.

Después que el bloque de los estalinistas con los rompehuelgas británicos (los dirigentes de los sindicatos) reveló totalmente su carácter reaccionario, Stalin y Bujarin explicaron al Presidium de la Comintern que de ninguna manera podían romper el Comité Anglo-Ruso, porque empeorarían las relaciones entre la URSS y Gran Bretaña. Stalin intentó escudar su amistad con Purcell tras la hostilidad de Baldwin³¹ y Chamberlain. Esta política desastrosa, que quebró al comunismo británico por muchos años y no le rindió el menor beneficio a la Unión Soviética contó, si no nos equivocamos, con el firme apoyo de *Rude Pravo*. ¿Y dónde estaban estos paladines de los principios cuando el gobierno soviético refrendaba el Pacto Kellogg, cometiendo simultáneamente un crimen desde el punto de vista de los principios y una estupidez desde el punto de vista práctico? El Pacto Kellogg es un lazo imperialista que rodea el cuello de los estados más débiles. Y el gobierno soviético lo refrendó, considerándolo un instrumento para la paz. Esto, en verdad, se llama sembrar ilusiones, encubrir las contradicciones, engañar flagrantemente a los obreros al estilo de la socialdemocracia. ¿Protestó *Rude Pravo*? No, se unió al coro. ¿Por qué refrendó el Pacto Kellogg el gobierno soviético? Porque Stalin esperaba, absurdamente, que en esta forma el gobierno norteamericano le daría su reconocimiento, le otorgaría créditos, etcétera. Los capitalistas embolsaron la adhesión soviética, muy útil para engañar a los obreros norteamericanos y, desde luego, no dieron nada a cambio. Frente a tales métodos para obtener créditos capitalistas, los bolchevique-leninistas libran una lucha implacable, mientras que los funcionarios de *Rude Pravo* se unen al coro de sus superiores. Además, por otra parte, el plan de la campaña que proponemos no contiene ni una pizca de capitulación principista ante la burguesía ni la socialdemocracia.

Estos son todos los argumentos de la publicación central del Partido Comunista Checoslovaco. Deben suscitar en todo comunista serio un sentimiento de vergüenza por el nivel político en que ha caído la dirección de una de las secciones más grandes de la Comintern.

Pero todos estos argumentos no son nada comparados con aquél con que concluye el artículo. *Rude Pravo* afirma que nuestra propuesta es una especie de trampa cuyo objeto es encubrir “*el verdadero intento de maniobra, concretamente: se debe responsabilizar por la desocupación a la Unión Soviética, que no coloca suficientes pedidos [...] la crisis industrial no debe comprometer al inservible sistema capitalista sino a la Unión Soviética.*”

Por increíbles que parezcan estas líneas, la cita es textual. Si *Rude Pravo* considera que nuestro plan es erróneo, tiene, por supuesto, pleno derecho a demostrar que semejante error podría ayudar al enemigo de clase. Todo error de estrategia

³¹ Stanley Baldwin (1867-1947); dirigente del Partido Conservador británico y primer ministro en 1923, 1924-1929, 1935-1937.

revolucionaria que comete el proletariado beneficia de alguna manera a la burguesía. Todo revolucionario puede cometer un error y ayudar así *inconscientemente* a la burguesía. Todo error debe ser sometido a la crítica implacable. Pero sólo funcionarios sin honor y sin conciencia pueden acusar a los revolucionarios proletarios de elaborar conscientemente un plan cuyo objetivo sea ayudar a la burguesía y comprometer a la Unión Soviética. Pero no vale la pena examinar esto; es demasiado estúpido. Es perfectamente obvio que al hacerlo cumplían una orden; los que cumplen la orden son un ható de infelices. Pero, por otra parte, no debemos olvidar ni por un instante que estos caballeros comprometen sin cesar a la Unión Soviética y la bandera del comunismo.

Así que los bolchevique-leninistas queremos que la responsabilidad de la desocupación recaiga sobre la Unión Soviética. ¿Qué concepto le merece a *Rude Pravo* la capacidad intelectual de los obreros checos? Demás está decir que ni uno de ellos podría creer que la Unión Soviética está en condiciones de colocar pedidos en tal cantidad que liquiden el desempleo en el mundo capitalista o siquiera en un gran país capitalista. Si interrogáramos a diez obreros en las calles de Praga, cualquiera de ellos consideraría que la sola idea de que se le puedan exigir semejantes pedidos a la Unión Soviética, o acusarla de colocar pedidos “insuficientes”, es un disparate. ¿A qué apunta todo esto? ¿Para qué sirve? El asunto es exactamente al revés. El fin político de la campaña es convertir a aquellos obreros que mantienen una actitud indiferente, o incluso hostil hacia la Unión Soviética, en partidarios de la misma. En la medida en que los gobiernos y partidos capitalistas, incluidos los socialdemócratas, se opongan a la campaña, son ellos los que quedarán comprometidos a los ojos de los obreros. Políticamente saldrán más perjudicados, cuanto mayor la energía y seriedad con que los comunistas lleven a cabo la campaña. Cualesquiera que sean los resultados económicos, los beneficios políticos están garantizados. Los obreros arrastrados por la campaña en torno al problema actual y apremiante de la desocupación saldrán a defender a la URSS cuando se plantee el peligro de guerra. Estos métodos de movilización de los obreros son mucho más fructíferos que la repetición de meras frases sobre la inminencia de una intervención.

Pero no ocultamos a nuestros camaradas obreros que jamás confiaríamos la ejecución de esa campaña a los editores de *Rude Pravo*. Esta gente es capaz de estropear cualquier movilización. No quieren pensar; son incapaces de aprender. Pero de allí no se deduce que debemos abstenernos de realizar movilizaciones de masas en defensa de los intereses de la Unión Soviética, sino simplemente que debemos desechar a los dirigentes inservibles. Aquí nos acercamos al problema general: el régimen de la Comintern, su política y la elección de su burocracia. Necesitamos una purga proletaria, un cambio en el aparato, un cambio de orientación, un cambio de régimen. La Oposición de Izquierda Comunista (bolchevique-leninista) lucha precisamente por eso. El fin más inmediato de nuestra lucha es la regeneración de la Internacional Comunista sobre la base de la teoría y la práctica de Marx y Lenin.

Los éxitos del socialismo y los peligros del aventurerismo³²

(diciembre de 1930)

Siempre hemos subrayado la importancia histórica y universal de las experiencias y los éxitos económicos de la URSS, e incurriríamos en repeticiones superfluas si volviéramos a enfatizarla aquí. No hay síntoma más elocuente del estado actual de degeneración de la socialdemocracia mundial que su deseo explícito de hacer volver a la URSS a la senda del capitalismo y su solidaridad política activa con los conspiradores imperialistas y los saboteadores burgueses. No hay nada que caracterice mejor la cobardía y perversidad de las clases dominantes de la sociedad burguesa, comprendida la socialdemocracia, que sus protestas ante el trabajo forzado en la URSS en momentos en que Macdonald, ese empleado de los esclavistas hereditarios, oprime con ayuda de la Segunda Internacional a trescientos millones de indios y mantiene al pueblo indio en estado de servidumbre colonial. ¿Pueden compararse por un solo instante los correteos de la socialdemocracia, sea en la “coalición”, sea desde la “oposición”, con la gigantesca obra que realizan los pueblos que despertó la Revolución de Octubre en su afán por alcanzar una nueva forma de vida?

Precisamente por esto nosotros, los marxistas, tenemos el deber de alertar enérgica y constantemente a la clase obrera del mundo entero acerca de los crecientes peligros que acechan a la dictadura del proletariado, peligros que derivan de la política errónea de una dirección que ha perdido la cabeza.

Los dirigentes oficiales, la prensa, los economistas, todo el mundo, reconoce que el trabajo del plan quinquenal convertido en plan cuatrienal se está realizando bajo una tensión extrema. El método administrativo de la “emulación” demuestra que las tasas fijadas se alcanzan en gran medida a expensas de los músculos y nervios humanos. No dudamos ni por un instante que algunos sectores obreros, sobre todo comunistas, aportan una gran cuota de entusiasmo, y que a veces ese entusiasmo contagia a las amplias masas obreras al emprender ciertas obras. Pero sólo aquel que desconozca totalmente la psicología humana, y aun la fisiología, puede creer en la posibilidad de un “entusiasmo” de masas capaz de durar años.

Los métodos de producción que se emplean hoy son los mismos de la guerra civil. Es sabido que durante la guerra nuestra experiencia y nuestras municiones no se adecuaban a las necesidades. Las masas compensaron las deficiencias en virtud de su superioridad numérica, su audacia y entusiasmo. Pero ni siquiera en tiempos de guerra fue general el entusiasmo, sobre todo tratándose del campesinado. En esa época los evasores y desertores cumplieron el mismo papel que los borrachos que faltan al trabajo con frecuencia y los trabajadores “flotantes” que cambian constantemente de puesto. Pero en ciertos períodos, ante el ataque de los blancos³³, no sólo los obreros, sino también los campesinos se arrojaron a la lucha con auténtico espíritu revolucionario. Así pudimos triunfar.

³² Tomado de “Los éxitos del socialismo y los peligros del aventurerismo”, en *Escritos, Tomo II, Volumen 1*, página 122 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie: *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*; también para las notas.

³³ *Blancos*, Guardia Blanca, rusos blancos, fueron los nombres con que se conoció a las fuerzas contrarrevolucionarias rusas después de la revolución de octubre.

La guerra civil duró tres años. Cuando ya estaba próximo su fin la tensión general había llegado al límite. Abandonamos la segunda campaña polaca y firmamos el Tratado de Riga³⁴ a pesar de que nos era tan adverso. Ante la tensión y las privaciones de tres años de guerra civil una profunda reacción hizo presa de las masas de campesinos y obreros. En el campesinado esta reacción provocó motines que alcanzaron a la marina y al ejército. Entre los obreros se tradujo en huelgas y en el llamado “trabajo a desgana”. Dentro del partido la “Oposición Obrera”³⁵ acrecentó su influencia. Es obvio que su fuerza no residía en la ingenuidad semisindicalista de sus líderes (en general, la polémica de esa época no se extendió a los sindicatos, como dicen los estúpidos textos oficiales), sino en la protesta de las masas frente al esfuerzo continuado y en demanda de una tregua.

En la famosa discusión de 1920-1921, el principal argumento esgrimido contra los “trotskistas” de aquella época, el que más influyó sobre las masas, fue: “Quieren realizar la tarea de la construcción económica con los mismos métodos que se emplean para hacer la guerra.”³⁶

Fue en esta atmósfera de reacción contra el período de la guerra civil y del comunismo de guerra que se conformó la política económica del sector actualmente mayoritario en la fracción estalinista: “lento pero seguro”. Las concesiones a la

³⁴ En marzo de 1920 Polonia invadió a Ucrania. La contraofensiva del Ejército Rojo llegó hasta los suburbios de Varsovia, pero allí fue indefectiblemente obligado a retroceder. En el politburó surgió una discusión acerca de si había que continuar la guerra (lanzar una segunda campaña contra Polonia) o aceptar condiciones onerosas de paz. El Tratado de Riga, que dio a Polonia gran parte de Bielorrusia y Ucrania, se firmó en 1921.

³⁵ La Oposición Obrera: grupo ultraizquierdista, semisindicalista, que actuó en el PC ruso en los primeros años de la década del 20, cuando Lenin aún estaba activo. Entre sus dirigentes figuraban Shliapnikov, el primer ministro soviético de trabajo, y Alexandra Kollontai, la primera mujer embajadora. Algunos de sus dirigentes ingresaron a la Oposición Unificada en 1925 y fueron expulsados y exiliados en 1927.

³⁶ En realidad, dadas las condiciones creadas por el gran atraso o, más precisamente, por la miseria de las fuerzas productivas, sin la Nueva Política Económica (a), es decir, sin ese estímulo a la iniciativa individual que proporciona el mercado, no hubo ni podía haber otros métodos que los del comunismo de guerra. Antes de la Nep, la discusión siempre soslayaba el problema. Con la introducción de la Nep, el eje de la discusión desapareció. Únicamente Zinóviev, y en cierta medida Tomsy, siguieron repitiendo los viejos galimatías sobre el abecé de los problemas sindicales, sin haber comprendido jamás de qué se trataba. [Nota de León Trotsky]. (a) La Nueva Política Económica (Nep) se inició en 1921, para remplazar la política del comunismo de guerra que había prevalecido durante la guerra civil rusa y que llevó a una drástica disminución de la producción agrícola e industrial. Para revivir la economía después de la guerra, se adoptó la Nep como medida coyuntural que permitía un limitado resurgimiento del libre comercio en la Unión Soviética con algunas inversiones extranjeras, junto a los sectores de la economía nacionalizados y controlados por el estado. A los que se beneficiaron con esta política (los *nepmen*) se los consideraba una base potencial para la reinstauración del capitalismo. Hacia fines de la década del 20, la Nep fue remplazada por el Primer Plan Quinquenal y la colectivización forzada de la tierra. La famosa *discusión* de 1920-1921, generalmente conocida como la “discusión sobre los sindicatos”, se desarrolló en torno a la función de los sindicatos. Trotsky sostenía que en las condiciones del comunismo de guerra los sindicatos debían estar ligados a la administración estatal y partidaria para movilizar las fuerzas del trabajo y revitalizar el proceso productivo. Lenin sostenía la posición contraria, es decir, que los sindicatos debían mantenerse independientes para defender los intereses de los obreros, aunque la patronal fuese el estado. La Oposición Obrera quería que los sindicatos fueran los únicos responsables de la producción. La discusión quedó definitivamente solucionada en el Décimo Congreso del partido, en marzo de 1921, cuando Lenin planteó la Nep. Tanto esta propuesta, como una resolución que la acompañaba, presentada por Zinóviev, que seguía los lineamientos generales de las posiciones de Lenin con respecto a los sindicatos, triunfaron en forma abrumadora. Más adelante, la discusión entre Lenin y Trotsky sobre los sindicatos fue utilizada como arma en la campaña antitrotskista. [El lector puede consultar si quiere y en estas mismas Ediciones Internacionales Sedov y del mismo autor *Nuevo período, nuevos problemas* (1920), *Intervención en la Conferencia de los Transportes convocada por el Comité Central de los Transportes (Tsektran)* (1920), *Plataforma de Trotsky, Bujarin, etc., para el X Congreso del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) [Cuestión sindical]* (1921) y *La Nueva Política Económica* (1923).]

economía privada campesina, el desprecio por los métodos de planificación, la defensa de las tasas mínimas, la marginación con respecto a la revolución mundial: ésta fue la esencia del estalinismo en la etapa 1923-1928. Pero el campesino medio pudiente, puntal y esperanza de esta política, se convirtió, por la naturaleza de las cosas, en el campesino rico, que entonces aferró la garganta de la dictadura del proletariado, cuya infraestructura industrial era tan terriblemente estrecha. Estas concepciones y esta política de concesiones al campesino fueron remplazadas por una política de pánico y precipitación. La nueva consigna fue “alcanzar y sobrepasar en el menor tiempo posible”. El programa mínimo del plan quinquenal de Stalin-Krshishanovski cuyos principios fueron aprobados en el Decimoquinto Congreso [1927], fue sustituido por el nuevo plan quinquenal, cuyos elementos esenciales se tomaron de la plataforma de la Oposición [ver en estas mismas [EIS Plataforma de la Oposición Conjunta \(coautor\)](#)]. Eso fue lo que inspiró el contenido de la declaración de Rakovsky ante el Decimosexto Congreso [1930]: ustedes han aprobado un plan que *puede* constituir un paso adelante por la buena senda y estamos dispuestos a brindarles nuestra leal colaboración, sin renunciar a ninguna de nuestras ideas y reservándonos el derecho de defenderlas en todos los problemas en disputa.

Cuando la Oposición abogaba por la elaboración de un plan quinquenal primero, y porque se determinarían las tasas después (la realidad demostró plenamente que las tasas que propusimos no eran en modo alguno ilusorias, como gritaron en ese momento todos los miembros del buró político³⁷ *sin excepción*), en fin, cuando la Oposición luchaba por una industrialización y colectivización aceleradas contra la política de 1923-1928, no veía al plan quinquenal como un dogma sino como una hipótesis viable. El plan debe estar sujeto a la verificación colectiva en el transcurso de su aplicación. Los elementos de esta verificación no residen solamente en la contabilidad socialista, sino también en los músculos y nervios de los obreros y en el estado de ánimo político de los campesinos. El partido debe tenerlo en cuenta, investigarlo, verificarlo, sumarlo y generalizarlo.

En realidad, el viraje económico hacia la industrialización y la colectivización se realizó bajo el azote del pánico administrativo. El pánico continúa con pleno vigor. Se refleja en las primeras planas de los periódicos soviéticos. Las consignas, frases y llamados corresponden a la guerra civil: frente, movilización, brecha en el frente, caballería, etcétera, y a veces viene adornado con terminología deportiva: largada, meta, etcétera. ¡Qué nauseabundo debe resultarles esto a los obreros serios, cómo debe repugnar a todo el mundo! Si en las terribles condiciones creadas por la guerra civil instituímos, no sin algunas vacilaciones, la Orden de la Bandera Roja como medida provisoria (Lenin se opuso al principio y luego la aceptó en esas condiciones), hoy, en el decimotercer año de la revolución, existen cuatro o no sabemos cuantas órdenes más. Es más importante la implantación de la semana laboral continua, la ubicación obligatoria del obrero en un trabajo determinado, la intensificación extrema del trabajo.

Fue posible implantar estas medidas de excepción, porque para los sectores de vanguardia las mismas revisten un carácter provisional, estrechamente ligado a los objetivos del plan quinquenal. Así como durante la guerra civil los obreros y campesinos empeñaron todas sus fuerzas para aplastar al enemigo, con el fin de asegurar su derecho al trabajo y al descanso, hoy los elementos de vanguardia de la clase obrera confían sinceramente en que podrán “alcanzar y sobrepasar” a los países capitalistas avanzados para protegerse de los peligros económicos y militares. Para las

³⁷ Los miembros del politburó elegidos en el Decimosexto Congreso (julio de 1930) fueron Stalin, Kaganovich, Kalinin, Kírov, Kosior, Kuibishev, Rudzutak, Ríkov y Voroshilov. En diciembre Ríkov fue removido y reemplazado por Orjonikije.

masas, la idea del plan quinquenal se ha convertido teórica, política y psicológicamente, en el problema de erigir una muralla china en torno al socialismo en un solo país. Para los obreros, esto es lo único que justifica los colosales esfuerzos que les impone el aparato del partido.

En el decimosegundo aniversario, Stalin escribió: “Ya veremos cuáles países se encontrarán entre los más atrasados y cuáles entre los más adelantados.” Estas y otras declaraciones todavía más categóricas se publican y reeditan interminablemente. Son las que dan la tónica del trabajo del plan quinquenal. La burocracia plantea estos problemas en forma semiintencional, semiinconsciente, porque les quiere hacer creer a las masas que la realización del plan quinquenal permitirá a la URSS aventajar al mundo capitalista. ¿Acaso Varga, el Kautsky³⁸ del aparato, no cree que la teoría del socialismo en un sólo país, por absurda que sea, es necesaria para estimular a los obreros, así como el cura engaña al hombre para bien de su alma?

Stalin alcanza y sobrepasa

Al preparar su informe para el Decimosexto Congreso, Stalin pidió, entre otras cosas, estadísticas que demostraran que al final del plan quinquenal la URSS “alcanzará y sobrepasará” al mundo capitalista. Se pueden encontrar rastros de las mismas en todo el informe. En cuanto al problema central del informe sobre las relaciones entre la economía soviética y la economía mundial, el informante se limitó, inesperadamente, a hacer la siguiente afirmación: “En lo que se refiere al nivel de desarrollo de la industria, nos encontramos terriblemente *retrasados* respecto de los países capitalistas adelantados.” E inmediatamente agregó: “Sólo una *mayor aceleración* del desarrollo de nuestra industria nos permitirá alcanzar y sobrepasar técnica y económicamente a los países capitalistas adelantados” (*Informe político al Decimosexto Congreso del PCUS*, 27 de junio de 1930, incluido en las *Obras* de Stalin). ¿Se necesitará para eso un plan quinquenal o toda una serie de planes quinquenales? ¡Nada se sabe al respecto!

Dado su escaso bagaje de conocimientos en materia de teoría básica, Stalin simplemente se asustó ante la información inesperada que él mismo recabó; pero, en lugar de presentar al partido los datos precisos de nuestra situación de atraso y exponer en toda su magnitud la tarea de “alcanzar y sobrepasar”, se limitó a introducir de contrabando algunas frases sueltas sobre “nuestro terrible atraso” (que, en caso de necesidad, le servirán de coartada; eso es, para él, el arte de la política). Y la propaganda masiva sigue imbuida de ese espíritu de pretensión y engaño.

Esto no se limita a la Unión Soviética. Las publicaciones oficiales de la Comintern repiten sin cesar que al final del plan quinquenal la URSS se encontrará entre los países industriales más adelantados. Si así fuera, el problema del socialismo quedaría resuelto simultáneamente a nivel mundial. Al alcanzar a los países adelantados, la Unión Soviética, con sus ciento sesenta millones de habitantes y sus inmensos territorios y recursos, en el transcurso del segundo plan quinquenal, es decir, en tres o cuatro años más, tendría en relación al mundo capitalista una posición más privilegiada que la que tiene hoy día Estados Unidos. La experiencia convencería al proletariado del mundo entero que el socialismo en uno de los países más atrasados puede crear un nivel de vida incomparablemente más elevado del que gozan los pueblos

³⁸ Karl Kautsky (1854-1938): considerado como el teórico marxista más destacado hasta la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo y se opuso a la revolución rusa [el lector puede ver la obra de Kautsky en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria: Obras Escogidas de Karl Kautsky](#)]. Eugene Varga (1879-1964): socialdemócrata y economista húngaro, fue presidente del Consejo Económico Supremo del régimen soviético húngaro, de poca duración. En 1920 se fue a Rusia, ingresó al PC ruso y trabajó en la Comintern como experto en economía, apoyando a los estalinistas.

de los países capitalistas adelantados. La burguesía no podría soportar un solo día más el ascenso de las masas trabajadoras. Esa vía de eliminación del capitalismo sería la más sencilla, la más económica, la más “humana” y la más segura, si fuera... posible. En realidad es una mera fantasía.

Algunos coeficientes relativos

El desarrollo del plan quinquenal comenzó en 1928-1929, a un nivel muy cercano al de la Rusia de preguerra, es decir, a un nivel de miseria y barbarie. En 1929-1930 se lograron éxitos formidables. Sin embargo, hoy, en el tercer año del plan quinquenal, la Unión Soviética se encuentra mucho más cerca de la Rusia zarista que de los países capitalistas adelantados en lo que hace a sus fuerzas productivas. Veamos algunos hechos y cifras.

Las cuatro quintas partes del total de la población productiva se dedican a la agricultura. En Estados Unidos, por cada persona ocupada en la agricultura, 2,7 se dedican a la industria.

La industria es cinco veces más productiva que la agricultura. En Estados Unidos, la agricultura es dos veces más productiva que en nuestro país, y la industria 3,5 veces. Así, la producción neta per cápita de Estados Unidos es aproximadamente diez veces mayor que la nuestra.

La energía de la instalación mecánica primaria industrial alcanza en Estados Unidos a 35,8 millones caballos de fuerza: en la URSS es de 4,6 millones, un poco más que la décima parte. Si una unidad caballo de fuerza equivale a la energía de diez hombres, se puede decir que en la industria de Estados Unidos hay tres esclavos de acero por habitante mientras que en la URSS hay un esclavo de acero para cada tres habitantes. Si no sólo tomamos en cuenta la fuerza motriz mecánica de la industria, sino también la del transporte y la agricultura, la comparación nos resultaría aun más desfavorable. Y la fuerza motriz mecánica es la medida más segura del poder del hombre sobre la naturaleza.

Si al finalizar el plan quinquenal se alcanzan todos los objetivos del programa de electrificación, la Unión Soviética dispondrá de la cuarta parte de la energía eléctrica de que dispone Estados Unidos, de la sexta parte en relación a la población y de una fracción todavía menor en relación a la superficie. Este coeficiente es válido si suponemos que el plan soviético se cumple en su integridad mientras que en el ínterin Estados Unidos no avanza un solo paso.

En 1928 Estados Unidos produjo 38 millones de toneladas de hierro en lingotes; Alemania, 12 millones de toneladas; la Unión Soviética, 3,3 millones. Acero: Estados Unidos, 52 millones; Alemania, 14 millones; la Unión Soviética, 4 millones. En el primer año de nuestro plan quinquenal nuestra producción metalúrgica era igual a la de Estados Unidos en 1880; hace apenas medio siglo, Estados Unidos producía 4,3 millones de toneladas de metal, siendo su población aproximadamente la tercera parte de la población actual de la URSS. En 1929 la URSS produjo unos 5 millones de toneladas de metal bruto. Esto significa que el actual consumo per cápita de metal en la URSS es la tercera parte de lo que era en Estados Unidos hace medio siglo.

En la actualidad, la producción metalúrgica de Estados Unidos supera a la producción agrícola en un 28 por ciento; nuestra producción metalúrgica alcanza apenas a la decimotercera parte de nuestra producción agrícola. Al finalizar el plan quinquenal esta relación sería de 1 a 8. No es preciso explicar la importancia de la metalurgia tanto para la industrialización como para la colectivización de la economía agrícola.

Al finalizar el plan quinquenal, el consumo de carbón per cápita en la URSS será ocho veces menor que en Estados Unidos. La producción soviética de petróleo es el 7

por ciento de la producción mundial; la de Estados Unidos es el 68 por ciento, es decir, casi diez veces mayor.

En la rama de la industria textil las relaciones son más favorables, pero aun así la diferencia en desventaja nuestra es enorme: Estados Unidos posee el 22,3 por ciento; Inglaterra, el 34,8 por ciento; la Unión Soviética, el 4,2 por ciento. Las diferencias se acrecientan si se establece la relación entre máquinas de hilar y población.

Con el plan quinquenal la red ferroviaria soviética se extenderá entre 18.000 y 20.000 kilómetros, alcanzando así los 80.000 kilómetros; compárese con los 400.000 kilómetros de vías férreas que posee Estados Unidos. Estados Unidos posee 51,5 kilómetros de vías férreas por cada cien kilómetros cuadrados de superficie; Bélgica, 370; la parte europea de la URSS, 13,7 y la parte asiática, apenas 1.

Las cifras correspondientes a la marina mercante son menos favorables todavía. Inglaterra posee el 30 por ciento de la marina mercante mundial, Estados Unidos el 22,5 y la Unión Soviética el 0,5 por ciento.

En 1927 Estados Unidos tenía el 80 por ciento de todos los automotores del mundo, mientras que la Unión Soviética tenía menos del 0,1 por ciento. Se calcula que al final del plan quinquenal habrá 158.000 automotores; un automóvil para más de 4.000 personas (en la actualidad hay uno por cada 7.000). Según Osinsky³⁹, al finalizar el plan quinquenal “sobrepasaremos fácilmente a Polonia”... si ésta permanece en su nivel actual.

¿Hemos entrado en la “etapa del socialismo”?

Las teorías erróneas entrañan inevitablemente errores políticos. De la teoría errónea del “socialismo en un solo país” surge no sólo una perspectiva general distorsionada, sino también la tendencia criminal a embellecer la realidad soviética.

Todos los discursos y artículos referidos al segundo año del plan quinquenal hacen la siguiente caracterización: “La economía nacional del país ha entrado en la etapa del socialismo.” Existen “los cimientos” del socialismo. Todos saben que la producción socialista, inclusive tan sólo sus “cimientos”, es una producción que satisface por lo menos las necesidades humanas elementales. En nuestro país, empero, con la terrible escasez de bienes, la industria pesada tuvo un crecimiento del 28,1 por ciento, mientras que el de la liviana fue sólo del 13,1 por ciento, lo que impide el cumplimiento del programa fundamental. Aunque se afirme que esta proporción es la ideal (lo que dista de ser cierto) de aquí surge que en aras de la “*acumulación primitiva socialista*” la población de la URSS se verá obligada a apretarse más y más el cinturón. Pero esto es precisamente un índice de que es imposible el socialismo en base a un nivel productivo bajo; sólo se pueden tomar las primeras medidas preparatorias.

¿No es monstruoso? El país no puede superar la escasez de bienes, el desabastecimiento de alimentos es un hecho cotidiano, no hay leche para los niños... y los filisteos oficiales declaran: “*El país ha entrado en la etapa del socialismo.*” ¿Existe alguna forma más fraudulenta de desacreditar al socialismo?

A pesar de todos los avances económicos que registran la industria y la agricultura, la cosecha de granos tiene hoy el carácter de una *campaña política* y no el de una actividad económica. En otras palabras, para realizarla el estado aplica medidas coercitivas. Durante el reinado de los epígonos se hizo uso y abuso del término *smitchka* [alianza de obreros y campesinos] pero se olvidó de aplicarlo en su verdadero sentido, el de crear vínculos económicos entre la ciudad y el campo que permitan a las aldeas

³⁹ V. V. Osinsky (1887-1938): dirigente de la oposición Centralismo Democrático hasta 1923, y luego miembro de la Oposición de Izquierda durante algunos años; finalmente apoyó a la Oposición de Derecha.

intercambiar voluntariamente y con creciente motivación sus productos por productos industriales. Así, la alianza con los campesinos tiene éxito si se atemperan los métodos *políticos*, léase coerción, en la recolección de granos. Esto sólo se logra cerrando las tijeras de los precios agrícolas e industriales. Pero, a trece años de la revolución de octubre, Stalin califica las tijeras de “prejuicio burgués”. En otras palabras, reconoce que las tijeras, en lugar de cerrarse, siguen abriéndose. No nos sorprende que la misma palabra *smitchka* haya desaparecido del léxico oficial.

Un funcionario de la agencia de almacenamiento de granos explica la demora en la acumulación de granos, fruto de la insuficiente presión que ejercen las autoridades locales sobre el *kulak*, con la siguiente observación: “Los cálculos y maniobras del *kulak* no son nada complicados. Si se le aplica un impuesto de tres toneladas, él las retiene y paga una multa de cuatrocientos rublos. Le basta con vender media tonelada en el mercado negro para recuperar su multa con creces, obtener una suma de dinero adicional y retener para sí dos toneladas y media de grano.” Este ejemplo notable significa que el precio del grano en el mercado negro es por los menos seis veces más alto que en el mercado oficial, quizá ocho o diez veces más alto, ya que no conocemos la suma adicional que le corresponde. De esta manera las tijeras, que para Stalin son un prejuicio burgués, perforan las páginas de *Pravda* y muestran sus puntas.

Todos los días *Pravda* informa de los progresos registrados en el almacenamiento de grano, siempre con el mismo título: *La lucha por el grano es la lucha por el socialismo*. Pero cuando Lenin empleó esta frase, muy lejos estaba de pensar que el país había “entrado” en la etapa socialista. El hecho de que uno se vea obligado a luchar (¡sí, a luchar!) por el grano, nada más que por el grano, demuestra que el país todavía se encuentra muy lejos del régimen socialista.

No se puede pisotear impunemente las bases teóricas elementales, ni limitarse a los elementos socialistas en las relaciones de producción (elementos que son inmaduros, rudimentarios y, en la agricultura, sumamente frágiles y conflictivos) y abstraer el factor principal del desarrollo de la sociedad: las fuerzas productivas. Las formas socialistas pueden revestir contenidos cualitativamente distintos, según el nivel de la técnica. Formas sociales soviéticas basadas en la producción norteamericana: esto es socialismo, al menos en su primera etapa. Formas soviéticas basadas en la técnica rusa: éste es sólo el primer paso en la lucha por el socialismo.

Si se tiene en cuenta el nivel de vida soviético actual, la vida cotidiana de las masas, la tasa de analfabetismo, es decir, el nivel cultural; si uno no miente, ni justifica, ni se engaña a sí mismo y a los demás; si uno no ha caído en el vicio de la demagogia burocrática, entonces debe reconocer honestamente que la herencia de la Rusia burguesa y zarista constituye el 95 por ciento de la vida, moral y costumbres cotidianas de la abrumadora mayoría del pueblo soviético, mientras que los elementos de socialismo constituyen tan sólo un 5 por ciento. Y esto de ninguna manera se contradice con la dictadura del proletariado, el régimen soviético y los éxitos colosales de la economía. Todo esto es la estructura que soportará el futuro edificio, mejor dicho, una de las esquinas del edificio. Decirles a los obreros que construyen este esqueleto con ladrillos y cemento, quienes a menudo no pueden satisfacer el hambre, y están expuestos a sufrir accidentes fatales, que ya pueden entrar a vivir en el edificio (“¡hemos entrado en el socialismo!”) es mofarse de los obreros y del socialismo.

¿Cuatro o cinco años?

Nos oponemos resueltamente a la irresponsabilidad con que se transforma un plan quinquenal todavía no probado en un plan cuatrienal. ¿Qué dicen las estadísticas al respecto?

Las cifras oficiales de la producción industrial del segundo año registran un incremento del 24,2 por ciento. Es decir, que se ha superado el incremento previsto en el plan (21,5 por ciento) en un 2,7 por ciento. Pero con respecto al plazo del plan cuatrienal existe un retraso de casi el 6 por ciento. Observando esa cifra en relación a la calidad y al precio minorista de los productos, y teniendo en cuenta que los coeficientes previstos se alcanzan mediante la coerción, resulta evidente que en realidad el segundo año se cumplió según las tasas del plan quinquenal, no del plan cuatrienal.

En la *infraestructura* existe un retraso de casi el 20 por ciento en relación a los objetivos previstos para 1929-1930. El mayor retraso se presenta en la construcción de nuevas y gigantescas plantas metalúrgicas, en la instalación de la producción de coque, en la construcción química y eléctrica básica, es decir, en todos los terrenos que constituyen la base de la industrialización. Al mismo tiempo, la *disminución de los costos de la construcción*, que según lo previsto en el plan debía ser del 14 por ciento, alcanzó apenas al 4 por ciento. La importancia de esta cifra contable del 4 por ciento, traída de los cabellos, no necesita comentarios: si los costos no aumentan, démonos por satisfechos. El coeficiente total de retraso del plan será, por lo tanto, de más del 30, no del 20 por ciento. Este es el telón de fondo del tercer año en lo que se refiere a la construcción.

No es posible llenar los “huecos” del plan a expensas de la industria liviana, como se hizo frecuentemente durante los dos primeros años, puesto que donde hay más retraso es precisamente en la producción de bienes de consumo. Según estaba previsto en el plan quinquenal, la industria liviana debía experimentar un incremento del 18 por ciento en 1929-1930; según el plan cuatrienal, esa cifra debía ser del 23 por ciento. Pero aumentó apenas en un 11 por ciento (según algunas fuentes, 13 por ciento). Sin embargo, la escasez de bienes le exige esfuerzos extraordinarios a la industria liviana.

Se ha dicho que una de las tareas asignadas al trimestre suplementario⁴⁰ intercalado entre el segundo y el “tercer” año era “emplear todos los medios a nuestro alcance para estabilizar la circulación monetaria y todo el sistema financiero”. Por primera vez se reconoce oficialmente que el sistema financiero es poco firme al cabo del segundo año de un plan quinquenal llevado a cabo por una dirección que procede empíricamente, sin la menor planificación. La inflación monetaria no es otra cosa que un préstamo sin respaldo contraído a expensas de los años venideros. Por lo tanto, será necesario reembolsar dicho préstamo en los próximos años. El llamado a la estabilización de la circulación de dinero demuestra que será necesario mantener intacto el *chervonets* [unidad monetaria con respaldo oro], no liquidarlo. En cuanto a la teoría, la ponen cabeza abajo.

Todos los errores, todos los cálculos equivocados, los comienzos abruptos, las desproporciones, los huecos, los virajes en falso y la embriaguez de la conducción económica de los centristas se sintetizan en el estado calamitoso del *chervonets*; ésta es la herencia de los dos primeros años del plan. Detener el impulso de la inflación no es tarea sencilla. Así lo atestigua la aplicación del plan financiero en el primer mes del trimestre suplementario. Pero, sobre todo, debemos saber que el éxito en el terreno de la estabilización del *chervonets* (que es absolutamente indispensable) lleva en sí el germen de una recesión no menos aguda en la industria y en la economía. Los préstamos sin respaldo, especialmente los que se realizan en secreto, se hacen a expensas del futuro y es preciso pagarlos.

La cifra de aumento general de la producción industrial en los últimos dos años es del 52 por ciento: el plan tenía previsto un 47 por ciento. Si tenemos en cuenta el

⁴⁰ Este año la finalización del año económico fue trasladada de octubre a enero, agregándose así un trimestre suplementario. (Nota de León Trotsky)

deterioro de la calidad, podemos decir con certeza que, en el mejor de los casos, los dos primeros años nos han acercado a los plazos del plan “en su conjunto”, sin tener en cuenta toda una serie de desproporciones internas.

Si bien considerarnos que al cabo de los dos primeros años existe un gran atraso en el cumplimiento del plan quinquenal, ello de ninguna manera significa que minimicemos la importancia colosal de los éxitos logrados. Son éxitos colosales por su importancia histórica, tanto más significativos cuanto que fueron obtenidos a pesar de la cadena ininterrumpida de errores cometidos por la dirección. Pero estas hazañas no sólo no justifican la irresponsabilidad con que se salta de un plan de cinco años a uno de cuatro años, sino que ni siquiera garantizan el cumplimiento del plan en cinco años. Para lograrlo, habrá que superar las desproporciones y “huecos” de los dos primeros años en el transcurso de los próximos tres. Cuanto menos capaz de prever, de prestar oídos a las advertencias, sea la dirección, mayor será la deuda.

La tarea principal de la conducción económica es observar el progreso del plan quinquenal, vigilar algunos rubros, frenar otros, no en base a cifras *a priori*, inevitablemente imprecisas y condicionales, sino sobre la base de un análisis consciente de la experiencia. Sin embargo, para la realización de esa tarea es preciso que impere la democracia en el partido, en los sindicatos y en los soviets. El progreso sano de la construcción socialista se ve impedido por el ridículo y monstruoso principio de la infalibilidad de la dirección “general”: más precisamente, de una dirección inconsecuente, que es el origen del peligro general.

El mismo *Pravda* (27 de octubre) se ve obligado a comentar: “Tenemos dificultades en el abastecimiento de alimentos y de mercancías industriales de uso cotidiano.

“Todavía sufrimos la gran escasez de metales, carbón, energía eléctrica y materiales para la construcción en cantidad suficiente como para garantizar plenamente las tasas previstas para la construcción socialista.

“Nuestro sistema de transporte es incapaz de garantizar el acarreo de productos industriales y agrícolas.

“La economía nacional sufre una terrible escasez de mano de obra fabril y de cuadros de obreros calificados.”

¿No es evidente, entonces, que el salto del plan quinquenal al plan cuatrienal es puro aventurerismo? Sí lo es, para todos menos para *Pravda*. “El retraso experimentado en la construcción de infraestructura en 1929-1930 [dice *Pravda*] a pesar de la ausencia de causas objetivas les sirvió a los agentes de los *kulakis* en el partido (los oportunistas de derecha) de pretexto para nuevos aullidos ante los ritmos intolerables que aprobó el partido” (3 de noviembre). De ese modo, los estalinistas le allanan el camino a la derecha de la mejor manera posible al reducir sus diferencias recíprocas al siguiente dilema: ¿cuatro años o cinco? Sin embargo, este problema no admite una respuesta “principista” sino solamente empírica. Todavía resulta difícil definir las dos líneas diferentes en debate, separadas entre sí por doce meses. Sin embargo, con esta manera burocrática de plantear el problema se nos da la medida exacta de las diferencias entre los derechistas y los centristas, tal como las caracterizan los propios centristas. La relación entre ambos es de cuatro a cinco, lo que da una diferencia del 20 por ciento. ¿Y qué pasa si la experiencia llega a demostrar que no se cumplirá el plan en cuatro años? ¿Significaría que la derecha tenía razón?

El trimestre llamado suplementario (octubre, noviembre, diciembre de 1930) fue intercalado entre el segundo y el tercer año. Así, el tercer año del plan quinquenal comienza oficialmente el 1 de enero de 1931, sin tener en cuenta este trimestre suplementario. De manera que la diferencia con la derecha se reduce del 20 al 15 por

ciento. ¿Para qué sirven estos procedimientos inútiles? Para afianzar el “prestigio”, no el socialismo.

Los huecos que ahora deben cubrir con el trimestre suplementario se produjeron, según *Pravda*, “a pesar de la ausencia de causas objetivas”. Esta explicación es muy reconfortante, pero no construye fábricas ni produce mercancías. El problema es que el elemento subjetivo, el aparato burocrático, controla los factores subjetivos, tales como la “incompetencia”, la “falta de iniciativa”, etcétera, sólo *hasta cierto punto*, pero más allá de estos límites, los factores subjetivos se vuelven objetivos, puesto que lo que los determina en última instancia es el nivel técnico y cultural. Hasta los “huecos” producidos por causas subjetivas, por ejemplo, por la miopía de la dirección “general”, se transforman en factores objetivos que limitan las posibilidades de un desarrollo mayor. Si el oportunismo se caracteriza por la adaptación pasiva a las condiciones objetivas (“seguidismo”), el aventurerismo, la antípoda del oportunismo, se caracteriza por su desdén hacia los factores objetivos. Hoy en día el *leitmotiv* de la prensa soviética es: “Nada es imposible para un ruso.”

Los artículos de *Pravda* (Stalin mantiene un prudente silencio) demuestran que mañana, como ayer, la previsión, la experiencia colectiva y la flexibilidad de la conducción económica serán desplazadas por el *knut* [látigo ruso] “general”. *Pravda* reconoce en varias ocasiones que las “vacilaciones no fueron eliminadas tanto por la producción como por la presión revolucionaria de las masas” (10 de noviembre). El significado de esto es bastante claro.

Es obvio que si realmente se tratara de sobrepasar a los países capitalistas adelantados en el curso de los próximos años y asegurar así la invulnerabilidad de la economía socialista, la presión circunstancial, por mucho que se desgastaran los músculos y nervios de los obreros, sería comprensible y aun justificable. Pero hemos visto la forma ambigua, engañosa y demagógica con que se presenta este problema a los trabajadores. La presión continua amenaza con provocar una reacción entre las masas que será incomparablemente más grave que la que se suscitó al término de la guerra civil.

El peligro resulta tanto más grave y amenazante si tenemos en cuenta que no sólo no se resolverá el problema de “alcanzar y sobrepasar” aunque se logren todos los objetivos del plan quinquenal, sino que éstos no se alcanzarán en cuatro años por más que se empeñen todas las fuerzas hasta el límite máximo de su resistencia. Más grave aún es el hecho de que, gracias al aventurerismo de la dirección, el cumplimiento del plan en cinco años resulta cada vez menos probable. La obstinación estúpida y ciega con que se mantiene el plan al pie de la letra en aras del prestigio “general” prepara inexorablemente el terreno para toda una serie de crisis que pueden detener el desarrollo de la economía y provocar una franca crisis política.

La URSS y el mercado mundial

Así, las cifras que sintetizan el aumento de la producción hasta el momento, si bien son colosales, no pintan un panorama real de la situación, porque no hacen mención de la situación desfavorable, tanto económica como política, en medio de la cual se inicia el tercer año del plan quinquenal (10 de octubre de 1930). Un análisis más concreto de la economía revela que tras las estadísticas arbitrarias de los éxitos se ocultan una serie de profundas contradicciones: entre la ciudad y el campo (las tijeras de los precios: escasez de productos alimenticios y materias primas y escasez de productos industriales en la aldea); entre las industrias pesada y liviana (fábricas desabastecidas de materias primas y escasez de productos); entre el poder adquisitivo real y nominal del

chervonets (inflación); entre el partido y la clase obrera; entre el aparato y el partido; en el seno del aparato.

Y aparte de estas contradicciones llamadas internas, existe una contradicción que, por su propia lógica, adquiere una importancia cada vez mayor: la contradicción entre la economía soviética y el mercado mundial.

El punto de partida de todo el plan fue la concepción utópica y reaccionaria de una economía socialista cerrada que se desarrolla armoniosamente sobre sus cimientos internos con sólo salvaguardar el monopolio del comercio exterior. Los especialistas de la Comisión de Planificación Estatal, haciéndose concesiones mutuas con los “patronos” y adaptando sus fines dañinos a los prejuicios de las autoridades, elaboraron un anteproyecto de plan quinquenal en el que no sólo se preveía una curva descendente para el desarrollo industrial sino también una curva descendente para el comercio exterior: al cabo de diez o doce años las importaciones de la URSS se reducirían a cero. En el mismo plan se preveía una cosecha cada vez más abundante y, por consiguiente, mejores posibilidades de exportar. No se respondía a una pregunta: ¿qué hacer con el excedente de trigo y los demás excedentes que el país fuera capaz de producir? Seguramente no los iban a arrojar al mar.

Sin embargo, antes de que los principios del anteproyecto de plan quinquenal fueran revisados gracias a la presión de la Oposición, el propio curso de los acontecimientos provocó fisuras en la teoría y práctica de la economía aislada.

El mercado mundial contiene recursos inmensos, colosales, inagotables para la economía de todos los países, sean socialistas o capitalistas. El crecimiento de la industria soviética genera necesidades, tanto técnicas como culturales, y contradicciones nuevas que la obligan a recurrir cada vez más a los recursos del comercio exterior. Al mismo tiempo, el desarrollo de la industria, que es desigual debido a las condiciones naturales, genera una apremiante necesidad de exportar diversos productos (por ejemplo petróleo, madera) mucho antes de que la industria en su conjunto haya comenzado a satisfacer las necesidades elementales del país. Por lo tanto, la reactivación de la vida económica de la URSS no conduce a su aislamiento económico sino, por el contrario, la obliga desde todos los ángulos a acrecentar sus relaciones con la economía mundial y, por consiguiente, la hace depender cada vez más de la economía mundial. El carácter de esta dependencia se define en parte por el peso específico de la economía soviética dentro de la economía mundial, pero más directamente por la relación entre el costo neto de los productos soviéticos y el costo neto de los productos de los países capitalistas adelantados.

Por consiguiente, el ingreso de la economía soviética en el mercado mundial no se ha basado en una perspectiva amplia y en las previsiones del plan sino que, por el contrario, se realiza a pesar del plan, bajo la presión de la pura necesidad, en cuanto se hizo evidente que la importación de maquinarias, materias primas necesarias y repuestos era cuestión de vida o muerte para todas las ramas de la industria.

No pueden aumentar las importaciones si no aumentan las exportaciones. El estado soviético exporta porque no le queda más remedio y vende a precios determinados por la economía mundial. Así, la economía soviética no sólo cae, cada vez más, bajo el control del mercado mundial, sino que, además, se ve arrastrada (en forma refractada y modificada, desde luego) hacia la esfera de influencia de las oscilaciones coyunturales del capitalismo mundial. Las exportaciones de 1929-1930, lejos de cumplir las previsiones del plan, se han visto muy deterioradas en el plano financiero debido a la crisis mundial. Así concluye una de las muchas polémicas de la Oposición de Izquierda con los centristas. Cuando bregábamos por la elaboración de un plan quinquenal, decíamos que el plan quinquenal era solamente la primera etapa, que en el

menor lapso posible debíamos pasar a un plan programado para ocho o diez años, que abarcara el período promedio de renovación de *stocks* de herramientas y también nos permitiera adaptarnos a la coyuntura mundial. La estabilización del capitalismo de posguerra, por efímera que fuese, conduciría inexorablemente a la reaparición de los ciclos comerciales e industriales postergados por la guerra, y nos veríamos obligados a elaborar nuestros planes no en base a una supuesta independencia de la coyuntura mundial sino a una adaptación inteligente a dicha coyuntura, que nos permitiera sacarle el mayor provecho posible a la reactivación de la economía y perder lo menos posible en la crisis. Es inútil repetir los lugares comunes socialistas-nacionales con que los líderes oficiales, con Stalin y Bujarin a la cabeza, trataron de refutar los factores actualmente vigentes. En la misma medida en que los conductores de la economía fueron incapaces de prever la sencilla lógica de la situación, la exportación, en la actualidad, está sumida en el caos.

La breve historia del comercio exterior soviético, así como las dificultades con que tropezó la exportación el año pasado, (el volumen fue siempre muy bajo a pesar de su carácter forzado) nos deben llevar a ciertas conclusiones elementales, muy importantes para el futuro. Cuanto mayor sea en el futuro el éxito del desarrollo económico soviético, más amplias deberán ser las relaciones exteriores en el terreno económico. El teorema inverso es más importante aun: sólo el incremento de las exportaciones e importaciones permitirá a la economía superar oportunamente las crisis parciales, atemperar las desproporciones parciales y establecer el equilibrio dinámico de los distintos sectores para garantizar una elevada tasa de desarrollo.

Sin embargo, es precisamente aquí donde tropezamos, en última instancia, con las dificultades y problemas decisivos. Ya hemos dicho que las posibilidades de aprovechar los recursos del mercado mundial para el desarrollo de la economía socialista están sujetos directamente a las relaciones entre los costos netos locales y mundiales de una mercancía de calidad fija y estándar. Pero, hasta el momento, el plan burocrático de aceleración de los ritmos no nos ha permitido avanzar en este terreno y ni siquiera plantear el problema como corresponde.

En el informe ante el Decimosexto Congreso Stalin dijo que la calidad de nuestra producción es una “desgracia”; con ese tipo de explicaciones la burocracia tapa todos los agujeros. Es lo mismo que la frase referida a nuestro “terrible” atraso. En lugar de datos precisos, nos dan expresiones de tono muy fuerte, pero que sólo sirven para encubrir cobardemente la realidad; el atraso: “terrible”; la calidad: una “desgracia”. Sin embargo, dos cifras, dos coeficientes relativos promedio, hubieran sido infinitamente más valiosos para orientar al partido y a la clase trabajadora que toda la montaña de estadísticas periodísticas baratas de las que están repletos los discursos de diez horas: también aquí los sabios de nuestro tiempo reemplazan la calidad por la cantidad.

La venta de productos soviéticos a precios inferiores a sus costos netos para bien de las importaciones es una medida que hasta cierto punto resulta inevitable, y está plenamente justificada desde el punto de vista de la economía en general. Pero sólo hasta cierto punto.

En el futuro la diferencia entre los costos netos locales y mundiales creará escollos cada vez mayores para el incremento de las exportaciones. Así, el problema de los coeficientes relativos de calidad y cantidad de los productos locales y mundiales se plantea forzosamente y con apremio. El destino de la economía soviética está sujeto *económicamente* al comercio exterior, de la misma manera en que está sujeto *políticamente* por el nudo que ata al Partido Comunista de la Unión Soviética con la Comintern.

La prensa capitalista mundial calificó de *dumping* al incremento de las exportaciones soviéticas, y la burguesía mercenaria de los emigrados rusos y sus “demócratas” domesticados le hacen coro. No hay nada de sorprendente en esto, así como no hay nada de sorprendente en el hecho de que la prensa de los mercenarios emigrados revele los secretos de la defensa nacional de la URSS para beneficio de Rumania, Polonia y otros tiburones más grandes. Lo asombroso no es su vileza; es su estupidez que, en el fondo, tampoco nos asombra: no hay que esperar demasiada inteligencia de parte de la burguesía mercenaria. Al calificar al “*dumping*” soviético de amenaza para la economía mundial, los liberales y demócratas sólo afirman con eso que la industria soviética ha alcanzado tal poderío que está en situación de conmover el mercado mundial. Desgraciadamente, no es así.

Basta decir que la exportación soviética, inflando bastante su volumen, constituye apenas el 1,5 por ciento de la exportación mundial. Esto no alcanza para derrocar al capitalismo, por putrefacto que esté. Sólo un imbécil completo, que no por eso es menos canalla, puede atribuirle a la Unión Soviética la intención de provocar la revolución mundial con un 1,5 por ciento de exportaciones.

Lo que ellos llaman la penetración de la economía soviética en la economía mundial es, en realidad, la penetración del mercado mundial en la economía soviética. Este proceso se extenderá hasta convertirse en un duelo económico entre los dos sistemas. A la luz de esta perspectiva queda expuesto el infantilismo de esa filosofía mezquina según la cual la construcción del socialismo queda garantizada con la victoria sobre la burguesía en el propio país, después de lo cual las relaciones con el mundo exterior se reducen a la lucha contra la intervención militar.

Al iniciarse la crisis mundial, la Oposición propuso que se lanzara una campaña proletaria internacional por el fortalecimiento de los lazos económicos con la URSS⁴¹. A pesar de que la crisis y la desocupación hacían apremiante la campaña, la misma fue rechazada con toda clase de pretextos fútiles; en realidad, fue rechazada porque la propuso la Oposición. Hoy, ante el ataque mundial contra el “*dumping*” soviético, las secciones de la Comintern se ven obligadas a realizar la campaña por la colaboración económica con la URSS que nosotros habíamos propuesto. Pero, ¡qué miserable y ecléctica es esta campaña, carente de ideas y perspectivas claras; una campaña de defensa caótica en lugar de una ofensiva bien preparada! Una vez más vemos que el clamor burocrático oculta el mismo “seguidismo”, la misma incapacidad de asumir la iniciativa política en un solo problema importante.

Conclusiones

1. Reconocer públicamente que fue errónea la resolución de cumplir el plan quinquenal en cuatro años.
2. Someter al estudio y a la discusión libre y seria en el partido las experiencias de los dos primeros años y el trimestre intercalado.
3. Establecer los siguientes criterios para la discusión: los ritmos óptimos, los más razonables, es decir, los que permitan no sólo alcanzar los objetivos previstos sino también, y más importante aun, crear el equilibrio dinámico para una expansión acelerada a varios años de plazo; aumento sistemático del salario real; cerrar las tijeras de los precios industriales y agrícolas, es decir, fortalecer la alianza con el campesinado.
4. Prestar especial atención al inexorable proceso de diferenciación en el seno de las granjas colectivas, así como entre las distintas granjas; jamás identificarlas con el socialismo.

⁴¹ Ver en este mismo volumen *La desocupación mundial y el Plan Quinquenal*, página 159 y siguientes.

5. Plantear abiertamente, y en el marco del plan, el problema de la estabilización del sistema monetario; en caso contrario, la deflación burocrática podría generar el peligro de pánico, lo cual sería tan peligroso como la inflación.

6. Plantear el problema del comercio exterior como cuestión fundamental dentro de la perspectiva de ampliar nuestras relaciones con la economía mundial.

7. Elaborar un sistema de coeficientes relativos entre la producción soviética y la producción de los países capitalistas adelantados, como guía práctica para las necesidades de exportación e importación y como único criterio para “alcanzar y sobrepasar”.

8. Dejar de orientar la economía en base a consideraciones burocráticas de prestigio: no embellecer la realidad, no callar la verdad, no engañar; no aplicar el rótulo de socialista a la economía soviética de transición que, en su nivel actual, se encuentra mucho más cerca de la economía zarista-burguesa que de la del capitalismo desarrollado.

9. Abandonar las falsas perspectivas nacionales e internacionales de desarrollo económico que surgen inevitablemente de la teoría del socialismo en un solo país.

10. Terminar de una vez por todas con ese dogma católico de la infalibilidad “general”, que resulta funesto en la práctica, humillante para el partido revolucionario y profundamente estúpido.

11. Reactivar el partido destruyendo la dictadura burocrática del aparato.

12. Repudiar el estalinismo; volver a la teoría de Marx y a la metodología revolucionaria de Lenin.

Entrevista concedida al Manchester Guardian⁴²

(Febrero de 1931)

El plan quinquenal y el mundo

Hasta hace poco la opinión mundial acerca del plan quinquenal se expresaba en dos afirmaciones fundamentales que se contradicen en forma absoluta: primero, el plan quinquenal es utópico y el estado soviético se encuentra al borde del derrumbe económico; segundo, los exportadores soviéticos emplean el *dumping*, con la consiguiente amenaza que esto implica para los pilares del orden capitalista. Cualquiera de las dos afirmaciones puede usarse como arma para fustigar al estado soviético, pero unidas presentan la desventaja de ser diametralmente opuestas. Para conmover la economía capitalista ofreciendo mercancías a bajo precio, se requiere un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas. Si el plan quinquenal ha sufrido un revés y la economía soviética se desintegra gradualmente, ¿en qué campo de batalla económico puede la Unión Soviética agrupar sus fuerzas para lanzar una ofensiva de *dumping* contra los estados capitalistas más poderosos del mundo?

¿Cuál, de estas dos afirmaciones contradictorias es cierta? Las dos son falsas. El plan quinquenal no ha sufrido un revés: los intentos de transformarlo en un plan cuatrienal así lo demuestran. Personalmente, opino que este intento de aceleración es prematuro e imprudente. Pero el solo hecho de que sea posible, que cientos de economistas, ingenieros, directores de plantas industriales y sindicalistas hayan reconocido que la transformación es posible, demuestra que el plan dista de ser el fracaso que pregonan los observadores parisinos, londinenses y neoyorquinos, acostumbrados a estudiar los asuntos rusos a través de un telescopio.

Pero si reconocemos que este gigantesco plan es realizable, ¿no debemos reconocer, en tal caso, que el *dumping* puede ser una realidad en un futuro cercano? Consultemos las estadísticas. La tasa de aumento de la industrialización de la URSS es del veinte al treinta por ciento anual, un fenómeno sin precedentes en la historia económica. Pero estos porcentajes indican un alza a partir del nivel económico que la Unión Soviética heredó de la vieja clase poseedora, un nivel de atraso anodador. Inclusive después de cumplido el plan quinquenal, las ramas más importantes de la economía soviética seguirán muy retrasadas respecto de los países capitalistas más adelantados. Por ejemplo, el consumo de carbón per cápita será ocho veces menor que el de Estados Unidos en la actualidad. Las demás cifras son parecidas. En este momento (el tercer año del plan quinquenal) las exportaciones soviéticas representan el uno y medio por ciento del comercio de exportación mundial. ¿Qué porcentaje sería suficiente para perturbar el equilibrio del comercio mundial, según aquellos que temen al

⁴² Tomado de “Entrevista concedida al *Manchester Gaurdian*”, en *Escritos, Tomo II, Volumen 1*, página 240 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie Escritos de [León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#); también para las notas. “Estuvimos de acuerdo [señaló el periodista] en que la mejor manera de evitar distorsiones es decidir de antemano qué preguntas ofrecen mayor interés a los lectores, y luego escribir las respuestas de Trotsky como una narración continuada. Inmediatamente se aboca a la tarea, dictando en una musical mezcla de francés y alemán.” La entrevista consta de dos partes: “el plan quinquenal y el mundo” y “Norteamérica descubre el mundo”.

dumping: un cincuenta, tal vez un veinticinco o un diez por ciento? Para alcanzar siquiera esta última cifra, las exportaciones soviéticas deberían septuplicarse, octuplicarse, lo que provocaría la ruina inmediata de la economía interna rusa. Esta sola consideración, basada en hechos incontrovertibles, basta para desenmascarar la falsedad de las filípicas de hombres como los Locker-Lampson en Inglaterra o el diputado Fish en Estados Unidos⁴³. No importa que tales filípicas sean producto de la mala fe o de un verdadero pánico; en ambos casos, engañan al público cuando afirman que la economía soviética está al borde del derrumbe y a la vez aseveran que los rusos están en condiciones de vender suficiente cantidad de mercancías en el extranjero a precio menor que el costo como para constituir una amenaza para el mercado mundial.

El ataque más reciente contra el plan quinquenal apareció en el diario francés *Le Temps*⁴⁴, que persigue los mismos objetivos que los intransigentes británicos y se puede contar entre los diarios más reaccionarios del mundo. Hace poco, este diario llamaba la atención sobre el rápido avance de la industrialización en la URSS e instaba a los estados occidentales a coordinar sus economías con el objeto de boicotear el comercio soviético. En este caso no se trataba de *dumping*; la rapidez del desarrollo económico era considerada una amenaza a la que había que oponer medidas enérgicas. Hay que subrayar una cuestión: para ser efectivo, el bloqueo económico tendría que ser cada vez más riguroso, y eso eventualmente provocaría una guerra. Pero si se llegara a establecer ese bloqueo y a sobrevenir la guerra, y aunque el sistema soviético fuera derrocado por esa guerra (cosa que ni por un instante creo posible), ni siquiera en ese caso, se destruiría el nuevo principio económico de planificación estatal, que ha demostrado su eficacia en la Unión Soviética; esto sólo llevaría a la pérdida de muchas vidas y a que el desarrollo de Europa quedara detenido durante varias décadas.

Pero volvamos a una pregunta anterior: ¿se cumplirá el plan quinquenal? En primer lugar debemos saber exactamente qué significa “cumplir”; no se trata de algo que se pueda determinar con precisión minuciosa, como un récord deportivo. Yo veo al plan quinquenal como una hipótesis de trabajo que constituye la base de un experimento colosal, cuyos resultados no coincidirán exactamente con la hipótesis. Las relaciones entre las diversas ramas de la economía no se pueden establecer *a priori* y con exactitud para un lapso de varios años. En el transcurso del trabajo es preciso efectuar correcciones compensatorias. Sin embargo, estoy seguro de que el plan quinquenal es realizable, si se realizan las correcciones y modificaciones necesarias.

Usted pregunta en qué se diferencia mi posición de la del actual gobierno soviético. Dejemos totalmente de lado el problema político y el de la Internacional Comunista, ya que estas cuestiones no influyen en las grandes perspectivas hipotéticas de la planificación económica. Al contrario, durante varios años yo defendí este método contra quienes lo aplican en la actualidad. Opino que se tendría que haber iniciado el plan quinquenal con anterioridad. Debemos mencionar aquí que los primeros proyectos de plan planteaban un incremento anual inicial del nueve por ciento, que luego descendía al cuatro por ciento. Frente a esta disminución, patrocinada en aquella época por el grupo Stalin-Rikov, la Oposición elevó su ferviente protesta. Por eso me acusaron de superindustrializante. Como resultado de nuestra crítica, el segundo proyecto de plan, elaborado en 1927, preveía una tasa anual de aumento del nueve por ciento. La Oposición consideró esta cifra totalmente insuficiente en vista de las posibilidades inherentes a la economía nacionalizada. La industria capitalista producía en la Rusia

⁴³ Los hermanos *Oliver* y *Goodfrey:Locker-Lapson*: políticos conservadores británicos. *Hamilton Fish* (n. 1888): representante republicano de Nueva York ante la Cámara de Representantes de Estados Unidos, se destacó por su hostilidad hacia la URSS y por ser el autor de numerosas leyes anticomunistas.

⁴⁴ *Le Temps*: vocero no oficial del gobierno francés en la década del treinta.

zarista una ganancia media del doce por ciento anual: la mitad era consumida por los propietarios y la otra mitad se utilizaba para aumentar la producción. Ahora, con la nacionalización, se puede emplear casi el doce por ciento para aumentar la producción. A eso hay que agregarle lo que se ahorra en virtud de la falta de competencia, la centralización del trabajo de acuerdo con un plan único, la unidad de la financiación y otros factores. Si un trust bien organizado posee ventajas enormes respecto de las empresas industriales aisladas, ¿cuál no será la ventaja de una industria nacionalizada, un verdadero trust de trusts? Por eso, a partir de 1922, calculé una tasa básica de crecimiento anual de la industria de más del veinte por ciento. Este fue, en verdad, el porcentaje adoptado como base del plan quinquenal, y la experiencia demostró que esta hipótesis no sólo era bien fundada sino que hasta se la puede superar. Bajo la influencia de este éxito, para el que no estaba preparada, la dirección tiende ahora a pasarse al otro extremo. A pesar de que Rusia no está en condiciones, se intenta realizar el plan en cuatro años y se encara la tarea casi como si fuera una cuestión deportiva. Me opongo totalmente a los excesos del maximalismo burocrático, que hacen peligrar el avance en gran escala de la industria nacionalizada. En el transcurso del año anterior lancé repetidas advertencias contra la aceleración excesiva de la colectivización de la agricultura. Ahora se diría que los papeles se han trastocado: la Oposición, que durante años bregó por la industrialización y la colectivización, se siente obligada a aplicar los frenos. Considero, por otra parte, que la actitud de los funcionarios que hablan como si Rusia ya hubiera llegado al socialismo en el tercer año del plan quinquenal es errónea y probablemente dañará sus reputaciones. No, la economía rusa se encuentra aún en una etapa de transición y oculta en su seno profundas contradicciones que podrían desembocar en crisis económicas y reveses coyunturales. Cerrar los ojos ante este hecho sería imperdonable. No puedo profundizar más en este problema tan complejo, pero debe admitirse que todas esas contradicciones, dificultades, posibles crisis y reveses de ninguna manera minimizan la importancia histórica monumental de esta colosal experiencia de planificación económica, la cual ya ha demostrado que la industria nacionalizada, incluso en un país atrasado, puede aumentar a un ritmo que ninguna de las viejas naciones civilizadas podría siquiera intentar. Este solo hecho transforma las lecciones del pasado y abre una perspectiva enteramente nueva.

Para aclarar lo que quiero decir, veamos un ejemplo hipotético. En Inglaterra el señor Lloyd George⁴⁵ está promoviendo un plan de obras públicas elaborado por los economistas liberales con el doble fin de poner término a la desocupación y reorganizar y racionalizar la industria. Ahora supongamos, con fines de ejemplificación, que el gobierno británico se sienta a una mesa redonda con el gobierno de la URSS para elaborar un plan de colaboración económica a varios años de plazo. Supongamos que dicho plan abarca las ramas más importantes de la industria y que la conferencia, a diferencia de tantas otras, redunde en una serie de acuerdos y compromisos recíprocos concretos y seguros: a cambio de tal o cual cantidad de tractores, unidades electrotécnicas, máquinas textiles, etcétera, Inglaterra recibirá una cantidad equivalente de cereales, madera, posiblemente más adelante algodón en rama; todo, claro está, según los precios vigentes en el mercado mundial. Este plan sería, al comienzo, modesto, pero se desarrollaría como un cono invertido, y con el paso de los años abarcaría una cantidad siempre creciente de compromisos hasta que, por fin, las ramas más importantes de las economías de ambos países se complementarían como los huesos de un cráneo. ¿Puede dudarse un solo instante que, por un lado, el coeficiente de crecimiento considerado por el gobierno soviético aumentaría enormemente con la

⁴⁵ David Lloyd George (1863-1945): liberal, primer ministro de Gran Bretaña desde 1916 hasta 1922.

ayuda de la tecnología británica, y que, por el otro, la Unión Soviética le permitiría a Gran Bretaña satisfacer sus necesidades de importación más vitales en las condiciones más favorables? Es imposible decir en qué condiciones políticas podría realizarse semejante colaboración. Pero cuando tomo el principio de un plan económico centralizado tal como se lo está aplicando en un país pobre y atrasado y lo aplico en mi imaginación a las relaciones recíprocas de los países adelantados con la Unión Soviética y entre sí, veo en ello una gran perspectiva para la humanidad.

Estados Unidos descubre el mundo

El rasgo más destacado de la vida norteamericana del último cuarto de siglo ha sido el crecimiento sin precedente del poderío económico y el debilitamiento igualmente sin precedentes del mecanismo político frente a dicho poderío. Dos episodios (uno del pasado y otro del presente) servirán para demostrar lo que quiero decir. Quizás la actividad más importante, seguramente la más enérgica, de Theodore Roosevelt⁴⁶, considerado el presidente más notable de los últimos tiempos, fue su lucha contra los trusts. ¿Qué queda hoy de esa actividad? Un vago recuerdo en la vieja generación. Tras las luchas de Roosevelt y la promulgación de las leyes restrictivas, sobrevino la actual expansión colosal de los trusts.

Ahora, veamos al presidente Hoover⁴⁷. Para él los trusts son un componente normal del sistema social, casi tanto como la producción material. Hoover, a quien se atribuye una mentalidad de tecnólogo, creía que los poderosos trusts y la estandarización de la producción, serían capaces de garantizar un desarrollo económico ininterrumpido, libre de toda crisis. Como es sabido, su espíritu de optimismo tecnológico dominaba en la investigación de los cambios económicos recientes en Estados Unidos realizada por la Comisión Hoover. El informe de la comisión, firmado por diecisiete economistas norteamericanos con fama de competentes, entre ellos el mismísimo Hoover, apareció en 1929. Unos pocos meses antes de la crisis más grande de la historia de Estados Unidos, el informe de Hoover pintaba un panorama de progreso económico idílico.

Roosevelt trató de dominar a los trusts; Hoover trató de dominar la crisis dando rienda suelta a los trusts, a los que consideraba la expresión más acabada del individualismo norteamericano. Los dos fracasos no revisten la misma importancia, pero tanto la prudencia tecnológica de Hoover como la estrepitosa irreflexión de Roosevelt revelan un empirismo impotente respecto de todos los problemas fundamentales de la vida social.

Ya desde tiempo atrás se percibía claramente la inminencia de una crisis aguda. La Comisión Hoover hubiera podido encontrar consejos económicos valiosos en la prensa rusa, si su autosuficiencia no hubiera sido tan grande. Yo mismo escribí en el verano de 1928: “Evidentemente, no dudamos que la crisis es inevitable, no negamos la posibilidad de que sea muy extensa y profunda, en relación con la extensión mundial que ha adquirido el capitalismo americano. Pero deducir que la hegemonía de los Estados Unidos decrece o se debilita no es verdad, y puede suscitar errores muy groseros de orden estratégico, porque es justamente lo contrario lo que sucede. *Durante la época de la crisis, la hegemonía de los Estados Unidos se hará sentir más completa, más clara y más implacablemente que en un período de prosperidad.* Estados Unidos

⁴⁶ Theodore Roosevelt (1858-1919): presidente republicano de Estados Unidos (1901-1909).

⁴⁷ Herbert Hoover (1874-1964): presidente republicano de Estados Unidos de 1929 a 1933. En 1932 iba a proponer el desarme.

liquidará y vencerá sus dificultades y sus perturbaciones ante todo en detrimento de Europa”.⁴⁸

Debo reconocer que de esta predicción sólo se cumplió una parte, la que se refiere a la inminencia de la crisis, no así la que prevé una política económica agresiva de Estados Unidos hacia Europa. Respecto de esto último, sólo puedo decir que el imperio transatlántico reacciona más lentamente que lo que yo anticipaba en 1928. Recuerdo que en una reunión del Consejo de Trabajo y Defensa, en julio de 1924, intercambié una serie de mensajes con Leonid Krasin⁴⁹ (posteriormente fallecido), que acababa de retornar de Inglaterra. Le escribí que en ningún caso confiaría yo en la llamada solidaridad anglosajona, la cual no era sino un vestigio verbal de la colaboración bélica, a la que la realidad económica pronto haría trizas. Me respondió de la siguiente manera (todavía guardo la esquila, una hoja arrancada de un cuaderno de apuntes): “Considero improbable que aumenten los roces entre Estados Unidos e Inglaterra en un futuro inmediato. Usted no puede imaginar lo provincianos que son los norteamericanos en lo que hace a la política mundial.” Mi respuesta: “Con una chequera en el bolsillo, hasta un provinciano no tardará en encontrar la ocasión de convertirse en hombre de mundo.” Ciertamente es indiscutible que los norteamericanos carecen de experiencia y educación en el terreno de la *Weltpolitik*; su crecimiento ha sido excesivamente rápido y sus opiniones no se han mantenido al nivel de sus cuentas bancarias. Pero la historia de la humanidad, en especial la de Inglaterra, demostró con amplitud cómo se alcanza la hegemonía mundial. El provinciano visita las capitales del Viejo Mundo y medita. Las bases materiales de Estados Unidos no tienen precedentes. Su preponderancia potencial en el mercado mundial es mucho mayor de lo que lo fue la preponderancia real de Inglaterra en el período de apogeo de su hegemonía mundial, digamos en el tercer cuarto del siglo XIX. Esta energía potencial se transformará inevitablemente en cinética, y algún día el mundo será testigo de un gran estallido de la agresividad yanqui en todos los rincones de nuestro planeta. El historiador del futuro apuntará en sus libros: “La famosa crisis de 1930-193? dividió la historia de Estados Unidos, en el sentido de que suscitó un cambio de orientación en los objetivos espirituales y materiales de tal magnitud que la vieja doctrina Monroe, ‘América para los americanos’, fue superada por la nueva doctrina, ‘El mundo entero para los norteamericanos’.

El militarismo fanfarrón de los Hohenzollern alemanes de fines del siglo XIX y comienzos del XX⁵⁰, alimentado por la levadura del rápido desarrollo capitalista, parecerá un juego de niños en comparación con el que acompañará a la creciente actividad del capitalismo en Estados Unidos. De los catorce puntos de Wilson⁵¹, que ya en el momento de su promulgación carecían de contenido, quedará un vestigio menor, si cabe, que de la lucha de Roosevelt contra los trusts. Hoy, la Norteamérica dominante todavía no ha salido del estado de perplejidad provocado por la crisis, pero una vez superada esta situación desplegará sus esfuerzos para salvaguardar cada resquicio de sus posiciones mundiales que sirva de válvula de escape ante una nueva crisis. Quizás el

⁴⁸ L. Trotsky, *La Internacional Comunista después de Lenin. Stalin el gran organizador de derrotas*, 4ª edición, página 33 formato pdf, [Obras Escogidas de León Trotsky – Edicions Internacionals Sedov](#).

⁴⁹ Leonid Krasin (1870-1926): viejo bolchevique que ocupó muchos cargos importantes, entre ellos el de comisario de comercio exterior (1922-1924).

⁵⁰ Los Hohenzollern gobernaron Alemania desde 1871 hasta la revolución de noviembre de 1918, cuando abdicó el káiser Guillermo II.

⁵¹ Woodrow Wilson (1865-1924): presidente demócrata de Estados Unidos desde 1913 hasta 1921. Con los catorce puntos que presentó en enero de 1918 como propuesta para terminar la Primera Guerra Mundial pretendió contrarrestar la propaganda antibélica de los bolcheviques, que en ese momento negociaban la paz con los alemanes en Brest-Litovsk.

próximo capítulo de su expansión económica empiece en China, pero ello no le impedirá avanzar en otras direcciones.

La llamada “limitación de armamentos” no contradice en forma alguna estos pronósticos, ni menos aun los intereses directos de Estados Unidos. Es perfectamente obvio que toda reducción de armamentos previa a un conflicto entre naciones beneficia en mayor medida a la más fuerte. La última guerra demostró que las hostilidades entre naciones industriales no duran meses sino años, y que la guerra no se libra tanto con las armas preparadas de antemano como con las que se forjan en el curso del combate. Por consiguiente, a la nación más potente económicamente le interesa restringir los aprestos militares de su posible adversaria. En caso de guerra, la preponderancia de la industria estandarizada y “trustificada” de Estados Unidos, dirigida hacia la producción bélica, otorgará a ese país una preminencia que hoy apenas podemos imaginar.

Desde este punto de vista la paridad en el mar no es paridad. La marina respaldada por una industria más fuerte tiene su preponderancia garantizada de antemano. Por encima de todas las doctrinas, programas políticos, simpatías y antipatías posibles, creo que los hechos descarnados y la fría lógica nos impiden considerar que los acuerdos de paridad naval y otros por el estilo sean una garantía de paz, o siquiera de atemperamiento del peligro de guerra. El acuerdo entre los duelistas o sus padrinos acerca del calibre de los revólveres que van a usar, no impedirá que uno de los dos muera.

El señor Macdonald considera que los resultados alcanzados en su gira norteamericana constituyen el mayor triunfo de la política de paz. Dado que esto es una entrevista, y que en estos casos las posiciones se proclaman y no se explican, me permitiré referirme a un discurso que pronuncié en 1924 sobre las relaciones entre Estados Unidos y Europa. En esa época, si mal no recuerdo, Curzon era ministro de relaciones exteriores y se dedicaba a pronunciar discursos truculentos contra la Unión Soviética. En una polémica contra Lord Curzon (que en la actualidad carece, desde luego, de todo interés político) afirmé que sus insistentes ataques a Rusia se debían tan sólo a que el creciente poderío de Estados Unidos, y en general la situación mundial, colocaban a Inglaterra en una mala situación. Sus protestas debían interpretarse como fruto del resentimiento, pues se veía forzado a negociar acuerdos con Estados Unidos que no reeditaban las mismas ventajas a ambas partes. “Llegado el momento [dije] no será Curzon quien realizará esta tarea desagradable; él es demasiado arrogante. No, le será confiada a Macdonald. Será necesaria la benigna elocuencia de Macdonald, Henderson y los fabianos para que la capitulación resulte tolerable.”

Usted pregunta cuáles son mis conclusiones. Pero no me siento obligado a exponerlas en esta entrevista. Las conclusiones atañen a la política práctica y, por lo tanto, dependen del programa de cada uno y de los intereses sociales a los que sirve. En ese sentido existen grandes diferencias entre su diario y yo. Por eso me limité escrupulosamente a analizar hechos y procesos que un programa realista y no fantasioso debe considerar, ya que son indiscutibles, y nos dicen que la próxima etapa se desarrollará bajo la sombra de la poderosa agresión capitalista de Estados Unidos. En el tercer cuarto del siglo XV, Europa descubrió América; en el segundo cuarto del siglo XX, Norteamérica descubrirá el mundo. Su política será la de la puerta abierta, que, como se sabe, en Norteamérica sólo se abre hacia afuera, no hacia adentro.

Problemas del desarrollo de la URSS. Proyecto de tesis de la Oposición de Izquierda Internacional sobre la cuestión rusa⁵²

(4 de abril de 1931)

1. Las contradicciones económicas en el período de transición

El carácter de clase de la Unión Soviética

Los procesos contradictorios de la economía y la política de la URSS se desarrollan sobre la base de la dictadura del proletariado. El carácter de un régimen social está determinado, sobre todo, por las relaciones de propiedad. La nacionalización de la tierra, de los medios de producción industrial y de intercambio, con el monopolio del comercio exterior en manos del estado, constituyen los fundamentos del orden social de la URSS. Sólo por medio de un golpe contrarrevolucionario las clases expropiadas por la revolución de octubre, así como la burguesía y el sector burgués de la burocracia que se formó recientemente, podrían restablecer la propiedad privada de la tierra, los bancos, las fábricas, los molinos, los ferrocarriles, etcétera. Para nosotros, estas relaciones de propiedad, sobre las que se asientan las relaciones de clase, determinan el carácter de estado proletario de la Unión Soviética.

La defensa de la URSS contra la intervención extranjera y el ataque de los enemigos internos (desde los monárquicos y exterratenientes hasta los “demócratas”, los mencheviques y los social-revolucionarios) es el deber elemental e indiscutible de todo obrero revolucionario, y más aun de los bolcheviques leninistas. La ambigüedad y las reservas sobre este problema, que reflejan esencialmente las oscilaciones del ultraizquierdismo pequeñoburgués entre el imperialismo y la revolución proletaria, son incompatibles con la adhesión a la Oposición de Izquierda Internacional.

La importancia histórica mundial del acelerado ritmo de desarrollo económico

Lo que permitió los logros actuales de la economía soviética, realmente gigantescos, fue el cambio revolucionario en las relaciones de propiedad, que estableció las condiciones necesarias para la eliminación planificada de la anarquía del mercado. El capitalismo nunca alcanzó, es incapaz de hacerlo, el avance económico que se da en este momento en el territorio de la Unión Soviética. La aceleración sin precedentes del ritmo de industrialización, que se logró a pesar de las expectativas y los planes de la dirección de los epígonos, demostró de una vez para siempre el poder del método económico socialista. La lucha abierta de los imperialistas contra lo que llaman el “*dumping*” soviético implica un reconocimiento involuntario, y por eso más genuino todavía, de la superioridad de la forma soviética de producción. En el terreno de la agricultura, en el que hunden sus raíces más profundas el atraso, el aislamiento y la barbarie, también reveló una poderosa fuerza creadora. Por pronunciados que sean los estancamientos y retrocesos futuros, los actuales ritmos de colectivización, que sólo la nacionalización de la tierra, el crédito y la industria dirigida por los trabajadores

⁵² Tomado de *Escritos, Tomo II, Volumen 2*, página 12 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*; también para las notas.

hicieron posibles, significan una nueva época en el desarrollo de la humanidad, el comienzo de la liquidación del “idiotismo de la vida rural”.

Aun en el peor de los casos históricamente concebibles, si el bloqueo, la intervención o la guerra civil interna derrocaran la dictadura proletaria, la gran lección de la construcción socialista conservaría toda su fuerza para el desarrollo futuro de la humanidad. La revolución de octubre coyunturalmente liquidada se vería plenamente justificada desde el punto de vista económico y cultural, y en consecuencia resurgiría. No obstante, la tarea más importante de la vanguardia proletaria es cerrarle las puertas a esta variante histórica, la peor de todas, defendiendo y fortaleciendo la revolución de octubre y transformándola en un prólogo de la revolución mundial.

Las contradicciones básicas del período de transición

Es absolutamente falsa la doctrina oficial del optimismo fatalista que hoy predomina, según la cual el avance continuo y acelerado de la industrialización y la colectivización está garantizado de antemano y conduce automáticamente a la construcción del socialismo en un solo país. La economía socialista avanzada será armónica, internamente proporcionada, y en consecuencia estará libre de crisis; por el contrario, la economía transicional del capitalismo al socialismo es una encrucijada de contradicciones, entre las que predominan las más profundas y agudas. La Unión Soviética no llegó al socialismo, como predica la fracción estalinista dominante, sino sólo a la primera etapa del camino que lleva al socialismo.

Como culminación de las dificultades económicas, de las crisis sucesivas, de la extrema tensión de todo el sistema soviético y de sus convulsiones políticas, hay una cantidad de contradicciones de origen histórico diverso que se relacionan de distintas maneras. Señalemos las más importantes: a) la herencia de las contradicciones capitalistas y precapitalistas de la antigua Rusia zarista-burguesa, fundamentalmente la contradicción entre la ciudad y el campo; b) la contradicción entre el atraso económico-cultural general de Rusia y las tareas de transformación socialista que este atraso dialécticamente plantea; c) la contradicción entre el estado obrero y su entorno capitalista, particularmente entre el monopolio del comercio exterior y el mercado mundial.

Estas contradicciones no son de carácter episódico; por el contrario, el peso de las más importantes aumentará en el futuro.

La industrialización

El cumplimiento del plan quinquenal significaría un enorme paso adelante respecto de la herencia miserable que el proletariado arrancó a los explotadores. Pero aun después de conquistar su primer triunfo en la planificación, la Unión Soviética no habrá superado la primera etapa del período de transición. El socialismo como sistema que no produce para el mercado sino para la satisfacción de las necesidades humanas sólo es concebible sobre la base de fuerzas productivas muy desarrolladas. Sin embargo, de acuerdo al promedio de bienes existentes per cápita, al final del plan quinquenal la URSS seguirá siendo todavía uno de los países más atrasados. Para alcanzar realmente a los países capitalistas más avanzados, será necesaria una buena cantidad de planes quinquenales. Mientras tanto, las conquistas industriales de los últimos años no garantizan por sí mismas un avance ininterrumpido en el futuro. Justamente, la velocidad del desarrollo industrial acumula desproporciones, en parte heredadas del pasado, en parte originadas en las complicaciones de los nuevos objetivos, en parte creadas por los errores metodológicos de la dirección combinados con el sabotaje directo. La sustitución de la dirección económica por el aguijón administrativo, la

carencia de todo control colectivo serio, conducen inevitablemente a la inclusión de los errores en los fundamentos de la economía y a preparar nuevos “puntos de tensión” en el proceso económico. Las desproporciones que se ocultan vuelven a aparecer inevitablemente en la etapa siguiente, en la desarmonía entre los medios de producción y las materias primas, entre el transporte y la industria, entre la cantidad y la calidad y, finalmente, en la desorganización del sistema monetario. Los peligros que encierran estas crisis se acrecientan en la medida en que la actual dirección del estado es incapaz de preverlos a tiempo.

La colectivización

La colectivización “total”, aun si realmente se la concretara en los próximos dos o tres años, no significaría, en lo más mínimo, la liquidación de los *kulakis* como clase. Al no existir una base técnica y cultural, las cooperativas de productores, son incapaces de detener el proceso de diferenciación entre los pequeños productores de mercancías y el surgimiento de elementos capitalistas en este medio. La liquidación real del *kulak* exige una revolución completa de la técnica agrícola y la transformación del campesino junto al proletariado industrial, en trabajador de la economía socialista y miembro de la sociedad sin clases. Pero ésta es una perspectiva para varias décadas. Con el predominio de la posesión individual de las herramientas y del interés personal o de grupo de sus propietarios, se renovará y fortalecerá la diferenciación en el campesinado, precisamente en el caso de que la colectivización alcance un éxito relativo, en el aumento general de la producción agrícola. Además debemos tener en cuenta que la colectivización y los nuevos elementos técnicos aumentarán considerablemente la productividad del trabajo agrícola, ya que de lo contrario la colectivización no se justificaría económicamente y desaparecería; esto llevará inmediatamente a la aldea, que ya ahora está superpoblada, a diez, veinte o más millones de trabajadores excedentes a los que la industria no podría absorber ni con los planes más optimistas. Paralela al aumento de la población excedente, semiproletaria, semipauperizada, que no encontraría lugar en las granjas colectivas, se daría un incremento de granjas colectivas ricas y de campesinos ricos dentro de las granjas colectivas pobres y medias. Con una dirección poco previsoras, que declara a priori que las granjas colectivas son empresas socialistas, los elementos campesinos capitalistas pueden hacer de la colectivización su mejor cobertura y volverse muy peligrosos para la dictadura proletaria.

En consecuencia, los éxitos económicos del actual período de transición no liquidan las contradicciones básicas; por el contrario, preparan su reproducción profundizada sobre fundamentos históricos nuevos y superiores.

La URSS y la economía mundial

A pesar de su atraso, la Rusia capitalista ya formaba parte inseparable de la economía mundial. La república soviética heredó del pasado, además de su estructura geográfica, demográfica y económica, esta dependencia de la parte respecto al todo. La teoría de un socialismo nacional autosuficiente, formulada entre 1924 y 1927, reflejó la primera etapa, muy elemental, del resurgimiento económico de la posguerra, cuando todavía no se habían hecho sentir las exigencias mundiales. La tensa lucha que se libra actualmente por la expansión de las exportaciones soviéticas refuta enérgicamente las ilusiones del socialismo nacional. Las cifras del comercio exterior cada vez se imponen más en los planes y los ritmos de la construcción socialista. Pero el comercio exterior debe continuar, y el problema de la relación entre la economía transicional soviética y el mercado mundial apenas comienza a revelar su importancia decisiva.

Académicamente se puede concebir la construcción de una economía cerrada e internamente equilibrada dentro de las fronteras de la URSS, pero el largo camino histórico hacia este ideal “nacional” estaría preñado de gigantescos cambios económicos, convulsiones sociales y crisis. La sola duplicación de la cosecha actual, es decir, su aproximación a la europea, enfrentaría a la Unión Soviética con la enorme tarea de realizar un excedente agrícola de decenas de millones de toneladas. La solución a este problema, como al no menos agudo de la creciente superpoblación rural, sólo podría lograrse mediante la redistribución radical de millones de personas en las distintas ramas de la economía y con la liquidación total de las contradicciones entre la ciudad y la aldea. Pero este objetivo (básico para el socialismo) exigirá a su vez utilizar los recursos del mercado mundial en una medida hasta ahora desconocida.

En última instancia, todas las contradicciones del desarrollo de la URSS conducen de este modo a la contradicción entre el estado obrero aislado y su entorno capitalista. La imposibilidad de construir una economía socialista autosuficiente en un solo país hace resurgir en cada nueva etapa las contradicciones básicas de la construcción socialista con mayor amplitud y profundidad. En este sentido, la dictadura del proletariado sería destruida en la URSS si el régimen capitalista que impera en el resto del mundo demuestra ser capaz de mantenerse durante otra larga etapa histórica. Sin embargo, sólo los que creen en la firmeza del capitalismo o en su longevidad pueden considerar que esa perspectiva es inevitable, o incluso que es la más probable. La Oposición de Izquierda no tiene nada que ver con ese optimismo capitalista. Pero tampoco puede estar de acuerdo con la teoría del socialismo nacional, que es una expresión de la capitulación ante el optimismo capitalista.

La crisis mundial y la “colaboración” económica entre los países capitalistas y la URSS

El problema del comercio exterior, que actualmente reviste una gravedad excepcional, tomó por sorpresa a los organismos dirigentes de la URSS, lo que lo convirtió en un elemento perturbador de los planes económicos. Frente a este problema, la dirección de la Comintern también demostró su bancarrota. El desempleo mundial determinó que el desarrollo de las relaciones económicas entre los países capitalistas y la URSS pasara a ser un problema vital para las amplias masas obreras. Al gobierno soviético y a la Comintern se les presentó una oportunidad extraordinaria para atraer a los trabajadores socialdemócratas y sin partido apoyándose en un problema vital y candente, y familiarizarlos así con el plan quinquenal soviético y con las ventajas de los métodos económicos socialistas. La vanguardia comunista pudo haber librado una lucha mucho más efectiva contra el bloqueo y la intervención con la consigna de colaboración económica, armada con un programa concreto, que con la repetición constante de las condenas inútiles. Se pudo haber elevado a niveles sin precedentes la perspectiva de una economía europea y mundial planificada, y de esta manera haberle dado nueva vida a la consigna de la revolución mundial. La Comintern no hizo casi nada en este sentido.

Cuando la prensa burguesa mundial, incluida la socialdemócrata, se movilizó súbitamente en una campaña contra el supuesto *dumping* soviético, los partidos comunistas perdieron el tiempo decidiendo qué hacer. En el momento en que el gobierno soviético, a los ojos de todo el mundo, busca mercados y créditos en el exterior, la burocracia de la Comintern declara que la consigna de colaboración económica con la URSS es “contrarrevolucionaria”. Esas estupideces vergonzosas, que parecen creadas especialmente para confundir a la clase obrera, son consecuencia directa de la ruin teoría del socialismo en un solo país.

2. El partido en el régimen de la dictadura

La relación dialéctica entre la economía y la política

Las contradicciones económicas de la economía transicional no se desarrollan en el vacío. Las contradicciones *políticas* del régimen de la dictadura, aunque en última instancia surgen de las económicas, tienen una significación independiente y también más directa para la suerte de la dictadura que la crisis económica.

La posición oficial actual, según la cual el avance de la industria nacionalizada y de la colectivización refuerza automáticamente e ininterrumpidamente el régimen de la dictadura proletaria, es producto del materialismo “economicista” vulgar, no del materialismo dialéctico. En realidad, la relación entre el fundamento económico y la superestructura revolucionaria es mucho más compleja y contradictoria, especialmente en una época revolucionaria. La dictadura del proletariado, que surgió de las relaciones sociales burguesas, reveló su poder en el período previo a la nacionalización de la industria y la colectivización de la agricultura. Posteriormente, la dictadura atravesó etapas de fortalecimiento y debilidad, según el curso de la lucha de clases interna y mundial. A menudo el precio de las conquistas económicas fue el debilitamiento político del régimen. Precisamente esta relación dialéctica entre la economía y la política fue el origen directo de los pronunciados cambios de la política económica del gobierno, empezando con la Nueva Política Económica y terminando con los zigzags recientes en la colectivización.

El partido como arma y como medida del éxito

Como todas las instituciones políticas, el partido es en última instancia un producto de las relaciones productivas de la sociedad; pero no registra mecánicamente los cambios que se producen en estas relaciones. Como síntesis de la experiencia histórica del proletariado, y en cierto sentido de toda la humanidad, el partido se eleva sobre los cambios coyunturales y episódicos de las condiciones sociales y políticas, que no hacen más que brindarle la necesaria capacidad de previsión, iniciativa y resistencia.

En Rusia se logró la dictadura y ésta pudo resistir en los momentos más críticos porque tuvo en el Partido Bolchevique un centro consciente y resuelto; esto es absolutamente indiscutible. La incoherencia y, en última instancia, el carácter reaccionario de todo tipo de anarquistas y anarco-sindicalistas consiste, precisamente, en que no entienden la importancia decisiva del partido revolucionario, especialmente en la etapa superior de la lucha de clases, en la época de la dictadura proletaria. Sin duda, las contradicciones sociales pueden volverse tan agudas que ningún partido encuentre una salida. Pero no es menos cierto que el debilitamiento del partido o su degeneración pueden convertir una crisis económica eludible en la causa de la caída de la dictadura.

Dentro del partido dirigente se reflejan las crisis económicas y políticas del régimen soviético. En cada crisis sucesiva la gravedad del peligro depende directamente de la situación del partido. Por importante que sea en sí mismo el nivel de industrialización y colectivización, pasa a segundo plano ante este problema: ¿conservó el partido su claridad marxista, su solidez ideológica, su capacidad para llegar colectivamente a adoptar una posición y luchar abnegadamente por ella? Desde este punto de vista, la situación del partido es el mejor termómetro de la situación de la dictadura proletaria, la medida sintética de su estabilidad. Si, en función de alcanzar tal o cual objetivo práctico, se introduce en el partido una actitud teórica falsa; si se aleja por la fuerza a la base partidaria de la dirección política; si la vanguardia se disuelve en la masa amorfa; si se mantiene la obediencia de los cuadros partidarios por medio del

aparato de represión estatal, quiere decir que, a pesar de los éxitos económicos, el balance general de la dictadura es deficitario.

Sustitución del partido por el aparato

Sólo los ciegos, los mercenarios o los engañados pueden negar que al partido gobernante en la URSS, al partido dirigente de la Comintern, se lo aplastó totalmente y se lo reemplazó por el aparato. La gigantesca diferencia entre el burocratismo de 1923 y el de 1931 está dada por la liquidación total de la dependencia del aparato respecto al partido, que tuvo lugar en ese lapso, así como por la degeneración plebiscitaria del propio aparato.

Ni huellas quedan de la democracia partidaria. Los secretarios seleccionan y reorganizan autocráticamente las organizaciones locales. Se reclutan nuevos afiliados al partido siguiendo las órdenes que emanan del centro directivo, con métodos compulsivos. El comité central, que se convirtió, oficial y abiertamente, en un organismo consultivo del secretario general, designa los secretarios locales. Se posponen arbitrariamente los congresos y los delegados se eligen desde arriba, de acuerdo a sus demostraciones de solidaridad con el líder insustituible. Se elimina hasta la menor pretensión de control de la cúpula por la base. A los militantes del partido se los educa sistemáticamente en un espíritu de subordinación pasiva. Se aplasta, persigue y pisotea cualquier chispa de independencia, de confianza en sí mismo, de firmeza, de los rasgos que conforman la naturaleza de un revolucionario.

Indudablemente, quedan en el aparato muchos revolucionarios honestos y abnegados. Pero la historia de la etapa posleninista (una sucesión de falsificaciones del marxismo cada vez mayores, de intrigas sin principios, de burlas cínicas al partido) hubiera sido imposible sin el creciente predominio en el aparato de funcionarios serviles que no se detienen ante nada.

Bajo la máscara del monolitismo espurio, un doble juego impregna toda la vida del partido. Se aceptan por unanimidad las resoluciones oficiales. Al mismo tiempo, todos los sectores del partido están corroídos por contradicciones irreconciliables que buscan una salida. Los Bessedovskis orientan la purga del partido contra la Oposición de Izquierda en vísperas de su desertión al bando enemigo. Se fusila a los Blumkins y se los reemplaza por los Agabekovs. Sirtsov es designado presidente de los comisarios del pueblo de la Unión Soviética en lugar del “semitraidor” Rikov, y poco después se lo acusa de hacer trabajo clandestino contra el partido. A [Riazanov](#)⁵³, jefe de la institución científica más importante del partido se lo acusa, después de celebrar solemnemente su cumpleaños, de haber participado en un complot contrarrevolucionario. Librándose del control partidario, la burocracia se priva de la posibilidad de controlar al partido, salvo a través de la GPU, donde los Menshinskis y los Iagodas designan a los Agabekovs.

Una caldera a vapor, aunque se la maneje mal, puede rendir muchos servicios durante largo tiempo. En cambio, el manómetro es un instrumento muy delicado al que cualquier impacto arruina rápidamente. Con un manómetro inservible la mejor caldera puede explotar. Aun si el partido fuera un instrumento de orientación, como el manómetro o la brújula de un barco, su mal funcionamiento acarrearía grandes dificultades.

Pero, más que eso, el partido es la parte más importante del mecanismo gubernamental. La caldera soviética puesta en marcha por la revolución de octubre es capaz de realizar un trabajo gigantesco aun con malos mecánicos. Pero el mal

⁵³ [Ver en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) algunos [materiales de Riazánov](#); en construcción].

funcionamiento del manómetro plantea constantemente el peligro de que explote toda la máquina.

¿Disolución del partido en la clase?

Los apologistas y abogados de la burocracia estalinista pretenden a veces presentar la liquidación burocrática del partido como un proceso progresivo de disolución del partido en la clase, que se explica por los éxitos logrados en la transformación socialista de la sociedad. En estos estertores teóricos, la ignorancia compite con la charlatanería. Sólo se podría hablar de disolución del partido en la clase como contrapartida de la desaparición de los antagonismos de clase, de la política, de todas las formas de burocratismo y, fundamentalmente, de la *reducción de las medidas coercitivas* en las relaciones sociales. Sin embargo, los procesos que se están dando en la URSS y en el partido gobernante se oponen a esto directamente en muchos aspectos. No solamente no desaparece la disciplina coercitiva (sería ridículo pretenderlo en esta etapa), sino que, por el contrario, asume características especialmente severas en todas las esferas de la vida social y personal. Actualmente, la participación organizada en la política del partido y de la clase se redujo a cero. La corrupción del burocratismo no conoce límites. En estas condiciones, presentar la dictadura del aparato estalinista como la disolución socialista del partido es una burla a la dictadura y al partido.

La justificación brandlerista del burocratismo plebiscitario

Los partidarios derechistas del centrismo, los brandleristas, tratan de justificar la estrangulación del partido por la burocracia estalinista haciendo referencia a la “falta de cultura” de las masas trabajadoras. A la vez, esto no es obstáculo para que le adjudiquen al proletariado ruso el dudoso monopolio de la construcción del socialismo en un solo país.

Es indiscutible el atraso económico y cultural de Rusia. Pero el desarrollo de las naciones históricamente atrasadas es *combinado*: en muchos aspectos, para superar su atraso se ven obligadas a adoptar y cultivar las formas más avanzadas. Los revolucionarios de la Alemania atrasada de mediados del siglo XIX crearon la doctrina científica de la revolución proletaria. Gracias a su atraso, el capitalismo alemán posteriormente superó al inglés y al francés. La industria de la atrasada Rusia burguesa era la más concentrada de todo el mundo y el joven proletariado ruso fue el primero en llevar a la práctica la combinación de la huelga general con la insurrección, el primero en crear soviets, el primero en conquistar el poder. El atraso del capitalismo ruso no impidió la educación del partido proletario con más visión política que haya existido. Por el contrario, la hizo posible.

El Partido Bolchevique tuvo una vida interna rica y tormentosa en el período más crítico de su historia porque era lo más selecto de la clase revolucionaria en una época revolucionaria. ¡Quién se hubiera atrevido, antes de octubre y en los años inmediatamente posteriores a la revolución a referirse al “atraso” del proletariado ruso como justificación del burocratismo del partido! Sin embargo, el incremento real del nivel cultural de los trabajadores que se produjo desde la toma del poder no condujo al florecimiento de la democracia partidaria sino, por el contrario, a su extinción total. La emigración de trabajadores desde la aldea no explica nada, ya que este factor siempre ha funcionado y desde la revolución el nivel cultural de la aldea aumentó considerablemente. Finalmente, el partido no es la clase sino su vanguardia; no puede pagar su crecimiento numérico al precio de la disminución de su nivel político. La defensa brandlerista del burocratismo plebiscitario, que se basa en una concepción sindicalista, no bolchevique, del partido, es en realidad una autodefensa, ya que en la

época de las peores derrotas y de mayor degradación del centrismo los derechistas constituían su puntal más firme.

¿Por qué triunfó la burocracia centrista?

Para explicar de manera marxista por qué triunfó la burocracia centrista y por, qué se vio obligada a estrangular al partido para preservar su triunfo no hay que partir de una abstracta “falta de cultura” del proletariado, sino de los cambios en las relaciones entre las clases y en el estado de ánimo de cada clase.

Después del heroico esfuerzo de los años de la revolución y la guerra civil, que fue un período de grandes esperanzas e inevitables ilusiones, el proletariado tenía que atravesar una etapa prolongada de cansancio, debilidad, y en parte decepción directa ante los resultados de la revolución. En virtud de las leyes de la lucha de clases, la reacción del proletariado confluyó en una tremenda corriente de confianza en los sectores pequeñoburgueses y en los elementos burgueses de la burocracia estatal, que se fortalecieron considerablemente en base a la Nep. El aplastamiento de la insurrección búlgara en 1923, la triste derrota del proletariado alemán en 1923, el aplastamiento de la insurrección estoniana en 1924, la falaz liquidación de la huelga general en Inglaterra en 1926, el aplastamiento de la revolución china en 1927, la estabilización del capitalismo relacionada con todas estas catástrofes conforman el cuadro internacional de la lucha de los centristas contra los bolchevique-leninistas. Los ataques contra la revolución “permanente”, en esencia contra la revolución internacional, el rechazo a adoptar una política audaz de industrialización y colectivización, la confianza en el *kulak*, la alianza con la burguesía “nacional” en las colonias y con los social-imperialistas en las metrópolis: tal es el contenido político del bloque de la burocracia centrista con las fuerzas termidorianas. Apoyándose en la pequeña burguesía fortalecida y en la burocracia burguesa, explotando la pasividad del proletariado cansado y desorientado y las derrotas de la revolución en todo el mundo, el aparato centrista aplastó a la izquierda revolucionaria del partido en el transcurso de unos pocos años.

La orientación zigzagueante

Los zigzags políticos del aparato no son accidentales. En ellos se expresa la adaptación de la burocracia a las fuerzas de clase en conflicto. La orientación de 1923 a 1928, si dejamos de lado algunas fluctuaciones ocasionales, fue una semicapitulación de la burocracia a los *kulakis* dentro del país, y a la burguesía mundial y su agencia reformista en el extranjero. Cuando sintieron la creciente hostilidad del proletariado, al percibir el fondo del abismo termidoriano hasta cuyo borde mismo se habían deslizado, los estalinistas saltaron a la izquierda. La profundidad del salto estuvo de acuerdo con la extensión del pánico creado en sus filas por las consecuencias de su propia política, que la crítica de la Oposición puso al desnudo. La orientación de 1928-1931 (dejando nuevamente de lado las inevitables oscilaciones y repliegues) constituye un intento de la burocracia de adaptarse al proletariado, pero sin abandonar la base principista de su política o, lo que es más importante, su omnipotencia. Los zigzags del estalinismo demuestran que la burocracia no es una clase, ni un factor histórico independiente, sino un instrumento, un órgano ejecutivo de las clases. El viraje a la izquierda constituye una prueba de que, por lejos que se haya llegado en el curso previo hacia la derecha, éste se desarrolló sobre la base de la dictadura del proletariado. Sin embargo, la burocracia no es un órgano pasivo que solamente refleja las aspiraciones de la clase. Pese a las ilusiones de muchos burócratas, su independencia no es absoluta, pero goza de una gran independencia relativa. La burocracia detecta directamente el poder estatal; se eleva por encima de las clases y estampa su sello poderoso sobre el desarrollo de éstas y aunque

no puede convertirse por sí misma en el fundamento del poder del estado, sí puede, a través de su política, facilitar en gran medida la transferencia del poder de una clase a otra.

La política zigzagueante es incompatible con la independencia del partido proletario

El mayor problema de la burocracia es su autopreservación. Todos sus cambios son una consecuencia directa de su afán de mantener su independencia, su posición, su poder. Pero para aplicar una política de zigzags hace falta tener las manos totalmente libres, lo que es incompatible con la existencia de un partido independiente, acostumbrado a controlar y a exigir que se le rindan cuentas. Este es el origen del sistema de destrucción violenta de la ideología partidaria y de que se siembre conscientemente la confusión. La orientación hacia el *kulak*, el programa de sabotaje menchevique a la industrialización y la colectivización, el bloque con Purcell, Chiang Kai-shek, La Follette y Radich, la creación de la “Internacional” Campesina, la consigna del partido biclasista⁵⁴... todo esto pasó a ser leninismo. Por el contrario, la orientación hacia la industrialización y la colectivización, la exigencia de democracia partidaria, la consigna de soviets en China, la lucha contra los partidos biclasistas en interés del partido del proletariado, la denuncia de la inutilidad y falsedad de la Krestintern, de la Liga Antiimperialista y de otras aldeas de Potemkin⁵⁵... todo esto pasó a ser “trotskismo”.

Con el giro de 1928 se cambió el color de las máscaras, pero estas se mantuvieron. La proclamación de la insurrección armada y de los soviets en China en un momento de ascenso contrarrevolucionario, la aplicación en la URSS de ritmos económicos aventureros bajo el látigo administrativo, la “liquidación del *kulak* como clase” en el lapso de dos años, la negativa al frente único con los reformistas en cualquier situación⁵⁶, el rechazo de las consignas democrático-revolucionarias para los

⁵⁴ *Robert La Follette* (1855-1925): senador norteamericano por el estado de Wisconsin, fue candidato a la presidencia por el Partido Progresista. *Partidos biclasistas*, o partidos obrero-campesinos: término utilizado por los estalinistas en la década del veinte para justificar el apoyo al Kuomintang y a otros partidos burgueses en el oriente. Trotsky ataca esta concepción considerando que no es marxista (ver *La Tercera Internacional después de Lenin* y *Problemas de la revolución china*).

⁵⁵ *Gregori Potemkin* (1739-1791) : mariscal de campo y consejero de Catalina la Grande, al que se le asignó la tarea de organizar la “Nueva Rusia”. Reconstruyó viejos puertos y estableció nuevas aldeas, pero sus críticos señalaron que sus aldeas eran de utilería, construidas para engañar a la emperatriz cuando visitaba el distrito; de allí la expresión *aldeas de Potemkin*.

⁵⁶ El *frente único*: táctica utilizada por los bolcheviques en Rusia antes de la revolución de octubre y elaborada por el Segundo Congreso de la Comintern en 1920 [Ver en estas mismas EIS, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones*, las correspondientes al III Congreso Mundial, “Tesis sobre la táctica”, página 126 y siguiente (en particular el punto 5 “Combates y reivindicaciones parciales”, página 133, en cuanto a las consignas de transición) y el IV Congreso Mundial, 1922, en página 209 y siguientes “Tesis sobre la unidad del frente proletario”, la numeración de páginas correspondiendo al formato pdf] . Su objetivo es darle a los trabajadores la oportunidad de luchar unificados contra el común enemigo de clase, incluso cuando están divididos en organizaciones revolucionarias y reformistas; también le permite al partido revolucionario tomar contacto, en la lucha común, con las bases de otras organizaciones de la clase obrera, y en caso de tener éxito ganarse su apoyo. La condición principal para el uso de esta táctica, según los bolcheviques, es que el partido revolucionario mantenga en todo momento su independencia y el derecho de criticar a los demás participantes del frente único. Entre 1928 y 1934 los estalinistas pervirtieron esta táctica convirtiéndola en lo que ellos llamaron “frente único desde abajo”, que se basaba en la idea de que se debía negociar y efectuar las acciones conjuntas con las bases y no con las direcciones de organizaciones no estalinistas; el resultado fue que se abortó cualquier posibilidad de frentes únicos reales. La discusión más amplia de Trotsky sobre el frente único aparece en *La lucha contra el fascismo en Alemania* [ver en este mismo sello *La lucha contra el fascismo (anexos: la construcción del partido de la revolución socialista mundial)*].

países históricamente atrasados, la proclamación del “tercer período” en un momento de resurgimiento económico... todo esto se convirtió en leninismo. En cambio, la exigencia de planes económicos realistas adaptados a las necesidades y recursos de los trabajadores, el rechazo del programa de liquidación del *kulak* dada la situación del campesinado, el rechazo de la metafísica del “tercer período” en función de un análisis marxista de los procesos económicos y políticos de todo el mundo y de cada uno de los países... todo esto pasó a ser “trotskismo contrarrevolucionario”.

La conexión ideológica entre ambas etapas de la mascarada soviética sigue siendo la teoría del socialismo en un solo país, el naipe que la burocracia soviética saca de la manga y mantiene suspendido sobre la vanguardia proletaria mundial, al que utiliza para santificar de antemano todos sus actos, vuelcos, errores y crímenes. La trama de la conciencia partidaria se urde lentamente y exige ser constantemente renovada a través de la caracterización marxista del camino recorrido, del análisis de los cambios de la situación, del pronóstico revolucionario. Sin un incansable trabajo de crítica interna, el partido inevitablemente decae. Sin embargo, la lucha de la burocracia por su autopreservación excluye la posibilidad de que se compare abiertamente la política de hoy con la de ayer, que se contrapongan entre sí los virajes. Cuanto más sucia está la conciencia de la fracción dominante, más se transforma en un conjunto de oráculos que hablan una lengua esotérica y exigen el reconocimiento de la infalibilidad del oráculo principal. Se adaptó toda la historia del partido y de la revolución a las necesidades de la autopreservación burocrática. Se acumula una leyenda tras otra. Se tacha de desviaciones las verdades básicas del marxismo. En consecuencia, en el proceso de oscilación entre las clases que se viene dando desde hace ocho años, la trama fundamental de la conciencia partidaria se ha desgarrado cada vez más. Los pogromos administrativos hicieron el resto.

El régimen plebiscitario en el partido

Ahora que se apoderó del partido y lo estranguló, la burocracia no puede permitirse el lujo de que haya diferencias de opinión en sus propias filas, pues en ese caso tendría que apelar a las masas para resolver los problemas en disputa. Necesita un árbitro destacado, un jefe político. Se seleccionó a los componentes del aparato de entre los que rodeaban al “jefe”. Así surgió el régimen plebiscitario del aparato.

El bonapartismo es una de las formas que reviste el triunfo de la burguesía sobre la insurrección de las masas populares. Identificar, como lo hace [Kautsky](#), al actual régimen soviético con el régimen social del bonapartismo implica ocultarles conscientemente a los obreros, en beneficio de la burguesía, que los fundamentos de clase son diferentes. No obstante, se puede señalar muy justificadamente que la total degeneración plebiscitaria del aparato estalinista o el sistema bonapartista de administración del partido son requisitos previos para la instauración de un régimen bonapartista en el país. Un orden político nuevo no surge de la nada. La clase que toma el poder construye el aparato de su dominación con los elementos que tiene a mano en el momento del golpe revolucionario o contrarrevolucionario. En la época de Kerensky, los soviets dirigidos por los mencheviques y los social-revolucionarios fueron el último recurso político del régimen burgués. A la vez, los soviets, especialmente en su aspecto bolchevique, fueron el crisol en el que se creó la dictadura del proletariado. El actual aparato soviético es una forma burocrática, plebiscitaria, distorsionada, de la dictadura del proletariado. Pero también es un instrumento potencial del bonapartismo. Entre el papel que juega actualmente el aparato y el que puede llegar a jugar correría la sangre de la guerra civil. Precisamente en el aparato plebiscitario encontraría la contrarrevolución triunfante elementos muy valiosos para la instauración de su dominio,

y su mismo triunfo sería inconcebible sin que sectores importantes del aparato se pasaran al bando de la burguesía. Por eso el régimen plebiscitario estalinista se convirtió en un peligro fundamental para la dictadura del proletariado.

3. Peligros y posibilidades de una insurrección contrarrevolucionaria

La relación de fuerzas entre las tendencias socialistas y las capitalistas

Por el efecto combinado de los éxitos económicos y las medidas administrativas, estos últimos años se redujo mucho el peso específico de los elementos capitalistas en la economía, especialmente en la industria y el comercio. La colectivización y la deskulakización disminuyeron en gran medida el rol explotador de los estratos rurales más altos. Es indudable que la relación de fuerzas entre los elementos económicos socialistas y los capitalistas se volcó en favor de los primeros. Ignorar o negar este hecho, como lo hacen los ultraizquierdistas o los opositores vulgares, que repiten frases generales sobre el *nepman* o el *kulak*, es totalmente indigno de un marxista.

Sin embargo, no es menos falso considerar como algo ya establecido la distribución actual de la relación de fuerzas o, lo que es peor, medir el grado de realización del socialismo por el peso específico que tienen en la URSS la economía estatal y la privada. La liquidación acelerada de los elementos capitalistas internos, que también se llevó a cabo con vertiginosos métodos administrativos, coincidió con la aparición acelerada de la URSS en el mercado mundial. Por lo tanto, el problema del peso específico de los elementos capitalistas no se puede plantear independientemente del problema del peso específico de la URSS en la economía mundial.

El *nepman*, el campesino medio y el *kulak* son indudablemente agentes del imperialismo mundial; el debilitamiento de aquéllos implica el debilitamiento de éste. Pero con ello no se agota el problema; junto al *nepman* subsiste todavía el funcionario estatal. En el último congreso al que asistió, Lenin recordó que en la historia sucedió con frecuencia que un pueblo triunfante, o al menos su estrato superior, adoptara las costumbres y hábitos del pueblo culturalmente más avanzado conquistado por aquél, y que se puede dar un proceso análogo en la lucha de clases. La burocracia soviética, que constituye una amalgama del estrato superior del proletariado triunfante con amplios sectores de las clases derrocadas, alberga en su seno a un poderoso agente del capitalismo mundial.

Elementos de poder dual

Dos juicios (uno contra los técnicos saboteadores y otro contra los mencheviques) mostraron un panorama impactante de la relación de fuerzas existente en la URSS entre las clases y los partidos. La corte estableció de manera irrefutable que entre 1923 y 1928 los técnicos burgueses, estrechamente aliados con los centros de la burguesía en el exterior, lograron disminuir el ritmo de la industrialización, contando con el restablecimiento de las relaciones capitalistas. ¡Los elementos de poder dual alcanzaron tal peso en la tierra de la dictadura proletaria que los agentes directos de la restauración capitalista, junto con sus agentes democráticos (los mencheviques), llegaron a desempeñar un papel dirigente en los centros económicos de la república soviética! ¡Hasta dónde había llegado el centrismo, por otra parte, en su acercamiento a la burguesía, que la política oficial del partido pudo servir durante muchos años de cobertura legal a los planes y métodos de la restauración capitalista!

De todos modos, el zigzag a la izquierda de Stalin, evidencia objetiva de la fuerte vitalidad de la dictadura proletaria, que obliga a la burocracia a girar alrededor de sus ejes, no produjo una política proletaria coherente ni un régimen de plena dictadura

del proletariado. Los elementos de poder dual que contiene el aparato burocrático no desaparecieron con la puesta en práctica de la nueva orientación; cambiaron de color y de método. No hay duda de que incluso se fortalecen a medida que avanza la degeneración plebiscitaria del aparato. Los canallas ahora invierten los ritmos con una perspectiva aventurera, preparando así peligrosas crisis. A toda prisa, los burócratas izaron la bandera del socialismo sobre las granjas colectivas, en las que se ocultan los *kulakis*. Los tentáculos ideológicos y organizativos de la contrarrevolución han penetrado profundamente en todas las organizaciones de la dictadura proletaria, y resulta muy fácil disimular su presencia camuflándose porque la vida entera del partido oficial descansa sobre la mentira y la falsificación. Los elementos de poder dual se vuelven más peligrosos a medida que la vanguardia proletaria suprimida pierde las posibilidades de descubrirlos y eliminarlos a tiempo.

El partido y la construcción socialista

La política es economía concentrada, y la política de la dictadura es la más concentrada de todas las políticas concebibles. La planificación de las perspectivas económicas no es un dogma que se toma como punto de partida sino una hipótesis de trabajo. El análisis colectivo del plan debe darse en el proceso de su aplicación, y los elementos de verificación no deben ser sólo las cifras de los libros de contabilidad sino los músculos y los nervios de los obreros y el estado de ánimo político de los campesinos. Sólo un partido independiente, que actúa por voluntad propia, seguro de sí mismo, puede probar, controlar y sintetizar todo eso. El plan quinquenal sería inconcebible sin la certeza de que todos los protagonistas del proceso económico, los administradores de las fábricas y los trusts por un lado y los comités de fábrica por el otro, se someten a la disciplina partidaria, y de que los obreros sin partido están bajo la dirección de las células centrales y de los comités de fábrica.

Sin embargo, se ha confundido totalmente la disciplina partidaria con la disciplina administrativa. El aparato se mostraba (y sigue haciéndolo) como omnipotente, ya que tiene la posibilidad de aprovechar el capital acumulado por el Partido Bolchevique. Este capital es voluminoso, pero no ilimitado. La tensión del mando burocrático llegó a sus límites en el momento del aplastamiento del ala derecha. Ya no se puede ir más lejos. Pero se allanó el camino para la liquidación de la disciplina administrativa.

Desde el momento en que la tradición partidaria, para algunos, o el temor a ella, para otros, dejen de mantener aglutinado al partido oficial, y las fuerzas hostiles irruman en la superficie, la economía estatal sentirá el impacto de la fuerza de las contradicciones políticas. Todos los trusts y las fábricas cancelarían los planes y las directivas que vienen desde arriba para garantizar por cuenta propia la satisfacción de sus intereses. Los contratos celebrados a espaldas del estado entre determinadas fábricas y el mercado privado dejarían de ser la excepción para convertirse en regla. La competencia entre las distintas fábricas para conseguir obreros, materias primas y mercados impulsaría automáticamente a los trabajadores a luchar por mejores condiciones laborales. De esta manera desaparecería inevitablemente el principio de planificación, lo que implicaría el restablecimiento del mercado interno y la liquidación del monopolio del comercio exterior. La situación de los administradores de los trusts se aproximaría rápidamente a la de propietarios privados o agentes del capital extranjero, al que muchos de ellos tendrían que recurrir para sobrevivir. En la aldea, donde las granjas colectivas que no estuviesen en condiciones de ofrecer resistencia apenas si tendrían tiempo de absorber a los pequeños productores de mercancías, el desastre del principio de planificación precipitaría la acumulación primitiva. La presión

administrativa sería incapaz de salvar la situación, ya que el aparato burocrático sería la primera víctima de las contradicciones y las tendencias centrífugas. Sin la fuerza idealista y aglutinadora del partido comunista, el estado soviético y la economía planificada estarían condenados a la desintegración.

La degeneración del partido y el peligro de guerra civil

El colapso de la disciplina partidaria no sólo afectaría a las organizaciones partidarias, administrativas, económicas, sindicales y cooperativas, sino también al Ejército Rojo y a la GPU; en determinadas condiciones la explosión podría comenzar en esta última. Esto ya demuestra que el paso del poder a la burguesía en ninguna circunstancia se limitaría sólo a un proceso de degeneración; asumiría inevitablemente la forma de un derrocamiento abierto y violento.

¿Bajo qué formas políticas podría darse? En este sentido, sólo se puede suponer cuáles serán las tendencias fundamentales. Al hablar de un vuelco termidoriano, la Oposición de Izquierda siempre se refirió a un traspaso decisivo del poder del proletariado a la burguesía, aunque realizado formalmente, dentro de los marcos del sistema soviético, levantando las banderas de una fracción del partido oficial contra la otra. En contraposición, el derrocamiento *bonapartista* aparece como una contrarrevolución burguesa más abierta, más “madura”, como una espada desenvainada en defensa de la propiedad burguesa. El hecho de que haya aplastado a la derecha del partido y de que ésta haya renunciado a su plataforma disminuye las posibilidades de que se dé la primera variante, gradual, velada, termidoriana. La degeneración plebiscitaria del aparato partidario aumenta indudablemente las posibilidades de que se produzca la variante bonapartista. Pero el termidor y el bonapartismo no son irreconciliables, son sólo etapas de un mismo desarrollo; el proceso histórico vivo es inagotable en la creación de formas combinadas y transicionales. Una cosa es segura: si la burguesía osara plantear abiertamente el problema del poder, la respuesta final estaría dada por el resultado de la confrontación de las fuerzas de clase en combate mortal.

Los dos bandos de la guerra civil

En el caso de que el proceso molecular de acumulación de contradicciones llevara a una explosión, el bando enemigo se unificaría al calor de la lucha alrededor de los núcleos políticos que hasta el día anterior eran ilegales. El centrismo como fracción dirigente, junto con el aparato administrativo, caería inmediatamente víctima de la diferenciación política. Los elementos que lo componen se ubicarían en lados opuestos de la barricada. ¿Quiénes serían los primeros en ocupar el lugar más destacado en el bando de la contrarrevolución, los elementos aventureros pretorianos como Tujachevski, Bluecher, Budenni⁵⁷, los francamente renegados como Bessedovski o los elementos todavía más influyentes, como Ramzin y Osadchi? Lo dirán el momento y las condiciones en que la contrarrevolución pase a la ofensiva. Pero ese problema puede revestir una significación episódica. Los Tujachevskis y los Bessedovskis pueden ser un paso hacia los Ramzins y los Osadchis; éstos, a su vez, pueden ser el escalón previo para la dictadura imperialista que pronto los haría a un lado, si no lograra saltar inmediatamente por encima de ellos. Los mencheviques y los social-revolucionarios formarían un bloque con el ala pretoriana del centrismo, y en la precipitada caída de la revolución no serían más que una máscara de los imperialistas, como pretendieron serlo durante el brusco ascenso revolucionario de 1917.

⁵⁷ *Semyon Budenni* (1883-1973): ingresó al PC ruso en 1919; fue uno de los pocos militares destacados que se salvaron de la ejecución o encarcelamiento durante las purgas.

En el bando opuesto, bajo las banderas de la lucha por octubre, tendría lugar un reagrupamiento de fuerzas no menos decisivo. Los elementos revolucionarios de los soviets, de los sindicatos, de las cooperativas, del ejército, y finalmente y por sobre todo los obreros avanzados de las fábricas, sentirían, ante el peligro inminente, la necesidad de unirse estrechamente alrededor de los cuadros templados y probados, incapaces de traicionar y capitular. Tanto de la fracción centrista como del ala derecha del partido saldrían no pocos revolucionarios dispuestos a defender con las armas en la mano la revolución de octubre. Pero para eso haría falta una ardua diferenciación interna, que implicaría necesariamente un período de confusión, vacilación y pérdida de tiempo. En estas difíciles circunstancias, la fracción bolchevique-leninista, profundamente marcada por su pasado, y templada por las arduas pruebas que tuvo que atravesar, sería un elemento de unificación dentro del partido. Alrededor de la Oposición de Izquierda tendría lugar el proceso de agrupamiento del bando revolucionario y de resurgimiento del verdadero partido comunista. La existencia de una fracción leninista duplicaría las posibilidades del proletariado, en la lucha contra las fuerzas contrarrevolucionarias.

4. La Oposición de Izquierda y la URSS

Contra el socialismo nacional, por la revolución permanente

La única forma de resolver las tareas democráticas en la atrasada Rusia es a través de la dictadura de proletariado. No obstante, después de tomar el poder la cabeza de las masas campesinas, el proletariado no podía detenerse en esas tareas democráticas. La revolución democrática estaba directamente ligada con la revolución socialista. Pero ésta sólo se podía completar en el terreno internacional. El programa del Partido Bolchevique formulado por Lenin considera la Insurrección de Octubre como la primera etapa de la revolución proletaria mundial, de la que es inseparable. Esta es también la esencia de la *revolución permanente*.

El extraordinario retraso en el desarrollo de la revolución mundial, que le crea gigantescas dificultades a la URSS y provoca inesperados procesos transicionales, no cambia sin embargo las perspectivas y objetivos fundamentales que surgen del carácter mundial de la economía capitalista y del carácter permanente de la revolución proletaria internacional.

La Oposición de Izquierda Internacional rechaza categóricamente la teoría del socialismo en un solo país, creada en 1924 por los epígonos, porque es la peor perversión del marxismo, la principal conquista de la ideología termidoriana. Tanto en el terreno de la lucha de clases internacional como en el de las tareas económicas de la URSS, la condición necesaria para una estrategia revolucionaria correcta es la lucha irreconciliable contra el estalinismo (o socialismo nacional), que está expresado en el programa de la Internacional Comunista.

Elementos de poder dual en el régimen de la dictadura proletaria

Del hecho indiscutible de que el partido comunista ha dejado de ser un partido, ¿no se desprende necesariamente la conclusión de que en la URSS no hay dictadura del proletariado, ya que ésta es inconcebible sin un partido proletario en el gobierno? Esa conclusión, enteramente coherente a primera vista, es sin embargo una caricatura de la realidad, caricatura reaccionaria que ignora las posibilidades creativas del régimen y las reservas ocultas de la dictadura. Aun cuando no existe el partido como tal, como organización independiente de la vanguardia, eso no significa que estén liquidados todos los elementos del partido heredados del pasado. En la clase obrera la tradición de octubre es muy viva y fuerte, los hábitos clasistas de pensamiento tienen firmes raíces,

la generación más vieja no olvidó las conclusiones de la estrategia bolchevique y las lecciones de la lucha revolucionaria; en las masas populares (y especialmente en el proletariado) pervive el odio contra las anteriores clases dominantes y sus partidos. El conjunto de estas tendencias constituye no sólo la reserva del futuro sino también la fuerza viva del presente, lo que mantiene a la Unión Soviética como estado obrero.

Hay un profundo antagonismo entre las fuerzas vivas de la revolución y la burocracia. Si el aparato estalinista constantemente llega a un límite y se detiene, si se ve obligado incluso a volcarse bruscamente a la izquierda, se debe sobre todo a la presión de los elementos amorfos, dispersos, pero todavía poderosos del partido revolucionario. No se puede expresar numéricamente la fuerza de este factor. De todos modos, es hoy lo suficientemente poderosa como para soportar la estructura de la dictadura del proletariado. Ignorarlo significa adoptar la manera de pensar burocrática y buscar al partido solamente donde manda el aparato estalinista.

La Oposición de Izquierda rechaza categóricamente no sólo la caracterización del estado soviético como estado burgués o pequeñoburgués sino también como estado "neutral", el cual, de algún modo, se quedó sin gobernantes que representen una clase determinada. El hecho de que existan *elementos* de poder dual de ningún modo implica el *equilibrio político* de las clases. Al evaluar los procesos sociales es especialmente importante establecer el grado de madurez alcanzado y el punto en que el proceso acaba. El momento del cambio de cantidad en cualidad es de significación decisiva, tanto en la política como en otros terrenos. Determinar correctamente este momento es una de las tareas más importantes y al mismo tiempo más difíciles de la dirección revolucionaria. La caracterización de la URSS como estado que oscila entre las clases (Urbahns) es teóricamente incorrecta, y políticamente equivale a subordinar total o parcialmente la fortaleza del proletariado mundial al enemigo de clase. La Oposición de Izquierda rechaza y condena categóricamente esta posición, considerándola incompatible con los principios del marxismo revolucionario.

La reforma: línea de la Oposición de Izquierda en la URSS

No hay que interpretar el análisis que hicimos de las posibilidades de un golpe contrarrevolucionario en el sentido de que las contradicciones actuales llevarán *indefectiblemente* a la explosión abierta de una guerra civil. El proceso social es elástico y (dentro de ciertos límites) plantea distintas posibilidades, de acuerdo a la energía y la penetración de las fuerzas en combate y a los procesos internos, que dependen del curso de la lucha de clases internacional. En todas las circunstancias, el proletariado revolucionario tiene el deber de analizar cada situación hasta las últimas consecuencias y prepararse para la peor de las variantes. El análisis marxista de las posibilidades de un golpe termidoriano-bonapartista no tiene nada en común con el pesimismo, así como la ceguera y las bravatas de la burocracia no tienen nada en común con el optimismo revolucionario.

Reconocer al actual estado soviético como estado obrero implica reconocer que la burguesía sólo podrá tomar el poder a través de la insurrección armada y además que el proletariado no desechó la posibilidad de imponerse a la burocracia, de revivir el partido y regenerar el régimen de la dictadura sin una nueva revolución, con los métodos y la línea de la *reforma*.

Sería una pedantería estéril pretender el cálculo anticipado de las posibilidades de una reforma proletaria y de los intentos de una insurrección burguesa. Sería una ligereza criminal pretender que una es segura y la otra imposible. Hay que estar preparado para todas las variantes posibles. Para que la Oposición de Izquierda pueda nuclear e impulsar rápidamente al sector proletario en el momento de la caída inevitable

del régimen plebiscitario, sin dejarle ganar tiempo al enemigo de clase, es absolutamente necesario que exista y se desarrolle firmemente como fracción, que analice todos los cambios de la situación, formule claramente las perspectivas del proceso, levante consignas de lucha en el momento oportuno y fortalezca sus conexiones con los elementos avanzados de la clase obrera.

La Oposición de Izquierda y los brandleristas

La actitud de la Oposición de Izquierda hacia el centrismo determina su actitud hacia la Oposición de Derecha, que no es más que un puente inconcluso entre el centrismo y la socialdemocracia.

En lo que se refiere a la cuestión rusa, como a todas las demás, la derecha vive una existencia parasitaria, nutriéndose principalmente de la crítica a los errores prácticos y secundarios de la Internacional Comunista, cuya política oportunista aprueba en lo esencial. Los brandleristas demuestran de la manera más directa y cínica su falta de principios en los problemas ligados al destino de la URSS. En la época en que el gobierno apostó a favor del *kulak*, los brandleristas apoyaron totalmente la orientación oficial y señalaron que la única política posible era la de Stalin-Rikov-Bujarin. Después del giro de 1928, se redujeron a un silencio expectante. Cuando se hicieron notar los éxitos de la industrialización, inesperados para ellos, adoptaron sin ninguna crítica el “plan quinquenal en cuatro años” y la “liquidación de los *kulakis* como clase”. Los derechistas demostraron que eran incapaces de tomar un camino revolucionario y prever en forma marxista al salir al mismo tiempo a la palestra como defensores del régimen estalinista en la URSS. El rasgo característico del oportunismo (inclinarse ante el poder del momento) es lo que determina la posición de los brandleristas respecto a los estalinistas. “Estamos dispuestos a apoyar críticamente todo lo que ustedes hacen en la URSS; permítannos entonces aplicar nuestra política en nuestra Alemania.” Es similar la posición de los lovestonistas en Estados Unidos, de la Oposición de Derecha de Checoslovaquia y de los grupos semisocialdemócratas, semicomunistas ligados a ellos en otros países.

La Oposición de Izquierda combate implacablemente a quienes desde la derecha siguen a los centristas, en especial y principalmente en lo que se refiere al problema ruso. Al mismo tiempo, trata de librar de la influencia desintegradora de los dirigentes brandleristas a los revolucionarios obreros arrastrados a la Oposición de Derecha por los zigzags del centrismo y su indigno régimen.

El principio de la Oposición de Izquierda: decir las cosas como son

Los acólitos pequeñoburgueses, los “amigos” de la Unión Soviética (en realidad amigos de la burocracia estalinista), incluyendo entre ellos a los funcionarios que dependen de la Internacional Comunista en los distintos países, cierran los ojos irresponsablemente a las contradicciones que se dan en el desarrollo de la Unión Soviética para, después, ante el primer peligro serio, volverle la espalda.

No obstante, con frecuencia los conflictos políticos y personales empujan a las filas de la Oposición de Izquierda a algunos centristas asustados o, lo que es peor, arribistas insatisfechos. Al agudizarse la represión, o cuando la línea oficial obtiene algunos éxitos momentáneos, estos elementos vuelven al oficialismo como capituladores y pasan a formar parte del coro de los parias. Los capituladores del tipo Zinóviev-Piatakov-Radek se diferencian muy poco de los capituladores mencheviques

del tipo Groman-Sujanov⁵⁸, o de los técnicos burgueses como Ramzin. Aunque partieron de puntos distintos, los tres grupos coinciden ahora en la aceptación de la “línea general”, sólo para dispersarse en distintas direcciones cuando vuelvan a acentuarse las contradicciones.

La Oposición de Izquierda se siente parte integral del ejército de la dictadura proletaria y de la revolución mundial. No encara los problemas del régimen soviético desde afuera sino desde adentro, denuncia sin temor las mentiras y los peligros reales, para combatirlos abnegadamente y enseñar a otros a actuar de la misma manera.

La experiencia de toda la etapa posleninista constituye un testimonio irrefutable de la influencia de la Oposición de Izquierda sobre el proceso interno de la URSS. Todo lo que fue y sigue siendo creativo en la línea oficial es un eco tardío de las ideas y consignas de la Oposición de Izquierda. La semirruptura del bloque de centro-derecha fue una consecuencia de la presión de los bolcheviques leninistas. El curso hacia la izquierda de Stalin, producto del intento de socavar las bases de la Oposición de Izquierda, cayó en el absurdo de la teoría y la práctica del “tercer período”. El abandono de este raptó febril, que llevó a la catástrofe directa de la Internacional Comunista, fue una vez más la consecuencia de la crítica de la Oposición, cuya fuerza, a pesar de la debilidad numérica de la izquierda, se basa en aquello que hace fuerte al marxismo: la capacidad de analizar, de prever y de señalar el camino correcto. En consecuencia, la fracción bolchevique leninista es ya uno de los factores más importantes en el desarrollo de la teoría y la práctica de la construcción socialista en la URSS y de la revolución proletaria internacional.

El nivel de vida de los trabajadores y la función que cumplen en el estado son los principales criterios para sustentar los éxitos del socialismo

El proletariado, además de la fuerza productiva fundamental, es la clase sobre la que descansan el sistema soviético y la construcción socialista. La dictadura carecerá de toda capacidad de resistencia si su régimen distorsionado lleva al proletariado a la indiferencia política. La alta tasa de industrialización no durará mucho si depende del esfuerzo excesivo que provoca el agotamiento físico de los trabajadores. La escasez constante de los medios de subsistencia más necesarios y el permanente estado de alarma provocado por el *knut* de la administración ponen en peligro toda la construcción socialista. “La liquidación de la democracia interna en el partido (dice la plataforma de la Oposición de la URSS) lleva a la liquidación de la democracia obrera en general, en los sindicatos y en todas las demás organizaciones de masas no partidarias.” Desde la publicación de la plataforma este proceso avanzó a ritmo febril. Los sindicatos fueron degradados al rol de organismos auxiliares de la burocracia dominante. Se creó un sistema de presión administrativa, al que se le dio el nombre de tropas de choque, como si se tratara de atravesar el desfiladero de una montaña en lugar de una gran etapa histórica. A pesar de eso, la conclusión del plan quinquenal enfrentará a la economía soviética con la necesidad de escalar una nueva cuesta, más empinada todavía. Con la fórmula “alcanzar y superar”, la burocracia soviética se engaña a sí misma, pero sobre todo engaña a los trabajadores acerca del nivel alcanzado, y prepara una profunda crisis de desilusión.

⁵⁸ *Nikolai N. Sujanov* (1882-1937?): durante la Primera Guerra Mundial fue menchevique internacionalista, y en 1917 miembro del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado. Su libro acerca de la revolución de octubre fue traducido al inglés con el título *The Russian Revolution of 1917*. Fue uno de los acusados en el juicio a los mencheviques de 1931; la última vez que se supo de él estaba en la cárcel, donde se quejaba de haber sido traicionado por los estalinistas, quienes le habían prometido que lo pondrían en libertad a cambio de su “confesión” en el juicio.

Hay que considerar el plan económico desde el punto de vista de la necesidad de mejorar sistemática y realmente las condiciones de vida materiales y culturales de la clase obrera en la ciudad y en el campo. Los sindicatos deben reasumir su papel fundamental de educadores colectivos, no de *knut*. Hay que dejar de adormecer al proletariado de la URSS y del resto del mundo exagerando lo que se ha logrado y minimizando los problemas y las dificultades. El problema de la elevación de la independencia política y la iniciativa del proletariado debe ser el telón de fondo de toda la política. Es inconcebible lograr este objetivo sin combatir los privilegios excesivos de determinados grupos y sectores, la extrema desigualdad en las condiciones de vida, y sobre todo las enormes prerrogativas y la posición privilegiada de la burocracia sin control.

5. Conclusiones

1) Los éxitos económicos de la URSS, que se realizaron a pesar de la prolongada alianza entre los centristas, los derechistas, los mencheviques y los sabotadores en el terreno de la planificación, constituyen un gran triunfo de los métodos económicos socialistas y un factor de gran peso en la revolución mundial.

2) El principal deber de todo obrero con conciencia de clase es defender a la URSS, fortaleza principal del proletariado mundial, contra todos los ataques del imperialismo internacional y de la contrarrevolución interna.

3) Las crisis del desarrollo económico de la URSS surgen de las contradicciones capitalistas y precapitalistas heredadas del pasado, así como de la contradicción entre el carácter internacional de las fuerzas productivas modernas y el carácter nacional de la construcción socialista.

4) La teoría del socialismo en un solo país, que surge de la incompreensión de esta última contradicción, aparece a su vez como la fuente de errores prácticos que provocan crisis o las profundizan.

5) La fuerza de la burocracia soviética se apoya en la brusca declinación de la actividad política del proletariado soviético después de años de grandes esfuerzos, en las derrotas de la revolución internacional, en la estabilización del capitalismo y en el avance de la socialdemocracia internacional.

6) La construcción socialista, dadas las contradicciones de clase internas y el entorno capitalista existente, necesita un partido fuerte, previsor, activo, para planificar la economía y realizar las necesarias maniobras de clase como requisito político fundamental.

7) Dado que tomó el poder con el apoyo directo de fuerzas sociales hostiles a la Revolución de Octubre y después de aplastar al ala revolucionaria internacionalista del partido, la burocracia centrista no puede mantener su dominación si no suprime el control y la elección partidarios y la opinión de la clase obrera.

8) Después de que estranguló al partido, perdiendo sus ojos y sus oídos, la burocracia centrista avanza a tientas, y decide el camino a seguir según el impacto directo de las clases, oscilando entre el oportunismo y el aventurerismo.

9) La orientación del proceso confirmó plenamente los principios esenciales de la plataforma de la Oposición rusa, tanto en sus aspectos críticos como en sus exigencias positivas.

10) En la última etapa se delimitaron con particular nitidez las tres corrientes fundamentales del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la Internacional Comunista: la corriente marxista leninista, la centrista y la de derecha. La tendencia ultraizquierdista aparece, ya sea como culminación de alguno de los zigzags del centrismo o como periferia de la Oposición de Izquierda.

11) La política y el régimen de la burocracia centrista se convirtieron en la fuente de los peligros más agudos y directos que amenazan a la dictadura del proletariado. La lucha sistemática contra el centrismo dominante es el aspecto esencial de la lucha por la rehabilitación, el fortalecimiento y el desarrollo del primer estado obrero.

12) La ignorancia de la situación material y política de la clase obrera constituye el rasgo esencial del régimen burocrático, que espera construir el reino del socialismo nacional con el método de impartir órdenes y presionar administrativamente.

13) La aceleración burocrática forzosa de los ritmos de industrialización y colectivización, que se apoya en una posición teórica falsa y no ha sido verificada por el razonamiento colectivo del partido, implica una acumulación inevitable de desproporciones y contradicciones, especialmente en las relaciones con la economía mundial.

14) Las relaciones de propiedad imperantes en la URSS, así como las relaciones políticas entre las clases, demuestran indiscutiblemente que, pese a las distorsiones del régimen soviético y a la desastrosa política de la burocracia centrista, la URSS sigue siendo un estado obrero.

15) La burguesía sólo podría apoderarse del poder en la URSS si se apoya en un levantamiento contrarrevolucionario. La vanguardia proletaria aún tiene la posibilidad de poner a la burocracia en su lugar subordinándola a su control, garantizando una política correcta y regenerando el partido, los sindicatos y los soviets con reformas decisivas y audaces.

16) Sin embargo, si se mantiene el régimen estalinista, las contradicciones que se acumulan dentro de los marcos del partido oficial, especialmente en el momento de agudización de las dificultades económicas, deben conducir inevitablemente a una crisis política que puede replantear en toda su magnitud el problema del poder.

17) Será de importancia decisiva para el régimen soviético que la vanguardia proletaria se levante a tiempo, estreche filas y resista al bloque de las fuerzas termidorianas-bonapartistas respaldado por el imperialismo mundial.

18) La Oposición de Izquierda podrá cumplir su deber hacia la vanguardia proletaria si realiza un trabajo crítico constante, si hace análisis marxistas de la situación, si determina la orientación correcta para el desarrollo económico de la URSS y la lucha del proletariado mundial, si levanta oportunamente consignas adecuadas, si lucha intransigentemente contra el régimen plebiscitario que debilita a la clase obrera.

19) La realización de estos objetivos teóricos y políticos sólo será posible si la fracción rusa de los bolcheviques leninistas fortalece sus organizaciones, penetra en todas las células importantes del partido oficial y de otras organizaciones de la clase obrera y al mismo tiempo se mantiene inseparablemente ligada a la Oposición de Izquierda Internacional.

20) Una de las tareas más urgentes consiste en impulsar dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la Internacional Comunista el estudio libre y la discusión de la experiencia de la construcción económica en la URSS.

21) Los criterios para la discusión, elaboración y verificación de los programas económicos son: a) incremento sistemático del salario real del trabajador; b) cierre de las tijeras de los precios industriales y agrícolas, garantizando así la alianza con el campesinado; c) cierre de las tijeras entre los precios internos y mundiales para proteger el monopolio del comercio exterior del ataque de los precios bajos; d) aumento de la calidad de la producción, a la que se le debe conceder la misma importancia que a la cantidad; e) estabilización del poder adquisitivo del *chervonets*, el cual, junto con el

principio de estabilización, seguirá siendo durante mucho tiempo un elemento necesario de la regulación económica.

22) La desesperación administrativa por el ritmo “máximo” debe dejar paso a la elaboración del ritmo óptimo (el más favorable), con el que no se persigue cumplir órdenes para quedar bien sino el avance constante de la economía en base a su equilibrio dinámico, a la distribución acertada de los recursos internos y al aprovechamiento amplio y planificado del mercado mundial.

23) Para esto hay que abandonar, ante todo, la falsa perspectiva, que surge de la teoría del socialismo en un solo país, de un desarrollo económico nacional completo y autosuficiente.

24) El problema del comercio exterior de la URSS tiene que ser clave en la perspectiva de la creciente vinculación a la economía mundial.

25) En armonía con esto, el problema de la colaboración económica de los países capitalistas con la URSS debe convertirse en una de las consignas corrientes de todas las secciones de la Internacional Comunista, especialmente en esta época de crisis mundial y desempleo.

26) Hay que adecuar la colectivización del campo a la iniciativa real del proletariado agrícola y de los pobres de la aldea, y a su alianza con los campesinos medios. Los obreros y campesinos avanzados se deben plantear el examen serio y completo de la experiencia de las granjas colectivas. El programa estatal de construcción de granjas colectivas debe guardar una armonía con los resultados reales de la experiencia y con los recursos técnicos y económicos disponibles.

27) Hay que terminar con la utopía burocrática de la liquidación “de los *kulakis* como clase” en dos o tres años, en base a la acumulación de los campesinos. Se debe aplicar una firme política de restricción sistemática de las tendencias explotadoras de los *kulakis*. Con este objetivo, tenemos que seguir atentamente el inevitable proceso de diferenciación que se dará dentro de las granjas colectivas y entre ellas, y en ningún caso identificar a las granjas colectivas con empresas socialistas.

28) Dejar de guiarse, en el terreno económico, por consideraciones de prestigio burocrático: no embellecer las cosas, no ocultar, no engañar. No hacer pasar por socialista la actual economía de transición de la Unión Soviética, cuyas fuerzas productivas siguen en un nivel muy bajo y cuya estructura está llena de contradicciones.

29) Hay que liquidar de una vez por todas la ruinosa práctica, indigna de un partido revolucionario, de la aplicación del dogma católico romano de la infalibilidad de la dirección.

30) Es preciso condenar la teoría y la práctica del estalinismo. Volver a la teoría de Marx y a la metodología revolucionaria de Lenin.

31) Hay que reconstituir el partido como organización de la vanguardia proletaria.

A pesar de los grandes éxitos económicos y del extremo debilitamiento de la Internacional Comunista, el peso específico revolucionario del bolchevismo en el mapa político mundial es infinitamente más significativo que el peso específico de la economía soviética en el mercado mundial. Mientras se expande y desarrolla por todos los medios posibles la economía nacionalizada y colectivizada de la URSS, hay que conservar la perspectiva correcta. No se debe olvidar ni por un minuto que el derrocamiento de la burguesía mundial a través de la lucha revolucionaria es un objetivo mucho más real e inmediato que el de “alcanzar y sobrepasar” la economía mundial, cuando para lograrlo no se superan las fronteras de la URSS.

La profunda crisis actual de la economía capitalista abre posibilidades revolucionarias al proletariado de los países capitalistas avanzados. El inevitable

aumento de la actividad militante de las masas trabajadoras planteará otra vez, con toda agudeza, los problemas de la revolución y hará temblar las bases de la autocracia de la burocracia centrista. La Oposición de Izquierda entrará a la etapa revolucionaria, armada con una comprensión clara del camino ya atravesado, de los errores ya cometidos, de las nuevas tareas y perspectivas.

Solamente en el terreno de la revolución victoriosa del proletariado mundial encontrará la URSS la solución completa y final de sus contradicciones internas y externas.

*¿Socialismo en un solo país?*⁵⁹

(1934)

“Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir.”⁶⁰ Este aforismo de Marx, no basado metodológicamente en la economía mundial en su conjunto sino en un país capitalista tomado como tipo, deviene cada vez menos aplicable a medida que el desarrollo capitalista alcanza a todos los países, independientemente de su suerte precedente y de su nivel económico. Inglaterra prefiguró en su tiempo el futuro de Francia mucho menos que el de Alemania, pero en absoluto el de Rusia o India. Sin embargo, los mencheviques rusos entendían el aforismo condicional de Marx en un sentido absoluto: la Rusia atrasada no debe adelantarse, debe conformarse dócilmente con los modelos hechos. Los liberales también estaban de acuerdo con ese “marxismo”.

Otra fórmula de Marx, no menos corriente (“Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener”⁶¹), se basa, por el contrario, no sobre un país considerado aisladamente sino en los cambios consecutivos a los regímenes sociales universales (esclavitud, Edad Media, capitalismo). Ahora bien, los mencheviques, habiendo tomado esta tesis desde el punto de vista de un estado aislado, concluyeron que el capitalismo ruso todavía tenía camino por hacer antes de alcanzar el nivel europeo o estadounidense. ¡Pero las fuerzas productivas no se desarrollan en el vacío! No se puede hablar de las posibilidades de un capitalismo nacional dejando a un lado, por una parte, la lucha de clase que se desarrolla sobre esta base y, por otra parte, la dependencia de ese capitalismo en relación con las condiciones mundiales. El derrocamiento de la burguesía por el proletariado procedió de las realidades del capitalismo ruso, y por ese hecho redujo a la nada sus posibilidades abstractas. La estructura de la economía, así como el carácter de la lucha de clases en Rusia, estaban determinados, en un grado decisivo, por las condiciones internacionales. En el plano mundial, el capitalismo había alcanzado un punto en el que cesaba de justificar sus gastos de producción, no en el sentido comercial sino desde el punto de vista sociológico: aduanas, militarismo, crisis, guerras, conferencias diplomáticas y otras plagas, absorben y disipan tanta energía creadora que ya no queda lugar para el bienestar y la cultura, a pesar de todos los logros de la técnica.

El hecho, aparentemente paradójico, que la primera víctima de los vicios del sistema mundial haya sido la burguesía de un país atrasado cae en realidad completamente dentro de la lógica de las cosas. Marx ya señalaba la explicación para su época: “Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor

⁵⁹ Tomado de *¿Socialismo en un solo país?*, en [Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov](#).

⁶⁰ Carlos Marx, *El Capital*, Volumen I, FCE, México, 1972, página XIV (de próxima edición en nuestras [OEME-EIS](#)).

⁶¹ Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, en nuestras [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OECM-EIS\)](#), página 7 del formato pdf.

que allí.”⁶² Bajo las monstruosas cargas del imperialismo antes que nada tenía que caer el estado que todavía no había podido acumular un gran capital nacional pero al que la competencia mundial no le concedía ningún descuento. El crac del capitalismo ruso fue un derrumbe local en la estructura social universal. “Sólo se puede juzgar exactamente a nuestra revolución desde el punto de vista internacional” decía Lenin.

Al fin de cuentas no hemos explicado la revolución de octubre por el estado atrasado de Rusia sino por la ley del desarrollo combinado. La dialéctica histórica no conoce en absoluto estados pura y simplemente atrasados, tampoco situaciones de progreso químicamente puro. Todo consiste en reciprocidades concretas. La historia contemporánea de la humanidad está llena de “paradojas”, no siempre tan grandiosas como el nacimiento de una dictadura proletaria en un país atrasado pero de un carácter histórico análogo. El hecho que estudiantes y obreros de la china atrasada asimilen ávidamente la doctrina materialista, mientras que los líderes obreros de la Inglaterra civilizada crean en la magia de las fórmulas de conjuración eclesiásticas, prueba indudablemente que China ha superado a Inglaterra en determinados dominios. Pero el menosprecio de los obreros chinos hacia la estupidez medieval de Mac Donald no permite concluir que China, en su desarrollo general, sea superior a gran Bretaña. Por el contrario, la preponderancia económica y cultural de esta última puede expresarse mediante cifras precisas. No obstante, por elevadas que éstas sean, ello no impedirá que los obreros de China puedan llegar al poder más pronto que los de Gran Bretaña. Por otra parte, la dictadura del proletariado chino no significará en absoluto la edificación del socialismo en los límites de la Gran Muralla china. Los criterios escolares, de un obtuso pedantismo o de un nacionalismo demasiado estrecho, no valen nada para nuestra época. Lo que ha arrancado a Rusia de su estado atrasado y de la barbarie asiática es la evolución mundial. Si se hace abstracción de sus vías complicadas tampoco se pueden entender sus destinos ulteriores.

Las revoluciones burguesas estaban dirigidas, a igual título, contra las relaciones feudales de propiedad y contra el particularismo de las provincias. Las banderas de la emancipación anunciaban, junto al liberalismo, el nacionalismo. Los occidentales hace mucho tiempo que dejaron de usar esos patucos de niño. Las fuerzas productivas de nuestro tiempo han superado no solamente las formas burguesas de propiedad sino, también, los límites de los estados nacionales. El liberalismo y el nacionalismo han devenido, en igual medida, trabas a la economía mundial. La revolución proletaria se yergue tanto contra la propiedad privada de los medios de producción como contra la parcelación nacional de la economía mundial. La lucha de los pueblos de Oriente por la independencia se inserta en ese proceso mundial para confundirse enseguida con él. La creación de una sociedad socialista nacional, si es realizable, señalaría una extrema decadencia de la potencia económica del hombre; pero precisamente por ello no es realizable. El internacionalismo no es un principio abstracto, es la expresión de un hecho económico. Igual que el liberalismo era nacional, el socialismo es internacional. Partiendo de la división mundial del trabajo, el socialismo tiene como tarea llevar al más alto grado el intercambio internacional de bienes y servicios.

Jamás, ni en ninguna parte, la revolución ha coincidido íntegramente, ni puede coincidir, con la imagen que de ella se hacían sus combatientes. No obstante ello, las ideas y los objetivos de los participantes en la lucha son un elemento muy importante de aquella. Esto es particularmente cierto para insurrección de octubre, pues jamás en el pasado se acercó tanto a la idea que se hacían los revolucionarios de una revolución como lo hizo la realidad de los acontecimientos en 1917.

⁶² Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en nuestras *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*, página 82 del formato pdf.

Un estudio sobre la revolución de octubre quedaría inacabado si éste no respondiese, con toda la precisión histórica posible, a este interrogante ¿cómo, bajo el fuego de los acontecimientos, se presentaba el partido a sí mismo el desarrollo ulterior de la revolución y qué esperaba de ella? La pregunta adquiere una importancia tanto mayor si se tiene en cuenta que las jornadas del pasado están más oscurecidas por el juego de nuevos intereses. La política siempre busca un apoyo en el pasado, y si no lo obtiene de buen grado lo arranca frecuentemente a la fuerza. La política oficial de la Unión Soviética parte de la teoría del “socialismo en un solo país” como de un pretendido punto de vista tradicional del Partido Bolchevique. Las jóvenes generaciones, no solamente las de la Internacional Comunista sino probablemente también las de todos los otros partidos, se han educado en la convicción que el poder soviético se conquistó en nombre de la edificación de un régimen socialista independiente en Rusia.

La realidad histórica no tiene nada que ver con ese mito. Hasta 1917 el partido no admitía en general la idea de que en Rusia pudiese cumplirse una revolución proletaria antes que fuera realizada en Occidente. En la Conferencia de Abril [1917], por primera vez y bajo la presión imperiosa de las circunstancias, el partido admitió que el problema era conquistar el poder.

Este reconocimiento, que abría un nuevo capítulo en la historia del bolchevismo, no tenía, sin embargo, nada en común con la perspectiva de un socialismo independiente. Por el contrario, los bolcheviques rehusaban categóricamente la idea caricaturesca que les querían asignar los mencheviques: la idea de edificar un “socialismo campesino” en un país atrasado. La dictadura del proletariado en Rusia era para los bolcheviques un puente hacia la revolución en Occidente. El problema de la transformación socialista de la sociedad, en su misma esencia, se declaraba internacional.

Sobre esta cuestión esencial no se produjo un giro de 180 grados hasta 1924. Se declaró por primera vez que la edificación del socialismo era completamente realizable dentro de los límites de la Unión Soviética, independientemente del desarrollo del resto de la humanidad, siempre que, al menos, el poder soviético no fuera derribado por una intervención militar. La nueva teoría adquirió de golpe un efecto retroactivo. Si en 1917 el partido no hubiese creído en la posibilidad de edificar un régimen socialista independiente en Rusia (declaraban los epígonos) no hubiese tenido derecho a tomar el poder en sus manos. En 1926, la Internacional Comunista condenó oficialmente a quienes no reconociesen la teoría del socialismo en un solo país, extendiendo esa condena a todo el pasado a partir de 1905.

Desde entonces fueron catalogadas como antibolcheviques tres órdenes de ideas: negar la posibilidad de supervivencia de la Unión Soviética durante un tiempo indeterminado en medio del cerco capitalista (problema de la intervención militar); negar su capacidad para superar, con las propias fuerzas del país y dentro de los límites nacionales, el antagonismo de la ciudad y el campo (problema de un estado económicamente atrasado y problema del campesinado); negar la hipótesis de la edificación de un régimen socialista cerrado (problema de la división mundial del trabajo). Según la nueva escuela, la inmunidad de la Unión Soviética se puede asegurar, incluso sin revolución en los otros países, por la “neutralización de la burguesía”. La colaboración del campesinado en la edificación socialista debe considerarse como ya adquirida. La dependencia en relación con la economía mundial queda anulada por la revolución de octubre y por los logros económicos de los soviets. No reconocer esos tres puntos es adherirse al “trotskismo”, es decir a una doctrina incompatible con el bolchevismo.

El estudio histórico llega aquí al problema de una reconstitución ideológica: es indispensable separar los verdaderos objetivos y opiniones del partido revolucionario de la sedimentación política que los recubrió después. Sea cual sea la brevedad de los períodos que se han sucedido, ese problema adquiere un parecido mucho más grande con el desciframiento de los palimpsestos si se tiene en cuenta que las maquinaciones de la escuela de los epígonos no valen muy a menudo mucho más que las lucubraciones teológicas con las que los monjes de los siglos VII y VIII echaban a perder los pergaminos y papiros de los clásicos.

Si, en general, en todo el curso de esta obra [*Historia de la revolución rusa*] hemos evitado obstruir la exposición con numerosas citas, el capítulo presente, y en razón de la naturaleza misma del problema planteado, tendrá que ofrecerle al lector textos auténticos, y en una tal medida que queda excluida la misma idea de una selección artificial. Es indispensable suministrarle al bolchevismo la posibilidad de hablar su propia lengua pues bajo el régimen de la burocracia estalinista se le ha privado de esa posibilidad.

El Partido Bolchevique fue un partido de revolución socialista desde el mismo día de su fundación. Pero consideró que su tarea histórica era, por necesidad, el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de un régimen democrático. El contenido social de la revolución debía ser una solución democrática de la cuestión agraria. La revolución socialista se postergaba para un futuro bastante lejano, en cualquier caso, indeterminado. Se juzgaba que era incontestable que esa revolución sólo podría estar al orden del día tras la victoria del proletariado en Occidente. Esas deducciones, forjadas por el marxismo ruso en la lucha contra el populismo y el anarquismo, entraban en el arsenal del partido. Le seguían consideraciones hipotéticas: en el caso en que la revolución democrática alcanzase en Rusia un potente ímpetu podría darle un impulso directo a la revolución socialista en Occidente, y a continuación ello le permitiría al proletariado ruso llegar al poder a marchas forzadas. La perspectiva histórica general no se modificaba incluso ni en el caso más favorable: sólo había aceleración en el desarrollo y se reducían los plazos.

En septiembre de 1905 Lenin escribía, precisamente dentro del espíritu de esas consideraciones: “De la revolución democrática pasaremos enseguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado con consciencia de clase y organizado, a la revolución socialista. Estamos a favor de una revolución ininterrumpida [permanente]. No nos quedaremos a mitad camino.”⁶³ Por sorprendente que sea el hecho, Stalin se sirvió de estas líneas para aplastar el viejo pronóstico del partido sobre la marcha real de los acontecimientos en 1917. Sólo que no se comprende por qué los cuadros del partido se vieron cogidos de improviso con las *Tesis de Abril* de Lenin.

En realidad, la lucha del proletariado por la conquista del poder, según la vieja concepción, sólo tenía que desarrollarse tras la solución de la cuestión agraria en el marco de la revolución burguesa-democrática. Pero la desgracia era que el campesinado, una vez satisfecha su necesidad de tierras, en absoluto sería llevado a apoyar una nueva revolución. Y como la clase obrera rusa, manifiestamente en minoría en el país, no hubiese podido conquistar el poder con sus propias fuerzas, Lenin estimaba como imposible, de forma completamente consecuente, hablar de una dictadura del proletariado en Rusia antes de la victoria del proletariado en Occidente.

En 1905, Lenin escribía: “La victoria total de la revolución actual será el fin de la revolución democrática y el comienzo de la lucha decisiva por la revolución

⁶³ V. I. Lenin, “La socialdemocracia ante el movimiento campesino”, en *Obras Completas Tomo IX*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 232.

socialista. La satisfacción de las reivindicaciones de los campesinos de nuestros días, el aplastamiento completo de la reacción, la conquista de la república democrática, marcarán el fin absoluto del revolucionarismo burgués y aun del pequeñoburgués, será el comienzo de la verdadera lucha del proletariado por el socialismo.”⁶⁴ Por “pequeña burguesía” se entiende aquí, ante todo, al conjunto del campesinado.

¿De dónde podía venir, pues, la revolución “ininterrumpida” bajo estas condiciones? Lenin respondía a ello: “Los revolucionarios rusos, que se apoyan en cierto número de generaciones revolucionarias de Europa, tienen el derecho a “soñar” que lograrán realizar con una excepcional plenitud todas las transformaciones democráticas, todo nuestro programa mínimo... Y si se triunfa en este punto entonces... entonces el incendio revolucionario alcanzará a toda Europa... El obrero europeo se levantará a su vez y nos mostrará “cómo se hace esto”; entonces también el levantamiento revolucionario de Europa tendrá su reacción en Rusia y cambiará una época de algunos años de revolución por una época de algunas decenas de años revolucionarios”. El contenido independiente de la revolución rusa, incluso en su más alto grado de desarrollo, no supera todavía los límites de una revolución burguesa-democrática. Solamente una revolución victoriosa en Occidente podrá abrir la era de la lucha por la conquista del poder incluso por el proletariado ruso. Esta concepción mantuvo en el partido su valor enteramente hasta abril de 1917.

Si se hacen a un lado los aportes episódicos, las exageraciones polémicas y los errores individuales, los debates sobre la cuestión de la revolución permanente durante los años 1905-1917 se reducen a saber no en modo alguno si el proletariado ruso podría construir una sociedad socialista nacional una vez conquistado el poder (ningún marxista ruso dijo ni una palabra sobre ello hasta 1924), sino si aún era posible en Rusia una revolución burguesa efectivamente capaz de resolver la cuestión agraria o si bien para llevar a cabo esta obra sería necesaria la dictadura del proletariado.

¿Sobre qué parte de las antiguas opiniones hizo Lenin una revisión en sus *Tesis de Abril*? No renunció ni un instante a la doctrina del carácter internacional de la revolución socialista, ni a la idea de que la Rusia atrasada sólo podía adentrarse en la vía del socialismo con la ayuda inmediata de Occidente. Pero Lenin proclamó entonces, por primera vez, que el proletariado ruso, precisamente a consecuencia del estado atrasado de las condiciones nacionales, podría llegar al poder más pronto que el proletariado de los países avanzados.

La Revolución de Febrero se mostró impotente para resolver tanto la cuestión agraria como la cuestión nacional. El campesinado y las nacionalidades oprimidas de Rusia tuvieron que apoyar a la revolución de octubre para luchar por las tareas democráticas. El proletariado ruso accedió al poder antes que el proletariado de Occidente solamente porque la democracia pequeño burguesa rusa no pudo cumplir la tarea histórica que sí pudo solventar su hermana mayor en Occidente. En 1905 el bolchevismo estaba dispuesto a entablar la lucha por la dictadura del proletariado sólo tras haber realizado las tareas democráticas. En 1917 la dictadura del proletariado se instauró porque las tareas democráticas no se habían realizado.

El carácter combinado de la revolución rusa no se agota en ese punto. La toma del poder por la clase obrera suprimía automáticamente la línea de separación entre el “programa mínimo” y el “programa máximo”. En la dictadura del proletariado (pero sólo en ella) la transformación de las tareas democráticas en tareas socialistas devenía inevitable, aunque los obreros de Europa no hubiesen tenido entonces todavía tiempo de mostrar “cómo se hace esto”.

⁶⁴ V. I. Lenin, “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”, en *Obras Completas*, Tomo IX, Akal Editor, Madrid, 1976, página 126.

La inversión de los papeles revolucionarios entre Occidente y Oriente, por importante que pueda ser para los destinos de Rusia y los del mundo entero, tiene, sin embargo, un significado históricamente limitado. Por lejos que haya corrido adelante la revolución rusa, su dependencia en relación con la revolución mundial no ha desaparecido e incluso no ha disminuido. Las posibilidades de un transcrecimiento de las reformas democráticas en reformas socialistas están directamente creadas por una combinación de condiciones internas, ante todo por las relaciones recíprocas del proletariado y del campesinado. Pero, en última instancia, los límites de las transformaciones socialistas están determinados por el estado de la economía y la política mundiales. Por muy grande que sea el impulso nacional, éste no da la posibilidad de saltar por encima del planeta.

Al formular su condena del “trotskismo”, la Internacional Comunista ha atacado con una particular virulencia el punto de vista según el cual el proletariado ruso, habiendo tomado la dirección y no habiendo sido apoyado por Occidente, “llegará a conflictos... con las amplias masas del campesinado cuyo concurso le estaba asegurado cuando ascendió al poder...” Incluso si se estima que la experiencia histórica ha desmentido enteramente ese pronóstico formulado por Trotsky en 1905, mientras que ni uno de sus críticos actuales admitía la sola idea de la dictadura del proletariado en Rusia, incluso en ese caso, se mantiene como irrefutable un hecho: este es que todos los marxistas rusos, incluyendo a Lenin, consideraban al campesinado como un aliado poco seguro y decepcionante. La verdadera tradición del bolchevismo no tiene nada en común con la doctrina de una armonía preestablecida entre los intereses de los obreros y los campesinos. Por el contrario, la crítica de esta teoría pequeño burguesa siempre fue un elemento extremadamente importante de la lucha que opuso durante largos años a los marxistas y a los populistas.

“La época de la revolución democrática pasará para Rusia [escribía Lenin en 1905] y entonces será ridículo hablar de la “unidad de voluntad” del proletariado y del campesinado...” “El campesinado, en tanto que propietario de tierras, jugará en esta lucha [por el socialismo] el mismo papel traidoramente inestable que juega actualmente la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, es engañarse a uno mismo y engañar a los demás sobre los verdaderos intereses y objetivos del proletariado.”

A fines de 1905, y elaborando para sí mismo un esquema de las relaciones de clases en la marcha de la revolución, Lenin caracterizaba así la situación que debería establecerse tras la liquidación de las propiedades de la nobleza: “... el proletariado lucha ya por la conservación de las conquistas democráticas, con vistas a la revolución socialista. Si el proletariado de Rusia estuviera solo, si no acudiera en su ayuda el *proletariado socialista europeo*, ésta sería una lucha casi sin esperanzas y su derrota sería tan inevitable como la derrota del partido revolucionario alemán en 1849-1850 o como la derrota del proletariado francés en 1871.

... en esta etapa, la burguesía liberal y el campesinado rico (+en parte el campesinado medio) organizan la contrarrevolución. El proletariado de Rusia *más* el proletariado europeo organizan la revolución.

En tales condiciones, el proletariado de Rusia puede obtener una segunda victoria. La situación ya no es desesperada. El segundo triunfo puede ser la *revolución socialista en Europa*.

Los obreros europeos nos mostrarán “cómo se hace esto”, y entonces nosotros, juntamente con ellos, haremos la revolución socialista.”⁶⁵

⁶⁵ V.I. Lenin, “Las etapas, el curso y las perspectivas de la revolución”, en *Obras Completas, Tomo X*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 86.

Casi en esos mismos días Trotsky escribía: “Las contradicciones en la situación del gobierno obrero de un país atrasado, en el que la aplastante mayoría de la población está compuesta por campesinos, sólo encontrarán solución en el plano internacional, en el terreno de una revolución mundial del proletariado.” Stalin citó después, precisamente, esas palabras para mostrar “todo el abismo que separa a la teoría leninista de la dictadura del proletariado de la teoría de Trotsky”. A pesar de una incontestable disimilitud de las concepciones revolucionarias de Lenin y Trotsky en aquel tiempo, en resumidas cuentas, la cita prueba justamente, sobre la cuestión de la “inestabilidad traidora” del papel del campesinado, que sus puntos de vista ya coincidían en aquellos lejanos días.

En febrero de 1906, Lenin escribe: “Apoyamos al movimiento campesino hasta el final, pero tenemos que recordar que es el movimiento de otra clase, no de la que puede cumplir y cumplirá la revolución socialista.” En abril de 1906 Lenin declaraba: “... la revolución rusa puede triunfar con sus propias fuerzas, pero no puede en ninguna forma mantener y consolidar sus conquistas con sus propias manos. No puede lograrlo si no se produce la revolución socialista en Occidente; sin esa condición, la restauración es inevitable con la municipalización, con el reparto y con la nacionalización, pues en todas y cada una de las formas de posesión y de propiedad, el pequeño propietario constituirá el punto de apoyo de la restauración. Después de la victoria completa de la revolución democrática es inevitable que el pequeño propietario enfrente al proletariado, y lo hará tanto más rápidamente cuanto más pronto se arroje por la borda a todos los enemigos comunes del proletariado y del pequeño propietario, [...] Nuestra república democrática no tiene otra reserva que el proletariado socialista de Occidente.”⁶⁶

Bajo combinaciones variadas en la forma, pero invariables en el fondo, esas ideas atraviesan todos los años de la reacción y la guerra. No hay ninguna necesidad de multiplicar los ejemplos. Las concepciones del partido sobre la revolución encontrarían su mayor nitidez y más viva claridad en el fuego de los acontecimientos revolucionarios. Si antes de la revolución los teóricos del bolchevismo ya hubiesen tendido hacia el socialismo en un solo país, esta teoría habría llegado a su completa expansión en el período de la lucha inmediata por el poder. ¿Fue así en realidad? La respuesta la dará 1917.

Volviendo a Rusia tras la insurrección de febrero, Lenin escribía en su carta de despedida a los obreros suizos: “El proletariado ruso no puede con sus solas fuerzas *acabar* triunfalmente la obra de la revolución socialista. Pero puede [...] facilitar el surgimiento de condiciones para que su aliado *más importante*, más fiel y más seguro, el proletariado *socialista europeo* y norteamericano, se lance a la lucha decisiva.”⁶⁷

La resolución de Lenin, aprobada por la conferencia de abril, dice esto: “El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, en medio de una enorme población de pequeños campesinos, no puede proponerse como

⁶⁶ V. L. Lenin, “Intervención en la 2ª sesión del Congreso a propósito de la votación nominal de las declaraciones escritas presentadas al Buró del Congreso”, en *Obras Completas*, Tomo X, Akal Editor, Madrid, 1976, página 283. La cita aportada por Trotsky reza: “La revolución rusa dispone de fuerzas suficientes para vencer. Pero no tiene suficientes fuerzas propias para guardar los frutos de la victoria..., pues en un país en el que la pequeña economía está formidablemente desarrollada, los pequeños productores de mercancías, y en ese número, los campesinos, inevitablemente se girarán contra el proletariado cuando éste pase del liberalismo al socialismo... Para impedir una restauración, la Revolución rusa necesita no una reserva rusa sino una ayuda proveniente de fuera. ¿Existe tal reserva en el mundo? Hay una: el proletariado socialista de occidente.”

⁶⁷ V. I. Lenin, “Carta de despedida a los obreros suizos”, en *Obras Completas*, Tomo XXIV, Akal Editor, Madrid, 1977, página 415.

meta inmediata poner en práctica cambios socialistas.”⁶⁸ No obstante ceñirse estrechamente en sus líneas iniciales a la tradición teórica del partido, la resolución dio un paso decisivo en una nueva vía. Declaró que la imposibilidad de una transformación socialista independiente de Rusia campesina no daba en ningún caso el derecho a renunciar a la conquista del poder, no solamente con objetivos democráticos sino también en vistas a “una serie de pasos prácticos hacia el socialismo, para lo cual el momento ha madurado”, tales como la nacionalización de la tierra, el control de los bancos, etc. Las medidas anticapitalistas podrán tener un ulterior desarrollo gracias a las premisas objetivas de la revolución socialista... en los países avanzados más desarrollados. De ahí es precisamente de dónde hay que partir. “Es un error hablar solo de las circunstancias rusas, explica Lenin en su informe, ¿qué problemas se plantearán ante el proletariado ruso en el caso en que un movimiento mundial nos coloque ante la revolución social, he ahí la principal cuestión que se estudia en esta resolución.” La cosa está clara: el nuevo punto de partida en abril de 1917, cuando Lenin logró la victoria sobre el espíritu democrático limitado de los “viejos bolcheviques”, ¡dista de la teoría del socialismo en un solo país como el cielo de la tierra!

En cualquier organización del partido, en la capital como en provincias, veremos como de ahí en adelante la cuestión se plantea de la misma forma: en la lucha por el poder hay que recordar que la suerte ulterior de la revolución, en tanto que revolución socialista, vendrá determinada por la victoria del proletariado en los países avanzados. Nadie se opone a esta fórmula; por el contrario, precede los debates como una perspectiva admitida por todos.

En la conferencia del partido en Petrogrado, el 16 de julio, Jaritonov, uno de los que llegaron con Lenin en el “vagón blindado” de los bolcheviques, declaró: “En todas partes decimos que si no hay revolución en Occidente perderemos la partida.” Jaritonov no es un teórico; es un agitador medio del partido. En las actas de la misma conferencia se puede leer: “Pavlov recuerda el principio general planteado por los bolcheviques según el cual la revolución rusa sólo florecerá con la condición de recibir el apoyo de una revolución mundial, que sólo es concebible en tanto que revolución socialista...” Decenas y centenares de Jaritonov y Pavlov desarrollan la idea esencial de la Conferencia de Abril. No me viene ahora a la cabeza nadie que protestase contra sus indicaciones o quisiera corregirlas.

El VI Congreso del partido, que se celebró a fines de julio, definía la dictadura del proletariado como la conquista del poder por los obreros y campesinos más pobres. “Sólo esas clases... contribuirán efectivamente al ascenso de la revolución proletaria internacional, que debe liquidar no solamente la guerra sino también la esclavitud del régimen capitalista.” El informe de Bujarin descansaba en la idea que la revolución socialista mundial era la única salida a la situación existente. “Si la revolución vence en Rusia antes de que estalle en Occidente, deberemos... atizar el incendio de una revolución socialista mundial.” En aquellos tiempos no es de una forma muy diferente como Stalin se vio obligado a plantear la cuestión: “Llegará un momento [decía] en el que los obreros levantarán y agruparán en torno a ellos a las capas pobres del campesinado, levantarán el estandarte de la revolución obrera y abrirán la era de la revolución socialista en Occidente.”

La conferencia de la provincia de Moscú, que sesionó a principios de agosto, nos permite perfectamente lanzar una mirada al laboratorio del pensamiento del partido. En el informe esencial en el que se exponen las decisiones del VI Congreso, Sokolnikov, miembro del Comité Central, dice: “Hay que hacer entender que la revolución rusa debe

⁶⁸ V. L. Lenin, “Resolución sobre la situación actual”, en *Obras Completas*, Tomo XXV, Akal Editor, Madrid, 1977, página 275.

marchar contra el imperialismo.” En el mismo tono se pronunciaron numerosos delegados. Vitolin: “Tenemos que prepararnos para la revolución social que se propagará por Europa Occidental.” El delegado Belenky: “Si se quiere resolver la cuestión en los marcos nacionales, no tenemos salida. Sokolnikov tiene razón en decir que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional... Las condiciones del socialismo en Rusia no están todavía maduras, pero si en Europa comienza la revolución nosotros también marcharemos tras Europa Occidental.” Stukov: “El principio que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional no puede suscitar ninguna duda... La revolución socialista sólo es posible a escala mundial.”

Todos están de acuerdo entre ellos en tres puntos: el estado obrero no podrá mantenerse si el imperialismo no es derrocado en Occidente; en Rusia las condiciones para el socialismo todavía no están maduras; la tarea de la revolución socialista es esencialmente internacional. Si, junto a estos puntos de vista, que serán condenados como herejía siete y ocho años más tarde, hubiesen existido en el partido los puntos de vista actualmente reconocidos como ortodoxos y tradicionales, deberían de haber encontrado su expresión en la Conferencia de Moscú, igual que en el congreso del partido que la precedió. Pero ni el ponente ni quienes participaron en los debates, ni los artículos de los diarios, dedican ni una sola palabra a mencionar la existencia en el partido de puntos de vista bolcheviques opuestos a los puntos de vista “trotskystas”.

En la conferencia de la ciudad de Kiev, que precedió al congreso del partido, el ponente Gorovitz decía: “La lucha por la salvación de nuestra revolución sólo puede llevarse a escala internacional. Ante nosotros se abren dos perspectivas: si la revolución resulta victoriosa crearemos un estado de transición yendo hacia el socialismo; si no, caeremos bajo el control del imperialismo internacional.” Tras el congreso del partido, a comienzos de agosto, Piatakov decía en la nueva conferencia de Kiev: “Desde el principio de la revolución hemos afirmado que la suerte del proletariado ruso depende completamente de la marcha de la revolución proletaria en Occidente... Entramos así en la fase de la revolución permanente...” A propósito del informe de Piatakov, Gorovitz, del que acabamos de hablar, declaraba: “Estoy completamente de acuerdo con Piatakov cuando define nuestra revolución como permanente...”. Piatakov: “...La única salvación posible para la revolución rusa está en una revolución mundial que dará principio a una transformación social.” Pero ¿puede ser que estos ponentes representasen a la minoría? No; nadie les planteó ninguna objeción sobre esta cuestión esencial. En las elecciones de Kiev, tanto uno como otro obtuvieron el mayor número de votos.

Se puede considerar también como absolutamente establecido que, en la conferencia general del partido en abril, en el congreso del partido en julio, en las conferencias de Petrogrado, Moscú y Kiev, se expusieron y confirmaron con votos aprobatorios las mismas ideas que más tarde serían proclamadas incompatibles con el bolchevismo. Mucho más, en el partido no se alzó ni una sola voz que se pudiese interpretar como un presentimiento de la futura teoría del socialismo en un solo país, ni incluso en el grado en el que en los salmos del rey David se descubre una presciencia de los sermones del Cristo.

El 13 de agosto, el órgano central del partido ofrece esta explicación: “...el paso de todo el poder a los sóviets, aunque no siendo completamente sinónimo de “socialismo”, en cualquier caso habría roto la oposición de la burguesía y, en relación con las fuerzas productivas existentes y la situación en Europa occidental, habría impuesto una dirección y una transformación de la organización económica que hubiesen marchado en el sentido de los intereses de las masas trabajadoras. Rechazando

las cadenas del poder capitalista, la revolución habría devenido *permanente*, es decir continua; no habría utilizado su poder para perpetuar la ley de la explotación capitalista, sino que, por el contrario, lo habría usado para destruirla. Sus últimas realizaciones en ese dominio habrían estado sujetas a los éxitos de la revolución proletaria en Europa. [...]. Tal era, sigue siendo, *la sola y única perspectiva real* para la prosecución de la revolución.” El autor del artículo era Trotsky, que escribía desde la prisión de Kresty. El redactor en jefe del diario era Stalin. La importancia de esta cita aparece ya por el solo hecho que, hasta 1917, el término “revolución permanente” se empleaba en el Partido Bolchevique exclusivamente para indicar el punto de vista de Trotsky. Algunos años más tarde Stalin declarará: “Lenin luchó contra la teoría de la revolución permanente hasta el final de sus días.”⁶⁹ En cualquier caso, el mismo Stalin no llevó adelante esa lucha: el artículo apareció sin ninguna observación de la redacción.

Diez días después, Trotsky escribía de nuevo en el mismo diario: “El internacionalismo no es para nosotros una noción abstracta [...] sino un principio práctico profundo y directamente dominante. Para nosotros, los éxitos decisivos y permanentes son inconcebibles sin la revolución europea.”⁷⁰ Y Stalin todavía no tenía nada que objetar. Mucho más, dos días más tarde él mismo repetía: “¡Que [los obreros y soldados] sepan que solamente en unión con los obreros de Occidente se podrá contar con el triunfo de la revolución en Rusia!” Por “triunfo de la revolución” no se entendía en absoluto la edificación del socialismo (no era cuestión de ello todavía en general) sino solamente la conquista y el mantenimiento del poder.

En septiembre Lenin escribía: “La burguesía predica la inevitable derrota de una comuna en Rusia, es decir, la derrota del proletariado, si éste llegara a conquistar el poder.”⁷¹ No hay que asustarse por esos gritos: “habiendo conquistado el poder, el proletariado de Rusia tiene todas las posibilidades de mantenerlo y de conducir a Rusia hasta la victoria de la revolución en Occidente.” La perspectiva de la insurrección está aquí determinada con una completa nitidez: mantener el poder hasta el comienzo de la revolución socialista en Europa. Esta fórmula no se lanzó a la buena de Dios; Lenin la retoma día tras otro. El artículo-programa *¿Podrán los bolcheviques retener el poder?*, lo resume Lenin en estos términos: “... no hay en el mundo fuerza capaz de impedir que los bolcheviques, *si no se dejan asustar* y si logran tomar el poder, lo retengan hasta el triunfo de la revolución socialista mundial”⁷²

El ala derecha de los bolcheviques reclamaba una coalición con los conciliadores alegando que los bolcheviques “por sí solos” no se sostendrían en el poder. Lenin les replicaba el 1 de noviembre, cuando ya se había producido la insurrección: “Se ha dicho que nosotros solos no podremos mantenernos en el poder, etc. Pero no estamos solos. Ante nosotros está Europa entera. Nosotros tenemos que dar el primer paso.” Lo que sobresale de una forma particularmente clara del diálogo de Lenin con los bolcheviques de derecha es que ninguna de las partes que mantenían el debate no tuvo ni incluso la idea de una edificación independiente del socialismo en Rusia.

John Reed cuenta como en un mitin en Petrogrado, en la fábrica Obujovsky, un soldado que había vuelto del frente rumano gritaba: “Nos mantendremos con todas nuestras fuerzas hasta que los pueblos del mundo entero se hayan levantado y nos ayuden.” Esta fórmula no había caído del cielo y no había sido inventada ni por el

⁶⁹ “¿Qué ha pasado?”, en *1917. El año de la revolución; Obras Escogidas de León Trotsky – Edicions Internacionals Sedov*, página 160 formato pdf.

⁷⁰ L. Trotsky, “Tácticas internacionales”, en *ibidem*, página 159.

⁷¹ V. I. Lenin, “La revolución rusa y la guerra civil”, en *Obras Completas, Tomo XXVII*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 150.

⁷² V. I. Lenin, “¿Podrán los bolcheviques retener el poder?”, en *ibidem*, página 240.

soldado anónimo ni por Reed; se la habían inspirado a las masas los agitadores bolcheviques. La voz del soldado regresado del frente rumano era la voz del partido, la voz de la revolución de octubre.

La *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* (programa de estado presentado en nombre del poder soviético a la Asamblea Constituyente) proclamaba que la tarea del nuevo régimen era “el establecimiento de una organización socialista de la sociedad y la victoria del socialismo en todos los países [...] el poder soviético seguirá firmemente ese camino hasta la completa victoria de la insurrección obrera internacional contra el yugo del capital”⁷³ La *Declaración de los derechos*, redactada por Lenin, y que hasta el día de hoy no ha sido derogada, transformó la revolución permanente en una ley fundamental de la República de los Soviets.

Si Rosa Luxemburg, que desde el fondo de su prisión seguía con una atención apasionada y crítica las obras y palabras de los bolcheviques, hubiese descubierto cualquier matiz de socialismo nacional hubiera hecho sonar la alarma inmediatamente. En aquellos días ella criticaba muy severamente (en lo esencial de forma errónea) la política de los bolcheviques. Y sin embargo he aquí lo que escribía a propósito de la línea general del partido: “El hecho de que los bolcheviques basaran su política enteramente en la revolución mundial del proletariado es precisamente el testimonio más brillante de su clarividencia política y de su firmeza fundamental, de la audacia de su política”⁷⁴

Estos son, precisamente, los puntos de vista que Lenin desarrollaba cotidianamente, que se manifestaban en el órgano central del partido (redactor en jefe Stalin), que inspiraban los discursos de los agitadores, grandes y pequeños, que eran asumidos por los soldados del frente de sectores lejanos, que Rosa Luxemburg consideraba como la mayor prueba de la clarividencia política de los bolcheviques; esos puntos de vista son, precisamente, los que la burocracia de la Internacional Comunista condenó en 1926. “Los puntos de vista de Trotsky y de sus partidarios sobre la cuestión fundamental del carácter y de las perspectivas de nuestra revolución, [se dice en una decisión del VIII plenario de la Internacional Comunista] no tienen nada en común con los puntos de vista de nuestro partido, con el leninismo”. Así es como los epígonos del bolchevismo zanján sus cuentas con su propio pasado.

Si, efectivamente, algunos combatieron en 1917 la teoría de la revolución permanente fueron los cadetes y los conciliadores. Miliukov y Dan denunciaban las “ilusiones revolucionarias del trotskismo” como la causa principal de la debacle de la revolución de 1905. En su discurso de apertura de la Conferencia Democrática, Chjeídze estigmatizaba la tentativa de “extender el incendio de la guerra capitalista dándole a la revolución un carácter socialista mundial.” El 13 de octubre, Kerensky decía en el pre-Parlamento: “En la hora actual no hay enemigos más peligrosos de la revolución, de la democracia y de todas las conquistas de la libertad, que aquellos que... bajo la voluntad aparente de profundizar la revolución y de transformarla en una revolución social permanente, pervierten y, parece ser, ya han pervertido a las masas...” Chjeídze y Kerensky eran adversarios de la revolución permanente por la misma razón por la que eran enemigos de los bolcheviques.

En el II Congreso de los Sóviets, en el momento de la toma del poder, Trotsky decía: “Si los pueblos insurrectos de Europa no aplastan al imperialismo, seremos aplastados, eso está fuera de toda duda. O la revolución rusa desencadenada levanta el

⁷³ V. I. Lenin, “Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado”, en *Obras Completas, Tomo XXVIII*, Akal Editor, Madrid, 1976, páginas 99 y 100.

⁷⁴ Rosa Luxemburg, *Sobre la revolución rusa*, en nuestra serie: *Obras escogidas de Rosa Luxemburg* página 4 del formato pdf.

torbellino de la lucha en occidente, o los capitalistas de todos los países aplastarán nuestra revolución.”⁷⁵ “¡Hay una tercera vía!” gritó alguien desde el auditorio. ¿Puede ser que la interrupción proviniese de Stalin? No, provenía de un menchevique. Hicieron falta algunos años más para que los bolcheviques descubriesen la “tercera vía”.

Bajo la influencia de innumerables repeticiones en la prensa estalinista mundial, parece casi establecido, por los círculos políticos más diversos, que en la base de las disensiones concernientes a Brest-Litovsk habrían dos concepciones: una que partía de la posibilidad no solamente de mantenerse en el poder sino, también, de edificar el socialismo con las fuerzas internas de Rusia; otra que contaba exclusivamente con la insurrección en Europa. En realidad esta oposición de tesis sólo se estableció algunos años más tarde, y los autores de esta invención no se molestaron siquiera en ponerla de acuerdo, al menos aparentemente, con los documentos históricos. Es cierto que hubiese sido difícil hacerlo: todos los bolcheviques, sin excepciones, estimaban también durante el período de Brest que si la revolución no estallaba en Europa lo más rápidamente posible la república soviética estaba condenada a su pérdida. Unos fijaban su estimación en algunas semanas, otros en algunos meses, nadie contaba con años.

“Desde el principio de la república rusa [escribía Bujarin el 28 de enero de 1918] el partido del proletariado revolucionario declaró: o bien la revolución internacional, desatada por la revolución rusa, ahogará a la guerra y al capital, o bien el capital internacional ahogará a la revolución rusa.” Pero Bujarin, que en aquellos días estaba a la cabeza de los partidarios de una guerra revolucionaria contra Alemania, ¿no atribuía acaso las opiniones de su fracción a todo el partido? Por natural que sea esta suposición está enteramente refutada por los documentos.

Las actas del comité central de 1917 y de principios de 1918, publicadas en 1929, a pesar de sus lagunas y de su presentación tendenciosa, ofrecen también sobre esta cuestión indicaciones inapreciables “Sesión del 11 de enero de 1918. El camarada Serguev (Artem) señala que todos los oradores están de acuerdo en este punto: nuestra república socialista está amenazada de desaparición si no se produce revolución socialista en occidente.” Serguev se mantenía en la posición de Lenin, es decir que era partidario de la firma del tratado de paz. A Serguev no se le planteó ninguna objeción. Los tres grupos en desacuerdo llamaban, a quién más de todos, a una premisa común: sin revolución mundial no nos mantendremos.

Stalin aportó, ciertamente, una nota particular a los debates: motivó la necesidad de firma la paz separada diciendo que “no hay movimiento revolucionario en occidente, de hecho no hay nada, solamente hay una revolución en potencia y no podemos contar con un acontecimiento potencial”. Muy lejos aún de la teoría del socialismo en un solo país, con esos términos manifestó sin embargo con nitidez su desconfianza orgánica frente al movimiento internacional. “¡No podemos contar con un acontecimiento potencial!” Lenin se desmarcó inmediatamente de “algunos puntos” del apoyo que le aportó Stalin: que la revolución en occidente no había comenzado todavía era justo; “sin embargo, si por este motivo modificamos nuestra táctica seremos traidores al socialismo internacional”. Lenin era partidario de una paz inmediata por separado, no porque no creyese en absoluto en un movimiento revolucionario en Occidente, y menos todavía porque creyese en la vitalidad de una revolución rusa aislada: “Lo que nos importa, es sostenernos hasta la aparición de una revolución socialista general, y no podemos llegar a lograrlo más que tras haber concluido la paz.” El sentido de la capitulación de Brest se resumía para Lenin en estos términos: “Una pausa para respirar.”

⁷⁵ Trotsky, “[Respuesta de Trotsky en el Segundo Congreso Panruso de los Sóviets sobre qué partidos estarían incluidos en el gobierno]”, en *1917. El año de la revolución*, en *Obras Escogidas de León Trotsky – Edicions Internacionals Sedov*, página 211 del formato pdf.

Las actas prueban que, tras la advertencia de Lenin, Stalin buscó una ocasión para reajustar su punto de vista: “Sesión del 23 de febrero de 1918. El camarada Stalin... Nosotros también apostamos por la revolución, pero vosotros contáis con semanas y nosotros con meses.” Stalin retoma aquí literalmente la fórmula de Lenin. La distancia que separa a las dos alas en el seno del comité central sobre la cuestión de la revolución mundial es una evaluación en semanas o meses.

Defendiendo en el VII Congreso del partido, en marzo de 1918, la firma de la paz de Brest, Lenin decía: “Es una lección porque es una verdad absoluta que sin una revolución alemana estamos perdidos. Quizá tengamos que replegarnos, no a Petrogrado ni a Moscú, sino a Vladivostok o a lugares aún más lejanos, [...] Pero de todos modos y con todas las peripecias posibles e imaginables, si la revolución alemana no llega, estamos perdidos.”⁷⁶ Sin embargo no se trataba solamente de Alemania. “El imperialismo internacional, el poderío de su capital, con su máquina militar altamente organizada, que representa una verdadera fuerza, un verdadero baluarte del capital internacional, en ningún caso, en ninguna situación, podía vivir al lado de la República Soviética [...] Aquí el conflicto es inevitable. Aquí reside la mayor dificultad de la revolución rusa, su problema histórico más grande: la necesidad de resolver los problemas internacionales, la necesidad de llamar a una revolución mundial, la necesidad de realizar el paso de nuestra revolución, como revolución limitadamente nacional, a la revolución mundial.”⁷⁷ En una resolución secreta que se adoptó se dice: “El congreso considera que la única garantía segura del afianzamiento de la revolución socialista triunfante en Rusia es su transformación en revolución obrera mundial.”⁷⁸

Algunos días después, Lenin presentaba un informe en el Congreso de los Sóviets: “El imperialismo mundial y junto a él la marcha victoriosa de la revolución social no pueden marchar juntos.” El 23 de abril decía en la sesión del Soviet de Moscú: “Nuestro atraso nos impulsó adelante, y si no sabemos resistir hasta que llegue el vigoroso apoyo de los obreros que se han alzado a la insurrección en otros países, pereceremos.”⁷⁹ En mayo de 1918, el mismo Lenin escribía: “... el proletariado tiene razón cuando afirma que es necesario retroceder, así sea hasta los Urales (ante el imperialismo occidental y oriental), porque no tenemos fuerzas, pues en ello reside la *única* posibilidad de ganar tiempo mientras madura la revolución en occidente”⁸⁰.

Lenin se daba perfectamente cuenta de que los aplazamientos de las negociaciones en Brest agravaban las condiciones de la paz. Pero colocaba los problemas de la revolución internacional por encima de los problemas “nacionales”. Lenin, a pesar de los desacuerdos episódicos con Trotsky a propósito de la firma de la paz, dice el 28 de junio de 1918 en la Conferencia de Moscú de los Sindicatos: “Cuando se iniciaron las negociaciones de Brest, resonaron en el mundo las revelaciones del camarada Trotsky, ¿y acaso esta política no condujo a que en un país enemigo, complicado en una terrible guerra imperialista con otros gobiernos, nuestra política produjera no ira, sino la simpatía de las masas populares?”⁸¹ Ocho días después, en un

⁷⁶ V. I. Lenin, “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe político del comité central”, en *Obras Completas, Tomo XXVIII*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 304.

⁷⁷ *Ibidem*, página 298.

⁷⁸ V. I. Lenin, “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(B)R. Resolución sobre la guerra y la paz.”, en *ibidem*, página 324.

⁷⁹ V. I. Lenin, “Discurso pronunciado en el Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú. 23 de abril de 1918.”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 32.

⁸⁰ V. I. Lenin, “Infantilismo ‘de izquierda’ y la mentalidad pequeñoburguesa”, en *ibidem*, página 84.

⁸¹ V.I. Lenin, “IV Conferencia de Sindicatos y Comités de Fábrica y Talleres de Moscú. Palabras finales para el informe sobre la situación actual”, en *ibidem*, página 244.

informe del Consejo de Comisarios del Pueblo al V Congreso de los Sóviets, Lenin volvió sobre la misma cuestión: “Después de cumplir nuestro deber ante todos los pueblos [...] por intermedio de nuestra delegación de Brest encabezada por el camarada Trotski”⁸² Un año más tarde, Lenin lanzaba este llamamiento: “Tropezamos con este hecho en la época de la paz de Brest, cuando el poder soviético colocó a la dictadura mundial del proletariado y a la revolución mundial por encima de todos los sacrificios nacionales, por muy duros que fueran.”⁸³

“¿Qué importancia [pregunta Stalin, cuando el tiempo ha borrado de su memoria los contornos de ideas que ya no eran muy nítidas], qué importancia puede tener la declaración de Trotsky según la cual la Rusia revolucionaria no podrá sostenerse frente a la Europa conservadora? Sólo puede tener un significado: Trotsky no siente la potencia interna de nuestra revolución.”

En realidad, todo el partido presentaba unanimidad en esta convicción de que “frente a la Europa conservadora” la República Soviética no podría sostenerse. Pero eso sólo era el reverso de otra convicción según la cual la Europa conservadora no podría sostenerse frente a la Rusia revolucionaria. Bajo una forma negativa se expresaba una inquebrantable fe en la potencia internacional de la revolución rusa. Y, en su conjunto, el partido no se equivocaba. En cualquier caso, la Europa conservadora no resistió íntegramente. Incluso la revolución alemana, traicionada por la socialdemocracia, se vio lo bastante fuerte como para recortarle las garras a Ludendorff y Hoffmann. Sin esta operación, la República Soviética probablemente no habría escapado a su pérdida.

Pero incluso tras el hundimiento del militarismo alemán, la apreciación general de la situación internacional no resultó modificada. “Sabíamos que nuestros esfuerzos conduciría inevitablemente a la revolución mundial [decía Lenin en una sesión del comité ejecutivo central a fines de julio de 1918] Las cosas se presentan ahora de manera tal, que si bien por un lado salimos de la guerra, en cuanto a una coalición, por otro lado experimentamos de inmediato la embestida del imperialismo.”⁸⁴ En agosto, cuando la guerra civil iluminaba el Volga, con la participación de los checoslovacos, Lenin declaraba en un mitin en Moscú: “Nuestra revolución comenzó como una revolución general y nuestras tareas las cumpliremos con ayuda de los obreros y campesinos del mundo. [...] Los obreros asegurarán la victoria de la República Soviética sobre los checoslovacos y darán la posibilidad de que nos mantengamos hasta que estalle la revolución socialista mundial.”⁸⁵ Sostenerse esperando a que estalle la revolución en occidente, tal era en otro tiempo la fórmula del partido.

En esos mismos días Lenin escribía a los obreros estadounidenses: “Nos encontramos como en una fortaleza sitiada, esperando que llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista mundial.”⁸⁶ En noviembre se expresa aún más categóricamente: “Los hechos de la historia mundial demostraron [...] que la transformación de nuestra revolución rusa en socialista, no era una aventura sino una necesidad, pues *no había otra alternativa*: el imperialismo anglo-francés y norteamericano destruirá *inevitablemente* la independencia y la libertad de Rusia, *si* no

⁸² V. I. Lenin, “V Congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos, Soldados y del Ejército Rojo. Informe del Consejo de Comisarios del Pueblo”, en *ibídem*, página 279.

⁸³ V. I. Lenin, “VIII Congreso del PC(B)R. Informe del Comité Central. 18 de marzo.”, en *Obras Completas, Tomo XXXI*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 16.

⁸⁴ V. I. Lenin, “Discurso en la reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Moscú, los Comités de Fábrica y Talleres y los sindicatos de Moscú”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 332, 333 y 335.

⁸⁵ V. I. Lenin, “Discurso en el mitin en la Casa del Pueblo de Alexéiev”, en *ibídem*, páginas 394-395.

⁸⁶ V. I. Lenin, “Carta a los obreros norteamericanos”, en *ibídem*, página 386.

triunfa la revolución socialista mundial, el bolchevismo mundial.”⁸⁷ Si hay que atenerse a los términos de Stalin, Lenin evidentemente no siente “la potencia interna de nuestra revolución”.

El primer aniversario de la insurrección ya ha pasado. El partido había tenido bastante tiempo para ver claro a su alrededor. Y no obstante ello, en su informe al VIII Congreso del partido, en marzo de 1919, Lenin declaró de nuevo: “No vivimos sólo en un Estado, sino *dentro de un sistema de Estados*, y es inconcebible que la República Soviética pueda existir durante mucho tiempo al lado de los Estados imperialistas. En fin de cuentas, deberá triunfar uno u otro.”⁸⁸

En el tercer aniversario, que coincidía con el aplastamiento de los blancos, Lenin traía a colación recuerdos y generalizaba: “... si aquella noche se nos hubiese dicho que al cabo de tres años [...] tendríamos esta victoria nuestra, nadie, ni siquiera el optimista más incorregible, lo habría creído. Sabíamos entonces que nuestra victoria sería firme sólo cuando nuestra causa hubiera triunfado en todo el mundo, y cuando comenzamos nuestra obra contábamos exclusivamente con la revolución mundial” No se podría pedir testimonio más irrefutable: en el momento de la insurrección de octubre, “el optimista más incorregible”, ¡lejos de soñar con la edificación de un socialismo nacional no creía incluso ni en la posibilidad de una defensa de la revolución sin una ayuda directa del exterior! “... Depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional”⁸⁹. Ni el partido ni el Ejército Rojo necesitaban el mito del socialismo en un solo país para asegurar la victoria contra legiones de enemigos durante una lucha de tres años.

La situación mundial se presentó más favorablemente de lo que se podría haber esperado. Las masas manifestaron una excepcional disposición a realizar sacrificios para lograr nuevos objetivos. La dirección utilizó con destreza las contradicciones del imperialismo en el primer periodo, el más difícil. En suma, la revolución mostró una mayor estabilidad de la que hubiesen esperado los “optimistas más incorregibles”. Además, el partido conservaba íntegramente su posición internacional de antaño.

“Si no hubiese habido guerra [explicaba Lenin en enero de 1918] constataríamos la unión de los capitalistas del mundo entero: una unión en el terreno de la lucha contra nosotros.” “Si pudimos acabar tan fácilmente con las bandas de Kerensky, si instauramos con tanta facilidad el poder en nuestro país, si obtuvimos sin la menor dificultad decretos sobre la socialización de la tierra y el control obrero; [decía Lenin en el VII Congreso del partido] si todo eso fue tan fácil, se debió sólo a una afortunada combinación de circunstancias que nos protegió del imperialismo internacional por poco tiempo.”⁹⁰ En abril, Lenin decía en una sesión del comité ejecutivo central: “... hemos logrado una tregua solamente porque en occidente continúa la masacre imperialista, y en el Lejano Oriente la rivalidad imperialista se extiende cada vez más. Únicamente a eso se debe que la República Soviética exista”⁹¹

⁸⁷ V. I. Lenin, “Las valiosas declaraciones de Pitirin Sorokin”, en *Obras Completas, Tomo XXX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 31.

⁸⁸ V. I. Lenin, “VIII Congreso del PC(B)R. Informe del Comité Central. 18 de marzo.”, en *Obras Completas, Tomo XXXI*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 21.

⁸⁹ V. I. Lenin, “Discurso en la sesión solemne del pleno del Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú, el Comité del PC(b)R de Moscú y el Consejo de Sindicatos de Moscú, dedicada al Tercer Aniversario de la Revolución de Octubre”, en *Obras Completas, Tomo XXXIV*, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 96 y 97.

⁹⁰ V. I. Lenin, “VII Congreso Extraordinario del PC(B)R. Informe político del Comité Central”, en *Obras Completas, Tomo XXVIII*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 298.

⁹¹ V. I. Lenin, “Reunión del CEC de toda Rusia. Informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 47.

La excepcional combinación de circunstancias no durará eternamente. “Acabamos de pasar de la guerra a la paz, decía Lenin en noviembre de 1920, pero no hemos olvidado que la guerra volverá. Mientras subsistan el capitalismo y el socialismo no podremos vivir en paz, uno u otro debe vencer finalmente. Habrá una misa de réquiem o bien por la República Soviética o bien por el imperialismo mundial. Es un plazo en la guerra.”

La transformación de la “tregua” primitivamente prevista en período prolongado de equilibrio inestable ha sido posible no solamente por la lucha entre grupos capitalistas sino, también, por el movimiento revolucionario internacional. Bajo la influencia de la insurrección de noviembre en Alemania, las tropas alemanas tuvieron que abandonar Ucrania, las provincias bálticas y Finlandia. La penetración del espíritu de rebelión entre los ejércitos de la Entente obligó a los gobiernos francés, inglés y estadounidense a retirar sus tropas de las costas meridionales y septentrionales de Rusia. La revolución proletaria en occidente no venció pero, en camino hacia la victoria, le sirvió al estado soviético de cobertura durante cierto número de años.

En julio de 1921, Lenin estableció el balance: “Se ha llegado a un equilibrio que, aunque poco sólido, extremadamente inestable, no deja por ello de ser un equilibrio tal que la república socialista puede subsistir, por supuesto que por poco tiempo, rodeada por el cerco capitalista.”⁹² Así fue como de una semana a otra el partido asimilaba, poco a poco, la idea que el estado obrero podría vivir en paz, durante cierto tiempo, “por supuesto que por poco tiempo”, dentro del cerco capitalista.

De forma absolutamente incontestable, de los datos precedentes resulta una deducción no carente de importancia: según la convicción general de los bolcheviques, el estado proletario no podía sostenerse durante mucho tiempo sin una victoria del proletariado en occidente; el programa de la edificación del socialismo en un solo país estaba, por ello, prácticamente excluido; ni se planteaba la cuestión.

Sin embargo sería completamente erróneo creer, como ha intentado sugerir la escuela de los epígonos estos últimos años, que el partido hubiese visto en los ejércitos capitalistas el único obstáculo en la vía del socialismo nacional. La amenaza de una intervención armada estaba puesta, efectivamente, en primer plano. Pero incluso el peligro de guerra no representaba más que la expresión más aguda de la preponderancia técnica e industrial de los países capitalistas. Al fin de cuentas, el problema de reducía al aislamiento de la república soviética y a su estado atrasado.

El socialismo es la organización por la sociedad de una producción racional y armoniosa para la satisfacción de las necesidades humanas. La propiedad colectiva ejercida sobre los medios de producción no es todavía el socialismo; sólo es la condición jurídica previa. El problema del régimen socialista no puede separarse del de las fuerzas productivas que, en la fase actual de la evolución humana, es por esencia de una amplitud mundial. Tal estado devenido estrecho para el capitalismo, es mucho menos capaz de devenir el terreno de un régimen socialista acabado. La condición atrasada de un país revolucionario aumenta para él, además, el peligro de un reflujó hacia el capitalismo. Rechazando la perspectiva de una revolución socialista aislada, los bolcheviques tenían en vistas no el problema, mecánicamente separado, de la

⁹² “El resultado es cierto equilibrio, sumamente precario, es verdad. Pero, con todo, debemos tener en cuenta este hecho, no debemos cerrar los ojos si queremos existir. U obtenemos una victoria inmediata sobre toda la burguesía, o pagamos el tributo.” V. I. Lenin, “III Congreso de la Internacional Comunista. Informe sobre la táctica del PCR”, en *Obras Completas, Tomo XXXV*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 394. Es la cita más aproximada que se ha encontrado en las obras completas. En esta misma página los editores de esas obras se ven obligados a señalar diferencias de interpretación según versión inglesa, francesa o taquigráfica en alemán (idioma en el que Lenin se dirigió al congreso), ver en nota a pie de página 394.

intervención, sino todo el conjunto de las cuestiones que se refieren a la base económica internacional del socialismo.

En el VII congreso del partido, Lenin decía: “Si Rusia marcha ahora, y marcha indiscutiblemente desde su paz “de Tilsit” a un auge nacional..., la salida no está por el lado del estado burgués sino por el de una revolución socialista internacional.” Ta es la alternativa: o bien la revolución internacional o bien un reflujó hacia el capitalismo. “No sabemos y no podemos saber cuántas etapas de transición al socialismo habrá. Eso depende de que comience la total revolución socialista europea”⁹³.

En abril del mismo año, pidiendo que se agrupasen las filas para el trabajo práctico, Lenin escribía: “... sólo en la medida en que seamos capaces de resolver la tarea de organización que tenemos planteada, podremos prestar una ayuda efectiva a la revolución socialista en Occidente, que se ha atrasado por una serie de causas.”⁹⁴ La primera empresa de edificación económica se incluye inmediatamente en el esquema internacional: se trata de “ayudar a la revolución socialista en occidente” y no en absoluto de crear un reino socialista independiente en oriente.

A propósito de la hambruna inminente Lenin declara a los obreros de Moscú: “En nuestra agitación es necesario... explicar que la calamidad que se ha abatido sobre nosotros es una calamidad internacional que no tiene otra salida más que la revolución internacional.” Para vencer la hambruna es necesaria una revolución del proletariado mundial, declara Lenin. Para edificar un régimen socialista es suficiente con una revolución en un solo país, le responden los epígonos. ¡Tal es la amplitud de los desacuerdos! ¿Quién tiene razón? En cualquier caso, no olvidemos que no obstante los éxitos de la industrialización, la hambruna no se ha vencido aún en estos días.

El Congreso de los Consejos de Economía Nacional formulaba en diciembre de 1918 un esquema de la edificación socialista en los términos siguientes: “La dictadura del proletariado mundial deviene históricamente inevitable [...] El desarrollo de toda la sociedad en el mundo, así como también de cada país en particular, está determinado por ello. La institución en los otros países de la dictadura del proletariado, y de una forma soviética de gobierno, hará posible el establecimiento de relaciones económicas muy estrechas entre los países, la división internacional del trabajo en el plano de la producción, con la finalidad de la organización de servicios económicos internacionales.” Que semejante resolución haya podido ser votada por un congreso de órganos gubernamentales ante los que se planteaban problemas puramente prácticos (el carbón, los bosques, la remolacha), muestra mejor que nada cómo, durante este período, en la conciencia del partido predominaba sin división la perspectiva de la revolución permanente⁹⁵.

En *El ABC del comunismo*, manual del partido redactado por Bujarin y Preobrazhensky, y que fue publicado en numerosas ediciones, leemos: “La revolución comunista puede únicamente vencer, como revolución mundial⁹⁶ [...] en una situación en la que sólo hay victoria obrera en un solo país, la edificación económica tropieza con enormes dificultades [...] Para la victoria del comunismo se necesita la victoria de la revolución mundial.”

⁹³ V. I. Lenin, “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe sobre la revisión del programa y sobre el cambio de nombre del partido”, en *Obras Completas, Tomo XXVIII*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 334.

⁹⁴ V. I. Lenin, “La situación internacional de la República Soviética de Rusia y las tareas fundamentales de la revolución socialista”, en *ibídem*, página 446.

⁹⁵ Ver *La revolución permanente*, en estas mismas OELT-EIS.

⁹⁶ Nicolás Bujarin, *El abc del comunismo*, Juan Grijalbo Editor, México, 1970, página 143.

Dentro del mismo espíritu, con las mismas ideas, en un folleto popular que ha sido reeditado en numerosas ocasiones por el partido y traducido a lenguas extranjeras, escribía: “...Ante el proletariado ruso se plantea con más agudeza que nunca el problema de la revolución internacional [...] La revolución permanente en Rusia se transforma en una revolución europea del proletariado.”

En el famoso libro de Skvortsov Stépanov, *La electrificación*, aparecido bajo la dirección y con prefacio de Lenin, en un capítulo que éste recomienda muy fervientemente a la atención de los lectores, se dice: “El proletariado de Rusia nunca ha soñado con crear un estado socialista aislado. Un estado “socialista” independiente por sí mismo es un ideal pequeño burgués. No se puede concebir un acercamiento a ese estado en cierta medida si predomina económica y políticamente la pequeña burguesía; buscando aislar del mundo exterior a ese estado, quiere encontrar el medio para consolidar sus formas económicas que, tanto a causa de la técnica como de la economía modernas, han devenido las más inestables.” ¡Estas sobresalientes líneas, que indiscutiblemente fueron revisadas por Lenin, arrojan un vivo haz de luz sobre la evolución ulterior de los epígonos!

En las tesis sobre la cuestión nacional y colonial presentadas en el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin definía la tarea general del socialismo como superación de las etapas nacionales de la lucha, como “la tendencia a crear una economía mundial única formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo.”⁹⁷ En relación con esta tendencia progresista que hereda el socialismo, la idea de un régimen socialista en un solo país constituye por sí misma una reacción.

Las condiciones de la formación de la dictadura del proletariado y las de la edificación del régimen socialista no son ni idénticas ni convergentes y presentan incluso antagonismos en determinados casos. El hecho que el proletariado ruso haya llegado el primero al poder no significa en absoluto que llegará el primero también al socialismo. La disparidad contradictoria de la evolución que lleva a la insurrección de octubre no desaparece con el éxito de esta última; se encuentra en la misma base del primer estado obrero.

En marzo de 1918, Lenin decía: “Cuanto más atrasado es el país que, debido a los vaivenes de la historia, ha sido el que comenzó la revolución socialista, más difícil es para ese país pasar de las viejas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas.”⁹⁸ Esta idea reaparece en los discursos y artículos de Lenin, año tras año. En mayo del mismo año Lenin dice: “... nos fue fácil iniciar la revolución y más difícil continuarla, y por eso⁹⁹ en Occidente será más difícil comenzar la revolución y más fácil continuarla.”¹⁰⁰ En diciembre Lenin desarrolla la misma idea ante una auditorio de campesinos, para los que lo más difícil es dirigir su mirada más allá de las fronteras nacionales: “... en dichos países [occidentales] el paso a la agricultura socialista, el empleo de la técnica agrícola moderna y la unión de la población agrícola se efectuarán

⁹⁷ “Tesis adicionales sobre los problemas nacional y colonial”, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, página 82 y siguientes del formato pdf. En nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*.

⁹⁸ V. I. Lenin, “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe político del Comité Central. “ en *Obras Completas, Tomo XVIII*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 295.

⁹⁹ La frase anterior reza “Sabemos que allí, en Occidente, no es el podrido régimen de los Románov y de los fanfarrones frívolos el que se opone a los trabajadores, sino una burguesía totalmente organizada que se apoya en todas las conquistas de la civilización y de la técnica modernas. Por eso...” y continúa la cita.

¹⁰⁰ V. I. Lenin, “Discurso pronunciado en el II Congreso de toda Rusia de Comisarios de Trabajo”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 157.

con mayor celeridad y facilidad que en nuestro país. Los campesinos trabajadores de Rusia pueden estar seguros ahora de que, en alianza con los obreros urbanos y con el proletariado socialista del mundo entero, superarán todos los infortunios”¹⁰¹ En 1919 repetía: “...a los rusos les era más fácil comenzar una gran revolución proletaria en comparación con los países avanzados, pero les es más difícil continuarla y llevarla hasta la victoria final, en el sentido de una completa organización del régimen socialista.” El 27 de abril de 1920 retomaba esto con insistencia: “Rusia pudo comenzar la revolución socialista mientras que continuarla y llevarla hasta el final le será más difícil que a los países europeos. Ya tuve que señalar, a principios de 1918¹⁰², esta circunstancia, y una experiencia de dos años ha confirmado la justeza de este juicio...”

Los siglos de la historia muestran en su desarrollo diversos niveles de cultura. Para acabar con el pasado se necesita tiempo, no nuevos siglos, pero sí décadas. “Es probable que ni siquiera la próxima generación, mas evolucionada, logre completar la transición al socialismo”¹⁰³, decía Lenin en la sesión del comité ejecutivo central, el 29 de abril de 1918. Casi dos años después, en el congreso de las comunas agrícolas, indica plazos todavía más alejados. “Sabemos que no podemos implantar ahora un orden socialista; quiera Dios que puedan implantarlo en nuestro país nuestros hijos, o quizá nuestros nietos.”¹⁰⁴ Los obreros rusos se han puesto en camino antes que los otros, pero llegarán al final más tarde que el resto. Esto no es pesimismo; es realismo histórico.

“... Nosotros, proletariado de Rusia, adelantamos a Inglaterra y Alemania por nuestro régimen político..., [escribía Lenin en mayo de 1918] y, sin embargo, vamos atrasados frente al más atrasado de los estados de Europa Occidental... en cuanto al grado de nuestra preparación en el establecimiento material y productivo del socialismo.” La misma idea la expresa en un paralelismo entre dos estados: “En 1918 Alemania y Rusia son la encarnación evidente de la realización material de las condiciones económicas, productivas y socioeconómicas del socialismo, por un lado, y de las condiciones políticas, por el otro.”¹⁰⁵ Los elementos de la sociedad futura están como dispersos entre diversos países. Reunirlos y subordinarlos unos a otros, he ahí la tarea de una serie de insurrecciones nacionales que se combinan en una revolución mundial.

Lenin ridiculizaba de antemano la idea de un carácter autárquico de la economía soviética: En diciembre de 1920, en el VIII Congreso de los Sóviets, Lenin decía: “Mientras nuestra República Soviética sea el aislado confín del mundo capitalista, sería ridículo, fantástico y utópico, pensar en nuestra total independencia”¹⁰⁶. El 27 de marzo de 1922, en el XI Congreso del partido, Lenin lanzaba esta advertencia: “la severa

¹⁰¹ V. I. Lenin, “Discurso en el I Congreso de Departamentos agrarios”, en *Obras Completas, Tomo XXX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 205.

¹⁰² Por ejemplo: “... un país atrasado puede tener un comienzo fácil, porque su adversario está podrido, porque su burguesía no está organizada, pero para continuar necesita cien mil veces más perspicacia, cautela y resistencia. En Europa occidental será distinto; allí será inmensamente más difícil comenzar, pero incomparablemente más fácil proseguir.” Decía Lenin en su informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético a la reunión del CEC de toda Rusia el 29 de abril de 1918, *Obras Completas, Tomo XXIX*, páginas 47 y 48. NdT.

¹⁰³ V. I. Lenin, “Reunión del CEC de toda Rusia. Informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 57.

¹⁰⁴ V. I. Lenin, “Discurso en el I Congreso de Comunas Agrícolas”, en *Obras Completas, Tomo XXXII*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 190.

¹⁰⁵ V. I. Lenin, “Infantilismo de “izquierda” y la mentalidad pequeñoburguesa”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 93.

¹⁰⁶ V. I. Lenin, “VIII Congreso de toda Rusia de Soviets. Informe del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre la política exterior e interna”, en *Obras Completas, tomo XXXIV*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 224.

prueba que impondrá la crisis financiera que se aproxima, la prueba impuesta por el mercado ruso y el mercado internacional a los cuales estamos subordinados, con el que es tamos vinculados, del que no podemos aislarnos. Es una prueba severa, ya que en ella podemos ser derrotados, tanto económica como políticamente.”¹⁰⁷

La idea de la dependencia de la economía soviética en relación con la economía mundial está considerada ahora por la Internacional Comunista como “contrarrevolucionaria”: ¡el socialismo no puede depender del capitalismo! Los epígonos han cometido la diablura de olvidar que el capitalismo, igual que el socialismo, se apoya en la división mundial del trabajo que debe llegar a su más completa plenitud precisamente bajo el socialismo. La edificación económica en un estado obrero aislado, por importante que sea por sí misma, seguirá siendo incompleta, limitada y contradictoria; no puede alcanzar las alturas de una nueva sociedad armoniosa.

“Un verdadero crecimiento de la economía socialista en Rusia [escribía Trotsky en 1922] sólo será posible tras la victoria del proletariado en los más importantes países europeos.” Se han dado a conocer estas palabras para introducirlas en un acta de acusación. Ahora bien, esas palabras expresaban en su tiempo la idea común de todo el partido. “El asunto de la edificación [decía Lenin en 1919] depende completamente de la rapidez con la que la revolución venza en los principales países de Europa. Solamente tras semejante victoria podremos ocuparnos seriamente de la construcción.” Tales palabras no expresaban en absoluto desconfianza ante la revolución rusa sino la creencia en la próxima llegada de la revolución mundial. Actualmente también, tras grandes éxitos económicos logrados por la Unión Soviética, sigue siendo justo decir que “un verdadero crecimiento de la economía socialista” sólo es posible sobre la base internacional.

El partido consideraba también bajo el mismo ángulo el problema de la colectivización de la agricultura. El proletariado no puede construir una nueva sociedad sin llevar al campesinado al socialismo, mediante una serie de grados intermedios, campesinado que constituye una considerable parte de nuestra población, una parte predominante en buen número de países y una amplia mayoría en toda la extensión del globo terrestre. La solución a ese problema, difícil entre nosotros, depende al fin de cuentas de las relaciones cuantitativas y cualitativas establecidas entre la industria y la agricultura; el campesinado se adentrará tanto más voluntariamente y con más éxito en la vía de la colectivización en tanto que reciba de la ciudad una más rica aportación económica y cultural.

¿Existe, sin embargo, una industria suficiente para la transformación de la aldea? Lenin también volvía a llevar ese problema más allá de las fronteras nacionales. En el IX Congreso de los Soviets, Lenin decía: “...si analizamos este problema en escala mundial, vemos que existe una gran industria próspera, capaz de suministrar al mundo todos los artículos [...] En esto basamos nuestros cálculos.”¹⁰⁸ La relación entre la industria y la agricultura, infinitamente menos favorable en Rusia que en los países de Occidente, sigue siendo hasta ahora la base de crisis económicas y políticas que amenazan en determinados momentos la estabilidad del sistema soviético.

La política de lo que se llamó el “comunismo de guerra”, como se deduce de lo que se acaba de decir, no estaba en absoluto calculada para la edificación de un régimen socialista dentro de los límites nacionales. Los mencheviques eran los únicos en

¹⁰⁷ V. I. Lenin, “XI Congreso del PC(b)R. Discurso de apertura del congreso”, en *Obras Completas, Tomo XXXVI*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 245.

¹⁰⁸ V. I. Lenin, “IX Congreso de toda Rusia de Soviets. La política interna y exterior de la república. Informe del CEC de toda Rusia y del CCP”, en *ibidem*, páginas 76 y 77.

ridiculizar al poder soviético atribuyéndole semejantes planes. Para los bolcheviques los destinos ulteriores del régimen espartano impuesto por el desorden y la guerra civil dependían directamente del desarrollo de la revolución en Occidente. En enero de 1919, en pleno comunismo de guerra, Lenin decía: "... defenderemos los principios fundamentales de nuestra política comunista de abastecimientos y los mantendremos intactos hasta que llegue el momento de la victoria definitiva y mundial del comunismo."¹⁰⁹ Lenin se equivocaba junto a todo el partido. Fue necesario modificar la política de aprovisionamientos. Actualmente se puede considerar como establecido que, incluso si se hubiese producido la revolución socialista en Europa en los dos o tres primeros años que siguieron a octubre, hubiese sido igualmente inevitable un retroceso en la vía de la Nep. Pero si se aprecia retrospectivamente la primera etapa de la dictadura, se ve muy claramente hasta qué punto los métodos del comunismo de guerra y sus ilusiones se enredaban con la perspectiva de la revolución permanente.

A la salida de los tres años de guerra civil, una profunda crisis interna mostró la amenaza de una ruptura directa entre el proletariado y el campesinado y entre el partido y el proletariado. Se necesitaba una revisión radical de los métodos del poder soviético. "... debemos satisfacer al campesinado medio económicamente y llegar a la libertad de intercambio; de otro modo, dado que la revolución mundial se retarda, será imposible (económicamente imposible) mantener el poder del proletariado en Rusia"¹¹⁰. Pero el paso a la Nep ¿no vino acompañado por una ruptura de principios entre los problemas internos y los problemas internacionales?

Lenin hizo una apreciación de conjunto de la etapa que se abría en sus tesis para el III Congreso de la Internacional Comunista: "Por eso, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria mundial, como un proceso único, la época por la que atraviesa Rusia es significativa como una prueba práctica y una verificación de la política del proletariado en el poder hacia la masa pequeñoburguesa."¹¹¹ En la misma definición de los marcos de la Nep suprime pura y simplemente el problema del socialismo en un solo país.

No menos edificantes son las líneas que Lenin trazó para sí mismo durante los días en los que se discutía y elaboraban los nuevos métodos económicos: "10 o 20 años de relaciones regulares con los campesinos y está asegurada la victoria en escala mundial (aun si hay retraso en las revoluciones proletarias, que están creciendo)"¹¹² El objetivo está indicado: adaptarse a nuevos plazos, a más amplios vencimientos que se pueden necesitar para que madure la revolución en Occidente. En ese sentido, y solamente en ese sentido, Lenin expresaba la seguridad de ver salir "de la Rusia de la Nep una Rusia socialista".

Decir que la idea de la revolución internacional no ha sido sometida a una revisión es decir poco; en cierto sentido, ha adquirido ahora una expresión más profunda y neta. En el X Congreso del partido, y para explicar la situación histórica de la Nep, Lenin decía: "Los países capitalistas desarrollados tienen una clase de trabajadores asalariados rurales formada a lo largo de muchas décadas. [...] Sólo en países donde esta clase está suficientemente desarrollada es posible pasar directamente del capitalismo al socialismo, sin necesidad de medidas de transición especiales en todo el

¹⁰⁹ V. I. Lenin, "Discurso en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Moscú y el Congreso de toda Rusia de Sindicatos", en *Obras Completas, Tomo XXX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 259.

¹¹⁰ V. I. Lenin, "X Congreso del PC(b)R. Informe sobre la sustitución de la requisa de excedentes por un impuesto en especie", en *Obras Completas, Tomo XXXV*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 68.

¹¹¹ V. I. Lenin, "III Congreso de la Internacional Comunista. Tesis del informe sobre la táctica del PCR", en *Ibidem*, página 356.

¹¹² V. I. Lenin, "Planes del folleto 'El impuesto en especie'", en *Ibidem*, página 195.

país. En muchos trabajos escritos, en todas nuestras intervenciones públicas y en toda la prensa hemos subrayado que este no es el caso de Rusia, que aquí los obreros industriales son una minoría y los pequeños agricultores son una vasta mayoría. En un país así, la revolución socialista puede triunfar sólo con dos condiciones. Primero, si es apoyada oportunamente por una revolución socialista en uno o varios países avanzados. [...] La segunda condición es el acuerdo entre el proletariado, que ejerce su dictadura, es decir, tiene en sus manos el poder estatal, y la mayoría de la población campesina. [...] Sabemos que mientras no es talle la revolución en otros países, sólo el acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia.”¹¹³ Aquí están reunidos todos los elementos del problema. La unión con el campesinado es indispensable para la existencia misma del poder soviético; pero esa unión no reemplaza a la revolución internacional que, sólo ella, puede crear la base económica de un régimen socialista.

En el mismo X Congreso se presentó un informe especial: *La república soviética sitiada por el capitalismo*, dictado por el retraso de la revolución en Occidente. Kámenev habló en calidad de ponente, en nombre del Comité Central: “... Nunca nos hemos fijado como objetivo [decía él como si se tratase de alguna cosa incontestable] edificar un régimen comunista en un solo país aislado. No obstante ello, nos encontramos en una situación tal que nos es indispensable mantener la base del régimen comunista, la base del estado socialista, la república proletaria soviética, cercada por todas partes por las relaciones capitalistas. ¿Resolveremos ese problema? Pienso que es una cuestión escolástica. Planteada así, no se puede responder. Se presenta bajo esta forma: ¿en el actual estado de las relaciones, ¿cómo conservar el poder de los soviets y mantenerlo hasta el momento en que el proletariado, de tal o tal otro país, venga en nuestra ayuda?” Si las ideas del ponente, sin duda alguna sometidas más de una vez en resumen al examen de Lenin, hubiesen estado en contradicción con el bolchevismo tradicional, ¿cómo hubiera sido posible que el congreso no hubiese elevado una protesta? ¿Cómo es que ni un solo delegado indicase que sobre la cuestión más esencial de la revolución Kámenev desarrollaba opiniones que no tenían “nada en común” con las de los bolcheviques? ¿Cómo hubiese sido posible que nadie en todo el partido señalase la herejía?

“Según Lenin [afirma Stalin] la revolución extrae sus fuerzas ante todo de los obreros y los campesinos de la misma Rusia. Según Trotsky, se podría creer que las fuerzas indispensables sólo pueden reclutarse en el terreno de la revolución mundial del proletariado.” A estas dos concepciones antitéticas, como a muchas otras, Lenin hubiese respondido, como hizo el 14 de mayo de 1918 en una sesión del Comité Ejecutivo Central: “...no olvidamos la debilidad de la clase obrera rusa en comparación con otros destacamentos del proletariado internacional. [...] Debemos permanecer en nuestro puesto mientras no acuda nuestro aliado, el proletariado internacional”¹¹⁴ En el tercer aniversario de la insurrección de octubre, Lenin confirmaba: “... depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional, y esa esperanza era indudablemente acertada”¹¹⁵ [...] Siempre hemos señalado que una obra tal como la revolución socialista

¹¹³ V. I. Lenin, “X Congreso del PC(b)R. Informe sobre la sustitución de la requisa de excedentes por un impuesto en especie”, en *Ibidem*, páginas 57 y 58.

¹¹⁴ V. I. Lenin, “Informe sobre la política exterior en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia y el Soviet de Moscú”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 131 y 132.

¹¹⁵ V. I. Lenin, “Discurso en la sesión solemne del pleno del Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú, del Comité del PC(b)R de Moscú y del Consejo de Sindicatos de Moscú, dedicada al tercer aniversario de la revolución de octubre”, en *Obras Completas, Tomo XXXIV*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 97.

no puede ser llevada a cabo en un solo país...”¹¹⁶ En febrero de 1921, Lenin declaraba en el Congreso de los Obreros de la Industria de la Confección: “Desde 1917, cuando luchábamos contra los gobiernos republicanos burgueses en Rusia, e incluso desde que fue implantado el poder de los soviets a fines de 1917, hemos repetido una y otra vez a los obreros que la tarea cardinal y la condición fundamental de nuestra victoria es extender la revolución, por lo menos, a algunos de los países más avanzados.”¹¹⁷ No, Lenin está demasiado comprometido por su empecinamiento en “extraer” fuerzas en el terreno mundial; ¡imposible blanquearlo!

Igual que Trotsky se ve colocado en oposición con Lenin, el mismo Lenin se ve en oposición con Marx y con más razón. Si Marx suponía que la revolución proletaria comenzaría en Francia, pero no acabaría en otro lugar que en Inglaterra ello se explica, según Stalin, por el hecho que Marx no conocía todavía la ley de la evolución desigual. En realidad, la previsión de Marx, oponiendo un país en el que comienza la revolución a otro en el que se produce completamente la realización socialista, está enteramente construida sobre la ley de una evolución desigual. En cualquier caso, el mismo Lenin que no admitía reticencias sobre grandes cuestiones, jamás, ni en ninguna parte, marcó un desacuerdo con Marx y Engels a propósito del carácter internacional de la revolución. ¡Muy al contrario! En el Tercer Congreso de los Soviets Lenin decía: “Las cosas resultaron distintas de lo que esperaban Marx y Engels; y nosotros, las clases trabajadoras y explotadas de Rusia, tenemos el honor de ser la vanguardia de la revolución socialista internacional, y ahora vemos claramente hasta dónde llegará el desarrollo de la revolución; el ruso comenzó, el alemán, el francés y el inglés la terminarán, y el socialismo triunfará.”¹¹⁸

El argumento que nos espera más lejos es el del prestigio del estado: negar la teoría del socialismo nacional, “conduce [según los términos de Stalin] a desmochar nuestro país”. Esta fraseología, intolerable para los oídos de un marxista, traiciona por sí sola toda la profundidad de la ruptura con la tradición bolchevique. Lo que temía Lenin no era un “desmoche”, era la fanfarronada nacionalista.

“Somos [enseñaba Lenin en abril de 1918, en una sesión del soviet de Moscú] un destacamento revolucionario de la clase obrera que se ha adelantado, no porque seamos mejores que los otros obreros ni porque el proletariado de Rusia sea superior a la clase obrera de otros países, sino exclusivamente porque el nuestro era uno de los países más atrasados del mundo. Para nosotros la victoria definitiva llegará sólo cuando logremos aplastar de una vez y para siempre al imperialismo internacional, sostenido por la

¹¹⁶ En la versión de las obras completas de Akal Editor, que siguen la versión de la Editorial Cartago, no se ha encontrado esta frase exacta pero el lector puede consultar todo el texto del discurso que la justificaría. Por ejemplo: “Siempre hemos sabido, y no lo olvidaremos, que nuestra causa es una causa internacional, y mientras no se produzca la revolución en todos los países (incluidos los más ricos y civilizados), nuestra victoria será hasta entonces sólo una victoria a medias, o quizá menos.”, en la página 98 del discurso citado arriba.

¹¹⁷ V. I. Lenin, “Discurso en IV Congreso de la Industria de la Confección”, en *Obras Completas, Tomo XXXIV*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 396.

¹¹⁸ V. I. Lenin, “Tercer Congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Informe sobre la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo”, en *Obras Completas, Tomo XXVIII*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 151. Puede verse en el mismo discurso: “No me hago ilusiones acerca de que apenas hemos iniciado el período *de transición* al socialismo, de que aún no hemos llegado al socialismo” en la página 144; o: “Estimamos que cuando se nos pintan las dificultades que presenta nuestra obra, que cuando se nos dice que el triunfo del socialismo es posible sólo a escala mundial, ello no es más que un intento, que prueba la total desesperación de la burguesía y de sus partidarios voluntarios o involuntarios, de tergiversar una verdad absoluta. Va de suyo que la victoria completa del socialismo en un solo país es imposible.”, en la página 150.

grandiosa fuerza de la técnica y la disciplina. Pero esa victoria solamente la obtendremos junto con todos los obreros de los países, del mundo entero.”¹¹⁹

El llamamiento a un juicio razonable sobre uno mismo deviene el leitmotiv de los discursos de Lenin. “... si la revolución rusa (que no se debe a un mérito especial del proletariado ruso, sino al curso general de los acontecimientos históricos, que por la voluntad de la historia ha colocado transitoriamente a ese proletariado en el primer lugar, y lo ha convertido por ahora en la vanguardia de la revolución mundial)”¹²⁰ En la Conferencia de la provincia de Moscú de los Comités de Fábrica, el 23 de julio de 1918 Lenin decía: “... el papel de vanguardia del proletariado ruso en el movimiento obrero mundial no se debe al desarrollo económico del país. Justamente a la inversa: el atraso de Rusia [...] Consciente del aislamiento de su revolución, el proletariado ruso ve con claridad que la condiciones necesaria y la premisa esencial de su victoria está en la acción conjunta de los obreros de todo el mundo, o de los obreros de varios países capitalistas adelantados.”¹²¹ Por supuesto que la insurrección de octubre no fue provocada solamente por el estado atrasado de Rusia, y Lenin lo entendía muy bien. Pero tuerce conscientemente el junco para enderezarlo enseguida.

En el Congreso de los Consejos de la Economía Nacional, es decir de los órganos especialmente llamados a edificar el socialismo, Lenin dice, el 26 de mayo de 1918: “No cerramos los ojos ante el hecho de que no podríamos realizar íntegramente y con nuestros solos esfuerzos la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera mucho menos atrasado que Rusia”. Adelantando aquí las futuras vías de la categoría burocrática, el orador añade esta explicación: “... ello no debe provocar el menor pesimismo, pues la tarea que nos proponemos es una tarea cuyas dificultades y significación tienen un alcance histórico mundial.”¹²²

En el Congreso de los Soviets del 8 de noviembre dice: “... la victoria total de la revolución socialista es inconcebible en un solo país y requiere la colaboración más activa, por lo menos, de varios países avanzados, que no incluyen a Rusia.”¹²³ Lenin no solamente es que le niega a Rusia el derecho a tener su propio socialismo sino que le asigna, de una forma demostrativa, un lugar de segundo orden en la edificación en común del socialismo en los otros países. ¡Qué criminal “desmoche” de nuestro país!

En marzo, en el congreso del partido, Lenin se mete con quienes quieren ir demasiado lejos: “Hemos adquirido experiencia práctica al dar los primeros pasos hacia la destrucción del capitalismo, en un país donde existen relaciones peculiares entre el proletariado y el campesinado. Pero nada más. Si nos comportáramos como la rana de la fábula y nos infláramos de engreimiento, sólo nos convertiríamos en el hazmerreír del mundo, seríamos simplemente unos fanfarrones.”¹²⁴ ¿Puede alguien sentirse vejado al escuchar semejantes palabras? El 19 de mayo de 1921 Lenin exclamaba: “Pero ¿qué bolchevique ha negado jamás que la revolución no podría triunfar definitivamente más

¹¹⁹ V. I. Lenin, “Discurso pronunciado en el Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 31.

¹²⁰ V. I. Lenin, “Reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y del Ejército Rojo de Moscú y de los sindicatos obreros. Informe sobre la lucha contra el hambre”, en *ibídem*, página 187.

¹²¹ V. I. Lenin, “Informe en la Conferencia de la Provincia de Moscú de los Comités de Fábrica”, en *ibídem*, página 314.

¹²² V. I. Lenin, “Discurso a los Consejos de Economía Nacional”, en *ibídem*, página 172.

¹²³ V. I. Lenin, “VI Congreso Extraordinario de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos, Cosacos y del Ejército Rojo. Discurso sobre la situación internacional”, en *ibídem*, página 171.

¹²⁴ V. I. Lenin, “VIII Congreso del PC(b)R. Palabras finales para el informe sobre el programa del partido”, en *Obras Completas, Tomo XXXI*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 60.

que tras haber ganado a todos los países avanzados o, al menos, a determinados de ellos?” En noviembre de 1920, en la conferencia del partido de la provincia de Moscú, ya había dicho que los bolcheviques ni han prometido ni soñado “... transformar todo el mundo con las fuerzas de Rusia sola. Pero nunca hemos tenido ideas tan extravagantes, y hemos dicho siempre que nuestra revolución vencerá cuando sea apoyada por los obreros de todos los países.”¹²⁵

A principios de 1922 escribía: “Incluso ni hemos acabado de establecer las bases de una economía socialista. Las fuerzas hostiles del capitalismo agonizante todavía pueden disputárnosla. Hay que verlo claramente y reconocerlo francamente, pues no hay nada más peligroso que las ilusiones y vértigos, sobre todo cuando uno se encuentra en grandes alturas. No hay absolutamente nada de “terrible” en ello, nada que dé motivos legítimos para el menor desfallecimiento, si se reconoce esta amarga verdad pues siempre, y en numerosas ocasiones, hemos manifestado esta verdad que es el a b c del marxismo: para la victoria del socialismo se necesitan los esfuerzos conjuntos de los obreros de numerosos países avanzados.”

Dos años y medio más tarde, Stalin exigirá que se renuncie al marxismo en esta cuestión esencial. ¿Por qué motivo? Según él, Marx habría ignorado la desigualdad de la evolución, es decir la ley más elemental de la dialéctica, tanto de la naturaleza como la de la sociedad. Pero ¿cómo tratar al mismo Lenin que, según Stalin, habría “descubierto” por primera vez la ley del desarrollo desigual por la experiencia del imperialismo y que, sin embargo, se atenía obstinadamente al “verdadero abecedario del marxismo? En vano buscaremos la explicación.

Según la sentencia de acusación de la Internacional Comunista “El trotskismo actuaba y continúa actuando según la afirmación de que nuestra revolución no es en sí [¡!] en el fondo socialista, que la revolución de octubre sólo es una señal, un impulso y un punto de partida para la revolución socialista en Occidente.” La transmutación en el sentido nacional se disimula aquí con la pura escolástica. La revolución de octubre “en sí” no existe en absoluto. Hubiera sido imposible sin toda la historia precedente de Europa, no tendría esperanza si no hubiese continuado en Europa y en el mundo entero. “La revolución rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional” (Lenin). Su fuerza radica precisamente allí donde los epígonos ven su “desmoche”. Justamente por ello, y solamente por ello, en lugar de ser un todo que prevalece por sí mismo es una “señal”, un impulso, un “punto de partida”, un “eslabón”, y adquiere un carácter socialista.

“Va de suyo que la victoria completa del socialismo en un solo país es imposible”, decía Lenin en el III Congreso de los Soviets, en enero de 1918. Pero, en revancha, sí es posible alguna cosa: “Un ejemplo vivo, mostrando cómo se resuelve el problema en un país cualquiera... eso es lo que estimula a las masas trabajadoras en todos los países.”¹²⁶ En julio, en una sesión del Comité Ejecutivo Central: “... nuestra tarea inmediata, repito, es retener este poder, esta antorcha del socialismo, para que se desprendan de ella las chispas que aviven el creciente incendio de la revolución socialista.”¹²⁷ Un mes más tarde, en un mitin obrero: “... la revolución se prepara y se producirá inevitablemente. Y debemos conservar el poder soviético intacto hasta que

¹²⁵ V. I. Lenin, “Conferencia del PC(b)R de la provincia de Moscú. Nuestra situación exterior e interna y las tareas del partido”, en *Obras Completas, Tomo XXXIV*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 119.

¹²⁶ V. I. Lenin, “Tercer Congreso de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Informe sobre la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo”, en *Obras Completas, Tomo XXVIII*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 150.

¹²⁷ V. I. Lenin, “Discurso en la reunión conjunta del CEC de toda Rusia, el Soviet de Moscú, los Comités de Fábrica y Talleres y los Sindicatos de Moscú”, en *Obras Completas, Tomo XXIX*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 331.

comience; nuestros errores deben servir de lección al proletariado de Occidente, al movimiento socialista mundial.”¹²⁸. Algunos días más tarde, en el Congreso de Instrucción Pública: “... la revolución rusa es sólo una muestra, sólo el primer paso en la serie de revoluciones...”¹²⁹ En marzo de 1919, en el congreso del partido: “La revolución rusa era, en suma, una repetición general... de la revolución proletaria mundial.” No es una actuación celebrada independientemente, ¡solamente es una repetición general! ¡Qué tozudez y qué crueldad en el “desmoche”!

Pero Lenin no se detiene ahí. El 8 de noviembre de 1918 dice: “Si ocurre que se nos derroca... tenderemos derecho a decir, sin disimular nuestros errores, que hemos utilizado el período que nos ha concedido la suerte íntegramente para la revolución socialista mundial.” Tanto vistas con el método del pensamiento como con el de la psicología política, ¡cómo de alejadas están estas palabras de la arrogante suficiencia de los epígonos que se imaginan ser el ombligo del mundo!

Mantener el error cometido en una cuestión esencial porque así obliga el interés político lleva a innumerables errores y transforma gradualmente todo pensamiento. “... Nuestro partido no tiene derecho a engañar a la clase obrera [decía Stalin en el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en 1926], debe decir claramente que quien no esté seguro de poder edificar el socialismo en nuestro país acabará rehusando el poder y renunciando a la dirección para pasar a la oposición...” La Internacional Comunista dio su bendición a este punto de vista en una resolución: “Negar esta posibilidad [la de un régimen socialista en un solo país] como lo hace la Oposición, no es otra cosa más que negar la existencia de las condiciones previas para la revolución socialista en Rusia.” ¡Las “condiciones previas” no son el estado general de la economía mundial, ni las contradicciones internas del imperialismo, ni las relaciones de clase en Rusia, sino la garantía dada por adelantado de que existe la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país!

A esta deducción teleológica presentada por los epígonos durante el otoño de 1926 se puede replicar con las mismas consideraciones que opusimos a los mencheviques en la primavera de 1905: “Desde el momento en que el desarrollo objetivo de la lucha de clases le plantea al proletariado, en un momento determinado de la revolución, la alternativa: o bien asumir los derechos y obligaciones del poder o bien abandonar su posición de clase, la socialdemocracia se fija como tarea inmediata la conquista del poder. Y haciendo esto no ignora en absoluto los procesos objetivos del desarrollo que son de un orden más profundo, los procesos de crecimiento y concentración de la producción: desde el mismo momento en que la lógica de la lucha de clases, apoyándose al fin de cuentas en la marcha de la evolución económica, empuja al proletariado a la dictadura antes de que la burguesía haya agotado su misión económica... ello significa solamente que la historia hace recaer sobre el proletariado tareas de una formidable dificultad. Puede incluso que el proletariado resulte extenuado en esta lucha y sucumba bajo el peso de la carga, es posible. Pero no puede rechazar sus tareas más que bajo pena de una descomposición de clase y de un deslizamiento de todos el país hacia la barbarie.” A ello no tengo nada que añadir ni incluso ahora.

En mayo de 1918 Lenin escribía: “... Sería un error irreparable declarar que, desde el momento en el que reconocemos la falta de correlación entre nuestras fuerzas económicas y nuestra fuerza política”, de ello se dedujese “que no debíamos de haber tomado el poder... Así razonan los chupatintas olvidando que jamás habrá “correlación”, que no puede existir en la evolución natural ni tampoco en la evolución social, que solamente a través de sucesivos ensayos (cada uno de los cuales tomado

¹²⁸ V. I. Lenin “Discurso en el mitin del Museo Politécnico”, en *Ibidem*, página 392.

¹²⁹ V. I. Lenin, “Discurso en el I Congreso de toda Rusia de Instrucción Pública”, en *Ibidem*, página 398.

aparte sería unilateral y enturbiado con determinada disparidad) se constituirá un socialismo integral con la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países.” Las dificultades de la revolución internacional deben superarse no con una adaptación pasiva, ni con una renuncia al poder, ni con la actitud expectante de una nación que espera el levantamiento universal, sino con la acción completamente viva, con la victoria lograda sobre las contradicciones, con la dinámica de la lucha y con la ampliación de su terreno.

Si se toma en serio la filosofía histórica de los epígonos, en vísperas de octubre los bolcheviques tenían que saber por adelantado, en primer lugar, que tendrían en su contra a legiones de enemigos; después, que del comunismo de guerra pasarían a la Nep; por fin, que en caso de necesidad edificarían su socialismo nacional. En una palabra, antes de tomar el poder debían establecer un balance exacto y anotar el saldo en su activo. Lo que se ha producido en realidad no se parece nada a esta piadosa caricatura.

En un informe al congreso del partido en marzo de 1923, Lenin decía: “Constantemente hemos tenido que marchar a tientas. El hecho deviene evidente cuando tratamos de lanzar una mirada de conjunto sobre lo que hemos vivido. Pero ello no nos ha hecho temblar en absoluto, incluso ni el 10 de octubre de 1917, cuando se decidía la cuestión de la tomar del poder. No dudamos que nos haría falta experimentar, según la expresión del camarada Trotsky, hacer ensayos. Nos lanzamos a una empresa a la que nadie en el mundo se había arriesgado en tal escala.” Y más adelante: “¿Quién pues ha podido hacer la mayor de las revoluciones sabiendo por adelantado cómo llevarla hasta el final? ¿De dónde se podría extraer semejante saber? No se encuentra en los libros. No existen libros de ese género. Nuestra revolución sólo pudo nacer de la experiencia de las masas.”

Los bolcheviques no buscaban la certeza de que se podía edificar en Rusia un régimen socialista, no la necesitaban, era contraria a todo lo que les había enseñado la escuela del marxismo. “La táctica de los bolcheviques... [escribía Lenin contra Kautsky], era la única táctica internacionalista, porque se basaba, no en el temor cobarde a la revolución mundial, no en una “falta de fe” filistea en ella. [La táctica de los bolcheviques]... hacía todo lo posible en un solo país para el desarrollo, el apoyo y el despertar de la revolución en todos los países.”¹³⁰ Con semejante táctica uno no puede trazarse un itinerario infalible y menos aún podría uno garantizarse una victoria nacional. Pero los bolcheviques lo sabían: el peligro es un elemento de la revolución como de la guerra. Marchaban con los ojos abiertos ante los peligros.

Ofreciéndole al proletariado como ejemplo y prueba la valentía con la que la burguesía corre riesgos de guerra por sus intereses, Lenin estigmatizaba con aversión a esos socialistas que “tienen miedo a entablar el combate si no se les garantiza” un fácil éxito... “Merecen tres veces el menosprecio, esta escoria del socialismo internacional, estos lacayos de la moral burguesa.” Es sabido que Lenin no se molestaba en escoger expresiones cuando le ahogaba la indignación.

“Pero ¿qué hacer [pregunta con insistencia Stalin] si la revolución mundial está condenada al retraso? ¿Hay algún claro a la vista para nuestra revolución? Trotsky no propone ningún claro.” Los epígonos exigen privilegios históricos para el proletariado ruso: debe haber carriles preparados ante él para un movimiento ininterrumpido hacia el socialismo, independientemente de lo que pueda pasarle al resto de la humanidad. ¡Lástima! La historia no ha fabricado esos carriles. En el VII Congreso del partido, Lenin decía: “Si examinamos la situación desde el punto de vista histórico mundial,

¹³⁰ V. I. Lenin, “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, en *Obras Completas*, Tomo XXX, Akal Editor, Madrid, 1978, página 143.

indudablemente no habría esperanza de victoria final de nuestra revolución si quedásemos solos, si no hubiera movimientos revolucionarios en otros países.”¹³¹

Pero, incluso en ese caso, no sería estéril. En mayo de 1919, en el Congreso de la Enseñanza para Adultos, Lenin decía: “...aun cuando los imperialistas derrocaran mañana (eso fue en setiembre del año pasado) al gobierno bolchevique, ni por un segundo nos arrepentiríamos de haber tomado el poder. Y ni un solo obrero con conciencia de clase [...] se arrepiente de ello ni duda de que nuestra revolución, a pesar de todo, ha triunfado.”¹³² Pues Lenin sólo se figuraba la victoria en la continuidad internacional de la evolución y de la lucha. “La sociedad nueva [...] es una abstracción que sólo se puede encarnar en diversos ensayos, incompletos, concretos, para crear tal o tal estado socialista.” La clara diferencia y, en cierto sentido, la oposición de “estado socialista” y de “sociedad nueva” dan la clave de innumerables abusos cometidos por la literatura de los epígonos sobre los textos de Lenin.

Con una extrema simplicidad, Lenin explicaba el sentido de la estrategia bolchevique al final del quinto año siguiente a la toma del poder. “Cuando, en nuestros tiempos, inauguramos la revolución internacional actuamos así no porque estuviésemos convencidos de poder determinar de antemano el movimiento, sino porque numerosas circunstancias nos empujaban a comenzar esta revolución. Pensábamos: o bien la revolución internacional vendrá en nuestra ayuda, y entonces nuestras victorias estarán completamente aseguradas, o bien cumpliremos nuestro modesto trabajo revolucionario, comprendiendo que en caso de derrota habríamos servido a la causa de la revolución, y que nuestra experiencia sería de una determinada utilidad para otras revoluciones. Teníamos claro que, sin el apoyo de una revolución internacional, mundial, la victoria de la revolución proletaria era imposible. Hasta la revolución, y también tras ella, pensábamos: enseguida, o al menos muy pronto, estallará la revolución en el resto de países, en los que están más desarrollados en el plano capitalista; o, en caso contrario, pereceremos. Aunque concebimos así las cosas hicimos todo lo posible para salvaguardar, bajo cualquier circunstancia y a cualquier precio, el sistema soviético, sabiendo que trabajábamos no solamente para nosotros sino, también, para la revolución internacional. Lo sabíamos, hemos expresado más de una vez esta convicción antes de la revolución de octubre, igualmente también inmediatamente después y durante la época en la que se debatía y firmaba la paz de Brest-Litovsk. Y en resumidas cuentas esto era correcto.” Los vencimientos se aplazaron, la trama de los acontecimientos se presentó de forma imprevista bajo muchos aspectos, pero la orientación esencial sigue sin cambiar.

¿Qué se puede añadir a estas palabras? “Comenzamos... la revolución internacional.” Si la insurrección en occidente no se produce “enseguida, o al menos muy pronto”, pensaban los bolcheviques, “pereceremos”. Pero, incluso en ese caso, la conquista del poder estará justificada; otros se instruirán gracias a la experiencia de quienes hayan sucumbido. “Militamos no solamente por nosotros sino, también, por la revolución internacional.” Estas ideas de Lenin, profundamente embebidas de internacionalismo, fueron expuestas por él en el Congreso de la Internacional Comunista. ¿Le replicó alguien? ¿Alguien aludió a la posibilidad de un régimen socialista nacional? ¡Nadie dijo ni una palabra sobre ello!

¹³¹ V. I. Lenin, “Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b)R. Informe político del Comité Central”, en *Obras Completas, Tomo XXVIII*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 301.

¹³² V. I. Lenin, “Primer Congreso de toda Rusia de enseñanza para adultos. Discurso sobre el engaño al pueblo con consignas de libertad e igualdad”, en *Obras Completas, Tomo XXXI*, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 238 y 239.

Cinco años después, en el VII Plenario del Ejecutivo de la Internacional Comunista, Stalin desarrollaba consideraciones de un carácter completamente opuesto. Ya las conocemos. Si falta “la certeza de la posibilidad de la edificación del socialismo en nuestro país”, el partido debe devenir de “partido dirigente, en partido de oposición...”. Es necesario garantizarse el éxito antes de apoderarse del poder; no está permitido buscar tales garantías más que en el marco nacional; hay que estar seguros de poder edificar el socialismo en la Rusia campesina; en cambio, puede despreciarse perfectamente la garantía de una victoria del proletariado mundial. ¡Cada uno de los eslabones de esta cadena lógica golpea en toda la cara a la tradición del bolchevismo!

Para disimular su ruptura con el pasado, la escuela estalinista trató de utilizar algunas líneas de Lenin, las que le parecían las menos inservibles. El artículo de 1915 sobre los Estados Unidos de Europa hace, de pasada, el comentario que la clase obrera debe, en cada país, conquistar el poder y emprender la edificación socialista sin esperar a nadie. Si, tras estas líneas incontestables, se hubiese disimulado la idea de un régimen de socialismo nacional ¿cómo Lenin lo hubiera podido olvidar tan radicalmente durante los años siguientes y contradecirlo con tanta obstinación y a cada paso? Pero es inútil recurrir a argumentos indirectos cuando se poseen argumentos muy directos. Las tesis-programa, elaboradas por Lenin en ese mismo año de 1915, responden a la cuestión exacta y directamente: “La tarea del proletariado de Rusia es llevar hasta el final la revolución burguesa democrática en Rusia para alumbrar el fuego de la revolución socialista en Europa. Esta segunda tarea es ahora extremadamente cercana a la primera pero sigue siendo, no obstante, una tarea particular de segundo plano pues se trata de clases diferentes colaborando con el proletariado de Rusia; para la primera, el colaborador es el campesinado pequeño burgués de Rusia; para la segunda lo es el proletariado del resto de países.” No se puede pedir mayor claridad.

La segunda referencia a Lenin no está mejor basada. Es un artículo inacabado sobre la cooperación en el que dice que en la República Soviética se posee “todo lo que es indispensable y suficiente” para realizar, sin nuevas revoluciones, la transición hacia el socialismo: se trata, como lo muestra muy claramente el texto, de condiciones previas políticas y jurídicas. El autor no se olvida de recordar la insuficiencia de las bases de la producción y de la cultura. Lenin expresó más de una vez esta misma idea. “Lo que nos falta [escribía en un artículo del mismo período, a principios de 1923] es una cultura que permita pasar directamente al socialismo, aunque para ello tengamos las condiciones políticas previas.” En ese caso, como en el resto, Lenin partía del hecho que el proletariado de occidente marcharía hacia el socialismo, haciéndolo al lado del proletariado ruso y precediéndolo. El artículo sobre la cooperación no indica en absoluto que la república soviética pueda crear, a la moda reformista y armoniosamente, su socialismo nacional en lugar de insertarse en el proceso de los antagonismos y revoluciones, en un régimen socialista mundial. Las dos citas, introducidas incluso en el texto del programa de la Internacional Comunista, han sido después ampliamente explicadas en nuestra *Crítica del programa*¹³³, y nuestros adversarios no han intentado ni una sola vez defender sus elucubraciones y sus errores. Por otra parte, semejante tentativa carecería de esperanza.

En marzo de 1923, es decir en el último período de su trabajo creativo, Lenin escribía: “Nos encontramos... en el momento presente, ante un interrogante: ¿lograremos mantenernos con nuestra producción rural pequeña, muy pequeña, y ante nuestras ruinas hasta el momento en el que los países capitalistas de Europa Occidental cumplan su revolución hacia el socialismo?” Lo vemos otra vez: los vencimientos se

¹³³ Ver particularmente entre páginas 31 y 39 en “Crítica del Programa”, en *La Internacional Comunista después de Lenin*, en esta misma serie de nuestras Edicions Internacionals Sedov.

habían atrasado al máximo, la trama de los acontecimientos se había modificado, pero la base internacional de la política se mantenía inmutable. La creencia en la revolución internacional (según Stalin la “falta de fe” en las fuerzas internas de la revolución rusa) acompañó al gran internacionalista hasta la tumba.

Los epígonos tuvieron la posibilidad de “nacionalizar” las opiniones de Lenin solamente aplastándolo bajo un mausoleo.

De la división mundial del trabajo, de la desigualdad del desarrollo de las diversas naciones, de su interdependencia económica, de la desigualdad de la cultura bajo sus diversos aspectos según los países, resulta que el régimen socialista sólo puede construirse de acuerdo con el sistema de una espiral económica que repartirá las incompatibilidades internas de tal o tal otro país sobre todo un grupo de países y las compensará con servicios recíprocos y con complementos mutuos de las economías y culturas, es decir, y al fin de cuentas, sobre el terreno mundial.

El antiguo programa del partido adoptado en 1903 comienza: “... el desarrollo del intercambio y de la producción internacionales en el mercado mundial creó lazos tan estrechos entre todos los pueblos del mundo civilizado, que el movimiento obrero actual debió adquirir, y adquirió hace tiempo, carácter internacional.”¹³⁴ La preparación del proletariado para la próxima revolución social está definida como la tarea de la “socialdemocracia internacional”. Sin embargo, “en la vía que lleva a su objetivo final común... los socialdemócratas de diversos países se ven forzados a plantear tareas inmediatas que no son las mismas para unos y para otros.” En Rusia, la tarea es derrocar al zarismo. La revolución democrática se considera de antemano como una etapa nacional hacia la revolución socialista internacional.

La misma concepción fue puesta en la base del nuevo programa adoptado por el partido cuando éste conquistó el poder. En una discusión previa sobre el proyecto de programa para el VII Congreso, Miliutin aportó una enmienda a la resolución de Lenin: “Propongo [decía] insertar las palabras “revolución socialista internacional” allí donde se habla de “la era comenzada de la revolución socialista”... Pienso que una exposición de motivos es inútil... Nuestra revolución social sólo puede vencer como revolución internacional. No puede vencer únicamente en Rusia dejando subsistir al régimen burgués en los países que la rodean... Propongo introducir esta enmienda para evitar cualquier malentendido.” El presidente Sverdlov: “El camarada Lenin acepta la enmienda; es pues inútil votar.” ¡Este pequeño episodio de técnica parlamentaria (¡“una exposición de motivos es inútil”, y “es inútil votar”!) demuele la historiografía mentirosa de los epígonos de una forma que puede que sea más convincente que el estudio más cuidadoso! El hecho que el mismo Miliutin, así como Skavortsov-Stepánov más arriba citado, condenasen muy pronto sus propias opiniones bajo la denominación de “trotskismo”, este hecho no cambia en nada la naturaleza de las cosas. Los grandes torrentes históricos son más fuertes que las vértebras del hombre. El ascenso de la marea levanta a generaciones políticas enteras y el reflujó se las lleva. Por otra parte, las ideas son aptas para vivir incluso tras la muerte física o espiritual de sus propagadores.

Un año más tarde, en el VIII Congreso del partido, que confirmó el nuevo programa, se dilucidó de nuevo la misma cuestión en un intercambio de vivas replicas entre Lenin y Podbelski. El delegado de Moscú protestaba contra el hecho de que, a pesar de la revolución de octubre, se continuase hablando en el futuro de la revolución social. “El camarada Podbielski objeta que en uno de los puntos se hablara de la inminente revolución social. [...] ¿Cómo? ¿Estamos en la revolución social y el

¹³⁴ V. I. Lenin, “Proyecto de programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia”, en *Obras Completas, Tomo VI*, Akal Editor, Madrid, 1976, página 45.

programa habla de ella como de algo que aún tenemos por delante? Está claro que semejante argumento es insostenible, pues nuestro programa habla de la revolución social en escala mundial.”¹³⁵ ¡Ciertamente: la historia del partido no les ha dejado a los epígonos un solo rincón sin aclarar!

En el programa adoptado en 1921 por la Juventud Comunista, se presenta la misma cuestión bajo una forma particularmente simple y popular. En uno de sus párrafos se dice: “Rusia, aunque posea inmensas riquezas naturales, no deja de ser un país atrasado desde el punto de vista industrial y en el que predomina una población pequeño burguesa. Sólo puede alcanzar el socialismo gracias a una revolución proletaria mundial la hora de cuyo desarrollo ha llegado para nosotros.” Aprobado en su tiempo por el buró político, con la participación no solamente de Lenin y Trotsky sino también de Stalin, ese programa conservaba todavía todo su valor en el otoño de 1926 cuando el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista consideraba como un pecado mortal el rechazo a reconocer el socialismo en un solo país.

En los dos años siguientes los epígonos se vieron, sin embargo, forzados a archivar los documentos-programa de la época de Lenin. Se llamó programa de la Internacional Comunista a un nuevo programa hecho con la reunión de fragmentos. Si en Lenin en el programa “ruso” se trata de la revolución internacional, en los epígonos se trata del socialismo “ruso” en el programa internacional.

¿Cuándo y cómo se mostró por primera vez abiertamente la ruptura con el pasado? Es mucho más fácil señalar la fecha histórica teniendo en cuenta que se corresponde con un momento significativo en la biografía de Stalin. En abril de 1924, tres meses después de la muerte de Lenin, Stalin exponía modestamente los puntos de vista traicionales del partido: “... Derrocar el poder de la burguesía y establecer el poder del proletariado en un solo país [escribía en su libro *Cuestiones del leninismo*], ello no significa aún la garantía de una completa victoria del socialismo. La tarea principal del socialismo (la organización de la producción socialista) todavía está delante de nosotros. ¿Se puede resolver este problema, se puede llegar a una victoria definitiva del socialismo en un solo país sin los esfuerzos conjugados de los proletarios de numerosos países avanzado? No, no se puede. Para el derrocamiento de la burguesía es suficiente con los esfuerzos de un solo país (esto ha quedado demostrado por la historia de nuestra revolución). Para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no son suficientes los esfuerzos de los proletarios de diversos países avanzados...” Stalin acaba esta exposición con las siguientes palabras: “Tales son, en términos generales, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria.”¹³⁶

Hacia el otoño del mismo año, bajo la influencia de la lucha contra el “trotskismo”, se demostró de golpe que precisamente Rusia, a diferencia del resto de países, podía construir con sus propios medios un régimen socialista si no lo impedía una intervención “Habiendo consolidado su poder y arrastrado tras de sí al campesinado [escribía Stalin en una nueva edición de la misma obra], el proletariado del país vencedor puede y debe edificar un régimen socialista.” ¡Puede y debe! “es necesaria una victoria de la revolución al menos en numerosos países” solamente para “proteger por completo al país frente a una intervención”. La proclamación de esta nueva concepción,

¹³⁵ V. I. Lenin, “VIII Congreso del PC(b)R. Palabras finales para el informe sobre el programa del partido”, en *Obras Completas, Tomo XXXI*, Akal Editor, Madrid, 1978, página 55.

¹³⁶ Stalin, “Los fundamentos del leninismo” Únicamente el último párrafo se corresponde con la cita de la edición contemporánea aportada por Trotsky estando el resto muy retocado *a posteriori* en *Obras Escogidas en I volumen*, páginas 66-67: <https://www.marxists.org/espanol/stalin/obras/oe1/Stalin%20-%20Obras%20escogidas.pdf> .

que le reserva al proletariado mundial el papel de guardia fronteriza, acaba con las mismas palabras: “Tales son, en conjunto, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria”. En menos de un año Stalin le atribuye a Lenin dos puntos de vista diametralmente opuestos sobre la cuestión esencial del socialismo.

En el plenario del comité central, en 1927, Trotsky declaraba a propósito de los dos puntos de vista opuestos de Stalin: “Se puede alegar que Stalin se equivoca y después ha corregido. Pero ¿cómo ha podido equivocarse en tal punto sobre semejante cuestión? Si es justo decir que Lenin ofreció ya en 1915 la teoría de la edificación del socialismo en un solo país (lo que es radicalmente falso); si es cierto que después Lenin no hizo más que desarrollar y reforzar ese punto de vista (lo que es radicalmente falso), ¿cómo pues, se preguntará uno, ha podido Stalin elaborar por sí mismo, sobre esta cuestión de primera magnitud, y viviendo Lenin y en el último período de su existencia, ese punto de vista que encontró su expresión en la fórmula de Stalin en 1924? Resulta de ello que, sobre esta cuestión capital, Stalin siempre ha sido simplemente trotskysta y que solamente en 1924 dejó de serlo... No estaría mal que Stalin encontrase en sus propios textos al menos un pasaje que demostrase que él había hablado de la edificación del socialismo en un solo país antes de 1924. ¡No lo encontrará!” Este desafío quedó sin respuesta.

Sin embargo, no hay que exagerar la profundidad efectiva de la evolución estalinista. Igual que como en las cuestiones concernientes a la guerra y a la actitud hacia el gobierno provisional, o en la cuestión nacional, Stalin mantenía dos actitudes sobre las perspectivas generales de la revolución: una independiente, orgánica, que no siempre expresó y, en cualquier caso, jamás expresó hasta el límite; la otra convencional, fraseológica, adoptada de Lenin. En la medida en que se trata de hombres pertenecientes a un solo y mismo partido no puede uno figurarse un abismo más profundo que el que separa a Stalin de Lenin, tanto sobre las cuestiones esenciales de la concepción revolucionaria como en la psicología política. La naturaleza oportunista de Stalin queda oculta gracias a que se apoya en una revolución proletaria triunfante. Pero hemos visto la posición independiente de Stalin en marzo de 1917: teniendo tras de sí una revolución burguesa ya consumida, le propone al partido como tarea “frenar la desunión” de la burguesía, es decir que se opone de hecho a la revolución proletaria. Si ésta se realizó no fue por culpa de él. Con toda la burocracia, Stalin se coloca en el terreno del hecho cumplido. Desde el momento en que hay una dictadura del proletariado debe haber también socialismo. Habiendo girado los argumentos de los mencheviques contra la revolución proletaria en Rusia, con la teoría del socialismo en un solo país Stalin se ha puesto en guardia contra la revolución internacional. Y como jamás ha meditado hasta el final las cuestiones de principios, no ha podido hacer otra cosa más que imaginar que “en suma” siempre ha pensado como durante el otoño de 1924. Y como, por otra parte, nunca se puso en contradicción con la opinión dominante del partido, no ha podido librarse de imaginar que, “en suma”, éste pensaba como él.

A principio, la sustitución fue inconsciente. No se trataba de una falsificación sino de una degradación ideológica. No obstante, a medida que la doctrina del socialismo nacional ha ido tropezando con una crítica bien armada, ha sido necesaria la intervención organizada del aparato, principalmente quirúrgica. La teoría del socialismo nacional quedó decretada. Se demostró mediante el método del contrario: gracias al arresto de quienes no la admitían. Al mismo tiempo se abrió la era de un travestismo sistemático del pasado del partido. Su historia devino un palimpsesto. Hasta el presente se continúa desnaturalizando los pergaminos y ello con unas rabiosas ganas.

Sin embargo no fueron las medidas represivas y las falsificaciones lo que tuvieron una importancia decisiva. El triunfo de las nuevas opiniones, que respondían a

la situación e intereses de la burocracia, descansaba en circunstancias objetivas, transitorias, pero extremadamente potentes. Las posibilidades que se habían abierto ante la república soviética eran, tanto en política exterior como interior, mucho más considerables de lo que nadie había podido esperar antes de la insurrección. El estado obrero aislado, no solamente se mantuvo en medio de legiones de enemigos sino que, además, despuntó económicamente. Estos hechos brutos modelan la opinión pública de la joven generación que no ha aprendido todavía a pensar en sentido histórico, es decir a comparar y prever.

La burguesía europea se había quemado demasiado los dedos durante la última guerra como para decidirse fácilmente a entablar una nueva. El temor a las consecuencias revolucionarias ha paralizado hasta ahora los planes de intervención militar. Pero el temor no es un factor seguro. La amenaza de la revolución no ha reemplazado todavía hasta ahora a la misma revolución. Un peligro que tarda en plasmarse pierde su valor operativo. Al mismo tiempo, el antagonismo irreductible entre el estado obrero y el mundo del imperialismo busca la forma de estallar. Los acontecimientos de los últimos tiempos son tan elocuentes que las esperanzas depositadas en una “neutralización” de la burguesía mundial hasta la finalización de la edificación socialista han sido ahora abandonadas por la fracción dirigente; en cierto sentido aquellas han cambiado incluso por su contrario.

Los éxitos industriales obtenidos a lo largo de los años de paz se mantienen como una prueba, adquirida para siempre, de las incomparables ventajas de que goza una economía planificada. Este hecho no encierra ninguna contradicción con el carácter internacional de la revolución: el socialismo no podría realizarse en la arena mundial si sus elementos y bases no estuviesen preparados en diversos países. No se debe al azar que los adversarios de la teoría del socialismo nacional han sido, precisamente, los protagonistas de la industrialización, del principio del plan económico, del Plan Quinquenal, en particular, y de la colectivización. Rakovsky, y con él millares de otros bolcheviques, pagan con años de deportación y prisión los costes de la lucha a favor de una audaz iniciativa económica. Pero ellos mismos, por otra parte, han sido los primeros en levantarse contra la sobreestimación de los resultados obtenidos y la petulancia nacional. En revancha, los “prácticos” desconfiados y miopes, que hace tiempo pensaban que el proletariado de la Rusia atrasada no podría acceder al poder y que, tras la conquista del poder, negaban la posibilidad de una amplia industrialización y de la colectivización, han ocupado enseguida la posición completamente opuesta: los éxitos obtenidos contra sus propias previsiones simplemente los han multiplicado para hacer así resultados presumidos de una serie de planes quinquenales, substituyendo la perspectiva histórica por una tabla de multiplicar. Ahí está la teoría del socialismo en un solo país.

En realidad, el actual crecimiento de la economía soviética sigue un proceso contradictorio. Consolidando al estado obrero, los logros económicos no llevan completamente de forma automática a la creación de una sociedad armoniosa. Por el contrario, preparan en un nivel más elevado la intensificación de las contradicciones que pone de manifiesto una construcción socialista aislada. La Rusia rural continúa necesitando un plan económico general edificado con la Europa urbana. La división mundial del trabajo se eleva por encima de la dictadura del proletariado en un solo país y le prescribe imperiosamente las vías a seguir. La insurrección de octubre no excluyó a Rusia de la evolución del resto de la humanidad; por el contrario, la ligó más estrechamente a ella. Rusia ya no es un gueto de la barbarie pero todavía no es la Arcadia del socialismo. Es el país con la situación más transitoria en nuestra época de transición. “La revolución rusa no es más que una eslabón en la cadena de la revolución

internacional.” El estado actual de la economía mundial permite decir sin duda alguna: el capitalismo se ha acercado mucho más a la revolución proletaria de lo que la Unión Soviética se ha acercado al socialismo. La suerte del primer estado obrero está indisolublemente ligada a la del movimiento emancipador en Occidente y en Oriente. Pero este es un sujeto de importancia que exige ser estudiado aparte. Confiamos en poder volver sobre él.

El estado obrero, termidor y bonapartismo¹³⁷

(1 de febrero de 1935)

La política exterior de la burocracia estalinista (a través de sus dos canales, el fundamental de la diplomacia y el secundario de la Comintern) pegó un marcado viraje hacia la Liga de las Naciones, la preservación del *status quo* y la alianza con los reformistas y la democracia burguesa. A la vez, la política interna se volvió hacia el mercado y el “campesino rico de la granja colectiva”. El objetivo del último ataque contra grupos opositores y semiopositores, así como contra elementos aislados que mantienen por lo menos una actitud crítica, y de la nueva purga masiva en el partido es dejarle a Stalin vía libre para emprender el curso a la derecha. Ello implica inevitablemente la vuelta al viejo curso orgánico¹³⁸ (apostar todo al *kulak*, alianza con el Kuomintang, el Comité Anglo-Ruso, etcétera), pero a escala mucho mayor y en condiciones infinitamente más onerosas. ¿Adónde conduce esta orientación? Otra vez se escucha en muchas bocas la palabra “termidor”. Desgraciadamente, el uso desgastó esta palabra; perdió su contenido concreto y es evidentemente inadecuada para caracterizar la etapa que atraviesa la burocracia estalinista y la catástrofe que está preparando. Antes que nada, tenemos que aclarar nuestra terminología.

Las controversias sobre el “termidor” en el pasado

La cuestión del “termidor” está estrechamente ligada a la historia de la Oposición de Izquierda de la URSS. Hoy no sería fácil establecer quién recurrió primero a la analogía histórica del termidor. De todos modos, en 1926 las posiciones alrededor de este tema eran aproximadamente las siguientes: el grupo “Centralismo Democrático” (V.M. Smirnov, Saprónov y otros, a los que Stalin persiguió en su exilio hasta la muerte) declaraban: “¡El termidor ya es un hecho!” Los partidarios de la plataforma de la Oposición de Izquierda, los bolchevique-leninistas, negaban categóricamente este planteo. Este problema fue el eje de una ruptura. ¿Quién tuvo razón? Para responder tenemos que establecer con precisión qué entendía cada grupo por “termidor”; las analogías históricas permiten diversas interpretaciones y por lo tanto se puede abusar de ellas fácilmente.

¹³⁷ Tomado de “El estado obrero, termidor y bonapartismo”, en *Escritos, Tomo VI, Volumen 1*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976; también para las notas. La revolución rusa no tuvo precedentes; fue la primera revolución obrera triunfante de la historia. Pero los bolcheviques estaban ávidos de aprender de otras revoluciones, aun burguesas, todo lo que pudiera serles útil en el territorio desconocido en que se internaron después de 1917. Por eso estaban tan interesados en la gran Revolución Francesa de fines del siglo XVIII, y especialmente en las razones que motivaron la caída de los jacobinos revolucionarios, encabezados por Robespierre, en 1794, y de los sucesivos cambios de poder en la convención (parlamento revolucionario) que llevaron primero al gobierno del Directorio, luego al de Napoleón Bonaparte, inicialmente como primer cónsul y finalmente como emperador. (Robespierre cayó el 9 de Termidor [27 de Julio de 1794] según el nuevo calendario, el primer Bonaparte tomó el poder el 18 Brumario [9 de noviembre de 1799].) La revolución rusa fue anticapitalista mientras que la Revolución Francesa fue antifeudal, pero Trotsky y otros bolcheviques veían válidas, aunque parciales, las analogías entre la Rusia de la década de 1920 y la Francia de 1790, y frecuentemente discutían su significado. En este ensayo (destacado ejemplo de autocrítica y autorrectificación marxistas) Trotsky reconsidera el debate y cambia su posición sobre determinados aspectos importantes de la analogía termidoriana.

El difunto V.M. Smirnov (uno de los mejores representantes de la vieja escuela bolchevique) sostenía que el retraso en la industrialización, el avance del *kulak* y del *nepman* (los nuevos burgueses), la ligazón entre éstos y la burocracia y, finalmente, la degeneración del partido habían progresado tanto que se hacía imposible volver a la vía socialista sin una nueva revolución. El proletariado ya había perdido fuerza. Con el aplastamiento de la Oposición de Izquierda la burocracia comenzaba a expresar los intereses de un régimen burgués en reconstitución. Se habían liquidado las conquistas fundamentales de la revolución de octubre. Esta era en esencia la posición del grupo “Centralismo Democrático”.

La Oposición de Izquierda sostenía que, aunque indudablemente habían empezado a surgir en todo el país elementos de poder dual, la transición de estos elementos a la hegemonía de la burguesía no podía darse de otro modo que a través de un golpe contrarrevolucionario. La burocracia ya estaba ligada al *nepman* y al *kulak*, pero sus raíces seguían siendo fundamentalmente obreras. Al combatir a la Oposición de Izquierda, la burocracia, ni qué decirlo, se adosaba el pesado lastre de los *nepmen* y los *kulakis*. Pero el día de mañana este lastre caería con todo su peso sobre quien lo arrastraba, la burocracia gobernante. Eran inevitables otras rupturas en las filas burocráticas. Enfrentado al peligro directo de un golpe contrarrevolucionario, el sector más importante de la burocracia centrista se inclinaría ante los obreros en busca de apoyo contra la burguesía rural en avance. Todavía estábamos muy lejos de la solución final del conflicto. Era prematuro enterrar la revolución de octubre. El aplastamiento de la Oposición de Izquierda facilitaba la tarea del “termidor”. Pero éste todavía no se había realizado.

No necesitamos más que revisar cuidadosamente el núcleo de las controversias de 1926-1927 para que surja con toda evidencia, a la luz de los acontecimientos posteriores, la corrección de la posición bolchevique-leninista. Ya en 1927 los *kulakis* golpearon a la burocracia negándose a proveerla de pan, que se las habían arreglado para concentrar en sus manos. En 1928 la burocracia se dividió abiertamente. La derecha estaba a favor de mayores concesiones al *kulak*. Los centristas, armados con las ideas de la Oposición de Izquierda, a la que habían calumniado a coro con la derecha, se apoyaron en los trabajadores, sacaron del medio a la derecha y tomaron el camino de la industrialización y, en consecuencia, de la colectivización. Finalmente se salvaron las conquistas sociales básicas de la revolución de octubre al costo de innumerables e innecesarios sacrificios.

Se confirmó totalmente el pronóstico de los bolcheviques leninistas (mas correctamente, la “variante óptima” de su pronóstico). Hoy no caben discusiones sobre este punto. El desarrollo de las fuerzas productivas no siguió la vía de la restauración de la propiedad privada sino, en base a la socialización, la de la administración planificada. Sólo quien es políticamente ciego puede dejar de ver el significado histórico mundial de este hecho.

El verdadero sentido del termidor

Sin embargo, hoy tenemos que admitir que la analogía del termidor oscureció más que clarificó el problema. El termidor de 1794 produjo el traspaso del poder de algunos grupos de la Convención a otros, de uno a otro sector del “pueblo” victorioso. ¿Fue contrarrevolucionario? La respuesta depende de la extensión que le demos, en cada caso concreto, al concepto de “contrarrevolución”. El cambio social que se dio entre 1789 y 1793 fue de carácter burgués. En esencia se redujo a la sustitución de la propiedad feudal fija por la “libre” propiedad burguesa. La contrarrevolución “correspondiente” a esta revolución tendría que haber significado el restablecimiento de

la propiedad feudal. Pero el termidor ni siquiera intentó tomar esta dirección. Robespierre buscó apoyo entre los artesanos, el Directorio entre la burguesía mediana. Bonaparte se alió con los banqueros. Todos estos cambios, que por supuesto no sólo tenían un sentido político, sino también un sentido social, se dieron sin embargo sobre la base de la nueva sociedad y el nuevo estado de la burguesía. *El termidor fue la reacción actuando sobre los fundamentos sociales de la revolución.*

De las mismas características fue el Dieciocho Brumario de Bonaparte, la siguiente etapa importante en el avance de la reacción. En ninguno de los dos casos se trataba de restaurar las viejas formas de propiedad o el poder de los antiguos sectores dominantes sino de dividir las ganancias del nuevo régimen social entre los distintos sectores del victorioso “Tercer Estado”. La burguesía se fue haciendo dueña de mayores posesiones y de más poder (ya sea directa e inmediatamente o a través de agentes especiales como Bonaparte), pero no atentó en lo más mínimo contra las conquistas sociales de la revolución; por el contrario, solícitamente trató de fortalecerlas, organizarlas y estabilizarlas. Napoleón protegió la propiedad burguesa, incluida la de los campesinos, tanto contra la “chusma” como contra los plañideros expropiados. La Europa feudal odiaba a Napoleón como la representación viva de la revolución, y desde su punto de vista tenía razón.

La caracterización marxista de la URSS

Indudablemente la URSS de hoy se parece muy poco a la república soviética que describió Lenin en 1917 (ni burocracia ni ejército permanentes, derecho a remover en cualquier momento a los funcionarios electos y control activo de las masas sobre ellos “más allá de quiénes sean los individuos”, etcétera)¹³⁹ El dominio de la burocracia sobre el país y el de Stalin sobre la burocracia son casi absolutos. Pero, ¿qué conclusiones se deben sacar de ello? Hay quienes plantean que, dado que el estado real que surgió de la revolución proletaria no se corresponde con las normas ideales planteadas *a priori*, le vuelven la espalda. Es un esnobismo político común a los círculos pacifistas democráticos, libertarios, anarcosindicalistas y en general ultraizquierdistas de la intelectualidad pequeñoburguesa. Hay otros que dicen que, dado que el estado surgió de la revolución proletaria, constituye un sacrilegio contrarrevolucionario hacerle cualquier crítica. He ahí la voz de la hipocresía tras la cual se esconden con frecuencia los inmediatos intereses materiales de determinados grupos de esa misma intelectualidad pequeñoburguesa y de la burocracia obrera. Estas dos especies (el esnob político y el hipócrita político) se intercambian rápidamente de acuerdo con las circunstancias personales. Dejémoslos en paz.

Un marxista diría que la URSS actual obviamente no se aproxima a las normas *a priori* de un estado soviético; descubramos entonces qué fue lo que no previmos cuando elaboramos las normas programáticas; más aún, analicemos qué factores sociales distorsionaron el estado obrero; veamos una vez más si estas distorsiones se extendieron a los fundamentos económicos del estado, es decir si se mantuvieron las conquistas sociales básicas de la revolución proletaria; si es así, veamos en qué dirección están cambiando; y descubramos si existen en la URSS y en el mundo factores que puedan facilitar y acelerar la preponderancia de las tendencias progresivas sobre las reaccionarias. Ese análisis es complejo. No proporciona ninguna clave preconcebida a las mentes perezosas, a las que tanto les gustan los preconceptos. En cambio, nos preserva de las dos plagas, el esnobismo y la hipocresía, y nos da la posibilidad de influir activamente sobre los destinos de la URSS.

¹³⁹ Ver *El estado y la revolución* de Lenin [disponible en la [sección en español del MIA](#)].

Cuando el grupo “Centralismo Democrático” declaró en 1926 que el estado obrero estaba liquidado, evidentemente enterraba en vida a la revolución. A diferencia de ellos, la Oposición de Izquierda elaboró un programa de reformas al régimen soviético¹⁴⁰. La burocracia estalinista atacó a la Oposición de Izquierda para resguardarse y atrincherarse como casta privilegiada. Pero en la lucha por mantener sus posiciones se vio obligada a tomar del programa de la Oposición de Izquierda las únicas medidas que permitían salvar la base social del estado soviético. ¡Es una lección política inapreciable! Demuestra cómo las condiciones históricas específicas, el atraso del campesinado, el cansancio del proletariado, la falta de un apoyo decisivo de occidente prepararon un segundo capítulo de la revolución caracterizado por la supresión de la vanguardia proletaria y el aplastamiento de los internacionalistas revolucionarios por la conservadora burocracia nacional. Pero este mismo ejemplo demuestra cómo una línea política correcta permite a un grupo marxista influir sobre el proceso, aun cuando los triunfos del “segundo capítulo” dejen de lado a los revolucionarios del “primer capítulo”.

Cuando se piensa de un modo superficialmente idealista, en base a normas preconcebidas a las que se pretende ajustar todos los procesos vivos se pasa fácilmente del entusiasmo al desaliento. Sólo el materialismo dialéctico, que nos enseña a considerar toda la existencia en su desarrollo y a través del conflicto de sus fuerzas internas, puede impartir al pensamiento y a la acción la necesaria estabilidad.

La dictadura del proletariado y la dictadura de la burocracia

En muchos escritos establecimos que, pese a sus éxitos económicos, determinados por la nacionalización de los medios de producción, la *sociedad soviética* sigue siendo totalmente una sociedad transicional contradictoria, y si se la mide por la desigualdad de las condiciones de vida y los privilegios de la burocracia se mantiene mucho más próxima al régimen capitalista que al futuro comunismo.

Al mismo tiempo afirmamos que, pese a la monstruosa degeneración burocrática, el *estado soviético* continúa siendo el instrumento histórico de la clase obrera en tanto garantiza el desarrollo de la economía y la cultura en base a los medios de producción nacionalizados y, en virtud de ello, prepara las condiciones para una genuina emancipación de los trabajadores a través de la liquidación de la burocracia y de la desigualdad social.

Quien no haya analizado y aceptado seriamente estas dos proposiciones, quien en general no haya estudiado la literatura de los bolchevique-leninistas sobre el problema de la URSS desde 1923 en adelante, corre el riesgo de perder el hilo conductor del proceso con cada nuevo acontecimiento y de abandonar el análisis marxista para dedicarse a abyectas lamentaciones.

El burocratismo soviético (sería más correcto decir antisoviético) es el producto de las contradicciones sociales entre la ciudad y la aldea, entre el proletariado y el campesinado (estas dos clases de contradicciones no son idénticas), entre las repúblicas y los distritos nacionales, entre los diferentes grupos del campesinado, entre las distintas capas de la clase obrera, entre los diversos grupos de consumidores y, finalmente, entre el estado soviético de conjunto y su entorno capitalista. Hoy, cuando todas las relaciones se traducen al lenguaje del cálculo monetario, las contradicciones económicas resaltan con excepcional agudeza.

¹⁴⁰ [*Plataforma de la Oposición Conjunta*, Obras Escogidas de León Trotsky - Edicions Internacionals Sedov.]

Elevándose por encima de las masas trabajadoras, la burocracia regula estas contradicciones. Utiliza esta función para fortalecer su propio dominio. Con su gobierno sin ningún control, sujeto únicamente a su voluntad, al que nadie puede apelar, la burocracia acumula nuevas contradicciones. Explotándolas, crea el régimen del absolutismo burocrático.

Las contradicciones internas de la burocracia llevaron a un sistema por el cual se elige a dedo el comando principal; la necesidad de disciplina dentro de un orden exclusivista condujo al gobierno de una sola persona y al culto del Líder infalible. El mismo sistema predomina en la fábrica, el *koljos*, la universidad y el gobierno: el Líder está a la cabeza de su fiel tropa, los demás siguen al Líder. Stalin nunca fue ni podría ser un dirigente de masas; es el Líder de los “líderes” burocráticos, su consumación, su personificación.

Cuanto más complejas se vuelven las tareas económicas cuanto mayores son las reivindicaciones y los intereses de la población, tanto más se agudiza la contradicción entre el régimen burocrático y las necesidades del desarrollo socialista, tanto más rudamente lucha la burocracia para mantener sus posiciones, tanto más cínicamente recurre a la violencia, el fraude y el robo.

El elocuente hecho del deterioro del régimen político frente al avance de la economía y la cultura tiene una sola y única explicación: que la opresión, la persecución y las matanzas no sirven hoy a la defensa del estado sino a la del gobierno y los privilegios de la burocracia. Esta es también la explicación de la necesidad siempre en aumento de ocultar las represiones tras el fraude y las amalgamas.

“¿Pero se puede llamar a eso un estado obrero?”, replican las voces indignadas de los moralistas, los idealistas y los esnobs revolucionarios. Otros un poco más cautos se expresan así: “Tal vez en última instancia sea un estado obrero, pero en él no quedan ni vestigios de dictadura del proletariado. Es un estado obrero degenerado bajo la dictadura de la burocracia.”

No vemos ninguna razón para resumir aquí todo el problema. Todo lo que hay para decir sobre este tema ya está en la literatura y en los documentos oficiales de nuestra tendencia. Nadie intentó refutar, corregir o completar la posición de los bolchevique-leninistas sobre esta cuestión tan importante.

Aquí nos limitaremos al problema de si se puede llamar dictadura del proletariado a la dictadura de hecho de la burocracia.

La dificultad terminológica surge de que a veces se utiliza la palabra dictadura con un sentido restringido, político, y otras con un sentido sociológico, más profundo. Hablamos de la “dictadura de Mussolini” y al mismo tiempo declaramos que el fascismo no es más que el instrumento del capital financiero. ¿Cuándo estamos en lo correcto? En ambas ocasiones, pero en planos diferentes. Es indiscutible que Mussolini concentra en sus manos la totalidad del poder ejecutivo. Pero no es menos cierto que lo que determina el contenido real de la actividad estatal son los intereses del capital financiero. La dominación *social* de una clase (su dictadura) se puede expresar a través de formas *políticas* sumamente diversas. Así lo atestigua toda la historia de la burguesía, desde la Edad Media hasta el día de hoy.

La experiencia de la Unión Soviética permite extender esta misma ley sociológica, *con todos los cambios necesarios*, a la dictadura del proletariado. En el lapso que se extiende desde la conquista del poder hasta la disolución del estado obrero en la sociedad socialista las formas y métodos del gobierno proletario pueden sufrir marcados cambios, determinados por el curso interno y externo de la lucha de clases.

Así, la actual dominación de Stalin no se parece en nada al gobierno soviético de los primeros años de la revolución. El remplazo de un régimen por otro no se dio de un

golpe sino a través de una serie de medidas, de pequeñas guerras civiles de la burocracia contra la vanguardia obrera. Analizado históricamente, lo que liquidó la democracia soviética fue la presión de las contradicciones sociales. Explotándolas, la burocracia pudo arrancarle el poder a las organizaciones de masas. En este sentido es correcto hablar de la dictadura de la burocracia e incluso de la dictadura personal de Stalin. Pero esta usurpación pudo realizarse y mantenerse sólo porque *el contenido social de la dictadura de la burocracia está determinado por las relaciones productivas creadas por la revolución proletaria*. En este plano podemos decir muy justificadamente que la dictadura del proletariado encontró su expresión distorsionada pero indudable en la dictadura de la burocracia.

Hay que revisar y corregir la analogía histórica

En las discusiones internas de la Oposición Rusa y de la Oposición Internacional entendíamos condicionalmente por termidor la primera etapa de la contrarrevolución burguesa, dirigida contra la base social del estado obrero¹⁴¹. Aunque, como hemos visto, la esencia de la controversia no se vio afectada por ello en el pasado, la analogía histórica quedó investida de un carácter puramente condicional y no realista, que entró en contradicción creciente con la necesidad de analizar la evolución más reciente del estado soviético. Nosotros siempre hacemos referencia (con toda razón) al régimen plebiscitario o bonapartista de Stalin. Pero en Francia el bonapartismo vino después del termidor. Si nos vamos a constreñir a los marcos de la analogía histórica, necesariamente debemos preguntarnos: ¿si todavía no hubo termidor soviético, de dónde pudo haber surgido el bonapartismo? Sin cambiar nada *esencial* en nuestras anteriores evaluaciones (no hay ninguna razón para hacerlo), tenemos que revisar radicalmente la analogía histórica. Esto nos permitirá considerar más de cerca antiguos hechos y comprender mejor algunas nuevas manifestaciones.

El vuelco del 9 de termidor no liquidó las conquistas básicas de la revolución burguesa pero traspasó el poder a manos de los jacobinos más moderados y conservadores, los elementos más pudientes de la sociedad burguesa. Hoy es imposible no ver que en la revolución soviética también se dio, hace mucho tiempo, un giro a la derecha, totalmente análogo al termidor aunque de ritmo mucho más lento y formalmente más disimulado. La conspiración de la burocracia soviética contra el ala izquierda pudo mantener en las etapas iniciales su carácter relativamente “sobrio” porque se ejecutó mucho más sistemáticamente y a fondo que la improvisación del 9 de Termidor.

Socialmente el proletariado es más homogéneo que la burguesía, pero contiene en su seno una cantidad de sectores que se manifiestan con excepcional claridad luego de la toma del poder, durante el período en que comienzan a conformarse la burocracia y la aristocracia obrera ligada a ella. El aplastamiento de la Oposición de Izquierda implicó en el sentido más directo e inmediato el traspaso del poder de manos de la vanguardia revolucionaria a los elementos más conservadores de la burocracia y del estrato superior de la clase obrera. 1924: he ahí el comienzo del termidor soviético.

Por supuesto, lo que se discute no es la identidad histórica sino la analogía histórica, que siempre está limitada por las diversas estructuras sociales y las distintas

¹⁴¹ Los mencheviques también hablan de degeneración termidoriana. Es imposible entender a qué se refieren. Ellos se oponían a la toma del poder por el proletariado. Según su opinión el estado soviético todavía hoy es no proletario (sigue siendo un misterio qué es realmente). En el pasado exigían el retorno al capitalismo; hoy exigen el retorno a la “democracia”. Si ellos no son representantes de las tendencias termidorianas, entonces, ¿qué quiere decir “termidor”? Evidentemente, se trata sólo de una expresión literaria. [N. de L.T.]

épocas. Pero esta analogía no es superficial ni accidental; está determinada por la extrema tensión de la lucha de clases propia de los periodos de revolución y de contrarrevolución. En ambos casos la burocracia se elevó trepando sobre las espaldas de la democracia plebeya que garantizó el triunfo del nuevo régimen. Los clubes jacobinos fueron gradualmente estrangulados. Los revolucionarios de 1793 murieron en los campos de batalla, se hicieron diplomáticos y generales, cayeron bajo los golpes de la represión... o pasaron a la clandestinidad. Seguidamente, otros jacobinos lograron transformarse en prefectos de Napoleón. A sus filas acudían en número siempre mayor renegados de los viejos partidos, antiguos aristócratas y torpes trepadores. ¿Y en Rusia? En un terreno mucho más gigantesco y con el trasfondo de experiencias mucho más maduras, ciento treinta o ciento cuarenta años después se repite el mismo panorama de degeneración con la transición gradual de los soviets y clubes partidarios rebosantes de vida a despachos de secretarios que dependen únicamente del “Líder bienamado”.

En Francia la prolongada estabilización del régimen bonapartista termidoriano sólo fue posible gracias al desarrollo de las fuerzas productivas liberadas de los frenos del feudalismo. Se enriquecieron los que tuvieron suerte, los pillos, los parientes y aliados de la burocracia. Las masas decepcionadas cayeron en la postración.

El crecimiento de las fuerzas productivas nacionalizadas que comenzó en 1923 inesperadamente para la propia burocracia soviética, creó los requisitos económicos necesarios para la estabilización de la misma. La construcción de la economía proporcionó una salida a las energías de organizadores, administradores y técnicos activos y capaces. Su situación material y moral mejoró rápidamente. Se creó entonces un vasto sector privilegiado estrechamente ligado a la capa superior gobernante. Las masas trabajadoras vivían de ilusiones o caían en la apatía.

No sería más que banal pedantería pretender hacer corresponder las distintas etapas de la revolución rusa con los acontecimientos análogos que ocurrieron en Francia a fines del siglo XVIII. Pero, literalmente, salta a la vista la semejanza entre el actual régimen político soviético y el del Primer Cónsul, particularmente hacia el final del Consulado, cuando se aproximaba la etapa del Imperio. Aunque a Stalin le falta el brillo que otorgan las victorias, de todos modos supera a Bonaparte I con su régimen de servilismo organizado. Sólo podía obtener ese poder estrangulando al partido, a los soviets, al conjunto de la clase obrera. La burocracia sobre la que se apoya Stalin está materialmente ligada a los resultados de la revolución nacional ya consumada, pero no tiene ningún punto de contacto con la revolución internacional en desarrollo. Por su manera de vivir, sus intereses y su psicología los actuales funcionarios soviéticos son tan distintos de los bolcheviques revolucionarios como lo eran los prefectos y generales de Napoleón de los jacobinos revolucionarios.

Termidorianos y jacobinos

Maiski, el embajador soviético en Londres, explicó recientemente a una delegación de sindicalistas británicos cuan necesario y justificado fue el juicio estalinista a los “contrarrevolucionarios” zinovievistas. Este chocante episodio, uno entre miles, nos lleva inmediatamente al nudo de la cuestión. Sabemos quiénes son los zinovievistas. Con todos sus errores y vacilaciones, una cosa es cierta: son representantes del típico “revolucionario profesional”. Llevan en la sangre los problemas del movimiento obrero mundial. ¿Quién es Maiski? Un menchevique de derechas que en 1918 rompió con su partido yéndose todavía más a la derecha, en busca de la oportunidad de entrar como ministro en el gobierno blanco transural, bajo la

protección de Kolchak¹⁴². Recién después de la aniquilación de Kolchak, Maiski consideró llegado el momento de volverse hacia los soviets. Lenin (y yo también) sentía la mayor desconfianza, por no decir desprecio, hacia esa clase de gente. Hoy Maiski, desde su rango de embajador, acusa a los “zinovievistas” y a los “trotskystas” de pretender provocar la intervención extranjera para restaurar el capitalismo, el mismo capitalismo que él defendió contra nosotros en la guerra civil.

A. Troianovski, actual embajador en Estados Unidos, se unió a los bolcheviques en su juventud; poco después dejó el partido; durante la guerra fue patriota; en 1917, menchevique. Cuando se hizo la revolución de octubre era miembro del comité central menchevique; después, durante varios años participó en la lucha ilegal contra la dictadura del proletariado; entró al partido estalinista, o más correctamente al servicio diplomático, después que se aplastó a la Oposición de Izquierda.

Potemkin, el embajador en París, era un burgués profesor de historia durante el período de la revolución de octubre; se unió a los bolcheviques después del triunfo. Jinchuk, exembajador en Berlín, en la época del golpe de octubre participó, siendo menchevique, en el contrarrevolucionario Comité de Moscú por la Salvación de la Patria y la Revolución, junto con Grinko, socialrevolucionario de derecha y actual comisario del pueblo de finanzas. Suritz, que remplazó a Jinchuk en Berlín, fue secretario político del menchevique Cheijdse, primer presidente de los soviets; se unió a los bolcheviques después del triunfo. Casi todos los demás diplomáticos son del mismo tipo, y mientras tanto se designa para el extranjero (especialmente después de la experiencia con Bessedovski, Dimitrievski, Agabekov¹⁴³ y otros) sólo a las personas más dependientes.

No hace mucho aparecieron en la prensa mundial noticias referentes a los principales éxitos de la industria minera del oro en la Unión Soviética, con comentarios referentes a su organizador, el ingeniero Serebrovski. El corresponsal de *Le Temps* en Moscú, que compite exitosamente con Duranty y Louis Fischer¹⁴⁴ como vocero oficial del estrato más alto de la burocracia, se esmeró especialmente en recalcar que Serebrovski es bolchevique desde 1903, un miembro de la “Vieja Guardia”. Eso es realmente lo que figura en su ficha de afiliación al partido. Pero resulta que en la revolución de 1905, de la que participó siendo un joven estudiante, estaba con los mencheviques, y luego se pasó durante muchos años al campo de la burguesía. La revolución de febrero de 1917 lo encontró en el cargo de director administrativo de dos fábricas de municiones; además era miembro del ministerio de comercio y participó activamente en la lucha contra el sindicato metalúrgico. ¡En mayo de 1917 Serebrovski declaró que Lenin era “espía alemán”! Después del triunfo de los bolcheviques, yo hice ingresar a Serebrovski junto con otros *spetzes* [técnicos, especialistas] en el trabajo técnico. Lenin no le tenía la menor fe; a mí tampoco me inspiraba mucha confianza. Hoy, ¡Serebrovski es miembro del comité central del partido!

En el periódico teórico del comité central, *El Bolchevique*, del 31 de diciembre de 1934, se publica un artículo de Serebrovski, *Sobre la industria minera del oro en la URSS*. Veamos la primera página: “[...] bajo la dirección del bienamado Líder del partido y la clase obrera, el camarada Stalin [...]”; tres líneas más abajo:

¹⁴² Alexander V. Kolchak (1874-1920): dirigió uno de los frentes revolucionarios orientales durante la guerra civil rusa.

¹⁴³ Bessedovsky, Dimitrievsky y Agabekov: diplomáticos soviéticos que defecionaron y se fueron al mundo capitalista.

¹⁴⁴ Walter Duranty y Luis Fischer eran periodistas norteamericanos a los que Trotsky denunció como apologistas del estalinismo.

“[...] el camarada Stalin, en una conversación con el corresponsal norteamericano, el señor Duranty [...]”; cinco líneas más abajo: “[...] la concisa y precisa respuesta del camarada Stalin [...]”; al pie de la página: “eso es lo que significa luchar por el oro al modo estalinista”. Página dos: “[...] como nos lo enseña nuestro gran dirigente, el camarada Stalin [...]”; cuatro líneas después: “[...] en respuesta a su informe (de los bolcheviques), el camarada Stalin escribió: ‘Felicidades por vuestros éxitos’ [...]”; más abajo en la misma página: “inspirados por la guía del camarada Stalin [...]”; una línea después: “[...] el partido con el camarada Stalin a la cabeza [...]”; dos líneas más abajo [...] “la guía de nuestro partido y (!) la del camarada Stalin”. Vayamos ahora a la conclusión del artículo En el espacio de media página leemos: “[...] la guía del genial Líder del partido y la clase obrera, el camarada Stalin [...]”, y tres líneas después: “[...] las palabras de nuestro bienamado Líder, el camarada Stalin [...]”

La propia sátira se siente desarmada ante tal abundancia de obsecuencia. Uno supone que los “líderes bienamados” no necesitan que se les haga declaraciones de amor cinco veces por página, y además en un artículo que no está dedicado al aniversario del Líder sino... a la minería de oro. Evidentemente, el autor de un artículo tan lleno de servilismo no puede tener nada de revolucionario. ¡He aquí el calibre de este exdirector zarista de grandes fábricas, burgués y patriota, que peleó contra los obreros y que hoy es un baluarte del régimen, miembro del comité central y cien por ciento estalinista!

Otro espécimen. Uno de los pilares del actual *Pravda*, Zaslavski, proclamó en enero de este año que era tan inadmisibles publicar las novelas reaccionarias de Dostoievski como “los trabajos contrarrevolucionarios de Trotsky, Zinóviev y Kámenev”. ¿Quién es este Zaslavski? En el remoto pasado, un bundista [menchevique del Bund judío] de derechas, luego un periodista burgués que en 1917 llevó adelante una campaña despreciable contra Lenin y Trotsky acusándolos de ser agentes de Alemania. Lenin, en sus artículos de 1917, utiliza como estribillo la frase “Zaslavski y otros canallas por el estilo”. Así entró Zaslavski en la literatura partidaria como el consumado prototipo del venal calumniador burgués. Durante la guerra civil, escondido en Kiev, trabajó como periodista para las publicaciones de los guardias blancos. Recién en 1923 se pasó del lado del poder soviético. ¡Hoy defiende al estalinismo contra los contrarrevolucionarios Trotsky, Zinóviev y Kámenev! Tanto en la URSS como en el extranjero, la prensa de Stalin está llena de individuos como éste.

Se aplastó a los viejos cuadros del bolchevismo. Se aplastó a los revolucionarios. Se los reemplazó por funcionarios de espinazo flexible. El pensamiento marxista fue desplazado por el temor, la calumnia y la intriga. Del buró político de Lenin, sólo queda Stalin; dos de sus miembros están políticamente quebrados y mordiendo el polvo (Rikov y Tomsky); otros dos están en prisión (Zinóviev y Kámenev); uno está exiliado en el extranjero y privado de su ciudadanía (Trotsky). A Lenin, como lo expresó la misma Krupskaya, sólo la muerte lo libró de las represiones de la burocracia; a falta de oportunidades de meterlo preso, los epígonos lo encerraron en un mausoleo. Todo el sector gobernante ha degenerado. Los jacobinos fueron desplazados por los termidorianos y los bonapartistas, los bolcheviques fueron reemplazados por los estalinistas.

Para el amplio estrato de los conservadores y de ninguna manera desinteresados Maiskis, Serebrovskis y Zaslavskis, grandes, medianos y pequeños, Stalin es el juez-árbitro, la fuente de todos los bienes y el defensor contra todas las oposiciones posibles. A cambio de esto, la burocracia de vez en cuando hace confirmar a Stalin por medio de un plebiscito nacional. Los congresos del partido, como los de los soviets, se organizan en base a un único criterio: *¿a favor o en contra* de Stalin? Sólo los

“contrarrevolucionarios” pueden estar *en contra*, y se les da lo que se merecen. Ese es el mecanismo actual de gobierno. Es un mecanismo *bonapartista*. Hasta ahora en ningún diccionario político se puede encontrar otra definición.

Los diferentes roles de un estado burgués y de un estado obrero

Sin las analogías históricas no podemos aprender de la historia. Pero la analogía tiene que ser concreta; tras los rasgos semejantes no debemos dejar de ver los que son distintos. Ambas revoluciones terminan con el feudalismo y la servidumbre. Pero una de ellas, a través de su ala extrema, no podía más que luchar en vano para superar los límites de la sociedad burguesa; la otra realmente derrocó a la burguesía y creó el estado obrero. Esta fundamental distinción de clases, que introduce los necesarios límites materiales de la analogía, adquiere una importancia decisiva para el pronóstico.

Después de una profunda revolución democrática que libera a los campesinos de la servidumbre y les da la tierra, la contrarrevolución feudal es generalmente imposible. La monarquía derrocada puede reasumir el poder y rodearse de fantasmas medievales. Pero ya es impotente para restablecer la economía feudal. Una vez liberadas de los frenos feudales, las relaciones burguesas se desarrollan automáticamente. No hay fuerza externa que pueda controlarlas; tienen que cavarse su propia fosa, habiendo creado previamente su propio sepulturero.

Muy distinto es el desarrollo de las relaciones socialistas. La revolución proletaria no sólo libera las fuerzas productivas de los frenos de la propiedad privada; también las pone a disposición directa del estado que ella misma crea. Mientras que después de la revolución el estado burgués se limita al rol de policía, dejando el mercado librado a sus propias leyes, el estado obrero asume el rol directo de economista y organizador. En el primer caso, el reemplazo de un régimen político por otro no ejerce más que una influencia indirecta y superficial sobre la economía de mercado. Por el contrario, la sustitución de un gobierno obrero por un gobierno burgués o pequeñoburgués llevaría inevitablemente a la liquidación de los comienzos de planificación y en consecuencia a la restauración de la propiedad privada. *A diferencia del capitalismo, el socialismo no se construye mecánicamente, sino conscientemente.* El avance hacia el socialismo es inseparable del poder estatal que desea el socialismo o se ve obligado a desearlo. El socialismo recién puede adquirir un carácter inconvencible en una etapa muy avanzada de su desarrollo, cuando sus fuerzas productivas hayan superado de lejos a las del capitalismo. Cuando se satisfagan abundantemente las necesidades de cada individuo y de todos los hombres y el estado haya desaparecido completamente, diluyéndose en la sociedad. Pero todo esto forma parte todavía de un futuro distante. En la etapa actual del proceso la construcción socialista se eleva y cae junto con el estado obrero. Sólo después de caracterizar a fondo la diferencia existente entre las leyes de formación de la economía burguesa (“anárquica”) y las de la economía socialista (“planificada”), se comprende cuáles son los límites más allá de los cuales no puede pasar la analogía con la gran Revolución Francesa.

Octubre de 1917 completó la revolución democrática e inició la revolución socialista. Ninguna fuerza del mundo puede hacer retroceder el cambio agrario-democrático en Rusia; en esto la analogía con la revolución jacobina es completa. Pero el cambio hacia el koljós constituye una amenaza que conserva toda su fuerza, y con él está amenazada la nacionalización de los medios de producción. La contrarrevolución política, aun cuando restableciera en el trono a la dinastía Románov¹⁴⁵ no podría

¹⁴⁵ *Románov* era el nombre del último zar ruso. [El último zar se llamaba Nicolás y pertenecía a la dinastía de los Románov que dirigió Rusia desde 1613, es decir que Románov hace referencia a la dinastía, como

restablecer la propiedad feudal de la tierra. Pero la reconquista del poder por un bloque menchevique y socialrevolucionario sería suficiente para interrumpir la construcción socialista.

La hipertrofia del centrismo burocrático en bonapartismo

La diferencia fundamental entre las dos revoluciones y, en consecuencia, entre las contrarrevoluciones “correspondientes” es de la mayor importancia para comprender la significación *de los vuelcos políticos reaccionarios que constituyen la esencia del régimen de Stalin*. La revolución campesina, igual que la burguesía sobre la que aquélla se apoyaba, no tuvo ningún inconveniente en hacer las paces con el régimen de Napoleón, e incluso pudo mantenerse bajo Luis XVIII. La revolución proletaria ya está expuesta a un peligro mortal con el actual régimen de Stalin; será incapaz de soportar un vuelco más hacia la derecha.

La burocracia soviética, “bolchevique” por sus tradiciones (aunque en realidad renunció a éstas hace mucho tiempo), pequeñoburguesa por su composición y su espíritu, tuvo que regular el antagonismo entre el proletariado y el campesinado, entre el estado obrero y el imperialismo mundial; ésta es la base social del *centrismo burocrático*, de sus zigzags, de su poder, su debilidad y su influencia tan fatal sobre el movimiento proletario mundial¹⁴⁶. En la medida en que la burocracia se independiza, en que tanto más y más poder se concentra en una sola persona, en mayor medida el *centrismo burocrático* se vuelve bonapartismo.

El concepto de bonapartismo, por ser demasiado amplio, exige que se lo concrete. Estos últimos años aplicamos este término a los gobiernos capitalistas que, explotando los antagonismos entre el campo proletario y el campo fascista y apoyándose directamente en el aparato militar-policial, se elevan por sobre el parlamento y la democracia como los salvadores de la “unidad nacional”. Siempre hemos diferenciado estrictamente este bonapartismo de la decadencia del joven y pujante bonapartismo, que además de sepulturero de los principios políticos de la revolución burguesa fue el defensor de sus conquistas sociales. Aplicamos un nombre común a ambas manifestaciones porque tienen rasgos comunes; siempre se puede descubrir la juventud en el octogenario, pese a los implacables ataques del tiempo.

Por supuesto, al actual bonapartismo del Kremlin lo comparamos con el del ascenso burgués, no con el de la decadencia; con el Consulado y el Primer Imperio, no con Napoleón III ni, mucho menos, con Schleicher o Doumergue. A propósito de tal analogía, no hace falta adscribirle a Stalin las características de Napoleón I; siempre que las condiciones sociales lo exijan, el bonapartismo podrá consolidarse alrededor de figuras de muy diverso calibre.

Desde el punto de vista que nos interesa a nosotros, la distinta base social de ambos bonapartismos, el de origen jacobino y el de origen soviético, es mucho más importante. En el primer caso se trataba de la consolidación de la revolución burguesa a través de la liquidación de sus principios e instituciones políticas. En el segundo caso se

bien escribe Trotsky, no al último zar; esta es una de las traducciones de los *Escritos* que creemos más ‘desmadejada’; EIS]

¹⁴⁶ Los blandieristas, entre ellos los dirigentes del SAP, que todavía hoy siguen siendo discípulos teóricos de Thalheimer, vieron solamente el “ultraizquierdismo” de la política de la Comintern, y negaron (y continúan negando) el sentido mismo del centrismo burocrático. El presente “cuarto periodo”, cuando Stalin empuja al movimiento obrero europeo, a la derecha de la Comintern, a la derecha del reformismo oficial, demuestra lo hueca y oportunista que es la filosofía política de Thalheimer, Walcher y Cía. Esta gente es incapaz de pensar un solo problema hasta su conclusión. Precisamente por esta razón les repele tanto el principio de decir las cosas como son, es decir, el principio superior de todo análisis científico y de toda política revolucionaria. (Nota de León Trotsky)

trata de la consolidación de la revolución obrero campesina a través del aplastamiento de su programa internacional, su partido dirigente, sus soviets. Llevando hasta sus últimas consecuencias la política del termidor, Napoleón no sólo combatió al mundo feudal sino también a la “chusma” y a los círculos democráticos de la pequeña y mediana burguesía; de esta forma concentró los frutos del régimen nacido de la revolución en manos de la nueva aristocracia burguesa. Stalin no sólo preserva las conquistas de la revolución de octubre contra la contrarrevolución feudal-burguesa sino también contra los reclamos de los obreros, su impaciencia y su descontento; aplasta al ala izquierda, que expresa las tendencias históricas progresivas de las masas trabajadoras sin privilegios; crea una nueva aristocracia a través de la extrema diferenciación de los salarios, los privilegios, las jerarquías, etcétera. Apoyándose en los sectores más altos de la nueva jerarquía social contra los más bajos (y a veces al revés) Stalin logró concentrar totalmente el poder en sus manos. ¿De qué otra forma se puede llamar a este régimen si no es bonapartismo soviético?

El bonapartismo, por su propia esencia, no puede mantenerse durante mucho tiempo; una esfera en equilibrio sobre el vértice de una pirámide invariablemente rodará hacia un lado o hacia el otro. Pero, como ya vimos, es precisamente en este punto que se imponen los límites de la analogía histórica. Por supuesto, la caída de Napoleón no dejó intactas las relaciones entre las clases, pero en lo fundamental la pirámide social de Francia mantuvo su carácter burgués. El inevitable colapso del bonapartismo estalinista cuestionará inmediatamente el carácter de estado obrero de la URSS. Una economía socialista no se puede construir sin un poder socialista. El destino de la URSS como estado *socialista* dependerá del régimen *político* que surja para remplazar al bonapartismo estalinista. Sólo la vanguardia revolucionaria del proletariado podrá regenerar el sistema soviético si nuevamente se muestra capaz de movilizar a su alrededor a los trabajadores de la ciudad y la aldea.

Conclusión

De nuestro análisis se desprenden algunas conclusiones que especificamos brevemente:

1. El Termidor de la Gran Revolución Rusa no es una perspectiva futura; ya se dio. Los termidorianos pueden celebrar aproximadamente el décimo aniversario de su victoria.
2. El actual régimen político de la URSS es el del bonapartismo “soviético” (o antisoviético), mucho más similar al Imperio que al Consulado.
3. Por sus fundamentos sociales y sus tendencias económicas la URSS sigue siendo un estado obrero.
4. La contradicción entre el régimen político bonapartista y las exigencias del desarrollo socialista constituye la razón más importante de la crisis interna y un peligro directo para la existencia misma de la URSS como estado obrero.
5. Debido al nivel todavía bajo de las fuerzas productivas y al entorno capitalista, las clases y las contradicciones de clase, más o menos agudizadas, continuarán existiendo en la URSS durante un lapso indefinido, por lo menos hasta la victoria total del proletariado en los países capitalistas importantes.
6. La existencia de la dictadura del proletariado seguirá siendo en el futuro la condición necesaria para el desarrollo de la economía y la cultura en la URSS. Por lo tanto, la degeneración bonapartista de la dictadura amenaza directa e inmediatamente todas las conquistas sociales del proletariado.

7. Las tendencias terroristas dentro de las filas de la Juventud Comunista son uno de los síntomas más virulentos de que el bonapartismo ya agotó sus posibilidades políticas y entró a un periodo de lucha desesperada por seguir existiendo.

8. El inevitable colapso del régimen político estalinista llevará al establecimiento de la democracia soviética sólo en el caso de que la liquidación del bonapartismo sea producto de la acción consciente de la vanguardia proletaria. En cualquier otro caso el lugar del estalinismo sólo lo podría ocupar la contrarrevolución capitalista fascista.

9. La táctica del terrorismo individual, no importa de qué lado provenga, no puede servir, en las condiciones actuales, más que a los peores enemigos del proletariado.

10. Stalin, el sepulturero del partido, es el único responsable político y moral del surgimiento de tendencias terroristas en las filas de la Juventud Comunista.

11. Lo que más debilita la lucha de la vanguardia proletaria de la URSS contra el bonapartismo son las constantes derrotas del proletariado mundial.

12. La causa principal de las derrotas del proletariado mundial radica en la criminal política de la Comintern, ciega servidora del bonapartismo estalinista y al mismo tiempo la mejor aliada y defensora de la burocracia reformista.

13. La primera condición del éxito en el terreno internacional es la liberación de la vanguardia proletaria mundial de la desmoralizadora influencia del bonapartismo soviético, es decir de la burocracia venal de la llamada Comintern.

14. La lucha por la salvación de la URSS como estado socialista coincide totalmente con la lucha por la Cuarta Internacional.

Epílogo

Nuestros oponentes, a los que damos la bienvenida, se tomarán de nuestra “autocrítica”. Exclamarán. “¡Así que cambiaron su posición sobre el problema fundamental del termidor; hasta ahora hablaban solamente del peligro del termidor; ahora declaran súbitamente que el termidor ya pasó!” Probablemente lo dirán los estalinistas, que agregarán, de paso, que cambiamos nuestra posición para facilitar la intervención militar. Por un lado los brandleristas y los lovestonistas,¹⁴⁷ y por otro algunos sabihondos “ultraizquierdistas”, pueden expresarse de la misma manera. Esta gente nunca fue capaz de señalarnos qué había de erróneo en la analogía con el termidor; gritarán tanto más fuerte ahora que lo descubrimos por nuestra cuenta.

Ya indicamos cómo se ubica este error en nuestra caracterización general de la URSS. De ningún modo se trata de *cambiar* la posición principista que formulamos en cantidad de documentos oficiales, sino sólo de *precisarla* más. Nuestra “autocrítica” no se extiende al análisis de clase de la URSS o a las causas y condiciones de su degeneración sino sólo a la clarificación histórica de estos procesos por medio de la analogía con las bien conocidas etapas de la gran Revolución Francesa. La corrección de un error parcial, aunque importante, no conmueve la posición básica de los bolchevique-leninistas; por el contrario, nos permite precisarla y concretarla a través de analogías más correctas y realistas. También hay que agregar que el descubrimiento del error se vio muy facilitado por el hecho de que el mismo proceso de degeneración política que se discute asumió mientras tanto un carácter más definido.

¹⁴⁷ Los lovestonistas eran los seguidores de Jay Lovestone, dirigente del Partido Comunista Norteamericano en la década del 20 expulsado en 1929, poco después de la caída de su aliado internacional Bujarin. Hasta la Segunda Guerra Mundial tuvieron una organización propia, que luego disolvieron. En la época de la guerra fría, Lovestone fue consejero para asuntos exteriores de George Meany, presidente de la AFL-CIO.

Nuestra tendencia nunca pretendió ser infalible. No recibimos como una revelación verdades ya elaboradas, a la manera de los sumos sacerdotes del estalinismo. Estudiamos, discutimos, corroboramos nuestras conclusiones a la luz de la experiencia, corregimos abiertamente los errores y seguimos adelante. La seriedad científica y la rigurosidad personal constituyen las mejores tradiciones del marxismo y del leninismo. También en este aspecto queremos seguir fieles a nuestros maestros.¹⁴⁸

¹⁴⁸ La crítica principal a este ensayo aparece en el libro de Deutscher escrito en 1963 *El profeta desarmado*. Deutscher sostiene que toda la analogía con el termidor era confusa y perniciosa y que la corrección de Trotsky de 1935 no mejora nada. Negaba que la derrota de la Oposición de Izquierda en 1923 haya sido “en ningún sentido un acontecimiento comparable al colapso y disolución del partido jacobino; se corresponde mejor con la derrota de los jacobinos de izquierda, que tuvo lugar mucho antes del Termidor [...] Lo que tuvieron en común el comienzo de la década del 20 y el período termidoriano fue el reflujo de las energías revolucionarias populares y la desilusión y apatía de las masas. Con ese marco político en contra, Robespierre trató de mantener en el poder a la retaguardia del Partido Jacobino y fracasó mientras que Stalin peleó por preservar la dictadura de la retaguardia bolchevique (es decir, de su propia fracción) y lo logro.” En opinión de Deutscher, si había que comparar con alguien a Robespierre era con Stalin, no con Trotsky. Sean o no pertinentes las conclusiones de Trotsky o las de Deutscher, es evidente que las consecuencias que ambos extraían del termidor tenían que ver con sus respectivas perspectivas para la Unión Soviética. Trotsky opinaba que lo que hacía falta era una revolución política, Deutscher (en la década del 50) que era necesaria una reforma, no una revolución, y (en la década del 60) que sólo cabía a los historiadores de la próxima generación juzgar el llamado de Trotsky a la revolución política.

Otra vez sobre la cuestión del bonapartismo. El bonapartismo burgués y el bonapartismo soviético¹⁴⁹

(marzo de 1935)

Algunos críticos se quejan de que usamos demasiado extensa y diversamente el término bonapartismo. Esos críticos no advierten que lo mismo sucede con otros términos del vocabulario político, como por ejemplo “democracia” y “dictadura”, para no mencionar “estado”, “sociedad”, “gobiernos”, etcétera. Hablamos de la democracia del pasado (basada en la esclavitud), de la democracia de las corporaciones medievales, de la democracia burguesa, de la democracia proletaria (refiriéndonos al estado), así como de la democracia en los partidos; en los sindicatos, en los gremios, etcétera. El marxismo no puede renunciar a esos conceptos económicos ya establecidos ni dejar de aplicarlos a los nuevos fenómenos; de otro modo la transmisión del conocimiento humano sería en general imposible. A riesgo de equivocarse, el marxismo tiene que definir en cada caso el contenido social del concepto y la tendencia de su evolución. Recordemos que Marx y Engels no sólo caracterizaron como bonapartista el régimen de Napoleón III sino también el de Bismarck.¹⁵⁰ El 12 de abril de 1890 Engels le escribía a Sorge: “Hoy en día todo gobierno se está volviendo bonapartista, *nolens volens*.” Eso fue más o menos cierto durante un prolongado período en que la agricultura estaba en crisis y la industria deprimida. La nueva alza del capitalismo desde 1895 en adelante debilitó las tendencias bonapartistas; la decadencia del capitalismo después de la [Primera] Guerra [Mundial] las fortaleció considerablemente.

En su *Historia de la Gran Revolución Rusa*, Chernov¹⁵¹ saca a relucir declaraciones de Lenin y Trotsky describiendo al régimen de Kerensky como bonapartismo embrionario; rechazando esta caracterización, dice sentenciosamente: “El bonapartismo levanta vuelo con alas de gloria” Este “vuelo” teórico es muy al estilo de Chernov, pero Marx, Engels y Lenin no definían al bonapartismo de acuerdo a vuelos retóricos sino en base a una específica relación entre las clases.

Entendemos por bonapartismo el régimen en el cual la clase económicamente dominante, aunque cuenta con los medios necesarios para gobernar con métodos democráticos, se ve obligada a tolerar (para preservar su propiedad) la dominación incontrolada del gobierno por un aparato militar y policial, por un “salvador” coronado. Este tipo de situación se crea cuando las contradicciones de clase se vuelven particularmente agudas; el objetivo del bonapartismo es prevenir las explosiones. La sociedad burguesa pasó más de una vez por épocas así; pero eran, por así decirlo, solamente ensayos. La decadencia actual del capitalismo no sólo quitó definitivamente toda base de apoyo a la democracia; también reveló que el viejo bonapartismo resulta

¹⁴⁹ Tomado de “Otra vez sobre la cuestión del bonapartismo. El bonapartismo burgués y el bonapartismo soviético”, en *Escritos, Tomo VI, Volumen 2*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976; también para las notas.

¹⁵⁰ *Otto von Bismarck* (1815-1898): dirigente reaccionario del gobierno prusiano entre 1862 y 1871 y canciller del Imperio Alemán entre 1871 y 1890. Organizó la unificación de Alemania por medio de la Guerra de las Siete Semanas contra Austria y de la Guerra Franco-Prusiana.

¹⁵¹ *Victor Chernov* (1876-1952): fundador y dirigente del Partido Social Revolucionario ruso. Participó en la Conferencia de Zimmerwald, fue ministro de agricultura en el gobierno de Kerensky y se opuso a la revolución bolchevique.

totalmente inadecuado; lo ha reemplazado el fascismo. Sin embargo, como puente entre la democracia y el fascismo (en 1917 en Rusia como “puente” entre la democracia y el bolchevismo¹⁵²), aparece un “régimen personal” que se eleva por encima de la democracia y concilia con ambos bandos, mientras, a la vez, protege los intereses de la clase dominante; basta con dar esta definición para que el término bonapartismo resulte totalmente aclarado.

De todos modos, hacemos notar que:

1. Ni uno solo de nuestros críticos se tomó la molestia de señalar el carácter específico de los gobiernos prefascistas: Giolitti y Facta¹⁵³ en Italia; Bruening, Papen y Schleicher en Alemania; Dollfuss en Austria; Doumergue y Flandin en Francia.

2. Hasta hoy nadie propuso otro término. Por Nuestra parte, no necesitamos buscar otro; el término empleado por Marx, Engels y Lenin nos parece totalmente satisfactorio.

¿Por qué insistimos en esta cuestión? Porque es de colosal importancia teórica y política. Se puede decir que oficialmente se abre en un país una etapa prerrevolucionaria (o prefascista) en el momento en que el conflicto entre las clases divididas en dos campos hostiles traslada el eje del poder fuera del parlamento. Por lo tanto, el bonapartismo caracteriza el último plazo con que cuenta la vanguardia proletaria para la conquista del poder. Al no comprender la naturaleza del régimen bonapartista, los estalinistas se ven llevados a dar el siguiente diagnóstico: “no es una *situación revolucionaria*”, e ignoran la situación *prerrevolucionaria*.

Las cosas se complican cuando usamos el término *bonapartismo* refiriéndonos al régimen de Stalin y hablamos de “bonapartismo soviético”. “No (exclaman nuestros críticos) ustedes tienen demasiados bonapartismos; es inadmisibles hacer tan extensivo el término”, etcétera. Generalmente se hace este tipo de objeciones (abstractas, formales y gramaticales) cuando no se tiene nada que decir sobre el tema.

No caben dudas de que ni Marx, ni Engels, ni Lenin usaron el término bonapartismo refiriéndose a un estado obrero; no tiene nada de sorprendente, ya que no tuvieron ocasión de hacerlo. (Que Lenin no dudó en utilizar para el estado obrero, con las necesarias reservas, términos usados para el régimen burgués lo demuestra, por ejemplo, su expresión “capitalismo de estado soviético”.) ¿Pero qué se puede hacer cuando los buenos viejos libros no nos dan las indicaciones necesarias? Tratar de arreglárselas usando la propia cabeza.

¿Qué significa el “régimen personal” de Stalin y cuál es su origen? En última instancia es producto de una aguda lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Con la ayuda de los aparatos burocrático y policial, el poder del “salvador” del pueblo y árbitro de la burocracia como casta dominante se elevó por encima de la democracia soviética reduciéndola a una sombra de sí misma. La función objetiva del “salvador” es proteger las nuevas formas de propiedad usurpando las funciones políticas de la clase dominante. ¿Acaso esta *precisa caracterización del régimen socialista no es a la vez la definición sociológica científica del bonapartismo*?

El valor incomparable del término radica en que nos permite descubrir inmediatamente afinidades históricas sumamente instructivas y determinar dónde están sus raíces sociales. Surge la conclusión siguiente; la ofensiva de las fuerzas plebeyas o proletarias contra la burguesía dominante, así como la ofensiva de las fuerzas pequeñoburguesas o burguesas contra el proletariado dominante, puede terminar en regímenes políticos totalmente análogos (simétricos). Este es el hecho indiscutible que nos permite descubrir el término bonapartismo.

¹⁵² [Ver, por ejemplo, en estas mismas *Obras Escogidas de León Trotsky ¿Y ahora qué?*, 1917, EIS]

¹⁵³ *Luigi Facta* (1861-1930): premier de Italia en 1922 y senador en 1924.

Cuando Engels escribía “*Todo* gobierno se está volviendo bonapartista, *nolens volens*”, pensaba seguramente sólo en las tendencias del proceso. En este terreno como en cualquier otro, la cantidad se transforma en cualidad. Toda democracia burguesa tiene rasgos bonapartistas. También se puede descubrir, con buenas razones, elementos bonapartistas en el régimen soviético de Lenin. Pero el arte del pensamiento científico consiste en determinar precisamente dónde la cantidad se transforma en una nueva cualidad. En la era de Lenin el bonapartismo soviético era una *posibilidad*; en la era de Stalin se ha convertido en una *realidad*.

El término bonapartismo confunde a los pensadores ingenuos (a lo Chernov) porque evoca la imagen del modelo histórico de Napoleón, así como el término cesarismo evoca la imagen de Julio César. De hecho, ambos términos se desprendieron hace mucho de las figuras históricas que les dieron origen. Cuando hablamos de *bonapartismo*, sin aditamentos, no pensamos en analogías históricas sino en una definición sociológica. Del mismo modo, el término chovinismo tiene un carácter tan general como *nacionalismo*, aunque el primero proviene del nombre del burgués francés Chauvin y el segundo de *nación*.

Sin embargo, en *algunos* casos, cuando hablamos de bonapartismo tenemos en mente una afinidad histórica más concreta. Así, el régimen de Stalin, que es la traducción del bonapartismo al idioma del estado soviético, revela al mismo tiempo una cantidad de rasgos *complementarios* que recuerdan el régimen del Consulado (o del Imperio, pero todavía sin corona). No es casual; ambos regímenes siguieron a grandes revoluciones y las usurparon.

Vemos que un uso correcto, es decir dialéctico, del término bonapartismo no sólo no nos conduce al esquematismo (esa úlcera del pensamiento), sino que nos permite caracterizar bien concretamente el fenómeno que nos interesa; a éste no se lo toma aislado, como “algo en sí mismo”, sino en su conexión histórica con muchos otros fenómenos relacionados con él. ¿Qué más se le puede pedir a un término científico?

El carácter de clase del estado soviético¹⁵⁴

(1 de enero de 1936)

Estimados camaradas,

Me preguntáis si el sistema soviético imperante puede ceder ante un “tercer” tipo de sociedad, ni capitalista ni socialista. Urbahns cree que éste es de hecho el “capitalismo de estado”, e identifica al sistema soviético con el capitalismo fascista regimentado¹⁵⁵. Olvida una diferencia muy sutil: el fascismo encierra las fuerzas productivas altamente desarrolladas dentro de los límites del estado nacional y frena su desarrollo posterior. El sistema soviético, incluso en su forma actual, imparte a las fuerzas productivas un ritmo de desarrollo jamás alcanzado anteriormente. Así, Urbahns se muestra incapaz de diferenciar lo que es históricamente progresivo de lo archirreaccionario.

Veo que no compartís la formulación de Urbahns. Pero creéis que la burocracia soviética, al desarrollarse, podría adaptar las formas de propiedad a sus propios intereses, hasta el punto de convertirse en una nueva clase dominante. No especificáis cuales son esas nuevas formas de propiedad. Os limitáis a la afirmación general de que la evolución es fuente inagotable de formas y formaciones nuevas.

En esta formulación general, me resulta tan difícil el aceptar o el rechazar la “tercera” posibilidad, porque se deben abstraer demasiados factores, principalmente los que condicionan nuestra actividad revolucionaria.

Ahora bien, las *formas de propiedad* son formas sociales por excelencia. Citáis ejemplos (tomados, por otra parte, de la época precapitalista) donde ciertas formas de propiedad no poseían gran importancia. Estos ejemplos sólo demuestran que es necesario diferenciar las formas de propiedad reales de las supuestas, es decir, de las ficciones jurídicas (que también cumplen una función real, pero en un plano más elevado). La burguesía ha reducido las formas de propiedad a su expresión más descarnada. La revolución proletaria nacionalizó la propiedad capitalista. Surge la pregunta: ¿puede esta nacionalización degenerarse hasta convertirse en una ficción donde la verdadera propiedad, bajo tal o cual forma, vuelva a la nueva clase dominante que surja de la burocracia?

La propiedad nacionalizada se mantiene o derrumba junto con la economía planificada. Por lo tanto, no se trata de una ficción, sino de una poderosa realidad. Sin embargo, la nacionalización significa que las fuerzas productivas se organizan y dirigen no solamente de acuerdo con un plan, sino también en bien de los intereses generales. La burocracia perjudica al nuevo sistema en ambos sentidos. Por un lado, reduce la eficiencia de la economía planificada; por el otro, consume una tajada enorme del excedente de producción.

Si hablamos de un “tercer” sistema debemos determinar si se trata de los nuevos derechos adquiridos por la burocracia sobre una tajada cada vez mayor del ingreso

¹⁵⁴ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, página 18 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

¹⁵⁵ Hugo Urbahns (1890-1946): dirigente del PC alemán, fue expulsado en 1928 y fundó la Leninbund, que estuvo asociada a la OII hasta 1930. Elaboró una teoría sobre el carácter “capitalista de estado” de la URSS.

nacional (lo que equivale al derecho al parasitismo) o si se trata de la liquidación virtual de la economía planificada. Sólo la segunda hipótesis constituiría una nueva base social.

Debemos comprender claramente que la abolición de la economía planificada y, con ello, de la nacionalización de las fuerzas productivas, provocará su inexorable y automática paralización y desintegración. En ese caso, ya no tendríamos un sistema progresivo, sino un sistema en descomposición que desembocaría inevitablemente en el capitalismo fascista. Posiblemente un proceso tan rico en posibilidades generaría algo original. Pero la esencia de la cuestión prácticamente no cambiaría.

Supongamos que la economía planificada permanece fundamentalmente intacta, que las fuerzas productivas siguen en ascenso; en ese caso, según vuestra hipótesis, lo único que sucederá es que la burocracia logrará estabilizar, fortalecer y perpetuar su parasitismo jurídica, ideológica y políticamente (también religiosamente, ¿por qué no?). Esta perspectiva supone que la gran masa de la población aceptará pasivamente el nuevo yugo, a pesar de la elevación del nivel económico y cultural, y que soportará todo sin oponer resistencia para siempre jamás. Pero eso no es probable, de ninguna manera. En cierta etapa, el progreso económico brinda una gran fuente de poder a la burocracia. Pero el propio progreso actúa en contra de su autocracia y parasitismo.

¿Qué perspectivas se nos abren? Probablemente, una nueva revolución. No será una revolución social, sino política. La evolución de la burguesía también conoce “grandes” revoluciones, es decir, revoluciones sociales, y revoluciones puramente políticas basadas en la propiedad ya establecida. Sea como fuere, los pronósticos teóricos de Marx y Lenin no previeron la posibilidad de revoluciones políticas sobre la base de la propiedad nacionalizada por el proletariado. Pero tampoco previeron la degeneración bonapartista de la dictadura proletaria. Ambas cosas pertenecen a esas etapas, formas transitorias, etcétera, que la historia produce con tanta abundancia. Las leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo, tal como las estableció el marxismo, no pierden su fuerza en virtud de estos “episodios” (“episodios” tan desagradables).

Me apresuro a enviarles estas breves consideraciones acerca del interesante problema que me habéis planteado.

Con mis más cálidos saludos,

Suyo,
L. Trotsky

[Llegar a los verdaderos amigos de la URSS –Carta a Scheflo]

(2 de enero de 1936)

Estimado amigo Scheflo¹⁵⁶,

Las noticias sobre sus graves dolencias me han llegado al alma. Yo mismo estoy lejos de gozar de buena salud en estos momentos y por tanto puedo expresarle más calurosamente mi solidaridad.

No puedo estar más de acuerdo con usted cuando dice que no debe echarse al niño junto al agua del baño. Se trata de atraer sobre esta cuestión el interés de los amigos *honestos* de la Unión Soviética, no de sus enemigos y, menos aún, de esos “amigos” que están directa o indirectamente vendidos a la burocracia soviética y cuyo número dista de ser insignificante.

Si viene usted a Oslo me apresuraré para visitarlo. Solo le ruego que me indique con tiempo suficiente la hora y el lugar.

¹⁵⁶Carta a O. Scheflo. Olav Scheflo (1883-1959), antes de la guerra dirigente del partido obrero noruego, el DNA, había sido uno de los animadores de su ala izquierda que logró la afiliación a la IC. Había sido delegado del partido en el segundo, tercero y cuarto congresos de la Internacional Comunista y había conocido personalmente a Trotsky. Aunque no siguió a su partido en la ruptura con la IC, había conservado las relaciones personales con Trotsky y actuó en diversas ocasiones para la concesión del visado noruego a favor del exiliado. Era periodista en Krstiansand.

Los comunistas extranjeros corren peligro¹⁵⁷

(2 de enero de 1936)

En la resolución del último plenario del Comité Central del PCUS (23 de diciembre de 1935) acerca de la verificación de los documentos partidarios, credenciales, etcétera, encontramos la extraña indicación de que, debido a la negligencia de los organismos partidarios pertinentes, las agencias de espionaje extranjeras puedan infiltrar agentes en el partido comunista, disfrazados de exiliados políticos y comunistas extranjeros.

Este párrafo de la resolución nos exige la mayor atención y desconfianza. Desde luego que no se puede excluir que algunos espías se coloquen la máscara estalinista y, dada la total burocratización de la vida partidaria, lo hagan con todo éxito. Pero nos preguntamos por qué el comité central resolvió destacarlo en la resolución. En general, los verdaderos problemas de espionaje no se tratan abiertamente. Bastaría un memorandum secreto a los organismos partidarios. Pero el hecho de considerar necesario el anunciar públicamente en forma tan espectacular que existe infiltración de espías extranjeros, demuestra que se trata de una maniobra destinada a resolver un problema completamente distinto y mucho más profundo.

En los últimos años, cientos de comunistas extranjeros fueron atraídos a la Unión Soviética mediante engaños, y allí arrestados, confinados en campos de concentración, o incomunicados, o deportados. Se ejecutó a decenas de ellos. Se trató de vincular el asesinato de un grupo importante de militantes de la Oposición extranjeros al asunto de Kírov. Ahora tratan de crear un pretexto más general y duradero para el exterminio de extranjeros de espíritu crítico. Es muy probable que los autores de la amalgama (en primer lugar la pareja Stalin-Yagoda) estén muy preocupados por las revelaciones del camarada yugoslavo Ciliga después de su liberación¹⁵⁸. Tienen razón. Por eso tratan de dar a los agentes extranjeros de la GPU (incluyendo a los señores editores estalinistas) una fórmula prefabricada para engañar a la opinión pública. Dado que no se puede involucrar al mundo entero en el asesinato de Kírov, se pueden arrojar sospechas sobre los demás, acusándolos de espías.

No les servirá. Los obreros exigirán la creación de la *comisión internacional* imparcial para investigar los asesinatos, acusaciones y persecución de los comunistas extranjeros. Esta consigna adquiere ahora gran importancia para purificar al movimiento obrero del veneno de la amalgama estalinista.

¹⁵⁷ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, página 22 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*. Los dirigentes de la LCI de varios países recibieron copias

¹⁵⁸ Anton Ciliga: dirigente del PC yugoslavo encarcelado por Stalin, pudo abandonar la URSS en 1935. Antes de romper con el marxismo hizo una serie de revelaciones sobre las condiciones en las cárceles soviéticas.

“¿Cultura socialista?”¹⁵⁹

(10 de enero de 1936)

En la conferencia de los stajanovistas en el Kremlin, un tal Diakonov, director de la fábrica de automóviles de Gorki, mencionó cautelosa y discretamente la posibilidad de completar el plan quinquenal en cuatro años. Orjonikije lo interrumpía cada vez que intentaba hablar, haciéndole no sólo preguntas, sino también chistes y bromas de dudoso gusto. No nos resulta difícil imaginarnos la posición en que se encontró el modesto orador ante las majestuosas bromas en el lujoso auditorio del palacio del Kremlin. Diakonov llegó a decir, “Camarada Sergo, quiero responder a sus preguntas, pero usted no me da tiempo.” Sin embargo, Orjonikije no se arredró. Según la crónica periodística, interrumpió el brevísimo informe de Diakonov en no menos de catorce ocasiones; además de eso, al dirigirse al director de la fábrica, es decir, un subordinado suyo, utilizó constantemente las fórmulas del tuteo. ¿Acaso son viejos compinches? No. Cuando Diakonov se dirige a su superior, emplea siempre un tono respetuoso, no lo trata de “tú”, sino de “usted”...

En la conferencia se habló mucho sobre la actitud cultural hacia los trabajadores y el pueblo. Pero Orjonikije (y no sólo él) se comportó a la manera del auténtico patrón feudal ruso de los buenos tiempos, que se dirige alegremente a sus subordinados en el tono familiar de “¡oye, tú!” ¡No resulta difícil imaginar cómo hubiera reaccionado Lenin ante semejantes modales de gran señor! El descaro y la vulgaridad le resultaban orgánicamente intolerables, sobre todo en relación con un camarada joven subordinado, que se desconcierta fácilmente cuando toma la palabra.

Digamos de paso que Orjonikije se dignó a mofarse de Diakonov en forma muy benigna; pero por su tono indicó claramente que nada le hubiera costado comportarse de otra manera. No podemos dejar de recordar un incidente de 1923, cuando Orjonikije, en su carácter de primer dignatario del distrito de Transcaucasia, abofeteó a un camarada joven que osó contradecirlo. En su lecho de enfermo, Lenin reunió todos los materiales relativos a este hecho repugnante, y propuso al comité central que relevara a Orjonikije de todas sus responsabilidades y lo separara del partido durante dos años. Fue justamente esta propuesta la que selló la alianza de Orjonikije con Stalin. Pero hoy, en la lucha por la “cultura” socialista, Orjonikije no tiene por qué reprimirse...

Debe agregarse que Kaganovich hace todo lo posible por no permitir que Orjonikije lo supere en este terreno. No es por nada que ambos ostentan el título de... “amados comisarios del pueblo”. Kaganovich se dirigió a los maquinistas ferroviarios que hablaron en la conferencia en tono familiar, a la manera de un general de los buenos tiempos dirigiéndose a su ayudante de campo. Si hay alguna diferencia entre ambos, es que Kaganovich resulta un poco más repugnante que Orjonikije.

Y *Pravda*, el órgano central del partido comunista (!?!), reproduce estos ejemplos de vulgaridad señorial para enseñanza y ejemplo de todos.

¹⁵⁹ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, dentro del artículo “Apuntes de un periodista”, en epígrafe mismo subtítulo, páginas 28-30 del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

Bizantinismo¹⁶⁰

(10 de enero de 1936)

En la conferencia stajanovista celebrada el 17 de noviembre en el Kremlin, Voroshilov se refirió a los pilotos que “dominan por completo, en forma auténtica, *en forma estalinista*, la técnica de la aviación” (*Pravda*, 20 de noviembre de 1935). Así nos enteramos que Stalin, el perfecto, domina la técnica de la aviación.

El mencionado Voroshilov agregó más abajo: “Stalin, quien ha estudiado el problema del armamento militar en todos sus alcances... ha dicho más de una vez que los tanques, aviones, cañones, no son jabón, no son fósforos, no son tortas, sino medios para la defensa, por eso tened la bondad de realizar vuestro trabajo como corresponde,” Así aprendemos que es lícito realizar el trabajo de fabricar fósforos y jabón, no “como corresponde”, sino de cualquier manera. ¡Esto es lo que se conoce con el nombre de “exceso de celo”!

Comprendemos que Stalin se ocupe en estudiar exhaustivamente el problema del armamento militar. Pero tomemos, por ejemplo, a Mikoian. Profundizando más las conclusiones de Voroshilov, en la misma conferencia, Mikoian relató la siguiente anécdota reveladora: las fábricas soviéticas producen “golosinas, agua de colonia, salchichones excelentes”, etcétera, para la exportación, mientras que los mismos productos para el mercado de consumo interno son de pésima calidad (ya sabemos por boca de Voroshilov que esto es absolutamente lícito en relación con los fósforos, el jabón y las tortas). Diríase que Stalin le dio un consejo a Mikoian: engañe a los obreros diciéndoles que los productos son para la exportación y luego colóquelos en el mercado interno. No sabemos qué es lo que más nos maravilla en la anécdota del dignatario: el desprecio por el consumidor soviético, la astucia de Stalin, o el exceso de celo de Mikoian.

Pero el mencionado Mikoian no se detuvo allí. Resulta que cuando Mikoian promulgó “la orden de producir jabones de la mejor calidad”, Stalin, todavía insatisfecho, ordenó a su vez (¡a Mikoian!) que llevase *muestras de jabón de tocador a una sesión del buró político*. Como resultado de ello, cuenta el fiel Mikoian, “el comité central votó una resolución especial... acerca de las variedades y fórmulas de jabón.” Con lo cual nos enteramos que Stalin, además de aviador, es un avezado saponificador.

Este fue el espíritu, con mayor o menor dosis de mikoianismo, de todos los discursos de la conferencia. Toda la atmósfera está impregnada de un bizantinismo intolerable. No, caballeros: ¡el país no puede respirar esa atmósfera, no lo hará por mucho tiempo!...

¹⁶⁰ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, dentro del artículo “Apuntes de un periodista”, en epígrafe mismo subtítulo, páginas 30-32 del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

Una observación casual¹⁶¹

(10 de enero de 1936)

En su informe ante el CEC sobre el movimiento stajanovista, Sarkisov, secretario de la cuenca del Don, incluyó dos golpes maestros. Dijo que los propios stajanovistas deben escribir en los periódicos acerca del stajanovismo: “resulta más claro y sencillo, y el obrero que lee se entera de *que ese hombre realmente existe.*”

Molotov: “Exacto.”

Estas palabras casuales revelan una verdad aplastante: no existe un lector que crea en lo que dice la prensa oficial; a los obreros no les cabe la menor duda de que los burócratas fabrican, no sólo las estadísticas míticas, sino también los individuos. Se necesitan métodos especiales para inducir a los obreros a creer “que ese hombre realmente existe.” Agreguemos que esa es la tarea de los solemnes congresos de stajanovistas en el Kremlin, la publicación de fotografías, etcétera.

El mismo Sarkisov, en relación con el aumento de la productividad en las minas de carbón, presentó el siguiente ejemplo: “Un solo operario puede cuidar dos caballos.” Lo cual, agregó, no sólo permite elevar la productividad del trabajo, sino, por añadidura, “que los caballos descansen.” El operario no tiene por qué descansar: el sudoroso caballo lo hace por él.

¹⁶¹ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, dentro del artículo “Apuntes de un periodista”, en epígrafe mismo subtítulo, página 32 del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

Acerca de la sección soviética de la Cuarta Internacional¹⁶²

(11 de enero de 1936)

Se está arreglando una nueva purga en el autotitulado Partido Comunista de la Unión Soviética. Esta vez lleva el modesto rótulo de “control de credenciales partidarias”. La diferencia entre esta purga y las anteriores es que el propio partido no participa siquiera formalmente: no hay reuniones generales, confesiones personales, denuncias públicas, ni testimonios confirmatorios. La maquinaria de control funciona en la trastienda, porque, vean ustedes, sólo se trata de las “credenciales”. En realidad, como resultado de esta modesta investigación técnica, ya se ha expulsado aproximadamente al diez por ciento del partido. Todavía no se ha completado el control de los aspirantes. Pero ya hay mucho más de 200.000 expulsados de las filas del partido. Recordemos al pasar que esta cifra era la casi *totalidad* de los miembros del Partido Bolchevique en la época en que condujo al proletariado a la conquista del poder.

El *Pravda* del 2 de enero clasifica las cifras de expulsados según las siguientes categorías principales:

“Desde los trotskystas, zinovievistas, oportunistas, falsarios, elementos extraños, tramposos y aventureros, hasta espías de agencias extranjeras.” Se observará que la lista repite la fórmula general de las amalgamas termidorianas. Que nadie sea tan ingenuo como para “indignarse” por la mezcla de trotskystas con tramposos y espías. Todo régimen enfrentado al pueblo persigue, por un lado a los revolucionarios y por el otro a los criminales. Desde tiempos inmemoriales ambas categorías compartieron las cárceles del zar, como hoy comparten las cárceles de la burguesía del mundo entero. En su momento, Kerensky juró una y otra vez que los bolcheviques eran cómplices de las Centurias Negras y del espionaje alemán. Stalin se mantiene fiel a la tradición. En lugar de “indignarnos” examinemos la amalgama estadística más de cerca.

Lo primero que nos llama poderosamente la atención es que entre más de 200.000 expulsados, los “trotskystas” ocupen oficialmente el primer lugar. ¿Significa que constituyen un gran grupo desde el punto de vista *numérico*? ¿O que la burocracia, tras liquidar “los restos y remanentes” del trotskismo en no menos de diez ocasiones sigue considerándolos su enemigo más peligroso? La respuesta a ambas preguntas es sí. Enseguida demostraremos, basándonos en las estadísticas oficiales, que los bolchevique-leninistas expulsados en la última purga (últimos meses de 1935), suman no menos de diez mil, en realidad muchos más. La brutalidad de la represión demuestra con creces hasta qué punto la burocracia teme a esta “categoría”. Es común que los informes oficiales agrupen a los trotskystas y zinovievistas dentro de la misma categoría. Los zinovievistas eran un grupo leningradense; en el resto del país no eran más que unos cuantos individuos aislados y, dejando de lado su inestabilidad general, jamás tuvieron una existencia política independiente. De manera que podemos clasificar a los expulsados en seis categorías: (1) bolchevique-leninistas; (2) zinovievistas; (3) “oportunistas” (que aquí aparecen por razones de simetría y camuflaje: por regla

¹⁶² Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, dentro del artículo “Apuntes de un periodista”, en epígrafe mismo subtítulo, páginas 34 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

general, los informes individuales no los mencionan); (4) falsarios y elementos extraños (exguardias blancos, etcétera); (5) tramposos y aventureros; (6) espías extranjeros. Estas categorías se repiten, con pequeñas variaciones, en los informes distritales, la correspondencia, los editoriales, etcétera.

Antes de entrar al análisis de la fuerza numérica de los bolchevique-leninistas, queremos señalar que en ninguna de las listas de categorías o en ninguno de los comentarios que hemos leído se menciona a los *mencheviques* y *social-revolucionarios*. Ninguno de los dos partidos existe políticamente. Como señaló muy correctamente el camarada Tarov, su política reaccionaria de 1917 les cerró todo acceso a las nuevas generaciones de la ciudad y del campo. Y como señaló en varias ocasiones el camarada yugoslavo Ciliga, hasta ayer cautivo de Stalin, la única oposición seria en el país es la de los bolchevique-leninistas. En otros términos, la oposición al bonapartismo en la Unión Soviética, no se deriva de los principios de la democracia pequeñoburguesa, sino de las conquistas de la Revolución de Octubre y marcha bajo su bandera. Tengámoslo muy en cuenta, porque reviste una importancia colosal para el futuro.

Después de tantas purgas y campañas de exterminio físico, nos resulta casi increíble que entre las categorías de expulsados (que no suman cientos, ni miles, sino 200.000 como mínimo) los bolchevique-leninistas encabecen la lista. ¿Cuántos eran? La prensa soviética, cautelosamente, se abstiene de citar las cifras totales. La única mención, directa o indirecta (generalmente indirecta), de la cifra total de “trotskystas” expulsados, aparece en artículos y observaciones referidas a las provincias y distritos. Queremos extendernos en el análisis de estos datos.

Jataevich, secretario de la provincia Dneper-Petrovsk, señala que durante el control de documentos en su satrapía, el partido expulsó a 2.646 personas, el ocho por ciento del total. Durante el control, dice, “logramos descubrir no sólo a individuos aislados, sino a *grupos* contrarrevolucionarios trotskystas-zinovievistas ocultos en las filas del partido.” Jataevich no nos proporciona la cifra. Pero sí cita otras: “1.500 guardias blancos, *kulaks*, miembros de las pandillas de Petliura, Majno y otros; 300 falsarios y tramposos que se infiltraron en el partido con documentos falsos” (*Pravda*, 26 de diciembre de 1935). Estos dos grupos suman 1.800. Además, hay una referencia oscura a “espías extranjeros que se infiltraron en el partido”; pero no puede referirse más que a una veintena de individuos. Si restamos la cifra anterior, quedan no menos de 1.600 trotskystas, zinovievistas, y opositores de todo tipo. Salvo que Jataevich oculte alguna otra categoría de expulsados. ¿Cuáles? ¿Por qué? Pero si los trotskystas no fueran sino la tercera parte de los arriba mencionados, igualmente les corresponde una cifra imponente (500 a 1.000). Esta cifra es, naturalmente, hipotética.

En un pequeño artículo publicado en la misma edición de *Pravda*, leemos que en la región de Azov-Mar Negro fueron expulsadas 4.324 personas, siete por ciento del total. En el control se reveló que “en distintas organizaciones urbanas existían grupos contrarrevolucionarios trotskystas-zinovievistas (la fábrica ‘Krasni-Aksai’, el departamento agrícola regional, el trust de frutos y uvas).” El breve artículo no señala cuántos de los expulsados pertenecían a estos grupos, pero reconoce que siguen apareciendo “enemigos ocultos”.

En la región de Siberia Occidental fueron expulsados 3.576 miembros del partido (once por ciento) y 1.935 postulantes (12,8 por ciento). El secretario Eije escribe en *Pravda*: “El mayor número de expulsiones corresponde a los *kulaks* y guardias blancos de los ejércitos de Kolchak: casi un tercio. *Luego vienen los trotskystas y zinovievistas...*” (23 de diciembre de 1935). Según este informe, los bolchevique-leninistas ocupan el segundo lugar desde el punto de vista numérico. Todos los expulsados, con excepción de los guardias blancos, ocupan no más de cuatro categorías.

Si cada una de estas categorías comprendiera igual cantidad de expulsados, cada una tendría más de 900. Sin embargo, el propio Eije señala que, después de los guardias blancos, los trotskystas y zinovievistas son numéricamente los más grandes. Por lo tanto, no puede haber menos de 1.000 bolchevique-leninistas expulsados en Siberia Occidental, es decir, aproximadamente un veinte por ciento del total de expulsados. Dice Eije: “La mitad de los trotskystas y zinovievistas expulsados del partido trabajaba en las instituciones pedagógicas... La basura (¡!) trotskysta-zinovievista se esforzó por penetrar en el sector ideológico con fines propagandísticos.” Aquí se refiere evidentemente a los nuevos miembros del partido, la juventud obrera-estudiantil. Podemos conceder que Siberia representa una excepción en cuanto al elevado porcentaje de bolchevique-leninistas: evidentemente, la juventud sufre la influencia de los exiliados (agreguemos que el mismo fenómeno se produjo bajo el zarismo).

En el distrito de Jarkov, de 50.000 miembros fueron expulsados más de 4.000. El secretario Zaitsev sólo clasifica los 2.356 casos verificados por los organismos de mayor autoridad. Entre éstos se encuentran: 594 degenerados morales y violadores de la disciplina; 907 kulaks y guardias blancos; 120 falsarios y tramposos; 42 nacionalistas burgueses y, por último, 120 trotskystas. En este caso tenemos una cifra concreta y, por otra parte, no se menciona a los zinovievistas. Si tenemos en cuenta que en Jarkov, la satrapía de S. Kosior, Petrovski y Compañía, el exterminio físico de la Oposición comenzó en 1923 y fue tan despiadada y brutal que su fama se extendió por toda la Unión Soviética, la modesta cifra de 120, que comprende a más del cinco por ciento de los 2.356 expulsados, resulta verdaderamente asombrosa¹⁶³.

Es perfectamente claro que la burocracia no tiene ni puede tener motivos para exagerar la influencia de los bolchevique-leninistas. Por eso, las cifras que aparecen en la prensa las debemos considerar mínimas. Por otra parte, desde 1924 la camarilla estalinista expulsa a los militantes de la Oposición calificándolos de “degenerados morales” y aun de “guardias blancos”. No cabe duda de que los bolchevique-leninistas de mayor prestigio y actividad aparecen bajo estos rótulos para facilitar su ejecución en los campos de concentración o camino al exilio.

Tomando el coeficiente de Siberia Occidental, obtenemos una cifra de no menos de 40.000 “trotskystas” y zinovievistas expulsados en toda la Unión Soviética. Ya hemos explicado por qué consideramos que esta cifra es excesiva. Pero aunque tomemos el porcentaje mínimo de Jarkov, es decir, del cinco por ciento, obtenemos más de 10.000. Por último, si calculamos el promedio de Jarkov y Siberia Occidental, obtenemos 25.000. Probablemente, esta última cifra es la más próxima a la realidad.

Cualquiera comprende claramente la gran importancia política de estos datos. Queda una pregunta: ¿por qué la burocracia no da a conocer las cifras totales, pero a la vez publica datos parciales lo suficientemente claros como para que uno se pueda orientar? La respuesta es muy sencilla: la burocracia hace lo imposible por no dar publicidad a los bolchevique-leninistas, pero al mismo tiempo debe lanzar la voz de alarma. ¡Cuidado! ¡“Ellos” son muchos! ¡“Ellos” crecen!. Sea como fuere, ya no se habla de “restos” y “puñados a destruir”.

Los bolchevique-leninistas eran y siguen siendo los enemigos más implacables de la burocracia, la cual trata de perpetuar su posición de casta dominante. No es de extrañar que la camarilla estalinista asigne el primer lugar en sus amalgamas a los “trotskystas”. Se han ganado con sus luchas este honor. El carácter de la última purga constituye la prueba más clara del aumento de su prestigio. La burocracia ya no puede

¹⁶³ Grigori Petrovski (1878-1958): bolchevique de la Vieja Guardia, presidió el Comité Central de Ucrania desde 1919 hasta 1938 y fue vicepresidente del CEC de la URSS. En 1939 abandonó la política y dirigió museos.

utilizar al partido aterrorizado para liquidar sumariamente a sus enemigos; ni siquiera puede hacerlo en forma pública a los ojos de aquel. Reemplaza la purga pública por la cámara secreta, es decir, la pone en manos de la GPU. Desde luego, los expulsados van a parar a las mismas manos... para ser exterminados. El método se adecúa tan bien a los intereses de la burocracia, que Stalin ya tiene proyectada una nueva purga: desde el 1 de febrero hasta el 1 de mayo del corriente año. Los viejos carnés (se dice que están “ajados”) serán cambiados por otros nuevos, y en las instrucciones del CC se incluye la cláusula estricta de que, en el momento de cambiarlos, los secretarios, vale decir la GPU, deben controlar nuevamente a cada miembro del partido y entregar el carné únicamente al que merezca “confianza”. Quizás dentro de seis meses nos dirían cuántos bolchevique-leninistas adicionales fueron ascendidos del partido al campo de concentración.

Para muchos, estos datos pueden parecer inesperados. Hemos reproducido todos nuestros cálculos ante el lector para aventar toda sospecha de subjetivismo o prejuicio por nuestra parte. La esencia de la cuestión reside en que bajo la influencia de la prensa estalinista y de sus agentes (como Louis Fischer y otros caballeros)¹⁶⁴, no sólo nuestros enemigos, sino también muchos de nuestros amigos occidentales, se hacen a la idea de que si quedan bolchevique-leninistas en la URSS, casi todos están en los campos de trabajos forzados. ¡No! ¡De ninguna manera! Las medidas policiales no pueden desarraigar el programa marxista, ni la gran tradición revolucionaria. Es cierto que el trabajo de los bolcheviques es más difícil en la URSS que en cualquier otro país del mundo (en este sentido es muy interesante el reciente testimonio del camarada yugoslavo Ciliga). No obstante, el intelecto revolucionario no deja de funcionar por un solo día. Si no como doctrina, entonces como sentimiento, como tradición, como bandera, nuestra tendencia tiene un carácter de masas en la URSS y evidentemente atrae fuerzas nuevas. Entre los diez a veinte mil “trotskystas” expulsados en los últimos meses de 1935, los representantes de la vieja generación, los participantes del movimiento de 1923-28 constituyen decenas, quizás cientos, pero no más. La masa fundamental la constituyen las fuerzas jóvenes. Por otra parte, no debemos olvidar que estos datos pertenecen únicamente al partido. ¡También existe la Liga Juvenil Comunista, con sus millones de jóvenes! Y entre ellos el descontento es mucho más agudo. Para los revolucionarios jóvenes el acceso al leninismo es sumamente difícil en la URSS. Pero sin duda su nivel es incomparablemente más alto que el del “partido” estalinista. La gran tradición sigue viva. En lugares secretos está oculta la vieja literatura de la Oposición. Las obras de Marx, Engels y Lenin están en los anaqueles (todavía no se atreven a prohibirlos). Los periódicos soviéticos se ven obligados a reproducir noticias sobre acontecimientos mundiales. La literatura internacional bajo la bandera de la Cuarta Internacional ya es muy rica. Nuestras ideas y consignas penetran en la Unión Soviética a través de mil canales... inclusive a través de nuestro *Biulleten* ruso. Así se asegura el precioso legado del pensamiento revolucionario.

Bajo el azote de la burocracia, y en parte por provocación directa de los Yagodas, Medveds y otros¹⁶⁵, elementos aislados de la juventud toman la senda del terrorismo individual, es decir, el camino de la desesperación y de la impotencia. Los bonapartistas aprovechan con avidez los atentados terroristas para justificar la sangrienta represión a la Oposición: este método es tan antiguo como la vileza de los

¹⁶⁴ Louis Fischer (1896-1970): corresponsal europeo del *Nation*, principalmente desde la URSS, escribió varios libros sobre la política europea. Trotsky lo consideraba un exégeta del estalinismo.

¹⁶⁵ Filip Medved (muerto 1937): jefe de la GPU de Leningrado en la época del asesinato de Kírov. Fue sentenciado junto con otros policías a una breve condena de cárcel por no haber brindado protección adecuada a Kírov, y todos fueron fusilados en 1937.

antiguos déspotas privilegiados. Pero la mayor parte de la juventud revolucionaria no se separa de su clase para tomar la senda de las aventuras individualistas. El programa de la Cuarta Internacional no promete milagros instantáneos, pero sí señala el único camino justo e incondicionalmente seguro. El crecimiento de la Cuarta Internacional a nivel mundial fortalece e inspira a nuestros amigos y seguidores en la URSS. Podemos decir con certeza que a pesar de los trece años de persecución, calumnias y pogromos sin precedentes en la historia por su vileza y crueldad, a pesar de las capitulaciones y traiciones (más peligrosas que la represión) la sección de la Cuarta Internacional más fuerte, más numerosa y más templada es la de la URSS.

No, no tenemos razón alguna para caer en la apatía. El avance no es ininterrumpido ni recto. La lucha de los oprimidos exige grandes sacrificios. Pero el futuro nos pertenece. La última purga burocrática en la URSS es una prueba tan clara que hasta un ciego la puede ver: ¡el futuro nos pertenece!

Posdata: La persistente mención sobre “espías de agencias extranjeras” expulsados del partido en la última purga merece una atención especial. Por supuesto que puede haber tales casos. Pero por su propia naturaleza sólo pueden ser excepcionales. Hubiera bastado una circular secreta común para enviar la información. ¿Por qué los periódicos hablan tanto de espías? La prensa estalinista jamás lo haría sin instrucciones de arriba. Pero, ¿cual es el objeto de la orden? Podemos suponer cual es la respuesta sin temor a equivocarnos.

Desde que los estalinistas ejercen el régimen autocrático en la URSS, no pocos militantes extranjeros de la Oposición Comunista han ido al paredón. Muchos más se pudren en la incomunicación, en los campos de concentración y en el exilio. Cada vez llegan más noticias sobre estos casos al exterior. Los informes de A. Ciliga, que acaba de escapar de las cadenas estalinistas, poseen un valor excepcional. La burocracia debe contrarrestar estas revelaciones de algún modo, armando a sus lacayos extranjeros con algo que se asemeje a una explicación. No sería extraño que los agentes de la Comintern acusaran a los comunistas extranjeros arrestados y fusilados en la URSS de “espías de agencias extranjeras”. Pero estas canalladas no quedarán impunes. Las masas trabajadoras conocerán la verdad. Las organizaciones de la Cuarta Internacional estarán en sus puestos.

Los prisioneros revolucionarios de Stalin¹⁶⁶

(15 de enero de 1936)

Las cartas y documentos recientemente publicados por los camaradas Tarov y Ciliga han servido para estimular un enorme interés por la represión a los combatientes revolucionarios a manos de la burocracia soviética. A dieciocho años de la Revolución de Octubre, en una época en que, según la doctrina oficial, el socialismo es una realidad “definitiva e irrevocable” en la URSS, aquellos revolucionarios enteramente consagrados a la causa del comunismo que no reconocen el dogma de la infalibilidad estalinista sufren años de cárcel, encierro en campos de concentración, trabajos forzados, tortura física cuando resisten, fusilamiento en casos de intentos de evasión reales o ficticios, o bien, son conducidos deliberadamente al suicidio. Cuando cientos de prisioneros, en protesta contra las condiciones intolerables, recurren al terrible método de la huelga de hambre, la burocracia los somete a alimentación forzada y luego los coloca en situaciones aún más horribles. Cuando ante la falta de otros medios de protesta, algunos revolucionarios se cortan las venas, los agentes de la GPU, es decir los agentes de Stalin, “salvan” sus vidas para demostrarles con renovada brutalidad que en verdad no tienen salvación alguna.

En medio de este panorama horrible, la crónica del camarada Ciliga introduce un elemento sumamente trágico. Ciliga era uno de los dirigentes de la sección yugoslava de la Comintern. En otras circunstancias, al surgir diferencias entre los dirigentes de un partido, se hubiera recurrido a la discusión, al congreso extraordinario y en casos extremos, a la ruptura. No sucede así en la Comintern. La camarilla de Moscú envía sus instrucciones al comité central de la sección nacional. Éste a su vez le solicita a Moscú que lo libere de la Oposición. Stalin ordena a los opositores que se trasladen a Moscú y, tras un intento sumario de “convencerlos”, ordena su arresto, incomunicación y exterminio físico por distintos medios. Entre los cientos de fusilados por su “participación” en el caso Kírov (que en la mayoría de los casos no tuvieron nada que ver) se encuentran varios militantes de la Oposición de Bulgaria y otros países. Así, el derecho de asilo para los refugiados revolucionarios está condicionado por el compromiso de renunciar al derecho de opinión independiente. El llamado a Moscú para una “conferencia” resulta, una y otra vez, una trampa traicionera. Si el “criminal” escapa, encarcelan a su esposa, hija o hijo. En estos casos, los métodos de los agentes estalinistas coinciden con las mejores tradiciones del gangsterismo norteamericano.

Los partidos que se autotitulan Comunistas, no sólo disimulan estas canalladas sin precedentes de los señores Mariscales y Supermariscales (canalladas en las que participan directamente los dirigentes de algunas secciones de la Comintern), sino que, para colmo, la prensa de la Comintern trata de atribuir las a las propias víctimas. Porque, vean ustedes, no se trata simplemente de militantes de oposición, bolcheviques que se rebelan contra las arbitrariedades de Stalin y contra la degeneración patriótica de la Comintern. No; no cabe duda de que son “terroristas”, participantes en un complot contra la sagrada persona del Líder o de uno de sus mariscales, en fin, agentes del

¹⁶⁶ Tomado de *Escritos*, Tomo VII, Volumen 2, página 50 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

espionaje extranjero, lacayos de Hitler o del Mikado. A Zinóviev y Kámenev los cogieron en flagrante delito: criticaron (¡en privado!) el ritmo aventurerista de la colectivización, que condujo a la destrucción insensata de millones de personas. Si el caso hubiera estado en manos de un auténtico tribunal proletario, los aventureros-colectivizadores sin duda hubieran dado con sus huesos en la cárcel. Pero el tribunal de Stalin y Yagoda condenó a Zinóviev y Kámenev a diez años de presidio por... ¡un acto terrorista en el que no participaron, ni hubieran podido participar!

Hasta hace apenas dos años la prensa socialdemócrata, laborista y sindical difundía ávidamente todas las noticias, reales y ficticias, de los crímenes de la burocracia soviética, con el fin de desprestigiar a la Revolución de Octubre en su conjunto. En la actualidad, se ha producido un viraje de ciento ochenta grados, al menos en Europa. La política del “frente único” social-patriota se ha transformado en la conspiración de silencio recíproco. En los países donde no existe frente único debido a la poca importancia de los partidos comunistas, las organizaciones reformistas prefieren no reñir con la cúpula del Kremlin, que al inscribir en su bandera la defensa de la Liga de las Naciones y de la patria democrática, se encuentra muchísimo más cerca de aquéllos que de los internacionalistas revolucionarios perseguidos. La “defensa de la URSS” es la justificación piadosa del silencio con respecto a los crímenes de la burocracia estalinista.

Corresponde mencionar aquí la categoría especial de los “amigos” profesionales del Kremlin: intelectuales en busca de un ideal dorado, escritores que descubren las ventajas de la Editorial del Estado, abogados ávidos de publicidad y, por fin, los meros aficionados, atraídos por los viajes gratuitos y los banquetes de aniversarios. Luego, estas personas, que en su mayoría son parásitos, transmiten hacendosamente por los cuatro rincones del globo los inventos e insinuaciones que los agentes de la GPU susurran al oído de los “amigos” durante los heroicos banquetes en honor de la Revolución de Octubre. ¡Bástenos mencionar el indigno papel que cumple un escritor tan destacado como Romain Rolland!

Sin embargo, la confraternidad entre la cúpula de la degenerada Comintern y la cúpula de la Segunda Internacional empieza a provocar una reacción saludable. Un número creciente de obreros de vanguardia empieza a abrir los ojos. Los ejemplos de “moral socialista”, tales como arrastrarse en el polvo ante los “líderes”, la adulación bizantina, la creación de castas de coroneles, generales y mariscales “rojos”, el culto reaccionario a la familia pequeñoburguesa, la resurrección del árbol de Navidad: todo esto obliga a los obreros conscientes de todos los países a preguntarse hasta qué grado habrá llegado la degeneración del estrato dominante de la Unión Soviética. Sobre este terreno del despertar de la conciencia crítica caen hoy los informes sobre los crímenes brutales perpetrados por la burocracia contra los revolucionarios que ponen en peligro sus sacros privilegios y se obstinan en repudiar el evangelio según Dimitrov, Litvinov y la Liga de las Naciones.

Las filas de los “criminales” engrosan constantemente. En el curso de la última purga en el partido dominante en la URSS (últimos meses de 1935), a partir de lo que se deduce de los datos oficiales hubo entre diez y veinte mil “trotskystas” expulsados. Por regla general, los expulsados pertenecientes a esta categoría son arrestados de inmediato y sometidos a las condiciones que imperaban en los campos de trabajos forzados del zar. ¡Es necesario llevar estos hechos a conocimiento de la clase obrera del mundo entero!

Es cierto que aún en el presente encontramos en el movimiento obrero occidental no pocos activistas que se plantean con honestidad la pregunta: ¿no perjudicará a la Unión Soviética este tipo de denuncias? ¿No existe el peligro de que, al

vaciar la bañera, arrojemos el bebé junto con el agua? Sin embargo, estos temores no tienen base alguna en la realidad.

La denuncia de las brutalidades que los estalinistas perpetran contra los revolucionarios, ¿puede perjudicar a la Unión Soviética ante los ojos del mundo burgués?

Todo lo contrario: toda la burguesía, incluidos los guardias blancos en el exilio, ven en la ofensiva estalinista de exterminio contra los bolchevique-leninistas y otros revolucionarios la mejor garantía de “normalización” del régimen soviético. La prensa capitalista seria y responsable del mundo entero aplaude unánimemente la lucha contra los “trotskistas”. ¡Que nadie se extrañe! Litvinov, junto con los representantes de la reacción mundial, integra la Comisión de Ginebra para la lucha contra el “terrorismo”. Aquí no se trata, desde luego, de combatir el terror gubernamental contra los obreros revolucionarios, sino de combatir al vengador individual que dispara contra el tirano con o sin corona. Es sabido que los marxistas siempre rechazaron y rechazan implacablemente el método del terror individual. Pero eso jamás nos impidió solidarizarnos con Guillermo Tell contra el déspota austríaco Gessler. En cambio, la diplomacia soviética discute ahora con los Gesslers la mejor manera de exterminar a los Tells. Al participar en la persecución internacional a los terroristas, Stalin complementa del mejor modo posible su propia persecución a los bolcheviques. Es evidente que nuestras denuncias sólo servirán para aumentar la confianza que Stalin les merece a la Liga de las Naciones, al gobierno de Estados Unidos, e inclusive a Hitler.

Tampoco tenemos por qué temer a la burocracia obrera reformista de los países burgueses. Los burócratas reformistas conocen perfectamente bien los actos de la represión estalinista, pero desde hace dos años los silencian deliberada y maliciosamente. Sea como fuere, nuestras denuncias no disminuirán la estima que León Blum, Otto Bauer, Sir Walter Citrine, Vandervelde y compañía sienten por la burocracia soviética; se trata de una amistad interesada, dirigida en primer término contra el ala izquierda, revolucionaria.

Por último, están las masas trabajadoras. La mayoría de los obreros son partidarios sinceros y honestos de la Unión Soviética, aunque no siempre saben expresarlo en la acción. Para las masas resulta difícil orientarse en este problema porque los aparatos burocráticos, elevados por encima de ellas, las engañan constante y hábilmente. De manera que el problema se reduce al siguiente interrogante: ¿Tenemos el deber de decirles la verdad? Para un marxista, plantear este interrogante es hallar la respuesta. La revolución no necesita amigos ciegos ni aliados con los ojos vendados.

Los obreros, no son niños. Son capaces de apreciar al mismo tiempo las conquistas colosales de la Revolución de Octubre y la pesada herencia histórica que se ha coagulado sobre su cuerpo, bajo la forma de una horrenda úlcera burocrática. ¡Un revolucionario que teme decirle a las masas lo que sabe, es un inútil! Dejemos la duplicidad para los patriotas del parlamento, los idealistas de salón y los curas. ¿Acaso los “Amigos de la Unión Soviética” y otros filisteos no dirán que nos movemos sobre la base de consideraciones maliciosas de tipo “fraccional”, incluso “personal”? Por supuesto que sí. Pero, por suerte, todavía no nos hemos acostumbrado a considerar a los filisteos y a su opinión pública con absoluto desprecio. No se puede preparar el futuro embelleciendo el presente. Para ser leales a la Revolución de Octubre debemos denunciar sin piedad y, en caso de necesidad, cauterizar sus llagas. La mentira es un arma de la clase poseedora. Hoy también es un arma en manos de la burocracia soviética. Los oprimidos necesitan conocer la verdad. Los obreros deben saber toda la verdad respecto de la Unión Soviética para que los acontecimientos próximos no los tomen desprevenidos.

Debemos difundir a los cuatro vientos, a través de todas las publicaciones honestas, las noticias sobre las viles represiones que sufren los revolucionarios proletarios honestos en la Unión Soviética. Por eso, nuestra tarea principal e inmediata es: *aliviar la suerte de las decenas de miles de víctimas de la saña burocrática*. Debemos ayudarlos por todos los medios que surjan de la situación y que brinde nuestro deseo ardiente de salvar a los heroicos combatientes. Si cumplimos esta tarea, ayudaremos a los trabajadores de la Unión Soviética y del mundo entero a dar un paso más en el camino de su emancipación.

Cómo funciona la fragua estalinista de mentiras¹⁶⁷

(30 de enero de 1936)

El periódico estalinista local *Arbeideren*, órgano central del PC estalinista, acaba de publicar un despacho donde dice que Trotsky está librando una guerra contra la Unión Soviética en alianza con Hearst, zar del periodismo norteamericano, bandido de fama mundial y amigo de Hitler¹⁶⁸. Según el despacho publiqué una serie de artículos en los diarios de Hearst bajo mi propio nombre. El día anterior a la aparición de este artículo sensacionalista recibí un telegrama de mis amigos en Nueva York, relativo a la falsificación de Hearst. Inmediatamente envié el siguiente telegrama a Cannon en Nueva York:

“Publicación de artículo Tarov por Hearst acto de bandolerismo periodístico. Pero insolencia de Hearst no justifica crímenes de camarilla estalinista. Entregué declaración a Associated Press. Trotsky.”

Al mismo tiempo entregué una declaración a Associated Press.

Es sumamente interesante constatar que el pequeño *Arbeideren* recibió de inmediato un telegrama de Nueva York sobre mis supuestos artículos, es decir, sobre el fraude cometido por Hearst. Es evidente que los demás periódicos de la Comintern recibieron instrucciones todavía más amplias para que pudieran actuar. Esto demuestra la participación, no sólo del trust periodístico Hearst, sino de otro “trust” mucho más importante.

Para aclararle mi pensamiento, citaré otro caso: el 20 de junio de 1931, el periódico polaco *Kuryer Codzienny* publicó en lugar destacado un artículo supuestamente firmado por mí. Se trataba de una falsificación, fabricada a partir de unas cuantas citas de un artículo mío, combinadas con inventos groseros agregados por la pluma del falsificador.

Inmediatamente el *Pravda* de Moscú reprodujo el artículo bajo el titular “Un nuevo asistente de Pilsudski”. El artículo también fue reproducido por un periódico archirreaccionario de Nueva York. Acto seguido envié una breve nota a *Pravda* exigiendo que se retractara para no engañar a los obreros y a los campesinos rusos [véase “Carta a *Pravda*” en [Escritos Tomo II, Volumen 2](#), página 121 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#)]. En *Biulleten Opozitsi*, del cual soy editor, y en muchos otros periódicos, desmentí el asunto y además demostré que *Kuryer Codzienny* obtuvo la falsificación a través de *un agente de la GPU actuando bajo las órdenes de Moscú*, para proseguir la campaña de calumnias mediante un artículo que causaría sensación.

Las cosas casi no han cambiado. Las revelaciones de Tarov y Ciliga resultan altamente comprometedoras para los estalinistas, porque no se trata de discusiones

¹⁶⁷ Tomado de [Escritos, Tomo VII, Volumen 2](#), página 64 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

¹⁶⁸ William Randolph Hearst (1863-1951): director de una cadena de periódicos derechistas sensacionalistas. El 19 de enero de 1936 los periódicos de Hearst piratearon el artículo de Tarov, que había aparecido en *New Militant*, el 28 de setiembre y el 19 de octubre de 1935. El mismo día, el periódico estalinista *Sunday Worker* publicó la noticia de que Trotsky era agente de Hearst y prometía revelar el precio que éste pagó por el artículo.

teóricas o políticas, sino de *hechos reales e irrefutables*. Estos hechos son tanto más inoportunos para los estalinistas cuanto que en los últimos meses, *según datos publicados en la prensa de Moscú*, se han expulsado a no menos de diez mil (en realidad mucho más) bolchevique-leninistas del partido, lo cual significa, naturalmente, que los han arrestado y enviado a campos de concentración, al exilio, etcétera.

¿Se trata, acaso, de enemigos de la Unión Soviética? Todos podéis estar seguros de que en el momento de mayor peligro, cuando el noventa y nueve por ciento de los autotitulados “amigos de la Unión Soviética” y quizás una buena parte de la burocracia soviética traicionen a la Revolución de Octubre, los arrestados serán sus más leales defensores. Su “crimen” consiste precisamente en el deseo de salvar a la Revolución de Octubre de la infamia y la degeneración; es decir, se oponen a la desigualdad social que crece desenfrenadamente, a la intolerable presión sobre los obreros, a la creación de grados militares encabezados por mariscales en el Ejército Rojo, etcétera.

Ante la necesidad de contrarrestar estas revelaciones desagradables, y puesto que no está en posición de responder con hechos y argumentos políticos, Moscú trata de realizar una maniobra desviacionista. Trataron de involucrarme en el asunto de Kírov. Fracasaron porque los atentados terroristas de Nikolaev, dirigido por la GPU, tomaron un cariz muy grave. La bala fue disparada antes de que Yagoda y Medved pudieran detener a la organización que ellos mismos controlan. Luego intentaron la maniobra de la tarjeta postal de Zeller. Tampoco tuvo gran éxito. De ahora en adelante dirán: quien mencione los crímenes abominables de la burocracia de Moscú es camarada de armas de Hitler. Sabemos que la prensa mundial tratará de utilizar cada revelación. Cada vez que el moderado Maxton critica al Partido Laborista en el parlamento, los intransigentes [conservadores] aplauden irónicamente. ¿Acaso esto es razón para que Maxton calle? Para impedir que la reacción utilice los crímenes de la camarilla de Stalin, deben cesar los crímenes, no las revelaciones.

No sé si Hearst tomó algunos de mis artículos directamente del *Biulleten* ruso, o si su “ayudante” (que bien podría ser a la vez “ayudante” de la GPU) fabricó una serie de artículos. Esto prácticamente no altera la esencia de la cuestión. Trataré de demandar a Hearst por fraude o por violación de derechos de autor. Pero la cuestión no cambia. Las canalladas de Hearst no constituyen un atenuante para los crímenes de los bonapartistas de Moscú.

Dado que *Arbeideren* os menciona en su última revelación, os envío esta información, que queda a vuestra disposición. Podéis usarla a vuestro criterio.

Al mismo tiempo, envío una copia de esta nota al editor de la sección internacional de *Arbeiderbladet* con el mismo objeto.

[La represión en la URSS]. Carta a Muste

(12 de febrero de 1936)

Estimado camarada Muste,

Le agradezco mucho su carta y el recorte del *New York Times* concerniente a la carta de mi esposa¹⁶⁹.

No puede desecharse que nuestro hijo haya sido llevado del destierro de nuevo a la prisión como medida de extorsión ante nuestra campaña en Europa y en los Estados Unidos. Desde hace mucho tiempo la camarilla de Stalin trata de convencer a sus prisioneros, y a sus relaciones en el extranjero, de que los llamamientos a la opinión pública no tendrán otro efecto más que el de empeorar la desgraciada situación de las víctimas políticas de la burocracia. Por ello, algunos de mis amigos plantean de vez en cuando la cuestión de saber si no estaremos añadiendo sufrimientos a nuestros prisioneros al denunciar públicamente los crímenes de los burócratas soviéticos. Hemos de reconocer francamente que esto es posible en casos aislados. Sobre todo, si nuestra campaña queda en episódica. Pero si llevamos adelante la agitación *sistemáticamente* y con todas nuestras energías, lograremos modificar la opinión pública de la clase obrera y ello obligará a la burocracia a abandonar su criminal actividad.

En el curso de los últimos meses se han producido más de diez mil, puede que veinte mil, expulsiones en el partido ruso. Solamente una fracción de los expulsados va a prisión. La aplastante mayoría es enviada a campos de concentración en los que, bajo las más miserables condiciones materiales, están condenados a perecer. Esos campos de concentración para los bolchevique-leninistas son la última invención de Stalin. Esa imitación de los métodos de Hitler prueba que, por una parte, las prisiones no bastan ya a causa del número elevado de nuestros amigos y, por otra parte, que el objetivo de la burocracia es el exterminio físico de la vanguardia revolucionaria. Estoy seguro de que nuestros amigos estadounidenses, y usted personalmente estimado camarada Muste, harán todo lo posible para ayudar a nuestros prisioneros.

La visita de los camaradas Spector y White nos ha producido (a mí, a mi esposa y al camarada Braun) el mayor de los placeres. Hemos discutido duramente y, aunque no nos hayamos convencido el uno al otro, al menos nos hemos dado la mano como buenos amigos. Como sabe usted, les hemos telegrafiado los resultados de la discusión.

Recibirá usted esta carta inmediatamente antes del congreso del partido. Ahora, solo quiero expresarle mis deseos de que ese congreso no creé una situación irreparable. Minoría y mayoría cambian. Pero nuestra alianza bajo la bandera de la IV Internacional debe permanecer¹⁷⁰.

¹⁶⁹ Se trata de la carta a la opinión pública mundial escrita por Natalia Sedova a propósito de la suerte de su hijo Serguei, detenido por Stalin y sobre el cual circulaban rumores alarmantes.

¹⁷⁰ Trotsky le daba una gran importancia a la conquista definitiva para la IV Internacional de un militante típicamente "norteamericano" con un gran prestigio en el movimiento obrero como lo era Muster, y estas palabras no responden simplemente a la educación.

[El artículo sobre la sección rusa]. Carta a R. Klement

(14 de febrero de 1936)

Estimado camarada Adolphe,

Tengo que confesar que no entiendo nada¹⁷¹. El 11 de enero os envié un artículo “Acerca de la sección soviética de la Cuarta Internacional”. No se trata en realidad de un artículo, sino de una *información* sobre un hecho que tiene una importancia histórica mundial. En cuatro o cinco meses, en la Unión Soviética se ha expulsado del partido (es decir, se ha encarcelado, desterrado, enviado a campos de concentración, etc.) a más bolchevique-leninistas que los que existen en el resto del mundo. Esta información que es de la mayor y más inmediata importancia para toda nuestra actividad en todos los continentes, se deja para más tarde para consagrarse a cantidad de otros asuntos, de hecho, a menudencias. Con esta increíble incapacidad para distinguir lo importante de lo secundario no se logrará ningún éxito. El artículo debería de haber aparecido ya hace mucho tiempo en francés en una edición *especial*. Se debería haber hecho carteles sobre este acontecimiento capital, convocar mítines, etc. Pero no, nadie se preocupa de ello¹⁷². Confieso que no entiendo absolutamente nada. En este caso estamos ante un anquilosamiento burocrático completo.

En cualquier caso, la próxima vez que tenga *alguna cosa importante* que hacer, emplearé otros medios¹⁷³.

¹⁷¹ Cuando Trotsky “confiesa” que “no entiende nada” en general es porque entiende muy bien y está enfurecido. La continuación de la carta lo demuestra claramente.

¹⁷² Algunos meses más tarde, Victor Serge, acabado de salir de la Unión Soviética, hará una constatación parecida en un estado de ánimo sin duda un poco diferente, sin embargo, ya que escribirá a Trotsky: “¡Cómo es posible! ¡Centenares de camaradas proletarios franceses conocen las peleas a causa de Molinier, pero *ignorán* el nombre de Yakovin y el de Pankratov!

¹⁷³ Esta amenaza nada velada indica muy bien el grado y profundidad de la crisis entre Trotsky y el SI del que Klement era secretario administrativo.

La entrevista Stalin-Howard¹⁷⁴

(18 de marzo de 1936)

¿Cuál es la lección de la experiencia de Mongolia?

Desde el punto de vista práctico, el elemento más importante de la entrevista que Stalin concedió a Roy Howard es la advertencia de que la URSS intervendría inevitablemente en caso de un ataque japonés contra la República Popular de Mongolia. En términos generales, ¿es correcto formular esta advertencia? Opinamos que sí. No es correcto solamente porque se trata de la defensa de un estado débil contra un animal de presa imperialista: si así fuera, la URSS estaría constantemente en guerra con todos los estados imperialistas del mundo. La Unión Soviética es demasiado débil como para asumir esa tarea y, agregamos inmediatamente, esa debilidad es lo único que justifica el “pacifismo” de su gobierno.

Pero en el caso de Mongolia se trata de la posición estratégica de Japón en la guerra contra la URSS. En este terreno es absolutamente necesario fijar los límites de la retirada.

Hace algunos años, la Unión Soviética entregó a Japón una posición de gran importancia estratégica, el Ferrocarril Oriental de la China¹⁷⁵. En su momento, la Internacional Comunista aclamó la medida como acto voluntario de pacifismo. En realidad, fue una medida obligada por la debilidad. Los imperialistas tenían las manos libres debido a que la política del “Frente Nacional” de la Comintern había provocado la derrota de la revolución china de 1925-27. Al entregar una línea ferroviaria de inmensa importancia estratégica, el gobierno soviético facilitó la conquista japonesa de territorios del norte de China y el actual asalto a Mongolia. A esta altura de los acontecimientos debería ser claro hasta para los ciegos que la entrega del ferrocarril no se debió a un pacifismo abstracto (lo cual hubiera constituido un acto de imbecilidad y traición lisa y llana), sino a una relación de fuerzas desfavorable: la revolución china estaba aplastada y el Ejército Rojo y la Marina Roja no estaban preparados para la lucha.

En estos momentos, la situación, desde el punto de vista militar, ha mejorado tanto que el gobierno soviético está en condiciones de pronunciar un veto categórico respecto del problema mongol. No podemos menos que saludar alborozados el fortalecimiento de la posición de la URSS en Extremo Oriente, así como la actitud crítica del gobierno soviético con respecto a la capacidad del Japón (desgarrado por contradicciones internas) para lanzarse a una guerra prolongada y en gran escala. Debe señalarse que la burocracia soviética, muy valiente en el trato con sus propios trabajadores, tiende a aterrorizarse cuando se enfrenta a los enemigos imperialistas: el

¹⁷⁴ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, página 88 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

¹⁷⁵ El Ferrocarril Oriental de China: tramo de la vieja ruta del Ferrocarril Transiberiano que atravesaba Manchuria hacia Vladivostok. En 1935 Stalin lo vendió al gobierno títere japonés de Manchukuo para evitar el ataque japonés a la Unión Soviética. Los soviéticos recuperaron el control del ferrocarril durante la Segunda Guerra Mundial. Las fuerzas de Mao Tse-tung asumieron el control del territorio continental chino en 1949, pero Stalin no cedió el ferrocarril al nuevo gobierno chino hasta 1952.

pequeñoburgués no tiene miramientos con el proletario, pero siente un temor reverencial por el gran burgués.

La fórmula oficial de la política exterior de la URSS, difundida ampliamente por la Comintern, dice: “No queremos conquistar un solo centímetro de tierra extranjera; no entregaremos un centímetro de la nuestra.” Sin embargo, en la cuestión de Mongolia, la defensa de “nuestra propia tierra” no se plantea para nada: Mongolia es un estado independiente. Este pequeño ejemplo basta para demostrar que la defensa de la revolución no se puede reducir a la defensa de las fronteras. El verdadero método de defensa consiste en debilitar las posiciones del imperialismo y fortalecer las del proletariado y los pueblos coloniales del mundo entero. Ante una relación de fuerzas desfavorable, la necesidad de defender la base principal de la revolución puede obligar a la entrega de muchos “centímetros” de territorio al enemigo, como sucedió en la época de Brest-Litovsk y también, en parte, en el caso del Ferrocarril Oriental de la China. Por otra parte, una relación de fuerzas favorable coloca al estado obrero ante el deber de ayudar al movimiento revolucionario de otros países, no sólo en el sentido moral, sino también, de ser necesario, con la fuerza armada: *las guerras de emancipación son un componente integral de las revoluciones de emancipación.*

De esa manera, la experiencia de Mongolia destruye la ideología del pacifismo conservador, para el cual las fronteras históricas son una especie de Diez Mandamientos. Las fronteras de la URSS son tan sólo las trincheras de vanguardia momentáneas de la lucha de clases. Ni siquiera se justifican desde el punto de vista nacional. Para dar un ejemplo entre muchos: la frontera nacional divide al pueblo de Ucrania en dos. En condiciones favorables, el Ejército Rojo tendría el deber de ayudar a la Ucrania Occidental, atrapada en las garras de los verdugos polacos. No resulta difícil imaginar el poderoso impulso que la unificación de una Ucrania obrera y campesina significaría para el movimiento revolucionario polaco y europeo en general. Las fronteras nacionales constituyen trabas para las fuerzas productivas. La tarea del proletariado no consiste en mantener el *statu quo*, es decir, perpetuar las fronteras nacionales, sino, por el contrario, bregar por su eliminación revolucionaria con el fin de crear los Estados Unidos Socialistas de Europa y del mundo entero. Pero para que esa política internacional sea viable, si no en el presente entonces en el futuro, es imperioso que la Unión Soviética se libere de la burocracia conservadora y su mito del “socialismo en un solo país”.

¿En dónde residen las causas de la guerra?

Cuando Howard preguntó cuáles eran las causas subyacentes en la amenaza de guerra, Stalin, fiel a la tradición, respondió: “en el capitalismo”. Citó como prueba la guerra anterior, “fruto del deseo de repartir el mundo”. Pero es notable que apenas Stalin pasa del pasado al presente, de difusos recuerdos teóricos a la política concreta, el capitalismo desaparece al instante, ocupando su lugar ciertas camarillas malignas incapaces de aprehender las bondades de la paz. Ante la pregunta de si la guerra es inevitable, Stalin responde: “En mi opinión, las posiciones de los amigos de la paz se fortalecen. Los amigos de la paz pueden trabajar abiertamente (¡!), se basan en la fuerza de la opinión pública y disponen de instrumentos tales como, por ejemplo (¡¡¡!!!), la Liga de las Naciones. Esto es una ventaja para los amigos de la paz... Por su parte, los enemigos de la paz se ven obligados a trabajar en secreto. Esta es una desventaja para los enemigos de la paz. Digamos de paso que, precisamente por eso (¿?) pueden lanzarse a una aventura militar como acto de desesperación.”

Así descubrimos que la humanidad no se divide en clases ni en estados imperialistas beligerantes, sino en “amigos” y “enemigos” de la paz, o sea en santos y pecadores. La causa de la guerra (si no de las pasadas, al menos de las futuras) no radica

en el capitalismo y las contradicciones irreconciliables que engendra, sino en la mala voluntad de los “enemigos de la paz”, que “trabajan en secreto”, mientras los negreros franceses, británicos, belgas, etcétera hacen lo suyo a plena luz del día. Pero precisamente porque los enemigos de la paz, como todos los espíritus malignos, trabajan en secreto, posiblemente se lancen, presas de la desesperación, a una aventura. ¿A quién sirve esta mezcolanza filosófica? A lo sumo, a una sociedad de ancianas damas pacifistas.

Ya hemos dicho en otra ocasión que el acuerdo entre Francia y los sóviets le da mayores garantías a aquélla que a éstos. En las negociaciones con París, Moscú hizo gala de una gran falta de firmeza o, dicho en términos más crudos, Laval engañó a Stalin. Los acontecimientos de Renania¹⁷⁶ confirman irrefutablemente que, con una evaluación más realista de la situación, Moscú hubiera podido arrancarle a Francia garantías mucho más sólidas, en la medida que pueda considerarse que un pacto “garantiza” algo en esta época de cambios abruptos, crisis constantes, conmociones y realineamientos. Pero ya hemos dicho que la burocracia soviética se muestra mucho más firme en la lucha contra la vanguardia obrera que en las negociaciones con la diplomacia burguesa.

Pero sea cual fuere la evaluación del pacto franco-soviético, ningún revolucionario proletario serio niega o negó el derecho del estado soviético de concluir acuerdos temporales con Francia o con algún otro estado imperialista con el fin de lograr un apoyo auxiliar a su inviolabilidad. Sin embargo, eso no requiere en modo alguno que llamemos a lo negro blanco, ni que llamemos “amigos de la paz” a los bandidos sanguinarios. Podríamos tomar al nuevo aliado, la burguesía francesa, como ejemplo digno de imitación: al cerrar el trato con los sóviets, la burguesía francesa presenta su posición con gran sobriedad, sin alardes líricos, sin gastarse en cumplidos, inclusive con una constante nota de advertencia al gobierno soviético. Debemos decir la verdad, por amarga que resulte. Laval, Sarraut y compañía¹⁷⁷ han mostrado una dignidad y firmeza mucho mayores en defensa de los intereses del estado burgués, que Stalin y Litvinov al servicio del estado obrero.

¡Resulta por cierto muy difícil concebir estupidez más perversa que la de clasificar a los piratas del mundo en amigos y enemigos de la paz! En cierto sentido podría hablarse de amigos y enemigos del *statu quo*, pero esto es algo completamente distinto. El *statu quo* no es una organización para la “paz”, sino la opresión infame de la abrumadora mayoría de la humanidad a manos de una minoría. El *statu quo* se mantiene mediante la guerra constante dentro y fuera de las sacrosantas fronteras (Inglaterra: en la India y Egipto; Francia: en Siria; de la Rocque: en Francia). La diferencia entre ambos bandos, que además son muy inestables, reside en que algunos piratas siguen considerando que por el momento es aconsejable defender las fronteras de opresión y esclavitud existentes por la fuerza de las armas, mientras que otros piratas preferirían destruirlas ya. Esta correlación de apetitos y de planes cambia constantemente. Italia es partidaria del *statu quo* en Europa pero no en Africa; sin embargo, todo ataque a las fronteras africanas se refleja inmediatamente en Europa. Cuando Mussolini logró masacrar a varios miles de etíopes, Hitler resolvió enviar sus tropas a Renania. ¿Cómo clasificamos a Italia: amiga o enemiga de la paz? Y sin embargo, Francia valora su amistad con Italia mucho más que su amistad con la Unión Soviética. Mientras tanto, Inglaterra trata de granjearse la amistad de Alemania.

¹⁷⁶ En marzo de 1936, el gobierno nazi, desafiando el Tratado de Versalles, inició la remilitarización de Renania. Francia amenazó con la intervención militar pero no la llevó a cabo.

¹⁷⁷ Albert Sarraut (1872-1962): político radical, fue primer ministro de Francia en 1933 y de enero a junio de 1936.

Los “amigos de la paz” trabajan abiertamente (¡quién lo hubiera pensado!) y disponen “de instrumentos tales como, por ejemplo, la Liga de las Naciones”. ¿Con qué otros “instrumentos” cuentan los amigos de la paz aparte de la Liga de las Naciones? Evidentemente, con la Comintern y el Comité Amsterdam-Pleyel. Stalin se olvidó de mencionar estos “instrumentos” auxiliares, en parte porque no les da gran importancia, y en parte por no asustar innecesariamente a su interlocutor. Pero Stalin sí transforma a la Liga de las Naciones, totalmente desacreditada a los ojos de la humanidad, en un pilar de la paz, en el puntal y la esperanza de todas las naciones.

Para aprovechar los antagonismos imperialistas entre Francia y Alemania no existía ni existe la menor necesidad de idealizar al aliado burgués, ni al acuerdo interimperialistas que se oculta temporalmente tras la Liga de las Naciones. El crimen no radica en haber concertado tal o cual acuerdo práctico con los imperialistas, sino en que tanto el gobierno soviético como la Comintern embellecen deshonestamente a sus aliados circunstanciales y a la Liga; engañan a los obreros con las consignas de desarme y “seguridad colectiva”; con ello, se transforman activamente *en agentes políticos del imperialismo en relación con las masas trabajadoras*.

El programa del Partido Bolchevique que Lenin redactó en 1919 responde a todas estas cuestiones con notable claridad y sencillez. ¿Quién se acuerda de este documento en el Kremlin? Para Stalin y compañía, hasta el documento ecléctico recopilado por Bujarin en 1928 resulta un estorbo molesto. Por eso nos parece oportuno citar los párrafos del programa del Partido Bolchevique relativos a la Liga de las Naciones y a los amigos de la paz. Helo aquí:

“La presión creciente por parte del proletariado, y sobre todo las victorias de éste en distintos países, tienden a acrecentar la resistencia de los explotadores y a engendrar nuevas formas de unificación internacional de los capitalistas (Liga de las Naciones, etcétera), que, organizando a escala mundial la explotación sistemática de todos los pueblos del mundo, concentran sus esfuerzos inmediatos en la supresión directa de los movimientos revolucionarios del proletariado de todos los países.

“Esto conduce inexorablemente a la correlación de la guerra civil en los estados individuales con las guerras revolucionarias, tanto de los países proletarios que se defienden como de los pueblos oprimidos que luchan por sacudirse el yugo de las potencias imperialistas.

“Dadas las circunstancias, las consignas de pacifismo, desarme internacional bajo el capitalismo, tribunales arbitrales, etcétera, son, además de una utopía reaccionaria, un engaño a los trabajadores para desarmar al proletariado y distraer a los obreros de la tarea de desarmar a los explotadores.”

Esta es precisamente la obra criminal que realizan Stalin y la Comintern: siembran utopías reaccionarias, engañan a los trabajadores, desarman al proletariado.

El “cómico malentendido” sobre la revolución mundial

Nadie obligaba a Stalin a saciar la sed de conocimientos de Howard sobre asuntos de la revolución mundial. Si Stalin concedió esta entrevista en su carácter de jefe extraoficial del estado (como indica en la declaración sobre Mongolia), podría haber enviado el interlocutor a Dimitrov para lo referente a la revolución mundial. Pero no, Stalin dio explicaciones. A primera vista resulta incomprensible que se haya comprometido de manera tan desgraciada con sus disquisiciones cínicas y, triste es decirlo, no muy inteligentes acerca de la revolución mundial. Pero toma esta senda tan peligrosa acuciado por una necesidad insoslayable: la de romper con su pasado.

¿Qué hay de los planes e intenciones relativas a la revolución?, pregunta el visitante.

“Jamás (¡!) tuvimos esa clase de planes e intenciones.”

Pero, y...

“Todo esto es resultado de un malentendido.”

Howard: ¿Un malentendido trágico?

Stalin: No, un malentendido cómico o, quizás, tragicómico.

Nos causa vergüenza leer y transcribir estas líneas inadecuadas y obscenas. ¿A quién va dirigida esta... sabiduría? Ni las damas pacifistas la aceptarán.

“¿Qué peligro pueden hallar los estados vecinos en las ideas del pueblo soviético, si esos estados están firmes en el poder?”, pregunta Stalin. Pues bien, permítasenos preguntar: ¿qué pasa con los que no están firmes en el poder? Porque esa es la realidad. Dado que su posición es precaria, la burguesía teme a las ideas soviéticas, no a las de Stalin, sino a las que condujeron a la creación del estado soviético. Para calmarla, Stalin agrega un corolario: “Lo de la exportación de la revolución es absurdo. Todo país que lo desee hará la revolución, y si no lo desea no habrá revolución. Ahora bien, nuestro país, por ejemplo, quiso hacer una revolución y la hizo...” Y así sucesivamente, siempre en el mismo tono complacido y pedante. Partiendo de la teoría del socialismo en un solo país, Stalin pasa total e irrevocablemente a la teoría de la revolución en un solo país. Si un “país” la desea, la hará; si no la desea... no la hará. Ahora bien, “nosotros”, por ejemplo, la deseamos... Pero antes de desearlo, “nosotros” importamos las ideas del marxismo desde otros países y utilizamos experiencias revolucionarias extranjeras. Durante varias décadas, “nosotros” tuvimos una organización en el exilio que dirigió la lucha revolucionaria rusa desde otros países. Para sistematizar y activar el intercambio de experiencias entre países y garantizar la ayuda revolucionaria recíproca, “nosotros” organizamos la Internacional Comunista en el año 1919. “Nosotros” dijimos más de una vez que el proletariado de un país victorioso tenía el deber de ayudar a los pueblos insurrectos: con consejos, con medios materiales, y, en lo posible, con la fuerza armada. Todas estas ideas (suscriptas, dicho sea de paso, por Marx, Engels, Lenin, Luxemburg, Liebknecht) están inscritas en los documentos programáticos más importantes del Partido Bolchevique y de la Comintern. ¡Stalin dice que todo se debe a un malentendido! ¿Un malentendido trágico? No, un malentendido cómico. No por nada anunció recientemente que es una “alegría vivir en la Unión Soviética”: hasta la Internacional Comunista, antes una entidad seria, se ha transformado en un circo. ¿Cómo podría ser de otra manera, si la cuestión del carácter internacional de la revolución es lisa y llanamente “absurda”?

Stalin hubiera convencido mucho más a su interlocutor si, en lugar de referirse al pasado con calumnias impotentes (*jamás tuvimos* esa clase de planes e intenciones), hubiera contrapuesto su política a esos “planes e intenciones” antediluvianos, relegados al museo. Stalin hubiera pedido leerle a Howard la mismísima cita programática que transcribimos más arriba y luego haberle dicho, en síntesis: “A los ojos de Lenin la Liga de las Naciones era una organización para la represión sangrienta de los trabajadores. Nosotros vemos en ella... un instrumento de paz. Lenin dijo que las guerras revolucionarias eran inevitables. Para nosotros, exportar la revolución es... absurdo. Lenin tildó de traición la alianza del proletariado con la burguesía nacional. Nosotros tratamos con todas nuestras fuerzas de conducir al proletariado francés por esa senda. Lenin atacó con furia la consigna de desarme bajo el capitalismo por considerarla un engaño infame contra los trabajadores. Toda nuestra política se basa en dicha consigna. Todo el malentendido cómico (hubiera podido concluir Stalin) reside en que vosotros nos consideráis los continuadores del bolchevismo cuando, en realidad, somos sus sepultureros.

Con esa explicación, la burguesía mundial hubiera perdido todo resto de suspicacia y Stalin hubiera establecido firmemente su reputación de estadista.

Desgraciadamente, todavía no se atreve a usar un lenguaje tan franco. El pasado lo ata, las tradiciones lo estorban, el fantasma de la Oposición lo asusta. Nosotros ayudamos a Stalin. En este caso, como en todos los demás, aplicamos nuestra norma de decir abiertamente la verdad.

El plan para exterminar a los bolcheviques-leninistas¹⁷⁸

(25 de marzo de 1936)

El *Pravda* del 15 de marzo publica una orden oficiosa emanada de una fuente elevada (evidentemente de Stalin) referente al trato que se debe dar a los militantes expulsados del partido. El problema no es sencillo dado que, recordemos, desde el segundo semestre del año pasado hasta el día de hoy han expulsado a más de 300.000, quizás medio millón, de militantes. El porcentaje más pequeño de expulsados es del siete por ciento, pero en varios casos han expulsado a más de la tercera parte. En la actualidad la purga continúa bajo el rótulo de “renovación de carnés” o, como reza la orden de Stalin, el partido sigue purgándose de “trotskystas, zinovievistas, guardias blancos y otra carroña”. Esta lista establece definitivamente el orden de mención de las categorías de expulsados y, por otra parte, en todas las listas, tanto locales como generales, los “trotskystas” ocupan invariablemente el primer puesto. Esto significa que son el blanco de los golpes más duros.

La orden de Stalin no deja dudas al respecto. Una lectura superficial permitiría concluir que la orden está destinada a refrenar el exceso de celo de las organizaciones locales, que privan a todos los expulsados de trabajo. Con jesuitismo burocrático sin igual, Stalin interviene en defensa de ciertas categorías de expulsados. La orden señala que se ha expulsado a ciertos comunistas por tratarse de elementos pasivos, violadores de la disciplina o de la ética partidaria. En estos casos no corresponde actuar con dureza. Si están demasiado desprestigiados en sus antiguos lugares de trabajo, hay que darles uno nuevo. No hay que crear enemigos innecesariamente. “Desgraciadamente, no todos comprenden esta sencilla verdad.” El hombre que ha cometido “alguna violación grave de la ética partidaria”, puede ser de todas maneras un “individuo útil para nuestro país socialista”... bajo una condición: que no sea un “enemigo”, vale decir, un enemigo de la burocracia. Si un hombre comete una estafa, da o recibe sobornos, propina una paliza a un subordinado, viola a una menor (comete una “violación grave de la ética partidaria”) pero es fiel a las autoridades constituidas; a este “individuo útil” debemos darle trabajo.

La característica principal que la orden exige a los dirigentes del partido es “la capacidad para diferenciar al enemigo del no enemigo”. Se debe ser despiadado únicamente con el adversario político. Un estafador dócil no es un enemigo. El enemigo mortal es el militante honesto de la Oposición, al que se le debe privar de trabajo.

El único patrón en la URSS es la burocracia. La orden de Stalin significa en la práctica que decenas de miles de militantes de la Oposición están condenados a la tortura de la desocupación y del desarraigo, inclusive en los lugares de exilio. Es cierto que esto ocurría antes, pero no en todos los casos. Hoy se ha convertido en sistema.

La orden de Stalin, titulada “Acercas de la vigilancia bolchevique”, debe ser dada a conocimiento de los obreros de todo el mundo. No debemos perder una sola oportunidad de plantear la cuestión en mitines obreros. Donde sea posible, debe introducirse en la prensa sindical. Debemos hacer todo lo posible por impedir que Stalin extermine físicamente a decenas de miles de jóvenes combatientes honestos.

¹⁷⁸ Tomado de *Escritos*, Tomo VII, Volumen 2, página 111 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

“El punto sin retorno”. La orden de Stalin a Demian Bedni¹⁷⁹

(abril de 1936)

El literato reaccionario Aldanov,¹⁸⁰ autor de novelas históricas que tratan el problema del movimiento emancipador de la humanidad desde el punto de vista de un filisteo asustado, se ocupa últimamente en escribir apostillas históricas de la Revolución de Octubre. Uno de sus panfletos, basándose en un análisis ridículo del presupuesto de *Pravda* para 1917, trata de demostrar que “así y todo” los bolcheviques efectivamente recibieron dinero alemán. En este proceso, el subsidio multimillonario se reduce a una suma muy modesta, por cierto; pero, como compensación, la catadura moral e intelectual del historiador alcanza su máxima altura.

En un panfleto posterior, Aldanov cuenta que en junio de 1918 Trotsky le informó al conde Mirbach, diplomático alemán, que nosotros los bolcheviques “ya estamos muertos pero acá no hay nadie que nos entierre.”¹⁸¹ Es por todos conocido que Mirbach fue asesinado poco después por los SR de izquierda. Esta historia, que reproduce las palabras de un tal Botmer, quien a su vez cita al diplomático muerto, es tan absurda que casi no merece atención. En junio de 1918, es decir, entre el día en que se firmó el rapaz tratado de Brest-Litovsk y el día en que partió para el frente de Kazan, Trotsky informó en secreto (¿a quién? ¡a un diplomático de Hohenzollern!) que “el bolchevismo ya estaba muerto”. Aquí la calumnia se vuelve directamente delirante.

Pero la vileza siempre encuentra un consumidor. También en este caso lo encontró. En la edición del 30 de junio de *Pravda*, Demian Bedni publica varios metros de versitos donde se toma a la crónica de Botmer-Aldanov como una verdad irrefutable y como prueba final de la “traición permanente” de Trotsky. En la actualidad, *Pravda* es el órgano personal de Stalin. Demian Bedni cumple una orden personal. *Pravda* todavía no se atreve a publicar poemas acerca de cómo Lenin y Trotsky recibieron dinero del estado mayor alemán, pero la evolución moral de la burocracia bonapartista avanza en esa dirección. Para Aldanov, el subsidio de Hohenzollern a los bolcheviques y la conversación de Trotsky con un diplomático Hohenzollern constituyen un todo. En *Pravda*, como en su “poeta”, todavía no aparece la totalidad. Mas ¡no importa! La orden se cumplió. El significado de ésta se expresa en la siguiente cuarteta:

¡De Berlín acaba de llegar
La noticia que tardamos en recibir!
Sin duda, tales dirigentes han de ir
Al infierno, y no podrán retornar.

Esta conclusión “poética” no se basa, claro está, en una conversación ficticia de hace varios años, sino en los acontecimientos de nuestro tiempo. La Cuarta Internacional constituye una grave amenaza para estos caballeros. El crecimiento de la

¹⁷⁹ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, página 100 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

¹⁸⁰ Mark Aldanov (1886-1957): novelista, salió de Rusia en 1916 y se estableció en París: después de la Revolución Rusa escribió en el periódico liberal burgués de Milukov.

¹⁸¹ Wilhelm von Mirbach (1871-1918): embajador alemán en Moscú, fue asesinado en 1918 por los socialrevolucionarios, quienes con ello esperaban desencadenar la guerra entre Alemania y la URSS.

Oposición Leninista (el “trotskysmo”) en la URSS asusta a los usurpadores. Por eso buscan inspiración en Aldanov-Botmer.

Sin embargo, érase una vez en que el tal Bedni se refería a Trotsky en otro tono y, para colmo, al calor de la guerra civil, en una época en que los hombres y las ideas estaban sometidos a pruebas importantes. Corría el rumor de que el general Denikin, jefe del Ejército Blanco¹⁸², se aprestaba a hacerse coronar. Esto ocurrió unos dieciséis meses después de la supuesta conversación de Trotsky con Mirbach. Demian Bedni publicó en *Izvestia* los siguientes versos:

¡Oh rey, el héroe no te harás,
a nuestra pareja jamás vencerás!
No hay pareja como la nuestra:
Ella tiene la mano maestra.
Lenin-Trotsky es nuestra pareja,
¡a ella tu potestad no se apareja!
¿Qué es, Denikin, lo que te aqueja?
Nadie puede con nuestra pareja.

Digamos de paso que Aldanov también cita este versito; pero, a diferencia de la conversación con Mirbach; se trata de un auténtico producto de los afanes literarios de Demian. Apareció en *Izvestia* el 19 de octubre de 1919.

Por repugnante que sea penetrar en este estercolero, pedimos al lector que nos tenga un poco de paciencia: un par de versos evocan la atmósfera de 1919 y los sentimientos corrientes en el partido, mucho mejor que todo el florecimiento reciente de falsificaciones y calumnias. “Lenin-Trotsky es nuestra pareja”. ¿Qué significa eso? ¿Cómo es posible que el hombre que mantuviera conversaciones traidoras con el honorable embajador del kaiser aparezca en “pareja” con Lenin? ¿Y dónde está Stalin? ¿Será posible que Demian Bedni, que vivía en el Kremlin, se reunía con los más altos dirigentes del partido, quien, se dice, cenaba en el comedor del Consejo de Comisarios del Pueblo, será posible que Demian Bedni no supiera que la “pareja” era... Lenin-Stalin? ¿O acaso no conocía a Stalin? No. Bedni trabajaba con Stalin en las publicaciones bolcheviques legales desde 1911, quizás desde antes. Conocía muy bien a Stalin, su pasado, su peso específico, sus recursos intelectuales. Demian tenía perfecta conciencia de cuanto escribía. Y si no es así, ¿cómo es que *Izvestia*, el órgano oficial del gobierno, publicara versos donde el nombre de Trotsky aparecía por error en lugar del de Stalin? ¿Acaso para conservar la métrica del verso? Por último, ¿cómo es posible que el partido no elevara su voz contra estos versos sacrílegos? Debemos agregar que en esa época nadie le encargaba versos de alabanza a Demian Bedni: teníamos otras cosas que hacer y, por otra parte, la gente era distinta; los versos reflejaban lo que flotaba en el aire.

La historia no es un montón de trapos viejos que se echan en una máquina para salir convertidos en papel. Hay un proverbio ruso que dice: “Lo que se escribe con la pluma no se puede derribar con el hacha”. La historia de esos años no se escribió únicamente con la pluma; al menos, no con la pluma de Demian Bedni. Si en 1919 Bedni, arrastrado por la gran ola, cumplió por propia iniciativa la orden literaria de las masas, en 1936 cumple la orden de Stalin. Y este cliente no busca objetivos literarios, sino puramente prácticos. Ya sabemos que Demian Bedni recibió la orden de encontrar la fórmula para enviar a Trotsky al “punto sin retorno”.

Evidentemente, Stalin se apresta a dar esta orden a los “poetas” de la escuela del comisario general Yagoda. ¡Tomamos nota!

¹⁸² Anton Denikin (1872-1947): uno de los jefes militares de la contrarrevolución en el sur de Rusia durante la guerra civil.

*Una vez más sobre la sección soviética*¹⁸³

(Publicado en abril de 1936)

En un informe público del 30 de diciembre de 1935, Jruschov, dirigente de la organización de Moscú¹⁸⁴, la más grande e importante del partido, se jactó del éxito con que había culminado el control de credenciales partidarias. Los enemigos del partido quedaron desenmascarados: “trotskystas, zinovievistas, espías, kulaks, oficiales blancos”. ¡El orden de aparición de las categorías de expulsados es en verdad notable! En Moscú, los kulaks y guardias blancos ocupan el último puesto: fueron liquidados hace ya tiempo por las anteriores purgas en la capital. No es necesario que nos extendamos en la categoría especial de los “espías”. Los blancos principales de la purga en Moscú fueron los trotskystas y zinovievistas. ¡Pero en la ciudad fueron expulsados nada más ni nada menos que 9.975 militantes del partido, sin contar al distrito en su conjunto!

En Leningrado fueron expulsadas 7.274 personas, Jdanov, dirigente del partido en Leningrado¹⁸⁵, anunció que los “zinovievistas contrarrevolucionarios ocupan un lugar destacado (¡!) entre los expulsados”. Es sabido que en Leningrado la Oposición de Izquierda tenía tradicionalmente un tinte zinovievista, que se debe haber acentuado después del encarcelamiento de Zinóviev. Si los zinovievistas ocupan un “lugar destacado” entre más de siete mil, es evidente que no se trata de un par de decenas o de cientos. Precisamente por eso el informante se cuidó de mencionar la cifra exacta.

Además de “trotskystas” y de “zinovievistas”, Jdanov se refiere vagamente a “oportunistas de todo tipo”. Probablemente este rótulo abarca a los miembros del partido que resistieron los excesos burocráticos del movimiento stajanovista. No cabe duda de que los grupos de oposición obrera se han visto reanimados precisamente por las nuevas presiones ejercidas sobre los obreros, que vienen acompañadas de nuevos y monstruosos privilegios para la burocracia y la “mejor gente”. Es de notar que ni Jruschov ni Jdanov mencionaron a los mencheviques ni a los socialrevolucionarios.

Anteriormente tuvimos ocasión de decir que en los últimos meses de 1935 fueron expulsados no menos de diez mil, y probablemente cerca de veinte mil, bolchevique-leninistas del partido (Sin contar a los postulantes y a la Juventud Comunista). Los informes posteriores de Jruschov y Jdanov nos permiten concluir que en ambas capitales fueron expulsados no menos de diez mil “trotskystas” y “zinovievistas”.

Las listas generales de las categorías de expulsados, los informes individuales, artículos y notas no hacen una sola mención a los grupos “Centralismo Democrático” y “Oposición Obrera”. Es probable que algunos militantes aislados de estos grupos hayan

¹⁸³ Tomado de *Escritos, Tomo VII, Volumen 2*, página 105 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

¹⁸⁴ Nikita Jruschov (1894-1971): primer secretario de la organización partidaria de Moscú en 1935 y miembro del Buró Político a partir de 1939. Después de la muerte de Stalin (1953) fue primer secretario del Comité Central e inició la campaña de “destalinización”. Fue depuesto en 1964.

¹⁸⁵ Andrei Jdanov (1896-1948): aliado de Stalin a partir de 1923, reemplazó a Kírov a la cabeza de la organización partidaria de Leningrado en 1935. Fue miembro del Buró Político de 1939 a 1948. Murió en circunstancias misteriosas.

sido expulsados, pero eran tan escasos que se los incluyó en la categoría general de “otros”. Este hecho reviste una gran importancia política. Con el mantenimiento de la socialización de los medios de producción y la colectivización de la abrumadora mayoría del campesinado, las conquistas económicas y culturales de la Unión Soviética demuestran claramente que las bases sociales creadas por la Revolución de Octubre no están destruidas, a pesar de la amenaza de degeneración burguesa de la capa dominante, y que dichas bases pueden crear las premisas necesarias para la sociedad socialista del futuro.

Colocar a la URSS en el mismo plano que los estados capitalistas es arrojar al bebé junto con el agua de la tina. La vanguardia obrera quiere arrojar el agua burocrática, pero salvar y criar al bebé. Es por eso que, hace años, cuando la situación era mucho más difícil, el movimiento de oposición de la clase obrera se negó a seguir a los mencheviques. Por eso le vuelve la espalda hoy a la Oposición Obrera, a Centralismo Democrático y a todos los que tratan de presentar las viejas posiciones mencheviques desde la “izquierda”. En ello encontramos la confirmación irrefutable de nuestro programa, avalado tanto por la teoría como por la práctica. La lucha contra la casta burocrática y el régimen de privilegios, la lucha por el futuro socialista del país, la lucha por la revolución mundial, se realiza en la URSS bajo la bandera bolchevique-leninista, solamente bajo esa bandera.

La nueva constitución de la URSS¹⁸⁶

(16 de abril de 1936)

La abolición de los sóviets

Tras los muros del Kremlin se está trabajando para remplazar la constitución soviética¹⁸⁷ por una nueva que, de acuerdo con las declaraciones de Stalin, Molotov y compañía, será la “más democrática del mundo”. Por cierto que podrían surgir dudas con respecto a la forma como se elabora la nueva constitución. Hasta hace poco no se mencionaba esta gran reforma en la prensa, ni en las reuniones. Hasta el momento nadie conoce el proyecto de constitución. Sin embargo, en una entrevista concedida el 1 de marzo de 1936 al periodista norteamericano Roy Howard, Stalin declaró que “probablemente aprobaremos nuestra nueva constitución a fines de este año”. Por lo tanto, Stalin conoce la fecha exacta de la aprobación de la nueva constitución, sobre la cual el pueblo prácticamente carece de informes. La única conclusión posible es que están elaborando y piensan aprobar la “constitución más democrática del mundo” con métodos no del todo democráticos.

Stalin le confirmó a Howard y, por su intermedio, a los pueblos de la URSS, que “la nueva constitución instituirá el sufragio universal, igualitario, directo y secreto”.

Quedan abolidos los derechos de sufragio que favorecían a los obreros contra los campesinos. De aquí en adelante, evidentemente, no votarán las fábricas, sino cada ciudadano por su lado. Cuando “desaparecen las clases”, todos los miembros de la sociedad son iguales. Sólo los tribunales pueden privar al individuo del derecho de voto. Todos estos principios se derivan del mismo programa democrático burgués que los sóviets reemplazaron en su momento. El partido siempre sostuvo que el sistema soviético era una forma más elevada de democracia. La dictadura del proletariado se extinguiría junto con el sistema soviético, que es su expresión. Por consiguiente, la cuestión de la nueva constitución se reduce a otro problema mucho más fundamental: ¿De aquí en adelante, se seguirá “fortaleciendo” la dictadura, tal como lo exigen todos los discursos y artículos oficiales, o bien empezará a suavizarse, a debilitarse, a “extinguirse”? El significado de la nueva constitución sólo se puede evaluar a la luz de esta perspectiva. Agreguemos a continuación que la propia perspectiva de ninguna manera depende de la medida del liberalismo estalinista, sino de la estructura real de la sociedad transicional soviética.

Al explicar la reforma, *Pravda* hace una referencia oscura y poco prudente al programa partidario redactado por Lenin en 1919. Allí se dice, en efecto que “...la privación del derecho de voto y *cualquier restricción de la libertad* son necesarios únicamente como medidas temporales en la lucha contra los intentos de los explotadores de mantener o restaurar sus privilegios. A medida que desaparezcan las posibilidades objetivas de explotación del hombre por el hombre, la necesidad de estas medidas temporales desaparecerá en la misma proporción, y el partido tratará de

¹⁸⁶ Tomado de *Escritos*, Tomo VII, Volumen 2, página 132 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

¹⁸⁷ Ver nuestra serie *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921* (decretos revolucionarios et alii).

limitarlas y de abolirlas totalmente” (el subrayado es nuestro). Indudablemente, estas líneas sirven para justificar la negativa a “privar del derecho de voto” en una sociedad en la que ha desaparecido la posibilidad de explotar. Pero el programa exige, junto con ello, la abolición simultánea de “cualquier restricción de la libertad”. Porque el ingreso a la sociedad socialista no se caracteriza por la ubicación de los campesinos en un plano de igualdad con los obreros, ni por la devolución del derecho de voto a ese tres o cinco por ciento de ciudadanos de origen burgués, sino por la institución de verdadera libertad para el cien por ciento de la población. Según Lenin y según Marx, con la abolición de las clases se extingue no sólo la dictadura, sino también el propio estado. Sin embargo, Stalin no le dijo a Howard, ni a los pueblos de la URSS, que se aboliría “cualquier restricción de la libertad”.

Molotov se precipitó a defender a Stalin y, triste es decirlo, no lo hizo en forma afortunada. En respuesta a una pregunta del jefe de redacción de *Le Temps*, Molotov dijo: “Ahora sucede con no poca frecuencia (¿?) que ya no se necesitan esas medidas administrativas que se aplicaban anteriormente”, pero, “el poder soviético debe, desde luego, mantenerse fuerte y coherente en su lucha contra los terroristas y contra los que atentan contra la propiedad pública...” Ergo: “poder soviético”... sin sóviets; dictadura proletaria... sin el proletariado; y, para colmo, una dictadura que no se dirige contra la burguesía sino contra... terroristas y ladrones. En todo caso, el programa del partido jamás previó un estado de ese tipo.

Molotov promete prescindir con “no poca frecuencia” de medidas extremas que resulten innecesarias; la promesa, de por sí, no vale mucho, pero se vuelve absolutamente estéril respecto de los enemigos de la ley y el orden, precisamente respecto de aquellos que imposibilitan prescindir de las medidas de emergencia.

Pero, ¿de dónde provienen estos enemigos de la ley y el orden, estos terroristas y ladrones, en cantidad tan grande que justifique el mantenimiento de una dictadura en una sociedad sin clases? Permítasenos acudir en ayuda de Molotov. En el alba del poder soviético, en el clima de la guerra civil inconclusa, los actos terroristas eran perpetrados por los SR y los blancos. Ese terrorismo desapareció cuando las viejas clases dominantes perdieron toda esperanza. El terrorismo del kulak, del cual quedan rastros hasta hoy, tuvo siempre un carácter local, complementario de la lucha guerrillera contra el régimen soviético. Molotov no se refiere a este terror. El terror nuevo no se basa en las antiguas clases dominantes, ni en el kulak. Los terroristas de la actualidad provienen exclusivamente de las filas de la juventud soviética, de las filas de la Juventud Comunista y del partido. El terror individual, absolutamente incapaz de resolver las tareas que se impone, posee no obstante una gran importancia sintomática, porque caracteriza la gravedad del antagonismo entre la burocracia y las amplias masas populares, sobre todo en la generación joven. El terrorismo es el complemento trágico del bonapartismo. El burócrata individual teme al terror; pero la burocracia en su conjunto lo explota con éxito para justificar su monopolio político. Tampoco en este terreno Stalin y Molotov han descubierto la pólvora.

Lo peor de todo es que ni las entrevistas, ni los comentarios, permiten colegir cual será el carácter social del estado para el cual se prepara la nueva constitución. Anteriormente, la posición oficial era que el sistema soviético es la expresión de la dictadura del proletariado. Pero si se han extinguido las clases, en virtud de ese mismo hecho se ha extinguido la base social de la dictadura. Siendo así, ¿quién es su portadora de ahora en adelante? Evidentemente, la población en su conjunto. Pero cuando la población, emancipada de las contradicciones de clase, se convierte en portadora de la dictadura, eso sólo puede significar que la dictadura se disuelve en la sociedad socialista y, por consiguiente, que se liquida el estado. La lógica marxista es invulnerable. A su

vez, la liquidación del estado se inicia con la liquidación de la burocracia. ¿Acaso la nueva constitución implica, al menos, la liquidación de la GPU? Si algún habitante de la URSS expresara esta idea, la GPU no tardaría en encontrar argumentos convincentes para refutarla. Las clases están extinguidas, se disuelven los sóviets, la teoría de clases de la sociedad se reduce a polvo, pero la burocracia se perpetúa. RIP.

El látigo contra la burocracia

Más adelante retomaremos la cuestión de la medida en la cual el sufragio universal, igualitario y directo corresponde a la supuesta igualdad social que gozan todos los ciudadanos. Pero si aceptamos esta premisa como artículo de fe, surge otro interrogante que nos deja tanto más perplejos: ¿por qué el sufragio debe ser secreto? ¿A quién teme la población del país socialista? ¿De qué enemigo específico debe defenderse? El temor del niño a la oscuridad obedece exclusivamente a razones biológicas; pero el miedo del adulto a expresar abiertamente sus posiciones obedece a razones políticas. Y para los marxistas la política es siempre una función de la lucha de clases. En la sociedad capitalista, el objeto del sufragio secreto es la defensa de los explotados contra el terror de los explotadores. Si la burguesía finalmente aceptó esa reforma (bajo la presión de las masas, desde luego) eso se debe a que quería proteger, al menos en parte, su estado de la desmoralización que ella misma había engendrado. Pero es evidente que en la URSS no puede haber presión de los explotadores sobre los trabajadores. Pues bien, ¿de quién es necesario proteger a los ciudadanos soviéticos mediante el sufragio secreto?

La vieja constitución soviética instituyó el voto cantado, levantando la mano, como arma de la clase revolucionaria contra sus enemigos burgueses y pequeñoburgueses. Las restricciones del derecho de voto servían al mismo propósito. Ahora, hacia el fin de la segunda década de la revolución los asustados ya no son los enemigos de clase sino los propios trabajadores, hasta el punto de que no pueden votar si no se escudan tras el voto secreto. Esto concierne precisamente a la abrumadora mayoría de las masas populares: ¡es imposible admitir que se reinstituya el sufragio secreto en beneficio de la minoría contrarrevolucionaria!

Pero, ¿quién es el que aterroriza al pueblo? La respuesta es clara: la burocracia. Se dispone a instituir el sufragio secreto para proteger a los trabajadores de sí misma. Stalin lo confesó abiertamente. Cuando se le preguntó, “¿Por qué el sufragio secreto?”, respondió textualmente: “Porque queremos darle al pueblo soviético la posibilidad de elegir con toda libertad a quien quiera”. Así nos enteramos por boca de Stalin que el “pueblo soviético” no puede votar hoy por quien quiere. “Nosotros” nos disponemos a brindarle esa oportunidad. ¿Quiénes son los “nosotros” que detentan el poder de otorgar o negar esa libertad? El estrato en cuyo nombre Stalin habla y actúa: la burocracia. Stalin debería haber agregado que esta importante confesión rige tanto para el partido como para el estado y que, específicamente, él ocupa el puesto de secretario general en virtud de un sistema que no les permite a los miembros del partido elegir a quienes quieren. La frase “queremos darle al pueblo soviético” es infinitamente más importante que cualquier constitución por escribir porque, pese a ser tan sintética, ya es de por sí una constitución prefabricada y, además, muy real, no es un mito.

Hoy, la burocracia soviética, al igual que la burguesía europea en su momento, se ve obligada a recurrir al sufragio secreto para purgar, al menos parcialmente, al aparato de estado (al que explota como “legítimo dueño”) de la corrupción que ella misma engendró. Stalin tuvo que dar un indicio de los motivos de la reforma. Le dijo a Howard: “No pocas instituciones de nuestro país funcionan mal... En la URSS, el sufragio secreto será un látigo en manos de la población, contra los organismos de gobierno, que funcionan mal.” ¡Segunda confesión notable! La burocracia creó la

sociedad socialista con sus propias manos y ahora necesita... un látigo: no sólo porque los organismos de gobierno “funcionan mal”, sino también, y sobre todo porque están totalmente corroídos por los vicios de camarillas desenfrenadas.

Ya en 1928, refiriéndose a una serie de casos horrendos de desmoralización burocrática que salieron a la luz, Rakovsky escribió: “El rasgo más característico y peligroso de la oleada de escándalos es la pasividad de las masas (mayor entre los comunistas que entre los apartidistas) para con las manifestaciones de una arbitrariedad inaudita, atestiguadas por los propios trabajadores. Por temor a quienes detentan el poder, o simplemente por indiferencia política, dichas manifestaciones no suscitaron protesta alguna, a lo sumo algunas quejas por lo bajo.”¹⁸⁸ Desde entonces han pasado más de ocho años y la situación ha empeorado enormemente. El régimen autocrático de Stalin ha creado un sistema administrativo basado en el nepotismo, la arbitrariedad, el libertinaje, el robo y el soborno. La decadencia del aparato, que día a día se hace más evidente, comienza a amenazar la existencia misma del estado como fuente de poder, ingresos y privilegios para el estrato gobernante. La reforma se hizo necesaria. Asustados de su propia obra, los jefes del Kremlin le ruegan a la población que los ayuden a limpiar y enderezar el aparato de administración.

Democracia sin política

La burocracia pone el látigo saludable en manos del pueblo, pero impone una condición ultimativista: *nada de política*. Como siempre, esta función sacrosanta sigue siendo monopolio del “Líder”. Cuando el interlocutor norteamericano le planteó la pregunta embarazosa sobre los partidos, Stalin respondió: “Dado que no existen clases, dado que las líneas divisorias entre las clases están desapareciendo (“no existen las clases”; “las líneas divisorias entre las clases [¡que no existen!] están desapareciendo”. L.T.) sólo resta una diferencia pequeña, no fundamental, entre los distintos estratos de la sociedad socialista, y no puede haber terreno fértil para la creación de partidos antagónicos. Donde no existen distintas clases no pueden existir distintos partidos, porque un partido es parte de una clase.” ¡En cada palabra un error, a veces dos!

Si hemos de creer a Stalin, existen líneas divisorias rígidas entre las clases y en cada período dado sólo un partido corresponde a cada clase. Así, la teoría marxista del carácter de clase del partido, se transforma en una caricatura burocrática absurda: la dinámica política queda excluida del proceso histórico... en beneficio del orden administrativo. ¡En realidad, en todo el curso de la historia política no podemos encontrar un solo caso de una clase representada por un solo partido! Las clases no son homogéneas; están desgarradas por contradicciones internas y sólo llegan a la solución de tareas colectivas a través de la lucha interna de tendencias, grupos y partidos. Podemos reconocer, dentro de ciertos límites, que “un partido es parte de una clase”. Pero en la medida en que una clase consta de muchos “sectores” (algunos miran hacia adelante, otros hacia atrás) la misma clase puede engendrar varios partidos. Por eso mismo, un solo partido puede estar apoyado en sectores de distintas clases.

Por extraño que parezca, este flagrante error de Stalin es absolutamente gratuito porque, vean ustedes, en relación con la URSS él parte de la premisa de que ya no existen las clases. ¿A qué parte de cual clase pertenece el PCUS... después de la abolición de todas las clases? Stalin se mete con toda ligereza en el terreno de la teoría y

¹⁸⁸ Cristian Rakovsky (1873-1941): uno de los primeros dirigentes de la Oposición de Izquierda, fue deportado a Siberia en 1928. Capituló en 1934. En 1938 fue uno de los principales acusados en el tercer proceso de Moscú, que lo condenó a veinte años de prisión. Su *Carta a Valentinov*, fechada el 6 de agosto de 1928, apareció en *New International*, noviembre de 1934, bajo el título de “El poder y los obreros rusos”. [*Carta a Valentinov o Los peligros profesionales del poder*, en nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria*, serie: *Rakovsky, Khristian (Rako)*.]

termina diciendo más de lo que quería. Su razonamiento no demuestra que no puede haber distintos partidos en la URSS, sino que no puede haber ni un solo partido. Donde no hay clases, la política no tiene cabida. Sin embargo, Stalin exceptúa generosamente de esta ley al partido del cual es secretario general.

La historia del movimiento obrero es quien mejor revela el error de la teoría estalinista del partido. A pesar de que la estructura social de la clase obrera es indudablemente la menos heterogénea de todas en la sociedad capitalista, la existencia de un “estrato”, como la aristocracia obrera y la burocracia sindical a ella ligada, genera partidos reformistas, que se transforman inexorablemente en uno de los instrumentos del régimen burgués. Para la sociología estalinista, no tiene la menor importancia que la diferencia entre la aristocracia obrera y la masa proletaria sea “fundamental” o “pequeña”; pero fue precisamente en virtud de esa diferencia que en un momento dado surgió la necesidad de crear la Tercera Internacional. Por otra parte, es indudable que la estructura de la sociedad soviética es infinitamente más compleja y heterogénea que la del proletariado en los países capitalistas. Por eso hay terreno fértil para que existan varios partidos.

En realidad, a Stalin no le interesa la sociología de Marx, sino el monopolio de la burocracia. Son cosas completamente diferentes. Toda burocracia obrera, aunque no detente el poder estatal, tiende a considerar que en la clase obrera no existe “terreno fértil” para la oposición. Los dirigentes del Partido Laborista británico expulsan a los revolucionarios de los sindicatos, con el argumento de que no hay cabida para la lucha entre partidos en el marco de una clase obrera “unida”. El comportamiento de los señores Vandervelde, León Blum, Jouhaux, etcétera, es similar. Su conducta no obedece a la metafísica de la unidad, sino a los intereses egoístas de las camarillas privilegiadas. La burocracia soviética es infinitamente más poderosa, rica y autosuficiente que las burocracias obreras de los países burgueses. Los obreros altamente capacitados de la Unión Soviética gozan de privilegios desconocidos para las categorías laborales más altas de Europa y Estados Unidos. Este estrato dual (la burocracia apoyada en la aristocracia obrera) domina el país. El actual partido dominante de la URSS no es sino la máquina política de un estrato privilegiado. La burocracia estalinista tiene algo que perder y nada más por conquistar. No está dispuesta a compartir lo que posee. Tiene la intención de reservar para sí el “terreno fértil”, también en el futuro.

Es cierto que el Partido Bolchevique ejerció el monopolio del estado durante el primer período de la era soviética. Sin embargo, identificar estos dos fenómenos es confundir la realidad con las apariencias. En los años de guerra civil, las circunstancias históricas extremadamente difíciles obligaron al partido de los bolcheviques a prohibir temporalmente los demás partidos, no porque éstos carecieran de “terreno fértil” (en tal caso no existiría la necesidad de prohibirlos) sino, por el contrario, porque ese terreno fértil si existía: por eso eran peligrosos. El partido explicó abiertamente a las masas el motivo de la medida, y para todos era claro que estaba en juego la defensa de la revolución, aislada frente a los peligros mortales que la acechaban. Hoy cuanto más embellece la realidad social, más desvergonzadamente la explota la burocracia en beneficio propio. Si es cierto que el reino del socialismo ya ha venido a nos, y que el terreno fértil para los partidos políticos ya no existe, tampoco existe la necesidad de prohibirlos. De acuerdo con el programa, sólo faltaría abolir “cualquier restricción de la libertad”. Pero la burocracia no permite siquiera que se aluda a semejante constitución. ¡La falsía interna de toda la estructura resalta con excesiva claridad!

Stalin trató de disipar las lógicas dudas de su interlocutor mediante la siguiente perla: “Los candidatos no serán postulados únicamente por el Partido Comunista, sino también por toda suerte de organizaciones públicas apartidistas. Existen cientos... Cada

uno de los estratos (de la sociedad soviética) puede tener intereses específicos y puede expresarlos por intermedio de las numerosas organizaciones existentes.” Sin duda por esto la nueva constitución soviética será la “constitución más democrática del mundo”.

Este sofisma no tiene nada que envidiarle a los demás. Los “estratos” más importantes de la sociedad soviética son: la cúpula burocrática y sus sectores medios e inferiores, la aristocracia obrera, la aristocracia de los koljoses [granjas colectivas] los obreros de base, los sectores medios de los koljoses, los campesinos propietarios, los trabajadores obreros y campesinos y, más abajo, el lumpenproletariado, los desarraigados, las prostitutas y así sucesivamente. Por su parte, las organizaciones públicas soviéticas-sindicales, cooperativas, culturales, deportivas, etcétera, de ninguna manera representan los intereses de diversos “estratos”, porque poseen una misma e idéntica estructura jerárquica. Incluso en las organizaciones de los círculos privilegiados, por ejemplo los sindicatos y las cooperativas, el poder de decisión está en manos de los representantes de las cúpulas privilegiadas, mientras que el “partido”, o sea la organización política del estrato dominante, tiene la última palabra. Por consiguiente, la participación de organizaciones apartidistas en la contienda electoral sólo servirá para fomentar la rivalidad entre las camarillas burocráticas, dentro de los límites fijados por el Kremlin. De esta manera, la cúpula dominante espera enterarse de ciertos secretos que le ocultan y dar nuevo lustre a su régimen, coartando a la vez una lucha política que inexorablemente apuntaría contra ella.

El significado histórico de la nueva constitución

La burocracia vuelve a demostrar, con las palabras de su principal vocero, que no comprende las tendencias históricas que determinan su movimiento. Cuando Stalin observa que la diferencia entre los diversos estratos de la sociedad soviética es “pequeña, pero no fundamental”, evidentemente se refiere a que, aparte de los propietarios campesinos individuales, que son lo suficientemente numerosos como para poblar el territorio de Checoslovaquia, los demás “estratos” dependen de los medios de producción estatizados o colectivizados. Esto es indudable. Pero todavía existe una diferencia “fundamental” entre la propiedad agrícola colectiva, es decir de grupo y la propiedad industrial nacionalizada: en el futuro se seguirá manifestando. Sin embargo, no entraremos en una discusión en torno a este importante problema. Existe una diferencia cuya importancia es mucho más inmediata entre los “estratos”; no está determinada por las relaciones con los medios de producción, sino por las relaciones con los artículos de consumo. Desde luego que la esfera de la distribución es una “superestructura” en relación con la esfera de la producción. Sin embargo es precisamente la esfera de la distribución la que posee importancia decisiva para la vida cotidiana del pueblo. Desde el punto de vista de los medios de producción, no existe una diferencia “fundamental” entre un mariscal y un barrendero, entre el director de un complejo industrial y un peón, entre el hijo de un comisario del pueblo y un huérfano sin hogar. Pero unos viven en casas señoriales, poseen dachas [casas de veraneo] en distintas partes del país, poseen los mejores automóviles y hace mucho tiempo ya que olvidaron cómo se lustran los zapatos; mientras, los otros suelen vivir en barracones de madera sin separación entre los cuartos privados, pasan hambre y no se lustran los zapatos porque no los tienen. Un alto dignatario considera que la diferencia es “pequeña”, es decir, no merece atención. Un peón industrial considera, no sin razón, que la diferencia es “fundamental”.

Según Molotov, la dictadura en la URSS está dirigida no sólo contra los terroristas, sino también contra los ladrones. Pero el hecho de que tantas personas se dediquen a este último oficio es un signo inequívoco de que en la sociedad reina la escasez. ¡Cuando el nivel material de la abrumadora mayoría es tan bajo que resulta

necesario proteger la propiedad del pan y de los zapatos mediante pelotones de fusilamiento, los discursos acerca de las supuestas conquistas del socialismo suenan como una burla infame al ser humano!

En una sociedad realmente homogénea, donde los ciudadanos pueden satisfacer sus necesidades normales sin rencor ni tumultos, el absolutismo bonapartista y la burocracia en general resultarían inconcebibles. La burocracia es una categoría social, no técnica. Toda burocracia se origina y se basa en el carácter heterogéneo de la sociedad, en el antagonismo de intereses y en la lucha interna. Regula los antagonismos sociales en beneficio de las clases o capas privilegiadas y, para ello, extrae un tributo enorme a los trabajadores. A pesar de la gran revolución en el terreno de las relaciones de propiedad, esa es la función que cumple, con cinismo y no sin éxito, la burocracia soviética.

Se erigió sobre la NEP, explotando el antagonismo entre el hombre de la NEP y el kulak, por un lado; y los obreros y campesinos, por el otro. Cuando el kulak, fortalecido, se alzó contra la propia burocracia, ésta se vio obligada a apoyarse en la base en aras de su autodefensa. La burocracia fue más débil en los años de lucha contra el kulak (1929-32). Precisamente por eso se empeñó en formar una aristocracia obrera y koljosiana: instituyó diferencias escandalosas en las escalas de salarios, bonificaciones, primas y otras medidas similares que obedecen en una tercera parte a la necesidad económica y en sus dos terceras partes a los intereses políticos de la burocracia. Basándose en este antagonismo social nuevo y creciente, la casta dominante ha ascendido a su actual posición bonapartista.

En un país donde la lava candente de la revolución todavía no se ha enfriado, los privilegiados suelen temer mucho a sus propios privilegios, sobre todo cuando contemplan el panorama de escasez general. Los estratos soviéticos superiores sienten un temor puramente burgués hacia las masas. Stalin utiliza la Comintern para justificar “teóricamente” los crecientes privilegios del estrato dominante y los campos de concentración para defender de la insatisfacción a la aristocracia soviética. Stalin es el líder indiscutible de la burocracia y aristocracia obreras. Solo tiene contactos con estos “estratos”. El “culto” sincero del líder emana únicamente de estos círculos. Esa es la esencia del sistema político imperante en la URSS.

Pero para mantener el mecanismo, Stalin se ve obligado de vez en cuando a tomar partido en favor del “pueblo” contra la burocracia, con el tácito consentimiento de ésta, desde luego. Inclusive se ve obligado a buscar abajo un látigo para castigar los abusos de los de arriba. Ya hemos dicho que este es uno de los motivos de la reforma constitucional. Existe otro no menos importante.

La nueva constitución suprime los sóviets, disolviendo a los obreros en la masa general de la población. Es cierto que los sóviets perdieron todo significado político hace mucho tiempo. Pero podrían haber revivido con los nuevos antagonismos sociales y con el despertar de la nueva generación. Por supuesto que la burocracia teme sobre todo a los sóviets urbanos, con la participación creciente de la exigente Juventud Comunista. En las ciudades, el contraste entre el lujo y la terrible escasez es demasiado flagrante. Lo primero que busca la burocracia soviética es abolir los sóviets de obreros y del Ejército Rojo.

A pesar de la colectivización, prácticamente no ha disminuido la contradicción material y cultural entre la ciudad y la aldea. El campesinado sigue siendo muy atrasado y atomizado. También existen antagonismos sociales entre y dentro de los koljosos. A la burocracia le resulta mucho más fácil liquidar la insatisfacción en la aldea. Puede emplear a los koljosniks, no sin éxito, contra los trabajadores urbanos. El principal objetivo de la nueva constitución (del que lógicamente ni Stalin ni Molotov han dicho

nada al mundo) es ahogar las protestas de los obreros frente a la creciente desigualdad social, utilizando el peso de las masas atrasadas de las aldeas. Digamos de paso que el bonapartismo siempre se apoya en la aldea contra la ciudad. También en esto Stalin sigue fiel a la tradición.

Los filisteos eruditos como los Webb no vieron gran diferencia entre el bolchevismo y el zarismo antes de 1923, pero, en cambio, reconocen plenamente la “democracia” del régimen de Stalin¹⁸⁹. No es de extrañar, tratándose de gente que toda su vida ha sido ideóloga de la burocracia obrera. En realidad, el bonapartismo soviético es a la democracia soviética lo que el bonapartismo burgués, o inclusive el fascismo, es a la democracia burguesa. Ambos son producto de horrendas derrotas del proletariado mundial. Ambos caerán con su primera victoria.

La historia nos enseña que el bonapartismo es perfectamente capaz de convivir con el sufragio universal, e incluso con el secreto. El rito democrático del bonapartismo es el plebiscito. Una y otra vez se les pregunta a los ciudadanos: *¿por o contra el líder?* El líder, por su parte, se ocupa en que el votante sienta el cañón del revólver en su sien. Desde la época de Napoleón III, que ahora parece un aficionado de provincias, esta técnica se ha perfeccionado hasta grados insospechables: véase, por ejemplo, el último espectáculo montado por Goebbels. Así, la nueva constitución tiene por objeto liquidar jurídicamente el gastado régimen soviético, remplazándolo por el *bonapartismo sobre bases plebiscitarias*.

Las tareas de la vanguardia

Molotov saca conclusiones más profundas que Stalin. Le dijo al director de *Le Temps* que el problema de los partidos en la URSS “no es un problema vital, dado que nos aproximamos a la liquidación total de las... clases”. ¡Qué precisión ideológica y terminológica! En 1931 liquidaron a la “última clase capitalista, la de los kulaks”, y en 1936 se “aproximan” a la liquidación de las clases. Para bien o para mal, Molotov no considera que el problema de los partidos sea “vital”. En cambio, son completamente distintas las posiciones de los obreros que saben que la burocracia, mientras liquida a las clases explotadoras con una mano prepara su renacimiento con la otra. Para estos obreros de vanguardia, el problema de su partido, independiente de la burocracia, es el más vital de todos. Stalin y Molotov lo saben perfectamente bien: no es por nada que en los últimos meses expulsaron del autotitulado Partido Comunista de la Unión Soviética a varias decenas de miles de bolchevique-leninistas, es decir, a todo un partido revolucionario.

Cuando el director de *Le Temps* preguntó amablemente si existirían las fracciones y sí podrían transformarse en partidos independientes, Molotov respondió con esa chispa que lo ha hecho célebre: “En el partido... hubo varios intentos de crear fracciones especiales... pero esa situación cambió radicalmente hace varios años y ahora el Partido Comunista está realmen-te unido.” Podría haber agregado que la mejor prueba de ello son las inacabables purgas y los campos de concentración. Sin embargo, que un partido de oposición pase a la clandestinidad no significa que deja de existir, sino que su existencia se vuelve más difícil. Los arrestos resultan muy efectivos contra una clase que tiende a desaparecer de la escena histórica: la dictadura revolucionaria de 1917-23 lo ha demostrado incontrovertiblemente. Pero el arresto de elementos de la vanguardia revolucionaria no salvará a una burocracia perimida que, de acuerdo con su propia confesión, necesita un “látigo”.

Es una mentira infame afirmar que ya se ha realizado el socialismo en la URSS. El florecimiento del burocratismo es la prueba bárbara de que el socialismo todavía está

¹⁸⁹ Sidney (1859-1947) y Beatrice (1858-1943) Webb: dirigentes del socialismo fabiano inglés, eran admiradores de la burocracia estalinista.

muy lejos. Mientras la productividad del trabajo en la URSS sea inferior a la de los países capitalistas adelantados, mientras el pueblo siga sufriendo la escasez, mientras prosiga la lucha cruel por los artículos de consumo, mientras la burocracia individualista pueda aprovechar los antagonismos sociales impunemente, el peligro de la restauración burguesa seguirá planteado con toda su fuerza. El aumento de la desigualdad basada en las conquistas económicas ha aumentado últimamente ese peligro. Esto, y solo esto, justifica la necesidad del poder estatal. Pero el estado burocráticamente degenerado se ha vuelto el principal peligro para el futuro socialista. Solo se podrá reducir la desigualdad a sus límites económicamente inevitables en la etapa dada y abrirse el camino hacia la igualdad socialista, mediante el control político activo ejercido por los trabajadores y su vanguardia. La regeneración del partido de los bolcheviques, en oposición al de los bonapartistas, es la clave para solucionar todas las dificultades y tareas.

Para encaminarse hacia un objetivo es necesario saber aprovechar las posibilidades reales a medida que se presentan. Cualquier ilusión respecto de la constitución soviética estaría fuera de lugar. Pero es igualmente ilícito considerar que se trata de una bagatela. La burocracia corre el riesgo que supone una reforma, no por capricho, sino por necesidad. La historia conoce muchos casos de dictaduras burocráticas que recurren a reformas “liberales” para salvarse, y se debilitan aún más. La nueva constitución, al desenmascarar al bonapartismo, crea una cubierta semilegal para combatirlo. La rivalidad entre las camarillas burocráticas puede ser el inicio de una lucha política mucho más amplia. El látigo contra las “instituciones de gobierno que funcionan mal” puede convertirse en látigo contra el bonapartismo. Todo depende del grado de actividad de los elementos de vanguardia de la clase obrera.

De aquí en adelante los bolchevique-leninistas deben seguir con atención los vericuetos de la reforma constitucional, teniendo en cuenta la experiencia de las próximas elecciones. Debemos aprender a utilizar la rivalidad entre las distintas “organizaciones públicas” en beneficio de los intereses del socialismo. Debemos aprender a dar la batalla en el terreno del plebiscito. La burocracia teme a los obreros; debemos desarrollar nuestro trabajo entre ellos con mayor audacia y en mayor escala. El bonapartismo teme a la juventud; debemos llamarla a agruparse en torno a la bandera de Marx y Lenin. Debemos sacar a la vanguardia de la generación joven de las aventuras del terrorismo individual (el camino de la desesperación) a la senda ancha de la revolución mundial. Es necesario educar a nuevos cuadros bolcheviques que remplazarán al régimen burocrático en decadencia.

Persecución política en la URSS¹⁹⁰

(22 de mayo de 1936)

Ultimamente la prensa norteamericana y la prensa mundial en general vienen difundiendo ampliamente los preparativos para la nueva constitución de la Unión Soviética. Los dirigentes soviéticos sostienen que la misma será “la constitución más democrática del mundo” y que de ahora en adelante las elecciones se realizarán por sufragio universal, igualitario, directo y secreto. Es cierto que algunos cronistas preguntan si las elecciones pueden ser verdaderamente libres, en vista de la existencia de un solo partido.

Aquí no quiero responder a ese argumento; pero es necesario plantear otra pregunta: ¿cómo prepara la reforma constitucional el único partido existente? La respuesta: mediante una represión ininterrumpida sin precedentes que no va dirigida contra los enemigos de la Unión Soviética, sino principalmente contra aquellos que, permaneciendo absolutamente fieles al sistema [soviético], se oponen a una dirección a la que resulta imposible remover y ni siquiera controlar. Podemos afirmar sin el menor temor a equivocarnos que las nueve décimas partes de la represión política no sirven para la defensa del estado soviético, sino para la defensa del gobierno autocrático y de los privilegios del sector burocrático dentro del estado. Así, el único partido político existente se convierte en herramienta exclusiva del grupo gobernante.

Hasta hace poco se consideraba que el “aislador”, es decir, la cárcel, era el castigo más severo después de la pena de muerte. Los internados en los aisladores políticos a partir de 1928 son en su mayoría exmilitantes del partido gobernante que, sin haber violado la disciplina, mantienen una posición crítica respecto del grupo gobernante o de la persona de Stalin. Sin embargo, los últimos acontecimientos revelan que debido a la capacidad limitada y al elevado costo de mantenimiento de los aisladores, están siendo remplazados por campos de concentración, donde los presos viven en condiciones físicas y morales infrahumanas. Actualmente hay campos de concentración diseminados por toda la periferia del país, y su estructura imita la de los campos de la Alemania hitlerista. Para los presos, el traslado del aislador al campo de concentración equivale a una condena a muerte lenta. Por consiguiente, en los últimos meses, los presos políticos de la Unión Soviética han realizado numerosas huelgas de hambre para exigir el retorno a la prisión. La huelga de hambre, considerada universalmente como el último acto de desesperación, se ha vuelto el método más corriente entre los presos políticos.

Con base en las noticias publicadas por la prensa soviética oficial, en los últimos nueve meses han sido expulsados más de trescientos mil, quizás medio millón, de militantes del PC, y este tipo de “purga partidaria” se desarrolla constantemente. La mayoría de los expulsados son luego arrestados: algunos van a los campos de concentración y otros al exilio. *Pravda*, el órgano de Stalin, publica en su edición del 15 de marzo una directiva que prohíbe a las autoridades locales dar trabajo a los opositores políticos. Dado que el único empleador es el estado, este decreto condena a las víctimas

¹⁹⁰ Tomado de *Escritos*, Tomo VII, Volumen 2, página 167 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

a la muerte por hambre. Cientos de miserables aldeas remotas de Siberia y de Asia Central están pobladas por decenas de miles de exmiembros del Partido Bolchevique, que viven como los parias de la India. Una sola palabra de protesta, un pedido de trabajo basta para enviarlos a los campos de concentración y a los peores trabajos forzados. Además, los que sobreviven a la cárcel o al exilio reciben el llamado “pasaporte del lobo”, un documento de identidad en virtud del cual el poseedor queda fuera de la ley. Nadie puede alojarlo, está condenado a vivir como un vagabundo sin hogar. El objeto de tales medidas es quebrar la moral de esta gente, obligarlas a aceptar las posiciones oficiales o, por lo menos, obligarlas a fingir, mediante declaraciones públicas, que concuerdan con la política del poder dominante. La burocracia emplea estos métodos con la esperanza de que, tras la introducción del “sufragio universal y secreto”, podrá ahogar hasta la última chispa de pensamiento crítico en el país y asegurar así la imposición de ese tipo de plebiscitos que nos muestra la historia contemporánea de Alemania.

Si se quiere ilustrar este cuadro general mediante ejemplos individuales, la única dificultad reside en escoger algunos casos entre los muchísimos que existen. Los siguientes ejemplos son recientes y provienen de fuentes dignas de toda confianza.

En enero pasado murió en Siberia E.B. Solntsev, a la edad de treinta y seis años. Era uno de los exponentes más brillantes de la joven generación soviética, un economista de gran erudición. Trabajó durante dos años con la Amtorg [Organización Comercial Soviética] en Estados Unidos, pero al volver en 1928 fue acusado de “trotskysta” y arrestado. Cumplida su sentencia de tres años en la cárcel de Verjne-Uralsk, se le agregaron dos años de condena, sin que se presentaran nuevos cargos. Después de cinco años en el aislador fue enviado al exilio en Siberia, mientras su esposa y su familia eran exiliados a otro lugar. Este procedimiento es de aplicación común para los presos políticos, a pesar de la línea oficial de “defensa de la familia”. Aunque Solntsev no tenía la menor posibilidad de hacer trabajo político en el yermo siberiano, fue arrestado nuevamente en 1935 y condenado, sin cargos, a cinco años adicionales de cárcel. Solntsev se declaró en huelga de hambre a muerte, señalando así su intención de suicidarse. Después de dieciocho días de huelga, las autoridades le comunicaron que no lo trasladarían a la cárcel, sino a otro lugar de exilio. Pero en el camino, en una de las estaciones intermedias, contrajo una enfermedad infecciosa leve y, debido a su debilidad, falleció.

Otros dos destacados representantes de la joven generación, Dingelstedt y Iakovin, están sufriendo la misma suerte¹⁹¹. Ya han cumplido siete años de cárcel y es difícil que las actuales autoridades los pongan en libertad.

Lado Dumbadze es uno de los bolcheviques más viejos; a principios de siglo montó la imprenta clandestina en el Cáucaso; luego participo en la Revolución de Octubre, gozando de la estima de Lenin. Era un hombre extremadamente modesto y sacrificado. Desde 1928 pasó de la cárcel al exilio y del exilio a la cárcel. Los sufrimientos y privaciones le han provocado parálisis de ambos brazos. El viejo no puede vestirse ni escribir. No obstante, la venganza burocrática decretó su traslado al exilio desde el hospital de la prisión, condenándolo a una muerte segura.

La señora A.L. Bronstein, de más de sesenta años de edad, tras cuarenta años de militancia en el partido, ha sido separada de sus nietos, a quienes cuidaba, y trasladada desde Leningrado a una aldea de Siberia, donde no encuentra trabajo ni alimentos¹⁹².

¹⁹¹ F.N. Dingelstedt: dirigente de la Oposición de Izquierda en Leningrado. Fue arrestado y exiliado a Siberia en 1927.

¹⁹² Alexandra Sokolovskaia Bronstein: primera esposa de Trotsky y madre de sus dos hijas, militaba en la Oposición de Izquierda. Fue arrestada en 1935 y exiliada a Siberia.

Si contara con suficiente espacio podría relatar la trágica suerte de la familia Eltsin, del anciano padre y sus dos hijos, enviados a la prisión y luego al exilio, donde uno de los hijos acaba de morir; la trágica suerte del marinero Pankratov, cuya esposa fue enviada recientemente a Siberia porque se negó a divorciarse de su marido, encarcelado en un aislador; el caso Mijail Bodrov, heroico obrero moscovita, trasladado recientemente del aislador a un campo de concentración; y decenas y centenares de otros casos.

Permítaseme mencionar la persecución al sastre Lajovitski, cuyos parientes viven en Estados Unidos. Tras negársele toda oportunidad de trabajar, este obrero ha sido trasladado de un lugar a otro y se encuentra en la miseria más absoluta. Su esposa, obrera, fue despedida de la fábrica por negarse al divorcio.

Los exiliados no pueden mantener correspondencia entre sí, ni con su familia. A su vez, las familias que se mantienen en contacto con parientes exiliados son perseguidas. Los envíos de dinero o mercancías del exterior no son entregados a los miembros de la Oposición. La GPU los confisca sin dar aviso al remitente ni al destinatario. El exiliado es trasladado a otro lugar aun más remoto para que los que están en el extranjero pierdan todo rastro de él.

Incluso la ayuda mutua entre exiliados es considerada criminal. Un ejemplo reciente, la señora M. M. Joffe, viuda del famoso diplomático soviético fallecido, embajador en Roma, Tokio, etcétera, tras muchos años de exilio ha sido trasladada al extremo norte de Siberia por querer ayudar a sus amigos aliviando sus sufrimientos. Se la acusa de crear la Cruz Roja de la oposición. Su hijo murió como resultado de las privaciones físicas del exilio. Para completar el trágico cuadro del destino de esta familia, recordemos que, ante la persecución implacable, A. Joffe se suicidó en 1928¹⁹³.

Hace un par de semanas, Victor Serge salió al extranjero con su familia¹⁹⁴. Es mitad ruso, mitad belga, un talentoso escritor francés que a partir de 1928, como militante de la Oposición en la Unión Soviética, fue sometido a persecuciones y calumnias tan inconcebibles que su esposa sufrió un profundo desequilibrio mental. El gobierno de Moscú se vio obligado a deportarlo, sólo porque la prensa europea difundió ampliamente la suerte terrible de esta familia y porque Victor Serge es muy conocido en el mundo literario francés y belga.

Debo agregar que en el aislador de Solovietski (quizás también en otros) están encarcelados numerosos comunistas extranjeros de Oposición: húngaros, búlgaros, rumanos, polacos y, en general, de aquellas nacionalidades cuyos gobiernos difícilmente puedan protestar. La GPU simplemente condena a los militantes extranjeros de la Oposición como “espías”. Con este método, la dirección moscovita de la Comintern elimina a los elementos que caen en desgracia por plantear críticas o quejas.

Es evidente que soy plenamente consciente de la gravedad de mis afirmaciones, y que asumo plena responsabilidad política y moral por las mismas. Sugiero que se forme una comisión internacional imparcial integrada por personas que gocen de la

¹⁹³ Adolf Joffe (1883-1927): uno de los mejores diplomáticos soviéticos después de la Revolución de Octubre. Fue militante de la Oposición de Izquierda. Enfermo, se le negó el tratamiento médico necesario y se suicidó. Dejó una carta para Trotsky que se hizo famosa. Se reproducen algunos pasajes en *Leon Trotsky, the Man and his Work* (Merit Publishers, 1969). María Joffe, su viuda, pudo salir de la URSS en 1975, después de veintisiete años en los campos de concentración y en el exilio.

¹⁹⁴ Victor Serge (1890-1947): anarquista en su juventud. Después de la Revolución Bolchevique se radicó en la Unión Soviética y trabajó para la Comintern. Militante de la Oposición, fue arrestado, puesto en libertad en 1928 y arrestado nuevamente en 1933. Una campaña de intelectuales franceses obtuvo su libertad y pudo salir de la URSS en 1936. Rompió con el MCI por diferencias políticas. Escribió varias obras históricas importantes, entre ellas *The Year One of the Russian Revolution* (Holt, Rinehart & Winston, 1972) y *From Lenin to Stalin* (Pathfinder Press, 1973).

confianza general, particularmente la de las organizaciones obreras, para investigar estos casos *in situ* y aclarar el problema de una vez por todas. En todos los países existen sociedades de “Amigos de la Unión Soviética”. Si son verdaderamente amigos del pueblo soviético, y no de la camarilla burocrática gobernante, tienen el deber de elevar su voz junto con la nuestra, para exigir la formación de esa comisión y poner fin a estos horribles actos de persecución y de revanchismo político.

La Cuarta Internacional y la Unión Soviética¹⁹⁵

(8 de julio de 1936)

1. La resolución del Séptimo Congreso Mundial de la Comintern según la cual el socialismo ha triunfado “definitiva e irrevocablemente en la URSS” (¡a pesar del bajo nivel de productividad del trabajo en comparación con los países capitalistas adelantados e independientemente del curso de los acontecimientos en el resto del mundo) es una mentira grosera y peligrosa. La afirmación de que la Unión Soviética abarca “la sexta parte de la superficie de la tierra” tiene poca importancia, desde el momento que la habita tan solo el *8,5 por ciento de la humanidad*. Se trata, como siempre, de la lucha entre dos sistemas irreconciliables: el socialismo y el capitalismo. Esta lucha no ha sido ni puede ser resuelta dentro de los confines de la URSS. Solo se resolverá “definitiva e irrevocablemente” en el terreno mundial.

2. La gran masa de los medios de producción industriales en la Unión Soviética ha crecido enormemente y permanece en manos del estado; en la agricultura, en manos de los *koljoses*, entre la propiedad estatal y privada. Pero la propiedad estatal todavía no es socialista, porque la premisa de ésta es la extinción del estado como guardián de la propiedad, la disminución de la desigualdad y la desaparición gradual del concepto de propiedad, inclusive en la moral y en las costumbres de la sociedad. El verdadero proceso en la URSS ha seguido en los últimos años la dirección contraria. Crece la desigualdad y, con ella, la coerción estatal. Si las condiciones internas e internacionales son favorables, se podrá efectuar la transición de la actual propiedad estatal al socialismo; sin embargo, si las condiciones resultan desfavorables, podría volverse al capitalismo.

3. Todo estado obrero, en el primer período, tratará de desarrollar las fuerzas productivas reteniendo para ello el sistema del trabajo asalariado o, como dice Marx, “las normas de distribución burguesas”. El problema es resuelto, en última instancia, por la tendencia general del proceso. Si los países adelantados se vieran arrastrados a la revolución y si la riqueza social aumentara con gran rapidez, la desigualdad social también disminuiría velozmente y el estado no tendría nada que “cuidar”. Dado el aislamiento y el atraso de la tierra soviética, las normas de distribución burguesas tuvieron un carácter grosero y superficial (enormes diferencias salariales, bonificaciones, títulos, órdenes y otras cosas por el estilo), y engendraron tendencias retrógradas que amenazan al sistema de propiedad estatal.

4. La baja productividad con gran inversión de capital, con enormes gastos militares y el gran despilfarro de un aparato desenfrenado se refleja en que las masas carecen de los más importantes artículos de consumo personal. Las conquistas económicas, demasiado modestas como para elevar notablemente el nivel material y cultural de la población en su conjunto, ya resultan suficientes para dar surgimiento a un amplio estrato privilegiado. El segundo plan quinquenal no mitigó los antagonismos sociales, los acentuó enormemente. *La desigualdad crece a saltos*. Los himnos de

¹⁹⁵ Tomado de *Escritos*, Tomo VII, Volumen 2, página 208 y siguientes del formato pdf, en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

alabanza a la “vida feliz” se cantan únicamente en las cumbres, mientras los estratos inferiores mantienen un silencio forzoso.

5. Al aprovechar los múltiples antagonismos sociales (entre la ciudad y el campo, el trabajo intelectual y el manual, las granjas individuales y *koljoses* y las parcelitas privadas de los koljosianos, los *estajanovistas* y el resto de las masas trabajadoras), *la burocracia soviética se ha independizado de los trabajadores*. Como cualquier otra burocracia, regula a los antagonismos en defensa de los intereses de los más fuertes, los mejor ubicados, los privilegiados. Como cualquier otra burocracia, toma para sí un parte importante del ingreso nacional, convirtiéndose en el más privilegiado de los estratos privilegiados.

6. En términos de condiciones de vida personal, la sociedad soviética muestra hasta el día de hoy una *enorme jerarquización*: desde los niños vagabundos, las prostitutas, los lumpenproletarios... hasta los “diez mil” de la cúpula, que llevan una vida similar a la del magnate capitalista de Europa occidental. A diferencia de lo que dice el Séptimo Congreso de la Comintern, el socialismo todavía no ha triunfado: ni en las condiciones económicas objetivas de la URSS (el criterio de la productividad del trabajo), ni en la conciencia de las masas productoras (el criterio del consumo individual).

7. Sin embargo, es un hecho de importancia capital que las relaciones sociales en la URSS, incluidos los privilegios de la aristocracia soviética, se basan en última instancia en la propiedad estatal y koljosiana, adquirida mediante la expropiación de la burguesía y esto, a diferencia de la propiedad capitalista, abre la posibilidad para el desarrollo de la industria y de la cultura. El abismo histórico, abierto por la revolución de octubre, separa la *economía planificada estatal soviética* de la “*estatización*” *capitalista*, es decir, la intervención del estado para salvar la propiedad privada y “regular” el sistema económico perimido, *frenando* el desarrollo de las fuerzas productivas y *rebajando el nivel de vida del pueblo*. La identificación de la economía soviética con la fascista (Italia, Alemania), tan frecuente entre los economistas liberales, es fruto de la ignorancia, o de la falta de escrúpulos. La victoria de la burocracia bonapartista de la URSS sobre la vanguardia proletaria no equivale de ninguna manera a la victoria de la contrarrevolución capitalista, aunque es cierto que le abre el camino.

8. Señalar (como hacen los anarquistas y los ultraizquierdistas de todos los colores) que el proletariado debe tener la misma actitud hacia la Unión Soviética que hacia los estados imperialistas, es afirmar que a la clase obrera no le interesa que la industria estatizada y la agricultura colectivizada en la Unión Soviética se mantengan y desarrollen, o bien que una guerra civil arroje la economía a la descomposición y al capitalismo fascista. Esta posición es digna de los “amigos” idealistas desilusionados de la Unión Soviética, de los diletantes y charlatanes políticos de corte liberal o anarquista, pero de ninguna manera de los revolucionarios marxistas, que jamás pierden de vista *el factor fundamental de la historia: el desarrollo de la producción*.

9. Ya hemos dicho que la estratificación social de la sociedad soviética se produce sobre todo en el terreno de la distribución, y parcialmente, sobre todo en la agricultura, en el de la producción. Pero no existe un muro infranqueable entre la distribución y la producción. Al fomentar la avaricia de individuos y grupos hasta el punto de hacerles perder todo control, la burocracia desacredita la concepción de la propiedad social. El crecimiento de los privilegios económicos da lugar a una duda legítima entre las masas: *¿a quién servirá el sistema en última instancia?* Las “normas de distribución burguesas”, que ya han excedido ampliamente los límites tolerables, amenazan con desbaratar la disciplina social de la economía planificada y, con ella, la propiedad estatal y koljosiana.

10. Las distintas vías posibles hacia la restauración del sistema burgués se revelan con toda claridad en el problema de la familia. Dado que el bajo nivel material y cultural del país y la supresión de la iniciativa de las masas no le han permitido a la burocracia cumplir las tareas de sustento y crianza social, comienza ahora a *restablecer y ensalzar a la familia pequeñoburguesa* y su estrecha economía privada, caldo de cultivo de la imbecilidad social en todas sus variantes. Pero la familia plantea directamente el problema del derecho de herencia. La propia burocracia, que trata de basarse políticamente en la familia conservadora, siente que su dominación es defectuosa e incompleta, porque no está en situación de legar sus privilegios materiales a sus sucesores. Por su parte, el *derecho de herencia* conduce a la mayor extensión de los límites de la *propiedad privada*. Esta es una de las posibles vías de restauración del capitalismo. En todos los terrenos de la vida social la burocracia pone en peligro todo lo que el sistema soviético tiene de progresivo. No es el guardián de la “propiedad socialista”; se ha convertido en su sepulturero.

11. El significado político de la *nueva constitución* se contradice con su interpretación oficial en forma directa. La “constitución estalinista” no es un avance “del socialismo a la sociedad comunista” como dicen descaradamente las autoridades, sino un retroceso de la dictadura del proletariado hacia un régimen político burgués.

El desarrollo de la sociedad socialista debería expresarse en el terreno político mediante la extinción del estado. El grado de extinción es la medida más fiel de las conquistas del desarrollo socialista. El primer paso de la extinción del estado debería ser la liquidación total de la burocracia elevada por encima de la sociedad. Pero, en los hechos, la nueva constitución da fuerza de ley al proceso diametralmente opuesto. No puede ser de otra manera. El aumento de los privilegios necesita un policía para supervisarlo.

12. De acuerdo con la nueva constitución, la *coerción estatal* no sólo no disminuye, sino que, por el contrario, adquiere un carácter más concentrado, franco y cínico. Se destruyen los soviets. Las instituciones locales y centrales, es decir, “municipales” y “parlamentarias”, basadas en el sistema plebiscitario, no tienen nada que ver con los soviets, los organismos de combate de las masas trabajadoras. Por otra parte, carecen completamente de peso. La nueva constitución coloca, oficial y públicamente, todo el poder y el control de todos los aspectos de la vida económica y cultural en manos del “partido” estalinista, independiente tanto del pueblo como de sus afiliados, y que representa la *máquina política de la casta dominante*.

13. Digamos de paso que la constitución liquida *de jure* la posición dominante del proletariado en el estado, posición liquidada de facto hace mucho tiempo. Declara, de ahora en adelante, que la dictadura es “aclasista” y “popular”, lo cual, desde el punto de vista marxista, es totalmente absurdo. La dictadura del “pueblo” sobre sí mismo debería haber significado la disolución del estado en la sociedad, es decir, la muerte del estado. En realidad, *la nueva constitución sanciona la dictadura de los estratos privilegiados de la sociedad soviética sobre las masas productoras*. De esta manera la burocracia elimina la posibilidad de la extinción pacífica del estado y crea las vías “legales” para la contrarrevolución económica, es decir, la restauración del capitalismo mediante un “golpe blanco”. La burocracia ya crea el terreno para esta posibilidad con la promulgación del engaño sobre la “victoria del socialismo”. Nos corresponde llamar a la clase obrera a oponer sus fuerzas a las presiones de la burocracia, en defensa de las grandes conquistas de octubre.

14. A diferencia de lo que sostiene la mentira oficial, la nueva constitución, lejos de extender la “democracia” soviética, sanciona su liquidación total. Cada uno de sus artículos proclama que los amos de la situación no entregarán voluntariamente sus

posiciones al pueblo. El carácter aristocrático y absolutista de la nueva constitución se expresa con mayor claridad en la nueva cruzada anunciada el día mismo de su publicación: la cruzada por el “exterminio de los enemigos del pueblo, las ratas y alimañas trotskistas” (*Pravda*, 5 de junio de 1936). La burocracia es perfectamente consciente del origen del peligro mortal que le acecha y dirige el terror bonapartista contra los representantes de la vanguardia proletaria.

15. Le ha robado a la clase obrera de la URSS la última posibilidad de reforma legal del estado. *La lucha contra la burocracia se convierte necesariamente en una lucha revolucionaria*. Fiel a las tradiciones del marxismo, la Cuarta Internacional rechaza decisivamente el terror individual, junto con todos los métodos del aventurerismo político. Sólo se puede aplastar a la burocracia mediante la movilización de las masas, conscientes de su objetivo, contra los usurpadores, parásitos y opresores.

Si el retorno del capitalismo a la URSS requiere una *contrarrevolución social* (eliminación de la propiedad estatal de los medios de producción y de la tierra y restauración de la propiedad privada), el desarrollo futuro del socialismo requiere inexorablemente una *revolución política*, es decir, el derrocamiento violento del régimen político de la burocracia degenerada, así como la preservación de las relaciones de propiedad instauradas por la revolución de octubre. La vanguardia proletaria de la URSS, basada en las masas trabajadoras de todo el país y en el movimiento revolucionario de todo el mundo, deberá derribar a la burocracia por la fuerza, restablecer la democracia soviética, eliminar los enormes privilegios y garantizar el genuino avance hacia la igualdad socialista.

16. Con respecto a la guerra, como a todas las demás cuestiones, los partidos de la Cuarta Internacional no se basan en consideraciones y simpatías de tipo formal e idealista, sino solamente en criterios marxistas. Por ejemplo: apoyan a Etiopía a pesar de que allí existe la esclavitud y un régimen político bárbaro, porque en primer lugar la formación del estado nacional independiente es un paso histórico progresivo para un país capitalista y, en segundo lugar, porque la derrota de Italia significaría el inicio del derrumbe de una sociedad capitalista decadente.

La vanguardia proletaria del mundo entero apoyará a la URSS en guerra, a pesar de la burocracia parasitaria y del negus sin corona que domina el Kremlin, porque el régimen social de la URSS, a pesar de sus deformaciones y úlceras, representa un gigantesco avance histórico en comparación con el capitalismo putrefacto. La derrota de un país imperialista en la próxima guerra provocará el derrumbe no sólo de su forma estatal, sino también de sus cimientos capitalistas y, por consiguiente, la propiedad estatal remplazará a la privada. La derrota de la Unión Soviética significaría no sólo el derrumbe de la burocracia soviética, sino también el remplazo de la propiedad estatal y colectiva por el caos capitalista. Dadas las circunstancias, la elección de la línea política es ineludible.

Sin embargo, el apoyo resuelto e intrépido de la vanguardia proletaria mundial a la URSS en guerra no significa que el proletariado debe aliarse con los aliados imperialistas de la URSS. “El proletariado de un país capitalista aliado de la URSS debe mantener total y absolutamente su *intransigente hostilidad hacia el gobierno imperialista de su propio país*” (*La guerra y la Cuarta Internacional*, Tesis del Secretariado Internacional de la Liga Comunista Internacional, Bolchevique-Leninistas, párrafo 44). “La intransigente oposición proletaria al aliado imperialista de la URSS debe basarse en la política clasista internacional y en los objetivos imperialistas de ese gobierno, en el carácter traicionero de la ‘alianza’, en su especulación con un vuelco capitalista en la URSS, etcétera. Por lo tanto, la política de un partido proletario, tanto en un país imperialista ‘aliado’ como en uno enemigo, debe orientarse hacia el

derrocamiento revolucionario de la burguesía y la conquista del poder. Solo de esa manera se creará una *verdadera alianza con la URSS* y se salvará del desastre al primer estado obrero.” (ídem, párrafo 45).

17. Los temores de los “ultraizquierdistas” de que la victoria de la URSS redunde en la mayor consolidación de las posiciones de la burocracia bonapartista derivan de una concepción equivocada, tanto de las relaciones internacionales como del proceso interno de la URSS. Los imperialistas de todos los bandos no se reconciliarán con la Unión Soviética hasta tanto se haya restablecido la propiedad privada de los medios de producción. Cualquiera sea la alineación de los estados al comienzo de la guerra, en el transcurso de la misma los imperialistas sabrán llegar a un acuerdo y lograr un realineamiento recíproco, siempre a expensas de la URSS. *La URSS podrá evitar la derrota en la guerra sólo bajo una condición: que reciba ayuda de la revolución en oriente u occidente.* Pero la revolución internacional (lo único que puede salvar la URSS) significará a la vez el golpe mortal para la burocracia soviética.

18. *¿Es la URSS un estado obrero?* La URSS es un estado basado en las relaciones de propiedad creadas por la revolución proletaria, administrado por una burocracia obrera en beneficio de los intereses de nuevos estratos privilegiados. A pesar de las colosales diferencias de escala, se puede calificar a la URSS de estado obrero en el mismo sentido que se puede calificar de organización obrera a un sindicato dirigido y traicionado por los oportunistas, agentes del capital. Así como los revolucionarios defienden a todo sindicato, aun a los más reformistas, del enemigo de clase y a la vez luchan intransigentemente contra los dirigentes traidores, los partidos de la Cuarta Internacional defienden a la URSS de los golpes del imperialismo, sin abandonar por un solo instante la lucha contra el aparato estalinista reaccionario. Tanto en la guerra como en la paz, se reservan plena libertad para criticar a la casta soviética dominante y plena libertad para luchar contra todos los acuerdos de ésta con los imperialistas a expensas de los intereses de la URSS y de la revolución internacional.

Una declaración a la prensa mexicana

(23 de enero de 1937)

Entre las cuestiones que me plantean hay una que me sorprende, sobre todo: me preguntan ustedes si en caso de conflicto entre la URSS y Alemania o Japón yo estaría del lado de la URSS o si me mantendría neutral. La misma posibilidad de semejante pregunta sólo puede explicarse por la influencia de las sistemáticas calumnias en la opinión pública. He combatido por la revolución de octubre, he participado en el establecimiento de las nuevas formas de propiedad en el estado soviético. Es una etapa histórica de gran importancia. ¿Cómo podría dejar de defender esas conquistas sociales contra los ataques imperialistas? Estoy seguro de que mis compañeros de ideas en la URSS se alinearán en las primeras filas del Ejército Rojo, que he ayudado a crear, para combatir la agresión imperialista.

¿De dónde proviene esa pregunta? La explicación es muy clara. El estado soviético ya no es el mismo que era en sus orígenes. Por el juego de las circunstancias históricas, que he analizado en mi reciente libro *La revolución traicionada*, se ha formado una poderosa casta privilegiada en perjuicio del progreso socialista. La nueva burocracia, que explota a su favor las conquistas de la revolución, se identifica con el estado soviético y con el mismo socialismo. Presenta la menor crítica contra su arbitrariedad y privilegios como un atentado contra el estado. Se considera infalible. Para ensuciar a la oposición inspirada por los intereses de las masas trabajadoras, y no por la nueva casta privilegiada, la burocracia denuncia a esa oposición como aliada del fascismo. El nuevo proceso que comienza hoy, 23 de enero, en Moscú, está inspirado únicamente por ese espíritu de dominación de la nueva casta burocrática. La Oposición la combate. A pesar de todas las persecuciones y de todas las maquinaciones judiciales, la Oposición la combatirá. Pero la Oposición combate contra la burocracia, precisamente, para salvar y desarrollar los fundamentos sociales del nuevo régimen, para defenderlos ante la degeneración. Yo les pregunto: ¿Cómo podrían mis amigos, defendiendo con absoluta abnegación a la revolución de octubre contra la expropiación burocrática, dejar de defender al estado soviético contra la Alemania de Hitler y el Japón del militarismo agresivo?

No puedo responder a las preguntas de ustedes concernientes a América Latina. Ya he comunicado mis razones a la prensa metropolitana¹⁹⁶. Conozco demasiado poco América Latina como para permitirme emitir públicamente un juicio sobre las cuestiones que le conciernen.

Consagraré el próximo futuro al estudio de México y de América Latina en general. Les pido un plazo bastante largo como para permitirme forjarme una opinión. Por otra parte, deben saber ustedes que he tomado la decisión de no mezclarme, ni de cerca ni de lejos, en la política del país que tan generosamente me ha otorgado su hospitalidad y que tiene muchas dificultades que superar.

Me preguntan ustedes si planeo visitar los diferentes estados de la república mexicana¹⁹⁷. Cierto. Me gustaría mucho completar mi estudio de este país, tan diverso y

¹⁹⁶ Trotsky alude a la prensa de México capital.

¹⁹⁷ Recordemos que México se llama exactamente Estados Unidos de México.

rico en contrastes, con observaciones personales. Por otra parte, los libros, igual que los amigos iniciados, me dicen que un viaje a través de México puede dar satisfacciones intelectuales y estéticas sin igual. Me haría feliz poder visitar el Yucatán que ustedes me recomiendan por sus experiencias sociales y sus tesoros arqueológicos¹⁹⁸.

¹⁹⁸ Yucatán es la cuna de la civilización mayo y célebre por sus yacimientos arqueológicos. Por otra parte, en aquella época era el centro de la creación de “ejidos” (grandes dominios agrícolas) colectivos en el marco de la reforma agraria.

Termidor y antisemitismo

(22 de febrero de 1937)

Cuando se realizaba el último proceso de Moscú señalé, en una de mis declaraciones, que, en su lucha contra la Oposición de Izquierda, Stalin explotaba las tendencias antisemitas latentes en el país. A causa de ello recibí numerosas cartas y preguntas muy ingenuas (no hay motivos para ocultar la verdad). “¿Cómo se puede acusar a la Unión Soviética de antisemitismo? Si la URSS es un país antisemita la verdad es que es para desesperarse.” Esta era la nota dominante de esas cartas. Quienes las escribieron lanzaban grandes gritos y no comprendían nada porque están acostumbrados a oponer el antisemitismo de los fascistas con la emancipación de los judíos llevada a cabo por la revolución de octubre. Tienen la impresión que rompo un encantamiento. Tal forma de razonar es característica de gente que vive con ideas prestadas y con un pensamiento no dialéctico. Viven en un mundo de abstracciones inmutables. Sólo ven en él lo que les conviene: Alemania es el reino absoluto del antisemitismo mientras que la URSS, por el contrario, es el de la armonía entre las naciones. Las contradicciones de la vida, los cambios y las transiciones de una etapa a otra, en una palabra, los verdaderos procesos históricos, escapan a su atención superficial.

Pienso que todavía no se ha olvidado que en los tiempos de la Rusia zarista el antisemitismo era moneda corriente entre los campesinos, la pequeña burguesía de las ciudades, los intelectuales y las capas más atrasadas de la clase obrera. La “Madre Rusia” era celebre no solamente por la repetición de los pogromos contra los judíos, sino, también, por la existencia de una masa de publicaciones antisemitas que gozaban entonces de una amplia difusión. La revolución de octubre abolió el estatuto de fuera de la ley que estigmatizaba a los judíos. Ello no significa, sin embargo, que sea posible barrer de un solo golpe el antisemitismo. Una lucha larga y encarnizada contra la religión no ha logrado impedirles a los fieles apretujarse en masa en millares y millares de iglesias, mezquitas y sinagogas. Lo mismo ocurre con los prejuicios nacionales. La legislación por sí sola no cambia a los hombres. Su mentalidad, sus afectos, vienen condicionados por la tradición, su modo de vida, su nivel cultural, etc. El régimen soviético cuenta con veinte años a penas. La antigua generación fue educada bajo el régimen zarista. La nueva ha heredado mucho de la antigua. Esas condiciones históricas generales tendrían que hacer comprender a todos aquellos que piensan que, a pesar a la legislación modelo de la revolución de octubre, es imposible que los prejuicios nacionales, el chovinismo y, sobre todo, el antisemitismo, se hayan mantenido con vigorosa perseverancia en las capas más atrasadas de la población.

Pero esto no es todo, ni mucho menos. En realidad, el régimen soviético ha desatado toda una serie de fenómenos nuevos que, a causa de la pobreza y bajo nivel cultural de la población, eran susceptibles de suscitar de nuevo, y efectivamente han suscitado, arrebatos de antisemitismo. Los judíos son una población típicamente urbana. Representan un porcentaje importante de la población de las ciudades de Ucrania, Bielorrusia e, incluso, de la gran Rusia. Los sóviets, más que cualquier otro régimen del mundo, necesitan muchos funcionarios. Se les recluta entre la fracción más instruida de la población de las ciudades. De forma completamente natural, los judíos han ocupado

un lugar desproporcionadamente importante en relación con su propio número en la burocracia, sobre todo en los escalones intermedios e inferiores. Por supuesto que se puede cerrar los ojos ante esta realidad y contentarse con vagas generalizaciones sobre la igualdad y fraternidad de todas las razas. Pero la política del avestruz no nos hará avanzar ni un paso. El odio de los campesinos y los obreros a la burocracia es una realidad fundamental de la vida soviética. El despotismo del régimen, la persecución que golpea cualquier crítica, el ahogamiento de cualquier pensamiento vivificante, el aparato judicial por fin, son el reflejo de esta realidad fundamental. Incluso razonando *a priori*, es imposible no llegar a la conclusión que el odio a la burocracia se tiñe de antisemitismo, al menos en las regiones donde los funcionarios judíos representan un porcentaje elevado de la población. En 1923, en la conferencia del Partido Bolchevique ucraniano, sugerí que se exigiese a los funcionarios el conocimiento escrito y hablado de la lengua de la población local. ¡Cuántos comentarios irónicos saludaron esta propuesta, sobre todo de parte de la intelectualidad judía que hablaba y leía corrientemente el ruso y no tenía ningunas ganas de aprender ucraniano! Es necesario reconocer que la situación ha mejorado mucho al respecto. Pero la composición nacional de la burocracia ha cambiado poco, y, hecho infinitamente más importante, el antagonismo entre la población y la burocracia se ha exacerbado monstruosamente durante los últimos diez o doce años. Todos los observadores honestos y serios, sobre todo aquellos que viven entre las masas trabajadoras desde hace mucho tiempo, rinden testimonio de la existencia no solamente del viejo antisemitismo hereditario, sino, también, de su nueva variante “soviética”.

La burocracia soviética se desarrolla en un campo restringido. Trata con todas sus fuerzas de romper su aislamiento. La política de Stalin viene dictada al menos en un cincuenta por cien por esa necesidad. Consiste en:

- a) Una demagogia psuedosocialista (“El socialismo ya se ha realizado. Stalin nos ha dado, nos da y nos dará una vida feliz”), etc.
- b) En medidas económicas y políticas tendientes a reunir alrededor de la burocracia a una amplia capa de una nueva aristocracia (salarios desproporcionadamente elevados a los estajanovistas, grados militares, títulos honoríficos, nueva “movilidad”, etc.);
- c) Alentar el chovinismo y los prejuicios de las capas atrasadas de la población.

El burócrata ucraniano, si es originario de Ucrania, en los momentos críticos tratará inevitablemente de resaltar que es hermano del *mujic* y del campesino, y no una especie de extraño, en cualquier caso, no un judío. Por supuesto que, desgraciadamente, no hay ni sombra de socialismo ni, incluso, de democracia elemental en esta actitud. Pero este es, precisamente, el meollo de la cuestión. La burocracia privilegiada, temiendo por sus privilegios y, en consecuencia, completamente desmoralizada, representa ahora la *capa más antisocialista y más antidemocrática de la sociedad soviética*. En su lucha para sobrevivir explota los prejuicios más anclados y los instintos más sombríos. Si Stalin ha organizado en Moscú procesos en los que se acusa a los trotskistas de conspirar para emponzoñar a los trabajadores, no es difícil imaginarse a qué inmundas profundidades puede caer en los recónditos rincones de Ucrania o Asia Central.

Siguiendo atentamente la vida soviética, aunque solo sea a través de las publicaciones oficiales, se podrá ver de vez en cuando la revelación, aquí y allí por el país, los tumores monstruosos de la burocracia: sobornos, corrupción, desvío de fondos, asesinato de personas que molestan a la burocracia, violación de mujeres y otros hechos semejantes. Si se practica una incisión vertical, se descubrirá que esos tumores han medrado en la capa burocrática. Moscú se ve obligado de vez en cuando a recurrir a

procesos para entretener a la galería. En todos los procesos de ese tipo, los judíos están presentes inevitablemente en una importante proporción, en parte porque, como ya hemos dicho, constituyen una fracción importante de la burocracia y están marcados por la reprobación del medio que les rodea, y en parte también porque, empujados por el instinto de conservación, los cuadros dirigentes de la burocracia, en el centro y en las provincias, hacen lo posible para desviar hacia los judíos la indignación de los trabajadores. Cualquier observador crítico de la URSS ya conoce esta realidad desde hace diez años, cuando el régimen de Stalin no había todavía revelado a penas sus rasgos fundamentales.

La lucha contra la Oposición de Izquierda era para la camarilla dirigente una cuestión de vida o muerte. El programa, los principios, los lazos con las masas, todo fue lanzado por la borda a causa de la impaciencia de la camarilla dirigente para asegurarse su preservación. Nada detiene a esta gente cuando se trata de conservar sus privilegios y poder. Recientemente, el mundo entero ha sido informado de que mi hijo pequeño, Serguei Sedov, ha sido acusado de haber conspirado para el emponzoñamiento en masa de los trabajadores. Todo individuo normal llegará a la conclusión: gente capaz de lanzar semejante acusación ha alcanzado el último grado de la degradación moral. ¿Es posible en este caso dudar, ni por un momento, que esos mismos acusadores son capaces de alentar los prejuicios antisemitas entre las masas? Precisamente en lo concerniente a mi hijo se ven reunidas esas dos perversiones. Vale la pena tomar en consideración su caso. Desde el día de su nacimiento, mis hijos han llevado el nombre de su madre (Sedov). Jamás han utilizado ningún otro nombre (ni en la escuela primaria, ni en la universidad, ni más tarde). En cuanto a mí, desde hace 34 años llevo el nombre de Trotsky. Durante el período de los sóviets, nadie me llamó jamás por el nombre de mi padre (Bronstein), igual que jamás nadie llamó a Stalin Djugachvili. A fin de no obligar a mis hijos a cambiar de nombre, yo, para ajustarme a las exigencias de la “ciudadanía”, tome el nombre de mi esposa (lo que, de acuerdo con la ley soviética, es rigurosamente legal). Y, sin embargo, cuando mi hijo Serguei Sedov fue objeto de la increíble acusación de haber conspirado para envenenar a los trabajadores, la GPU anunció en la prensa soviética y extranjera que el verdadero nombre de mi hijo no era Sedov, sino Bronstein. Si esos falsificadores hubiesen querido resaltar los lazos del acusado conmigo le habrían llamado Trotsky, pues políticamente el nombre de Bronstein no le dice nada a nadie. Pero tenían otra idea en mente: de hecho, querían señalar mi origen judío y el semijudío de mi hijo. Me he detenido en este episodio porque tiene un carácter de capital importancia, y, sin embargo, nada excepcional. Toda la lucha contra la Oposición de Izquierda está llena de episodios de ese tipo.

Entre 1923 y 1926, cuando Stalin todavía era, junto a Zinóviev y Kámenev, miembro de la *troica*, se usaba el antisemitismo discretamente y con precaución. Los oradores celosos en particular (Stalin ya combatía a sus aliados por bajo mano) decían que los partidarios de Trotsky pertenecían a la pequeña burguesía de las “pequeñas ciudades”, sin precisar su raza. De hecho, esto era falso. El porcentaje de intelectuales judíos no era en absoluto más elevado en la Oposición que en la burocracia y el partido. Es suficiente con citar a los dirigentes de la Oposición durante los años 1923-1925: Smirnov, Serebriakov, Rakovsky, Preobrazhensky, Krestinsky, Muralov, Belodorodov, Mrachkovsky, V. Yakovleva, Saponov, V. M. Smirnov, Ichtchenko¹⁹⁹ (todos rusos de

¹⁹⁹ I. N. Smirnov, n. 11, p. 34 [*Oeuvres*] (1881-1936), obrero mecánico, era miembro del partido desde 1899, bolchevique desde 1903, apodado “la conciencia del partido” había dirigido la soviétización de Siberia. Miembro de la Oposición a partir de 1923 y uno de sus dirigentes desde 1923, había capitulado en octubre de 1929 de forma menos deshonrosa que otros. Director de la fábrica de automóviles de Nijni-Novgorod (llamada Gorky desde 1932), se había reunido con Sedov en Berlín en 1931 y aceptado el

pura cepa). En aquellos momentos, Radek solo era todavía un semisimpatizante. Pero, igual que en los procesos a funcionarios venales y otros indecentes, la burocracia, en el mismo momento en que la Oposición fue expulsada del partido, puso deliberadamente el acento en los nombres de simples miembros judíos de la Oposición que sólo ejercían en ella un papel muy secundario. Se discutió muy abiertamente sobre esta actitud en el partido y, desde 1925, la Oposición vio en esta situación el síntoma infalible del declive de la camarilla dirigente.

inicio de contratos. El pequeño grupo de “trotskystas capituladores” que animaba estuvo en el origen de la formación en 1932 del “Bloque de los opositores”. Fue arrestado a fines de ese año, poco después de haberle confiado a su colaborador Holzman un mensaje para Sedov e informaciones para el *Biulleten Oppsitsii*. Uno de los objetivos de la acusación en el proceso de Moscú era hacer aparecer como “terrorista” la alianza que se había establecido en 1932 en la URSS contra Stalin]. Serebriakov, n. 5, p. 61 [*Oeuvres*] Leonid P. Serebriakov (1888-1937), bolchevique en 1905, fue miembro del CC y su secretario de 1919 a 1921. Rakovsky, n. 25, p. 147 [*Oeuvres*]. Khristian G. Rakovsky (1876-1942), viejo revolucionario de los Balcanes que se unió a los bolcheviques en 1917, había sido presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania hasta 1923, miembro del CC hasta 1925. Amigo personal de Trotsky, uno de los principales dirigentes de la Oposición de Izquierda, había sido deportado en 1928 y no había capitulado hasta 1934 bajo condiciones de detención muy duras. Gravemente enfermo (cardíaco) era objeto de amenazas y persecuciones, así como también de humillaciones destinadas a impedirle suicidarse. Parece que fue arrestado poco después de este artículo [“Nueva amalgama en Moscú. Tres procesos”, 22 de enero de 1937]. Piatakov, n. 2, p. 130. [*Oeuvres*], (1890-1937), hijo de un industrial ucraniano, primero anarquista, se hizo bolchevique en 1910. Ligado a Bujarin, polemizó contra Lenin durante la guerra sobre la cuestión nacional. Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania en 1918, partidario de los “comunistas de izquierda” junto a Bujarin en 1919, también había sido Presidente del Tribunal Supremo y Vicepresidente del Consejo de Economía. Miembro de la Oposición de Izquierda a partir de 1923, estaba en misión en los Estados Unidos cuando se decidió a hacer una declaración de capitulación. Se le hizo esperar para reintegrarlo, pero en 1930 volvió al CC al lugar que había ocupado ya de 1921 a 1927. Era Vicecomisario de la Industria Pesada. Los acusados habían mencionado su nombre en el proceso de Moscú en agosto y en testimonio en el de Novosibirsk en noviembre. Verosímilmente fue arrestado tras el proceso de los dieciséis a pesar de haber firmado una carta reclamando la pena de muerte para ellos. Preobrazhensky, n. 8, p. 120 [*Oeuvres*] [(1886-1937) formó parte del grupo dirigente de la Oposición de Izquierda desde 1923 hasta fines de 1927. A. Beloborodov, obrero bolchevique desde 1907, había asumido en 1918 la responsabilidad de la ejecución del zar y de su familia. Miembro del CC de 1919 a 1920, había sido Comisario del Pueblo de Interior de la RSFSR hasta su expulsión del partido junto a los otros miembros de la Oposición, de la que era uno de sus dirigentes desde 1923. Capituló en 1929 junto a I. N. Smirnov. En el segundo proceso se mencionó su nombre, cuando ya había sido arrestado: parece que tuvo la “suerte” de suicidarse en la prisión poco después. Sobre Mrachkovsky, cf. n. 13, p. 52 [*Oeuvres*]. (1888-1936), viejo bolchevique que había detentado altas responsabilidades en el Ejército Rojo y había estado destacado cerca de Trotsky, estaba en la Oposición desde 1923 y había capitulado en 1929 junto a Smirnov. En el proceso de 1936, Smirnov quedó abrumado particularmente ante las declaraciones de su antigua esposa Safonova. Timotei Saprónov (1887-1941), obrero, bolchevique desde 1912, organizó la insurrección de octubre en Moscú. Miembro de la oposición llamada “centralismo democrático (decistas), había sido expulsado y deportado en 1928. Según las noticias traídas por Victor Serge en 1936, habría intentado una maniobra que se volvió contra él, la de una falsa capitulación. Vladimir M. Smirnov (1887-1938), bolchevique desde 1906, muy ligado a Saprónov, había ejercido también un gran papel en Moscú en 1917, después estuvo a la cabeza del grupo decista. Condenado en numerosas ocasiones tras su deportación en 1928, se había quedado ciego. Varvara N. Yakovleva (1885-1944) había militado desde su adolescencia y sufrido numerosos años de prisión o deportación; dirigente del partido en Moscú en 1917, había formado parte del colegio de la Checa a partir de julio de 1918, después, en 1920 había formado parte del buró siberiano del partido. “Comunista de izquierda” en 1918 había apoyado a Trotsky en la discusión sindical en 1920-1921, firmado en 1923 la “declaración de los 46” [ver en estas mismas [EIS El nuevo curso \(y anexos\)](#), página 54 y siguientes del formato pdf] y militado en la Oposición hasta 1926 cuando rompió con ella. Eso no impidió que desapareciera inmediatamente después de ser arrestada. Sobre Aleksandr G. Ichchenko solamente sabemos que se había hecho bolchevique en 1917. En el momento de su expulsión del partido en 1927, era suplente en Moscú del Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja. En 1929 ejerció un papel importante arrastrando a Radek, Preobrazhensky y Smilga a la vía de la capitulación.

Tras el alineamiento de Zinóviev y Kámenev con la Oposición²⁰⁰, la situación empeoró por completo. Se presentó entonces una excelente ocasión para anunciarles a los trabajadores que a la cabeza de la Oposición se encontraban tres “intelectuales judíos descontentos”. Bajo la dirección de Stalin, Uglanov²⁰¹, en Moscú, y Kirov, en Leningrado, aplicaron sistemáticamente y casi abiertamente esta línea. A fin de demostrarles más claramente a los trabajadores las diferencias entre el “nuevo” curso y el “viejo”, se eliminó a los judíos de los puestos de responsabilidad en el partido y en los sóviets, incluyendo a quienes estaban entregados a la línea de la mayoría. No solamente en el campo, sino también en las fábricas de Moscú, el hostigamiento contra la Oposición tomó a menudo desde 1926 un carácter completa y abiertamente antisemita. Numerosos agitadores afirmaban descaradamente que “los judíos se amotinan”. Recibí centenares de cartas que deploraban los métodos antisemitas utilizados en la lucha contra la Oposición. Durante una reunión del buró político le hice llegar a Bujarin una nota: “No debe ignorar usted que incluso en Moscú se utilizan en la lucha contra la Oposición los métodos demagógicos de las Centurias Negras²⁰², el antisemitismo, etc.” Escribí, además: “no se trata de casos individuales, sino de una agitación sistemática de los secretarios del partido en las grandes empresas de Moscú. ¿Acepta usted ir a investigar conmigo un caso de ese tipo en la fábrica *Skorojod*? Conozco multitud de otros ejemplos de este tipo.” Bujarin me respondió: “De acuerdo, iremos allí.” Traté en vano de hacerle cumplir su promesa. Stalin se lo prohibió formalmente. Durante los meses en que se preparaba la expulsión de la Oposición de Izquierda de las filas del partido, los arrestos y deportaciones (en la segunda mitad de 1927), la agitación antisemita adquirió un ritmo desenfrenado. La consigna “hay que expulsar a la Oposición” venía acompañada a menudo de resonancias de la antigua consigna: “Hay que aplastar a los judíos para salvar a Rusia.” El asunto fue tan lejos que Stalin se vio obligado a tomar posición en una declaración escrita y que se publicó, en ella decía: “Nos batimos contra Trotsky, Zinóviev y Kámenev, no porque sean judíos, sino porque son opositores, etc.” Para cualquier individuo que razonase políticamente quedaba claro que esta declaración voluntariamente ambigua dirigida contra los excesos del antisemitismo estaba deliberadamente destinada a alimentarlo. “No olvidéis que los dirigentes de la Oposición son judíos”: tal era el sentido de la declaración de Stalin publicada en todos los diarios soviéticos. Cuando la Oposición se adentró en una fase más decisiva y abierta para hacer frente a la represión, Stalin, en un exabrupto significativo, le dijo a Piatakov y Preobrazhensky: “Ustedes al menos se baten a cara descubierta. Ello da prueba de su “ortodoxia”. Trotsky trabaja en la sombra y sin descubrirse.” Piatakov y Preobrazhensky me contaron esto con un profundo disgusto. Decenas de veces, Stalin intentó oponerme al nudo “ortodoxo” de la Oposición.

²⁰⁰ Zinóviev y Kámenev (aliados de Stalin en la *troica* combatieron a Trotsky en 1923-1924) constituyeron en 1925 la “Nueva Oposición” contra Stalin y Bujarin. Vencidos a principios de 1926, unieron entonces su grupo (esencialmente militantes de Leningrado) a la Oposición de 1923, “trotskysta”, para constituir la “Oposición Conjunta” a la que se unirían otros grupos de oposición. Se trató de un intento de fusión.

²⁰¹ Nikolay A. Uglanov (1886-1940), hijo de campesinos, había comenzado en 1921 una carrera de *aparatchik*. Fue él quien expulsó a los zinovievistas del apartado del partido en Moscú en 1926, pero en 1929 fue apartado por “derechista”.

²⁰² Nombre que se les dio a inicios del siglo a las bandas de extrema derecha que organizaban particularmente los pogromos antisemitas.

El periodista revolucionario alemán muy conocido, director de *Aktion*, Franz Pfemfert²⁰³, actualmente en el exilio, me escribía en 1936:

“Puede ser que usted se acuerde de que hace muchos años en *Aktion* yo escribía que muchos de los actos de Stalin podían explicarse por su antisemitismo. El hecho de que en numerosos procesos lograrse, a través de Tass, rectificar los nombres de Zinóviev y Kámenev, representa en sí un gesto del estilo típico de Streicher²⁰⁴. A su manera, Stalin les ha dado la señal a todos los elementos antisemitas sin escrúpulos.”

De hecho, era evidente que los nombres de Zinóviev y Kámenev eran más conocidos que los de Radomylsky y Rosenfeld²⁰⁵. ¿Qué otros motivos empujaban a Stalin a dar a conocer los “verdaderos” nombres de sus víctimas si no la voluntad de mover los hilos del antisemitismo? Se ha hecho lo mismo, y sin la menor justificación legal como hemos visto, con el nombre de mi hijo. Pero lo más asombroso es que los cuatro terroristas, de los que se me acusa de haberlos enviado desde el extranjero, demostrasen ser judíos y, al mismo tiempo, agentes de la Gestapo antisemita. Como no he visto jamás a ninguno de esos desgraciados, está claro que la GPU los escogió por su origen racial. Y la GPU no actúa por propia iniciativa.

Además: si se practican semejantes métodos en las cúpulas (y ahí la responsabilidad de Stalin no puede ponerse en duda) es fácil imaginar lo que se filtrará en la base, en las fábricas y, sobre todo, en los koljoses. ¿Cómo podría ser diferente por otra parte? El exterminio físico de la vieja guardia bolchevique solo es, para cualquier individuo capaz de reflexionar, la expresión incontestable de la reacción termidoriana en su estadio más avanzado. La historia jamás ha conocido el ejemplo de una reacción que suceda a un levantamiento revolucionario que no dé rienda suelta a las pasiones chovinistas y, entre otras, al antisemitismo.

Según ciertos “amigos de la URSS”, que yo hable de explosión de las tendencias antisemitas en una gran parte de la burocracia no es más que una maliciosa invención para combatir a Stalin. Es difícil discutir con los “amigos” profesionales de la burocracia. Esta gente niega la existencia de una reacción termidoriana. Toman incluso los procesos de Moscú como moneda corriente y sonante. Determinados “amigos de la URSS” visitan ese país con la intención muy asumida de mantenerse sordos a las falsas notas en el concierto. Numerosos de ellos reciben paga por la buena voluntad de no ver más que lo que la burocracia les muestra con el dedo. Pero ¡hay de aquellos trabajadores, aquellos revolucionarios, aquellos socialistas y aquellos demócratas que, según las palabras de Pushkin²⁰⁶ prefieran una “ilusión exaltante” a la amarga verdad. Un optimismo revolucionario sano no necesita ilusiones. Hay que ver las cosas tal como son. En la misma realidad es donde hay que encontrar las fuerzas para superar sus aspectos bárbaros y reaccionarios. He ahí la lección del marxismo.

Los supuestos “pontífices” me han acusado de plantear “de golpe” la cuestión “judía” y de buscar así la forma de crear para los judíos una especie de gueto. No puedo más que encogerme de hombros con piedad. Toda mi vida he vivido al margen de los ambientes judíos. Siempre he trabajado en el seno del movimiento obrero ruso. Mi lengua

²⁰³ Franz Pfemfert, carta a Trotsky del 25 de agosto de 1936 (4141). El escritor y antiguo director de *Die Aktion* había abandonado Checoslovaquia bajo la presión de las autoridades y estaba refugiado en Francia.

²⁰⁴ Julius Streicher (1885-1946), antiguo profesor convertido en uno de los dirigentes del partido nazi, se distinguía por su violencia y grosería en los ataques antisemitas.

²⁰⁵ Radomylsky era el nombre de Zinóviev y Rosenfeld el de Kámenev, lo que *Pravda* recordó durante su proceso...

²⁰⁶ Pushkin (1799-1837) ciertamente el más gran poeta de la literatura rusa y uno de los más grandes de la historia mundial, escribió estos versos que a Trotsky le gustaba citar: “La ilusión que eleva es más preciosa que la obscuridad de la amarga verdad.”

materna es la lengua rusa. Desgraciadamente, incluso ni aprendía a leer la lengua judía. En consecuencia, la cuestión judía nunca ha sido el centro de mi atención. Lo que, por otra parte, no significa que tenga derecho a permanecer con los ojos cerrados ante el problema judío, que existe y exige una solución. Los “amigos de la URSS” se satisfacen con la creación del Birobidyán²⁰⁷. No me detendré aquí a considerar si se ha establecido sobre bases sanas, ni qué tipo de régimen impera allí (el Birobidyán no podría evitar reflejar todos los vicios del despotismo burocrático). Pero no puede existir ni un solo progresista dotado de entendimiento que no le encuentre peros a la atribución por la URSS de un territorio particular para aquellos de sus ciudadanos que se consideren como judíos, que utilicen la lengua judía preferentemente ante otras y que deseen vivir juntos. ¿Se trata o no de un gueto? Durante el período de la democracia soviética, cuando las migraciones eran absolutamente *voluntarias*, no se trataba de guetos. Pero la cuestión judía, por la misma forma en que se ha realizado, establecimiento de colonias judías, adquiere una dimensión internacional. ¿No es justo afirmar que una federación socialista mundial debería hacer posible la creación de un “Birobidyán” para los judíos que desearan tener su propia república, como escenario de su propia cultura? Se puede pensar que una democracia socialista no recurrirá a la asimilación forzosa. Puede ocurrir muy fácilmente que, en dos o tres generaciones, las fronteras de una república judía independiente, tanto como las de muchas otras naciones, serán abolidas. No tengo ni el tiempo ni el deseo de meditar sobre tal asunto. Nuestros descendientes sabrán mucho mejor que nosotros qué tendrán que hacer. Lo que me preocupa es el período de transición durante el cual la cuestión judía, en tanto que tal, se planteará todavía de forma aguda y exigirá las medidas apropiadas por parte de una federación mundial de los estados obreros. Los métodos utilizados para resolver la cuestión judía, que, bajo el capitalismo en su declive tiene un carácter utópico y reaccionario (el sionismo), adquirirán bajo un régimen de federación socialista un significado pleno y saludable. He ahí todo lo que quería señalar. ¿Cómo un marxista o incluso un demócrata coherente puede encontrar en eso algo que objetar?

²⁰⁷ En 1927, los dirigentes soviéticos habían ofrecido a los judíos de la URSS el territorio del Birobidyán, 36.000 kilómetros cuadrados y 1.192 habitantes en la época, destinado a convertirse tras un repoblamiento judío en una república judía.

Estalinismo y bolchevismo. Sobre las raíces históricas y teóricas de la Cuarta Internacional²⁰⁸

(29 de agosto de 1937)

Las épocas reaccionarias como la que estamos viviendo no sólo desintegran y debilitan a la clase obrera y su vanguardia, sino que también rebajan el nivel ideológico general del movimiento y retrotraen el pensamiento político a etapas ya ampliamente superadas. En estas circunstancias, la tarea más importante de la vanguardia es no dejarse arrastrar por el flujo regresivo, sino nadar contra la corriente. Si la relación de fuerzas desfavorable le impide mantener las posiciones conquistadas, por lo menos debe aferrarse a sus posiciones ideológicas, porque éstas expresan las costosas experiencias del pasado. Los imbéciles calificarán esta política de “sectaria”. En realidad, es la única manera de preparar un nuevo y enorme avance cuando se produzca el siguiente ascenso de la marea histórica.

La reacción contra el bolchevismo y el marxismo

Las grandes derrotas políticas provocan inevitablemente una reconsideración de los valores, que generalmente procede de dos direcciones. Por un lado, la verdadera vanguardia, enriquecida por la experiencia de la derrota, defiende la herencia del pensamiento revolucionario con uñas y dientes y, sobre esta base, trata de educar a los nuevos cuadros para las próximas luchas de masas. En cambio, los rutinarios, los centristas y los diletantes hacen todo lo posible por destruir la autoridad de la tradición revolucionaria y por volver en busca de un “Nuevo Verbo”.

Podríamos señalar una gran cantidad de ejemplos de reacción ideológica la mayoría de los cuales toman la forma de la postración. Toda la literatura de las internacionales Segunda y Tercera y de sus satélites del Buró de Londres, consiste esencialmente en tales ejemplos. Ni sombra de análisis marxista. Ningún intento serio por explicar las causas de la derrota. Ni una palabra nueva acerca del futuro. Nada más que lugares comunes, conformismo, mentira y, por encima de todo, preocupación por la supervivencia de la burocracia. Basta olfatear diez líneas de Hilferding o de Otto Bauer para sentir el hedor de podredumbre. En cuanto a los teóricos de la Comintern, ni siquiera vale la pena mencionarlos. El célebre Dimitrov es tan ignorante y trivial como un tendero con un jarro de cerveza. Los intelectos de esta gente son demasiado holgazanes como para renunciar al marxismo: lo prostituyen. Pero éstos no son los que nos interesan aquí. Vayamos a los “innovadores”.

El ex comunista austríaco Willi Schlamm ha publicado un folleto sobre los procesos de Moscú, bajo el título sugestivo de *La dictadura de la mentira*. Schlamm es un periodista de talento, que se ocupa principalmente de los acontecimientos políticos del momento. Su crítica de los fraudes judiciales de Moscú, así como su denuncia del mecanismo psicológico de las “confesiones voluntarias” son excelentes. Sin embargo, no se limita a esto: quiere crear una nueva teoría del socialismo que nos inmunice contra nuevas derrotas y fraudes en el futuro. Pero dado que Schlamm no es un teórico y,

²⁰⁸ Tomado de *Escritos*, Tomo VIII, Volumen 3, página 99 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

aparentemente, no conoce bien la historia del socialismo, retorna por completo al socialismo premarxista, principalmente a su variante alemana, la más atrasada, sentimental y sensiblera de todas. Schlamm renuncia a la dialéctica y a la lucha de clases, por no hablar de la dictadura del proletariado. Para él, la cuestión de la transformación de la sociedad se reduce a la realización de ciertas verdades morales “eternas”, con las cuales quisiera imbuir a la humanidad, inclusive bajo el capitalismo.

El intento de Willi Schlamm de salvar al socialismo mediante el trasplante de una glándula moral fue recibido con alborozo y orgullo en la revista *Novaia Rossiia* (vieja revista provinciana rusa que ahora se publica en París) de Kerensky: como era de esperar, la jefatura de redacción proclama que Schlamm ha llegado a los principios del auténtico socialismo ruso, el cual mucho tiempo atrás contrapuso los sacros preceptos de fe, esperanza y caridad a la austeridad y rigor de la lucha de clases. La “nueva” doctrina de los socialrevolucionarios rusos es, en sus premisas “teóricas”, un simple retorno al socialismo alemán anterior a marzo... ¡de 1848! Sin embargo, sería injusto exigirle a Kerensky un conocimiento de la historia de las ideas más profundo que el de Schlamm. Es mucho más importante señalar que este mismo Kerensky que se solidariza con Schlamm, cuando encabezó el gobierno acusó a los bolcheviques de agentes del estado mayor alemán y los persiguió. Vale decir que organizó los mismos fraudes judiciales contra los cuales Schlamm moviliza sus apolillados absolutos metafísicos.

No resulta difícil desentrañar el mecanismo psicológico de la reacción ideológica representada por Schlamm y otros de su especie. Es gente que participó durante un tiempo en un movimiento político que juraba fidelidad a la lucha de clases y apelaba, si no en los hechos al menos en las palabras, al materialismo histórico. Tanto en Austria como en Alemania el asunto culminó en una catástrofe. Schlamm saca una conclusión global: ¡he aquí el resultado de la dialéctica y de la lucha de clases! Y dado que la elección de revelaciones está restringida por la experiencia histórica y... por el conocimiento personal, nuestro reformador y buscador del Verbo se encuentra con un hato de ropa vieja y la opone valientemente al bolchevismo y al marxismo en su conjunto.

A primera vista, se diría que la reacción ideológica variante Schlamm es demasiado burda (de Marx a... ¡Kerensky!.) como para detenerse en ella. En realidad, es muy aleccionadora: por su primitivismo, representa el común denominador de la reacción en todas sus formas, principalmente de aquellas expresadas en la condena total al bolchevismo.

¿“De vuelta al marxismo”?

El marxismo encontró su expresión histórica más elevada en el bolchevismo. Bajo la bandera bolchevique se realizó la primera victoria del proletariado y se instauró el primer estado obrero. Pero, dado que en la etapa actual la revolución de octubre condujo al triunfo de la burocracia con su sistema de represión, pillaje y fraude (a la dictadura de la mentira, en la expresión feliz de Schlamm) muchas mentes formales y simplistas llegan a la misma conclusión sumaria: no se puede luchar contra el estalinismo sin renunciar al bolchevismo. Como hemos visto, Schlamm va todavía más lejos: el bolchevismo, que degeneró en estalinismo, surgió del marxismo: por consiguiente, no se puede combatir al estalinismo sobre las bases sentadas por el marxismo. Otros individuos, menos consecuentes pero más numerosos, dicen lo contrario: “Debemos volver del bolchevismo al marxismo.” ¿Cómo? ¿A cuál marxismo? Antes de caer en “bancarrotas” bajo la forma del bolchevismo, el marxismo ya había degenerado en socialdemocracia. ¿Significa, entonces, que “de vuelta al marxismo” es un salto por encima de las internacionales Segunda y Tercera... a la

Primera Internacional? Pero también ésta se derrumbó en su momento. Por lo tanto, en última instancia, se trata de volver... a las obras completas de Marx y Engels. Cualquiera puede realizar este salto mortal sin abandonar su gabinete, sin siquiera quitarse las pantuflas. Pero, ¿cómo hemos de pasar de nuestros clásicos (Marx murió en 1883, Engels en 1895) a las tareas de nuestro tiempo, saltando varias décadas de luchas teóricas y políticas, incluido el bolchevismo y la revolución de octubre? Ninguno de los que propone renunciar al bolchevismo como tendencia histórica “en bancarrota” ha señalado otro camino. Por consiguiente, el problema se reduce a estudiar *El capital*. Por nuestra parte no hay objeción. Pero también los bolcheviques estudiaron *El capital*, y no con los ojos cerrados. Lo cual no impidió la degeneración del estado soviético y la realización de los procesos de Moscú. Entonces, ¿qué hacer?

¿Es el bolchevismo el responsable del estalinismo?

¿Es cierto que el estalinismo es un producto legítimo del bolchevismo, como sostienen todos los reaccionarios, como jura el mismo Stalin, como creen los mencheviques, anarquistas y ciertos doctrinarios de izquierda que se consideran marxistas? “Siempre lo hemos predicho (afirman). Al prohibir a los demás partidos socialistas, reprimir a los anarquistas e imponer la dictadura bolchevique en los soviets, la revolución de octubre sólo podía culminar en la dictadura de la burocracia. Stalin es la continuación y, a la vez, la bancarrota del leninismo”.

La falla en este razonamiento radica en la tácita identificación del bolchevismo, la revolución de octubre y la Unión Soviética. Se reemplaza al proceso histórico del choque de fuerzas hostiles por la evolución del bolchevismo en el vacío. Sin embargo, el bolchevismo es sólo una tendencia política, estrechamente fusionada con la clase obrera, mas no idéntica a la misma. Y en la Unión Soviética, aparte de la clase obrera, existen cien millones de campesinos, varias nacionalidades y una herencia de opresión, miseria e ignorancia. El estado construido por los bolcheviques refleja no sólo el pensamiento y la voluntad del bolchevismo, sino también el nivel cultural del país, la composición social de la población, la presión de un pasado bárbaro y un imperialismo mundial no menos bárbaro. Presentar el proceso de degeneración del estado soviético como la evolución de un bolchevismo puro, es ignorar la realidad social en nombre de uno solo de sus elementos, aislado mediante un acto de lógica pura. Basta llamar a este error elemental por su verdadero nombre, para destruirlo sin dejar vestigios.

Sea como fuere, el bolchevismo jamás se identificó con la revolución de octubre, ni con el estado surgido de ésta. El bolchevismo siempre se consideró un factor de la historia, el factor “consciente”, importante, pero de ninguna manera el decisivo. Jamás caímos en el pecado del subjetivismo histórico. Para nosotros, el factor decisivo (sobre la base de las fuerzas productivas existentes) era la lucha de clases, no a escala nacional, sino internacional.

Al hacer concesiones a la propiedad privada campesina, establecer reglas estrictas para el ingreso y pertenencia al partido, purgar al partido de elementos extraños, prohibir otros partidos, introducir la Nep, entregar la concesión de empresas a sectores privados, concertar acuerdos diplomáticos con los gobiernos imperialistas, los bolcheviques sacaban conclusiones parciales de un hecho que, en el terreno teórico, les resultaba claro desde el comienzo: que la conquista del poder, por importante que sea, de ninguna manera trasforma al partido en soberano del proceso histórico. El partido que se apodera del estado puede, por cierto, ejercer su influencia sobre el desarrollo de la sociedad con un poder que antes le resultaba inaccesible; pero, a cambio de ello, se decuplica la influencia que los demás elementos de la sociedad ejercen sobre él. Un ataque directo de las fuerzas hostiles puede arrojarlo del poder. Si el ritmo del proceso

es más lento, puede degenerar internamente sin perder el poder. Esta es precisamente la dialéctica del proceso histórico que se les escapa a los lógicos sectarios para los cuales la decadencia del estalinismo constituye un argumento aniquilante contra el bolchevismo.

En esencia, lo que dicen estos caballeros es: el partido que no contiene en sí mismo la garantía contra su propia degeneración es malo. Con ese criterio, el bolchevismo está condenado, pues no tiene talismanes. Pero el criterio es erróneo. El pensamiento científico exige un análisis concreto: ¿cómo y por qué se degeneró el partido? Hasta el momento, sólo los bolcheviques han hecho ese análisis. Y no les resultó necesario romper con el bolchevismo: su arsenal les proveyó de todas las herramientas necesarias para aclarar su suerte. Llegaron a la siguiente conclusión: es cierto que el estalinismo “devino” del bolchevismo, pero no de manera mecánica, sino dialéctica; no como afirmación revolucionaria, sino como negación termidoreana. No es lo mismo.

El pronóstico fundamental del bolchevismo

Sin embargo, los bolcheviques no tuvieron que esperar a que se produjeran los procesos de Moscú para explicar las razones de la desintegración del partido gobernante de la URSS. Hace mucho tiempo ya que previeron y describieron la posibilidad teórica de ese proceso. Recordemos ese pronóstico que los bolcheviques formularon no sólo en vísperas, sino también muchos años antes de la revolución de octubre. Es posible que, en virtud de una determinada alineación de fuerzas nacionales e internacionales, el proletariado conquista el poder por primera vez en un país atrasado como es Rusia. Pero la misma alineación de fuerzas demuestra de antemano que, sin una victoria más o menos rápida del proletariado en los países adelantados, el gobierno obrero ruso no sobrevivirá. El régimen soviético abandonado a su propia suerte degenerará o caerá. Más precisamente, degenerará y luego caerá. Yo mismo lo he escrito más de una vez, a partir de 1905. En mi *Historia de la revolución rusa* (véase el apéndice del último tomo: “¿Socialismo en un solo país?”²⁰⁹) están las declaraciones formuladas por los dirigentes bolcheviques entre 1917 y 1923. Todas llevan a la misma conclusión: sin revolución en occidente el bolchevismo será liquidado por la contrarrevolución interna, la intervención extranjera, o una combinación de ambas. Lenin subrayó una y otra vez que la burocratización del estado soviético no era un problema teórico u organizativo, sino el comienzo potencial de la degeneración del estado obrero.

En el undécimo congreso del partido (marzo de 1922) Lenin habló del apoyo que ciertos políticos burgueses, como el profesor liberal Ustrialov, ofrecían a la Rusia soviética bajo la Nep. “Estoy a favor de apoyar al gobierno soviético dice Ustrialov, a pesar de haber sido un demócrata constitucional, burgués y partidario de la intervención. Estoy a favor de apoyar al gobierno soviético porque ha tomado un rumbo que lo conducirá al estado burgués común”. Lenin prefiere la cínica voz del enemigo a las “sentimentales mentiras comunistas”. Sobria, ásperamente, advierte al partido del peligro: “Debemos decir francamente que las cosas que dice Ustrialov son posibles. La historia conoce todo tipo de metamorfosis. Confiar en la firmeza de las convicciones, en la lealtad y en otras magníficas cualidades morales es todo menos una actitud seria en política. Algunos pocos poseerán cualidades morales magníficas, pero los problemas

²⁰⁹ [En la primera edición de esta obra figuraba como apéndice *¿Socialismo en un solo país?*, apéndice que desapareció en las siguientes ediciones. Este texto figura en estos mismos anexos a esta obra, más arriba en las página 207 y siguientes. Ver en la entradilla de su edición por separado en [Obras Escogidas de León Trotsky](#) en estas mismas [EIS](#). *Historia de la revolución rusa*, obra de próxima edición en estas [OELT-EIS](#).]

históricos son resueltos por las grandes masas, las cuales tratan a los pocos sin miramientos si éstos no les gustan” [Lenin, *Obras completas*, vol. 33, PP. 286-287]. En fin, el partido no es el único factor del proceso y, a escala histórica más amplia, ni siquiera es el factor decisivo.

“Una nación conquista a la otra [prosigue Lenin en el mismo congreso, el último al que asistió]. Esto es sencillo, cualquiera lo puede entender. Pero, ¿qué sucede con la cultura de ambas naciones? Esto no es tan sencillo. Si la nación conquistadora es más culta que la vencida, aquélla le impone su cultura a ésta; si sucede lo contrario, los conquistados le imponen su cultura al conquistador. ¿No ha ocurrido algo parecido en la capital (de la República Rusa)? ¿No ha sucedido que 4.700 comunistas (casi una división del ejército, y todos de lo mejor) se encuentran bajo la influencia de una cultura ajena?” (p. 288)

Esto se dijo a principios de 1922, y no por primera vez. La historia no la hacen los pocos, ni siquiera “los mejores”. Más aún: los “mejores” pueden degenerar en el espíritu de una cultura ajena, es decir, burguesa. Así como el estado soviético puede abandonar el socialismo, el Partido Bolchevique puede, en condiciones históricas desfavorables, perder su bolchevismo.

La Oposición de Izquierda surgió definitivamente en 1923 a partir de una comprensión clara de este peligro. Al registrar los síntomas de degeneración día a día, trató de oponer la voluntad consciente de la vanguardia proletaria al termidor creciente. Sin embargo, el factor subjetivo resultó insuficiente. Las “grandes masas” que, según Lenin, resuelven el resultado de la lucha, se cansaron de las privaciones internas y de aguardar a la revolución mundial. Su estado de ánimo decayó. La burocracia se impuso. Atemorizó a la vanguardia proletaria, pisoteó al marxismo, prostituyó al Partido Bolchevique. El estalinismo triunfó. El bolchevismo, bajo la forma de la Oposición de Izquierda, rompió con la burocracia soviética y su Comintern. Así fue el verdadero proceso.

Es cierto que, en sentido formal, el estalinismo surgió del bolchevismo. Hasta el día de hoy la burocracia de Moscú sigue autotitulándose Partido Bolchevique. Utiliza el viejo rótulo del bolchevismo para engañar mejor a las masas. Tanto más dignos de lástima son los teóricos que confunden el cascarón con el meollo, la apariencias con la realidad. Al identificar al estalinismo con el bolchevismo, le rinden el mejor de los servicios a los termidoreanos y, precisamente por eso, desempeñan un papel evidentemente reaccionario.

Eliminados todos los demás partidos de la escena política, los intereses y tendencias políticas antagónicas de los diversos estratos de la población deben expresarse, en mayor o menor medida, en el partido gobernante. En la medida que el centro de gravedad político se ha desplazado de la vanguardia proletaria hacia la burocracia, se ha alterado tanto la estructura social como la ideología del partido. En quince años, el desarrollo precipitado del proceso le ha provocado una degeneración mucho más radical que la sufrida por la socialdemocracia en medio siglo. Después de la purga, la demarcatoria entre el estalinismo y el bolchevismo no es una línea sangrienta, sino todo un torrente de sangre. La aniquilación de toda la vieja generación bolchevique, de un sector importante de la generación intermedia, la que participó en la guerra civil, y del sector de la juventud que asumió seriamente las tradiciones bolcheviques, demuestra que entre el bolchevismo y el estalinismo existe una incompatibilidad que no sólo es política, sino también directamente física. ¿Cómo ignorarlo?

Estalinismo y “socialismo de estado”

Por su parte, los anarquistas quieren ver en el estalinismo un producto orgánico no sólo del bolchevismo y del marxismo, sino también del “socialismo de estado” en general. Están dispuestos a remplazar el concepto patriarcal de Bakunin de la “federación de comunas libres” por el concepto más moderno de federación de soviets libres. Pero, hoy como ayer, se oponen al poder estatal centralizado. En los hechos, un sector del marxismo “estatal”, la socialdemocracia, llegó al poder y se convirtió en agente franco del capitalismo. Del otro surgió una casta privilegiada. Es evidente que la raíz del mal es el estado.

Desde un punto de vista histórico amplio, este razonamiento contiene una pizca de verdad. El estado, en tanto que aparato de coerción, es indudablemente una fuente de degeneración política y moral. La experiencia demuestra que esto también sucede en el caso del estado obrero. Puede decirse, por lo tanto, que el estalinismo es producto de una situación en la cual la sociedad fue incapaz de liberarse del chaleco de fuerza del estado. Pero esta situación no hace a la evaluación del marxismo y del bolchevismo: caracteriza tan sólo al nivel cultural general de la humanidad y, sobre todo,... a la relación de fuerzas entre el proletariado y la burguesía. Aun coincidiendo con los anarquistas en que el estado, incluyendo al estado obrero, es hijo de la barbarie de clase y que la verdadera historia de la humanidad comenzará con la abolición del estado, queda planteado, con todo vigor, el siguiente interrogante: ¿cuáles serán las vías y métodos que conducirán, *por último*, a la abolición del estado? La experiencia reciente nos demuestra que esos métodos no serán los del anarquismo, por cierto.

En el momento crítico, los dirigentes de la CNT, la única organización anarquista importante del mundo, entraron a un gabinete ministerial burgués. Para justificar su traición a los principios del anarquismo, invocaron la presión de las “circunstancias excepcionales”. ¿Pero acaso los dirigentes socialdemócratas alemanes no invocaron el mismo pretexto en su momento? Lógicamente, la guerra civil no es una situación pacífica, ni común, sino una “circunstancia excepcional”. Sin embargo, las organizaciones revolucionarias serias se preparan para actuar, precisamente, en “circunstancias excepcionales”. La experiencia de España demostró una vez más que se puede “negar” el estado en panfletos publicados en “circunstancias normales” con el permiso del estado burgués, pero que las circunstancias de la revolución no permiten “negar” el estado; por el contrario, exigen la conquista del estado. No tenemos la menor intención de condenar a los anarquistas por no haber abolido el estado de un plumazo. La conquista del poder (que los dirigentes anarquistas se mostraron incapaces de realizar, a pesar del heroísmo desplegado por los obreros anarquistas) de ninguna manera convierte al partido revolucionario en amo soberano de la sociedad. Pero sí condenamos severamente la teoría anarquista que, aunque aparentemente apta para épocas de paz, debió ser abandonada rápidamente cuando aparecieron las “circunstancias excepcionales” de... la revolución. Existían en los viejos tiempos ciertos generales (probablemente todavía existen) que decían que no hay cosa más dañina para un ejército que la guerra. A esa misma categoría pertenecen los revolucionarios cuya doctrina es destruida por la revolución.

Los marxistas coinciden plenamente con los anarquistas en cuanto al objetivo final: la abolición del estado. Los marxistas son “estatistas” tan sólo en la medida en que resulta imposible abolir el estado ignorándolo. La experiencia del estalinismo no refuta las lecciones del marxismo: las confirma por inversión. Evidentemente, la doctrina revolucionaria que enseña al proletariado a encontrar la orientación justa y a aprovechar activamente cada situación, no contiene una garantía automática de victoria. Pero sólo se puede alcanzar la victoria mediante la aplicación de esa doctrina. Por otra

parte, no se debe visualizar a la victoria como un hecho único. Debe proyectársela sobre la perspectiva de la época histórica. El primer estado obrero (montado sobre bases económicas inferiores a las del imperialismo y rodeado por éste) se transformó en la gendarmería del estalinismo. Pero el bolchevismo auténtico lanzó una lucha de vida o muerte contra esa gendarmería. Ahora el estalinismo, para mantenerse en el poder, se ve obligado a librar una *guerra civil* franca contra el bolchevismo, bajo el rótulo de “trotskysmo”, no sólo en la URSS, sino también en España. El viejo Partido Bolchevique ha muerto, pero el bolchevismo levanta cabeza en todas partes.

Deducir al estalinismo del bolchevismo o del marxismo equivale, en un sentido más amplio, a deducir la contrarrevolución de la revolución. Esta perogrullada ha sido una característica permanente del pensamiento liberal-conservador y luego del reformista. Debido a la estructura de clases de la sociedad, las revoluciones siempre engendran contrarrevoluciones. ¿No significa esto (dice el lógico) que el método revolucionario tiene una falla intrínseca? A pesar de ello, hasta el momento ni los liberales, ni los reformistas han podido hallar un método más económico. Pero si no es fácil racionalizar el proceso histórico viviente, no resulta en absoluto difícil encontrar una interpretación racional de sus sucesivas oleadas y deducir, por pura lógica, al estalinismo del “socialismo de estado”, el fascismo del marxismo, la reacción de la revolución, en fin, la antítesis de la tesis. En este terreno, como en muchos otros, el pensamiento anarquista cae en el racionalismo liberal. No puede haber pensamiento revolucionario auténtico sin dialéctica.

Los “pecados” políticos del bolchevismo: origen del estalinismo²¹⁰

En ciertas ocasiones, los argumentos de los racionalistas asumen, al menos en su forma externa, un carácter más concreto. No deducen al estalinismo del bolchevismo en su totalidad, sino de sus pecados políticos. Los bolcheviques (según Gorter, Pannekoek, ciertos “espartaquistas” alemanes y otros sujetos) remplazaron la dictadura del proletariado por la dictadura del partido; Stalin remplazó la dictadura del partido por la dictadura de su burocracia. Los bolcheviques destruyeron todos los partidos menos el propio; Stalin estranguló al Partido Bolchevique en el altar de su camarilla bonapartista. Los bolcheviques concertaron acuerdos con la burguesía; Stalin se convirtió en aliado y puntal de la burguesía. Los bolcheviques sostenían la necesidad de participar en los viejos sindicatos y en el parlamento burgués; Stalin buscó y consiguió la amistad de la burocracia sindical y de la democracia burguesa. Se pueden hacer comparaciones semejantes a voluntad. Con toda su aparente contundencia, su valor es nulo.

El proletariado sólo puede conquistar el poder por intermedio de su vanguardia. La necesidad del poder estatal es, de por sí, un producto del insuficiente nivel cultural y de la heterogeneidad de las masas. La vanguardia revolucionaria, organizada en partido, cristaliza las aspiraciones de libertad de las masas. Si la clase no confía en la vanguardia, si la clase no apoya a la vanguardia, ni siquiera puede hablarse de conquista del poder. En este sentido, la revolución y la dictadura proletarias son obra de la clase en su conjunto, pero sólo bajo la dirección de la vanguardia. Los soviets son sólo la forma organizada del vínculo entre la vanguardia y la clase. Sólo el partido puede darle a esta forma un contenido revolucionario, tal como lo demuestran la experiencia positiva de la revolución de octubre y la experiencia negativa de otros países (Alemania, Austria, ahora España). Nadie ha demostrado en la práctica, ni tratado de explicar en forma articulada sobre el papel, cómo el proletariado puede conquistar el poder sin la

²¹⁰ [Este título de epígrafe no aparece en la [edición en francés](#) reproducida en [les auteurs marxistes en langue française – MIA](#), EIS.]

dirección política de un partido que sabe lo que quiere. La subordinación política de los soviets a los dirigentes del partido, a través del partido, no abolió el sistema soviético, de la misma manera que la mayoría conservadora no ha abolido el sistema parlamentario británico.

En cuanto a la *prohibición* de los demás partidos soviéticos, ésta no es producto de una “teoría” bolchevique, sino una medida de defensa de la dictadura en un país atrasado y devastado, rodeado de enemigos. Los bolcheviques comprendieron claramente, desde el principio, que esta medida, complementada posteriormente con la prohibición de fracciones en el propio partido gobernante, señalaba un peligro enorme. Sin embargo, el peligro no radicaba en la doctrina, ni en la táctica, sino en la debilidad material de la dictadura y en las dificultades internas e internacionales. Si la revolución hubiera triunfado tan sólo en Alemania, hubiera desaparecido por completo la necesidad de prohibir los partidos soviéticos. Es absolutamente indiscutible que la dominación del partido único sirvió como punto de partida jurídico para el sistema totalitario estalinista. Pero la causa de este proceso no está en el bolchevismo, ni en la prohibición de los demás partidos como medida transitoria de guerra, sino en las derrotas del proletariado en Europa y Asia.

Lo mismo puede decirse de la lucha contra el anarquismo. Durante el período heroico de la revolución los bolcheviques pelearon hombro a hombro con los anarquistas auténticamente revolucionarios. Muchos pasaron a las filas del partido. Más de una vez, Lenin y el autor de estas líneas discutieron la posibilidad de conceder a los anarquistas determinados territorios donde, con el consentimiento de la población local, pudieran realizar la experiencia de abolir el estado. Pero la guerra civil, el bloqueo y la hambruna no permitieron dar cabida a tales planes. ¿La insurrección de Kronstadt? Pero, naturalmente, el gobierno revolucionario no podía “regalar” la fortaleza que defendía la capital a los marineros insurrectos, simplemente porque unos cuantos anarquistas vacilantes se unieron a la rebelión reaccionaria de los soldados y campesinos. El análisis histórico concreto de los acontecimientos reduce a polvo todas las leyendas, basadas en la ignorancia y en el sentimentalismo, sobre Kronstadt, Majno y otros episodios de la revolución.

Sólo resta el hecho de que, desde el comienzo, los bolcheviques aplicaron no sólo la convicción, sino también la compulsión, frecuentemente de la manera más brutal. También es indudable que la burocracia que surgió de la revolución posteriormente monopolizó el sistema coercitivo para sus propios fines. Cada etapa [de la evolución, incluso cuando se trata de etapas tan catastróficas como la revolución y la contrarrevolución], parte del estado anterior, está enraizada en él y conserva algunos de sus rasgos. Los liberales, inclusive los Webb, han dicho siempre que la dictadura bolchevique es una nueva versión del zarismo. Cierran los ojos ante “detalles” tales como la abolición de la monarquía y de la nobleza, la entrega de la tierra a los campesinos, la expropiación del capital, la introducción de la economía planificada, la educación atea, etcétera. Asimismo, el pensamiento liberal-anarquista olvida que la revolución bolchevique, con toda su coerción, significó un trastocamiento de todas las relaciones sociales en bien de las masas, mientras que el trastocamiento estalinista termidoreano acompaña a la transformación de la sociedad soviética en bien de los intereses de una minoría privilegiada. Evidentemente, el pensamiento que identifica al estalinismo con el bolchevismo no contiene un grano de criterio socialista.

Problemas de teoría

Uno de los rasgos más sobresalientes del bolchevismo ha sido su actitud severa, exigente, inclusive irascible con respecto a las cuestiones teóricas. Los veintisiete

volúmenes de las obras de Lenin permanecerán para siempre como un ejemplo de la más elevada seriedad teórica. Sin esta cualidad fundamental, el bolchevismo jamás hubiera podido realizar su misión histórica. En esta esfera, el estalinismo, grosero, ignorante y totalmente empírico, se encuentra en el polo opuesto.

Hace ya más de diez años, la Oposición declaró en su programa: “Desde la muerte de Lenin se ha creado toda una serie de teorías nuevas, cuya única finalidad es justificar el alejamiento de los estalinistas de la senda de la revolución proletaria internacional.” Hace pocos días, el autor norteamericano Liston. M. Oak, quien participó en la revolución española, escribió lo siguiente: “Hoy en día los estalinistas son los mayores revisionistas de Marx y Lenin: Bernstein no se atrevió a recorrer ni la mitad del camino que ha recorrido Stalin en la revisión de Marx.” Es totalmente cierto. Sólo falta agregar que Bernstein debía satisfacer ciertas necesidades teóricas: trató conscientemente de establecer la relación entre la práctica reformista y el programa de la socialdemocracia. La burocracia estalinista, en cambio, es ajena no sólo al marxismo, sino también a cualquier doctrina o sistema. Su “ideología” está imbuida de subjetivismo policíaco; su práctica es la empiria de la violencia desnuda. Por la naturaleza misma de sus intereses esenciales, esta casta de los usurpadores es hostil a toda teoría: ella no puede rendir cuenta de su rol social ni a sí misma ni a nadie más. Stalin revisa a Marx y a Lenin, pero no con la pluma del teórico, sino con la bota de la GPU.

El problema moral

Los que más se quejan de la “inmoralidad” de los bolcheviques son esas nulidades jactanciosas a quienes el bolchevismo arrancó sus máscaras baratas. Los círculos pequeñoburgueses, intelectuales, democráticos, “socialistas”, literarios, parlamentarios y otros de la misma calaña, conservan los valores convencionales, o emplean un lenguaje convencional para ocultar su falta de valores. Esta vasta y abigarrada cooperativa de protección mutua (“vivir y dejar vivir”) no puede soportar el roce del escalpelo marxista en su sensible epidermis. Esos teóricos, escritores y moralistas que oscilan entre los distintos campos, pensaban y siguen pensando que los bolcheviques exageran arteramente las diferencias, que son incapaces de colaborar en forma “leal” y que, con sus “intrigas”, rompen la unidad del movimiento obrero. Por su parte, el centrista sensible y remilgado siempre ha creído que los bolcheviques lo “calumniaban” ... simplemente porque desarrollaban los vagos pensamientos del centrista hasta el fin: él jamás pudo hacerlo. Pero es un hecho que sólo la invalorable cualidad de mantener una actitud intransigente hacia todo lo que sea sofisma y evasión le permite al partido revolucionario educarse y no ser sorprendido por “circunstancias excepcionales”.

En última instancia, las cualidades morales de cualquier partido derivan de los intereses históricos que éste representa. Las cualidades morales bolcheviques de abnegación, desinterés, audacia y desprecio por todo oropel y falsedad (¡las más grandes cualidades del ser humano!) derivan de su intransigencia revolucionaria al servicio de los oprimidos. En este terreno, la burocracia estalinista imita los términos y gestos del bolchevismo. Pero la “intransigencia” y la “inflexibilidad”, aplicadas por un aparato policial al servicio de una minoría privilegiada, se convierten en fuente de desmoralización y gansterismo. Sólo podemos sentir desprecio por esos caballeros que identifican el heroísmo revolucionario de los bolcheviques con el cinismo burocrático de los termidoreanos.

Hoy en día, a pesar de los acontecimientos dramáticos del pasado reciente, el filisteo común quiere creer que el choque entre el bolchevismo (“trotskysmo”) y el

estalinismo es un mero choque de ambiciones personales o, en el mejor de los casos, entre dos “matices” del bolchevismo. Tenemos la expresión más grosera de esta opinión en Norman Thomas, dirigente del Partido Socialista Norteamericano: “Existen pocas razones para creer [escribe *American Socialist Review*, setiembre de 1937, p. 6] que si el ganador (¡!) hubiera sido Trotsky en lugar de Stalin, se hubieran terminado las intrigas, conjuras y el reino del terror en Rusia.” El hombre que esto escribe se considera... marxista. Aplicando el mismo criterio, podríamos decir: “Existen pocas razones para creer que si el titular de la Santa Sede no fuera Pío XI sino Norman I, la iglesia católica se transformaría en un bastión del socialismo.”

Thomas se niega a comprender que no se trata de una pelea entre Stalin y Trotsky, sino del antagonismo entre la burocracia y el proletariado. Es cierto que la burocracia gobernante se ve obligada, inclusive hoy, a adaptarse a la herencia de la revolución, aún no totalmente liquidada, a la vez que prepara un cambio en el régimen social a través de la guerra civil (“purga” sangrienta: aniquilación en masa de los descontentos). Pero en España la camarilla estalinista ya actúa abiertamente como baluarte del orden burgués contra el socialismo. Ante nuestros ojos, la lucha contra la burocracia bonapartista se transforma en lucha de clases: dos mundos, dos programas, dos morales. Si Thomas piensa que la victoria del proletariado socialista sobre la infame casta de opresores no regeneraría política y moralmente al régimen soviético, entonces demuestra que, a pesar de sus reservas, evasiones y suspiros piadosos, se encuentra mucho más cerca de la burocracia estalinista que de los obreros.

Thomas, al igual que todos los que se enfurecen con la “inmoralidad” bolchevique, no está a la altura de la moral revolucionaria.

Las tradiciones bolcheviques y la Cuarta Internacional

Los “izquierdistas” que trataron de “volver” al marxismo pasando por alto al bolchevismo, generalmente cayeron en panaceas aisladas: boicot a los viejos sindicatos, boicot al parlamento, creación de soviets “auténticos”. Todo esto podía parecer muy profundo al calor de los primeros días de la posguerra. Ahora, después de las experiencias recientes, semejantes “enfermedades infantiles” ni siquiera resultan interesantes como objetos de estudio. Los holandeses Gorter y Pannekoek, los “espartaquistas” alemanes, los bordiguistas italianos, quisieron demostrar su independencia del bolchevismo: exaltaron artificialmente una de sus características y la opusieron a las demás. Pero nada queda de estas tendencias de “izquierda”, ni en la teoría, ni en la práctica; prueba indirecta pero contundente de que el bolchevismo es el único marxismo posible para nuestra época.

El Partido Bolchevique mostró en la acción la combinación de la mayor audacia revolucionaria con el realismo político. Mostró por primera vez cuál es la única relación entre vanguardia y clase capaz de garantizar la victoria. Demostró en la experiencia que la alianza entre el proletariado y las masas oprimidas de la pequeña burguesía rural y urbana requiere la previa derrota política de los partidos pequeñoburgueses tradicionales. El Partido Bolchevique le mostró al mundo entero cómo se debe realizar la insurrección armada y la conquista del poder. Quienes contraponen la abstracción de los soviets a la dictadura del partido deben comprender que sólo gracias a la dirección bolchevique pudieron los soviets elevarse del fango del reformismo y acceder a la forma estatal proletaria. En la guerra civil, el Partido Bolchevique logró la combinación justa de arte militar y política marxista. Si la burocracia estalinista lograra destruir los cimientos económicos de la nueva sociedad, la experiencia de la economía planificada bajo la dirección bolchevique pasará igualmente a la historia como una de las más

grandes lecciones de la humanidad. Sólo pueden ignorarlo los sectarios lastimados y ofendidos, que le han vuelto la espalda al proceso histórico.

Pero no es todo. El Partido Bolchevique pudo realizar su magnífica obra “práctica” porque iluminó todos sus pasos con la teoría. El bolchevismo no creó la teoría: se la proporcionó el marxismo. Pero el marxismo es la teoría del movimiento, no del estancamiento. Sólo los acontecimientos de gran envergadura histórica podrían enriquecer la propia teoría. El bolchevismo hizo aportes invaluables al marxismo: el análisis de la época imperialista como época de guerras y revoluciones; de la democracia burguesa en la era de la decadencia capitalista; de la relación recíproca entre huelga general e insurrección; del papel del partido, los soviets y los sindicatos en la revolución proletaria; la teoría del estado soviético, la economía de transición, el fascismo y el bonapartismo en la época de decadencia capitalista; por último, el análisis de la degeneración del propio Partido Bolchevique y del estado soviético. Nómbrase alguna tendencia que haya agregado algún aporte esencial a las conclusiones y generalizaciones del bolchevismo. En los terrenos teórico y político, Vandervelde, De Brouckere, Hilferding, Otto Bauer, León Blum, Zyromsky, ni qué hablar del mayor Attlee y Norman Thomas, viven de los restos podridos del pasado. La expresión más grosera de la degeneración de la Comintern es su descenso al nivel teórico de la Segunda Internacional. Los grupos intermedios en todas sus variantes (Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña, POUM y demás) adaptan retazos tomados al azar de Marx y Lenin a sus necesidades de cada semana. Nada pueden enseñar a los obreros.

Sólo los fundadores de la Cuarta Internacional, que han asumido la tradición de Marx y Lenin, mantienen una actitud seria hacia la teoría. Los filisteos pueden burlarse de los revolucionarios que, veinte años después de la revolución de octubre, vuelven a convertirse en modestos grupos de propaganda y preparación. En este terreno, como en tantos otros, los grandes capitalistas demuestran ser mucho más perspicaces que los pequeñoburgueses que se consideran “socialistas” o “comunistas”. No es casual que el tema de la Cuarta Internacional no desaparezca de las columnas de la prensa mundial. La candente necesidad histórica de construir una dirección revolucionaria le asegura a la Cuarta Internacional un ritmo de crecimiento excepcionalmente rápido. La mayor garantía de su futuro éxito radica en que no ha surgido apartada del gran camino histórico, sino como producto orgánico del bolchevismo.

Correspondencia sobre la obra

[Una introducción que aumenta]. Carta a los editores Simon y Schuster (17 de febrero de 1936)

Señores²¹¹,

Les envío junto a este mismo correo la primera parte mi introducción a la *Historia de la revolución rusa*²¹². Este trabajo ha devenido mucho más importante y voluminoso de lo que en principio estaba previsto e, incluso, de lo deseado por ustedes. Sin embargo, no he podido decidirme a añadir a una obra tan fundamental como la *Historia de la revolución rusa* solamente una panorámica puramente periodística de la evolución de la Unión Soviética desde hace dieciocho años. Eso habría desacreditado mi obra. Mucho menos puedo hacerlo teniendo en cuenta que las concepciones que desarrollo en la introducción no tienen nada en común con la doctrina oficial ni con su reproducción periodística a lo Louis Fischer²¹³ y consortes.

Tengo la impresión de que esta *introducción* (por sí sola ya un pequeño libro) no dejará de tener efectos ni repercusiones. Ignoro si ustedes se decidirán a utilizarla toda como introducción. Ello alcanzaría, como mínimo, digamos que unas ochenta páginas impresa de la primera edición de la *Historia*. Si para ustedes son demasiadas, tendrán que contentarse con un extracto. En ese caso, sin embargo, tendré que reservarme el derecho a publicar el trabajo en forma de pequeño libro de doscientas páginas. Les ruego me comuniquen su decisión cuando hayan recibido la totalidad en su versión inglesa. La traducción deberá hacerse, en cualquiera de los casos, a costa de los editores.

Con mis saludos,

²¹¹ La editorial estadounidense Simon & Schuster había publicado en Estados Unidos la primera edición de la *Historia de la revolución rusa*.

²¹² La *Historia de la revolución rusa* la había traducido al inglés de Estados Unidos Max Eastman ¡que le había pedido a Trotsky (y obtenido) en porcentaje suplementario sobre los derechos de autor! También había insistido ante los editores para una reedición, sugiriendo una nueva introducción sobre la que, por otra parte, había hecho confiar a Trotsky en la perspectiva de su “serialización”, publicación por entregas, en una revista. Trotsky creyó primero que podría acabar en el trabajo durante su estancia en el hospital entre septiembre y octubre de 1935 en Oslo. Pero el tema se había apoderado de él y no cesaba de aumentar el volumen de esta “introducción” [lo que a la luz de los anexos publicados en esta obra no es de extrañar, EIS]. Se sabe que, al final de cuentas, se convertiría en uno de los libros más importantes de Trotsky, *La revolución traicionada*.

²¹³ Sobre Louis Fischer, cf. n. 15, p. 88 [*Euvres*]. Louis Fischer (1896-1970), periodista norteamericano corresponsal en Europa de *Nation*, ligado a Radek en opinión de Trotsky era la personificación del tipo de “compañero de ruta” mintiendo deliberadamente al servicio del gobierno estalinista.

[El libro sobre la Unión Soviética]. Carta a L. Sedov

(13 de marzo de 1936)

Estimado amigo²¹⁴,

Estoy a punto de acabar una gran obra sobre la Unión Soviética. El título es, más o menos: “¿Qué es y a dónde va la Unión Soviética?” Supongo que el libro alcanzará alrededor de las doscientas páginas; en el caso en que no se imprima demasiado apretujado podría alcanzar más. No se trata de un folleto de propaganda para uso interno, sino de una obra para el gran público. En ella se puede encontrar un análisis de la evolución económica del estado soviético, de la burocracia, del ejército, del eventual papel del estado soviético en la guerra y de la perspectiva de su evolución ulterior. Creo que esa obra encontrará un terreno favorable en Francia en estos momentos y que, por tanto, alcanzará una gran difusión, así como una elevada tirada. La primera parte puede que ya esté en manos del traductor en París la próxima semana. El resto se expedirá enseguida en el curso de las dos semanas siguientes (si todo va bien).

La redacción está acaba completamente. No se trata más que de correcciones y puesta en limpio.

Es necesario encontrar un editor sin tardanza. Hay que proponérselo a Rieder²¹⁵. Si lo rechaza cometerá una gran tontería pues el libro promete un gran beneficio. Pero como Rieder tiene derechos exclusivos, naturalmente que puede ejercer cierta presión, al menos en lo concerniente al precio. Sobre este punto hay que ser muy prudentes y negociar correctamente. Imagino que un editor para tal obra no debería de pagar *por adelantado* menos de dos mil francos, sin incluir los gastos de traducción. Propongo pues entablar inmediatamente las negociaciones.

Sin embargo, existe una dificultad técnica: la dactilógrafa que tengo aquí. No está claro que pueda venir el lunes para pasar a limpio el manuscrito. Si dura su enfermedad, enviaré a París la primera parte del manuscrito para que se hagan varias copias allí, dos para Nueva York, una para la traducción francesa, etc.

Supongo que la obra la traducirá Parijanine²¹⁶. A pesar del importante número de errores cometidos en el primer volumen de mi biografía de Lenin, sigue siendo el mejor traductor al francés.

El prefacio para la edición francesa de mi *Terrorismo*²¹⁷ así como mis artículos para el *Boletín* en ruso dependen también directamente del estado de salud de la dactilógrafa. Tenéis que tener en cuenta esto por adelantado.

²¹⁴ León Sedov (1906-1938) era el primogénito de Trotsky y Natalia Sedova. Militante de las juventudes tras la revolución rusa, abrazó apasionadamente la causa de la Oposición de Izquierda de la que se había convertido en uno de los organizadores de la juventud. Pero en 1928 escogió acompañar a su padre al exilio en Alma-Ata para ayudarlo material y políticamente. Acompañó a Trotsky y a su madre en el exilio en Turquía y se instaló en Berlín, en febrero de 1931, para abandonarla en 1933 para dirigirse a París. Era responsable del “trabajo ruso” y, en particular, de la publicación del *Biulleten Oppositsii*, y miembro del secretariado internacional. Además, muy a menudo apoderado e, incluso, factótum como lo demuestra esta carta que le confía los contactos con los editores. Trotsky llama a su hijo “estimado amigo” por precaución irrisoria de clandestinidad.

²¹⁵ La editorial Rieder de París ya había publicado *Mi vida*, la *Historia de la revolución rusa* y *La revolución permanente* y acababa de publicar *La juventud de Lenin*.

²¹⁶ Maurice Donzel, llamado Parijanine (1885-1937), había vivido varios años en Rusia, ya desde antes de la guerra y, después durante la revolución. Corrector de imprenta, era redactor de la revista *Les Humbles*. Trotsky se había quejado vivamente sobre las notas que había añadido a su traducción de *Mi vida*.

²¹⁷ Se trata de la reedición de la obra titulada primitivamente *Terrorismo y comunismo* y cuya nueva traducción al francés había sido rebautizada *Defensa del terrorismo* para evitar confusiones con el libro de Kautsky del mismo título, el nuevo título parece ser que se prestaba a confusiones incluso más peligrosas. [Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#) la obra de Trotsky *Terrorismo y*

[Ediciones en curso]. Carta a L. Sedov

(1 de abril de 1936)

1.- Con esta carta, adjunto el prefacio a *Defensa del terrorismo*. Es necesario hacer una traducción al francés exacta y completamente literaria. ¿Quién la hará? Puede que sea mejor interesar en ella a algún parisino. Temo que una traducción de dilectante de Ségrave y consortes²¹⁸ arruine completamente este trabajo. En cualquier caso, debo recibir copia de la traducción al mismo tiempo que se le remita a mi editor, a fin de que pueda dar por telégrafo mi acuerdo con esa traducción. Doy mucha importancia a esta cuestión y, por ello, le aconsejo que no se lance a ninguna experiencia arriesgada y recurra a un traductor experimentado y probado.

2.- Confío en que ya esté traducido el prefacio para la edición inglesa y la espero con impaciencia. Como ya le escribí hace algún tiempo, el prefacio inglés deberá figurar sin falta en la edición francesa (en segundo lugar), a continuación del nuevo prefacio: la introducción en inglés contiene explicaciones y correcciones indispensable sobre el mismo libro (comunismo de guerra, etc.) sin la que es completamente imposible publicar este libro. Espero una respuesta completamente precisa al respecto²¹⁹.

3.- Si Rieder duda o rechaza la publicación de *¿Qué es la URSS?*, entonces hay que lograr la cesión del derecho a publicación del libro para hacerla con otro editor. Finalmente, podemos clasificar este libro en la categoría de las publicaciones de propaganda, sin que esto quede demasiado traído por los pelos, y la cuestión se llevaría a la justicia. En caso extremo, se podría incluso hacer que lo editase la Librairie du Travail, lo que resaltaría todavía más el carácter de propaganda de la obra. Hay que explicarle todo esto a Rieder con calma, pero con insistencia. La cosa urge. Estamos a punto de dactilografiar el manuscrito y una parte de él está ya preparada.

4.- Temo que el libro sobre Lenin no se les haya enviado a los belgas que tienen tanto derecho a ello como los franceses. También me temo que no se haya expedido un ejemplar a América (a Estados Unidos y América del Sur), ni a Holanda, etc. Me alegraría mucho equivocarme en mis temores.

[Para una prepublicación]. Carta a Maxim Lieber

(2 de abril de 1936)

Muy estimado Señor Lieber²²⁰,

Le envío un ejemplar de mi obra *Qué es y a dónde va la Unión Soviética*²²¹. Se trata de la primera parte de la introducción a la nueva edición de la *Historia de la*

comunismo. El anti-Kautsky y en nuestro sello hermano *Alejandro Proletaria* la de Kautsky *Terrorismo y comunismo. Contribución a la historia natural de la revolución*].

²¹⁸ Max Gavensky, llamado Ségrave o Seygrave (1905-1942) era un refugiado polaco que había residido algún tiempo en el chalé de Trotsky en Barbizon y le había servido como secretario para el ruso. Traducía del ruso para el SI. Trotsky no apreciaba nada su trabajo.

²¹⁹ Ver en estas *Obras Escogidas de León Trotsky en español: Terrorismo y comunismo (el Anti-Kautsky)*.

²²⁰ Maxim Lieber (nacido en), agente literario en Nueva York que contaba entre sus clientes a Trotsky, era miembro del partido comunista estadounidense desde hacía años. Probablemente en 1934 entró en una red del GPU para la que su agencia servía de tapadera para las operaciones en Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón. Lieber no desvelaría sus relaciones hasta el primer proceso de Moscú, cuando rehusó poner la correspondencia de Trotsky a disposición de la contrainvestigación.

²²¹ *Chto takoe SSSR i kuda on idiot?* Era el título inicial del libro publicado en francés como *La revolución traicionada*. [Ver en nuestra serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español: La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*]

revolución rusa. Me he reservado el derecho para publicar este trabajo como prepublicación y le ruego que se encargue de esa tarea.

La editorial Schuster & Simon²²² se ocupa de la traducción. Como no recibo del editor ningún honorario suplementario por este manuscrito, no puedo entregarle al traductor de la prepublicación el 10% que tengo que abonarle por la *Historia de la revolución rusa*²²³. Sin embargo, caso de que resulte necesario retribuir también al traductor por la prepublicación, le ruego que llegue usted a un acuerdo que salvaguarde mis intereses.

El manuscrito adjunto constituye alrededor de un tercio del conjunto de mi trabajo. Los otros dos tercios llegarán en algunos días (en esto dependo mucho de la dactilógrafa). En cualquier caso, el traductor recibirá a tiempo el resto del manuscrito.

Como usted no lee el ruso, tengo que decirle que le concedo cierta importancia a esta obra. Creo que no dejará de tener eco en la opinión pública norteamericana y europea. En consecuencia, confío en que usted encontrará la posibilidad de colocarla en condiciones realmente ventajosas.

En lo concerniente a mi biografía de Lenin, le escribiré próximamente.

[Los derechos del traductor]. Carta a Maxim Lieber

(24 de abril de 1936)

Muy estimado señor Lieber,

En este sobre, continuación del manuscrito sobre la Unión Soviética. Caso en que usted utilice, como espero, la traducción de Eastman²²⁴, le ruego que me devuelva el manuscrito en ruso. En lo concerniente a la traducción, la situación es la siguiente: he concedido a M. Eastman un 10% sobre la *Historia* además de sus honorarios regulares por parte del editor²²⁵. También recibirá ese 10% de la segunda edición de bolsillo. Como según el editor la gran *Introducción* tendrá un papel muy importante para la difusión del libro, y como Eastman está interesado en el 10% de esa venta; como, por otra parte, no se me paga especialmente por mi *Introducción* y él se beneficia de un pago regular por la traducción, en mi opinión puede poner gratuitamente su traducción a vuestra disposición en lo concerniente a la prepublicación; caso que él sea de otra opinión, podrá usted, naturalmente, pagarle una suma fija, digamos la mitad de los honorarios normales de traductor. Sin embargo, no puedo aceptar concederle ningún porcentaje sobre mis derechos de prepublicación.

Todavía recibirá usted cuarenta o cincuenta páginas en las dos próximas semanas.

²²² Se trata de la editorial de Nueva York Simon & Schuster.

²²³ A consecuencia de la insistencia del interesado, Trotsky le había cedido al traductor de su *Historia...*, el escritor estadounidense Max Eastman, el 10% de sus propios derechos de autor...

²²⁴ Max EASTMAN (1883-1969), escritor y traductor, una de las grandes figuras de la izquierda socialista norteamericana durante la primera guerra mundial, se había reunido con Trotsky en la URSS tras la revolución y era su admirador y traductor.

²²⁵ Eastman había obtenido de Trotsky condiciones bastantes extraordinarias para un traductor. Trotsky estaba completamente desarmado psicológicamente frente a él en el plano de las negociaciones pecuniarias y era incapaz de rechazar las demandas de un hombre hacia el que sentía un afecto real.

[Diversas cuestiones sobre ediciones]. Carta a L. Sedov

(25 de abril de 1936)

Querido amigo,

1.- Con Ciliga hay que terminar publicando en el próximo número una corta declaración: adjunta encontrarás en hoja aparte un proyecto de texto en ruso²²⁶. No tenemos ningún interés en entretenernos más tiempo con este hombre y debemos tomar nosotros mismos la iniciativa de la ruptura, por supuesto que manteniendo la calma.

2.- Me sorprende el asunto del editor semimonárquico. ¿Es monárquico en tanto que editor o solamente, por decirlo así, a título privado? Por otra parte, ¿qué tipo de libros publica? Esta cuestión es mucho más importante de cara a la aparición del libro sobre el terrorismo²²⁷ que de cara a la del *¿Adónde va Francia?* ¿No se ha intentado antes saber quién era ese editor? Y, por fin, ¿el asunto no es una provocación de la derecha?

Las opiniones personales del editor no me interesan en absoluto. Si edita libros variados, sin tendencia general reaccionaria, se le puede aceptar sin la menor inquietud. Si no, o en caso contrario, sería un crimen confiarle el libro sobre el terrorismo.

3.-A condición de tener en cuenta lo que acabo de indicar, no me opongo a que edite el folleto *¿Adónde va Francia?* Cuando se hayan celebrado las elecciones escribiré con mucho gusto un prefacio para el libro.

En el libro debe suprimirse la fórmula “nosotros, franceses”. Aparece en numerosas ocasiones con el objetivo de disimular la identidad del autor.

A los dos artículos “¿Adónde va Francia?”²²⁸, será necesario anexar el artículo más limitado sobre los comités de acción²²⁹. Con un prefacio de actualidad, el folleto será completamente útil.

4.- Como traductor del libro sobre la URSS propongo a Van. Conoce mi terminología y, sea como sea, hará mejor el trabajo que Body.

5.- Propongo no apresurarnos en concluir el contrato con Rieder y esperar a que examine el conjunto del manuscrito. Lo habré acabado muy pronto y, para el pago, se puede esperar algunas semanas si ello permite sacarle algo más a este hombre.

Me gustaría mucho tener mi artículo sobre el Ejército Rojo²³⁰, en ruso o en francés. Lo incluiré en mi libro con modificaciones.

6.- Puede usted tranquilizar a Rieder en lo tocante a mi libro sobre Lenin. Me siento en plena forma y confío en volcarme de nuevo vigorosamente sobre ese libro.

²²⁶ El croata Ante Ciliga, que acababa de entregar sus primeros artículos para el *Biulleten Oppositsii*, había prevenido a Sedov de que estaba comprometido para ofrecer un artículo al diario menchevique *Sotsialistichesky Vestnik*. Para Trotsky esto significaba una ruptura de hecho. Ignoramos el texto de ruptura del que habla aquí y no caben dudas de que fue otro el que finalmente se publicó en el n° 50 de julio-agosto de 1936 del *Biulleten Oppositsii*.

²²⁷ Se trata de la reedición en francés bajo el título de *Défense du Terrorisme* [Defensa del terrorismo] de *Terrorismo y comunismo* [de próxima aparición en nuestras *Obras Escogidas* de Trotsky]. El acuerdo con la editorial “Nouvelle Revue Critique” lo había llevado a cabo un militante, Gottlieb (llamado Pero), de origen rumano y miembro de la dirección de las JSR, que levantaba sospechas en muchos. Sedov había enviado a Trotsky todo un informe sobre el editor temiendo que las opiniones de éste fuesen utilizadas en una provocación contra su padre.

²²⁸ Se trata precisamente de los artículos “¿Adónde va Francia?”, de octubre de 1934, y “Una vez más ¿adónde va Francia?”, de marzo de 1935. [ver en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov* en *Obras Escogidas de Trotsky* en *¿Adónde va Francia?* respectivamente páginas 7 y 30 y siguientes, formato pdf]

²²⁹ Se trata de “Frente Popular y Comités de Acción”. [Ver en *ídem supra* página 69 y siguientes]

²³⁰ Se trata probablemente del artículo del 13 de marzo de 1934.

[Para publicación en las revistas]. Carta a Maxim Lieber

(1 de mayo de 1936)

Muy estimado señor Lieber,

De ahora en adelante le envío las partes sucesivas de mi manuscrito sobre la URSS únicamente a Simon & Schuster puesto que usted recibe directamente la traducción de la editorial (si se da el caso, le ruego tenga a bien me vuelva a enviar la parte del manuscrito ruso que ya le he enviado). Me permito llamarle atención sobre que *cada capítulo*, sobre todo en la segunda mitad del libro, es suficiente más o menos por sí mismo y se presta muy bien a una publicación en las revistas. Así, le envío hoy, por ejemplo, el capítulo “El aumento de la desigualdad y de los antagonismo sociales” que constituye un conjunto independiente. Lo mismo puede decirse de otros muchos capítulos. Mi trabajo, sin embargo, no debe ser publicado en revistas *antisoviéticas*, sino solamente en las revistas llamadas “liberales” o “neutras”. *Pero en ningún caso en el grupo Hearst*²³¹.

Mi estado de salud ha mejorado mucho, confío en poder entregar debidamente en el futuro, durante el verano, mi manuscrito sobre Lenin. El editor cree que yo debería acabar ese libro aunque solo fuese por motivos “deportivos”. Esta forma de pensar de espíritu yanqui, comercial y deportiva, me ha divertido mucho. ¿Este amable personaje quiere decir que yo no tengo motivos más importantes para terminar mi libro sobre Lenin?

[Ciertamente que sin acuerdo]. Carta a L. Sedov

(5 de mayo de 1936)

Querido amigo,

1.- Puede que sea posible, de todos modos, hacer que mí escrito sobre la nueva constitución²³² aparezca en la Librairie du Travail. En efecto, se ignora cuándo aparecerá el libro en lengua francesa y solo constituirá un capítulo en esta misma obra, capítulo que, además, se verá bastante considerablemente modificado en ella. A Hasfeld²³³ debe resolver la cuestión.

2.- En mi última carta he adjuntado dos folios con mi firma para los poderes. Considero como *excluido* darle poderes a Rous. No veo ningún motivo para que no se encargue usted mismo.

3.- Considero que no es posible que responda a la investigación de la comisión de control²³⁴. Mi propuesta oficial de constituir una comisión de investigación contra

²³¹ William Randolph HEARST (1863-1951) dirigía una cadena de diarios sensacionalistas extremadamente reaccionarios. No tenía escrúpulos. En enero había publicado, sin autorización, un artículo de Tarov y los diarios estalinistas habían aprovechado esa publicación para acusar a Trotsky de colaborar con la prensa de Hearst. Los encontronazos de este tipo no son nada raros en la historia entre la prensa de Hearst y la prensa estalinista, y se comprenden la preocupación de Trotsky (mucho más justificada teniendo en cuenta, y aunque él lo ignoraba, ¡que su agente literario estaba al servicio del GPU!).

²³² Ver más arriba en estos anexos, “La nueva constitución de la URSS”.

²³³ Marcel HASFELD (1889-1980), militante de origen libertario, había fundado una cooperativa de edición, La Librairie du Travail, que publicó entreguerras cierto número de obras y folletos de Trotsky así como, también, las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. [Ver en estas mismas *EIS* su versión al castellano: *Tesis, manifiestos y resoluciones adoptados por los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.*]

²³⁴ Se trata de la comisión de control contra Raymond Molinier que la mayoría del CC del GBL constituyó a pesar de la opinión de Trotsky.

Naville ha quedado, en efecto, sin respuesta. Esto solo quiere decir una cosa: Théodore me considera a mí, o se considera a sí mismo, como inexistente.

Tratar de utilizar ahora la decisión de la comisión de control no se traduciría en la muerte de R(aymond) M(olinier), sino la de ese miserable comité central: en efecto, para lanzar una bomba es preciso tener bastante fuerza y habilidad, a falta de lo cual se corre el riesgo de hacerse saltar por los aires a uno mismo. Para Rous, la cosa significaría personalmente su suicidio político. El documento de la comisión me ha dado a conocer, por primera vez, que él está mezclado en este asunto en tanto que abogado²³⁵. Ello es suficiente para la opinión pública. Como secretario de la organización ha mantenido silencio sobre el hecho que andaba, más o menos, de la mano con Molinier, y *ahora* quiere separarse de él. Su afirmación de que “no sabía nada” se corresponde aún menos con la verdad. En el trayecto de París a Amberes²³⁶, le dibuje un cuadro muy detallado de la situación y le advertí de los riesgos que corría al lado de Molinier. En este aspecto, también ha actuado en sentido inverso de lo que pretendía hacer. De ahí provienen todas sus aberraciones, ambigüedades e insuficiencias posteriores, y si ahora se pone a correr tras Naville como corrió antes tras Molinier²³⁷, eso será su muerte política.

4.- Sneevliet me expone en detalle que uno no puede agarrarse a R(aymond) M(olinier) por el dinero, pues solamente con dinero no se hace buena política, etc. Quisiera saber de qué imbécil o canalla saca Sneevliet sus informaciones. Ciertamente que, sea como sea, no puedo tolerar que se me supongan tales intenciones.

Adjunto una carta de Victor Serge de la que se pueden extraer importantes elementos para el *Biulleten* y para nuestra prensa internacional (sin citar por el momento, sin embargo, la fuente). Ruego me *devuelva* la carta lo antes posible.

[Problemas a propósito de la URSS]. Carta a L. Sedov

(6 de mayo de 1936)

Querido amigo,

1.- De vuestra última carta se colige que el motivo del malentendido con Ciliga se debe buscar en las propias oscilaciones de usted sobre esta cuestión capital. A pesar de mi respuesta precedente, que era completamente clara, y de mi primer proyecto de declaración, que no daba lugar a ninguna ambigüedad, usted continua refiriéndose a la posibilidad de la publicación de *un* artículo en la prensa menchevique²³⁸. Como si tuviera importancia el número de artículos y no el hecho mismo que Ciliga colabore a la vez con nosotros y con los mencheviques. Incluso si solamente publica una sola línea con su nombre en los medios mencheviques, la ruptura se ha consumado y hay que publicar mi primera declaración en el próximo número.

2.- Escribe usted que en el caso en que falte el artículo de Ciliga usted se queda sin bastante material para el *Biulleten*. He ahí lo que es incomprensible. Durante las

²³⁵ Los trabajos de la comisión de investigación habían sacado a la luz que Jean Rous había sido asalariado, como abogado, del Instituto Francés de Cobros [a morosos] que era el “negocio” de Molinier.

²³⁶ Esta conversación tuvo lugar durante la partida de Trotsky hacia Noruega. Trotsky realizó, en efecto, el viaje de París a Amberes no por “la carretera”, sino en el tren que había tomado en la Estación del Norte en París [de ahí que hayamos traducido ‘trayecto’ del francés “sur la route”], por la noche, con Natalia, Van Heijenoort y Rous el 14 de junio de 1935.

²³⁷ En el conflicto que, a través de la publicación de *La Commune*, llevó a la escisión de la sección francesa, Jean Rous ocupó la posición intermedia de “conciliador”.

²³⁸ En una carta precedente, León Sedov había argumentado que una colaboración limitada de Ciliga con un periódico menchevique (la publicación de un solo artículo) no constituía, en su parecer, un motivo suficiente para romper con él.

últimas semanas y últimos meses he escrito una masa de artículo sobre las cuestiones internacionales: de la introducción al *Terrorismo*²³⁹ se podría extraer un pasaje bastante largo, etc.

3.- Naturalmente que Serge sería un traductor ideal, pero tiene su propio trabajo literario. Apenas puede encargarse de un trabajo tan ingrato como es una traducción²⁴⁰. De los dos traductores posibles, Body y Van, escojo sin duda alguna a Van.

4.- El resto de capítulos de mi libro sobre la URSS, los que ya están redactados y que se dactilografiarán en dos semanas, son los siguientes:

La familia.

La juventud.

Cultura y nación.

La política exterior y el Ejército Rojo.

¿Socialismo en un solo país?

La nueva Constitución Soviética.

Las perspectivas (el carácter inevitable de una nueva revolución contra la burocracia).

Tiene usted la enumeración exacta de los últimos capítulos. Puede que, además, se cambie el título.

5.- Cuando se repartan los treinta ejemplares²⁴¹ no hay que olvidar a *Victor Serge* y a los belgas.

6.- Para el folleto *¿Adónde va Francia?* escribiré una nueva introducción cuando esté zanjado el asunto²⁴².

7.- A los amigos²⁴³ les haría partícipes de esto: ante la nueva guerra, la Internacional Comunista toma el lugar de la II Internacional fuera de servicio. La IV Internacional tiene en todas partes cuadros experimentados y valientes y es la única tendencia a la que está unida la suerte de la revolución mundial. La nueva Constitución de la URSS, que abandona el punto de vista de clase, es el inicio de la transformación de la burocracia bonapartista en una clase dominante²⁴⁴. La IV Internacional se marca como tarea preparar el derrocamiento revolucionario de la burocracia.

²³⁹ Se trata del texto titulado “Francia en la encrucijada” páginas 105-125 [del tomo nueve de las *Oeuvres*; ver en estas mismas [Obras Escogidas de Trotsky ¿Adónde va Francia? \(con anexos\)](#), página 73 y siguientes del formato pdf; también traducimos aquí parte de la nota nº 1 de las *Oeuvres*, página 105, del tomo nueve: “Este texto es la introducción a una reedición francesa de *Terrorismo y comunismo* (1920) bajo el título nuevo (y sorprendente) de *Defensa del terrorismo*. Trotsky aprovechó la ocasión de la reedición de esta obra polémica para redactar una introducción que era un verdadero manifiesto lanzado por encima de las cabezas de sus propios camaradas franceses a favor de un nuevo partido y de la IV Internacional].

²⁴⁰ Trotsky sentía un gran respeto hacia los creadores, escritos y artistas y la traducción no tenía para él el mismo prestigio. Victor Serge deseaba hacer esa traducción.

²⁴¹ Se trata verosímilmente de los ejemplares de autor de *Defensa del terrorismo* [de próxima publicación en las [Obras Escogidas de Trotsky](#) en estas mismas EIS].

²⁴² Trotsky alude verosímilmente a la cuestión de la edición de ese folleto.

²⁴³ Evidentemente se trata de un mensaje para ser transmitido “a los amigos”... de la Unión Soviética. No sabemos nada más sobre este punto.

²⁴⁴ Desde el punto de vista del estudio del pensamiento de Trotsky sobre la naturaleza de la burocracia, puede destacarse aquí esta afirmación según la cual la burocracia comenzaría a transformarse en *clase* dominante; lo que no es el punto de vista sostenido en el libro sobre la URSS, es decir en [La revolución traicionada](#) [ver en estas EIS] cuyo capítulo correspondiente lo acabará un mes más tarde.

[Problemas personales]. Carta a Victor Serge

(8 de mayo de 1936)

Querido Victor Lvovich,

He recibido sus dos cartas, la última fechada el 6 de mayo. Escriba usted en la lengua que más le convenga, en ruso o en francés. Su ruso es irrefutable.

Primer problema: ¿los deportados reciben el dinero y los paquetes provenientes del extranjero? Hemos hecho varios envíos: ninguna respuesta. ¿Sabe usted algo al respecto? Este es uno de los puntos más importantes de nuestra propaganda: a los deportados se les priva de trabajo y, al mismo tiempo, no se les permite recibir dinero. Es necesario obtener la posibilidad de enviar dinero.

La situación “política” de usted: cuando recibí la visa para Noruega, yo también me comprometí a no mezclarme en la vida política de este país y a no causarle ninguna molestia a los “gobiernos amigos”. Pero eso no significa más que no cometer ningún acto “ilegal”, del tipo de un “complot”, “preparación de actos terroristas”, etc. Cualquier interpretación diferente carece de sentido. No me mezcle en absoluto en la vida noruega. Pero colaboro abiertamente con publicaciones que aparecen legalmente, y con buena tirada, en otros países. Pienso que usted debe asegurarse las mismas condiciones actuando directamente. Ciertamente le sería posible establecer ahora en Francia, pero, a cambio, allí pueden acaecer muchas cosas también. Sería mejor colaborar con publicaciones francesas permaneciendo en Bélgica. Esta es mi primera impresión.

Aquí en octubre serán las elecciones. El partido obrero confía en alcanzar la mayoría absoluta. No está descartado que venga usted a vivir aquí. Pero eso debería ser un último recurso teniendo en cuenta que Bélgica le ofrece a usted enormes ventajas: lengua, gran ciudad, vida barata.

María Lvovna estaba en Kirovo, provincia de Odesa, con los niños. Si ha sido deportada (lo que ciertamente es el caso), ¿qué ha pasado con los niños? Verosíblemente habrán sido internados en un orfanato, a no ser que hayan ido a engrosar el número de niños abandonados. Ninguna familia se atreverá a acogerlos.

Cuando se decida usted a escribir tal vez podría entregarnos para nuestra prensa algunas palabras sobre Alejandra Lvovna. Esto le es a usted más fácil que a mí. Ya he dicho lo esencial sobre mis relaciones con ella (si ello puede servirle a usted) en mi autobiografía.

Sabe usted que Stalin y los canallas de la CPU han intentado en diversas ocasiones endosarle a la Oposición actos “terroristas”. Esos intentos continúan. A partir del momento en que abandone usted las sombras, también se producirán esos intentos contra usted. Por eso es muy importante desvelar por adelantado ese aspecto del trabajo de la GPU en un artículo o una entrevista. Hay que cortarles la hierba bajo los pies a los especialistas en la amalgama.

Otra vez más se trata de poner a las autoridades ante el *fait accompli*. Estando dada la participación de los socialistas en el gobierno, no le expulsarán. Y, además, ¿a dónde le enviarían? Al fin y al cabo, usted no haría nada ilegal. La constitución belga no obliga a nadie a elogiar a Stalin, sobre todo en la prensa extranjera.

¿Qué piensan los médicos del estado de su esposa?²⁴⁵ ¿Hay esperanzas de sanación? ¿Qué se necesita? Díganoslo todo: puede que podamos ayudarle. Tenemos amigos médicos. Es posible conseguir dinero. ¡Denos usted precisiones!

Hace algunos años éramos “ricos” (*Historia de la revolución rusa*)²⁴⁶. En estos momentos, vivimos un período de dura crisis. Pero confío en que dentro de un mes o

²⁴⁵ La mujer de Victor Serge estaba aquejada de graves trastornos mentales.

dos nuestra situación será mejor. De cualquier forma, tenemos amigos a los que podemos recurrir. Escríbame pues con toda franqueza.

¿Se ha publicado ya en Estados Unidos alguna cosa de usted? Sólo en Estados Unidos se paga el trabajo literario. ¡Pero para ello es preciso *faire un boom*²⁴⁷ con su nombre! Piense en una entrevista para la prensa norteamericana. Cuando se haya publicado su libro sobre la URSS²⁴⁸, será posible, al menos confío en ello, hacer entrar sus antiguos libros en Estados Unidos.

¡Tengo una idea! En estos momentos, trabajo en una gran introducción para la segunda edición (a buen precio) de la *Historia de la revolución rusa*. Esa introducción es una descripción de la URSS, alrededor de doscientas páginas impresas. *Es necesario que le cite una o dos veces, o incluso más, en la introducción*, aunque sólo se trate de cartas personales (sobre la burocracia, las disensiones entre ella y la población, los ataques a la Oposición, etc.). Yo podría decir brevemente (en nota a pie de página) que usted prepara un libro. Piense usted en ello y deme lo más pronto alguna cosa que pueda convenirle. *Esto tiene una gran importancia práctica*, estando dado que mi editor hace una gran publicidad²⁴⁹.

Le quedaría muy reconocido a su hijo si me pudiese enviar el retrato de B. Mij²⁵⁰.

¿Es posible tener la foto de usted? Para nosotros personalmente y para nuestra prensa. Estrecho fuertemente su mano. Saludos

PD. Investigaremos sobre el telegrama perdido. No contenía nada de carácter importante: “Salut fraternel. Lettre suit”²⁵¹.

[Un asunto muy escandaloso]. Carta a R. Klement

(18 de mayo de 1936)

Estimado camarada Adolfo,

En el escandaloso asunto de la deslealtad de Naville no cederé ni una pulgada. Sobre este punto me expreso en una carta oficial²⁵².

Considero excluido que pueda trabajar en la comisión de redacción²⁵³ con gente que filtra documentos confidenciales. El asunto debe quedar claro antes de que se reúna

²⁴⁶ Los derechos de autor de este libro, que se había vendido bien en los Estados Unidos y Alemania, habían aportado durante algún tiempo una verdadera holgura a la casa.

²⁴⁷ En “franglés” en el texto.

²⁴⁸ Victor Serge estaba a punto de preparar el libro que aparecería con el título *URSS: destino de una revolución*.

²⁴⁹ De hecho Trotsky cita en dos ocasiones a Victor Serge en *La revolución traicionada* (*Obras Escogidas de León Trotsky en español*), ver páginas 136 y 143 del formato pdf. EIS.

²⁵⁰ Vlady, el hijo de Serge, nacido en 1920, estaba muy dotado para el dibujo y la pintura, había realizado bosquejos y retratos de camaradas de exilio de su padre. Entre ellos, “B. Mij.”, es decir Boris Mijailovich Eltsin (1875-1937), bolchevique desde 1903, organizador en los Urales, miembro del ejecutivo de los sóviets en 1917, firmante en 1923 de la “carta de los 46” [ver en la serie *Obras Escogidas de León Trotsky en español* de estas *Edicions Internacionals Sedov* en los anexos a *El nuevo curso (anexos)*, página 58 y siguientes del formato pdf], dirigente del “centro” clandestino de la Oposición entre el 28-29, encerrado en el 29 en el centro de aislamiento de Suzdal, después deportado a Orenburg donde se había relacionado mucho con la familia de Serge. Victor Serge ha ofrecido un entrañable retrato de él a través de Elkin, uno de los principales personajes de *S’il est Minuit dans le Siècle*. El retrato a pluma de Eltsin hecho por Vlady se ha reproducido en el Tomo 1, marzo-julio de 1933, de las *Oeuvres* gracias a la amable autorización de su autor.

²⁵¹ En francés en el texto original: “Saludo fraterno. Sigue carta”.

²⁵² Ver en la serie *Trotsky inédito en internet y en castellano* de nuestras *Edicions Internacionals Sedov*: [*Hay que castigar la perfidia*], 18 de mayo de 1936. EIS.

la comisión de redacción. Si no, mi parecer es que los franceses harían mejor quedándose en su casa.

En lo concerniente a la traducción²⁵⁴, de lo que alegro, no veo ningún motivo para que usted renuncie a ella so pretexto de diferencias que no conciernen ni a mi persona ni al mismo trabajo en sí.

PD. En mi opinión, *en los actuales momentos* sería absurdo publicar el folleto de Zeller²⁵⁵, estando dado que se corresponde con una situación completamente diferente, incluyendo la introducción.

Más importante sería mi artículo “¿Cómo venció Stalin a la Oposición?”²⁵⁶, aunque esta cuestión está mucho mejor tratada en mi nuevo libro sobre la Unión Soviética. Si se decide su publicación, se debe tomar, pues, el capítulo correspondiente del libro²⁵⁷.

De cualquier forma, cuando se quiere hacer desaparecer un artículo es suficiente con enviarlo al secretariado internacional o al comité central²⁵⁸. También sabré sacar las consecuencias de ello.

[La introducción a la historia de la revolución]. Carta a Simon y Schuster

(20 mayo de 1936)

Señores,

Ajunto otro capítulo de la, en teoría, *Introducción*: trata sobre la política exterior de la Unión Soviética. Sólo me quedan algunos capítulos poco grandes: sobre el Ejército Rojo, sobre el carácter social en general de la Unión Soviética y sobre las perspectivas políticas.

La breve “introducción” devino, primero, un escrito de cierta importancia, ochenta páginas según mi evaluación. En el presente, está claro que, como pueden ver ustedes por el manuscrito, no se trata de ochenta páginas, sino ya de alrededor de doscientas, es decir algo así como doscientas cincuenta páginas con los capítulos que todavía faltan. En una palabra: se trata de un libro importante. Por ello desearía zanjar con ustedes la suerte del libro sin esperar a la entrega de la totalidad del manuscrito.

1.- ¿No creen que sería preferible publicar primero este escrito como *libro independiente* y después, una vez que la primera tirada esté vendida, preparar una

²⁵³ Se trata de la preconferencia internacional que debía celebrarse en Noruega con su participación: las relaciones con la dirección francesa se envenenan seriamente e, incluso, comprometen aparentemente la preparación de la conferencia internacional. [Sobre la conferencia ver los documentos del año 1936 en la serie [Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional](#) de estas mismas EIS]

²⁵⁴ Se trata de la traducción al alemán del [libro sobre la URSS](#). Trotsky consideraba que Klement se había convertido en un traductor al alemán adecuado para su uso.

²⁵⁵ El folleto de Zeller, titulado *La vía de los socialistas revolucionarios*, lo había comenzado el dirigente de las juventudes socialistas expulsadas en noviembre de 1935 durante su estancia en Honefoss. Trotsky había escrito el prefacio. [Ver en la serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#) de nuestras [Edicions Internacionals Sedov](#): “La vía de los socialistas revolucionarios. [Prefacio al folleto del mismo título de Fred Zeller]”]

²⁵⁶ Este artículo, escrito por Trotsky para responder a las preguntas de los jóvenes que rodeaban a Zeller, se había redactado el 9 de noviembre de 1935. Trotsky estaba muy descontento porque todavía no se había publicado en Francia.

²⁵⁷ Ver en [La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética \(anexas\)](#), editada en las [Obras Escogidas de León Trotsky en español](#), el epígrafe “¿Por qué ha vencido Stalin?”, página 51 y siguientes del formato pdf. EIS.

²⁵⁸ Trotsky ya había lanzado acusaciones de este tipo a propósito de uno de sus artículos sobre la URSS. [Ver en la serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#) de nuestras [Edicions Internacionals Sedov](#): “[El artículo sobre la sección rusa]”]

segunda tirada asociada a la *Historia*? Este escrito tiene un significado teórico y político independiente y, además, es de actualidad. Sería pues verdaderamente poco oportuno ligar su suerte a la de la segunda edición de la *Historia*. En el caso en que ustedes sean del mismo parecer les ruego que me presenten *propuestas muy concretas* para la edición del libro. Lo mejor sería que me enviaran sin tardanza un proyecto de contrato completamente preparado.

2.- Mi agente literario, Sr. Lieber, me comunica que no se debe comenzar la traducción hasta que no se tenga la totalidad del manuscrito, de manera que él no dispondrá de la traducción hasta después de su finalización. Esta forma de actuar puede ser perjudicial desde dos puntos de vista:

a.- tratándose de un trabajo precipitado de traducción hecha en el último momento es inevitable que se cometan inexactitudes y contrasentidos. Además, el autor no tiene la posibilidad de revisar la traducción. Así fue como, por ejemplo, se deslizaron muchos contrasentidos en el último volumen de la *Historia*. Confío que en la nueva edición esos errores se corrijan.

b.- si el Sr. Lieber recibe la totalidad del manuscrito en el último momento apenas tendrá tiempo y posibilidad de hacer que se publicite el trabajo en alguna revista bajo condiciones ventajosas antes de la aparición del libro. Comprenderán ustedes de inmediato la importancia de la cuestión.

Estoy volcado en esta pretendida “introducción” desde alrededor de hace ocho meses y me ha tomado (y me toma todavía) casi todo mi tiempo de trabajo. También (y ello antes incluso de haberlo acabado) necesito estar seguro de que mis intereses quedarán garantizados, es decir que la retribución de este trabajo me ofrecerá la posibilidad de trabajar en paz al año siguiente. Espero pues con el mayor interés sus propuestas sobre este asunto.

Atentamente,

PD. Les quedaría agradecido si me respondiesen por telegrama.

[Más sobre la prepublicación]. Carta a Maxim Lieber

(20 de mayo de 1936)

Estimado señor Lieber,

Encontrará usted bajo este pliego la copia de mi carta a Simon & Schuster²⁵⁹ y, al mismo tiempo, le envío los capítulos de la obra que todavía no le había hecho llegar.

Mi carta a Simon & Schuster le permitirá ver claramente la situación. En principio había prometido redactar sin retribución una introducción para la segunda impresión de mi *Historia*. Se trataba de alrededor de una docena de páginas impresas. Pero en mis manos el libro ha aumentado y ahora se trata de un libro de doscientas cincuenta páginas de gran formato, de las que ya se han enviado doscientas a Simon & Schuster. Por ello hay que aclarar este asunto, tanto para la prepublicación como para el libro en sí. Le ruego que se entienda al respecto con Simon & Schuster.

Al mismo tiempo, llamo su atención sobre el hecho que casi todos los capítulos del libro están redactados de forma que puedan ser publicados independientemente²⁶⁰. Le envío en estos momentos, por ejemplo, un capítulo sobre la familia, la juventud y las cuestiones culturales y un capítulo sobre la política exterior de la Unión Soviética. Estoy completamente seguro de que cada uno de esos capítulos podría ser publicado en las revistas norteamericanas sin ninguna dificultad. Solamente es cuestión de no perder

²⁵⁹ Ver en estos mismos anexos, más arriba en página 337.

²⁶⁰ Desde un principio, Max Eastman había hecho confiar a Trotsky en la posibilidad de una “serialización” (publicación por entregas) de su texto y en su publicación en una revista.

tiempo. También es necesario que exija al menos una parte del manuscrito en su versión inglesa (lo mejor sería que el traductor comenzase por los capítulos que le acabo de nombrar a fin de que usted tenga la posibilidad de entablar las negociaciones con tiempo suficiente). Estoy convencido de que usted hará todo lo posible para defender mis intereses²⁶¹.

Le recuerdo que el *Saturday Evening Post* ha pagado cuarentaicinco mil dólares (le hablo de los antiguos dólares norteamericanos, no de los nuevos) por la prepublicación de la *Historia*. Naturalmente, no espero una retribución tan elevada. Sin embargo, creo que se puede llegar a una suma completamente conveniente para la prepublicación.

Atentamente,

[El libro sobre la URSS]. Carta a L. Sedov

(5 de junio de 1936)

Querido amigo²⁶²,

Adjunto el penúltimo capítulo. Todavía me falta el último capítulo en forma de síntesis: treinta páginas más, puede que cuarenta, pero, de cualquier forma, no más.

¿Cómo andan las cosas con la editorial? No he oído nada al respecto. Sería muy importante enviar el manuscrito a Serge lo antes posible para la traducción. Pero previamente habría que entenderse con el editor.

¿No se podría hacer la edición rusa en Petropolis?²⁶³ A buen seguro que el libro lo comprarían los burócratas soviéticos y, también en parte, los emigrados. De cualquier forma, el editor no perdería nada con ello. Me parece que la edición rusa tiene una importancia excepcional.

PD. No respondo a Ciliga ya que su carta es ciertamente estúpida e insolente. Si usted lo juzga necesario puede mostrarle mi crítica. De todas formas, hay que poner en conocimiento de todos nuestros amigos nuestra apreciación de la posición de Ciliga para evitar malentendidos.

[Un libro bastante grueso]. Carta a Simon y Schuster

(5 de junio de 1936)

Estimados señores,

Adjunto el capítulo “La política exterior y el Ejército Rojo”, hasta a página 177 inclusive²⁶⁴. Ya sólo queda un capítulo, pero es importante: “Qué es la URSS. (Una síntesis y un pronóstico)”, así como un apéndice sobre “Los Amigos de la Unión

²⁶¹ La frase no está exenta de ironía teniendo en cuenta que Maxim Lieber trabajaba para el GPU y puede uno imaginarse lo que hacía para “defender los intereses” de Trotsky.

²⁶² La carta dirigida a un “querido amigo” al que Trotsky habla de ‘usted’ está dirigida en realidad a su propio hijo: se trata de una precaución debida a la clandestinidad: León Sedov (1906-1938) era el primogénito de Trotsky y su segunda esposa, Natalia Ivanovna Sedova. A partir de 1928, el hijo renunció a toda actividad independiente para compartir la suerte de su padre y apoyarlo en su trabajo. Lo acompañó a Alma-Ata, después a Turquía, que había abandonado a principios de 1930 para residir en Berlín. Residió en París desde 1933 formando parte del secretariado internacional y editaba en ruso el *Biulleten Opposisii*.

²⁶³ Petropolis era una editorial que había editado fuera de la URSS numerosas obras de Trotsky en ruso.

²⁶⁴ Se trata del manuscrito comenzado como introducción a la *Historia*, manuscrito que Trotsky titulará *Qué es y a dónde va la Unión Soviética* mientras que sub editor francés iba a llamar *La revolución traicionada*.

Soviética” que concierne principalmente al libro de los Webb²⁶⁵, un libro enorme, soporífero y vacío.

Mis previsiones se han visto, pues, superadas. Todavía recibirán ustedes al menos treinta o incluso cuarenta páginas, lo que hará un manuscrito de alrededor de ciento veinte páginas, o sea, más de trescientas páginas impresas, es decir, un libro bastante voluminoso.²⁶⁶

Espero su borrador de contrato para América e Inglaterra, así como sus propuestas sobre la forma y el momento de publicar la segunda edición de mi *Historia*²⁶⁷.

Un cordial saludo.

[Por un nuevo contrato]. Carta a Simon y Schuster

(30 de junio de 1936)

Señores,

De su telegrama hablando de *same terms present contract*²⁶⁸, he entendido naturalmente que significa que ustedes me proponen para el nuevo libro las mismas condiciones que para el antiguo, a saber, el mismo porcentaje sobre la venta y un pago anticipado de la misma magnitud. Pero su carta del 17 de junio me demuestra que aquí hay un malentendido. Desafortunadamente no puedo declararme satisfecho con sus propuestas, mis intereses no quedan preservados en absoluto en este asunto.

Yo les prometí (como deferencia) una introducción para la segunda edición de la *Historia*²⁶⁹. Del trabajo que emprendí al respecto ha nacido un grueso libro completamente independiente que sólo está ligado a la *Historia de la revolución rusa* por el hecho de que los dos libros hablan de Rusia. Pero el primero es una *Historia de la revolución rusa* y el segundo un análisis de la situación económica, social, política, militar y cultural del estado soviético. Este segundo libro, tal y como es ahora, me parece desde muchos puntos de vista más importante que la *Historia*, en cualquier caso, mucho más actual. Trabajo de forma prácticamente ininterrumpida en él desde octubre de 1935 y, para hacerlo, he utilizado numerosos trabajos preparatorias anteriores. Si se tienen en cuentas estas cosas, se puede decir que el libro es el resultado de *dos años* de trabajo intenso. En primer lugar, yo contaba con una prepublicación de la obra, por tanto, con una traducción regular de los capítulos a medida que les llegasen. Por tanto, no puedo hacer aparecer el libro en septiembre, siendo este plazo insuficiente para la prepublicación. Ya les he llamado la atención sobre este punto en mi carta²⁷⁰. Desafortunadamente, ustedes no lo han tenido en cuenta.

²⁶⁵ Sydney Webb (1859-1947) y Beatriz Webb, nacida Potter (1858-1943), que habían sido los inspiradores de la sociedad fabiana y los teóricos del ala más moderada del laborismo británico, tras una estancia en la URSS se habían convertido en verdaderos “compañeros de viaje” del estalinismo y lo acababan de demostrar publicando en 1935 una obra a la gloria de Stalin, *Soviet Communism: A New Civilization?*, cuyas reediciones se harían sin el punto de interrogación del título de 1935.

²⁶⁶ En este trabajo, Trotsky había partido con la intención de redactar una decena de páginas. Pero esta introducción se había convertido en un folleto, pequeño libro y, al fin, en un grueso volumen.

²⁶⁷ Al haberse convertido en libro la introducción ya no había prefacio para la reedición de la *Historia* y este problema permanecía.

²⁶⁸ En inglés en el texto: “mismos términos contrato actual”.

²⁶⁹ Simon & Schuster preparaba una segunda edición de la *Historia de la revolución rusa*. Su traductor, Max Eastman, que estaba interesado en esta reedición, había sugerido una nueva introducción y le dio a entender a Trotsky que sería posible publicarla antes en forma de folleto en una revista.

²⁷⁰ Ver en estos mismos anexos, más arriba: “[Un libro bastante grueso]”. EIS.

También considero impracticable la aparición *simultánea* del libro sobre la Unión Soviética y el de la *Historia*, conteniendo esta última el nuevo libro. En efecto, en este caso solo se compraría el libro sobre la *Historia* y el libro sobre la Unión Soviética contaría con muy pocos compradores²⁷¹. Eso significaría en la práctica que yo les habría entregado ese libro por nada. Desgraciadamente, eso me es imposible.

Sigo estando dispuesto a entregarles la prometida *Introducción*. Pero, en lo concerniente al libro, quiero un contrato completamente *independiente* que garantice la posibilidad e interés de una prepublicación a cargo de M. Lieber (o de la editorial). Tengo una muy interesante propuesta de un editor inglés para este libro. Sin embargo, no he dado respuesta a su carta pues, a igualdad de condiciones, reconozco con mucho gusto la prioridad de ustedes.

Sobre la traducción, les hice saber en mi primera carta que no podía desembolsar ni un *cent*²⁷² para ella. También me veo en la obligación de pedirles que precisen el texto del telegrama que ustedes reproducen en su carta del 17 de junio. Los 1.000 dólares que me han enviado han sido bien calculados por ustedes como pago anticipado para la segunda edición barata de la *Historia*, Eastman ha descontado con justicia 100 dólares²⁷³. Este pago anticipado no tiene la menor relación con mi nuevo libro.

[Condiciones inaceptables]. Carta a Simon y Schuster

(5 de julio de 1936)

Señores,

En la carta en la que me confirman la recepción del último envío de mi manuscrito declaran ustedes que sus condiciones del 17 de junio son definitivas. Ahora bien, en esa carta del 17 de junio dicen ustedes que únicamente se plantean ahora una edición del libro. Me veo, por tanto, obligado a tratar por última vez de poner en claro el asunto.

He escrito *un libro* sobre la evolución de la Unión Soviética, los grandes rasgos de su situación actual y sus perspectivas de futuro. En el presente, tras la aparición del segundo volumen de los Webb y todos los garabatos de Luis Fischer, Duranty²⁷⁴, etc., encuentro mi libro de rabiosa actualidad y sería verdaderamente un crimen hundirlo en mi voluminosa *Historia*. Una vez publicado, será el blanco de todos los “amigos” de la Unión Soviética y, así, producirá mucho mejor sus efectos. En efecto, el libro acaba con la nueva constitución y la predicción de una ineluctable revolución política en la Unión Soviética. Creo que, en total, es más grueso que el primer volumen de la edición inglesa de mi *Historia de la revolución rusa*. Como autor de la obra se me presentan las siguientes posibilidades:

a.- Puedo hacer una prepublicación en los periódicos. El *Saturday Evening Post* pagó al editor Boni²⁷⁵ por la prepublicación la suma de 45.000 (cuarenta y cinco mil) buenos antiguos dólares norteamericanos. Estando dada la situación actual del mercado,

²⁷¹ Simon & Schuster no se mostraba interesado en el libro sobre la URSS en tanto que tal: la solución de arriba significaba, en efecto, la sentencia de muerte para cualquier edición por separado.

²⁷² En inglés en el texto. “Céntimo”.

²⁷³ Eastman había hecho valer ante Trotsky que Simon & Schuster pagaban las traducciones que hacía por debajo de su calificación. Trotsky, que apreciaba a Eastman, al que juzgaba como un excelente traductor, le había cedido el 10% de sus derechos de autor por la traducción de la *Historia*.

²⁷⁴ Luis Fischer (1896-1970), corresponsal de *The Nation* en Europa y, Walter Duranty (1884-1957), corresponsal del *New York Times* en Moscú de 1921 a 1934, Trotsky los consideraba como “compañeros de viajes” agentes conscientes o no, de Stalin.

²⁷⁵ Se trata de la primera edición norteamericana de la *Historia de la revolución rusa*. El editor era Carlos Boni.

sólo contamos con alrededor de 5.000 malos dólares actuales por la prepublicación (el libro es, sin embargo, muy actual y, en cualquier caso, mucho más adaptado a las necesidades de los periódicos de lo que lo estaba la *Historia* en su momento).

b.- La primera edición debe ser una obra en un solo volumen, que se venda alrededor de dos dólares y medio o tres dólares (incluso un poco más). Todo editor interesado en este libro pagaría, ciertamente, al menos 3.000 dólares de adelanto. Después, yo podría contar con una segunda edición y con que el libro me reportaría sumas suplementarias.

A partir de aquí solamente entraría en juego una edición de bolsillo (publicada separadamente o conjuntamente con la *Historia*): pero no es absolutamente necesaria.

Su propuesta significaría que renunciase a todo eso y que pusiese mi trabajo a su disposición únicamente bajo la forma de un *complemento* a la edición barata de la *Historia*. Tal cosa es completamente incomprensible. Cuando sólo se trataba de una breve introducción, ustedes mismos me indicaron que podía hacer una prepublicación. De cualquier forma, para ello hubiera sido necesario que yo dispusiese a tiempo de la traducción. En el presente se trata de un libro importante, ustedes no dicen ni una palabra sobre la prepublicación y, como quieren publicar el libro en septiembre junto con mi *Historia*, la prepublicación queda totalmente descartada.

A menos que se trate de un malentendido, no puedo explicarme el carácter de su propuesta de otra forma más que a causa de que nadie en su editorial lee el ruso, de forma que ustedes ignoran completamente el contenido y naturaleza de la obra y que la consideran, a causa de eso y de forma completamente falsa, como un *complemento* a la *Historia*. Si se tratase verdaderamente de su última propuesta, considero fracasadas las negociaciones y propongo el libro a otro editor. En esas condiciones, no veo la necesidad de enviarles las cincuenta páginas que faltan del manuscrito. Pero quedo dispuesto a poner a su disposición para la *Historia* una introducción de veinte o treinta páginas, con la condición de que ustedes me avisen de inmediato por telegrama de la necesidad de tal introducción.

[Para la edición norteamericana del libro sobre la URSS]. Carta a Sara Weber

(4 de agosto de 1936)

Querido amigo²⁷⁶,

Le envío por la presente cuarenta y cinco páginas de manuscrito: es el fin de mi libro sobre la URSS. Expido a su dirección esta parte de mi manuscrito porque todavía no tengo el contrato con el editor y él no ha respondido aún a mis propuestas. Para mí, la cuestión es de la mayor importancia, como comprenderá usted mismo, y le pido que no transmita mi manuscrito al editor hasta que no reciba mi telegrama “deliver”²⁷⁷. Pero le ruego, además, que me haga el siguiente favor. Puede usted telefonar a Simon & Schuster (intentaré encontrar ahora enseguida su dirección y número de teléfono, desgraciadamente en estos momentos estoy sin Erwin, y dígame lo siguiente: “Trotsky me ha enviado el final de su libro (55 páginas) y correcciones importantes al texto anterior. Está inquieto porque no ha tenido respuesta de usted. Ya le ha escrito a usted que un editor inglés ha entablado negociaciones con él y que le proponer condiciones

²⁷⁶ En efecto, se trata de “querido amigo”, aunque la carta esté dirigida a una mujer. Sara Jacobs, llamada Sara Weber, (1900-1976), nacida en Polonia, emigrada a los Estados Unidos en 1920, había sido secretaria de Trotsky en Prinkipo de mayo a julio de 1933, después en Francia, en Saint-Palais y después en Barbizon de julio de 1933 a enero de 1934.

²⁷⁷ En inglés en el texto, pero con caracteres cirílicos: “remita”.

muy ventajosas: un gran adelanto y un porcentaje que llega hasta el 20%. El editor inglés insiste en recibir una respuesta rápida. Trotsky considera que está comprometido con usted y espera su respuesta definitiva. En cualquier caso, no puede esperar más allá del 20 de agosto. Usted tendrá el manuscrito tan pronto como se logre el acuerdo.” Le pido perdón por causarle una situación embarazosa con esta comisión, pero ahora tengo la posibilidad de dictar en ruso y cuento con su vieja amistad.

Pero esto no es todo. Todavía tengo otra solicitud que hacerle. Lieber²⁷⁸, mi agente literario, se inquieta por la salida de un nuevo libro sobre la URSS cuando todavía no he acabado el libro sobre Lenin. Pienso que formalmente es falso. Dígaselo. Pero en lo tocante al fondo del asunto, que se publique el libro sobre la URSS es para mí la única posibilidad de acabar el libro sobre Lenin. El trabajo de compilación de los materiales ha durado mucho más tiempo de lo previsto. Después vino la enfermedad que, en resumidas cuentas, no me robó menos de un año. Mi colaboración episódica con revistas norteamericanas no ha sido solucionada, como sabe muy bien Lieber. Y no me ha quedado nada que hacer más que trabajar en el libro sobre la URSS que he escrito por partes en el curso de los tres o cuatro últimos años. No se trata de un trabajo nuevo, sino de un nuevo reajuste de borradores antiguos. En verdad, creo que este reajuste me tomará mucho menos tiempo. Pero, como siempre, no es el autor quien domina a la materia, sino que es la materia la que domina al autor. He dedicado a este trabajo seis meses suplementarios. Hoy en día solamente he acabado el libro que, estoy firmemente convencido de ello, me permitirá trabajar tranquilamente y sin interrupción en el libro sobre Lenin²⁷⁹. No tengo otra opción. Le ruego que le explique esto a Lieber o, mejor incluso, tradúzcaselo por escrito. Mañana por la mañana parto a descansar dos semanas, tras lo cual me volcaré sobre el libro Lenin con toda mi energía y una mente fresca. Al fin de cuentas, el editor no puede más que ganar con ello.

He olvidado una cosa más. En la edición francesa de mi libro sobre la URSS aparecerá el título *La revolución traicionada*. El antiguo título, *¿Qué es la URSS y adónde va?* Servirá de subtítulo. El nuevo título lo ha propuesto el editor Grasset²⁸⁰, dado que suena mejor. ¿Puede usted comunicarle esto a Simon & Schuster? Excúseme usted otra vez por estas comisiones. Mis saludos más cordiales a usted y a Luis²⁸¹. La próxima vez le hablaré de otros asuntos. Mi salud es satisfactoria a pesar de un trabajo muy intenso. Confío en no verme obligado a interrumpirme tras haber reposado.

[Hay que darle las gracias a Nikolaievsky]. Carta a L. Sedov

(4 de agosto de 1936)

Querido amigo²⁸²,

²⁷⁸ Maxim Lieber, nacido en 1897, que dirigía en Nueva York una agencia literaria, estaba también (evidentemente Trotsky lo ignoraba) al servicio de la GPU.

²⁷⁹ La versión que Trotsky propone aquí de su libro sobre la URSS es para de cara a un agente literario que reclama el cumplimiento de un compromiso anterior, el libro sobre Lenin. Pero, como hemos visto en otras cartas, no se corresponde con la verdad histórica.

²⁸⁰ Bernard Grasset (1881-1955), editor parisino, era conocido tanto por su talento de descubridor como por su sentido de la publicidad.

²⁸¹ Luis Jacobs, llamado Jack Weber (nacido en 1896), miembro de las juventudes del partido comunista, marido de Sara, se había unido a la Oposición de Izquierda en 1928. Antiguo dirigente del WPUS, había entrado en el Socialist Party con este último.

²⁸² León Sedov (1906-1938), primogénito de Trotsky y Natalia Sedova, militante de la Oposición de Izquierda en la URSS, había escogido acompañar a su padre en la deportación, en el exilio, y había sido su lugarteniente y factótum. Había fijado su residencia en Berlín en 1931 y había trabajado en dirección a la URSS. Tras la victoria de Hitler, encontró asilo en París. Era miembro del SI, responsable de la

Con la presente te envío:

- a) El final del libro *Revolución traicionada* (pp. 178-233).
- b) La lista de las modificaciones que hay que introducir en los capítulos precedentes. Es muy importante llamar la atención del traductor sobre esto (manuscrito y lista de correcciones se han enviado en dos ejemplares).
- c) Una copia de la carta que he enviado a Nueva York a Sara²⁸³ en la que se ve, claramente, dónde están las cosas en lo concerniente a las ediciones norteamericana e inglesa. Pienso entenderme con Simon & Schuster. Pero es posible que haya que tomar al editor inglés como punto de partida. Por eso hay que continuar las discusiones con él.
- d) El extracto de Gide que me has enviado. El traductor podrá necesitar una parte de esta cita.

[El asunto Ferrat]. Carta a van Heijenoort

(5 de agosto de 1936)

Mi querido Van,

Gracias por el opúsculo de Ferrat²⁸⁴. Completamente de acuerdo con usted en la gran importancia sintomática de esta expulsión. Hay que cultivar las relaciones con Ferrat²⁸⁵. Cuando haya leído su opúsculo podré pronunciarme con mayor seguridad.

Ha acabado (¡Por fin!) mi libro sobre la URSS y estoy terriblemente fatigado.

[La edición]. Carta a L. Sedov

(27 de agosto de 1936)

Querido amigo,

Te quejas de no recibir carta de mi parte. La falta no es mía. Escribí cartas inmediatamente después de la explosión del “asunto”. ¿Es posible que hayan ido a parar a la parte de la Costa Azul?²⁸⁶ Estoy muy inquieto porque no recibo novedades del editor inglés. Es muy posible que haya escrito igual que yo, y que no haya recibido respuesta²⁸⁷. La cuestión está candente. El editor norteamericano ha consentido en no servirse del libro como introducción²⁸⁸. De este modo, el libro *La revolución*

“sección rusa” y del *Biulleten Oppositsii* y hombre de confianza de su padre particularmente para las cuestiones de edición.

²⁸³ Ver en estos mismos anexos: “[Para la edición norteamericana del libro de la URSS]”.

²⁸⁴ André Morel, llamado André Ferrat (nacido en 1902), miembro del partido comunista desde 1922, fue secretario nacional de las juventudes y, en la misma época, miembro del comité central del partido en 1925, del buró político en 1927. Había sido delegado del partido en Moscú de 1930 a 1932 y redactor en jefe de *L'Humanité* desde noviembre de 1932 a febrero de 1934. Desde 1933 animaba en el PC el pequeño grupo de oposición clandestina que publicaba, desde 1934, la revista *Que faire?* Ferrat había sido eliminado del BP en el congreso de Villeurbanne, y acababa de ser expulsado del partido. Había publicado en un opúsculo, 2.000 ejemplares, con el título *Carta abierta a los miembros del partido*, las principales piezas del dossier de su expulsión. Van Heijenoort se había reunido con él el 1 de agosto y había enviado el opúsculo a Trotsky.

²⁸⁵ El 3 de agosto, Ferrat se había reunido con una delegación formada por el norteamericano Shachtman, Jean Rous y Boitel del POI. También se había reunido con Raymond Molinier.

²⁸⁶ León Sedov, cuyo estado de salud dejaba cada vez más que desear, había ido durante algunos días a reposar en una pensión familiar de Antibes, donde estaba vigilado diariamente por otro pensionista que trabajaba para el GPU.

²⁸⁷ Trotsky parecía dispuesto a reprocharle a Sedov el silencio del editor inglés.

²⁸⁸ “El libro” (es decir *La revolución traicionada*) debía ser primitivamente una introducción para la reedición de la *Historia de la revolución rusa* por Simon & Schuster (de muy próxima edición en nuestras OELT-EIS).

traicionada deviene completamente libre, al menos para Inglaterra. El editor norteamericano pide solamente que se cubran sus gastos de traducción. Hay que llegar a un acuerdo con el editor inglés lo antes posible. Hay que explicarle que el libro ha adquirido una actualidad absolutamente excepcional y que yo suministraré en apéndice un capítulo nuevo sobre el proceso. El editor inglés debería pagar, sin embargo, su parte en los gastos que ha tenido que hacer el editor norteamericano Simon & Schuster por la traducción. Hay que firmar lo antes posible un contrato por separado con el editor inglés con la condición de que pague inmediatamente al menos 400 libras esterlinas. Tiene que entender que el libro tendrá un éxito sensacional. Te ruego que soluciones este asunto lo antes posible. Puedo enviar inmediatamente un manuscrito ruso completo al editor. Sin embargo, repito, debe comprometerse a cubrir los gastos de traducción, que está lejos de ser completa.

[La edición en inglés]. Carta a Sara Weber

(27 de agosto de 1936)

Mi querida Sara,

He recibido tanto su telegrama como el de Simon & Schuster²⁸⁹. De este modo:
1° La nueva edición de la *Historia* en un solo volumen aparecerá en el sello Simon & Schuster sin la introducción;

2° Puedo disponer de la edición en inglés inmediatamente con la condición que el editor inglés asuma su parte en los gastos de traducción.

Sobre estos dos puntos estamos de acuerdo. Hay que intentar inmediatamente entenderse en cuanto a la edición norteamericana de mi nuevo libro. A pesar de mis reiteradas insistencias, no tenemos ningún contrato con Simon & Schuster. Incluso ni he recibido una propuesta concreta. Simon & Schuster han dejado sin respuesta por lo menos seis o siete de mis cartas, han dejado que el asunto se alargue con la traducción, lo que me ha privado de las posibilidades de hacer aparecer los capítulos más actuales en los diarios y ahora Simon & Schuster comunican en el telegrama que no puede mejorar sus condiciones. ¿Cuáles? No he recibido jamás propuesta concreta para la edición de mi libro sobre la URSS. Reconozco gustoso a Simon & Schuster un derecho de opción, a pesar de que me hayan causado grandes perjuicios con su actitud evasiva. Pero no puedo reconocerles más que el derecho de opción.

No estoy comprometido en lo que respecta al libro. No he recibido nada de adelanto. Los 14.000 dólares que recibí el último otoño representaban un adelanto para la segunda edición de la *Historia*. Simon & Schuster lo han reconocido ellos mismos. Incluso han pagado de esta suma 100 dólares a Eastman, lo que no puede ligarse de ninguna manera con mi nuevo libro puesto que he declarado por adelantado categóricamente que yo no podría pagarle nada por adelantado al traductor²⁹⁰.

De este modo, no me liga ningún contrato²⁹¹ con Simon & Schuster concerniente al libro sobre la URSS. No he recibido de ellos nada en calidad de adelanto. Las dos partes están completamente libres. Yo podría incluso no reconocer los gastos por la traducción puesto que los editores la comprometieron sin haberse comprometido conmigo sobre las condiciones. Pero, naturalmente, estoy dispuesto a solucionar la

²⁸⁹ Trotsky le había encargado a Sara Weber que negociase con la editorial Simon & Schuster, que tenía los derechos de su *Historia de la revolución rusa* y para la que había escrito una "introducción" que se había convertido en *La revolución traicionada*.

²⁹⁰ Max Eastman era el traductor de la *Historia* y había conseguido que Trotsky le cediese el 10% de los derechos de autor.

²⁹¹ Literalmente "tratado".

cuestión de la traducción amistosamente en ambos casos, es decir si logramos llegar a entendernos con Simon & Schuster para el contrato o si debo buscar otro editor. A) No consentiré en aceptar un adelanto inferior a 3.000 dólares. Esta suma debe estar pagada enteramente a la firma del contrato. B) el libro deberá aparecer en tres meses, cuatro como máximo. C) El porcentaje para los primeros 10.000 es el mismo que para la *Historia*. Para los mil siguientes debe ascender hasta el 20%. Si no llegamos a un acuerdo tras esta carta, y le doy a usted plenos poderes para los cambios y adaptaciones secundarios, recupero mi plena libertad ante Simon & Schuster y le ruego que abra negociaciones con otros editores norteamericanos directamente o a través de M. Lieber. Le ruego, mi querida Sara, que acelere este asunto porque tras un año de trabajo, y estando dada la situación excepcional en la que me encuentro ahora, tengo gran necesidad de solucionar su situación financiera. Si Simon & Schuster quieren realmente editar el libro y no solamente ganar tiempo, como ha sido el caso en el último mes, le ruego que les invite a enviarme inmediatamente propuestas telegráficas absolutamente claras y concretas.

[Sobre la edición francesa]. Carta a Victor Serge

(6 de septiembre de 1936)

Querido Amigo V[ictor] Serge,

Le he reenviado a tiempo la primera parte de la traducción que encuentro excelente²⁹². Ahora de lo que se trata es de que aparezca el libro *lo antes posible*. Confío en que el editor comprenda sus propios intereses. El libro es una refutación a priori del proceso de Moscú. Su inmediata publicación sería de la mayor importancia también para el proceso que estoy a punto de entablar (a través de mi abogado M. Michael Puntervold) contra los estalinistas y los nazis noruegos (el único blanco que queda a tiro de mi mano)²⁹³.

Desde aquí me es muy difícil hacer un capítulo suplementario sobre el proceso. Pero si usted cree interesante hacer algunas notas o, incluso, *un postfacio* de traductor, tiene usted por adelantado mi consentimiento: me alegraría mucho esta forma de colaboración. Si usted mismo lo ve oportuno, podría enviarme aquí su postfacio: le respondería inmediatamente.

La salud de Natalia, como la mía, es más o menos satisfactoria. Bien que mal nos arreglamos para trabajar en el nuevo domicilio. Se trata sobre todo del proceso para lo que espero la ayuda activa de todos los amigos, de todos los iniciados, de toda la gente honesta. ¡Este increíble crimen debe ser castigado!

Como le escribí ayer a mi hijo, todos los documentos, testimonios e hipótesis, deben concentrarse en manos de mi abogado Puntervold.

²⁹² Victor Serge había sido encargado finalmente de la traducción en francés de *La revolución traicionada*.

²⁹³ Las actuaciones judiciales se habían emprendido contra *Fritt Folk*, órgano nazi, y *Arbeideren* el diario del PC. A propósito de este último, se puede revelar la brutalidad del giro que había que tenido que realizar en tres días. El 14 de agosto de 1936, a propósito del allanamiento en casa Knudsen, escribía: “Es evidente que la dirección del “Reagrupamiento nacional” está detrás del allanamiento de la casa del periodista Knudsen y es un hecho que el abogado Hjort ha glorificado este acto de bandidismo. Es un hecho que el Regrupamiento Nacional está en relaciones con la Gestapo.” El 17, escribía: “Si los fascistas roban a Trotsky y su casa no es con la intención de perjudicar a Trotsky en tanto que jefe contrarrevolucionario que es y que les dicta. Tienen la intención de golpear al movimiento obrero noruego y al gobierno de la Unión Soviética porque, en su ignorancia, creen que Trotsky todavía está en buenas relaciones con él.” El mismo editorial precisaba a propósito de Trotsky, Zinóviev y Kámenev: “Incluso la muerte y el anonadamiento es una suerte demasiado dulce para esos canallas.”

Los más cálidos saludos para usted y su familia de parte de N[atalia] y de la mía.

[La actitud de Eastman y las dificultades con los editores]. Carta a Sara Weber

(10 de septiembre de 1936)

[...] Escribo en *alemán* a fin de acelerar la censura²⁹⁴. Hace tres días recibí su carta del 28 de agosto...

Me siento obligado (a pesar de cierta repugnancia) a darle las siguientes informaciones concernientes al papel de Eastman²⁹⁵ como traductor.

1.- Mi contrato con los editores de la *Historia*²⁹⁶ me dispensaba de cualquier gasto concerniente a la traducción. Eastman firmó por su parte un contrato con los editores en tanto que *traductor*. Después se dirigió a mi pidiéndome que le cediese *voluntariamente* el 10% de mis derechos.

Su trabajo iba a pagarse, así, dos o tres veces mejor que el mío (he trabajado casi tres años...). Pero no tuve el coraje para decirle *NO* (en este tipo de cuestiones siempre me ha sido muy duro reunir mi coraje). Así que, hasta ahora, le he pagado a Eastman alrededor de cuatrocientos dólares; además, recibía un pago muy elevado como traductor.

2.-Inconsciente de esto, él consideraba la traducción como alguna cosa episódica. Solamente el primer volumen ha sido traducido *bien*. El segundo, y sobre todo el tercero, están llenos de errores (he pedido que los corrija para la nueva edición, pero todavía no he recibido respuesta a día de hoy). Sin embargo, para esta segunda edición, Eastman cobrará además el 10% de mis derechos. Es preciso conocer estas cosas para entender lo que sigue.

3.- En la época de la firma del contrato sobre el *Lenin*²⁹⁷, declaré por escrito que no podría pagar, desgraciadamente, nada al traductor (usted, querida Sara, conoce bastante bien los motivos). Tras la firma del contrato recibí una nueva carta de Eastman: en verdad, él conocía mi decisión concerniente a la traducción, etc., pero, sin embargo, me rogó de nuevo que le cediese una parte de mis derechos. Esta vez respondí (de forma muy amistosa) que el conjunto de la situación hacía que me fuera *imposible* aceptar esta propuesta; que tendría, pues, que contentarme con un traductor menos cualificado, etc. Una nueva carta de Eastman: debería de cederle al menos el 4% de mis derechos. ¿Por qué?... no he obtenido respuesta.

4.- En el intervalo, durante mi enfermedad²⁹⁸, los editores Simon & Schuster han insistido para que prepare una gran introducción para la segunda edición de la *Historia*. Luché internamente con todas mis fuerzas contra esta propuesta. Estaba en el hospital, no sabía cuándo saldría, y, en particular, me pesaba en la conciencia el libro sobre

²⁹⁴ Habitualmente Trotsky y Sara Weber mantenían correspondencia en ruso, pero la oficina de pasaportes no tenía traductor de ruso mientras que, por el contrario, no tenía ninguna dificultad con el alemán.

²⁹⁵ Max Eastman (1883-1969), escritor y profesor, estuvo a la cabeza de la revista *Masses*, uno de los portavoces del ala revolucionaria en el movimiento socialista norteamericano antes y durante la revolución rusa, y había hecho amistad con Trotsky a principios de los años veinte. Las relaciones entre los dos hombres ya no eran lo que habían sido a causa de la evolución política de Eastman, que se alejaba del marxismo, y de los errores de traducción que Trotsky le había reprochado.

²⁹⁶ La *Historia de la revolución rusa* [de inminente edición en nuestras OELT-EIS] había sido editada en los Estados Unidos por Simon & Schuster.

²⁹⁷ El contrato sobre el *Lenin* [de próxima edición también en nuestras OELT-EIS] había sido firmado para Estados Unidos con Doubleday Doran, que había entregado un adelanto relativamente importante.

²⁹⁸ El 19 de septiembre de 1935 Trotsky tuvo que ser hospitalizado en el hospital municipal de Oslo donde estuvo alrededor de seis semanas.

Lenin. Entonces fue cuando recibí una carta de Eastman. La tengo en mis dosieres. Eastman escribe: “*Usted ha escrito tanto en el curso de los últimos años sobre la URSS que no tiene más que poner todo eso en orden, y ese trabajo (la introducción) aumentará de forma considerable la venta de la Historia.*” Y añadía: “Yo traduciré la introducción y aparecerá por entregas en una revista” (le ruego que no olvide usted que Eastman recibía todavía el 10% de mis ganancias con la *Historia*). Cedí a esos argumentos.

5.- Me dije a mi mismo: mientras esté enfermo y no pueda trabajar regularmente, en dos o tres meses como máximo acabaré la introducción sobre la base del viejo trabajo preliminar y ello me dará seguridad financiera para mi trabajo sobre Lenin. Cometí un enorme error de cálculo. La enfermedad resultó ser más persistente y el trabajo más difícil de lo que había imaginado. Me convertí en prisionero de mi propio objeto. No podía hacer un trabajo superficial sobre la URSS. Estaba cada vez más absorbido por el tema (con frenesí y desesperación). Por las noches veía a Doubleday Doran. No obstante, me decía: pero después, enseguida, escribiré con total libertad un buen libro sobre Lenin (el mejor de mis libros). Y para ello me falta tiempo y la segunda edición de la *Historia* me garantizará la seguridad financiera.

6.- La introducción ha crecido y devenido un libro²⁹⁹ que, ahora precisamente, tras el infame proceso de Moscú, reviste para mí (y no solamente para mí) una enorme importancia. Doubleday Doran tiene realmente toda la razón para estar descontento, lo admito. Pero Eastman le escribe “Abandona la esperanza del libro sobre Lenin”, es de un inaudito cinismo. ¿Quiere de este modo apaciguar su mala conciencia respecto a mí? ¡Inaudito!

7.- Estoy dispuesto a darle a Doubleday Doran el libro sobre la URSS *sin ningún adelanto*. El editor inglés paga [...] El editor norteamericano creo que debería de pagar por lo menos [...] ³⁰⁰ Doubleday Doran puede detraer, simplemente, esta suma del adelanto entregado para el libro sobre Lenin. Al mismo tiempo, el contrato sobre el *Lenin* conserva toda su fuerza, es decir que permanezco comprometido a entregar ese libro a D[ouble]day D[oran].

8.- En realidad, no he abandonado o interrumpido mi trabajo ni un solo día; mi mesa está llena de dosieres con las citas, recortes de prensa, manuscritos, trabajo a mitad hacer, etc. *Tengo la obligación frente a D[ouble]day D[oran]. Tengo una obligación más grande todavía frente a Lenin y frente a mí mismo. Escribiré ese libro y será un buen libro.*

9.- Si Doubleday no quiere el nuevo libro (sobre la URSS), que se publique en otra editorial. Estoy dispuesto a devolver el adelanto que recibiré a D[ouble]day D[oran] sin romper por ello por mi parte, sin embargo, el contrato sobre Lenin. Estoy dispuesto a satisfacer de la forma que sea a D[ouble]day D[oran]. Pero deben entender por su parte que mi vida no discurre tan plácidamente como la de un editor norteamericano, y que muy a menudo estoy sujeto a la *fuerza mayor*.

[...] Además, ahora: desde el principio mis condiciones eran que la traducción se haría en paralelo a la recepción del manuscrito, de esta forma muchos capítulos habrían podido ser publicados a tiempo por entregas. Pero Eastman no tuvo en cuenta en

²⁹⁹ La introducción a la segunda edición norteamericana de la *Historia de la revolución rusa* había devenido *La revolución traicionada*. Trotsky no repara en la amarga ironía de este episodio de su vida: la obra que él consideraba como uno de sus trabajos más importantes no vio la luz, parece ser, porque Max Eastman había visto en el proyecto de Simon & Schuster de una reedición con una introducción un medio de aumentar sus propios ingresos.

³⁰⁰ Las cifras mencionadas por Trotsky en su carta faltan en los extractos que poseemos.

absoluto los intereses del autor: de ahí este espantoso retraso en la publicación por entregas y el mismo libro.

[...] *Es necesario que este libro aparezca lo antes posible*; es la mejor respuesta a la infamia de Stalin. Los últimos capítulos son los mejor construidos para ser publicados por entregas. Están traducidos, ¿confío?

[Urgencias]. Carta a L. Sedov

(28 de septiembre de 1936)

Querido Liova,

Te envío (a través de Puntervold) mi carta a la C.A. de F.S.I. – ¡Muy importante! – Muy urgente. – Esperaré tu inmediata respuesta.

Aquí la carta para Marguerite. Conócela. También hay que lanzar la cuestión de Serge.

He cedido la edición norteamericana a Doubleday, el editor de Lenin. Es preciso que el editor inglés se entienda con él para la traducción.

[Urgencias]. Carta a L. Sedov

(24 de octubre de 1936)

1.- El manuscrito ruso de mi libro sobre la URSS, en tres ejemplares, se encuentra desde hace ya casi tres meses en la oficina de pasaportes. Esto significa para mí una gran pérdida material y moral. Además, la incautación de ese manuscrito es *absurda*. El libro está acabado desde hace más de tres meses, incluso se han expedido a Hønefoss cuatro ejemplares, ha sido traducido al inglés y al francés, en una semana aparecerá en francés y en ruso (en Francia). Me reservo el derecho a reclamar una indemnización al estado por esta trapacería, absurda incluso desde el punto de vista de mi internamiento.

2.- Los diarios extranjeros y el *Arbeiderbladet* (órgano del partido gubernamental) me llegan una o dos veces por semana. Solamente he podido tener directamente las *Aftenposten* y el *Tagebladet*. ¿No sería posible que los diarios fuesen enviados directamente a Sundby (por ejemplo, a la dirección del jefe de la guardia) a fin de que los pueda leer a diario, sin lo cual pierden todo interés?

Es necesario recibir de Francia (a través de M. Rosenthal) la lista de los firmantes del *Llamamiento*³⁰¹ con la *caracterización precisa de cada uno de ellos*. Así se podrá ver que se trata de personalidades muy importantes cuya mayor parte todavía ayer mismo estaban en el campo estalinista, y este es un síntoma extremadamente alentador: esto demuestra que los cónsules Bernier y los procuradores Krapp³⁰² no podrán ya de ahora en adelante impedirnos permitir que la verdad se abra camino. Para hablar como Zola (en la época del asunto Dreyfus³⁰³) “la verdad está en marcha, nada la detendrá”.

PD. Ruego se haga copia de la carta adjunta para Rosenthal, se dirijan copias a MM. Bill y Adler.

³⁰¹ Se trata del *Llamamiento a los hombres*, redactado a principios del mes de octubre por Marcel Martinet a instigación de León Sedov.

³⁰² Personajes de las obras de teatro de Ibsen.

³⁰³ Emilio Zola (1840-1902), el novelista, se lanzó al asunto Dreyfus y publicó su célebre panfleto *¡Yo acuso!*, una publicación que marcó el inicio del cambio en la situación.

La carta a la señora Rosmer (para que usted la conozca y para estar seguro de que será verdaderamente enviada. Naturalmente, usted puede hacer copiar *todas* las cartas que expido a través de usted.

Una observación de pasada: Rosmer es el pseudónimo nórdico de un escritor francés cuyo verdadero nombre es Griot. En su juventud estuvo apasionado con Ibsen, y tomó prestado el nombre de Rosmer a él. En los últimos tiempos quería venir a Noruega para conocer a los verdaderos Rosmer. Pero en el presente, tendrá que aplazar un tanto su viaje.

[Informaciones y preguntas]. Carta a L. Sedov

(8 de noviembre de 1936)

Querido Liova,

1.- Parece que los manuscritos del libro sobre la URSS se han enviado por fin (¡con dos meses de retraso! ¡Es preciso explicarlo en el prefacio!).

2.- Recibido el *Libro rojo*³⁰⁴. Tu prefacio es bueno: calma y dignidad. ¡Todo el trabajo adquiere así mucha mejor pinta! Ciertamente que no dejará de tener su efecto.

3.- Hay que enviar al mayor número de gente posible el *Libro rojo sobre el proceso de Moscú* igual que el libro de Serge, acompañándolos de cartas *personales*. Tu podrías escribir cierta cantidad. Como autor, como acusado y como mi hijo. ¿Sabes cómo están las cosas con Jules Romains?

4.- Concedo el mayor interés a un proceso en Suiza en el caso en que las leyes sobre la prensa sean allí favorables: las condiciones políticas son allí las más favorables.

5.- Una parte de mis cartas ha sido incautada por la censura: todavía ignoro por qué.

6.- ¿Has recibido mi carta a Puntervold del 26 de octubre (con la cita de la carta de Burjan)? ¡Muy importante!

7.- Desafortunadamente en *La revolución traicionada* hay bastantes faltas de impresión. ¿Recibiré más ejemplares? Necesito cinco por lo menos.

8.- Gracias por tus flores y felicitaciones, recibidas el 7 de noviembre³⁰⁵... en casa del dentista. Igualmente, dos telegramas desde Praga.

9.- ¿Cómo están las cosas con Tukalevsky? ¿Nada nuevo?

10.- Reenviado el libro de Marx para Nik[olaievsky]. ¿Lo has recibido?

11.- Van me ha prometido escribir mucho. ¡Pero ni una palabra! Los franceses se distinguen por su silencio sistemático.

12.- Adjunto una carta para Zeman: no tengo su dirección.

[¿Cómo reacciona la opinión?]. Carta a Rosenthal

(12 de noviembre de 1936)

Querido amigo,

Le agradezco sus dos cartas, que acabo de recibir con la nota muy amistosa de su padre.

Le he enviado, puede que haga ahora tres semanas, un memorando sobre el proceso especialmente destinado al maestro Rosenmark y al resto. Usted no lo menciona. Sin embargo, sería absolutamente increíble que la censura retenga ese documento que contiene la quintaesencia de mi “defensa” (es decir, de mi acusación a

³⁰⁴ Ver en nuestra serie *León Sedov, escritos: Libro Rojo sobre el Proceso de Moscú*.

³⁰⁵ Recordemos que el 7 de noviembre era el cumpleaños de Trotsky.

los verdaderos criminales³⁰⁶). Le he dado a mi exposición la forma de crítica de algunas afirmaciones de Pritt. ¡Atraigo toda su atención sobre ese documento!

Le ruego que, de ahora en adelante, no me escriba sobre sus gestiones prácticas (búsqueda de telegramas, etc.) pues esta información puede provocarle dificultades añadidas.

En cambio, le ruego que me comunique todo lo que sepa sobre la “influencia” del *Libro rojo sobre el proceso de Moscú*, del panfleto de Victor Serge y de mi *Revolución traicionada*³⁰⁷. Le ruego que me escriba (y que invite a hacerlo al resto) de una forma detallada.

¿No cree usted que debería dirigirme directamente a Victor Basch³⁰⁸?

No todos los firmantes del Llamamiento³⁰⁹ son conocidos en el extranjero. Habrá que preparar una lista con las caracterizaciones de cada uno³¹⁰.

El prefacio de Gide³¹¹ muestra de todos modos un esfuerzo honesto para orientarlo. Ya no se trata de la senilidad beata y conformista de Romain Rolland, ¡en absoluto!

¿Y Jules Romains? ¿Es él el que se mantiene ahora “por encima de la *mêlée*”?³¹²

[Errores]. Carta a L. Sedov

(13 de noviembre de 1936)

Querido León,

Mi libro (*Revolución traicionada*) contiene un error fatal: el prefacio (“Objeto de este trabajo”) está fechado “septiembre de 1936”. Se puede creer que acabé el libro y lo corregí en el mes de septiembre, ¡tras el proceso de Moscú! ¡Es absurdo! Acabé el manuscrito totalmente el 4 de agosto y envié las primeras copias a los traductores el 5 de agosto. “Septiembre de 1936” es la fecha del “PS” de 7 líneas, enviado desde aquí, desde la prisión, en alemán. De una forma u otra hay que rectificar este error deplorable. Ahora el “PS” entra en completa contradicción con el prefacio (“Objeto...”): ello no puede más que producir confusión para mayor ventaja de los enemigos. También hay que preocuparse de que las ediciones checas, etc., no repitan el mismo error. Hay que poner bajo el prefacio (“Objeto...”) la fecha: 4 de agosto, y bajo el Post-Scriptum la segunda fecha (septiembre). *Le concedo a todo esto la mayor importancia.*

No hemos recibido nada del editor inglés. ¿Cómo explicarlo? ¿Algún nuevo malentendido? ¿Quién es, por otra parte, el editor? ¿No te habrás dejado estafar por

³⁰⁶ Sin lugar a dudas el documento lo había confiscado la oficina central de pasaportes.

³⁰⁷ *Libro rojo sobre el proceso de Moscú* (en estas mismas EIS).

³⁰⁸ Victor Basch (1863-1944), antiguo profesor de estética en la Sorbona, desde 1926 era presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, y estaba muy ligado con la política del frente popular.

³⁰⁹ Trotsky ya había señalado esto a Sedov en una carta a propósito de los firmantes del *Llamamiento a los hombres*. En las dos primeras oleadas de firmantes había firmas de escritores (Alain, Paul Rivet, antiguos animadores del comité de vigilancia de los intelectuales antifascistas, Galtier-Boissière, Henry Poulaille, Victor Margueritte, Jean Giono, Paul Eluard, Jacques Prévert, Georges Bataille, Jules Romains), juristas y abogados (Magdeleine y Maurice Paz, Edouard Depreux, Gaston Bergery, Geroges Izard, André Philip), militantes (Marcel Martinet, Georges Dumoulin, Pierre Monatte, Robert Louzon, Louis y Grabielle Bouët, Daniel Guérin, Elie Reynier, Ludovic Zoretti, Maurice Chambelland, Maurice Dommanget), pero ningún “gran nombre”.

³¹⁰ No parece que se hiciese ese trabajo.

³¹¹ Antiguo compañero de ruta del PC, Gide estaba a punto de separarse con la publicación de su *Retour à l'URSS*.

³¹² “Al margen de la refriega”. Jules Romains acababa de firmar, pero en la segunda hornada. Trotsky estaba atento a lo que hacía y decepcionado de que no hubiese firmado en la primera lista. Recordemos que Romain Rolland fue durante la guerra el autor de *Au-dessus de la Mêlée*.

algún aventurero que ha vendido el manuscrito a la GPU? Estoy muy inquieto por toda esta historia: a pesar de la distancia, Sarah³¹³ ha arreglado el asunto con la mayor rapidez.

Tras el atentado contra el archivo hay que esperar otro atentado contra ti mismo. Debes observar ciertas reglas de prudencia.

No recibo nada de Praga. Es posible que se confisquen aquí las cartas sin avisarme. ¿Por dónde van en Praga con su proceso?

Suponía que el nuevo proceso tendría como objetivo corregir “pequeñas” lagunas del primero. Pero no, parece que el segundo proceso se realizará a puerta cerrada (“secreto de estado”): ¡ya no hay peligro pues de poner en escena un nuevo espectáculo infernal!

Excusa: ¡es la tinta del calco!

¿Y la dirección para enviar dinero a Erwin³¹⁴?

[Los libros recibidos]. Carta a L. Sedov

(29 de noviembre de 1936)

Mi querido León,

He recibido el A. Gide y lo he leído con avidez y emoción³¹⁵. He interrumpido a menudo la lectura para comunicarle a mamá mis impresiones. Estos testimonios auténticos de un gran artista me son infinitamente más queridos y preciosos que las más sabias compilaciones atiborradas de dudosas cifras y respetuosas citas. Este mediodía leía en la veranda (completamente aislado, envuelto con las mantas)... y he aquí que he estallado a reír como un loco. Mamá ha venido de otra habitación para preguntarme ¿qué pasa? Simplemente acababa de leer el episodio en el que se le impone a Gide el epíteto “glorioso” por la palabra “destino” (página 73)³¹⁶. Pero mi risa no era más que un medio de liberarme de una humillante vergüenza; he ahí a un escritor extranjero con renombre mundial, un hombre del que se puede aprender mucho (y sobre todo cuando se trata de los epítetos) Pero se le trata a ese huésped excepcional como a un pequeño funcionario domesticado que no puede más que recibir órdenes e instrucciones. ¡Qué “epítetos” no se le arrancará al resto que no son huéspedes ilustres! Y no solamente epítetos. Este pequeño episodio ofrece una sobresaliente clave para muchos “enigmas” que, por otra parte, no tienen nada que ver con el arte.

He recibido cuatro ejemplares de *La revolución traicionada*. Por el momento con esto me es suficiente. Gracias. No soy de la opinión de que la falsa fecha no tenga importancia porque “todo el mundo sabe...”³¹⁷ Todo el mundo no presta atención, eso es todo. Pero desde el momento en que el adversario indica la fecha y saca de ello algunas consecuencias, el autor se ve colocado de golpe a la defensiva... Y el adversario no siempre tiene escrúpulos.

³¹³ Sara Weber.

³¹⁴ Erwin Wolf.

³¹⁵ Trotsky acababa de recibir el libro de André Gide, *Retour de l'URSS*. André Gide había sido durante los años treinta el más conocido de los “compañeros de ruta” francés del estalinismo. Había generado este libro a partir de un viaje oficial en la URSS, de donde volvió particularmente decepcionado. “Por principios” no había querido unirse a los firmantes del *Llamamiento*, pero su libro constituía una considerable ayuda para Trotsky.

³¹⁶ El cartero obliga a Gide a añadir este adjetivo en un telegrama.

³¹⁷ Ver en estos mismos anexos la carta de Trotsky a L. Sedov del 13 de noviembre: “[Errores]”.

He respondido tanto a Rosmer como a Martinet³¹⁸ con cierto retraso a causa de la salud. Apreciamos mucho sus cartas. También he recibido una carta de Naville³¹⁹ muy buena. Le responderé mañana.

Podríamos enviar dinero a Erwin³²⁰ inmediatamente si estamos seguros que el editor inglés enviará el adelanto. Incluso puedes escribirle que envíe desde Londres a Erwin la suma debida (¡toda!) y el resto a nosotros.

Hemos recibido libros de Grasset. ¡Muchas gracias! Pero Van no suelta palabra. ¡He ahí a un amigo taciturno! De todos modos, nuestros mejores saludos para él. – Leyendo Poulaille³²¹, obtengo un doble gozo: conozco su talento y me siento más cerca de la clase obrera francesa. ¡Se lo agradezco calurosamente!

No he recibido ni la edición alemana (ni inglesa) del *Libro rojo*³²². No puedo explicarme este fatal retraso.

Para la edición inglesa y norteamericana de *La Rev[olución] traicionada* habrá que retomar las anotaciones de V[ictor] Serge a la edición francesa: son muy útiles. Al mismo tiempo hay que corregir el prefacio de todas las ediciones. Habrá que escribir necesariamente a Nueva York y Londres sobre el éxito de la edición francesa de *La R[evolución] traicionada* para animarlos a que publiquen el libro lo antes posible.

Mamá te abraza.

[Cuestiones a solucionar]. Carta a L. Sedov

(12 de diciembre de 1936)

Querido León,

Lo que escribes sobre la edición inglesa no es nada satisfactorio. “Buscamos”... “a través de nuestros amigos”. Todo eso no vale nada. Hay que transmitir inmediatamente la edición inglesa al editor norteamericano³²³ (por cable) o a Grasset (10% a Grasset, no más). *Hecha la experiencia, lo exige categóricamente*³²⁴.

En cuanto a M. Basch, hay que darle la espalda y tratarlo como se merece, es decir, como a un canalla. Cualquier otra actitud sería un grave error³²⁵.

Es desolador que *ahora* solamente se discuta de la edición alemana e inglesa del *L[ibro] R[ojo]*³²⁶. Así solo será para los archivos.

En cuanto a J. Romain, puedes escribirle en *tu propio nombre* que, con mamá, seguimos apasionadamente su grandiosa epopeya, *Les Hommes de Bonne Volonté*³²⁷,

³¹⁸ Marcel Martinet (1887-1944), poeta y escritor, miembro del núcleo internacionalista durante la guerra, había sido uno de los primeros comunistas en Francia, antes de verse obligado por la enfermedad a abandonar toda actividad continuada. Había redactado el *Llamamiento a los hombres*. Gérard Roche ha publicado su carta del 11 de noviembre de 1936 en *Cachiers Léon Trotsky*, nº 3, en anexo a su importante artículo “Défense et contre-enquête en France”, páginas 61-108. Rosmer le había escrito el 13 de noviembre.

³¹⁹ Pierre Naville (nacido en 1904) se había adherido al PC en 1926 como opositor y se reunió con Trotsky en Moscú en 1927. Había sido uno de los fundadores de la sección francesa y a menudo en conflicto con Trotsky. Era uno de los dirigentes del POI.

³²⁰ Erwin Wolf.

³²¹ Henry Poulaille (1896-1980), de origen obrero, partidario de la “literatura proletaria” y marcado por la tradición sindicalista revolucionaria, había escrito en particular *Le Pain quotidien* (1930) y *Les Dames de la Terre* (1935). Había firmado el *Llamamiento*.

³²² *Libro Rojo sobre el Proceso de Moscú*, en nuestra serie *León Sedov, escritos*.

³²³ Se trata de *La revolución traicionada*, en nuestras *OELT-EIS*.

³²⁴ Trotsky pensaba que se había jugado demasiado tiempo al escondite con el editor inglés.

³²⁵ Sedov pensaba que había que continuar argumentando con la Liga de los Derechos del Hombre, lo que Trotsky no compartía.

³²⁶ *Libro Rojo del Proceso de Moscú*, en nuestra serie *León Sedov, escritos*.

que, naturalmente, no estoy de acuerdo con Strigelius, pero estoy impactado por sus dotes de penetración y perspicacia³²⁸, total, que el autor del *Crime de Quinette* está completamente indicado para descifrar y sacar a la luz [*sic*] otro crimen, mucho más formidable, y que creo que semejante tarea estaría absolutamente a la altura de Strigelius. El libro escrito sobre este otro crimen viviría eternamente. Todo ello en tu propio nombre, como mis opiniones a su vez.

PD. ¿Estás seguro de que vale la pena mudarse de casa? Los ladrones descubrirán en dos días tu nueva dirección. Pero tu verás las cosas más claramente desde ahí que nosotros desde aquí. Escríbele a Poulaille lo que te he dicho en mi última [carta]³²⁹.

[Preparativos de un incierto viaje]. Carta a L. Sedov

(18 de diciembre de 1936)

Querido León,

Preparación para el viaje sin certidumbre, sin embargo, de que llegue a ser verdaderamente posible. Se verá.

Mamá se ocupa de nuestros libros. Tratamos de encontrar y devolver todos los libros prestados³³⁰. Ayer se envió un paquete a *Pfemfert*. Tenemos no pocos libros de *Burian*. Imposible enviarlos por correo: se encontrará una solución menos costosa. Hay algunos libros ingleses de Amédée Dunois (veo en *Le Populaire* que ha vuelto de su viaje por América). Le entregaremos los libros tan pronto como hayamos acabado de inspeccionar toda la “biblioteca” (muy pequeña, por otra parte). No conozco la dirección de Dunois, pero me podría servir bastante la de la pequeña Yvonne (nuestros mejores saludos para ella): es mucho más exacta para los encargos que tú, mi querido amigo.

Aquí toco directamente la cuestión de la edición inglesa de mi libro. Te escribí sobre no dejarle a Grasset más que el 10% como comisión. Después de haber reflexionado, veo que esta restricción no es seria (es de tal importancia que el libro se publique por un *buen y sólido* editor que estoy dispuesto a ceder al abogado *todos mis honorarios además de todas las indemnizaciones*). Sería completamente mezquino tergiversar sobre los porcentajes cuando se trata de *salvar* el mismo libro. Tu última carta es tan vaga al respecto como todas las precedentes³³¹. “La lucha con el editor”, etc. –todo eso no son más que frases. Exijo categóricamente que la cosa pase a manos *experimentadas e interesadas* (nada de “amigos” vagos, ¡no, no y no!) No quiero diletantismo en este asunto que supera de lejos todas las consideraciones secundarias, sobre todo materiales. *Esperaré una respuesta a esta carta completamente clara, con*

³²⁷ “Los hombres de buena voluntad”. En esa fecha, habían aparecido doce volúmenes del gran fresco histórico que debía contar con veintisiete.

³²⁸ El personaje de Strigelius es el de un poeta hermético, secretario particular del director del Banco de la Unión Europea (cuya posición se corresponde con la del poeta y escritor Paul Valéry, que era secretario particular del administrador de la agencia Havas). En *Montée des Périls* (vol. XI, “Aumento de los peligros”), Strigelius explica cómo los grupos financieros fabrican la psicosis de guerra comprando periódicos y periodistas. Maurice Rieuneau, en su libro *Guerre et Révolutions dans le roman français 1919-1937*, estima que Jules Romains se inspiró en Paul Valéry para su Strigelius. Escribe que el punto de vista de este último podría ser “el de un militante apasionado”, pero que en la novela no es más que el menos comprometido de los testimonios. Esto puede explicar que Trotsky, a pesar de “no estar, naturalmente, de acuerdo” con Strigelius, esté impactado por “sus dotes de penetración y perspicacia”.

³²⁹ Una vez más, Trotsky expresa su convicción de que Jules Romains podría (y debería) ser el Zola del nuevo “affaire [asunto]”, pero esta vez directamente al mismo interesado.

³³⁰ Trotsky ya había escrito el día anterior en el mismo sentido a Yvonne Carillon.

³³¹ Se acumulan los reproches.

nombres, fechas, copias de los contratos con el abogado, etc. Lo primero es hacer publicar el libro *lo antes posible* por un buen editor.

He recibido la nota de Van con los recortes. Muchas gracias. ¿Qué hace? Veo que se mantiene como “gerente”. Este no es un oficio sólido como parece.

Espero con impaciencia el Boletín del “Comité para la investigación sobre el proceso”. Se olvida a menudo enviarme cosas importantes. Así, no tengo *Les Humbles*³³².

¿Tienes mi carta número 5 con la enumeración de los errores de la primera tirada?³³³

¡El hecho que, por fin, se haya recibido el telegrama de mamá a Herriot y la orden telegráfica de éste a Berlín, concerniente a tu visa para Francia, *tras* nuestra estancia en Copenhague es una magnífica victoria! Nos alegramos enormemente.

Mis mejores saludos

Tu papá

[Informaciones e interrogantes]. Carta a L. Sedov

(1 de febrero de 1937)

Ayer recibimos los documentos adjuntos a tu nota informando de que habías padecido una pertinaz gripe. Está bien que estés recuperado y confío en que nuestra correspondencia será más regular y, sobre todo, más concreta³³⁴. Todavía no sé si has recibido el libro de Eastman con una larga carta sobre Pritt y Rosenmark³³⁵. Nos inquieta mucho la suerte de ese libro y esperamos noticias de tu parte, aunque sólo sea un telegrama³³⁶. Pero ni una palabra sobre ello en tu última carta. Si la has recibido, ¿has podido servirte de la carta? ¿Se ha publicado de una forma u otra?

No enviar los testimonios de los franceses, daneses, etc., es, simplemente, un crimen. Aquí el asunto puede marchar tan deprisa que de aquí a dos o tres semanas la comisión de investigación norteamericana podrá comenzar sus trabajos. Todavía no tengo las copias de los telegramas de Herriot para tu visado³³⁷, ni la foto de tu visado estampada en tu pasaporte. ¿A quién hay que dirigirse para eso? Tengo la impresión de que vosotros no tenéis ni una brizna de organización, que todo se hace, por uno u otro, a tenor de la iniciativa personal.

No dices ni una palabra sobre la suerte de las ediciones inglesa y rusa. A la espera, esta cuestión me inquieta mucho. Cuando recibas el primer pago del editor inglés repartirás la suma: te guardas la mitad para ti y me envías el resto.

¿Qué hay de la nueva edición de *La revolución traicionada*? Supongo que los 8.000 primeros ejemplares han debido difundirse. ¿Qué espera el editor para hacer una nueva tirada? ¿No hubiera sido posible hacer una edición más barata, accesible a los trabajadores?

³³² Esta revista, que dirigía Maurice Wullens, acababa de consagrar un número especial al proceso.

³³³ Ver en estos mismos anexos: “[Errores]”.

³³⁴ Estos dos primeros párrafos descubren un descontento mal disimulado: el conflicto entre padre e hijo estalla en la extremada tensión del trabajo contra los procesos.

³³⁵ Ver en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*: “Yo acuso a D.N. Pritt y R. Rosenmark”.

³³⁶ Trotsky consideraba ese texto como importante. Sedov responderá por carta.

³³⁷ Se trata de los telegramas de Natalia Sedova a Herriot y de Herriot al cónsul de Francia en Berlín que probaban que León Sedov se había reunido con sus padres en 1932 en Francia, no en Copenhague, adonde no había viajado.

Pasemos ahora a mi último libro³³⁸: gracias al nuevo proceso de Moscú está muy avanzado; incluiré en él, cuando los reciba, una serie de artículos y comunicados periodísticos en forma de capítulos o mejor de “días”, pues todo el libro está escrito como un diario. En total habrán no menos de 300 páginas (texto francés). Puedo enviar los capítulos al traductor inmediatamente después de recibir el telegrama de París. El libro ya está de hecho preparado, sólo queda que aportar algunas correcciones y mecanografiarlo. Para eso será suficiente con menos de un mes, todo dependerá después del traductor y de la rapidez del trabajo del editor.

Sea como sea, el libro debe salir en primavera. Será accesible para todos; además, trata un tema dramático y candente, su éxito parece, pues, asegurado de antemano. Por otra parte, un editor inteligente lo entenderá sin ayuda de nadie.

La reacción de la opinión pública norteamericana ante los procesos es, simplemente, fantástica. Todos los diarios, salvo el semanario estalinista, publican diariamente mis comunicados, que de hecho son verdaderos artículos. La simpatía de la población está completamente de mi parte en lo concerniente a los puntos decisivos. Los estalinistas están completamente aislados y desamparados. Hoy mismo, un periodista que se ha reunido con ellos ha informado de uno de sus juicios: “hay que admitir que Trotsky ha logrado desorientar a la opinión pública de la clase obrera mundial.” ¡La confesión es en verdad extraordinaria!

He hecho circular no pocos comunicados en la prensa norteamericana. Hoy se ha publicado en 25 diarios simultáneamente un gran artículo de Roy Howard, el mismo que entrevistó a Stalin hace ahora año y medio. Por tanto, esta campaña debería tener consecuencias muy importantes. Personalmente no puedo imaginar qué actitud adoptará esa camarilla ante semejante bombardeo.

¿Cómo reaccionan los periódicos franceses? ¿Han publicado, aunque solo sea, algunos extractos de mis artículos y comunicados?

En Nueva York se celebrará el 14 de febrero³³⁹ un gran mitin (4.000 personas) al que me dirigiré desde aquí por teléfono. Se tratará evidentemente del proceso de Moscú puesto que me abstengo rigurosamente de cualquier injerencia en la política norteamericana. El objetivo de este mitin es la creación de la comisión norteamericana de investigación.

Gozo de buena salud a pesar del encarnizado trabajo, o puede que gracias a eso. Mamá está completamente curada de su malaria, pero estos últimos días está agudamente agripada. En conjunto, tanto el clima como la comida (legumbres, frutas) superan cualquier elogio. Qué suerte haber podido llegar a México antes del inicio del nuevo proceso de Moscú. Como te he escrito, tengo una colaboradora rusa y, por tanto, por esta parte toda marcha maravillosamente bien. En esos momentos, además de Van, está conmigo Wolfe, un camarada norteamericano. Jan [Frankel] llegará en cualquier momento. Entonces tendré el secretariado ideal. Esto es todo por el momento.

El comité norteamericano existe y actúa; ha devenido una fuerza política. No sé nada decisivo en cuanto al comité francés. Desde Oslo me llegan importantes ecos, pero de París nada.

Aquí únicamente tengo un solo ejemplar del *Libro rojo*. ¿Es posible que nadie en París haya pensado cuán importante es suministrar a los mexicanos el *Libro rojo*, el folleto de Serge, los llamamientos del comité francés, etc.?

³³⁸ Se refiere a *Los crímenes de Stalin*, que próximamente editaremos en estas mismas Obras Escogidas de León Trotsky en español.

³³⁹ Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#): “[Discurso para el mitin de Nueva York] (Me juego la vida)”. EIS.

[Sobre la edición norteamericana]. Carta a H.E. Maule

(2 de febrero de 1937)

Estimado Señor Maule³⁴⁰,

Su carta del 26 de enero me ha supuesto el peor de los golpes. Estaba completamente seguro de que el libro se publicaría en los próximos días. Envié mi manuscrito al señor Eastman, capítulo a capítulo, con la seguridad de que él lo traduciría a tiempo para permitir su publicación por entregas³⁴¹. Desgraciadamente, este no ha sido el caso. Tengo que renunciar a la publicación por entregas y ello constituye la parte más importante de mis derechos. Pero esto no es todo. Incluso si abandono todos mis intereses en una publicación por entregas (lo que hago), el libro no puede publicarse antes de marzo. Esto significa, simplemente, asesinar el libro. Tras la gran concentración de atención en el “trotskismo” durante las últimas semanas, es inevitable una reacción y el libro se publicará justamente en los momentos de esa reacción.

Usted habla en su carta de determinados métodos técnicos de publicidad. Pero la publicidad que he hecho con mis artículos y declaraciones en la prensa norteamericana es suficientemente importante. No puedo hacer nada si el señor Eastman impide la publicación del libro a tiempo.

En ningún caso puedo retirar la fecha de mi introducción³⁴². Esta no es una cuestión de “interés histórico”. La cuestión es esta: he escrito ese libro *después* de los sucesos (los procesos de Moscú) o *antes*. Los capítulos consagrados al régimen interno adquieren su valor, precisamente, a causa de que se han escrito antes de los procesos. La única cosa que puedo proponerle es esta: eliminaré la fecha y el post scriptum de la introducción, pero escribiré una corta introducción nueva (más exactamente pre-prefacio) de una página en la que indicaré que el libro fue escrito antes de los procesos de Moscú y que esta circunstancia no le resta nada a su actualidad, sino todo lo contrario. Le ruego que me telegrafié si acepta usted esta propuesta de pre-prefacio. Haré que se traduzca aquí para evitar nuevos obstáculos. Per en ningún caso puedo inducir al lector a error omitiendo simplemente la fecha.

Ahora, en cuanto a mi nuevo libro sobre los procesos de Moscú³⁴³, la traducción debe comenzar *inmediatamente*, con el objetivo de acabarla en cuatro o cinco semanas: es el tiempo necesario para corregir y mecanografiar el manuscrito que está ya terminado. No puedo esperar a que el editor haya “examinado” el conjunto del manuscrito. No pido dinero teniendo en cuenta que la traducción no está acabada. En cualquier caso, hay que publicar el libro antes de abril.

Dudo que pueda usted aceptar estas condiciones, sobre todo que los dos libros aparezcan al mismo tiempo. Si, contrariamente a mis suposiciones, acepta usted el nuevo libro, debo tener un traductor que preste atención a mis intereses e instrucciones. El señor Eastman es un autor demasiado eminente para ser un traductor atento.

Juzga usted necesario repetir que, teniendo en cuenta su “importante inversión” en el libro sobre Lenin, está usted “impaciente” por verlo terminado. Siento decirle que me impacientan un poco esos recordatorios. Estoy dispuesto a resarcirle de su inversión con intereses.

³⁴⁰ H. E. Maule (1886-1971) era el director de la editorial Doubleday & Doran que tenía que editar *La revolución traicionada* en Estados Unidos.

³⁴¹ La prepublicación en revistas era más rentable financieramente que los derechos de autor.

³⁴² La introducción de Trotsky llevaba la fecha de su redacción: 4 de agosto de 1936, y el editor deseaba suprimirla pues, según él, “databa” la obra.

³⁴³ *Los crímenes de Stalin*.

[Cuestiones financieras]. Carta a W. Held (Epe)

(3 de febrero de 1937)

Mi querido Epe³⁴⁴,

Le agradezco calurosamente su intervención en mi favor. He enviado los dos telegramas indicados, uno para el abogado Støylen³⁴⁵, concerniente al asunto de los impuestos y el otro para usted mismo, y concerniente al asunto Puntervold.

Sé muy bien que está usted perfectamente al corriente de ambos asuntos, pero, sin embargo, quiero hacerle llegar algunas consideraciones o detalles que podrían escapársele.

Sobre los impuestos. El internamiento me privó durante cuatro meses de cualquier posibilidad de trabajar y ganarme la vida. Al mismo tiempo, el gobierno me hizo pagar por mi pensión dos veces y media más caro de lo que pagaba cuando estábamos hospedados por la excelente familia Knudsen. Bajo esas condiciones, gasté el resto de los honorarios ganados anteriormente.

Aunque mi presencia en Noruega era muy conocida desde hacía un año, jamás ninguna autoridad me solicitó pago de impuestos. Toda esta historia comenzó después de que enfermase. M. Puntervold me declaró que no tenía nada que pagar, puesto que no tenía ningún capital y porque cubría mis gastos gracias a ingresos muy modestos que recibía del extranjero.

Por mis honorarios yo he pagado en impuestos en los países de origen: 10% a los EEUU, 10% a Francia, 22,5% a Inglaterra. En Noruega sólo gané 5.000 coronas por mi autobiografía.

Presenté todos esos datos y explicaciones a través del señor Puntervold y una relación de mi editor Simon & Schuster, relación en la que se indicaba los impuestos detraídos por Estados Unidos. Si el municipio en cuestión no recibió mis explicaciones y la relación debe achacársele al señor Puntervold. Por otra parte, pedí que se me devolviese lo antes posible la relación de Simon & Chuster, que necesitaba. El señor Puntervold no lo hizo nunca.

Aprovechándose de mi internamiento y de la falta de experiencia de mi hijo, un editor inglés se apoderó de mi manuscrito *La revolución traicionada* sin haber pagado hasta el momento nada por ello. No sé si los editores checoslovacos, holandeses y otros han roto las negociaciones a causa del gran retraso en la entrega del manuscrito. Ver el § 4 más abajo.

Sobre el asunto de mi abogado Puntervold. Me visitó por primera vez en los últimos días del mes de agosto, todavía en Weksal, con el proyecto de denuncia ante el tribunal contra los fascistas y estalinistas. Yo aprobé el texto. Me dijo: “mañana lo registro ante el tribunal”. Cunado me visitó después de dos o tres semanas en Hurum respondió de forma positiva, pero muy confusa, a mi pregunta sobre si ya se había dado el primer paso. No insistí, tanto por educación como, también, por ignorancia de los procedimientos jurídicos en Noruega. En realidad, dio ese primer [paso] a fines del mes de septiembre o comienzos del mes de octubre, con el pretexto de la ausencia de Oslo del redactor estalinista, cosa que me pareció incomprensible y ridícula.

³⁴⁴ Trotsky escribe aquí el verdadero nombre de su colaborador alemán de Noruega al que de ordinario llama por su alias de guerra, Held.

³⁴⁵ Andreas Støylen (nacido en 1896) era el abogado contratado por Epe desde que su predecesor Puntervold, no teniendo bastante con no haber hecho nada en cuanto a la situación fiscal de Trotsky, había bloqueado, además, su cuenta con el pretexto de sumas que reclamaba como honorarios.

A principios de septiembre, la situación de cara al juicio era mucho más favorable que cuatro o cinco semanas más tarde. No sé si el gobierno se habría atrevido a interrumpir un juicio ya en marcha. En cualquier caso, la pérdida de tiempo en este asunto no tiene excusa.

El señor Puntervold me hizo cinco o seis visitas, carentes absolutamente de valor para mí: jamás estaba al corriente del asunto. Siempre se encontraba en un estado demasiado agitado como para entenderme bien y, sobre todo, acordarse de sus obligaciones y promesas³⁴⁶. Ni una sola vez he logrado nada a través del señor Puntervold.

La censura ha retenido tres copias del manuscrito de mi libro *La revolución traicionada* durante dos meses (en Inglaterra, Checoslovaquia y Holanda), a pesar de que dos copias de ese manuscrito ya habían sido envidadas antes de mi internamiento a Francia y USA. El señor Puntervold había olvidado, simplemente, comunicar ese hecho al Central Pass Kontor, igual que también había olvidado decirme que el manuscrito todavía no se había enviado. Esta era su forma de actuar. Venía a visitarme solamente para recibir 1.000 coronas.

Repito: no sabía nada del juicio. Sobre el excelente análisis de usted sobre la declaración de Olberg, me dijo una vez: “he escrito con Epe un análisis, etc.” Solo reaccioné con una sonrisa para mis adentros. ¿En qué consistía, pues, su trabajo? En cinco o seis visitas como máximo. Junto con mi esposa, recibimos en las mismas condiciones visitas de los mejores médicos, que honraron verdaderamente a la medicina noruega. Por cada visita sólo reclamaban una modesta suma, de 60 u 80 coronas. Eso arrojaría para el caso del señor Puntervold entre 400 o 500 coronas, más los gastos postales y las llamadas telefónicas. Prácticamente no hizo nada, dejando por completo en mis manos y las de mis amigos lo concerniente al juicio.

En los primeros tiempos habló de 5.000 coronas por el juicio en primera instancia. Sin embargo, no hubo ningún juicio (hasta cierto punto a causa de su negligencia). Incluso cuando tuve que declarar en calidad de testigo ante el tribunal de Drammen ni se acercó para instruirme en las particularidades del procedimiento noruego, a pesar de su promesa al respecto. No sé cómo el señor Puntervold puede explicar lo que ha hecho para facilitar mi situación en Noruega o para ayudarme a perseguir a mis calumniadores.

Cuando se planteó la cuestión de México, las comunicaciones telefónicas con el señor Puntervold fueron hasta tal punto confusas que incluso corté una conversación con él para no dejarme enredar y me dirigí directamente al gobierno a través del *Hauptmann*³⁴⁷ Jonas Lie: al menos estaba seguro de que aquello que yo diría se transmitiría de una forma exacta.

Es penoso escribir todo esto, mi querido Epe. Estando en Hurum todavía, me escribieron algunos amigos que conocían mi difícil situación financiera: “Pero, tras la prohibición del juicio, Puntervold le devolverá por lo menos la mitad de la suma que usted le ha pagado.” Me limité a encogerme de hombros: no valía la pena plantear esta cuestión. Pero nunca esperé, jamás, este brutal golpe de fuerza descargado por Puntervold con ayuda del gobierno. Llamo su atención sobre el hecho que, en vísperas de nuestra partida, el Central Pass Kontor nos hizo saber que, por motivos técnicos, era imposible recibir nuestro dinero del banco y que se nos enviaría al día siguiente por telégrafo a México. Solo llevábamos encima 100 coronas, precisamente para pagar al camarero y cocinero del barco. Para agradecer un poco al personal de equipajes tuvimos

³⁴⁶ Más tarde Trotsky, menos diplomático, escribirá que Puntervold no era más que un “viejo borracho”, lo que de hecho se aproximaba más a la verdad histórica.

³⁴⁷ En alemán en el texto original: “capitán”.

que pedir prestados 30 dólares a nuestra llegada y pusimos pie en tierra sin un céntimo. Solamente la extraordinaria hospitalidad de las autoridades mexicanas no libró de dificultades casi insuperables durante los primeros momentos.

Le he escrito esta vez sobre este penoso asunto. Muy pronto le escribiré sobre nuestra vida aquí.

[Más sobre las ediciones]. Carta a Sara Weber

(12 de febrero de 1937)

Mi querida amiga,

No he recibido respuesta del señor Maule de Doubleday Doran. Debo interpretar esto como una respuesta negativa al respecto de mi nuevo libro. Tengo otra propuesta muy seductora y si, el 18 de febrero, no tengo respuesta, firmaré el contrato. Necesito repetir lo que ya he dicho: caso que hiciese falta comparecer ante alguno, ningún tribunal considerará que le sea posible a un ser humano normal escribir un libro calmado, histórico, sobre Lenin³⁴⁸, en el mismo momento en que él, el mismo autor y su familia, están bajo los golpes de acusaciones únicas en la historia del mundo. Para asegurar la posibilidad de escribir un libro sobre Lenin, debo vivir. Para vivir, debo tener asegurado el derecho de asilo y una elemental seguridad: tengo que rechazar esas horribles acusaciones. Mi libro *La revolución traicionada* concierne a la preparación de esas acusaciones, y mi nuevo libro, a esas mismas acusaciones. Estaba, y estoy, dispuesto a ofrecer a Doubleday Doran todas las satisfacciones posibles, pero solamente dentro de los límites de las posibilidades humanas. No comprendo que se limiten a repetir que han invertido dinero y que, a pesar de todos los acontecimientos, debo escribir el libro sobre Lenin. Los intereses de los editores son legítimos, pero los editores deben también tener en cuenta los intereses del autor, que son en este caso infinitamente más importantes y decisivos.

También quiero discutir aquí la cuestión del señor Lieber que ha respondido a una carta del *New York Times* sobre la reproducción de determinados capítulos de mi libro sobre Lenin como si no fuera mi agente, sino mi contra-agente³⁴⁹. A la vista de esto, es necesario aclarar la situación. Desde Noruega he intentado colocar los capítulos de *La revolución traicionada* por entregas, con la ayuda del señor Lieber (los primeros capítulos fueron enviados al traductor hace más de un año). Jamás he recibido respuesta clara del señor Lieber y ahora todo el asunto se ve comprometido y debo renunciar a los derechos de la edición por entregas. Tengo que evitar la repetición de la misma historia con el libro sobre Lenin. Por ello creo necesario definir el estatus legal del señor Lieber en este asunto.

[El nuevo libro]. Carta a Harper & Brothers

(20 de febrero de 1937)

Señores,

Les envió aquí otra sección del manuscrito a fin de ofrecerles una idea general del libro. Durante este tiempo espero sus propuestas definitivas para el contrato.

³⁴⁸ Las ediciones Doubleday Doran insistían desde 1935 para que Trotsky diese prioridad a la ejecución de su contrato con ellos por el que se había comprometido a redactar su libro sobre Lenin.

³⁴⁹ Trotsky comienza a tener sospechas sobre Lieber.

Naturalmente ustedes saben que Doubleday Doran & Co. van a publicar en marzo mi libro *The Revolution Betrayed* [La revolución traicionada] que es una introducción teórica al nuevo libro (se llamará *The Crimes of Stalin* [Los crímenes de Stalin³⁵⁰]). La cuestión es saber si la aparición de dos libros, uno seguido de otro, no será perjudicial para el segundo. Sin embargo, confío en que éste no será el caso. Hasta donde puedo juzgar sobre cuestiones de traducción, impresión, etc., el nuevo libro no podrá aparecer hasta mayo, dos meses tras la publicación del primero. Durante ese tiempo, Moscú preparará un nuevo proceso y el interés por la cuestión volverá a ser muy vivo. En cierto sentido, un libro apoyará al otro, con casi esta excepción: que el nuevo libro está escrito para un público incomparablemente más vasto.

En caso que firmemos el contrato, mis amigos de Nueva York proponen como traductor al señor Usick Vanzler³⁵¹. En el pasado tradujo muy bien mis libros para Pionner Publishers. Estoy seguro de que traducirá muy bien el nuevo libro y en el tiempo más corto posible. Les propongo su candidatura.

Max Eastman, interprete³⁵²

(23 de febrero de 1937)

Max Eastman, traductor de mi último libro [*La revolución traicionada*], declaró, en una entrevista publicada en el *Sunday Times*, al menos hasta donde pudo averiguar, que el libro identifica al régimen soviético con el fascista. Esa es posiblemente la opinión del señor Eastman, pero no la mía. No soy responsable de las interpretaciones de Max Eastman. Espero que mis ideas resulten más comprensibles para mis lectores que para mi traductor.

[La cuestión del agente literario]. Carta a H. E. Maule

(2 de marzo de 1937)

Estimado M. Maule³⁵³,

M. Lieber³⁵⁴ ya no es mi agente literario, ni para el libro sobre Lenin ni para ninguna otra obra literaria mía.

Si está usted dispuesto a convertirse en el representante de mis derechos en el extranjero para la *Revolución traicionada* y los derechos de publicación en serie del libro sobre Lenin, esa sería la mejor solución para esta cuestión.

³⁵⁰ De próxima edición en nuestras OELT-EIS.

³⁵¹ Trotsky sigue con las confusiones sobre las identidades. Si Vanzler es seguro el apellido del traductor, "Usick" es, en cambio, el sobrenombre familiar, no el nombre.

³⁵² Tomado de *Escritos, Tomo VIII, Volumen 2*, página 64 del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

³⁵³ Henry Edwar *Maule* (1886-1971), dirigía la editorial Doubleday Doran, en la que había entrado en 1907.

³⁵⁴ Maxim *Lieber* (nacido en 1897), agente literario en Nueva York que había lanzado, especialmente, a Erskin Caldwell a inicios de los años treinta, era conocido como miembro del PC y de los clubs John Reed cuando se convirtió, anteriormente, en agente literario de Trotsky. Sería desmascarado tras la guerra, en los asuntos Chamber y Hiss, pero no parece que se le cuestionase en lo concerniente a su papel en relación con Trotsky. Lo que levantó las sospechas sobre él fue su negativa a colaborar en la campaña contra los procesos entregando las cartas de Trotsky.

[Recomendaciones]. Carta a L. Sedov

(29 de abril de 1937)

Querido amigo,

1.- La causa del retraso concerniente al contrato con Grasset es que he tenido que rechazar la edición norteamericana de mi libro por la próxima aparición de las actas de la comisión de investigación: una parte importante del libro la forma mi “discurso final”³⁵⁵, discurso que se añadirá a esas actas³⁵⁶. Te he enviado un telegrama en este sentido porque que he pensado que la edición norteamericana de las actas no debería obstaculizar la edición francesa del libro.

2.- Hace dos días te enviamos el manuscrito del “discurso final”, que tendrá que constituir la última parte del libro *Los crímenes de Stalin*. He introducido en el “discurso final” algunos capítulos de la primera parte, tras algunas modificaciones importantes. Además, Victor Serge tendrá que verificar la traducción para conceder su acuerdo al texto definitivo.

Habrán algunos capítulos suplementarios, que te envié hace tiempo, a colocar entre la primera parte y el “discurso final”. Ya están hechos, pero necesitan revisión. Confío en poder enviarlo todo de aquí a dos semanas. ¿Tendrá tiempo Grasset para publicar el libro antes de las vacaciones? Estaría muy bien, pero hay pocas esperanzas en ello.

La cuestión de la edición inglesa debe resolverse en los próximos días. Como te indiqué, he tenido que rechazar la edición norteamericana a causa de la publicación de las actas. Por tanto, no he firmado mi contrato con el editor. No hay, pues, ningún compromiso de cara a la edición inglesa, que se le podría proponer a Faber (me parece que se llama así). Por el momento, espero saber si la comisión decidirá publicar el informe estenografiado en Inglaterra; si no lo hace, podrás proponerle el libro a Faber. Recibirás ciertamente un telegrama mío al respecto antes de esta carta.

La traducción inglesa ya está hecha (excepto los capítulos no acabados, evidentemente) y se te enviará uno de estos días.

3.- ¿Ya ha salido la edición inglesa de *La revolución traicionada*? No he recibido un solo ejemplar. Como se ha producido mucho retraso en la salida de este libro, temo que Faber no pueda, ni quiera, publicar un nuevo libro. Si rehúsa, avísame por telegrama pues prefiero que las discusiones con los editores ingleses se lleven a través de Nueva York

4.- Deja el adelanto de Grasset en el banco de Francia.

5.- Coge mil francos de este adelanto y dáselos a Parijanine.

6.- Adjunto te envío el artículo sobre el proceso de Dantzig que se integrará en los *Crímenes de Stalin*.³⁵⁷

³⁵⁵ Se trata de *Los crímenes de Stalin*, de próxima edición en estas OELT-EIS.

³⁵⁶ Las actas aparecerían bajo el título *The Case of Leon Trotsky* (El caso León Trotsky) y una de las consecuencias sería la no aparición de una edición norteamericana de *Los crímenes de Stalin*.

³⁵⁷ Este texto no sería integrado, finalmente, en el volumen publicado por Grasset. [Ver el texto del artículo en [Escritos, Tomo VIII, Volumen 2](#), página 165 y siguientes del formato pdf en nuestra serie: [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma.](#)]

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- 01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas
 - 02. Obras Escogidas de León Trotsky en español
 - 03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano
 - 04. Obres escollides de Lenin en català
 - 05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català
 - 06. León Sedov: escritos
 - 07.a Liga de los Comunistas
 - 07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)
 - 08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales
 - 08.b Internacional de Mujeres Socialistas
- 09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales
 - 10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional
- 11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)
- 12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.
 - 12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels
 - 13. Eleanor Marx y Jenny Marx
 - 14. Lenin: dos textos inéditos
 - 15. La lucha política contra el revisionismo lambertista
 - 17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal
 - 18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma
- 16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano

(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

